

PALOMA  
SÁNCHEZ-GARNICA

# El Gran Arcano

NOVELA

D.J.57

booket

## Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	
23	
24	
25	
26	
27	
28	
29	

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

¿Y si resolviéramos un misterio que trastocara las bases de toda nuestra cultura?

El profesor Armando Dorado ha desaparecido. Llevaba diez años dedicado en cuerpo y alma a la búsqueda de unos bifolios incluidos en un antiguo códice, y justo cuando parece que los ha encontrado, tanto el profesor como los papeles quedan en paradero desconocido. Su discípula Laura y su compañero Carlos sospechan que el catedrático corre peligro, de manera que inician una búsqueda —¿o es acaso una persecución?— que les descubrirá secretos insospechados a través de una investigación que los traslada a lugares como Jordania, Francia, el Vaticano o Petra. Pero quizá los que están en peligro son ellos mismos... ¿Conseguirán Laura y Carlos descubrir la ubicación del Gran Arcano?

# Paloma Sánchez-Garnica

El Gran Arcano



*A ti, Manolo, por ser mi amado compañero.  
a mis hijos, Manuel y Javier,  
porque sois un sueño hecho vida.  
Y a ti, mi ángel bueno, allá donde te encuentres,  
siempre te llevaré conmigo*

*Enero del año 2000*

Miré sorprendida desde la ventanilla del coche el mar de luces rojas que se extendía en la oscuridad. Nunca había visto una central eólica de noche, y me pareció una visión única. Pero el verdadero espectáculo se encontraba en los bajos de la vieja Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza, donde me esperaba algo sorprendente.

Carlos me había ido a buscar a Salamanca, lugar al que me había trasladado durante dos meses para preparar un trabajo de investigación sobre unos manuscritos descubiertos en el archivo de la catedral.

El timbre del portero automático sonó de forma ininterrumpida hasta que descolgué el telefonillo. Era él, que insistía en verme inmediatamente. Abrí la puerta del apartamento que le había alquilado a una anciana que residía en el mismo bloque. Carlos entró como una exhalación y cerró la puerta tras de sí. Jadeaba como si hubiera venido corriendo desde el otro extremo del país.

—¿Qué ocurre? —le inquirí impaciente. Las doce y media de la noche de un lunes del mes de enero no me parecía una hora adecuada para hacer una visita de cortesía, así que imaginé que tenía algo importante que decirme—. ¿A qué viene esta inesperada visita, Carlos? —le insistí mirando el reloj; él intentaba recuperar el aliento perdido en los diez tramos de escaleras que había subido corriendo porque no había tenido paciencia suficiente como para esperar el ascensor—. La verdad..., no te esperaba a estas horas. —Sonreí al ver su expresión—. ¿Es que vienes corriendo desde Zaragoza?

Carlos me miró y enseguida me di cuenta de que ocurría algo grave, porque no vi ni un atisbo de humor en su gesto. Me cogió del brazo y mientras me guiaba hacia el interior me decía en voz baja y entrecortada:

—Recoge tus cosas, tenemos que ir de inmediato a Zaragoza. —Se desplomó sobre el sofá y cerró los ojos frotándoselos con gesto cansado—. Por fin han encontrado los folios perdidos.



—¿Y me vienes a buscar desde allí? —le dije sorprendida—. Me podías haber llamado y habérmelo dicho...

Negó con la cabeza levantando la palma de la mano para que me callase.

—Estaba en Lisboa, en un ciclo de conferencias. Me avisó el profesor Dorado. —Respiraba cada vez más calmado—. No te localizaba, me dijo que no contestabas a tu móvil; yo tampoco he conseguido ponerme en contacto contigo, así que me dio tu dirección y me pidió que te recogiera y que nos presentáramos inmediatamente en la facultad.

—Ah... —dije poniendo un gesto de contrariedad. Me acerqué a mi bolso y saqué el móvil para comprobar que estaba apagado—. Lo tengo sin batería, no me había dado cuenta. —Saqué de un cajón el cargador y lo enchufé al móvil—. Pero ¿qué ocurre? —le pregunté mientras comprobaba si el aparato comenzaba a cargarse—. ¿Qué han encontrado exactamente? —Mi mirada se posó sobre Carlos, todavía no terminaba de entender a qué venía tanta prisa.

—Recoge tus cosas, te contaré lo que sé en el coche.

Como no me movía me hizo un gesto de premura con las manos.

Estaba en pijama y empecé a dar vueltas como una estúpida por la estancia sin saber exactamente qué hacer. Él me observaba y, de repente, se levantó, se puso delante de mí, me agarró con fuerza de los hombros y me miró a los ojos con gesto serio.

—Laura, tenemos que marcharnos enseguida. Date una ducha rápida, mete algo de ropa en tu maleta y ¡vámonos! —Permanecemos inmóviles y en silencio, hasta que me soltó y se dirigió hacia la cocina—. Voy a comer algo, tengo un hambre terrible. ¿Quieres que prepare unos bocadillos? Nos vendrán bien para el viaje. ¿Tienes algo de pan?

—Sí, hay una barra entera en una bolsa que está colgada detrás de la puerta —dije entrando en el baño para ducharme—, y creo que tengo algo de embutido en la nevera.

Llevábamos un buen rato en completo silencio. Carlos conducía con suavidad su potente coche de gama alta. Estaba orgulloso de esa máquina, que le hacía sentirse algo más poderoso en el camino de asfalto.

Carlos era de esos hombres que poseen un atractivo natural: alto, delgado, de porte elegante y aspecto sereno. Su cabello se tornaba blanco con demasiada rapidez para lo que él hubiera deseado; tenía la frente despejada y las facciones

de su cara, casi perfectas, le daban un cierto aire seductor. Cuando le conocí me pareció algo estirado, un estúpido lleno de complejos que guardaba bajo un aspecto fascinante. Con el tiempo, supe apreciarle como un buen compañero de trabajo, sin necesidad de caer rendida a sus pies y, en cierto modo, él me agradecía esa actitud.

Habíamos estado hablando toda la noche. Me contó que el profesor Dorado le había llamado muy nervioso, instándole a que me recogiera y nos presentásemos en la facultad lo antes posible.

—Pero ¿es cierto que ya se han encontrado los bifolios? —pregunté incrédula.

—Creo que sí —contestó Carlos—, aunque no estoy seguro.

—¿Cómo que no? —Le miré sorprendida—. ¿No has dicho que los han encontrado?

—Sí, te lo he dicho, pero creo que había algo extraño en la llamada de don Armando.

—Pero vamos a ver, ¿qué te dijo exactamente?, ¿y a qué viene tanta prisa? —Mi paciencia estaba empezando a acabarse. Para salir corriendo en mitad de la noche, prácticamente con lo puesto, tenía que haber una razón de peso.

—Cuando hablé con él me dijo que nos informaría cuando llegásemos. Le pregunté si era algo sobre los bifolios y el profesor me contestó que sí. Entonces le pregunté si los habían encontrado y me respondió que algo así.

—¿Que algo así? —No terminaba de entender lo que Carlos me estaba contando. El profesor Dorado, un hombre de lo más prudente en todas sus actuaciones, le había llamado a Lisboa, indicándole que me recogiera y que de inmediato acudiéramos a su despacho. Esas prisas, conociendo al profesor, sólo podían proceder de una cosa, y era el hallazgo de unos manuscritos perdidos que desde hacía diez años le tenían totalmente obsesionado—. ¿No te dijo nada más?

—Sí, bueno... —Se quedó pensativo unos instantes—. Antes de colgar me dijo que cuando estuviéramos en su despacho nos fijásemos muy bien en todo, que pusiéramos toda nuestra atención en lo que íbamos a ver.

—¿Eso te dijo? —le pregunté extrañada—. ¿Qué quiere decir con que nos fijemos bien?

—No lo sé —contestó cambiando la música con la mano derecha—. Eso mismo me pregunté yo. De todas formas, le noté algo raro, como si estuviera nervioso.

—¿Nervioso don Armando? —Mi pregunta era obvia; el profesor era la

persona más sosegada que jamás había conocido: nada ni nadie le hacían perder la calma, todo en él era paciencia y tranquilidad.

Carlos asintió con la cabeza.

—Creo que le pasaba algo, o que alguien estaba con él. Era como si me estuviera queriendo decir algo y no pudiera hacerlo. ¿Me entiendes? —Giró el rostro hacia mí por unos segundos para devolver de inmediato su atención a la carretera.

—Pero... —la perplejidad también se iba apoderando de mí—, si te dijo que habían encontrado los bifolios perdidos de las Huelgas, debería estar feliz. ¡Ése es el sueño de su vida! —Entonces fui yo la que le miró, aunque él en ningún momento retiró sus ojos de la calzada.

—Ya lo sé —dijo al cabo de unos instantes de silencio—. Hay algo en todo esto que no me cuadra. Pero comprobaremos lo que ocurre en poco tiempo.

La música invadió el habitáculo del coche, llenando con su melodía cada rincón de mi ser. Respiré profundamente. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Qué era lo que hacía en el coche de Carlos camino de Zaragoza? En pocas horas debía estar en mi trabajo. ¿Es que estaba perdiendo el juicio? Contraje los músculos de la cara, me sentía incómoda por la situación. Tal vez nos estábamos precipitando. Tal vez deberíamos haber esperado al día siguiente y hablar con don Armando para saber lo que ocurría. ¿A qué venía tanta prisa?

—¿Crees que algún día aparecerán esos dichosos bifolios? —le pregunté tras un largo silencio.

Volvió a apartar por un instante la vista de la carretera para mirarme.

—Creo, Laura, que esos bifolios pueden traer muchos problemas.

—¿Por qué piensas eso?

—No sé. Es una corazonada.

Al pasar por aquel mar de lucecillas rojas de la central eólica, cerca ya del final de nuestro viaje, no dejaba de pensar en lo que me había contado mi compañero de la facultad.

Me encontraba a punto de caer en un placentero sueño cuando la voz de Carlos me hizo abrir los ojos.

—Estamos llegando —dijo reduciendo la velocidad.

Me fijé en la Feria de Muestras que se extendía a mi derecha antes de dejar la Nacional II y adentrarnos en el desvío que nos llevaría hacia la Ciudad Universitaria. Miré el reloj del coche: eran las seis de la mañana. La noche era

cerrada y debía de hacer un frío de perros, porque el termómetro del salpicadero marcaba tan sólo un grado. Dentro del habitáculo del coche la temperatura era agradable, pero me subí el cuello del jersey pensando en el frío del exterior.

Llegamos ante la valla de seguridad de acceso a la Ciudad Universitaria. Carlos detuvo el coche delante de la barrera que nos impedía el paso al interior del recinto. Desde su garito, el guarda miró con curiosidad quiénes éramos e hizo un gesto de extrañeza al ver a alguien a esas horas. Carlos bajó la ventanilla y saludó al vigilante. El hombre hizo un gesto de afirmación y procedió a levantar la barrera, mientras intentaba atisbar, sin ningún disimulo, quién le acompañaba. Carlos subió la ventanilla e iniciando la marcha se echó a reír e hizo un movimiento de cabeza. Lo cierto es que no me hizo mucha gracia que el guarda pensara alguna cosa rara. Odiaba las habladurías, pero a esas horas cualquier pensamiento era posible.

El reloj marcaba las seis y veinte de la mañana. Dejamos el coche frente al estanque situado ante la puerta principal de la Facultad de Filosofía y Letras. Cuando me bajé, el cambio de temperatura fue como una bofetada en la cara. Me puse con rapidez el abrigo que se encontraba en el asiento trasero y me calé hasta los ojos un gorro de lana. El ruido provocado por las puertas del coche al cerrarse retumbó en el silencio del campus. Reinaba una calma absoluta. La niebla lo envolvía todo en un halo de misterio. Nos dirigimos hacia el edificio de la facultad pero, en vez de subir por las escaleras principales, giramos hacia la derecha y llegamos hasta la puerta trasera. Carlos se había sacado un manajo de llaves del bolsillo. Abrió la pequeña verja que nos separaba de la entrada y la dejamos entornada. Subí detrás de él los cuatro escalones hasta llegar a la puerta de acceso. Intentó introducir varias llaves sin conseguir abrirla. Se giró hacia la farola que teníamos a la espalda para mirar mejor las llaves; eligió una y, por fin, la hizo girar sin ningún esfuerzo. Una vez dentro, la introdujo de nuevo en la cerradura y cerró.

Nuestros pasos resonaban en el silencio del edificio, tan sólo iluminado por las pequeñas luces de emergencia que había en lo alto de algunos tramos. Me sentí como una furtiva caminando por unos corredores que conocía perfectamente pero que en aquel momento presentaban ante mis ojos un aspecto lóbrego, envuelto en sombras, en la inquietante calma de la noche. Mientras avanzábamos en silencio, volví a pensar que había sido una locura estúpida quedar con don Armando en aquel lugar. No me sentía segura y, sobre todo, no creía que fuera correcto entrar de aquella forma y a esas horas en la facultad.

Llegamos al gran vestíbulo principal y, después de atravesarlo, nos dirigimos por el pasillo hasta las escaleras que nos debían conducir al despacho de don Armando, donde nos estaría esperando, según le había indicado a Carlos. Llegamos al último corredor y, al final del mismo, divisé una luz que salía por la parte inferior de la puerta del lugar al que nos dirigíamos. Todo estaba en completo silencio, roto tan sólo por nuestros pasos acelerados. Al llegar delante de la puerta, Carlos golpeó suavemente con los nudillos sobre el letrero de madera en el que ponía con letras blancas Armando Dorado Díaz. Catedrático de Historia Medieval. No se oyó nada. Me apoyé cansada en la pared. Tocó de nuevo, esta vez un poco más fuerte, y acercó el oído a la puerta.

—Don Armando —dijo en voz baja—, ¿se puede?... , somos nosotros.

No hubo respuesta. Carlos miró a sus pies, iluminados por la luz que salía del interior. Me miró contrariado.

—¡Qué raro! Se habrá quedado dormido.

—No me extrañaría —dije mirando mi reloj de pulsera—. A estas horas es lo que deberíamos estar haciendo todos.

Me sentía agotada. No había dormido nada durante el viaje. Habíamos estado hablando la mayor parte del tiempo y ahora el cansancio empezaba a hacer mella en mí. Me sentía destemplada y mi estómago reclamaba una taza de café bien caliente. En el fondo estaba deseando que el profesor se hubiera ido a dormir; eso significaría que nosotros tendríamos que hacer lo mismo.

Carlos dio varios golpes sobre la puerta, esta vez con más fuerza. Tras esperar unos segundos en absoluto silencio puso la mano sobre el picaporte, lo hizo girar despacio y la puerta empezó a abrirse. La luz del fluorescente del interior salió a raudales por la abertura que la puerta dejaba escapar. Miré a Carlos y vi que su cara estaba cambiando, de un gesto de suma prudencia por el temor a despertar al profesor, a una cara de sorpresa y asombro.

—Pero... ¿qué ha pasado aquí? —dijo estupefacto.

Noté que había algo que le impedía abrir del todo. Me puse tras él. Mi rostro cambió de inmediato. Desde el umbral de la puerta medio abierta, el espectáculo era dantesco. El minúsculo despacho del profesor Dorado era un caos de libros y papeles tirados por el suelo; no había quedado prácticamente ninguno sobre las estanterías. Era como si por allí hubiera pasado un ciclón. Todo estaba patas arriba, incluso el ordenador se encontraba en el suelo, y la pantalla estaba destrozada. El hilo de teléfono había sido arrancado con tanta

violencia que se había llevado parte del yeso de la pared. Carlos y yo mirábamos aquello en silencio. Al cabo de un rato intentamos entrar, pisando sin remedio los montones de libros que impedían un paso seguro.

—¿Dónde está el profesor? —pregunté de pronto, tratando en vano de encontrar a don Armando.

Carlos reaccionó igual que yo, mirando a un lado y a otro buscando el cuerpo del profesor bajo aquel maremágnum de papel.

—¡Aquí no está! —dijo sin mirarme—. Esto no me gusta... no me gusta nada. —Negaba con la cabeza continuamente, con la mirada perdida entre el montón de libros que teníamos ante nosotros.

El departamento de Historia Medieval de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza llevaba más de diez años trabajando sobre un códice encontrado bajo el suelo del coro del monasterio de Santa María la Real de las Huelgas, en Burgos. En aquellos momentos yo tenía veinticuatro años. Después de haber terminado mi licenciatura de Historia, comencé mis cursos de doctorado bajo la dirección del profesor Dorado, una eminencia en el conocimiento de la historia del medievo.

Nunca olvidaré aquel día de primavera sentada frente a él en su minúsculo despacho de la Facultad de Filosofía. Era una habitación repleta de libros, colocados sobre estanterías baratas que llegaban hasta el techo y que cubrían completamente todas las paredes de la habitación. La ventilación consistía únicamente en un pequeño ventanuco que daba a una especie de patio interior. Su mesa siempre estaba cubierta por multitud de folios llenos de notas, todas escritas a mano con pluma estilográfica. La universidad le había dotado de un ordenador que nunca llegó a utilizar; ni siquiera sabía ponerlo en marcha. No confiaba en que «esas máquinas», como él las llamaba, supieran guardar el resultado de sus investigaciones y sus escritos.

El teléfono sonó y el profesor miró hacia la mesa buscando el lugar exacto de donde procedía aquel timbrado, que se repetía de forma intermitente una y otra vez. Levantó con sumo cuidado unos folios, los depositó en el centro de la mesa y quedó al descubierto el viejo teléfono ennegrecido por el tiempo y el uso. Descolgó el auricular haciéndome un gesto de espera con la mano.

—¿Diga?... Sí, soy yo. —Durante unos instantes el silencio fue absoluto. El profesor tenía la mirada perdida. A medida que transcurrían los segundos su rostro se iba transformando igual que si estuviera oyendo una voz de ultratumba. Sus ojos se posaron sobre mí—. Estaré allí esta misma tarde —dijo mirando su reloj de pulsera—. Le rogaría que no toquen nada hasta que yo llegue, se podría deteriorar irremediabilmente. —El gesto de afirmación que hizo el profesor confirmó que el interlocutor le estaba garantizando que se tendría en cuenta su ruego.

Colgó el teléfono y, de nuevo, me miró. Se quedó un rato en silencio, observándome.

—Señorita, usted y yo nos vamos a Burgos —me dijo con pleno convencimiento de lo que estaba afirmando—. Han encontrado algo que nos puede interesar mucho.

En esos momentos la sonrisa en su cara denotaba una gran satisfacción. Antes de que pudiera responder se levantó y empezó a buscar algo entre los papeles de su escritorio. El asombro que me habían provocado sus palabras no me dejaba reaccionar. Él me miró por encima de sus pequeñas gafas.

—¿No va a decir nada? —dijo sorprendido.

—Es que... —balbucí—, no entiendo qué quiere decir.

—Pues está bien claro —en ese momento dejó la búsqueda para apoyarse sobre la mesa y dirigir toda su atención hacia mí—; me necesitan en el monasterio de las Huelgas y yo necesito un ayudante. ¿Quiere venir conmigo, o no? —me inquirió con prisa.

—¿Yo? —pregunté todavía incrédula—. ¿Ser su ayudante?... ¡Por supuesto! —mascullé insegura—. ¡Para mí será un honor!

Recuerdo que me puse en pie mientras hablaba, como si con ello le fuera a dar más formalidad a ese nombramiento verbal e *in situ* que me estaba otorgando aquel viejo catedrático, tan admirado por mí.

No podía creerlo. El profesor Armando Dorado era uno de los medievalistas más reconocidos en toda España. Ya me había considerado privilegiada cuando durante la carrera pude asistir a sus clases; sus explicaciones eran tan fascinantes que a veces me sentía transportada al evento histórico de su explicación. Más tarde, me sentí de nuevo afortunada por el hecho de que fuera el director de mi tesis doctoral. Pero en ese momento, casi al comienzo de mis investigaciones, me estaba pidiendo que fuera su ayudante. Me sentía confundida y a la vez halagada, y no fui capaz de articular una frase coherente en los siguientes minutos.

Me indicó que me recogería a las dos en punto.

—Comeremos algo por el camino —dijo moviéndose con soltura por el minúsculo espacio que le quedaba libre—. No hay tiempo que perder.

Recuerdo que salí de aquel despacho como el que sale de un sueño. Recorrí un largo corredor iluminado por fluorescentes parpadeantes hasta llegar a las escaleras; subí los dos tramos y llegué a otro pasillo, esta vez cubierto por el sol radiante de la mañana. Caminaba en sentido opuesto al que había llevado en el



piso de abajo. Los estudiantes hablaban y se reían con sus carpetas a punto de reventar a esas alturas del curso. En el fondo los miraba con cierto aire de superioridad. El hecho de ser licenciada significaba haber terminado con los exámenes, con las prisas de los estudios de última hora, con las tediosas clases; tuve la misma sensación cuando estaba en segundo curso: me sentía superior a los «pobres» de primero, y al llegar a tercero sentí lo mismo respecto a los de segundo. El hecho de quemar etapas en el duro camino hacia mi profesión me resultaba muy gratificante. Y, para colmo, el catedrático más prestigioso de nuestra universidad, el más nombrado, aquel por el que había tortas para entrar en sus clases y con el que muchos suspiraban para que dirigiera su tesis, me había nombrado su ayudante. Caminaba altiva por el edificio de la facultad, como si me acabasen de imponer una medalla de oro. Me encontraba pletórica.

Cuando llegué a casa recogí algo de ropa en una pequeña maleta. No sabía cuánto tiempo íbamos a estar fuera. Pasada la una y media, el profesor Dorado me llamó por teléfono para asegurarse de que era correcta la dirección de mi casa que tenía apuntada.

Bajé al portal y, a los pocos minutos, un coche blanco se paró ante mi puerta. El conductor bajó la ventanilla. Miré con sorpresa. Sentado al volante estaba Carlos Trillo, y junto a él, en el asiento del copiloto, se encontraba el profesor, que me hacía señas para que me diera prisa. Carlos se bajó del coche, me saludó y abrió el maletero.

—Creo que vamos a la misma aventura —me dijo con una sonrisa.

—No sabía que tú ibas a venir con nosotros —le contesté un tanto decepcionada.

—Ni yo tampoco sabía que lo ibas a hacer tú. —Cerró el capó de un golpe, me miró y me sonrió.

En ese momento el profesor sacó la cabeza por la ventanilla.

—Como sigamos así, no llegaremos ni al anochecer. ¿Se quieren dar prisa? —dijo con cierto enfado mientras nos introducíamos en el vehículo.

Ya era tarde cuando llegamos a Burgos. Aparcamos el coche junto al monasterio de las Huelgas y nos acercamos hasta la verja por donde habitualmente accedían al recinto las visitas. No vimos a nadie. Seguimos a don Armando y nos dirigimos a la entrada que hay por el torreón; allí había tres hombres de mediana edad que al vernos se acercaron a nosotros con cierto gesto de alivio como si

llevasen bastante tiempo esperándonos. Todos saludaron amablemente al profesor Dorado. Él nos presentó como sus ayudantes, y uno por uno nos ofrecieron la mano. Tras las correspondientes presentaciones nos dirigimos hacia la iglesia. Uno de ellos se situó junto a don Armando y le iba poniendo en antecedentes sobre el hallazgo que le había llevado hasta allí. A ambos se les notaba nerviosos y emocionados.

Ya conocía las Huelgas de otras visitas turísticas, y siempre que pasaba al interior de su iglesia tenía la sensación de entrar en un cementerio; el olor penetrante a incienso y humedad y la pesadez de su estructura arquitectónica le daban una apariencia lúgubre. En cierto modo es una especie de cementerio porque sus imponentes muros de piedra albergan los sepulcros de reyes, infantes y princesas de Castilla dispuestos por todo el templo. Presidiendo la nave central las dos sepulturas de los reyes fundadores, Alfonso VIII y su esposa doña Leonor, muerta a los pocos días de fallecer su esposo, en 1214, según cuenta la leyenda, de la pena de amor que sufrió. Aunque parece que es tan sólo una leyenda, lo cierto es que a mí me gustaba pensar que en aquellos tiempos, en los que el amor entre reyes era algo totalmente secundario, se pudiera morir de amor.

Llegamos a la nave central. Pasamos por delante de los dos sarcófagos bellamente decorados, dispuestos en el centro de la nave. Me fijé en el pequeño atril de metacrilato que estaba delante de ellos, indicando el nombre de los allí enterrados y la fecha de su muerte impresos sobre un folio blanco. A los lados de la nave central se hallaba el coro de las monjas, realizado en madera y limpio de decoración, salvo unos escudos en la parte superior de cada uno de los bancos.

Nos dirigimos a la bancada de la izquierda. Había una cinta de plástico roja y blanca entre el tercero y el cuarto asiento, rodeando los atriles donde las monjas ponían sus libros de oración. Nos acercamos, y pude ver con dificultad que una de las tablas del suelo estaba levantada, dejando una cavidad al descubierto. Un foco de luz iluminaba la zona, pero, al aproximarnos todos a un tiempo, nuestras cabezas hicieron sombra sobre el hueco y el profesor nos pidió que nos retirásemos un poco. Se agachó y cogió con cuidado algo que había en el interior del agujero. Cuando se volvió pude ver cómo llevaba en sus manos algo envuelto en una tela que en su momento debió de ser de un blanco impoluto. Seguíamos cada uno de sus movimientos como si estuviera sacando un tesoro.

Nos dirigimos a unas dependencias próximas al claustro. El profesor dejó

cuidadosamente el envoltorio sobre una mesa. Yo intenté colocarme lo más cerca posible de él. Estaba intrigada. Todo aquello tenía una apariencia tan trascendente que sentía un extraño hormigueo en la boca del estómago.

Uno de los que nos había recibido se colocó frente a él, al otro lado de la mesa, y comenzó a hablar a don Armando como si el resto de los que estábamos allí no existiéramos.

—Hace unos días el profesor Trueba, de la Universidad de Sevilla, investigaba en el archivo del monasterio algunos códices musicales —dijo con parsimonia, en consonancia con su aspecto—. Entre las páginas de uno de ellos encontró una nota de papel manuscrita fechada el 7 de agosto de 1808, y firmada por una reverenda madre de nombre... —Hizo una pequeña pausa para mirar una libreta que tenía entre sus manos—. Juana de Herrera; en ella indicaba el lugar donde se había escondido este códice. —Hizo un gesto hacia el envoltorio que se encontraba sobre la mesa, y que el profesor Dorado sujetaba con sus rugosas manos como si tuviera el temor de perderlo.

»Como sabe —continuó—, a consecuencia de la toma de Burgos por el ejército francés, la comunidad se vio obligada a dispersarse como medida de protección; pero no todas las religiosas salieron del monasterio. Cuatro monjas ancianas permanecieron en él debido a su edad y a su delicado estado de salud, pues consideraron mayor riesgo iniciar un viaje al que muy probablemente no sobrevivirían. Una de estas cuatro ancianas fue la autora de este escrito, según hemos comprobado en los archivos de la comunidad. Murió la misma noche que entraron los franceses en el monasterio, saqueando todo lo que encontraron a su paso. —El profesor Dorado afirmó con un gesto y luego se mantuvo quieto mirando a su interlocutor.

»Por lo visto, esta monja conocía la importancia de este códice —volvió a mirar hacia el envoltorio blanco—, y su trascendencia para la historia de la humanidad. —Hizo un silencio y continuó—. Por eso, antes de la entrada del ejército francés en el cenobio, decidió poner a buen recaudo lo que ella consideraba como un valioso tesoro en el lugar en el que hoy lo hemos encontrado. Pero antes debió de escribir este manuscrito. —Con un gesto a un hombre que estaba junto a mí, le tendió la mano y éste le dio una carpeta; la abrió y, sin tocar el papel que había en su interior, se lo ofreció al profesor—. En él la monja indica dónde había escondido el códice; después, esa nota manuscrita la debió de guardar en el códice musical, en el que, como ya le he dicho, ha sido descubierto por el profesor Trueba después de casi doscientos años.

El profesor Dorado ya no miraba a la persona que hablaba. Había quitado sus manos del envoltorio y mantenía toda su atención sobre la nota manuscrita que tenía ante sí. Se colocó las gafas; mantuvo unos instantes de silencio y, de pronto, me pareció que se había dado cuenta de que estábamos allí, al menos Carlos y yo. Nos miró a ambos y sonrió.

—Es muy interesante, ¿no creen? —Se volvió hacia el papel y comenzó a leer en voz alta y clara para que todos le pudiéramos escuchar:

Año del Señor de 1808, en esta Santa Casa del Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas, la casa donde yo misma habito, he asumido la sagrada obligación de proceder a esconder lo que, a los ojos de Dios, pudiera ser el mayor peligro de la Humanidad en el caso de que cayera en manos de los bárbaros franceses, que arrasan y saquean todo lo que a su paso encuentran. Con la ayuda inestimable de la Reverenda Madre Mariana, hemos depositado el códice, guardado y custodiado en este monasterio desde hace siglos, en el banco del coro número tres izquierdo. Con la esperanza de que nunca caiga en manos de quien pueda descubrir el secreto que contiene. Quedo tranquila en conciencia de haber hecho lo que, de la mano de la Altísima Divinidad, se me ha encomendado.

*Burgos, Monasterio de Santa María la Real*  
Firmado: Reverenda Madre Juana de Herrera

Todos quedamos en silencio mirando al profesor Dorado que seguía con sus ojos clavados sobre el papel, observando la escritura temblorosa que parecía emanar del temor con que aquella anciana monja lo había escrito hacía casi dos siglos.

La desagradable sorpresa llegó cuando abrió aquel magnífico ejemplar. El profesor Dorado se dio cuenta enseguida de que le faltaban algunos de sus bifolios de pergamino. Parece ser, según nos manifestó en aquel momento, que el códice había sido descuadernado, y al volver a encuadernarlo de nuevo le habían puesto otras cubiertas de fecha posterior: probablemente del siglo XVIII, afirmó mirando atentamente aquel libro antiguo. Podría haber sido en ese momento cuando se extrajeran los pliegos infolio —doblados una vez sobre sí mismos— que faltaban. De todas formas, los pergaminos que el profesor acariciaba de una forma delicada sin duda podían datarse en una fecha muy anterior al de las cubiertas que lo guardaban, debido al tipo de letra y a su traza.

A los pocos días, después de arreglar papeleos y burocracia, el códice se trasladó a la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza para continuar con su investigación bajo la dirección del profesor Dorado.

Durante los diez años que habían transcurrido desde aquel viaje a Burgos, yo había conseguido aprobar *cum laude* mi tesis doctoral, sobre los efectos de la persecución y el posterior juicio contra los templarios durante los primeros años

del siglo XIV en los territorios de Castilla.

El profesor Dorado había dedicado gran parte de su tiempo a la búsqueda incansable de esos bifolios que faltaban en el código del monasterio de las Huelgas.

Carlos y yo intentábamos caminar entre aquellos montones de libros de todos los tamaños y grosores. Él se dirigió hacia la mesa y estuvo recogiendo del suelo algunos folios manuscritos del profesor. Las anotaciones de sus últimas clases estaban hechas con su peculiar letra realizada con pluma estilográfica. Yo me acerqué hacia una de las estanterías, ahora vacía.

—Deberíamos llamar a la policía —dije buscando en mi bolso el móvil. Nunca lo encontraba cuando lo necesitaba. Estas cosas me hacían pensar en el tópico de los bolsos de las mujeres, siempre llenos de cosas inútiles que nunca se utilizan. Mi mano derecha hurgaba incansable en su interior intentando dar con el Nokia. Fue entonces cuando me di cuenta de un detalle: sobre la estantería que quedaba justo detrás de la puerta había un libro, el único ejemplar que no estaba en el suelo. Me acerqué con cuidado; me daba pena estropear los libros tirados por el suelo y me iba abriendo un hueco con cada paso. Saqué la mano del bolso.

—Carlos, mira esto.

Se acercó pisando sin piedad todo cuanto se interponía en su camino.

—¿Qué ocurre? —dijo situándose a mi lado.

—Mira este libro, es el único que ha quedado en las estanterías.

Era un magnífico ejemplar sobre la provincia de Soria. Estaba abierto y dejaba ver a toda página en una fotografía a color el cañón del río Lobos, con una vista perfecta de la iglesia de San Bartolomé de Ucero.

—Éste es el libro que siempre utilizaba don Armando para situarse en Soria —dije cogiendo el ejemplar con cuidado.

Soria, y concretamente el cañón del río Lobos, era lugar de culto para las investigaciones del profesor y, en cierto modo, lo habían sido para las mías propias. La pequeña iglesia situada en aquel lugar era el último testimonio de un antiguo convento que perteneció a la Orden del Temple. En un espacio tan pequeño es imposible encontrar tanta variedad de símbolos pertenecientes a la mitología templaria. El profesor siempre afirmaba que aquel lugar tenía algo mágico y ciertamente misterioso, y que poseía una extraordinaria riqueza

ocultista. En los meses de agosto la iglesia se abría al público, y durante muchas temporadas me había pasado horas enteras en su interior, observando cada rincón de aquel lugar.

—Mira esto —dijo Carlos, que estaba justo detrás de mí, junto a la puerta. Estiró la mano y cogió una pequeña cruz de madera. Siempre había estado colgada ahí, detrás de la puerta; si ésta se encontraba cerrada, era lo último que se veía al salir del despacho del profesor. Se trataba de una simple cruz latina de madera encolada y sin la figura de Cristo, sólo la madera barnizada.

—Alguien ha serrado aquí. —Carlos me mostró la cruz. Efectivamente habían serrado limpiamente el brazo más largo, por lo que ahora, en vez de ser una cruz latina, era una cruz griega, es decir, con los cuatro brazos iguales.

—Déjame ver. —Depositó el libro de nuevo en la estantería, tendí la mano y cogí la cruz. Pasé los dedos por la madera serrada y noté la aspereza del corte. Le di la vuelta y me quedé boquiabierta. Había algo escrito sobre la madera, con rotulador negro y en griego.

—Carlos, don Armando te dijo anoche que nos fijásemos en todo lo que viéramos aquí, ¿no es cierto? —Él asintió con la cabeza mirando la cruz que mantenía en mis manos—. Pues fíjate bien en esto. —Le tendí el crucifijo.

Lo observó durante unos instantes.

—¿Qué significado puede tener esto? —dijo mirándome. Mis conocimientos de griego eran algo elementales, los suficientes para defenderme en una traducción fácil, y aquella no parecía muy complicada.

—En los brazos de la cruz pone:  $\alpha\mu\phi\iota\text{-}\beta\alpha\lambda\lambda\omega\ \Phi\rho\epsilon\nu\alpha\zeta$  —mi atención hacia aquel trozo de madera era absoluta y quedé unos instantes pensativa—; esto significa «atravesar las entrañas»... —dudé un poco— o «el ánimo», no estoy muy segura. Y esto de aquí —dije señalando una palabra escrita de arriba hacia abajo en el palo que había sido serrado— es  $\lambda\omicron\psi\alpha\zeta\ \alpha\delta\omicron\zeta$  creo que significa «escogido» o «elegido».

Nos quedamos en silencio. Carlos me miró.

—¿Crees que lo ha hecho él? —dijo bajando la voz.

Yo afirmé con la cabeza. No le miraba. En ese momento mi atención se había desviado de nuevo hacia el libro abierto de la estantería.

—Creo que a esto se refería cuando te dijo que nos fijásemos bien al entrar. —Cogí de nuevo aquel volumen entre mis manos y señalé al pie de la espléndida fotografía del cañón. Había otra palabra escrita a mano y con pluma estilográfica, esta vez en latín—. *Inquisitio* —dije bajando también la voz.

—¿*Inquisitio*? —preguntó él mirando al vacío—. Eso significa «búsqueda»...

—Así es, Carlos —le miré a los ojos con gesto grave—; algo raro está pasando..., antes de marcharse, por lo visto de manera un tanto precipitada, don Armando ha querido dejarnos algunas pistas de lo que ha sucedido aquí. Pero ¿adónde habrá ido? —Había alzado la voz y Carlos me hizo un gesto con la mano para que me callara.

—¿No has oído algo? —dijo mirando hacia la puerta.

Negué sin abrir la boca. No me consideraba una mujer valiente, y aquella situación me empezaba a poner nerviosa.

—¿Qué has oído? —dije bajando la voz al máximo.

Me volvió a hacer un gesto para que no hablase. Estuvimos un rato en silencio, sin movernos. Mi corazón se estaba acelerando. De repente oímos una puerta que se cerraba de golpe al otro lado del pasillo. Todo sucedió en un instante. Tiré el libro al suelo y me agarré de forma instintiva al brazo de Carlos, pero él se deshizo de mí y salió del despacho. Cuando me vi sola me entró un ataque de nervios.

—¡Carlos, espera! —Un grito ahogado por el miedo y los nervios se escapó de mi garganta.

Salí de aquella estancia pisoteando los libros que se deslizaban bajo mis botas. Estuve a punto de perder el equilibrio, no sé exactamente si por el susto de verme allí sola o por el suelo poco firme que pisaba.

Carlos iba por el pasillo por el que habíamos venido, comprobando si alguna de las puertas estaba abierta. Todas se encontraban cerradas con llave. Cuando llegó junto a la escalera se volvió justo en el momento en el que yo llegaba junto a él.

—¿Qué ocurre? ¿Quién está por aquí a estas horas? —dije mirando hacia todas las direcciones como si alguien fuera a salir de las tinieblas y presentarse ante nosotros.

Carlos sostenía con fuerza la cruz en su mano con un ademán defensivo.

—Esto no me gusta, vámonos de aquí —dijo dirigiéndose a la escalera.

—¡Espera un momento! —exclamé tirando de su brazo y haciendo que se detuviera—. ¡El libro! ¡Tenemos que coger el libro!

—Tienes razón. —Me cogió de la mano y corrimos hacia el despacho del profesor.

Entramos sin contemplaciones pisando los libros.



—¿Dónde lo has dejado? —preguntó.

—Lo tiré al suelo —dije mirando por todos los lados.

—No está. —Carlos revolvía nervioso los libros que estaban junto a la puerta.

—¡Estoy segura de que lo tiré aquí! —afirmé señalando el lugar donde nos encontrábamos cuando oímos el ruido.

Nos miramos un instante.

—¡Laura, vámonos de aquí!

En ese momento unos pitidos nos dejaron sin respiración.

—Es tu móvil —me dijo Carlos, señalando mi bolso.

El pitido constante y regular de la recepción de un mensaje en mi móvil se oía mientras rebuscaba en mi bolso más nerviosa que extrañada.

—¿Quién me puede mandar un mensaje a estas horas?

Por fin encontré el aparato. Lo saqué y presioné la tecla para leer el mensaje. Carlos se agachó y apartó varios libros sin ningún miramiento. Le cogí del brazo para que se levantara y, sin decir nada, le tendí el móvil. Él lo cogió sin dejar de mirarme. Mi rostro reflejaba el temor de lo que acababa de leer.

—«Sigue y morirás. No te atrevas. Asmodeo.» —Lo leyó despacio y me miró extrañado—. ¿Qué significa esto? ¿Quién te envía estos mensajes tan macabros?

Creo que el corazón se me paró por un instante. Entonces reaccioné, le cogí el móvil, miré en «detalles» para comprobar si se había grabado algún número en el remitente. Nada, «número oculto». Volví al texto del mensaje.

—Asmodeo —dije sin dejar de mirar la pequeña pantalla del teléfono—, Asmodeo; Carlos, tengo miedo. —Sentí una angustia en el estómago que me dejaba sin respiración.

La palabra *Asmodeo* significa «demonio», el guardián de los tesoros ocultos y custodio de los secretos. Aparece en la Biblia, en el Libro de Tobías y en el Talmud. Los rabinos le llamaban «el príncipe de los demonios». Según la tradición judía, el rey Salomón le obligó a trabajar para él en la construcción de su famoso Templo de Jerusalén en el que no usó ninguna clase de herramienta, empleando únicamente una piedra especial con la que partía las rocas más duras.

—¿Qué significa todo esto? —Carlos tenía el rostro desencajado, y miraba a un lado y a otro con perplejidad.

—¡Tenemos que llamar a la policía! —exclamé.

No había terminado de decir esto cuando otro golpe más fuerte se oyó en el

pasillo. Carlos me cogió de la mano, tiró de mí con fuerza y me sacó de aquel despacho. Corríamos por los pasillos sin mirar hacia atrás. Llegamos a la puerta por donde habíamos entrado y nos paramos ante ella. Sólo se oía nuestra respiración entrecortada. Carlos me tendió la cruz de madera y se metió las manos en los bolsillos de su chaquetón en busca de las llaves. Las sacó y cuando estaba a punto de meter la llave en la cerradura se oyó un estruendo no muy lejos, como si algo grande se hubiera estrellado contra el suelo con fuerza. Las llaves cayeron al suelo. Carlos las recogió de inmediato. Yo me pegaba a la puerta como si con ello pudiera evitar estar en el interior de aquel edificio, tan familiar para mí, y que en ese momento me parecía un lugar horrible. Por fin consiguió abrir. Salimos a la calle. Carlos se volvió para cerrar mientras que yo bajaba los escalones hasta la verja. Me volví hacia él y vi cómo intentaba meter la llave en la cerradura. De repente se quedó quieto. Al otro lado de la puerta, de cristal translúcido y con barrotes de hierro, había aparecido la figura de una persona. Carlos se alejó asustado. Bajó las escaleras de espaldas a mí sin dejar de mirar hacia aquella silueta. Yo estaba petrificada. Cuando llegó a mi lado me agarré a su brazo como si la vida misma me fuera en ello. El individuo que se encontraba al otro lado de la puerta echó la llave. Por un momento me pareció que nos observaba a través de los cristales translúcidos. Era una sombra extraña; se mantenía quieto, como si estuviera esperando a que nos marchásemos. El miedo me estaba dejando sin respiración. Dimos un paso hacia atrás sin dejar de mirar hacia la puerta. Se oyeron unos pasos por la calle, que fueron el detonante para reaccionar. Carlos me cogió del brazo y corrimos hasta el coche.

—¡Vámonos de aquí, rápido!

Yo sujetaba mi bolso y la cruz con una misma mano, y él me agarraba con fuerza de la otra, intentando dar más impulso a nuestra carrera. Entramos en el coche como si nos persiguiera una jauría enfurecida de perros. Carlos puso en marcha el vehículo y con una brusca maniobra dio marcha atrás unos metros, luego pisó el acelerador y las ruedas chirriaron en el asfalto. Salimos de la Ciudad Universitaria sin decir nada. Todavía era totalmente de noche. La niebla se mantenía y las calles empezaban a cobrar cierta actividad.

—¿Quién era ése? —pregunté con el miedo metido en el cuerpo.

—No lo sé —contestó mirando fijamente a la calle.

—Pero ¿quién podía estar a las siete de la mañana en la facultad, y con una llave?

—¿Y por qué quería que nos marchásemos? —Carlos me miró por un

instante—. Porque está claro que, quien quiera que estuviera allí dentro, lo que ha pretendido ha sido asustarnos para que saliéramos de allí.

Mantuvimos un silencio. Todo eran preguntas y no había respuestas posibles.

—¿Qué hacemos? —pregunté—. ¿Vamos a la policía?

—No, por ahora no. Esto no es normal. El profesor nos ha querido decir algo y debemos averiguarlo.

—Pero ¿qué nos ha querido decir? ¿Por qué no estaba en su despacho esperándonos como te dijo?

—No lo sé —contestó impaciente—. Te llevaré a casa —me dijo de pronto—. Necesitamos dormir un rato; luego nos veremos y hablamos de lo ocurrido, ¿te parece?

Asentí, aunque la idea de irme sola a casa no me hacía mucha gracia. Me dejé frente a mi portal y quedamos en llamarnos a media mañana.

Entré en casa. Solté la maleta en un lado del salón. Llevaba fuera desde las Navidades y el piso estaba helado. Puse la calefacción al máximo y me dirigí a mi habitación. Allí estaba impecable mi cama de matrimonio, sólo para mí desde hacía tres años. Mi exmarido fue exquisito hasta para dejarme. Un buen día, después de dos años de matrimonio, me dijo que se había enamorado de otra y que ya no me quería. Cogió sus cosas y se marchó, todo civilizadamente, como él decía. Me pasé una semana sin salir, sin hacer nada, casi sin comer. Lloré mucho. No terminaba de asumir mi nueva situación. La separación y el posterior divorcio fueron de mutuo acuerdo, sin estridencias. Me quedé con el piso y los muebles. Él tan sólo me exigió el coche. A partir de ahí, cada uno por su lado.

En mi sueño oía a lo lejos el sonido constante del teléfono móvil. La estúpida musiquilla se repetía una y otra vez, hasta que abrí los ojos y me di cuenta de dónde me encontraba. Antes de que pudiera reaccionar, el teléfono dejó de sonar. Me incorporé medio dormida. Con la espalda apoyada sobre la cabecera de la cama, me fui despejando del sueño profundo en el que había estado hasta hacía unos segundos. Miré el reloj: las doce de la mañana. El sol se colaba por las rendijas de la persiana. De nuevo sonó el teléfono. Me quité de encima el edredón y me dirigí a la coqueta, donde había dejado mi bolso. Lo cogí y volví a la cama mientras buscaba el móvil. Miré el número e inspiré profundamente: era el teléfono del archivo de Salamanca; seguramente se preguntaban dónde diablos me encontraría. Ante la insistencia de la llamada pulsé el botón para contestar mientras pensaba una excusa rápida para explicar mi ausencia.

—¿Sí? —Me pegué el aparato a la oreja—. ¡Ah, sí, hola, Bernardo! ¿Qué tal? Perdona, iba a llamarte en este momento.

La llamada era obvia: a qué se debía mi ausencia de un trabajo, en el que si faltaba uno era como si faltase un eslabón de una cadena. Le intenté decir al que era mi compañero desde hacía pocas semanas que me encontraba un poco enferma. Que había pasado una mala noche y que me había quedado dormida hasta ese momento.

—¿Gripe? —me preguntó.

Y yo le afirmé categóricamente:

—¡Oh, sí, eso! Una gripe de caballo, ya te llamaré esta tarde para contarte cómo me encuentro.

Me despedí amablemente tras recibir toda clase de buenos deseos de una pronta recuperación. Cuando colgué me sentía fatal. «¿Cómo voy a explicar esto?», pensé. Me estaba jugando algo que había perseguido durante muchos meses. Las clases en la universidad significaban la seguridad del sueldo necesario para vivir, pero cada vez que tenía una oportunidad me dejaba llevar por el mundo de la investigación de archivos y documentos inéditos. Era algo que me apasionaba bastante más que dar clases. Ese trabajo en Salamanca me

permitía alejarme durante una temporada de las aulas de forma justificada y, además, retribuida. Por esa razón, tenía miedo de las consecuencias que mi ausencia podía llegar a acarrear. Había demasiada gente interesada en ocupar esos puestos, que se ofrecían muy esporádicamente.

Me encontraba sumida en mis pensamientos, no sólo en lo que debía hacer ante la situación que se me planteaba por la dejación de mi responsabilidad y por la excusa estúpida que acababa de dar, sino también en lo que nos había sucedido en la facultad, cuando de repente sonó el portero automático. Me levanté dejando el móvil sobre mi cama. Era Carlos. Mientras esperaba a que subiera me miré al espejo que tenía en la entrada, muy necesario para echarme el último vistazo antes de salir a la calle. Me di cuenta entonces de la pinta que tenía. «Despeinada y con pijama: ayer me encontró de la misma manera», pensé. Me dio un ataque de coquetería femenina, dejé la puerta entreabierta y me dirigí hacia el cuarto de baño. Oí que la puerta se cerraba e inmediatamente después la voz de Carlos llamándome.

—Estoy en la ducha. Pasa al salón y ponte cómodo, salgo enseguida —le grité.

Me duché y me vestí lo más rápido que pude.

—¿Qué tal? ¿Has conseguido dormir? —Carlos se encontraba sentado en el sofá mirando el teletexto del televisor.

Me alegré de haberme arreglado porque él iba impecable: pantalón de pana beis, una camisa a rayas y un jersey en tonos marrones; sus zapatos italianos eran de cordones y estaban relucientes. Llevaba el pelo hacia atrás perfectamente peinado. Tenía en la mano su móvil y en la otra el mando del televisor.

—Buenos días, Laura. —Su tono era grave, y sólo me dedicó una fugaz mirada—. Mira esto. —Me tendió su móvil sin mirarme. Lo cogí. Era mucho más moderno que el mío, de esos que se abren y que plegados ocupan menos que una cajetilla de cigarrillos. Me lo había dado abierto y miré la pantalla; en ella estaba escrito el mismo mensaje macabro que me habían enviado a mí unas horas antes.

Yo estaba de pie, junto al sillón. Carlos me miró.

—¿Qué te parece? —dijo volviendo de nuevo la vista hacia el televisor—. No hay ni una sola noticia de lo que ha ocurrido en la facultad. Ni siquiera en las noticias locales. Una de dos: o no se han enterado todavía, cosa que me extraña, o no han querido decir nada, y esto me extraña todavía más.

Me senté a su lado con el móvil en la mano.

—Carlos, ¿quién nos estará enviando estos mensajes?

—No lo sé. El número aparece oculto, por lo tanto, no podemos saberlo.

—¿Y si llamamos directamente? ¿Se puede hacer? —Mis conocimientos sobre los móviles eran mínimos.

—No —contestó taxativo sin dejar de mirar al teletexto—, precisamente si es oculto es para que no puedas localizar a la persona que te llama. —Se volvió hacia mí y me echó una mirada de arriba abajo—. ¿Estás preparada?

Afirmé con la cabeza.

—Pues entonces, vámonos a la facultad; si no aparece el profesor Dorado llamaremos a la policía.

De pronto se me ocurrió una pregunta.

—¿Has llamado a su casa? Porque don Armando no tiene móvil, ¿no es cierto?

—No, no lo tiene, ya sabes que las nuevas tecnologías no son para él. Llamé a su casa esta mañana, pero no me contestó nadie —dijo apagando el televisor y poniéndose de pie—. Antes de venir he vuelto a intentarlo y me ha contestado la mujer que le limpia la casa. Dice que don Armando la llamó ayer a media tarde y le dijo que estaría unos días fuera.

—¿Quieres decir... que se ha ido por su propia voluntad y sin avisarnos?

—¡Puede ser! Llamó a esa mujer aproximadamente a la misma hora que me telefoneó a mí a Lisboa.

—Y entonces... ¿quién dejó su despacho en ese estado? —pregunté cogiendo mi abrigo—. ¡No lo entiendo! ¿Por qué nos llamó con tanta prisa para después marcharse? ¿Por qué no nos avisó de que se iba? Nos podía haber ahorrado el viaje.

—¡Vamos a averiguarlo ahora mismo! —dijo con una seguridad que me tranquilizó.

Lo que ni él ni yo sabíamos es que el «ahora mismo» se iba a convertir en semanas de angustia y peligros.

Quando entramos en el campus de la Ciudad Universitaria todo era muy diferente de lo que habíamos visto hacía algunas horas. La mañana era soleada aunque hacía un frío intenso, y el lugar estaba lleno de estudiantes que iban y venían.

Carlos aparcó el coche frente a la Facultad de Derecho. Nos dirigimos hacia la entrada principal de la Facultad de Filosofía y, al llegar al gran vestíbulo de entrada, vimos a uno de los bedeles, Jacinto, que era un personaje eterno de aquel edificio. Le conocía desde que empecé mis estudios, pero parecía que hubiera estado allí toda la vida. Tenía la cara enjuta, con unos ojos muy pequeños pero llenos de vida. A pesar de que no era obligatorio, él seguía llevando una bata azul, «así me reconocen los nuevos», solía decir sonriendo. En cuanto nos vio, se acercó a nosotros con pasitos cortos y frotándose las manos. Con una sonrisa nos saludó.

—Buenos días, don Carlos. —De inmediato se dirigió a mí—. Buenos días, doña Laura, ¿ya la tenemos de vuelta por aquí?

Carlos no me dejó que respondiera y, cortándole de forma brusca, le preguntó por el profesor Dorado. Jacinto le miró desconcertado.

—Pero... ¿no lo sabe usted? Si se ha ido unos días fuera. —Mientras nos mirábamos entre nosotros él prosiguió, pasándonos la vista de uno a otro alternativamente—. Me llamó a última hora de la tarde a mi casa. La primera vez yo no estaba —dijo casi disculpándose—. Mi mujer le dijo que iba a volver enseguida y volvió a llamar al rato. Entonces me indicó que iba a estar ausente de la ciudad durante unos días, y que... —se quedó un momento pensando con la mirada clavada en el suelo—, creo que dijo que ustedes le seguirían. Sí, ¡eso dijo! —Se irguió como si estuviera orgulloso de recordar exactamente las palabras del profesor.

Por esa razón, nuestro gesto debió de resultar desconcertante para él. Sin decir nada, Carlos comenzó a caminar en dirección al despacho de don Armando. Yo le seguí y dejamos al pobre Jacinto en medio del vestíbulo.

Intentábamos abrirnos paso entre los estudiantes que, descuidadamente entre risas y charlas, caminaban en dirección contraria a la nuestra. Bajamos las escaleras y recorrimos el corredor donde se encontraba el despacho. En esa zona todo era más tranquilo, apenas nos cruzamos con dos personas. Jacinto nos seguía como podía.

—¿Ocurre algo, don Carlos? —Nuestro paso le hacía ir casi corriendo, dando pasos muy cortitos y rápidos para intentar no perdernos—. ¿He dicho algo inconveniente?

No le respondimos. Llegamos al despacho del profesor Dorado. La puerta estaba cerrada. Carlos se metió las manos en los bolsillos, seguramente para buscar el llavero que llevaba por la mañana y, a continuación, haciendo un gesto

de contrariedad, se volvió hacia el bedel, en el instante justo en que llegaba junto a nosotros.

—Jacinto, ¿tiene usted la llave?

Sin decir nada y jadeando por la carrera, se sacó del bolsillo de su vieja bata azul un manojo lleno de llaves con una pegatina en cada una de ellas. Las miró y separó una tendiéndosela a Carlos, que de inmediato abrió la puerta. No podía creer lo que estaba viendo: todo estaba perfectamente ordenado. Cada cosa en su sitio: los libros en las estanterías, el teléfono y el teclado del ordenador colocados sobre la mesa junto a una pantalla nueva que nada tenía que ver con la que durante tantos años había permanecido apagada como mera espectadora del trabajo del profesor; incluso la pared, donde se había desconchado parte del yeso por el tirón del teléfono al arrancarlo, estaba como nueva. Percibí un cierto olor a pintura. Me acerqué y toqué alrededor del empalme del teléfono.

—Esto lo acaban de pintar —dije mirándome los dedos, que se habían impregnado de pintura blanca.

Deambulábamos los dos por el despacho como si estuviéramos contemplando las pinturas de un museo. Mientras tanto, Jacinto nos observaba extrañado desde la puerta.

—¿Les ocurre algo, don Carlos? —dijo muy prudente—. ¿Le ha sucedido algo a don Armando?

Estábamos tan absortos en nuestros propios pensamientos que no le respondimos. Me puse delante de la mesa.

—Esto está demasiado ordenado. No ha podido ser obra del profesor.

Carlos se acercó a la puerta y la entornó, dejando al pobre Jacinto fuera de la estancia. El clavo de la puerta donde había estado colgada la cruz de madera continuaba allí. Me miró e hizo un gesto de afirmación. Ambos estábamos seguros de que lo que habíamos visto hacía tan sólo seis horas, no era producto de nuestra imaginación. Alguien se había molestado en recogerlo todo. Alguien que no era el profesor Dorado.

—¡Busquemos el libro! —propuse inspeccionando las estanterías—. A lo mejor lo encontramos. Puede que descubramos algo más escrito.

—No te molestes. Seguro que no está.

—Creo que deberíamos llamar a la policía —dije mirando hacia las estanterías con la remota esperanza de encontrar el dichoso libro.

—¿Y qué le decimos? —Tenía los brazos en jarras y miraba desconcertado el orden que nos rodeaba—. ¿Que no sabemos dónde está un señor de sesenta y



dos años, catedrático, y que ha dicho a dos personas, que sepamos, que se iba de viaje unos días? ¿No te das cuenta de que no tenemos nada para probar que esta desaparición tiene mucho de misteriosa? —Suspiró profundamente—. Si al menos el despacho estuviera como lo encontramos nosotros...

Tenía razón. Sólo nosotros, aparentemente, habíamos sido testigos unas horas antes del desastre en aquel lugar. Además, las llamadas del profesor Dorado la tarde anterior, a la mujer que limpiaba en su casa y a Jacinto, avisando de su ausencia en los siguientes días, parecían justificar su desaparición. A pesar de todo, nosotros sabíamos que algo raro estaba ocurriendo.

Salimos al pasillo. Allí continuaba Jacinto. Carlos pasó por delante de él sin apenas mirarle. Pero su cara de preocupación me dio tanta pena que me detuve a hablar con él.

—Jacinto, ¿ha entrado alguien en este despacho esta mañana?

—Que yo sepa, no... —Jacinto bajó la mirada pensativo, y presionó los labios en un gesto de negación encogiendo los hombros—. ¿Es que ha pasado algo?

—No se preocupe, Jacinto —dije con una sonrisa—, no ocurre nada. Es que teníamos que buscar una cosa de don Armando, pero ya puede cerrar.

Mientras le decía esto me iba alejando. Cuando Jacinto se volvió para cerrar la puerta corrí hasta alcanzar a Carlos que, a grandes zancadas, subía por las escaleras.

—Podrías ser un poco más amable —le dije en tono de reproche.

Me miró sorprendido. Echó la vista hacia atrás y ralentizó el paso.

—Ah..., disculpa, no me he dado cuenta. —Hizo un gesto como si fuera a volver, pero continué andando y él me siguió.

Decidimos ir a un bar de la plaza de San Francisco, donde a menudo solía comer. Mientras degustábamos un plato combinado, dábamos vueltas a lo que había ocurrido. Cuando estábamos terminando el postre apareció Marta, mi alumna de doctorado. Me alegré de verla. Ante nuestra insistencia en invitarla a tomar un café se sentó con nosotros. Marta era una chica de veintisiete años con una melena negra que daba envidia. Tenía un montón de ilusiones y unas ganas tremendas de aprender. En cierto modo me recordaba a mí cuando tenía su edad. En el último año, al convertirme en la directora de su tesis doctoral, habíamos pasado mucho tiempo juntas. Sus trabajos de investigación se centraban en la evolución e influencia del cristianismo a lo largo de los siglos XII y XIII. Su interés por la Orden de los Caballeros del Temple y por las actividades de las

órdenes secretas y misteriosas de la Edad Media sobrepasaba cualquier trabajo relacionado con su investigación y, en eso, las dos teníamos parecidas inquietudes. A menudo manteníamos largas conversaciones sobre temas muy diversos.

—Esta mañana he estado a punto de llamarte a Salamanca —comentó Marta mientras se sentaba junto a mí. Interrumpió por un instante la conversación, pidió un café con leche al camarero, y, de nuevo, se dirigió a mí—. Quería hablar contigo.

—¿Y eso? ¿Qué te ocurre?

—Este fin de semana estuve en Madrid. Ya sabes... una de mis escapadas para desconectar un poco de todo. —Miró a Carlos con un gesto de cierta timidez. Le conocía de la facultad, había recibido clases de él durante la carrera, pero noté enseguida que el grado de complicidad que había entre nosotras no existía con él—. El domingo por la mañana me fui al Rastro; me encanta perderme entre aquel barullo de puestos, gente, cosas que se venden y que se compran. Me recuerda un poco a cuando era una niña; mi padre me llevaba agarrada de la mano. —Hizo un gesto de apretar sus manos y esbozó una ligera sonrisa que se convirtió en una curiosa mueca.

Nos quedamos en silencio mientras el camarero le servía el café.

—Pero ¿eres de las que compran algo o sólo miras? —dijo Carlos—. Yo tengo que reconocer —prosiguió poniendo los codos sobre la mesa— que soy un desastre, nunca encuentro nada en ese tipo de sitios; siempre me da la sensación de que me van a engañar.

—¡Ah, yo sí! Compró cada vez que voy —contestó ella echando el azúcar en su taza—. Eso es lo malo, que siempre caigo. Y claro, esta vez no fue una excepción. Entré en una de esas librerías de libros antiguos, de segunda mano, y el librero me enseñó un ejemplar que me pareció interesante. La verdad es que me lo vendió por un buen precio. —Hizo una pausa para terminarse el café.

—Bueno, y ese libro que compraste, ¿qué tiene de especial? —le pregunté intrigada—. No me digas que has encontrado una maravilla en esos golpes de suerte que siempre tienen los demás.

Marta sonrió negando con la cabeza.

—No lo creo... vamos, no lo sé, porque yo no entiendo mucho. —Se retiró el pelo de la cara y se hizo una aparente coleta con un mechón—. Es que me pasó algo, y... no sé si tendrá alguna importancia.

—Cuenta, Marta, que nos tienes en ascuas —le dije sonriendo. Después de

decir esto, miró hacia Carlos y luego hacia mí. Era evidente que con él no tenía la misma confianza que conmigo. Vi cierto atisbo de temor en su expresión y me adelanté a decirle—: No temas, Marta, es de confianza. Él también es colaborador de don Armando Dorado y trabajamos juntos, ya lo sabes. Además, en cuestión de libros y códices, te puedo asegurar que él es un verdadero experto, bastante más que yo.

Carlos no dijo nada. Se mantuvo expectante a su reacción. Marta suspiró profundamente y continuó contando su historia.

—El domingo por la noche, cuando regresé a casa, estaba en mi escritorio inspeccionando mi adquisición. Se trata de escritos del siglo XIX, no he podido leer mucho, pero en general son documentos que contienen compraventas y cesiones de algunas tierras de un convento de monjas de la provincia de Burgos. El caso es que tuve un pequeño accidente con una botella de agua; le di un inoportuno manotazo, se derramó parte del agua sobre el libro y se mojó la tapa; entonces se despegó un poco la parte interior de la contracubierta y, mientras lo estaba intentando secar, me di cuenta de que había algo debajo.

—¿En el interior de la cubierta? —le pregunté.

—Sí, pero por dentro. —Cogió una servilleta de tela, la dobló como si fuera un libro y nos indicó dónde había visto lo que le llamó la atención—. Justo aquí, en la parte de dentro. Despegué con cuidado el cartón que se coloca para la encuadernación, y encontré un pergamino con unas frases en hebreo.

—¡Vaya, qué interesante! —dijo Carlos muy atento a la conversación—. ¿Y qué has hecho con ese pergamino?

—Como Laura no estaba —le contestó señalando hacia mí—, pensé en el profesor Dorado, y ayer por la mañana fui a su despacho, pero me dijo que estaba muy ocupado, que no me podía atender y me invitó a que volviera hoy. Y esta mañana he ido a la facultad y me han dicho que se ha ido fuera unos días..., por lo tanto pensaba llamarte a ti. —En ese momento su mirada se dirigió hacia mí.

—¿Cómo estaba el profesor? —le pregunté de repente.

—¿Cómo... que cómo estaba? Pues como siempre. —Sus hombros se encogieron en un gesto de extrañeza.

—¿No le notaste algo raro? —Carlos gesticulaba con las manos mientras le preguntaba—. ¿Estaba intranquilo? ¿Nervioso?

Marta miró hacia la mesa y empezó a negar con la cabeza, poniendo un gesto con los labios de negación.

—Estaba como siempre; vamos, casi ni me miró. Bueno..., la verdad es que no me hizo ni caso.

—¿Viste algo extraño? ¿Algo que te llamase la atención? —Mis preguntas eran casi ruegos para que hiciera un esfuerzo de recordar—. Piensa un poco, es importante.

Quedó un rato pensativa. Al cabo de unos segundos nos dijo casi balbuciendo:

—Bueno... aparte de no prestarme ninguna atención, como os he dicho, algo que me extrañó un poco porque siempre es un encanto de hombre —asentimos ante tal afirmación—, me di cuenta de que tenía sobre la mesa una sierra de esas del colegio, de esas que llevábamos a clase para hacer trabajos de marquetaría. —Esperó a que asintiéramos y, después de estar segura de que habíamos entendido lo que quería decir, continuó con la mirada perdida, como si estuviera buscando algún detalle más que nos pudiera ser interesante—. Eso es lo único extraño... si es que lo es realmente.

Carlos y yo nos miramos. El profesor ya estaba preparando, por lo menos desde la mañana del lunes, las pistas que nos había dejado, porque parecía evidente que había sido él mismo el que había serrado la cruz.

Cambié de tema enseguida porque noté que Marta nos miraba sin entender absolutamente nada.

—Bien, pues habrá que ver esa adquisición tan interesante que has hecho, ¿no crees?

En ese momento llegó el camarero con la cuenta. Pagamos y nos dirigimos caminando hacia la facultad. La tarde se había estropeado, hacía mucho frío y una espesa niebla se había apoderado de todo el ambiente.

Yo iba pensando en mi trabajo de Salamanca. Durante la comida, Carlos me había pedido que demorase un poco mi regreso con la excusa que fuera; teníamos que averiguar dónde estaba el profesor.

—Algo le ha pasado, estoy seguro —había repetido en varias ocasiones—. Además, nos llamó a los dos, no podemos dejarle, tenemos que encontrarle. El hecho de que no nos llame... que no se ponga en contacto con nosotros después de lo que sucedió en su despacho..., no sé, no me gusta.

La verdad es que las cosas que habían ocurrido eran muy extrañas, a pesar de que el profesor aparentemente se había ido de forma voluntaria, lo que nosotros habíamos vivido en la mañana de aquel martes no había sido nada

normal. Pero ¿qué podía inventar para excusar mi presencia en Salamanca durante al menos unos días?

Cuando llegamos a la puerta de la Ciudad Universitaria, Marta nos dijo que se iba a su casa a recoger el libro. Vivía muy cerca y quedamos en vernos en mi despacho de la facultad. Carlos y yo continuamos juntos.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

—¿Qué voy a hacer de qué?

—Con tu trabajo en Salamanca. No puedes irte ahora.

Caminábamos despacio, mirando al suelo.

—¿Y qué les cuento? —le dije alzando la vista con cara de preocupación—. Sabes muy bien que, si falto, el trabajo de allí se paraliza, y si se paraliza buscarán a otra persona más interesada y con más responsabilidad que yo.

—Pues que se paralice —dijo con gesto convencido—. En estos momentos lo importante es encontrar a don Armando, ¿no crees?

Su gesto era expectante ante mi posible reacción.

—Dame una buena excusa para pedir unos días.

Nos detuvimos y nos pusimos de frente el uno al otro.

—Bueno... —alzó la vista pensativo, arrugando la boca y colocándose la mano derecha sobre el mentón—, puedes decir que estás muy enferma.

—Sí —le interrumpí de inmediato—, y mientras se me ve tan campante por aquí. Y se enteran... y además de montarme una buena, no vuelven a contar conmigo en la vida. Ni hablar. Ya tengo bastante con haber dicho una mentira. —Empecé de nuevo a caminar hacia la puerta de la facultad mientras gesticulaba con las manos para negar lo que me había propuesto.

—Puedes decir que son asuntos personales —Carlos, también había reanudado la marcha y se volvía hacia mí mientras caminaba—, y que no puedes dejarlos, y ¡yo que sé!..., que te ha venido una herencia de un tío de América y que tienes que arreglar los papeles.

—No digas tonterías, anda —dije echándome a reír—, sabes que no puedo argumentar eso. Se cae por su propio peso.

Nos quedamos en silencio durante unos instantes mientras seguíamos caminando.

—¡Ya lo tengo! —dijo volviendo a detenerse mientras me cogía del brazo para que yo hiciera lo mismo—. Diles que el profesor Dorado nos requiere para un trabajo importante de la universidad, que se han encontrado unos manuscritos en... —dudó un poco— en Burgos, o en Palencia, ya pensaremos dónde, y que

requiere de tu inmediata presencia. Al fin y al cabo, cuando aparezca, el profesor no dudará en corroborar esta versión. Tu prestigio profesional quedará a salvo. En cualquier caso, tu trabajo aquí debería ser prioritario... —Mantuvo un gesto expectante.

Me quedé unos instantes pensando en la propuesta de Carlos. Resultaba bastante creíble. Don Armando no tendría inconveniente en hacer un informe favorable cuando le encontrásemos, dejando constancia de esa mentira piadosa y necesaria. De este modo, yo podría justificar mi ausencia de Salamanca y pedir algunos días de permiso.

—No es mala idea, se nota que algunas veces piensas —le dije sonriendo mientras me daba varios toques sobre la frente con el dedo índice.

Subimos las escaleras de la puerta principal de la facultad.

—Bueno, y ¿qué vamos a hacer? —le pregunté cuando entrábamos en el vestíbulo—. ¿Por dónde vamos a empezar?

En ese momento nos abordó un alumno de tercero un tanto apurado, que necesitaba hablar urgentemente con Carlos. Quedó en verme en cuanto terminase con el asunto.

Mi despacho se encontraba en la misma planta que el vestíbulo. Una minúscula habitación, en la que sólo entraba la mesa con mi silla, dos más de confidente y una estantería repleta de libros en una de las paredes. A mi espalda había un enorme ventanal que ocupaba la totalidad de la pared, y que daba a la calle Pedro Cerbuna.

Me senté con la intención de hacer la llamada a Salamanca. Estuve pensando unos minutos en lo que iba a decir, y al final me decidí. Cuando colgué el teléfono me dio la sensación de haberme quitado un gran peso de encima. Todo había salido perfecto, mi compañero se lo había creído sin ninguna duda; me dijo que no importaba, porque así aprovecharía para arreglar también unos asuntillos que tenía pendientes. Me dio la impresión que ambos nos hacíamos un favor. Por tanto, consideré el asunto zanjado.

Me puse de pie y me volví hacia la ventana. Tan sólo me separaba de la acera la verja que rodeaba todo el recinto universitario, además del cristal y una tupida malla metálica pegada al mismo. Mientras veía a la gente pasar por la calle, pensaba en lo que deberíamos hacer para encontrar a don Armando. ¿Dónde podría estar? ¿Por qué estaría su despacho revuelto cuando llegamos a

las seis de la mañana? ¿Quién lo habría hecho? Y el libro que había en la estantería, ¿quién se lo habría llevado? ¿Quién estaba con Carlos y conmigo en la facultad a esas horas? Eran muchas las preguntas que se amontonaban en mi mente, y de lo único que estaba casi segura era de que el mensaje escrito en la cruz era obra de don Armando, pero ¿por qué y para qué lo había hecho? Me encontraba en medio de estas disquisiciones cuando oí que llamaban a la puerta. Me volví.

—Adelante —dije mientras me sentaba en mi silla.

La puerta se abrió y apareció Marta con una bolsa de plástico de un supermercado.

—¿Se puede? —dijo entrando sin esperar respuesta—. Aquí lo traigo.

Hizo un gesto con la mano. Se sentó frente a mí y colocó sobre la mesa la bolsa en la que llevaba el libro que había adquirido en El Rastro. Mi escritorio estaba milagrosamente limpio de papeles y libros. Si hubiera sido un período normal del curso, el caos sobre aquella tabla de madera hubiera estado asegurado. Sacó el libro y dejó la bolsa en el suelo.

—¿Qué te parece? —preguntó mientras lo empujaba hacia mí.

Se trataba de un volumen infolio, encuadernado en piel negra y sin título. Lo cogí y al tocarlo me ocurrió algo extraño. Quité las manos de la cubierta como si me hubiera quemado.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

Quedé unos instantes en silencio, mirando aquel libro que tenía frente a mí. Sentí que toda mi piel se erizaba.

—Es que... me ha dado la sensación de que el libro tiene electricidad —dije esbozando una sonrisa.

Acerqué despacio las manos y posé los dedos sobre aquel ejemplar. En el momento en que lo rocé sentí un escalofrío. Volví a retirar las manos. Marta acercó sus manos al libro y las puso sobre la cubierta.

—Yo no noto nada —dijo mirándome.

—No sé —balbucí torpemente—. He sentido un escalofrío... —Hice un movimiento con las manos en el aire delante de mi pecho.

—Laura, ¿te encuentras mal? Te estás poniendo blanca —dijo con gesto preocupado.

Me puse de pie. Me sentí mareada.

—No te preocupes —le dije volviéndome hacia la ventana—, me habrá sentado mal algo de la comida. Ya se me pasa.

Estuvimos en silencio durante unos segundos. Intenté respirar hondo mientras miraba hacia la calle. Se estaba haciendo de noche y la niebla era muy espesa. Algunas personas caminaban con paso rápido, encogidos por el frío, y cuando espiraban salía vaho de sus bocas. Un hombre se paró frente a mi ventana; lentamente, como si fuera un ritual para él, se volvió hacia mí. Un escalofrío volvió a recorrerme el cuerpo. Aquella mirada me dejó helada la sangre. Durante unos instantes no pude retirar mis ojos de sus ojos. Me sentí como enganchada, como arrastrada irremediadamente hacia su mirada. Estaba petrificada, inmóvil. Tuve la sensación de que el tiempo se había detenido porque mi mente quedó en blanco. Reaccioné en el momento en que Marta, que se había puesto a mi lado, me agarraba del brazo y tiraba de mí. Comencé entonces a oír su voz.

—Laura..., Laura, por favor..., ¡me estás asustando!

Fue como si regresara de un sueño. Miré de nuevo a la calle.

No había nadie. Entonces me volví hacia Marta.

—No te preocupes. —Intenté tranquilizarla y me volví para sentarme—. Me he mareado un poco. No es... no es nada. —Cerré los ojos y me masajé las sienes.

Marta volvió despacio a su sitio. Se sentó sin dejar de observarme. Levanté la cabeza y la miré. Su rostro denotaba preocupación. Estaba con la boca medio abierta y los ojos expectantes. Esbocé una sonrisa.

—No te preocupes, que de ésta no me muero. —Intenté quitar hierro al asunto y me estiré la chaqueta—. Me habrá sentado mal algo de la comida. —Respiré hondo y miré hacia el libro—. ¡Vamos a ver qué tenemos aquí! —Cogí aquel extraño ejemplar con decisión y lo arrastré hasta que quedó frente a mí. Esa vez no sentí absolutamente nada cuando toqué con mis manos aquel tomo. En ese momento, no le di más importancia al asunto y continué con la inspección del ejemplar.

Abrí las tapas con cuidado y hojeé el contenido de su interior. Eran hojas de un papel grueso y basto. Se trataba de documentos escritos a mano, perfectamente legibles y fechados en los años 1805 y 1806. Como nos había comentado Marta, eran transacciones, compras, donaciones y permutas de terrenos de un cenobio llamado Santa María de Rioseco, situado en la provincia de Burgos, aunque, como pudimos comprobar, no era precisamente un convento de monjas como pensó ella en un principio, sino un monasterio de monjes cistercienses que desapareció como consecuencia de la desamortización de 1835.



Después de echar un vistazo a aquellos documentos encuadernados, sin importancia aparente, volví a cerrarlo. Marta me enseñó dónde había encontrado el pergamino. Tal y como nos había explicado, en el interior de la contracubierta, debajo del cartón que se coloca para la encuadernación, se hallaba un pequeño trozo de pergamino de forma cuadrada, con unas medidas de unos quince centímetros de lado. Estaba algo deteriorado pero su lectura no ofrecía ninguna dificultad. Por suerte, el agua de la botella de Marta no llegó ni siquiera a tocarlo.

—¿Qué te parece? —me preguntó Marta con expectación.

—Esto no es hebreo —contesté cogiendo con sumo cuidado el pergamino del interior de la cubierta. Al retirar aquel manuscrito, pude comprobar que la encuadernación era de madera de nogal forrada con piel, perfectamente trabajada. Me quedé un tanto extrañada. Este tipo de encuadernaciones no era muy frecuente en el siglo XIX, y menos para unos documentos que no tenían mucha importancia. Dejé el pergamino a un lado y pasé mis manos por la piel de la cubierta. Acerqué la vista y noté que el gofrado había sido manipulado. Volví a pasar mis dedos por lo que debió de ser el título original. Con algo de paciencia podría saber qué era lo que se había borrado de aquella cubierta.

—¿Qué miras? —dijo Marta.

—Estas cubiertas... son más antiguas —mi vista no se apartaba de mis manos, que seguían acariciando la tapa anterior, como si fuera un ciego leyendo con los dedos—, y han sido manipuladas. Yo diría que tienen una antigüedad muy superior a los documentos que encuadernan. Estoy segura de ello.

—¿Y qué me dices del pergamino?

Quitó mis manos de las cubiertas y lo cogí.

—Esto es arameo —dije después de observar durante unos minutos aquel pequeño trozo de piel con símbolos escritos.

Me parecía una auténtica maravilla, al menos al primer contacto.

—¿Estás segura?

—Yo creo que sí —le dije retirando mi atención del pergamino y alzando los ojos hacia ella—. Marta, me da la sensación de que, sin tú quererlo y sin saber lo que te vendían, te has hecho con algo muy valioso.

Marta sonrió en lo que me pareció un gesto de orgullo.

—Un golpe de suerte —dijo encogiendo los hombros.

—Yo no creo en los golpes de suerte. Creo que todo lo que nos pasa en la vida nos ocurre por algo, hasta las cosas más insignificantes nos pasan porque

nos tienen que pasar. —Al ver la cara que ponía, sonreí—. No me hagas mucho caso... ¡será que voy de cabeza a los cuarenta!

En aquel momento llamaron a la puerta e inmediatamente, sin esperar respuesta, se abrió y apareció la cabeza de Carlos.

—¿Puedo pasar?

—¡Adelante! Mira lo que tenemos aquí —le dije mientras se sentaba junto a Marta—. ¡Esto es una maravilla! —Le tendí el pergamino—. Ten cuidado, por el tacto podría asegurar que esto tiene más de mil años.

Lo cogió con delicadeza y su rostro se transformó. Primero me miró a mí, luego a Marta, y su vista se volvió de nuevo sobre aquel trozo de piel que delicadamente sostenía entre los dedos. Me fijé en su frente, despejada y limpia. Tenía una piel clara y el arco de las cejas enmarcaba con perfección sus grandes ojos.

—¿Esto lo encontraste en El Rastro? —dijo volviendo la cara hacia Marta.

—Bueno, no exactamente. Compré el libro —hizo un gesto con la mano hacia el ejemplar que tenía delante de mí—, y alguien debió de esconder esto en el interior de la cubierta.

—Yo creo que es arameo. ¿Tú qué piensas?

—Creo lo mismo que tú y, si no me equivoco, esto puede ser de los primeros siglos de nuestra era.

—¿Crees que puede ser algo importante?

—Laura, el arameo era utilizado en tiempos de Jesucristo. No sé qué pone aquí, pero esto puede ser una bomba.

Marta nos miraba en silencio.

Dejó el pergamino con tanto cuidado como si estuviera depositando una lámina de cristal fino.

—¿Tienes una carpeta?

Me levanté hacia la estantería que estaba a mi derecha y cogí un archivador transparente. Se lo di. Lo abrió y depositó el pergamino en su interior. Luego cerró la tapa despacio.

—Hay que tener mucho cuidado con esto, se nos puede deteriorar con el aire. No sabemos cuánto tiempo lleva escondido. Y yo creo que es auténtico, aunque habrá que verificarlo.

Debido a nuestro trabajo, estábamos acostumbrados a manejar a diario documentos, códices, escritos y otros materiales paleográficos muy antiguos. Habíamos visto verdaderas maravillas escritas y, aunque últimamente las

falsificaciones habían adquirido una perfección extraordinaria, éramos capaces de intuir cuándo un ejemplar o un documento eran auténticos.

—¿Y qué opinas de esto? —Arrastré el libro hacia él para que lo viera.

Me fijé en su rostro para ver su reacción. Carlos lo miró y, al tocarlo, reaccionó de idéntica forma que lo había hecho yo, retirando rápido las manos como si le quemasen. Nos miró pero no dijo nada. Volvió a cogerlo con más firmeza y lo abrió. Comenzó a hojear los documentos del interior. Nos hallábamos en un expectante silencio cuando se volvió hacia mí.

—¿Qué quieres que vea? —preguntó pasando algunas hojas—. ¿Los documentos?

—¿Qué te parecen las cubiertas?

Cerró el libro y las observó con atención. Levantó el cartón debajo del cual habíamos encontrado el pergamino. Con los dedos acarició la madera que quedaba al descubierto, así como la piel que forraba la parte vista.

—Esto es nogal y está forrado con piel, creo que es de becerro —dijo acercando la nariz para oler el libro.

—Eso mismo pensaba yo, pero ¿tú crees que es la encuadernación original?

Volvió a mirar las cubiertas, las acarició de la misma forma que lo había hecho yo. Después me miró y dijo:

—Esto ha sido manipulado, parece como si lo hubieran raspado para borrar el título.

—A mí me ha parecido lo mismo. Yo creo que con algo de paciencia podemos sacar el título original.

Volvió a tocar con suavidad la zona del gofrado que había sido manipulada. Asintió lentamente con la cabeza. Luego acercó la nariz a muy pocos centímetros, como si estuviera intentando ver algo.

—¿Tienes una lupa por ahí?

Sin decir nada, abrí el cajón que tenía bajo mi mesa, saqué una lupa de dimensiones considerables y se la entregué. Él la cogió sin dejar de mirar la tapa. Parecía que no quería que se le escapara el detalle que había encontrado.

Estuvimos un rato en silencio, mientras Carlos miraba con la lupa la cubierta del libro. De pronto me miró.

—Mira Laura, ¡esto es de enero de 1308!

Acercó el libro hacía mí, sin dejar de señalar con un dedo un lugar determinado de la cubierta.

—Observa con la lupa —dijo entregándome la lente—, se ven

perfectamente los restos del dorado. Parece que, en un principio, el gofrado se hizo en relieve, y luego, para usar de nuevo las cubiertas, rasparon la piel hasta hacer desaparecer el título.

Mientras Carlos me explicaba esto yo metía la nariz en la lupa, acariciando la piel. Efectivamente se veía con cierta claridad la fecha «*January era de mill et trezientos et VIII annos*».

—Es cierto, y aquí se ve algo más... —Estuve un rato intentando descubrir lo que me iba desvelando aquel trozo de piel negra, sobre el que se habían gofrado unas letras, y que alguien, intencionadamente, había raspado para borrarlas. De pronto miré a Carlos como si hubiera descubierto un tesoro—. Carlos, es de un tribunal de la Inquisición.

Nos quedamos callados pero sin dejar de mirarnos, como si nuestros pensamientos se estuvieran poniendo de acuerdo.

—¿Dónde guarda el profesor Dorado el original de las Huelgas? —dije de pronto poniéndome en pie.

Carlos se levantó.

—Siempre ha estado en su despacho.

Salimos los dos al pasillo, dejando con la boca abierta a la pobre Marta.

—¿Adónde vais? —gritó saliendo detrás de nosotros mientras nos dirigíamos hacia la escalera.

—No te muevas de ahí —dije volviéndome hacia ella sin dejar de caminar—. Ten cuidado del libro y del pergamino, volvemos enseguida. —No le dije más, y seguí en silencio a Carlos.

Íbamos caminando muy deprisa y nuestros pasos retumbaban en el pasillo semidesierto. De repente me paré en seco.

—¿Tienes la llave?

Carlos hizo un gesto de contrariedad palpándose el bolsillo, como si con ello intentara sacar una llave mágica del mismo.

—Jacinto... ¿dónde puede estar? —Volvió sobre sus pasos.

—Seguro que está en la entrada. —Hice el mismo giro mientras miraba mi reloj para seguir el paso a Carlos—. Espero que no se haya ido.

Jacinto nos dejó las llaves con bastante reticencia. Quería acompañarnos y ser él mismo el que nos abriera, pero Carlos era demasiado convincente cuando quería algo rápido y no le dio opción.

—Usted déjeme las llaves que yo se las traigo enseguida. Es un asunto muy urgente, Jacinto. No se preocupe por nada.

Cuando estábamos abriendo la puerta del despacho de don Armando le pregunté a Carlos:

—Tú piensas lo mismo que yo, ¿verdad?

Antes de abrir la puerta me miró y me dijo:

—Sería un golpe de suerte, Laura, o tal vez casualidad, pero lo vamos a comprobar ahora mismo.

Entramos en el interior de aquel despacho. Se encontraba exactamente igual que por la mañana, inusualmente ordenado. Persistía el olor a pintura. Empezamos buscar por los cajones de su mesa. El último de todos, algo más grande que los demás, estaba cerrado con llave. Carlos tiró con fuerza para intentar abrirlo.

—Lo vas a romper —le dije poniendo la mano sobre su hombro para que se calmara—. No tenemos llaves —dije contrariada. Me volví hacia la mesa. Había un abrecartas en un cubilete de bolígrafos, lo cogí y se lo di a Carlos—. Prueba con esto.

Carlos ni siquiera lo pensó. Cogió el instrumento punzante y se agachó. Introdujo la punta en la cerradura. Estuvo durante algunos instantes manipulando el artilugio hasta que de pronto se oyó un chasquido y la cerradura cedió. Dejó el abrecartas en el suelo y deslizó despacio el cajón hasta abrirlo del todo. Allí estaba el código que habíamos recogido años atrás en las Huelgas. Me agaché rápidamente antes de que Carlos pudiera reaccionar y lo cogí entre mis manos.

—¡Vamos! Tenemos que comprobar si se trata de sus cubiertas —le dije mientras me dirigía hacia el pasillo.

Esperé unos instantes mientras Carlos cerraba la puerta de nuevo con llave. El corazón se me estaba acelerando. Quería creer que era posible que las cubiertas originales de aquel código de 1308 que tenía entre mis brazos fueran las que estaban sobre mi mesa al cuidado de Marta.

Cuando llegamos al pasillo donde se encontraba mi despacho, pude ver a Marta en pie delante de la puerta. Tenía los brazos cruzados y parecía impaciente. A grandes pasos llegamos a su altura. Ella se puso delante de nosotros impidiéndonos el paso.

—¿Qué ocurre? —dijo expectante—. Me tenéis intrigada.

Ninguno de los dos le contestamos. No le quedó más remedio que apartarse de nuestro camino. Pasamos al interior; ella hizo lo mismo detrás de nosotros.

Me volví y rápidamente cerré dando un fuerte portazo. Nos sentamos y puse el códice sobre la mesa. El tamaño y el grosor eran exactamente los mismos. La primera prueba coincidía. Abrí el códice de las Huelgas; en su página inicial estaba escrito en latín el tema de su contenido: «Santa Inquisición. Actas de las Sesiones de proceso contra el caballero templario Jean de Voisins. Enero de 1308».

Nos miramos sonriendo. Sentí una rara sensación en el estómago.

Puse los dos códices juntos. El de Marta, cerrado, y el del profesor, abierto. Carlos se levantó y se puso de pie a mi lado. Los dos, muy poco a poco y con la lupa, fuimos sacando palabra por palabra. Hablábamos entre nosotros. Cada vez que uno conseguía visualizar una letra, se lo indicaba al otro. Al terminar nos miramos sonriendo. Era el mismo título. ¡Las cubiertas del libro de Marta correspondían a nuestro códice!

Marta permanecía callada. Cuando Carlos se volvía hacia su sitio caminando como si estuviera en una nube, tuve una corazonada. Cogí de nuevo el libro de Marta y lo abrí por su primera hoja. Tenía por título únicamente «Monasterio de Santa María de Rioseco». Pasé mis manos por la cubierta del códice de las Huelgas.

—¿Qué piensas? ¿Crees que las intercambiaron? —me preguntó Carlos observando mis movimientos.

Le miré y, sonriendo, le dije:

—¡Vamos a comprobarlo!

Volvió a situarse a mi lado. Hicimos los mismos gestos. Las cubiertas con las que habíamos encontrado el códice de las Huelgas eran de peor calidad. El profesor Dorado las dató en una fecha aproximada de finales del siglo XVIII o principios del XIX. Nadie se había planteado analizar el título de las mismas ya que, en principio, carecían de interés. Pero ahora las cosas podían cambiar.

Después de comprobar minuciosamente si había alguna manipulación en la cubierta, descubrimos que habían tintado por encima para borrar lo escrito en ella. Esta vez fuimos nosotros los que nos dedicamos a raspar sobre la tapa, hasta dejar al descubierto algunas letras doradas. Al cabo de unos veinte minutos raspando, con Marta totalmente callada y observando todo lo que hacíamos, llegamos a la conclusión de que lo que había debajo de esa capa de pintura era el nombre «Santa María de Rioseco».

Por una casualidad, tan sólo aparente, habíamos dado con las cubiertas originales del preciado códice de las Huelgas; y digo aparente porque, con el

tiempo, me daría cuenta de que las casualidades nunca son tales.

—Laura, ¿has visto? —dijo Carlos eufórico—. Cuando se entere don Armando no se lo va a creer. —Tenía la sonrisa absurda del que no se cree lo que le está pasando.

—Carlos, ¿te das cuenta de que en estas cubiertas estaba escondido esto? —Mi mano tocó suavemente la carpeta donde había guardado el pergamino—. Y, una de dos, o lo pusieron antes, o lo han depositado aquí después de hacer el cambio de unas tapas por otras. —Las palabras salían de mi boca despacio, como si a medida que hablase estuviera descubriendo algo importante—. Es posible que esto tenga que ver con el contenido de los bifolios perdidos. —Llevé mi mano esta vez hasta el ejemplar encontrado en las Huelgas.

—¿Me podéis explicar qué está pasando? —dijo Marta con voz muy tenue—. No me entero de nada.

Los dos la miramos como si nos hubiéramos olvidado completamente de su presencia. Después de pedirle disculpas por nuestra abstracción, le contamos todo sobre el códice, del que ya tenía alguna información, y sobre lo que acabábamos de descubrir respecto de las cubiertas.

El entusiasmo que nos embargaba a Carlos y a mí se apoderó también de ella. Me eché hacia atrás en el asiento mientras ellos hablaban de nuevo de cómo y de cuánto le había costado aquel ejemplar y la suerte que había tenido. Miré el reloj. Eran las siete de la tarde. Giré la silla hacia el ventanal. Nadie pasaba en ese momento por delante de mi ventana. Pensé en el hombre que había visto antes y, de pronto, lo volví a ver. Ni siquiera me di cuenta de cómo había aparecido. Simplemente estaba allí de nuevo, frente a mí, mirándome. Llevaba un abrigo oscuro y una bufanda que casi le tapaba la boca. Me puse de pie y pegué la nariz al cristal para observarle mejor. Mi posición era algo más elevada y por eso él levantaba ligeramente el rostro. Nos separaban apenas dos metros. Era de mediana edad; tenía la cara redonda, con el pelo blanco y muy abundante; no debía de ser muy alto y estaba entrado en kilos. Pero, sobre todo, era un sujeto muy extraño. Entonces vi cómo alzaba el rostro y movía los labios, como si me estuviera diciendo algo con movimientos lentos. Aquello me dio miedo. El corazón se me estaba acelerando. Me volví hacia Carlos y Marta que, ajenos a mí, seguían enfrascados en su conversación.

—¡Carlos mira esto!

No reaccionó de inmediato y tuve que insistir en que se levantara y se acercase a mi lado. Cuando lo hizo, miré de nuevo hacia la calle. Aquel hombre

misterioso ya no estaba. En tan sólo unos segundos había vuelto a desaparecer, como si se le hubiera tragado la tierra.

—¿Qué ocurre, Laura? —preguntó cuando llegó junto a mí. No dije nada. Intentaba encontrar a aquel hombre.

—¿Qué has visto? —volvió a preguntarme.

—Pues... no sé. —No dejaba de mirar a través de los cristales, tan pegada a ellos que los llegué a empañar—. Un hombre estaba ahí fuera y me estaba diciendo algo.

—No hagas mucho caso, hay mucho loco suelto.

Nos miramos. Marta se había puesto de pie y preguntaba qué ocurría.

—Nada, nada —dije sentándome de nuevo—, un chiflado de esos que no tienen otra cosa mejor que hacer.

Carlos se volvió a sentar en su silla y nos miramos de nuevo.

—¿Has resuelto lo de Salamanca?

—Sin ningún problema —contesté—. Tengo días por delante; yo creo que le he hecho un favor a mi compañero.

—¡Está bien! —Carlos volvió a coger el pergamino de Marta—. Lo primero que tenemos que hacer es conocer qué demonios pone aquí y en qué fecha fue escrito. Puede que tenga alguna relación con nuestro código de las Huelgas. —Me miró y sonrió—. ¡Éste es nuestro día de suerte!

—¿Conoces a alguien que nos pueda ayudar? —le pregunté—. Salvo don Armando, no recuerdo a nadie que sepa transcribir el arameo.

—Yo, sí —respondió—. Tengo un buen amigo en Toledo. Es un experto en lenguas semíticas, sobre todo, arameo, hebreo y judaico. Le conocí en unas conferencias que dio hace tres años sobre el judaísmo en la ciudad de Toledo y sobre la trayectoria sefardí. Nos hicimos compañeros de las rondas nocturnas —miró a Marta y sonrió con cierta picardía—, bueno, me enseñó el lado más oscuro de Toledo, el más oscuro y el más divertido, todo hay que decirlo. Después he ido muchas veces a visitarlo; la verdad es que Toledo es una ciudad increíble. Creo que de sus piedras brota algo especial, esotérico... misterioso. —Se le quedó una media sonrisa un poco ridícula.

—¿Qué quieres decir con esotérico y misterioso? —pregunté para cortar un poco el monólogo que me estaba resultando fuera de lugar.

—¿Has estado en Toledo?

—¡Claro que sí!

—¿Y no sientes que cuando caminas por sus calles hay voces que te



susurran suavemente en la nuca?

—No digas estupideces, Carlos, que no está el horno para bollos —le dije poniéndome seria.

—Es verdad, te lo aseguro. Por las noches, cuando las calles están en silencio, se oyen voces y susurros de los espíritus que habitan entre sus casas.

Marta nos miraba con cara de sorpresa.

—Pues yo estuve en Toledo en un viaje de fin de curso —dijo de repente— y voces o susurros no sé, pero lo que sí te aseguro es que me lo pasé de miedo.

Los tres sonreímos. Yo me removí en mi asiento, impaciente.

—Bueno, ¿nos vas a decir a quién conoces en Toledo? —le pregunté con gesto complaciente.

Carlos miró el pergamino de nuevo.

—Creo que es la persona que puede ayudarnos. Trabaja en el Centro de Documentación del Museo Sefardí de Toledo. Ha recorrido el mundo en busca de documentos escritos en lenguas semíticas y sabe todo cuanto se puede conocer sobre esas lenguas.

—Pues, entonces, no hay más que hablar —dije—. ¿Cuándo puedes quedar con él?

—No hay problema, le llamo ahora mismo y seguro que mañana nos recibe.

—Pero ¿tú no tienes clase? —le pregunté. Carlos negó con la cabeza.

—La semana que viene empiezan los exámenes y ésta, en teoría, estoy en Lisboa en unas conferencias que deben de estar siendo muy interesantes. —Puso un gesto de sorna.

—Por mi parte tampoco hay inconveniente —dije volviéndome hacia Marta—. Y tú, ¿puedes venir a Toledo?

Ella afirmó con una amplia sonrisa.

—Entonces solucionado, llama a tu amigo y queda con él.

Carlos sacó su móvil del bolsillo del pantalón. Mientras hablaba se levantó y se acercó hasta la puerta. Marta me dijo que me quedase yo con el libro y con el pergamino. A ella le daba miedo deteriorar algo que podía ser tan valioso: «¡Ya he tenido bastante suerte con que el agua no lo haya dañado!». Estuve de acuerdo con ella.

Carlos colgó el teléfono. Saldríamos al día siguiente a mediodía. Su amigo no nos podía recibir hasta la tarde, de modo que había quedado con él para cenar.

—Iremos a un hotel que está cerca del Alcázar —dijo Carlos con una sonrisa de satisfacción—. Se llama La Almunia de San Miguel. Es precioso, os

va a encantar, y los dueños son entrañables.

Marta se despidió y nos quedamos solos. En cuanto se cerró la puerta, Carlos se levantó de la silla y se dirigió a la ventana.

—Laura, ¿qué es lo que has visto exactamente en la calle?

—Era un hombre que me miraba de forma extraña, y me pareció que me decía algo. —Me quedé un instante en silencio—. Puede que sea un loco o uno de esos guarros, pero... no sé, no me ha dado la sensación de que fuera de esos tipos. Además, ya lo había visto antes, cuando estaba con Marta, y ahora otra vez mientras que vosotros hablabais... —Bajé el tono de voz como si estuviera hablando para mí misma y me quedé absorta durante unos instantes mirando más allá de los cristales. Mi mente se esforzaba inútilmente por encontrar una explicación lógica a lo que había visto.

—No creo que fuera un loco —dijo con gesto pensativo—; cuando estaba en mi despacho he tenido la sensación de que alguien me estaba observando. —Carlos tenía el despacho tres puertas más allá del mío, y sus características en tamaño y mobiliario eran las mismas—. ¿Has tenido alguna vez la sensación de que alguien, sin verlo, te fulminaba con la mirada por la espalda?

—Pero... ¿tú le has visto?

—No, yo no he visto nada. Estaba hablando con ese chico y no me he vuelto hacia la ventana. Pero ha habido un momento en que... no sé... será que estoy delirando. —Movié la cabeza a un lado y a otro.

—Una cosa, Carlos, ¿qué te ha pasado cuando has tocado el libro de Marta?

—¿Qué quieres decir? —preguntó extrañado.

—Que si has sentido algo al tocar las cubiertas —le dije impaciente.

—Puede que haya sido algo de electricidad estática. ¿Por qué lo preguntas?

—Yo he tenido la misma sensación.

—Bueno, vamos a ver, no nos volvamos paranoicos, por favor —dijo haciendo un gesto de calma con las manos.

—Tienes razón —le dije levantándome y cogiendo la bolsa de plástico del suelo—. Creo que he tenido más emociones juntas en las últimas horas que en toda mi vida. —Cogí una cartera de piel y metí el libro de Marta y la carpeta con el pergamino—. ¿Quieres tomar algo? Tengo una sed terrible.

—Creo que debemos llevarnos también el código del profesor. Hasta que no sepamos dónde está don Armando, no quiero que esté por ahí expuesto a que desaparezca.

Estaba de acuerdo con él. Introduje con sumo cuidado el código de las

Huelgas en la cartera, la cerré, y me puse el abrigo.

Carlos miró el reloj.

—¿Me dejas que te invite a cenar? —Realizó la pregunta con un tono comedido—. Conozco un sitio donde hacen una pasta excelente.

Hice un gesto de afirmación y salimos del despacho. En los pasillos había muy poco movimiento; algunos estudiantes salían de la biblioteca y otros acudían a las últimas clases del día. La luz artificial del vestíbulo le daba un aire diferente al edificio, como si diera un salto hacia atrás en el tiempo. Nos dirigimos hacia el aparcamiento de la Facultad de Derecho para coger el coche de Carlos.

Aquella cena me resultó muy gratificante. Me encontré muy a gusto con la conversación que mantuvimos. Nunca habíamos pasado una velada de esas características. Nuestra relación desde hacía años se limitaba al ámbito laboral en el que compartíamos trabajos y horas de investigación conjunta; muy de vez en cuando, habíamos salido a tomar algunas cervezas para celebrar algo relacionado con la facultad, generalmente rodeados de más colegas. Analizamos de nuevo todo lo que nos había ocurrido en las últimas veinticuatro horas: las palabras escritas en la cruz, el posible paradero del profesor Dorado y lo que le había podido ocurrir. Pero, al contrario que en la comida, terminamos hablando de nosotros mismos, de nuestras vidas, de mi corto matrimonio y de mi divorcio, y de cómo me las apañaba con la soledad. Él, por su parte, me contó algunos secretos de su vida; sus relaciones amorosas habían sido escasas y esporádicas, a pesar de que se le había adjudicado más de una relación que no era cierta, y me llegó a confesar lo vacío que se encontraba a veces. Me sorprendió gratamente el lado humano que mostró durante aquella velada. El ambiente que nos rodeaba en aquel pequeño restaurante del casco antiguo era particularmente íntimo para una conversación tranquila y pausada. Sentados, uno frente al otro, en una mesa estrecha y a la luz de las velas, las horas se pasaron volando apenas sin darme cuenta. Hacía tiempo que no me sentía tan cómoda con una persona. Desde mi separación, mi vida social se había desequilibrado totalmente. En poco tiempo, los que habían sido amigos comunes dejaron de ser realmente amigos. A menudo tenía la sensación de que me había quedado en tierra de nadie, todos se acercaban para saber cómo estaba, pero me sentía como la «pobre Laura» abandonada por el capullo de Miguel, «¡con lo bien que se llevaban!». Todos esos comentarios los había percibido durante meses en las caras de los que decían ser mis amigos. Poco a poco dejé de percibir incluso lástima;

simplemente dejé de existir para muchos de ellos. Me sentía sola, aunque, a medida que pasaba el tiempo, aprendí a convivir con mi soledad, con mi yo interior, inmersa en un mundo en el que cada cual tiene sus propios intereses, y en el que nos preocupa muy poco lo que ocurra en otros mundos y en otros interiores.

Cuando pasaba de la una de la madrugada, me dejó en la puerta de mi casa y nos despedimos hasta el día siguiente.

Marta llegó a mi casa a las dos y media de la tarde con una mochila sobre el hombro izquierdo, arrastrando una maleta de pequeñas dimensiones. A las tres en punto, Carlos llamó al timbre del portero y ambas bajamos a la calle. Introdujimos nuestro equipaje en el maletero del BMW de Carlos y nos sentamos en el coche. Marta se puso detrás del asiento del conductor, de tal forma que podía ver su cara con sólo girarme hacia ella. La conversación al principio fue trivial. Marta, ante las preguntas de Carlos, nos contó que hasta los diecinueve años vivió en Madrid con sus padres; entonces conoció a un chico de Zaragoza, se enamoraron y al cabo de un año de continuos viajes decidieron vivir juntos. Pero la cosa no salió bien, y después de dos años lo dejaron. No volvió a Madrid. Le gustaba vivir en una ciudad en la que podía hacer cosas sin dejar la mitad de su tiempo en desplazarse a cualquier lugar.

Después de un rato comenzamos a hablar de lo que nos había ocurrido el día anterior. Le pusimos en antecedentes de todo. Empezaba a ser parte de nosotros y de nuestra pequeña aventura, teniendo en cuenta que había sido ella la que había traído hasta nuestras manos las cubiertas originales del código encontrado en las Huelgas. Era tal la casualidad que durante toda la noche estuve dándole vueltas.

A lo largo de mi vida, y con el tiempo, había llegado al convencimiento de que todo lo que ocurre es porque tiene que suceder. Hasta lo más intrascendente en apariencia de nuestras vidas nos sucede por algo. Esa convicción me ayudó en muchos momentos de mi vida, momentos difíciles, imposibles de comprender si los atribuía simplemente al azar. Cómo podía ser una casualidad la muerte de mis padres en un accidente cuando tenía trece años. Cómo entender, en esos momentos, que ya no tendría sus atenciones, su cariño, sus abrazos. Cómo atribuir a la casualidad que años más tarde muriera mi mejor amiga en otro accidente. Nunca llegué a comprender, aunque tampoco lo atribuí a una casualidad, que el profesor Dorado admitiera sin reparos mi solicitud para que dirigiera mi tesis, siendo como era una estudiante mediocre y sin grandes resultados académicos. Y todavía me pareció más extraño el hecho de que, al

poco tiempo, me invitase a ir a Burgos como su ayudante junto a Carlos, para recoger el manuscrito descubierto en el monasterio de las Huelgas. Lo malo y lo bueno, en mi vida, no me había ocurrido por casualidad, todo tenía un porqué, aunque en aquel momento la mayoría de mis preguntas no tuvieran respuesta.

Ya era de noche cuando llegamos a Toledo. Dejamos el coche en un garaje junto al Alcázar. Nuestro hotel era una casa antigua rehabilitada que se encontraba en el corazón del barrio templario de la ciudad, en la calle San Miguel. Arrastramos nuestras maletas por las tortuosas callejas adoquinadas y, dejando la plaza del Seco, llegamos a un callejón estrecho.

—¡Aquí es! —dijo Carlos ante una puerta de madera.

En la pared de piedra había un pequeño cartel: LA ALMUNIA DE SAN MIGUEL. Llamó al timbre y, al cabo de unos segundos, la puerta se abrió. Un hombre alto y con el pelo blanco apareció tras ella. Sonrió efusivamente cuando vio a Carlos y nos invitó a pasar al interior.

—¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo sin venir a visitarnos!

Otro hombre de mediana edad, con perilla y una forma de caminar algo amanerada, se acercaba hacia nosotros con gestos de alegría. Ambos se deshacían en atenciones y palabras de bienvenida hacia Carlos, dedicando, de vez en cuando, alguna mirada hacia nosotras. Marta y yo observábamos la escena en silencio. Estaba claro que se conocían bien y, después de los saludos entre los tres, llegó el momento de las presentaciones. El hombre que nos había abierto la puerta era Juan. Cuando me estrechó la mano me dedicó una amplia sonrisa, haciendo un breve movimiento de cabeza como si se tratase de una reverencia. Tenía los ojos más verdes que jamás había visto. Desde un principio me inspiró confianza, por su forma de cogerme la mano al saludar, sus palabras, suaves y pausadas, enmarcadas en esa sonrisa cautivadora. Tras él se había situado Roberto, algo más alto y más maduro. La perilla blanca le daba un aire intelectual. Al saludarme, haciendo el mismo gesto que su compañero con un movimiento de la cabeza hacia delante, me percaté de sus maneras, exquisitamente femeninas. Eran los dueños de aquel pequeño remanso de paz en el corazón de Toledo. Cerraron la puerta de la calle y nos encontramos en un patio interior con una claraboya que dejaba ver el cielo estrellado. Percibí un agradable olor a canela en el ambiente. Los tres hombres charlaban entre risas y preguntas mientras yo observaba todo lo que había a mi alrededor. El patio estaba lleno de plantas y tenía madera en las vigas de los techos de los corredores. A mi izquierda, sobre un mueble aparentemente antiguo, pude ver un

libro con caracteres árabes situado sobre un atril en forma de tijera, de los que utilizan los musulmanes para colocar y leer el Corán. A mi derecha, junto a una escalera que bajaba hacia lo que parecía un sótano, había un armario con la puerta de cristal. Su interior estaba deliberadamente iluminado para poder admirar algunos ejemplares de libros antiguos guardados en él. Como si de un resorte se tratase, di dos pasos y me situé frente al anaquel. De inmediato sentí la presencia de Juan tras de mí. Sin decir nada sacó una llave y abrió la puerta de cristal.

—Mira, éste es un Corán del siglo XVIII —dijo cogiendo con cuidado el ejemplar más cercano y tendiéndolo hacia mí.

Era realmente hermoso. Las letras árabes parecían un conjunto armonioso de símbolos, como si se tratase de una melodía musical. Estuve observando aquel ejemplar mientras Juan cogía otro.

—Esto te va a gustar; es un libro budista de poesías, está datado en el siglo XVI.

Lo sujetaba cuidadosamente entre sus manos abriendo las tapas. No tenía el mismo empastamiento de nuestros libros, sino que había sido encuadernado en zigzag. Era realmente curioso.

Estuvimos un rato viendo aquellas joyas colocadas en el pequeño armario hasta que Roberto nos invitó a un té.

—Os mostraré las habitaciones —dijo al iniciar el ascenso por las escaleras—. Hoy podéis elegir porque sois los únicos huéspedes, al menos por ahora.

En la primera planta había una especie de sala de estar a la que daban cuatro puertas. Abrieron de par en par las cuatro y nos indicaron que eligiéramos. Me metí en la primera que tenía a mi derecha. Era una habitación amplia, con un mirador al que se abría un hermoso ventanal. Ascendí un escalón para acercarme a la cristalera, y, desde allí, pude comprobar el impresionante espectáculo de las luces del casco antiguo de la ciudad; al fondo, espectacular y bellamente iluminadas, se erguían las torres de la iglesia de San Juan de los Reyes. Me quedé un rato mirando aquella vista, pegada a los cristales. La luz tenue de la habitación me dejaba ver perfectamente el exterior.

—Parece que te quedas con ésta, ¿no es así?

Me volví de repente como si me hubieran arrancado de aquel exterior de embeleso. Detrás de mí estaba Juan mirándome con sus ojos intensamente verdes.

—Es preciosa, no sé qué decir —dije volviendo de nuevo mi mirada hacia el ventanal.

—Es la mejor —dijo casi en un susurro—; ya verás mañana con la luz del día, y no te digo nada de los atardeceres; son de ensueño, te lo aseguro.

Dejamos nuestros equipajes y subimos al piso superior, donde ellos tenían su apartamento. Nos invitaron a un té excelente. Por su forma de hablar y su conversación me daba la impresión de que eran dos personas que vivían de espaldas al mundo real. De sus viajes y compras de cuadros y antigüedades, tenían en diferentes estanterías los objetos más exóticos y extravagantes que pudiera imaginarse. Algunas de las piezas, adquiridas de forma un tanto irregular, eran objetos de museo. Nos contaron diversas anécdotas, curiosas y muy interesantes, sobre sus viajes por los lugares más recónditos del mundo.

En medio de la conversación sonó el móvil de Carlos. Era su amigo Rachid. Nos esperaba en media hora en un restaurante cercano, donde había hecho una reserva.

El lugar al que nos dirigíamos para la cena era la antigua casa de los templarios en Toledo, de ahí el nombre del barrio. Estaba muy cerca del hotel, junto a la plaza del Seco, pero Juan y Roberto insistieron en acompañarnos hasta la misma puerta. En el camino nos estuvieron contando que en aquel barrio ocurrían cosas extrañas, y que la gente se transformaba cuando penetraba en sus angostas calles, sobre todo, durante la noche.

—Ya se lo advertí —dijo Carlos sonriendo—, pero ninguna de las dos me creyó.

—Pues hacedle caso —nos sugirió Roberto caminando despacio mientras se frotaba las manos para combatir el intenso frío—, porque lo que dice es cierto. En Toledo hay muchos misterios por descubrir. Mañana podemos hablar de eso, si queréis, claro.

—A mí me encantaría —dije con entusiasmo—. Todo eso de los misterios... parece muy intrigante.

Llegamos a la puerta del restaurante y nos despedimos.

—Tened cuidado a la vuelta, estas calles no están muy transitadas —dijo Juan con gesto circunspecto.



Entramos en el interior de lo que había sido la encomienda del Temple. Era un edificio rústico de paredes de piedra, de donde colgaban multitud de símbolos referentes a la orden a la que debía su nombre. Un camarero se dirigió a nosotros y Carlos, que iba delante, le hizo una pregunta; de inmediato, nos llevó hasta una mesa algo apartada. Allí estaba sentado un hombre de unos sesenta años, con unas gafas diminutas y unas amplias entradas que dejaban totalmente despejada su frente. En cuanto llegamos ante la mesa, se levantó y procedimos a las presentaciones, tendiéndonos amablemente la mano. Noté su palma ruda y de piel áspera. No podía ocultar su origen semita: ojos pequeños detrás de aquellas lentes minúsculas, de rasgos enjutos y de tez oscura. Tuve la sensación inmediata de que aquel hombre tenía algo de misterioso. Su nombre era Jacob Uri; pero todos le llamaban Rachid. Cuando nos sentamos a la mesa explicó el significado de aquellos nombres: Jacob, *la mirada del halcón*, y Uri, *la luz*. Desde niño todos le llamaban Rachid como a su padre, un árabe ajeno a cualquier creencia religiosa hasta que conoció a la que sería la madre de Jacob; con ella se casó y de su mano se convirtió al judaísmo, primero por amor y con el tiempo por convicción.

La voz de Rachid era dulce, como la de un erudito acostumbrado a hablar hacia un público que le escucha embobado. Sus palabras, suaves y delicadas, me embaucaban sin remedio.

Marta y yo apenas hablamos durante la mayor parte de la cena. La conversación, dirigida en cierto modo por Carlos, se centró en aquel hombre enigmático y muy interesante, de tal forma que apenas me enteré de lo que cené. Mi atención no podía desprenderse de sus ojos y sus palabras, de esos delicados movimientos de sus manos al hablar, de la vehemencia de su mirada cuando se dirigía a mí. Nos contó parte de su vida, de sus estudios sobre la cultura y la religión judía. Era un apasionado de la historia de las religiones monoteístas y conocía perfectamente distintas lenguas como el judaico, hebreo, siríaco, además de árabe, griego y latín, y, por supuesto, arameo.

—¿Qué diferencia hay entre la lengua hebrea y el judaico? —preguntó Marta cuando Rachid enumeró las lenguas que conocía.

—En realidad, las dos lenguas tienen las mismas raíces y pertenecen a la gran familia de alfabetos semíticos. Sus rasgos son muy parecidos, pero el hebreo, propiamente dicho, es el hebreo arcaico; su utilización se suele datar en torno al siglo XI o XII antes de la era común (se utiliza «a.e.c.», «antes de la era común» o «e.c.», «en la era común», cuando se datan trabajos de colaboración

entre estudiosos judíos y cristianos), y dejó de utilizarse durante el siglo IV a.e.c. El judaico, sin embargo, es el llamado hebreo redondo, y tiene su origen precisamente durante el siglo V a.e.c. Ambos se escriben de derecha a izquierda. —Sus explicaciones eran tranquilas y pausadas, y me di cuenta de que apenas comía, sólo hablaba, mientras los camareros se llevaban sus platos prácticamente igual que los habían traído—. Todas las lenguas semíticas tienen la misma raíz; el siríaco, por ejemplo, se considera una evolución del arameo, lengua utilizada por los judíos de Palestina en tiempos de Jesús de Nazaret.

El arameo lo transcribía y traducía a la perfección, aunque reconoció con cierto reparo que le costaba hablarlo porque no tenía posibilidad alguna de practicarlo, y nos puntualizó que, en la actualidad, sólo existen tres pueblos en el mundo, situados en Siria y Turquía, en donde sus gentes hablan en arameo.

Al final de la cena, cuando nos estaban sirviendo los postres, Carlos le habló del pergamino en arameo que teníamos en nuestro poder. Entonces, Rachid escuchó atentamente las explicaciones que le dimos sobre su descubrimiento, y nos emplazó en su despacho a las cinco de la tarde del día siguiente. Por la mañana no nos podía atender debido a compromisos ineludibles. Estuvimos de acuerdo y la cena concluyó, despidiéndonos de Rachid en la plaza contigua a la salida del restaurante.

Caminamos hacia el hotel en silencio. Nuestros pasos retumbaban sobre los adoquines de las calles estrechas. Nadie se cruzó con nosotros. El frío era intenso y me encogí para resguardarme la cara en la calidez de la lana de mi bufanda.

Ya en el patio de La Almunia de San Miguel, nos sentamos en unas sillas de hierro y, en un susurro para no molestar, estuvimos hablando un rato sobre la conversación de la cena. Al cabo de unos minutos apareció Juan por la escalera, y tras él, Roberto.

—¿Qué tal la cena?

—Fantástica —le respondí. Entonces me di cuenta de que las vidrieras de las ventanas que daban al patio tenían el símbolo de los templarios: dos caballeros sobre un solo caballo. Me levanté y me dirigí hacia la vidriera—. Esto es de...

—De la Orden del Temple —dijo Juan sin dejarme terminar—. Recuerda que estamos en el barrio del Temple, aquí todo tiene un cierto aire templario. Roberto está seguro de que los espíritus de los caballeros siguen pululando por estas casas y sus calles.

—Y tú, ¿piensas lo mismo?

—Creo que sí. —Se puso junto a mí observando la vidriera—. Ya os dijimos que aquí ocurren cosas muy extrañas. Se cuentan leyendas e historias misteriosas ocurridas en los sótanos y subterráneos de este barrio.

—¿Os ha ocurrido algo extraño alguna vez? Al fin y al cabo vivís aquí.

Afirmó con la cabeza despacio.

—Me ocurre..., bueno, nos ocurre cada día —dijo volviéndose hacia Roberto, que charlaba con Carlos y Marta.

—¿Me lo puedes contar? —le dije con curiosidad—, si no te importa, claro. Juan se volvió hacia Roberto.

—Dice que le contemos lo de los espíritus de la casa.

Marta le miró horrorizada.

—No me digáis que hay espíritus aquí. Que yo me muero de miedo, no hagáis bromas con eso. —Mientras hablaba, inconscientemente se iba pegando al brazo de Carlos, como para protegerse.

Me eché a reír.

—Vamos, Marta, no me digas que no te come la curiosidad. Puede resultar divertido.

Estuvimos todos de acuerdo y subimos al apartamento de Juan y Roberto. Nos sentamos en el pequeño salón, con sus paredes pintadas de granate, sobre las que había colgados cuadros del siglo XVIII adquiridos a un marchante gitano. En la parte superior de las paredes había escrito en árabe un proverbio andalusí, que se repetía una y otra vez a modo de cenefa: «Antes de hacer algo, piénsalo». Nos sentamos en los sillones. El ambiente era embriagador. La estancia se encontraba a media luz y encendieron unas velas decorativas que dieron un toque más íntimo. De fondo se oía una suave melodía. Con una taza de té entre las manos empezaron a contarnos historias de aquella ciudad con embrujo y de las gentes que en ella habían habitado a lo largo de su historia.

—Desde la Edad Media, Toledo ha sido considerada como uno de los más fabulosos centros del ocultismo. En ella convivieron de forma pacífica cristianos, judíos y árabes. Alquimistas, magos, zahoríes, médicos, poetas, adivinos, astrólogos y ocultistas venidos de todo el mundo confluyeron en Toledo, un núcleo cultural en el que se mezclaban la magia, la realidad, la ciencia y la religión.

Yo escuchaba absorta las palabras de Juan, aunque Roberto, en ocasiones, apostillaba la narración aclarando algún punto.

Juan continuó contando que, durante la época de Alfonso X el Sabio, el ocultismo y la magia, traídos en su mayor parte de Oriente, tuvieron una alta consideración y se practicaban en los palacios. Pero esa época fue una excepción porque prácticamente siempre lo esotérico se tuvo que mantener oculto en los sótanos y los subterráneos, de los que Toledo está lleno. En su interior, magos, alquimistas y nigromantes ejercieron sus artes ocultas durante siglos.

—Nosotros tenemos uno de esos sótanos en esta casa —Juan hablaba en un susurro, imprimiendo un tono intrigante—, y en la entrada del mismo, tallada en la piedra, hay una inscripción en latín.

—Esta noche las chicas no duermen —dijo Carlos interrumpiendo el relato. Le miré con cierto desprecio. Y volví de inmediato mis ojos hacia Juan.

—¿Qué dice esa inscripción?

—«No te acerques si temes a la muerte» —contestó muy despacio, mientras observaba atentamente nuestra reacción.

Nos quedamos todos en silencio.

—¿Habéis entrado alguna vez en el sótano?

—¡Nunca! —Roberto contestó tajante—. A la suerte no hay que tentarla y mucho menos si es mala. —Hizo unos gestos un tanto cómicos con las manos, como queriendo retirar esa mala suerte de su lado.

—No hemos entrado porque no se puede —dijo Juan sonriendo—. Se encuentra en muy mal estado. Cuando adquirimos la casa el acceso estaba cerrado a cal y canto por una verja, y así lo hemos mantenido siempre. Nunca hemos tenido la tentación de entrar en las entrañas de la tierra, los dos padecemos tal claustrofobia que nos ahogaríamos en los primeros metros hacia el interior. —Miró hacia Roberto señalándole con el gesto, y él afirmó gesticulando expresivamente a lo que estaba diciendo—. Está al final de la escalera que hay en el patio de la entrada.

—Dijiste que os había ocurrido algo en la casa.

—Bueno..., sentimos la presencia de alguien a nuestro lado. Y muchas noches se oyen ruidos, llantos y quejidos.

—¡Yo aquí no duermo! —Marta se había levantado de un salto.

Como estaba a mi lado, tiré de ella e hice que volviera a sentarse.

—No temas, Marta —le dije agarrándole la mano—, los muertos no te harán ningún daño, es de los vivos de quienes debes tener miedo.

—¿Os pasa con frecuencia? —intervino Carlos.

—A menudo, sobre todo cuando no hay jaleo ni huéspedes en el hotel.

Continuamos charlando hasta bien entrada la madrugada. El ambiente acogedor invitaba a la conversación, y el té despejaba la mente.

Eran las cuatro y media de la mañana cuando nos metimos cada uno en nuestra habitación. Apagué la luz y me acerqué a la ventana. El espectáculo que tenía ante mis ojos era fascinante. El cielo estaba totalmente estrellado y había luna llena. No podría decir cuánto tiempo estuve admirando aquel juego de luces y sombras. Lo que sí recuerdo es que aquella noche dormí profundamente hasta bien entrada la mañana.

La reunión con Rachid comenzó a la hora fijada. Apenas tuvimos que esperar un par de minutos en la antesala de su despacho del Centro de Documentación del Museo Sefardí. Por la mañana habíamos estado visitando la Sinagoga del Tránsito y el museo, con las interesantes explicaciones de Juan, que se brindó a ejercer de cicerone. A pesar de que los tres conocíamos las instalaciones, las explicaciones del amigo de Carlos resultaron ser muy interesantes. Después de los saludos nos sentamos a una mesa redonda y amplia. Con sumo cuidado puse sobre ella la carpeta que contenía el pergamino descubierto por Marta, mientras Carlos volvía a poner en antecedentes de lo sucedido a Rachid, con alguna tímida intervención de Marta.

Rachid no hizo ningún movimiento, escuchaba atentamente, casi sin pestañear, las explicaciones de Carlos. Cuando terminó, se levantó sin decir nada, cogió un cuaderno, una pluma estilográfica y una lupa de su mesa y se volvió a sentar.

—Vamos a ver qué tenemos aquí —dijo haciéndome un gesto con la mano para que le acercase la carpeta.

Todos mantuvimos un tenso silencio mientras Rachid extraía el pergamino y lo depositaba cuidadosamente sobre la mesa. Lo estuvo observando un rato pasando levemente sus dedos por él. En sus gestos no percibí nada, únicamente una concentración que me pareció infinita, como si estuviera abstraído de todo y sólo existiera aquel pedazo de piel que tenía ante sí.

—¡Santo Cielo! —Fue la primera vez que su rostro cambió de gesto. Sin dejar de mirarlo, sus ojos se abrieron, sus cejas quedaron arqueadas todo lo que podían dar de sí y sus labios llegaron a temblar—. Esto... esto es... un tesoro — Su cabeza negaba como si no pudiera creerse lo que tenía entre sus manos—. Este pergamino es auténtico —dijo cogiendo la lupa y observando a través de ella el escrito—, y yo lo dataría alrededor del siglo I o II de nuestra era. Es un milagro que se mantenga en este estado, ha tenido que estar guardado en algún

lugar protegido de la luz y del aire, su conservación es casi perfecta. —Por fin nos dirigió una mirada a cada uno de nosotros—. ¡Es un milagro! Os lo puedo asegurar. Que un pergamino se conserve casi dos mil años es todo un milagro.

En su rostro se reflejaba el asombro ante algo que le emocionaba profundamente.

—¿Qué hay escrito? —pregunté con una mezcla de impaciencia y emoción—. Es arameo, ¿verdad?

—Así es, Laura. —Su atención volvió de nuevo al pergamino—. Es arameo y muy bien escrito, por lo que veo. Su autor debió de ser una persona culta y, por la grafía, parece que estaba acostumbrado a hacer escritos.

—Pero ¿qué dice?, ¿cuál es su contenido? —insistí.

—Dadme unos minutos —me contestó sin levantar la mirada del pergamino—. Todo en la vida requiere su tiempo.

Cogió la pluma y, en medio de un absoluto silencio, fue transcribiendo sobre el cuaderno cada una de las palabras que contenía aquel trozo de piel.

Después de un buen rato, que me pareció eterno, dejó sobre la mesa la pluma y la lupa que había utilizado en el proceso de transcripción. Tomó el cuaderno y mantuvo de nuevo un largo silencio. Nadie habló.

—Creo, amigos, que estamos ante algo que puede resultar muy trascendente. —La voz de Rachid era grave y cargada de un tono de solemnidad que me desconcertó—. En este escrito se indica la situación de la tumba de un hombre.

—¿Y qué tiene de trascendente eso? —preguntó Carlos después de unos instantes de silencio—. ¿Se trata de un rey o alguna persona importante de la época? ¡Habla Rachid, nos tienes en ascuas!

—Se podría decir que fue un rey para muchos —su voz y su gesto eran circunspectos—; pero, sobre todo, se trató de un hombre importante, uno de los más importantes de la humanidad, al menos para vosotros, los cristianos.

Se hizo un silencio sepulcral. Nuestras miradas se cruzaron con una mezcla de perplejidad y confusión.

Rachid inspiró profundamente. Miró de nuevo hacia su cuaderno, se ajustó las gafas sobre su nariz y comenzó a leer despacio:

—«De la mano del cielo, con el alma encogida, llevamos a cabo la labor sagrada de dar cuenta del enterramiento de nuestro amado Maestro, Jesús de Nazaret, herido mortalmente en la cruz, que expiró a la hora nona del día anterior a la Pascua. Sus restos quedarán depositados bajo el umbral de las siete,

en el mismo lugar donde su cuerpo será venerado por todos los tiempos. En la losa bajo la que descansa, sólo inscritas las palabras *Jeshuá bar Leví*, de todo ello son testigos María de Magdala, María, Juan y yo mismo, José de Arimatea».

A duras penas podía respirar; la velocidad de mi corazón era excesiva y el oxígeno llegaba con dificultad a mis pulmones. Mi estómago dio un vuelco y tuve que tragar saliva para reaccionar.

—¿Qué significa eso? —dije despacio.

Rachid me miró con gesto serio por encima de sus gafas.

—¿Usted qué cree, Laura? Lo que está escrito es exactamente lo que le acabo de leer. —Dejó el cuaderno sobre la mesa despacio, me miró con gesto serio, se quitó las gafas y se tocó el entrecejo con los dedos—. Puede usted creer lo que quiera. Lo único que le puedo afirmar es que este pergamino es del siglo I, que está escrito en un perfecto arameo, y que parece que lo firman cuatro personas, aunque sólo una lo escribió. No le puedo asegurar, sin embargo, que alguna de las cuatro personas cuyos nombres aparecen al final sea la misma que haya escrito el texto. Parece hecho al dictado, y en la antigüedad, como bien sabe, era frecuente la utilización de escribientes para redactar cualquier documento.

—Pero aquí dice que enterraron a Jesús de Nazaret —dijo Carlos incorporándose sobre la mesa—. ¿Quiere eso decir que existe una tumba de Cristo?

Hubo un silencio. Parecía como si hubiéramos descubierto un secreto y no nos atreviéramos a mencionarlo.

—Pero entonces, si existe una tumba de Jesús de Nazaret —Marta intervino por primera vez—, quiere decir que no hubo resurrección.

Otro largo silencio. Miré a Marta y noté en sus ojos un brillo extraño, pero pronto me olvidé de ese gesto porque la situación requería mi máxima atención.

Rachid se echó hacia atrás en la silla colocándose de nuevo las gafas. Llevaba una pajarita y una chaqueta oscura que le daban un aire intelectual.

—Yo os puedo decir lo que pienso —hizo una pequeña pausa—, pero soy judío, no cristiano, y estos temas pueden herir la sensibilidad de los que creen en los dogmas de la Iglesia. —Hablabá dirigiéndose a cada uno de nosotros—. Son temas muy delicados y me permitiréis vosotros prevenirme de escándalos religiosos. Ante todo soy muy respetuoso con lo que la gente piense y con sus creencias espirituales, a pesar de que pueda pensar que están equivocadas.

—No tenga temor por manifestar sus ideas —le dije con seguridad—.



Nosotros aceptamos de buen grado todo lo que sea información. Después, cada uno que saque sus propias conclusiones. ¿Estamos de acuerdo? —Miré hacia Marta primero y después a Carlos, mientras ambos afirmaban con la cabeza.

—Bien —Rachid dio un profundo suspiro y volvió a mirar hacia el pergamino—, esto, aunque os pueda parecer extraño, no me coge totalmente de sorpresa, quiero decir que la posible existencia de una tumba de Cristo es una teoría que siempre ha estado en ciertos ambientes, sobre todo en aquellos en los que no se cree en la resurrección corporal y en la divinidad del nazareno. Hay algunos indicios que apuntan a que los templarios sabían más sobre este tema de lo que la Iglesia pudo soportar y que esto pudo ser una de las razones fundamentales de su disolución. Después, otras sociedades secretas han mantenido la hipótesis de la existencia de una tumba con los restos de Cristo, pero la falta de pruebas y las múltiples dificultades en la investigación, impuestas por aquellos a los que no les interesa nada que las cosas cambien, han entorpecido cualquier intento de llegar hasta el final en este asunto.

—Pero... —Marta habló sutilmente—, yo también he leído algo acerca de ese tema y siempre me he preguntado qué tendría de malo el hecho de que Cristo fuera tan sólo un hombre, un profeta como otros, que enseñó una forma de vivir y de actuar basada en la alabanza a un Dios único y el amor a todos. No entiendo qué mal podría haber en eso.

—Muy sencillo, Marta —le contestó Rachid—, la Iglesia, como institución organizada desde que Constantino toleró el cristianismo, se fundamentó en la divinización de Jesús de Nazaret; si se le quita ese atributo podría ver peligrar su poder, y en ningún caso se expondría a un riesgo semejante.

Mi interés iba creciendo por momentos; me daba la sensación de que estábamos ante algo muy importante, fundamental para nuestras vidas y para la de millones de personas. Lo notaba por el gesto grave de Rachid, por el ambiente que se había creado entre nosotros; es que algo importante estaba ocurriendo, aunque en ese momento no llegase a comprender de qué se trataba.

—¿Usted cree en la resurrección y posterior divinización de Jesús de Nazaret?

Rachid me miró y se quedó pensando unos instantes.

—Laura, ya le he dicho que no soy cristiano, no puedo creer en eso. No creo en la divinidad de Jesús, y, mucho menos, en una resurrección de su cuerpo; por tanto, su tumba y sus restos deben de estar en algún lugar de este mundo. Incluso la Iglesia nunca ha querido ahondar sobre el hecho de la posible

existencia de un cadáver, a pesar de que es muy complicado, por no decir imposible, entender para la mente humana cómo un hombre puede llegar a morir y después de tres días resucitar en carne y hueso; toda explicación lógica se ha obviado en aras a la fe.

»En mi opinión, la Iglesia sabe desde hace siglos que existe una tumba atribuida a Cristo, y lo único que ha hecho es ahogar las fuentes que pudieran dar cuenta de este detalle; estoy convencido de que ésa fue una de las razones fundamentales para que los templarios fueran censurados. Pero es mi opinión personal.

»El significado de resurrección ha tenido distintas connotaciones a lo largo del tiempo de acuerdo con las diferentes religiones y culturas. Por ejemplo, según el Talmud de Jerusalén, que contiene el legado oral y comentarios a la Torá: “El alma permanece tres días junto al cadáver, intentando entrar de nuevo en él, y no se aleja definitivamente del cadáver hasta que el aspecto del cuerpo empieza a modificarse”. Por lo tanto, los judíos consideramos que el inicio de la descomposición del cuerpo es el momento en el que el alma sale definitivamente del mismo. Además, no debemos olvidar que los cristianos de los primeros tiempos, me refiero a los cristianos no judíos que se adhirieron a esta religión fuera de Palestina, vivían en un ambiente pagano y veían con naturalidad la resurrección de los dioses. No era de extrañar que planteasen una resurrección gloriosa de aquel al que consideraban su rey, a pesar del temor que tuvieron en un principio y que los hizo huir al verle prendido, torturado y crucificado como un malhechor.

—Entonces —interrumpí, impaciente—, según su criterio, los primeros cristianos, ¿creyeron en la resurrección de Cristo?

—Creyeron en una forma de resurrección distinta a la que más tarde se impuso. No hay que olvidar que la mayor parte de los primeros cristianos eran judíos, al igual que Jesús de Nazaret, y que sólo después de su muerte pasaron a ser judeocristianos, seguidores de Jesús de Nazaret, con esa mezcla entre las enseñanzas de su Maestro y la ley judía que mantuvieron viva en temas tan evidentes como la circuncisión de los varones y el *sabbat*.

»La resurrección para ellos era la de un resurgir del alma, no significaba volver a la vida humana. Esa idea se planteó mucho tiempo después de la muerte de Cristo. Fue entonces cuando se empezó a difundir la idea de una resurrección del cuerpo.

—Pero todo son especulaciones —dijo Carlos—. Nada se ha podido probar.

—Lógicamente, querido Carlos —dijo Rachid con una ligera sonrisa—. Si todo esto se hubiera probado las cosas serían muy distintas a muchos niveles, ¿no crees? Repito que lo que os estoy contando son estudios, especulaciones, investigaciones que han dado diferentes resultados; pero lo que es cierto es que todo este tema se lleva con un sigilo, a mi entender, indigno de cualquier investigación. El porqué de esta situación, en mi opinión, está en la Iglesia y su inmenso poder.

»Estamos en el reino del misterio —continuó pausado—. Sobre el tema de la resurrección, la teología católica no siempre ha estado de acuerdo con la línea oficial. Hay algunos, más liberales y progresistas, que ponen en entredicho el dogma de la resurrección de Jesús tal y como se manifiesta, en carne y hueso, y consideran que tan sólo es una presencia viva de su mensaje. Consideran, y yo en cierto modo me inclino por esta teoría a pesar de ser judío, que Jesús de Nazaret dejó con su vida y su crucifixión un nuevo sentido de la muerte, dando el mensaje de que ésta, la muerte del cuerpo, sólo era un tránsito hacia una nueva forma de vida por parte del alma, que es en realidad lo que somos, alma, ésa es la esencia de todo. La interpretación que se dé a esto último depende de cada uno. El sentimiento de eternidad que tiene el mensaje de amor que quiso dar el profeta Jesús es la evidencia de esa teoría. Todo esto son, como tú has dicho, formas distintas de ver un dogma mantenido por la Iglesia y que cada uno puede creer o no. Lo que sí es cierto es que ahora —su mirada se centró de nuevo sobre aquel trozo de pergamino que seguía manteniendo cuidadosamente entre sus dedos—, tenemos una posible ubicación de esa tumba, y honestamente creo que nuestra obligación como investigadores es encontrarla.

Hubo un silencio sepulcral. Todos quedamos como mudos, ni un solo músculo se movió, como esperando a la reacción del que teníamos al lado o de frente. Mis ojos recorrieron los rostros de Carlos, Rachid y por último de Marta, a la que noté algo excitada, como nerviosa, y continuaba con ese brillo en los ojos que no llegaba a identificar, y que entonces atribuí a su excesiva juventud y algo de inmadurez. Con el tiempo supe lo equivocada que estaba.

—¿Cómo vamos a encontrar nosotros esa tumba? —pregunté despacio.

—Tranquila, no tenga usted prisa, acabamos de empezar con esto. No podemos salir corriendo y buscar lo que otros buscan desde hace siglos. Además, debemos ser cautelosos. ¿Conoce alguien más la existencia de este pergamino?

—No —contesté tajante—, únicamente nosotros. ¿No es cierto?

Miré a Marta, que se limitó a asentir.

—Bien —dijo Rachid—, en primer lugar, tengo que saber qué grado de implicación puedo tener en este asunto.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Carlos—. Estamos aquí para que nos ayudes.

—Lo sé, Carlos, pero tú y tus amigas me habéis traído este documento sin conocer su contenido y ahora las cosas han cambiado mucho respecto al momento en que entrasteis por esa puerta. No sé si ahora todos seguís queriendo —echó una rápida mirada hacia mí y hacia Marta, para luego posar de nuevo sus ojos en Carlos— que intervenga en este asunto.

Los tres nos miramos. Inmediatamente Rachid se levantó y se fue hacia la puerta. Antes de salir se volvió y dijo:

—Debo arreglar un pequeño asunto, os dejaré unos minutos y así podréis hablar con más tranquilidad. —Abrió la puerta y desapareció tras ella.

Nos movimos inquietos. Carlos cogió el pergamino que tenía junto a él.

—¿Qué creéis que debemos hacer? —preguntó sin mirarnos.

—Es tu amigo —le contesté de inmediato—, tú sabrás si podemos fiarnos de él.

—Pero ¿fiarnos de qué? —interrumpió Marta—. ¿No os dais cuenta de que estamos ante un descubrimiento que puede cambiar la Historia? Esto es muy serio.

—No te alteres, Marta —respondí de inmediato—. Esto puede quedarse en puros fuegos artificiales. Yo creo que debemos seguir adelante, pero la pregunta es: ¿con Rachid o sin él?

—No sé —Carlos no dejaba de mirar aquel trozo de piel en el que se revelaba el lugar donde se encontraba la tumba de un hombre llamado Jesús de Nazaret—, todo es muy extraño: la desaparición del profesor, la cruz, el libro de Soria que desapareció de forma misteriosa delante de nuestras narices, el desastre y posterior «orden milagroso» de su despacho, el libro de Marta —sus palabras eran lentas, cautelosas—, este pergamino escondido precisamente en las cubiertas originales del códice de las Huelgas. ¿No te parece que hay demasiadas coincidencias, Laura? Yo creo que hay gato encerrado, aquí está pasando algo que no alcanzo a entender.

De nuevo se hizo un extraño silencio entre nosotros.

—Puede ser —dije con resolución al cabo de un rato—, pero no me puedes negar que la situación es muy interesante. Podemos llegar a descubrir la posible tumba de Cristo. Y te repito lo mismo: ¿lo hacemos solos o con la ayuda de

Rachid? Y la respuesta depende de ti, Carlos, tú eres el que le conoces.

Después de unos instantes pensativo, Carlos afirmó con la cabeza.

—No sólo podemos, debemos confiar en él. Dudo que solos pudiéramos mover un dedo en estos asuntos. Rachid tiene importantes contactos, y me temo que vamos a necesitarlos.

—De acuerdo entonces —afirmé—, confiaremos en él. Le pondremos al corriente sobre el código de las Huelgas; al fin y al cabo, este pergamino estaba escondido en sus cubiertas.

En ese momento la puerta se abrió y apareció Rachid solicitando nuestro permiso para pasar. Carlos le invitó a que entrase con un gesto de la mano. Rachid cerró despacio la puerta y se sentó en silencio. Sus ojos pequeños miraban expectantes hacia nuestras caras.

—Estamos de acuerdo en que debes estar con nosotros —dijo Carlos—. Creemos que, por muchas razones, puedes sernos de gran ayuda en todo este extraño asunto.

—Está bien. —Rachid cruzó las manos sobre la mesa.

—Te pondremos en antecedentes de todo lo que, de alguna manera, tiene relación con esto... y —Carlos me miró de soslayo—, de lo que nos ha ocurrido en los últimos días.

Después de que Carlos me hiciera un gesto de afirmación con la cabeza, saqué el código original de las Huelgas que habíamos cogido del despacho del profesor Dorado. Inmediatamente, y sin dejar de hablar, le mostré las cubiertas donde Marta había encontrado el pergamino, indicándole el cambio que se había producido de unas por otras. Se interesó, en principio, en que le contásemos detalladamente el contenido del código de las Huelgas.

A lo largo de aquellos diez años desde nuestro viaje a Burgos, habíamos conseguido obtener información muy interesante sobre los interrogatorios a los templarios tras la disolución de su orden, en aquel código envuelto en un paño blanco de algodón y escondido por una monja bajo el coro de la iglesia de las Huelgas. El 13 de octubre de 1307, Felipe IV de Francia consiguió el propósito que había perseguido durante años: el apresamiento simultáneo de todos los caballeros de la Orden del Temple en Francia. Su animadversión hacia los templarios era evidente. Les debía grandes cantidades de dinero y, según cuentan algunas crónicas, llegó a solicitar su entrada en la orden, pero fue rechazado.

Además, en los primeros años del siglo XIV, la mayoría de los templarios regresaron a Francia después de la pérdida de todas sus plazas en Tierra Santa. Su poder, adquirido en sus dos siglos de existencia, ponía en grave peligro la estabilidad del propio monarca en aquellos territorios donde se asentaron. Por ello, no paró hasta conseguir la bula papal por la que quedaba extinguida la orden y eran requisados todos sus bienes, riquezas y propiedades.

Pero antes se urdió un plan, aparentemente perfecto, para cogerlos desprevenidos y evitar que los templarios pudieran destruir o esconder documentos o pruebas de sus actividades, u ocultar su oro y sus riquezas. Por ello se estableció un día concreto para que fueran arrestados en toda Francia y de forma simultánea todos los caballeros de la orden. Ese día de octubre, a una hora determinada, se procedió al prendimiento masivo de todos los caballeros templarios. Sin embargo, a pesar de las medidas extremas de vigilancia que se adoptaron, algunos de ellos consiguieron escapar hacia otros reinos, como Castilla, Navarra o Portugal, donde se les dio cobijo y se integraron en otras órdenes.

En cuanto a los documentos y las riquezas de los templarios, apenas se pudo incautar una mínima parte de lo que poseían, de modo que, ante la misteriosa desaparición de las cantidades ingentes de oro que decían tener, surgieron con el tiempo una serie de leyendas sobre el paradero del tesoro templario.

—Este códice se hallaba escondido en el monasterio de las Huelgas. —Abrí el libro que tenía entre mis manos y se lo mostré—. Sus hojas están hechas de pergamino y está escrito en letra gótica cursiva de excelente traza. Reconozco que tuvimos algún quebradero de cabeza para la transcripción, debido a que su grafía nos resultó algo complicada. El latín no es muy culto pero se nota que el que lo escribió estaba acostumbrado a hacerlo.

Acaricié aquel códice con cierta nostalgia. ¡Había pasado tantas horas frente a aquellas letras, descubriendo, poco a poco, lo que me iban contando...!

—Está fechado en enero de 1308 —continué—. Se trata de la redacción de las actas recogidas por tres dominicos, Guillaume de Gert, Bernard de Moles y Humbert Blancheford, enviados por la Inquisición apostólica para interrogar a los miembros de la Orden del Temple apresados; en dichas actas se recogen las torturas y sufrimientos infligidos a uno de esos caballeros de nombre Jean de Voisins. Parece que el valiente caballero no pudo soportar el tormento y sucumbió ante el dolor, confesando como ciertas todas las acusaciones que se

vertían sobre la orden a la que pertenecía. Pero también les dio a conocer lo que nombran en las actas como «el gran secreto», que era custodiado, guardado y conocido, desde los inicios de la orden, tan sólo por unos pocos caballeros.

»Todo el proceso se transcribió en las actas a lo largo de trece capítulos, de los cuales faltan los dos últimos, precisamente en los que se recogía de qué se trataba ese gran secreto. —Arqueé las cejas en un gesto de forzada conformidad—. Por lo tanto, todavía hoy desconocemos su contenido.

—Muy interesante —musitó Rachid mientras hojeaba cuidadosamente el códice de las Huelgas.

—Tampoco sabemos en qué momento se cambiaron las cubiertas, cuándo desaparecieron los últimos bifolios y, sobre todo, por qué y en qué momento se escondió este pergamino que encontró Marta en el interior de la cubierta.

—Y usted Laura, ¿qué piensa al respecto?

Su rostro tenía un aspecto misterioso. Me daba la sensación de que todo lo que le estábamos contando lo sabía de antemano y que sólo estaba midiendo hasta dónde llegaba nuestra información.

—No sé muy bien qué pensar; en todo este tiempo se me han pasado por la cabeza multitud de posibilidades de lo que podría ser el contenido de ese secreto que hoy continua perdido, pero ahora... con el pergamino de Marta y el hecho de que estuviera escondido precisamente en las cubiertas originales del códice..., no sé... —con un leve tono de voz, meditaba cada una de las palabras que iba diciendo—, me pregunto si es posible que el pergamino pueda tener alguna relación con la declaración del caballero De Voisins, y hubiera sido escondido en las cubiertas por los dominicos que intervinieron en la redacción del códice. Sería una posibilidad.

—Pero si fuera así, ¿qué sentido tenía esconder un mensaje de tanta importancia? —intervino Carlos con gesto desconcertado—. ¡Es algo incompresible! Y la pregunta que nos llevamos haciendo desde hace diez años: ¿cuándo se descuadernó el códice y por qué se cambiaron las cubiertas? ¿Qué era lo que se quería ocultar y por qué?

—Es posible —intervino Marta de pronto—, que el secreto que confesó el caballero templario fuera precisamente el lugar donde se encuentra la tumba de Cristo y que el pergamino sea la prueba que avale este secreto.

—Entonces, ¿por qué lo ocultaron? —pregunté desconcertada por su inesperada intervención.

Marta encogió los hombros y desvió su mirada hacia Rachid, en un intento

de eludir cualquier explicación a lo que ella misma acababa de decir. Rachid inspiró profundamente para dejar que el aire saliera con lentitud de entre sus labios, como si se estuviera dando tiempo para pensar una respuesta lógica a mi pregunta.

—Cabe la posibilidad —dijo de pronto— de que lo escondieran para evitar que el cristianismo se desmoronase. Intentemos ponernos en situación: una vez que la tortura consigue provocar sus efectos demoledores, y la voluntad del caballero se desmorona accediendo a confesar hasta lo más secreto de sus pensamientos, los tres dominicos le escuchan atentos mientras les relata el gran secreto custodiado por la orden a la que pertenece. Con aquella confesión, los tres inquisidores fueron conscientes de que la Iglesia y toda su organización podía llegar a quedar muy mal parada.

»Sabemos la manipulación que el clero ejercía sobre la sociedad de la Edad Media. Por lo tanto, si se hubiera llegado a saber que Cristo era tan sólo un hombre como cualquiera de ellos, cuyo cuerpo no llegó a resucitar ni ascendió a los cielos, podría llegar a suponer el hundimiento de todas las bases fundamentales de la Iglesia. Es lógico que los dominicos hicieran lo posible por guardar y ocultar el contenido de aquel código, que ellos mismos habían redactado recogiendo la confesión del templario torturado.

—Pero, si realmente fue así —preguté con incredulidad—, ¿no hubiera sido mejor destruirlo?

—Laura —contestó de inmediato Rachid—, piense por un instante en el poder que da la información, y más aún en el mundo del medievo. Eso les daría la llave para conseguir todo lo que quisieran. —Quedó pensativo unos segundos—. Sería un buen comienzo en la investigación saber qué fue de esos tres dominicos. ¿Habéis descubierto algo al respecto? —dijo dirigiéndose a Carlos, que asintió de inmediato.

—Dos de ellos murieron en muy poco tiempo —contestó—. Sus enterramientos están documentados en la abadía de Royaumont, situada a unos treinta kilómetros al norte de París; por tanto, no salieron de la Île de France. De Guillaume de Gert, sin embargo, se pierde la pista en el sur de Francia. En febrero de 1308 pasó por un monasterio cercano a Carcasona, no recuerdo ahora el nombre. —Se quedó unos instantes pensando—. Creo que era... San Martín del Canigó. Sí, ése era el nombre, si la memoria no me falla. De todas formas,



podimos comprobar en su momento que allí estuvo durante al menos dos meses. Después su pista desaparece, nada se sabe de él, o al menos no lo hemos encontrado.

—¿Cómo murieron los dos primeros?

—Parece que ambos sufrieron fiebres que les provocaron fuertes dolores y vómitos que los llevaron a la muerte en poco tiempo. La muerte de uno y otro dista tan sólo un par de días.

Rachid se puso la mano derecha en el mentón y, con la mirada perdida, comenzó a acariciarlo. Mantuvimos unos instantes de silencio.

—Sería interesante conocer más detalles sobre ellos.

—Hay algo más que debes saber —le dijo Carlos a Rachid mientras dirigía una fugaz mirada hacia mí—. No sé si tiene algo que ver con todo esto pero... no sé, es muy extraño y... será mejor que te lo contemos ahora.

—Soy todo oídos.

—Verás, hace tres días, el profesor Dorado nos convocó a Laura y a mí a una reunión con demasiadas prisas. Cuando hablé con él, me dio a entender que sabía dónde se encontraban los bifolios perdidos de este códice y me dijo que debíamos acudir a su despacho de inmediato. Los dos —hizo un gesto hacia mí con la mano— nos encontrábamos fuera de Zaragoza, y por eso tardamos unas horas en llegar, y cuando lo hicimos...

—A las seis y media de la mañana —interrumpí para hacer una puntualización que me parecía fundamental. Después me callé e hice un gesto a Carlos para que continuase con el relato.

—Cuando llegamos, no sólo no encontramos al profesor, sino que, además, su despacho estaba patas arriba, todo estaba revuelto como si hubiera pasado un ciclón.

Hubo un extraño silencio. Mis ojos se dirigieron furtivamente hacia Marta que miraba con atenta curiosidad a Carlos a la espera de que continuase.

—¿Qué había ocurrido? —preguntó Rachid al ver que Carlos seguía en silencio.

—Ni idea. Oímos unos ruidos, nos asustamos y salimos de allí pitando. Cuando volvimos a las pocas horas, todo estaba en su sitio. Alguien se había encargado de ponerlo todo en orden.

—¿Y el profesor Dorado?

—No lo sabemos. Dos personas nos han dicho que se ha ido unos días fuera, pero no sabemos nada más de él.

—¿Y no hay forma de comunicarse con él?

—No, no usa móvil.

—Bueno... —Rachid se quedó pensativo por unos instantes—, es extraño que os convoque con urgencia y luego desaparezca, y, además, lo de su despacho..., qué raro.

—¿No avisasteis a la policía? —La voz de Marta era muy tenue como si temiera interrumpir con su pregunta.

—No teníamos nada —contesté de inmediato—. Cuando lo pensamos, el despacho ya estaba ordenado y, en cuanto a su desaparición, él mismo dejó dicho que se iba fuera. ¿Qué íbamos a decir? No había nada que denunciar.

—Es extraño —repitió Rachid en un pesado susurro.

—Hay más cosas —agregó Carlos—. Cuando estábamos en el despacho, antes de salir corriendo, nos dimos cuenta de dos detalles: el único libro que se mantenía en la estantería era un ejemplar muy utilizado por el profesor sobre la provincia de Soria; se encontraba abierto en una página concreta en la que se veía una panorámica de la ermita de San Bartolomé de Uceros, en el cañón del río Lobos y, junto a la foto, alguien había escrito la palabra *Inquisitio*.

Rachid le miró por unos instantes en silencio, como si estuviera procesando en su mente lo que Carlos le contaba.

—Conozco ese lugar —musitó sin dejar de mirar a Carlos—. ¿Crees que esa palabra la escribió el profesor y que luego dejó allí el libro a propósito para que lo vierais?

—Es muy posible —contestó Carlos arqueando las cejas—. Pero no me pidas que te lo enseñe porque desapareció, o más bien, se esfumó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigado.

—Que alguien se lo llevó —dijo con firmeza.

—¿Quién?

—Ni idea. Oímos un golpe y salimos del despacho unos instantes para ver de dónde procedía. Regresamos a los pocos segundos pero... —encogió los hombros— el libro ya no estaba.

—Muy interesante —dijo con cierto gesto de sorpresa—. Continúa. ¿Qué otro detalle os llamó la atención?

—Detrás de la puerta del despacho siempre ha estado colgada una cruz de madera. Estaba en su sitio pero había sido manipulada.

—¿En qué sentido?

—Era una cruz latina, y alguien se había molestado en serrarla por su lado

más largo dejándola con forma de cruz griega. Y es más, también tenía algo escrito. La tengo aquí, no se la llevaron porque la mantuve en mi mano. Te la mostraré. —Se volvió hacia la mochila que siempre llevaba a la espalda, sacó la cruz y la colocó sobre la mesa—. Aquí está. Como puedes ver, aquí hay unas palabras escritas con pluma estilográfica. —Con el dedo le indicaba lo escrito sobre la madera—. Creemos que ha podido ser el profesor porque Marta estuvo en su despacho la mañana del lunes y vio sobre su mesa una sierra de marquetería.

De nuevo el silencio se instaló entre nosotros mientras Rachid observaba atento la cruz que Carlos le había entregado.

—Pensamos que el profesor Dorado lo ha escrito para indicarnos algo — dije cortando el silencio.

—«Atravesar las entrañas» —leyó despacio Rachid—, y «los elegidos», o «escogidos». ¡Parece interesante! ¿Hay alguna cosa más que os llames la atención?

—Bueno... —Carlos me miró como preguntándome si era conveniente decírselo o no—, hay unos mensajes un tanto macabros...

—¿Qué clase de mensajes? —preguntó Rachid al darse cuenta de su reticencia.

—Carlos y yo recibimos un mensaje igual cada uno —dije decidida mientras sacaba mi móvil del bolso—. Yo lo recibí primero, cuando todavía estábamos en el despacho del profesor. Después lo recibió él. Mire, compruebe usted mismo de qué se trata.

Le tendí el móvil con el mensaje en la pantalla. Lo leyó despacio y pude ver cómo su rostro cambió como si le hubiera caído una losa sobre sus espaldas.

—¿Qué ocurre? —inquirió Marta con curiosidad—. ¿Qué pone?

Rachid leyó despacio el mensaje. Miré hacia Marta y me di cuenta de que le cambiaba la cara; se movió en su asiento como si se encontrase incómoda y apretó las manos nerviosa. Al percatarse de que la estaba observando, me esbozó una sonrisa forzada y evitó mi mirada.

—¿Qué te parece, Rachid? —preguntó Carlos después de un buen rato de silencio—. ¿Crees que es una broma macabra?

—No lo creo —contestó haciendo una ligera mueca de desagrado—. Me temo, Carlos, que no es una broma, sino algo muy real.

—¿Qué quiere decir? —pregunté asustada.

—Hay algo que debéis saber antes de seguir con este asunto. —Puso un

gesto circunspecto que hizo que todos los músculos de mi espalda se tensasen de tal forma que sentí dolor y tuve que mover los hombros para intentar relajarme un poco—. Existe una sociedad, una especie de grupo secreto que se mueve en todo el mundo. Sus contactos son numerosos y a los más altos niveles; se hacen llamar de formas diversas, pero uno de los nombres más habituales sé que es, precisamente, el de Asmodeo.

Carlos y yo nos miramos.

—¿Qué sabes de esa sociedad? —preguntó Carlos muy serio.

—Poca cosa, únicamente que existen, que pueden llegar a ser muy convincentes y que sus métodos para conseguir sus objetivos no tienen límites.

—Pero ¿qué objetivos? ¿Qué buscan exactamente? —le espeté con irritación producto de mis nervios poco controlados—. ¿Qué pretenden con este tipo de mensajes? ¿Qué pretenden de nosotros? ¿Por qué nos amenazan?

—Tranquílcese, Laura, yo no soy de esa secta. No puedo decirle cuáles son sus objetivos porque los desconozco, ni tampoco lo que pretenden o por qué les han amenazado. Seguramente —me dedicó una mirada que me pareció cargada de angustiosa preocupación— algo en ustedes ha despertado su siniestro interés. Es lo único que le puedo decir.

Volvió el silencio a la estancia. Oía la respiración pausada de Rachid, que miraba el códice pensativo. Marta tenía la mirada perdida. El ambiente era cortante. La idea de la existencia real de una sociedad llamada Asmodeo me ponía nerviosa. Yo nunca me había metido en ninguna aventura; mi vida había sido monótona y plana y ahora todo estaba cambiando a marchas demasiado forzadas para que pudiera asimilarlo con normalidad.

—¿Qué debemos hacer? —pregunté.

—Seguir adelante —respondió Rachid de inmediato—. No pueden echarse atrás ahora, Laura. Tienen en sus manos una tremenda responsabilidad que no pueden abandonar.

—Pero nos están amenazando de muerte. —Mi voz era casi una súplica—. Los mensajes vienen de gente que, según usted, pueden ejecutar sus amenazas, esos mensajes son reales. ¡Los Asmodeos, o como quiera que se llamen, se han dirigido directamente a Carlos y a mí, usted mismo lo ha dicho! ¡Esto no es una broma macabra! ¡Podemos morir!

—La muerte siempre está ahí, Laura —dijo Rachid con suma tranquilidad—, eso es lo más democrático de este mundo, nos toca a todos, sin excepción. Todos tenemos nuestro momento asignado y ante esa realidad no podemos

luchar. Es lo único contra lo que no podemos rebelarnos. Sin embargo, Laura, sí podemos rebelarnos contra la ignorancia, contra el secretismo, contra la manipulación y la tergiversación que de la verdad se ha hecho durante siglos.

—¡Y vamos a ser nosotros los que cambiemos el mundo! —le interrumpí con tono airado.

—No sólo nosotros —dijo despacio Rachid esbozando una sonrisa—. Desde siempre ha habido mucha gente que ha intentado descubrir la verdad. Muchos han muerto en ese intento, pero es mejor morir en ese camino que vivir en la ignorancia y en la mentira. ¿No cree, Laura?

—Muy filosófico —respondí con el mismo tono exasperado—, pero yo concibo la vida de forma más práctica. Hay que vivir, ¿no es cierto?, y a mí eso de salvar a la humanidad de la ignorancia me parece muy utópico y no creo que esté preparada para semejante hazaña. —Miré a Carlos y a Marta buscando su apoyo moral pero, para mi sorpresa, bajaron sus ojos y mantuvieron un silencio con el que me daban a entender, en cierto modo, que no estaban muy de acuerdo conmigo. No podía creer lo que estaba ocurriendo. La cabeza me estallaba. Tan sólo pensar en la posibilidad de que alguien me hubiera amenazado de muerte en serio me ponía los vellos de punta. ¡Y ellos estaban de acuerdo en comenzar con una cruzada que, desde el principio, se planteaba muy peligrosa! Creía que el peligro al que nos exponíamos era excesivo y, con las palmas extendidas, casi como una súplica, les miré—. ¿Es que queréis que nos maten por una causa absurda?

—¿Le parece absurdo encontrar la tumba de Cristo? —preguntó sorprendido Rachid—. ¿Le parece absurdo descubrir la verdad sobre el cristianismo, su religión, sobre la Iglesia, sobre los papas? Realmente, ¿le parecen absurdos esos temas?

Sentí que me estaba venciendo en mis argumentos. La verdad es que la curiosidad me desbordaba, pero tenía pánico ante la aparición en mi vida de esa secta de nombre diabólico que me había hecho una advertencia tan estremecedora.

—¡Está bien, puede que tenga razón! —dije resignada—, pero eso no impide que esté muy asustada.

—Yo también lo estoy —dijo Marta—, pero no me importa seguir con este asunto. Creo que es lo más apasionante que me puede pasar en la vida. —Su cara reflejaba una estúpida sonrisa que atribuí al nerviosismo.

Tenía los dedos de las manos tan fuertemente entrelazados que su piel

presentaba un curioso aspecto entre blanquecino y rojo.

Carlos afirmó lo mismo. También observé en él la misma sonrisa boba que tenía Marta. Todo eso nos estaba superando aunque intentábamos mantener una aparente calma.

Rachid me devolvió el móvil y cogió de nuevo la cruz que estaba sobre la mesa.

—Es posible que todo esté relacionado: la desaparición del profesor, el desorden en su despacho, la cruz de madera con el mensaje y todo lo demás. Todo tiene una conexión y ésta se encuentra en los bifolios perdidos y seguramente encontrados por el profesor en los últimos días.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —le pregunté.

—No lo estoy, sólo especulo con lo que tenemos y relaciono una cosa con otra. Han dicho que el profesor les citó en su despacho porque había dado con esos bifolios. No es descabellada la conexión.

Lo cierto es que era una especulación bastante razonable. Continuamos hablando sobre los datos que Carlos y yo conocíamos.

—Si el último monje se llevó el códice con el secreto y si su pista se pierde en el sur de Francia, es muy probable que él mismo lo hiciera llegar hasta Burgos, donde, probablemente antes de morir, lo depositó en manos de alguien en quien pudiera confiar. —Rachid tenía la mirada en el vacío intentando conectar los hechos.

—Es posible —dijo Carlos—, o también pudo haber muerto en ese monasterio del sur de Francia y después otra persona lo podría haber llevado hasta el monasterio de las Huelgas.

—No lo creo —contestó pensativo Rachid—. De haber muerto en un monasterio se habría documentado su fallecimiento; y sobre su muerte no sabemos nada, ¿no es cierto?

—Por ahora, no —dije despacio—, pero tampoco nos preocupamos demasiado por ese asunto. Cuando perdimos la pista en el sur de Francia dejamos de indagar. No le dimos demasiada importancia a ese detalle.

—Pues ahora la tiene y mucha —dijo Rachid aspirando aire como para coger impulso—. Debemos conocer el camino que siguió ese códice. Cómo llegó al monasterio de las Huelgas y cuándo, por quién y por qué se cambiaron las cubiertas.

Mantuvimos una larga conversación sobre los templarios y sus secretos, hasta que mi estómago protestó y sugerí tomar algo.

Cuando salimos del edificio administrativo del Museo Sefardí era completamente de noche y la temperatura había bajado de forma considerable.

Llegamos al hotel pasada la medianoche. Habíamos quedado con Rachid para el día siguiente con la intención de comenzar a investigar sobre el paradero del dominico. Nos brindó todos los medios técnicos que tenía a su alcance para que pudiéramos llevar a cabo las investigaciones y por el tiempo que fuera necesario.

Entramos en el patio interior del hotel ateridos por la sensación de frío de la calle. Marta nos precedía y yo comentaba con Carlos el contenido del pergamino. Nada más cerrar la puerta tras de mí el corazón me dio un vuelco. Mientras Carlos y Marta se adelantaban para saludar a Juan, yo me quedé petrificada. Carlos se dio cuenta enseguida de que algo ocurría.

Un hombre hablaba con Roberto en el pequeño mostrador que usaban como recepción. Estaba reservando una habitación. Me miró y se volvió de nuevo hacia Roberto. No tuve la más mínima duda, era el mismo individuo que había visto desde la ventana de mi despacho hacía dos tardes; el mismo abrigo oscuro y abultado, el mismo pelo, el mismo rostro y, sobre todo, la misma mirada gélida.

—Laura, ¿qué te ocurre? —me susurró Carlos—. Estás muy pálida.

—¡Es él, Carlos, es él! —No quité en ningún momento la mirada de aquel hombre que hablaba y de vez en cuando me dedicaba una mirada furtiva.

—¿Es quién?

—El hombre que vi desde la ventana del despacho.

—¿Estás segura?

—Completamente, Carlos, es él. —Mi gesto se tensaba por momentos, hablaba sin quitar la vista de aquel hombre.

Se volvió de nuevo hacia mí y me dedicó una larga mirada, fría y cortante, con un gesto descortés y despectivo. Mientras, Roberto, con la llave en la mano, le indicaba su habitación, que se encontraba en la misma planta del patio.

Se movió despacio detrás de Roberto manteniendo su mirada sobre mí. Ante el umbral de su habitación, Roberto le tendió la llave. La cogió y se detuvo un momento antes de desaparecer.

—Buenas noches —nos dijo.

Todos respondieron al saludo excepto yo. Estaba tensa e inmóvil, como si fuera incapaz de accionar los músculos del cuerpo a mi voluntad. Cuando cerró la puerta tras de sí me sentí mejor. Di un profundo suspiro y me relajé, apoyando

mi cabeza sobre el hombro de Carlos.

—¿Qué te pasa, Laura? —dijo Roberto, acercándose a mí—. Parece que hubieras visto un fantasma. ¡Ah! ¿No será que has visto al nuestro? —Hizo un gesto de risa tapándose la boca. Pero al ver la expresión de mi cara entendió que no había hecho gracia y se puso muy serio.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Carlos en voz baja.

—Un cliente —respondió Roberto, poniendo su mano sobre la cadera—. ¿Le conocéis de algo?

—Puede. —Carlos se acercó al oído de Roberto—. ¿Cuál es su nombre?

Roberto le miró sorprendido.

—¿Le conoces o no?

—Sí, le conozco —dijo Carlos con gesto impaciente—, pero quiero estar seguro.

Roberto se fue hacia el mostrador, cogió la ficha que acababa de rellenar con los datos de aquel hombre y se la tendió a Carlos, pero antes de que pudiera alcanzarlo se la quitó yo misma de las manos.

—Arturo Portolés Álvarez —leí despacio—, domicilio habitual... ¿Sevilla? —Puse un gesto de extrañeza—. ¿Le has visto el carnet de identidad?

—¡Claro! —dijo Roberto con cierto desdén—. ¿Cómo crees que hago mi trabajo?

Carlos y yo nos miramos.

—Puede que te hayas equivocado —dijo Carlos.

—No, Carlos, estoy completamente segura de que ese hombre estaba frente a la ventana de la facultad la otra noche. —Hice una pausa mirando hacia la puerta por donde había desaparecido—. ¡Jamás podría olvidar esa cara!

—¿Es cliente habitual? —preguntó Carlos de nuevo, en voz muy baja—. ¿Le habéis visto alguna otra vez por aquí?

Juan y Roberto negaron con la cabeza.

—Es la primera vez que viene —dijo Juan—, pero ha dicho que sólo se quedará esta noche, y, de hecho, ni siquiera ha traído equipaje.

—Pero ¿de qué le conocéis? —preguntó Roberto, insistente, levantando un poco la voz.

Carlos y yo hicimos de inmediato un gesto con las manos y los labios para que bajase el tono.

—De nada, no tiene importancia. —Zanjé el asunto de este modo, moviéndome hacia la escalera.



La cabeza me estallaba y necesitaba tumbarme en la cama.

Carlos me siguió.

—Tengo miedo, Carlos —le dije casi en un susurro—. Ese hombre no me gusta.

—Estaré aquí, a tu lado. —Hizo un gesto protector colocando su mano alrededor de mi cintura.

Me volví con una mirada agria. Separó de inmediato la mano de mi cuerpo y la puso delante en un ademán de enseñar las palmas de las manos.

—Bueno, bueno, no te pongas así. —Subió más aprisa las escaleras y me dejó atrás.

En ese momento me arrepentí de mi brusquedad. Siempre me ocurría lo mismo: desde hacía tiempo, de forma inconsciente como consecuencia de mi obsesión porque no me hicieran daño, tejía a mi alrededor una especie de límite territorial al que no permitía que nadie accediera. Pero, a veces, esa actitud hacía que me sintiera mal y me dejaba demasiado aislada y demasiado sola.

Entré en mi habitación y cerré la puerta con llave. Sentía miedo de aquel hombre que dormía justo debajo del lugar donde me encontraba. Dejé la cartera con los códigos y el pergamino sobre una pequeña mesa y, por precaución, puse una silla delante de la puerta.

Me metí en la cama y me arropé hasta la nariz. Sentí el olor de las sábanas limpias. A pesar de tener la luz apagada podía ver entre tinieblas todo lo que tenía a mi alrededor. Las luces de Toledo se colaban a raudales a través de la ventana y la habitación quedaba tenuemente iluminada. Miré hacia la puerta. El corazón se me aceleraba cuando pensaba en aquel hombre y me acurrucaba entre las mantas con la inútil intención de protegerme de un inminente peligro.

Con los ojos muy abiertos miraba hacia el techo, blanco y plano como mi vida. Me vinieron a la memoria las noches interminables de internado en Zaragoza, en aquel colegio de las Madres Escolapias de Ruiseñores; noches de soledad que martilleaban mi mente cada vez que el día acababa y traía el infernal silencio de la oscuridad. Cuántas noches en blanco preguntándome una y otra vez el porqué de las cosas que me ocurrían. Aquella desagradable sensación de angustia cuando a las cinco y media de la tarde, como si de un ritual se tratase, el timbre sonaba y todas mis compañeras de clase cogían sus libros, sus abrigo y sus risas, y se iban a sus casas, con sus padres y con su vida; sin embargo, yo me quedaba allí, sola, en aquellos pasillos eternos en los que cualquier paso retumbaba. Me estremecía al recordar aquel silencio, como si para mí el mundo se parase al filo de las seis de la tarde. El frío, el llanto solitario; cuántas lágrimas derramadas mirando hacia aquel techo de mi habitación del internado. Recordé a Verónica. Nada teníamos en común, pero la soledad nos unió de tal forma que, sin ella, no hubiera sido capaz de soportar aquel infierno de encierro y vacío. Las charlas en su habitación o en la mía cambiaron mi vida. Cuántas noches de risas furtivas, escondidas de la madre Elisa, nuestro ogro creado para espantar nuestros miedos. Esboqué una sonrisa al recordar a Verónica. Era la persona más alegre que jamás había conocido, nada le daba miedo, todo era posible en su mundo. Su soledad, derivada de la separación de sus padres y su

conversión en un estorbo para ambos, la reprimía con risas y nervios desbocados que nos llevaron, en más de una ocasión, ante la presencia de la impertérrita madre superiora. Cuando terminamos el bachillerato fuimos juntas a una residencia universitaria. Qué sensación de libertad puede experimentar una persona que ha vivido constantemente limitada por reglas y prohibiciones de todo tipo. Fueron dos años de juergas, bailes, chicos, de vivir la vida de la que se nos había privado en aquel nefasto colegio. El traslado a nuestro propio piso, más libertad, más independencia. La amistad entre nosotras fue de tal magnitud que nada hacía la una sin que la otra lo supiera. Y de pronto todo se quebró de nuevo. La historia se volvía a repetir en mi desgraciada vida. La llamada de teléfono, el hospital, el tanatorio..., el adiós. Volví a pasar las noches en blanco en nuestro piso, en aquel entonces tan sólo compartido por mí y mi implacable soledad. Volví a sentir el silencio, el vacío interior que me desgarraba sin remedio. Durante unos meses, sentí paralizarse el mundo, mi vida... mi corazón.

La vista se me nubló. Las lágrimas no me permitían ver el techo blanco y plano de aquella habitación. Me di la vuelta y me acurruqué en posición fetal. Lloré en silencio durante un buen rato. Todo se acumulaba en mi mente, llena de información que me costaba asimilar. Muchas noches Verónica y la sonrisa alegre de mi madre me acompañaban en el camino hacia mis sueños, difuminándose poco a poco como si se perdieran en la niebla. Pero esa noche había algo más en mis pensamientos. La figura de Cristo, las verdades que di por ciertas desde que tenía uso de razón, los dogmas que me inculcaron y acepté sin un atisbo de vacilación que pudiera poner en duda las doctrinas establecidas a golpe de repetirlas una y otra vez. Sin embargo, ahora, todo se tambaleaba en mi mente; todo se podía desmoronar; todo podía cambiar. Pero ese cambio me daba miedo. Las preguntas y las dudas se acumulaban en mi agobiado cerebro hasta que, por fin, caí en un profundo sueño.

Me despertó un ruido que no supe identificar. Quise abrir los ojos y no pude. Intenté moverme y me fue imposible. Tenía una sensación de pesadez y me sentía como adormilada. Pero oía perfectamente cómo alguien se movía sigilosamente por mi habitación. Sentí una angustia terrible. Quería gritar y no podía. Pensé que era una pesadilla, que estaba soñando. Pronto empecé a notar que el sudor corría por todo mi cuerpo. De repente, sentí un golpe seco y perdí el conocimiento. Cuando abrí los ojos se oían unas voces procedentes del patio. Al incorporarme, la cabeza me dio un latigazo y sentí un dolor intenso. Me llevé la mano hacia la nuca y me toqué. Tenía un enorme chichón.

Me puse el vaquero y un jersey y salí de la habitación después de retirar la silla que seguía colocada delante de mi puerta. Carlos subía de dos en dos la escalera, perfectamente vestido y peinado. De nuevo me veía con un aspecto espantoso, y así debió de ser porque se quedó boquiabierto ante mí.

—Pero... ¿qué te ha pasado? Tienes un aspecto horrible. —Se acercaba despacio y pude oler su perfume de Armani. Todo en él era perfecto—. No has dormido, ¿me equivoco? —Me puso la mano en la mejilla y me miró más detenidamente.

—No sé cómo, pero me he dado un golpe tremendo en la cabeza —dije poniendo cara lastimera y tocándome la nuca.

—Déjame ver. —Se puso detrás de mí y palpó con sumo cuidado entre mi pelo—. Vaya, ha sido un buen golpe. ¿Con qué te lo has hecho?

—No sé, ha sido una cosa muy rara...

—Pues para rarezas, Marta —me interrumpió con un tono de sorna, y se volvió a poner delante de mí.

—¿Qué le ocurre a Marta?

—No sé... —masculló—, ha desaparecido, se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido? ¿Cuándo?

—Dice Juan que cuando él se levantó vio su puerta medio abierta, entró en su habitación y Marta no estaba.

—Pero le ha podido pasar algo. —Me dirigí hacia la habitación que había ocupado Marta.

—Puede ser. Pero lo raro es que su equipaje no está y no ha dormido aquí, porque la cama no está deshecha —me decía, siguiendo mis pasos.

—La llamaremos al móvil, algo le ha tenido que pasar, seguro.

—¿Tienes su número?

Fui hacia mi habitación para sacar el móvil de mi bolso. Entonces me di cuenta: la cartera con los códigos y el pergamino había desaparecido. Noté que los latidos de mi corazón se aceleraban y me dio la angustiosa sensación de que la respiración se me cortaba.

—¡No está! —dije volviéndome hacia Carlos—. ¡La cartera... no está!

—¿Qué cartera?

—Donde guardaba los dos códigos y el pergamino... ha desaparecido. —Me movía de un lado a otro de la habitación en un intento de buscar aquella cartera, desaparecida del lugar en donde yo la había dejado la noche anterior.

—¿Qué dices?... ¿el código de don Armando, el de las Huelgas?

—Y el pergamino de Marta... y las cubiertas del códice... ¡Oh, Dios mío! ¡Me lo han robado! —Le miré con angustia.

—Lo mismo se lo ha llevado ella.

—Pero... ¿cómo? —dije poniéndome las manos en la cintura—. La puerta estaba cerrada y tenía una silla delante de ella.

—Pues de alguna forma habrá entrado y, si se lo ha llevado ella, hay que localizarla de inmediato. ¿Tienes su teléfono?

Saqué del bolso el móvil y busqué su número. Se lo di a Carlos. Le pedí que intentara localizarla mientras yo me daba una ducha y me vestía. En aquel momento presentí que el día iba a ser penosamente largo.

Al cabo de media hora bajé al patio. Mi mirada se posó en la puerta de la habitación del hombre que había visto en Zaragoza. Durante la ducha había estado pensando en mi cartera desaparecida. ¿Y si se la había llevado aquel hombre? Pensé que era imposible que alguien hubiera entrado en mi habitación, yo misma había retirado la silla de la puerta. Sentía una angustiosa sensación de presión en las sienes por la preocupación. Podía haberme buscado un grave problema si el códice de las Huelgas no aparecía. Al fin y al cabo, lo había sacado de la facultad sin permiso.

—¿Se ha levantado? —pregunté susurrando a Juan, que estaba en la pequeña recepción.

Negó con la cabeza.

—Este hombre venía con sueño —dijo mirando el reloj de su muñeca—, porque son ya las diez y media y no ha dado señales de vida.

Carlos apareció por las escaleras. Tenía un gesto de preocupación.

—¿Y Marta? —pregunté antes de que terminara de bajar—. ¿La has localizado? —dije con cierto enfado.

No podía comprender la actitud de esa chica. ¿Por qué no había dicho nada? Algo muy grave había tenido que ocurrir para que actuase de aquella manera.

—No consigo dar con ella. Debe de tener el móvil apagado. Le he dejado varios mensajes. —Me devolvió el móvil y volví a intentar la llamada sin éxito.

—No entiendo nada. ¿Dónde puede haberse metido? —dije introduciendo en mi bolso el teléfono. Me quedé pensando en lo que me había ocurrido mientras dormía, la sensación de que alguien estaba en mi habitación y el golpe

que me dejó sin sentido—. Juan, ¿podría alguien entrar en mi habitación sin abrir la puerta?

—Ya se lo he preguntado yo, Laura. Y dice que el único acceso es la puerta o, como mucho, la ventana.

Juan hizo un gesto de conformidad afirmando las palabras de Carlos, y se volvió hacia mí con gesto circunspecto. No entendía muy bien mi pregunta pero su prudencia le impedía indagar más allá de lo estrictamente necesario.

—Lo de entrar por la ventana es difícil porque hay una altura considerable. Tendrían que haber saltado desde los tejados de enfrente, pero eso es prácticamente imposible, están demasiado alejados. —Sus manos, blancas, largas y huesudas pero muy bien cuidadas, se movían en un gesto de negación para descartar esa posibilidad—. ¿Puedo saber por qué lo preguntas?

—Nada, nada. Cosas mías. Gracias, Juan.

Carlos y yo cruzamos una mirada furtiva sin decirnos nada. En el fondo tenía la esperanza de que, por alguna desconocida razón, Marta hubiera cogido la cartera y se la hubiera llevado. Me encontraba muy confusa y decidí esperar a que apareciera de una vez y nos diera una explicación.

Bajamos a una pequeña bodega acondicionada para dar desayunos. Juan nos acompañó. El olor a café se respiraba por toda la estancia. El ambiente estaba muy caldeado y los tres estuvimos sentados un buen rato alrededor de una mesa hablando sobre Marta y aquel hombre, que, aparentemente, todavía dormía. Eso, al menos, era lo que todos pensábamos.

Una gitana de aspecto saludable y un orondo escote apareció con un delantal y un pañuelo en la cabeza. Tenía unos enormes ojos negros y una amplia sonrisa destacaba en su tez morena.

—Buenos días, señor Juan. ¿Cómo vamos? —dijo con cierto desparpajo.

—Buenos días, Soledad. Aquí estamos. ¿Qué tal va su marido?

—Va tirando... lo suyo no tiene remedio, ya sabe usted. Me voy a servir un café si no les importa a los señores.

—No hay problema, Soledad —la interrumpió Juan—, son buenos amigos. Tómese el café tranquila, hoy no hay mucho trabajo.

Continuamos hablando ajenos a Soledad, que de un trago se tomó su taza de leche con café y desapareció sin decir nada por el mismo sitio por donde había llegado.

Un grito desgarrador nos sacó de la tranquila tertulia; antes de que pudiéramos reaccionar, oímos la voz angustiada de Soledad llamando al señor

Juan y al señor Roberto. Subimos corriendo las escaleras hasta llegar al patio, donde nos encontramos a Roberto tratando inútilmente de calmar a Soledad que gritaba con la cara desencajada. La tenía sujeta por los hombros, y cuando llegamos junto a ellos vimos cómo la mujer indicaba con la mirada y los gestos hacia la escalera que daba al sótano, sin apenas articular palabra, tan sólo gritos, presa de un ataque de nervios.

Roberto dejó en manos de Juan a Soledad y se dirigió hacia el sótano. Carlos y yo fuimos tras él mientras oía a Juan cómo trataba de calmar a la mujer. Le hablaba con un tono de voz tan dulce y con tanta ternura que hizo que me volviera hacia él antes de iniciar el descenso hacia el sótano. Era un hombre exquisitamente delicado en el trato, de esas personas que, por su escasez en el ámbito en el que me había movido a lo largo de mi vida, llegaban a sorprenderme; por esa misma razón apreciaba y admiraba tanto a don Armando, porque su trato era paternal y atento hacia todos los que estábamos a su alrededor, incluso hacia aquellos que no se merecían tanta delicadeza.

Descendimos los escalones hasta llegar a un pequeño ensanchamiento donde se encontraban los productos de limpieza del hotel. Frente a nosotros se abría una verja. Una pequeña bombilla iluminaba levemente la estancia. Roberto se acercó hasta la verja y dio un paso brusco hacia atrás poniéndose la mano sobre la boca para evitar un chillido. Carlos y yo nos acercamos en dos pasos. Lo que vi me produjo una conmoción que me paralizó ante aquella verja de hierro forjado y oxidado. Agarrada con fuerza a los barrotes miraba absorta aquel cuerpo inerte al otro lado de la cancela. Oía la voz de Roberto que, con los nervios del momento, exclamaba incoherentes expresiones dando vueltas detrás de nosotros. Sentí junto a mí a Carlos, inmóvil, observando el cuerpo de aquel hombre, el mismo que vimos la noche anterior; el mismo que, unos días antes, se había parado ante la ventana de mi despacho y había paralizado con su mirada hasta el último de los músculos de mi cuerpo. De la misma forma me sentía ahora. Aferrada a los barrotes. Mirando los ojos inertes de ese hombre, su boca medio abierta, como si antes de caer fulminado hubiera visto al mismísimo diablo. Mis ojos se posaron en su pecho sobre el que se hallaba mi cartera de piel, la misma que había desaparecido de mi habitación.

Sentí la presencia de Juan junto a nosotros sin acercarse demasiado.

—¿Y Soledad? —oí preguntar a Roberto con un hilo de voz ahogado por el impacto del momento.

—Se ha quedado arriba, la pobre mujer está hecha un manojito de nervios,

y... no me extraña. Pero... ¿cómo ha entrado este hombre aquí dentro? —dijo con un gesto horrorizado y cogiendo con sus manos el candado herméticamente cerrado que pendía de una gruesa cadena alrededor de los barrotes—. Esto es imposible... no puedo creerlo. Roberto, llama a la policía. ¡Rápido!

—¡Un momento! —le interrumpió Carlos—. Espera un momento, Juan, abre la verja. Me gustaría ver a este hombre de cerca y, sobre todo, quiero coger la cartera, es nuestra —dijo con vehemencia.

—Pero, eso no se puede hacer, Carlos —protestó Juan adelantándose hacia la escalera y negando con la cabeza—. No puedo hacerlo y tú lo sabes.

—¡Juan! —dijo Carlos cogiéndole por el brazo—. Si viene la policía se llevará ese maletín, y lo que hay en él es muy importante para nosotros en este momento, no podemos permitir que nadie vea su contenido o que lo retengan durante semanas.

—Nada es más importante que la vida de un hombre —le espetó enfadado intentando soltar su brazo.

—Sí hay algo más importante, Juan... —Mantuvo un silencio mirando a los ojos a su amigo—. Sí lo es, si se trata de la tumba de Cristo.

La tensión se podía cortar. El silencio se apoderó del ambiente, con la única excepción del sonido de fondo de los ayes de Soledad repetidos una y otra vez procedentes del patio. Los cuatro nos mirábamos sin decir nada. Roberto se persignó tres veces rápidamente con los ojos fuera de las órbitas y la boca muy abierta. Juan tenía un gesto de sorpresa mezclado con incredulidad.

—¡No digas tonterías, Carlos! —Se soltó y comenzó a subir las escaleras. Carlos se le adelantó y se puso ante él obligándole a detenerse.

—Te estoy diciendo la verdad, Juan. En esa cartera está la prueba que nos puede llevar a la tumba de Cristo. Si la policía se la lleva o averigua lo que contiene puede ser un desastre. ¿No lo entiendes? No puede saberlo nadie. —Su mirada era suplicante.

—Es cierto, Juan —intervine con resolución, situándome junto a Roberto al pie de la escalera—. Esa cartera estaba en mi habitación, y este hombre me la ha robado. Comprendo tu preocupación, pero lo que te ha dicho Carlos es verdad. No podemos dejar que la policía se la lleve. Te ruego que confíes en nosotros y nos abras la cancela unos momentos. Después podrás llamar a la policía. No tocaremos nada, te lo prometo, tan sólo cogeremos el maletín.

Juan se quedó mirándome durante unos instantes, clavando sobre mí sus ojos extraordinariamente verdes.



—Hazlo, Juan, abre la cancela —le dijo despacio Roberto.

—Está bien —dijo metiendo la mano en su bolsillo y extrayendo un llavero de piel—, pero sólo un momento, y no toquéis nada. Cogéis la cartera y ya está, ¿de acuerdo? Espero que no estéis bromeando con esos asuntos, porque para mí son muy serios.

—Confiamos en vuestra discreción —dijo Carlos agarrándole suavemente por el brazo.

—No temas —contestó—, somos una tumba. —Su rostro esbozó una sonrisa pícara.

—¡Un momento! —Roberto se dio la vuelta desapareciendo de nuestra vista; unos instantes después apareció de nuevo—. Conviene que os pongáis esto.

En sus manos llevaba unos guantes de látex.

—Tienes razón, gracias Roberto. —Carlos cogió los guantes y me tendió un par a mí.

—¿Para qué quiero yo esto?

—Por precaución, Laura, si tocas algo y luego la policía encuentra tus huellas tendríamos que dar explicaciones. Hay que ser cauto.

Asentí con la cabeza y cogí los guantes.

La cancela se abrió. Accedimos a una especie de pasadizo excavado en la roca que se perdía en la oscuridad. Alcé la vista y pude ver grabada en la pared la frase de la que nos habían hablado: «No te acerques si temes a la muerte». Un escalofrío recorrió mi cuerpo. El lugar era de lo más tétrico. Me dio la sensación de que habíamos cruzado una línea invisible al pasar la verja. Sentí un frío intenso y crucé los brazos sobre mi cuerpo.

—¡Qué cambio de temperatura! —exclamé.

Juan y Roberto observaban al otro lado de la verja cada uno de nuestros movimientos. Carlos se inclinó sobre aquel hombre de pelo blanco y abundante. Me acerqué un poco al otro lado de donde Carlos se encontraba. Me agaché y sin quererlo me topé con la mirada de aquel cadáver. Sus ojos estaban abiertos, inertes. Me levanté de un brinco.

—¡Este tío da miedo! —exclamé.

—Laura, está muerto —dijo Carlos, con cierta condescendencia—. Este pobre poco puede asustar.

—No estés tan seguro. —Juan tenía una voz grave y distante. Me sorprendió su tono—. Muchos muertos tienen más poder que los vivos.

—¡No digas estupideces, Juan! —le interrumpió Carlos—. Ya empiezas con tus paranoias escatológicas. Este hombre está muerto, y lo que sí es cierto es que antes de morir se ha llevado un susto de muerte, nunca mejor dicho. Está totalmente agarrotado. Y mira la expresión de su cara... es terrorífica.

Intentó entonces coger la cartera que el hombre tenía sobre el pecho. Pero sus brazos la envolvían y no pudo arrancarla en un primer intento.

—¡Vaya! —dijo con sorna—. ¡Sí que la ha cogido con ganas! Intentó tirar de nuevo, pero le fue imposible.

—Laura, ayúdame, solo no puedo. Pero procura no tocarle. ¿De acuerdo?

No hubiera sido necesario hacerme semejante indicación: no tenía ninguna intención de acercarme más de lo necesario a aquel hombre que seguía dándome miedo incluso después de muerto. Me incliné sobre el cadáver. Al tocar la cartera sentí que el corazón se me aceleraba. Un estremecimiento me recorrió todo el cuerpo. Agarré el asa y tiré con cierto temor, como si tuviera miedo a que se fuese a incorporar de repente. Carlos intentaba sacar despacio la cartera de entre los brazos agarrotados del cadáver.

—¡No lo suelta, el muy cabrón! —exclamó con enfado.

Se incorporó un poco y abriendo sus piernas dejó el cadáver entre las mismas para conseguir un mejor ángulo de fuerza.

—Vamos, Laura, tira con ganas. Hay que arrancarle la cartera como sea.

Por fin conseguimos sacar el maletín de piel de entre los brazos de aquel hombre, que se resistió hasta lo imposible. En cuanto la tuve entre mis manos salí deprisa de aquel lugar y me situé junto a Juan. Carlos se quedó mirando alrededor del hombre muerto.

—¿Qué buscas ahora? —dijo secamente Juan—. Ya tienes lo que querías, sal de una vez y llamemos a la policía. Esto me repugna.

—Tranquilo, no hay prisa.

Comprobé que los códices y el pergamino seguían en su sitio.

—¡Ya está bien, Carlos! —dije impaciente—. Es hora de llamar a la policía.

De pronto me vino a la mente la desaparición de Marta. Sentí una sensación de vértigo ante la visión de aquel hombre muerto.

¿Y si le había ocurrido algo a ella? Mientras Carlos cerraba la cancela me quité los guantes de látex y se los tendí a Juan. Fui en busca de mi móvil y volví a marcar el número de Marta. Nada. Ni una respuesta. «El número de móvil al que usted llama está apagado o fuera de cobertura», era lo único que oía cada vez que marcaba.

Llevé la cartera a la habitación. Roberto se sentó junto a la desconsolada Soledad intentando calmarla mientras Juan llamaba a la policía. Ella les aseguraba una y otra vez, con las manos cruzadas sobre su generoso pecho, que ni había visto ni sabía nada.

Mientras esperábamos a que llegase la policía decidimos entrar en la habitación que había ocupado aquel hombre que yacía muerto en el sótano. La puerta no tenía la llave echada. La cama estaba perfectamente hecha. El baño no había sido utilizado porque mantenía la cinta higiénica alrededor del inodoro que Soledad colocaba después de limpiarlo para garantizar su pulcritud. No quedaba ningún rastro del paso de aquel hombre por la habitación.

La policía entró en La Almunia de San Miguel ocupando todos los rincones del pequeño hotel. Algunos agentes se movían por cada una de las habitaciones. Carlos y yo nos situamos en un lado del patio, sentados a una mesa junto a la pobre Soledad, que a veces lloraba y otras se mantenía callada con la mirada baja, retorciendo constantemente un pañuelo que tenía entre sus manos.

Juan y Roberto atendían a dos hombres que no llevaban uniforme y que tomaban nota de todo cuanto escuchaban. Llegó el momento de preguntar a Soledad. Se sentaron junto a ella y le pidieron que dijera todo lo que había visto. La gitana les contó con su deje caló que había bajado al sótano para coger los utensilios de limpieza como hacía todos los días, que al encender la luz había visto el cuerpo de aquel hombre al otro lado de la cancela y que salió corriendo para avisar al señor Juan y al señor Roberto. Y que no sabía nada más. Juraba una y otra vez que nada tenía que ver, que no sabía nada y que no había notado nada. Los policías la miraban impasibles, como si estuvieran analizando los movimientos de cada uno de sus músculos y de sus gestos. Uno de ellos, el más viejo, era el que preguntaba, el otro sólo analizaba y tomaba notas. Sus miradas parecían cámaras de vídeo grabando todo desde puntos diferentes.

Después nos hicieron algunas preguntas a Carlos y a mí. Carlos les dijo que no conocía a aquel hombre, y que la primera y la única vez que le había visto fue la noche anterior cuando se registraba en el hotel, antes de entrar en su habitación. Terminó diciendo que no sabía nada más.

Cuando el policía más mayor se dirigió a mí para hacerme las mismas preguntas me puse nerviosa. Intenté controlarme pero sentía que la sangre me bullía hacia la cara.

—¿Conocía de algo a ese hombre?

—Bueno, no estoy segura, pero puede que le haya visto alguna vez por Zaragoza, donde residí. Aunque le vuelvo a repetir que no lo podría asegurar.

—¿Habló alguna vez con él?

—No, no, ya le he dicho que ni siquiera estoy segura de que sea realmente él.

—¿Dónde cree haberle visto?

—En la zona donde trabajo, en la Ciudad Universitaria de Zaragoza. Puede ser que alguna vez me haya cruzado con él, pero no lo sé.

Mi insistencia en no saber si le había visto o no me estaba empezando a parecer ridícula. Me arrepentí de haber dicho que lo había visto. Los dos hombres escuchaban con frialdad mis respuestas vacilantes y empecé a sentirme muy incómoda.

—¿Ha oído o visto algo extraño a lo largo de la noche?

Me quedé unos instantes pensativa.

—No, la verdad es que he dormido toda la noche... bueno, no sé si tendrá algo que ver con el caso, ha desaparecido una compañera nuestra, más bien se ha marchado sin decir nada y no conseguimos dar con ella.

—¿Me puede dar sus datos?

Le indiqué el nombre y la descripción de Marta. Le entregué su número de teléfono. El inspector más joven anotó todo lo que le iba diciendo.

—¿Nada más?

Pensé en decirle lo del golpe en la cabeza pero me parecía tan absurda la situación que no lo hice, bastante había tenido ya.

—¿Puede tener algo que ver esta muerte con la desaparición de mi amiga?

—No lo sé, pero lo averiguaremos. ¿Quiere decirnos algo más?

No fue una invitación, o al menos a mí no me lo parecía. Mi corazón se aceleraba por momentos y era incapaz de controlarlo. Esos hombres no me quitaban ni un solo instante los ojos de encima. Moví la cabeza con una profunda inspiración.

—No, nada más que yo recuerde.

—Le rogaría, señorita... —miró la libreta donde había anotado mis datos— Escudero, que si recuerda algo no dude en comunicárnoslo de inmediato.

La mañana fue larga. Habíamos quedado con Rachid a las cuatro de la tarde; nos había dicho que por las tardes apenas había personal y podríamos utilizar todos los medios de investigación de que disponía el centro de investigación del museo con mayor libertad. Carlos le llamó para explicarle lo que había sucedido. Hablaba en voz muy baja, apenas perceptible, bajando la cabeza hacia el pecho como si quisiera esconderse de todas las miradas. Al final se despidió, indicándole que, en cuanto la policía terminase su trabajo, le volvería a llamar.

Eran cerca de las dos de la tarde cuando el juez de guardia hizo su aparición para ordenar el levantamiento del cadáver. A las cuatro de la tarde, los dos inspectores, ante la insistencia de Roberto de invitarles a un té, se sentaron más relajadamente junto a nosotros. Soledad, compungida, se había marchado a su casa acompañada por Juan a pesar de su insistencia en que debía terminar su trabajo.

El inspector mayor se tomó el contenido de su taza casi de un trago y se levantó súbitamente; de inmediato hizo lo mismo el otro, apenas sin haber probado su té.

—Señores, tenemos que marcharnos, hay mucho trabajo por hacer. Cuando sepamos algo se lo haremos saber. De todas formas —dijo clavando la mirada sobre mí—, les rogaría que si abandonan Toledo nos lo comuniquen. Es una cuestión de trámite —dijo tajante.

—Pero ¿qué piensan ustedes que ha ocurrido? —pregunté con algo de ingenuidad. De inmediato sentí el gesto de Carlos recriminando mi pregunta.

—No puedo contestarle a eso por ahora, forma parte de la investigación. Se procederá a la autopsia del cadáver para saber cómo murió y conocer todo lo posible sobre las circunstancias de su muerte. Si se ha producido un crimen habrá pruebas y le aseguro que las encontraremos. Si alguien ha tenido algo que ver con esta muerte, le cogeremos, no lo dude.

Me quedé callada sosteniendo la mirada de aquel hombre alto de pelo escaso y canoso; sus ojos eran pequeños y claros, y los más inquisitivos que había visto en mi vida; sus facciones eran alargadas y pálidas, parecía que el sol rechazara posarse en aquella piel lechosa. Apenas sonreía. Sus labios, finos como una débil línea, esbozaban un ligero cambio de postura y de nuevo volvían a centrarse, serios y firmes.

Todos nos levantamos cuando se despidieron. Su gesto fue frío y mantuvieron las formas amables aunque distantes con las que habían actuado a lo largo de toda la mañana.

El ambiente se relajó un poco cuando Juan y Roberto cerraron la puerta de la calle. Carlos se volvió a sentar cabizbajo. Apenas le miré de reojo, pero me pareció preocupado. Le había visto durante todo el tiempo, seguro y bastante más relajado de lo que yo estaba. En cierto modo, envidiaba su capacidad de controlarse. Yo me podía llegar a derrumbar por cualquier contratiempo. Me encontraba inquieta por la impresión que podía haber causado a los dos inspectores. Tenía la sensación de estar paralizada, bloqueada, sin posibilidad de pensar. Las cosas que estaban ocurriendo me superaban.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté a Carlos.

—¡Seguir con nuestros planes! ¿Qué otra cosa podemos hacer? Si tienen algo que decirnos ya nos buscarán.

Tenía razón. No nos podíamos quedar ahí sentados con los brazos cruzados. Nos quedaban asuntos por resolver y debíamos reaccionar.

Carlos llamó a Rachid para indicarle que ya podíamos vernos. Después de una conversación breve se volvió hacia mí y dijo con voz muy suave:

—¿Te apetece que vayamos a cenar a su casa? Dice que nos invita a comida casera.

Hice un gesto de afirmación con la cabeza y quedó con él. No tenía tiempo ni ánimo para iniciar esa tarde ninguna investigación. Era mejor dejarlo para el día siguiente, cuando las mentes estuvieran más despejadas y los cuerpos más descansados.

Ningún cliente llegó aquella tarde.

—Esto puede ser la ruina —dijo Roberto dando un profundo suspiro.

—No, Roberto —intervino Carlos algo más optimista—, míralo desde otro punto de vista, te van a dar publicidad gratuita y la gente es muy morbosa para estas cosas.

—En eso tienes razón —replicó convencido Roberto—. ¡Ah!, tienes que contarme lo que escondes en esa misteriosa cartera. Parece de lo más interesante.

—Todo a su tiempo, Roberto, todo a su tiempo. —Carlos le habló con cierta condescendencia. Estaba claro que no pretendía decirle ni una sola palabra sobre el tema, y percibí en la actitud de Roberto que era consciente de que hay cosas que no se pueden contar y que sabía controlar perfectamente su curiosidad.

Llevábamos horas sentados en aquellas sillas de hierro del patio del hotel. Tenía los músculos entumecidos y decidimos dar un paseo para despejarnos antes de la cena con Rachid. Subí a mi habitación, cogí mi abrigo y me colgué en

bandolera mi cartera con los códices y el pergamino. No estaba dispuesta a perder de vista aquella cartera ni por un minuto.

El aire fresco en la cara me sentó muy bien. Carlos y yo estuvimos caminando por las calles de Toledo en silencio durante un largo rato. A pesar de que la tarde era desapacible y hacía un intenso frío, la gente llenaba las calles. Era viernes, por lo que, al ser el primer día del fin de semana, muchos turistas se acercaban a esta ciudad para descubrir sus calles cargadas de magia.

La casa de Rachid se encontraba en una calle estrecha cercana a la plaza de Zocodover. Era un edificio antiguo y rehabilitado, con sólo dos plantas. Al subir por la escalera de madera pude percibir un agradable olor a especias.

Rachid nos recibió con una amplia sonrisa. Llevaba unos vaqueros y una camisa a cuadros que le daban un aire más juvenil. Nos invitó a pasar a una amplia estancia con dos sillones que quedaban a mi derecha y que invitaban a una lectura reposada; junto a ellos había una mesa pequeña donde se apilaban al menos una docena de libros y un cuaderno; sobre éste reposaba una hermosa pluma estilográfica. Frente a mí había una mesa de despacho de buena madera, tan atestada de libros que apenas podía verse la superficie; detrás de ella, una librería ocupaba toda la pared desde el suelo hasta el techo. A mi izquierda se abría una pequeña ventana y, junto a ella, una mesa redonda con un mantel blanco preparada con platos y cubiertos para tres.

Rachid cogió una botella de vino que había sobre la mesa, la abrió y llenó cada una de las copas hasta la mitad. Con cierta ceremonia dejó de nuevo la botella sobre la mesa, me ofreció una de las copas y, a continuación, cada uno de ellos tomó la suya.

—Por nuestro gran proyecto en común.

Aunque brindamos con las copas en alto, Rachid debió de notar mi gesto un tanto forzado al levantar la mía. Me daba la sensación de que iba demasiado rápido. La muerte de aquel hombre en el hotel y la desaparición tan extraña de Marta me hacían dudar de todo y de todos, y él se dio cuenta de mis reticencias.

Dejó la copa sobre la mesa y, sin apenas dar tiempo a nada más, me invitó a que me pusiera cómoda y le pidió a Carlos que le acompañara para dar los últimos detalles a la cena.

—Discúlpenos, Laura, es cosa de un instante. Es usted mi invitada, considérese en su casa —dijo amablemente mientras desaparecían los dos por la puerta.



Me quedé sola en aquella jungla de libros y papeles. Oía perfectamente la voz de Carlos, explicándole a Rachid el macabro suceso de La Almunia. Me olvidé de sus voces y me enfrasqué en lo que tenía a mi alrededor con la ayuda de una suave melodía que salía de un aparato de música situado junto a los dos sillones. El ambiente era muy acogedor y se respiraba un agradable olor en la estancia. Me acerqué a la pared que se encontraba a mi derecha, cargada de los más diversos diplomas y títulos hasta no dejar ni un solo espacio libre. Allí pude comprobar que, entre otras muchas cosas, Rachid era doctor en Teología en la especialidad del Antiguo Testamento, doctor en Arte en la especialidad de Arte Paleocristiano, doctor en Filosofía en la especialidad de Ciencias Semíticas e Historia de las Religiones. Era catedrático del Departamento de Biblia de la Universidad Hebrea de Jerusalén. Pude ver, entre otros, títulos de cursos del Talmud, de Ciencias Neotestamentarias, además de ser miembro del Instituto para el Judaísmo Antiguo y del Departamento de Investigación de Qumrán. Estaba asombrada, Rachid era un auténtico pozo de sabiduría; las acreditaciones sobre sus conocimientos en lenguas muertas estaban perfectamente enmarcados por títulos de la Universidad Hebrea de Jerusalén, de Manchester, de París, entre otros centros importantes del mundo. Junto a ellas, otros títulos indicaban sus conocimientos de árabe, inglés, francés, alemán e italiano. Recorrí despacio cada uno de los títulos enmarcados de la pared con la copa de vino en la mano. Antes de llegar a la librería, había un estrecho espejo en el que pude ver reflejado mi cuerpo. Me quedé un rato mirando mi propia imagen. Mis ojos recorrieron mis pantalones vaqueros, algo acampanados, que apenas dejaban ver la puntera de mis botas negras, mi jersey azul, mi camisa a rayas, el pelo que me caía sobre los hombros y sobre la frente. Me miré a mí misma y sonreí. «Qué poco conozco mi propia imagen», pensé. Di media vuelta para verme de perfil. Volví a sonreír. Di un sorbo de vino sin quitar la vista de mi reflejo y continué mi inspección del terreno de Rachid.

Los libros se acumulaban abigarradamente en las estanterías en un intento de hacerse con un hueco donde lo hubiere. Los títulos eran de lo más variado. Había ejemplares sobre temas de las tres religiones monoteístas, estudios de toda clase sobre la Biblia, el Talmud, el Corán, el Nuevo Testamento, había libros en castellano, pero también abundaban en francés, en inglés, en alemán, en árabe, y otros muchos en lo que me pareció hebraico. Llegué a una de las estanterías que se encontraba repleta de libros sobre los cátaros y los templarios, además de los masones y los rosacruces. Tenía gran cantidad de ejemplares referentes a estos

asuntos; a primera vista, pude calcular que al menos contaba con unos cien títulos. Me di la vuelta y me encontré frente a la mesa donde Rachid debía de trabajar habitualmente cuando se encontraba en casa. Había unos folios con diversos apuntes y libros alrededor. En principio no reparé en nada extraño, pero la curiosidad me hizo detenerme en las notas escritas en la hoja que tenía sobre el escritorio. Dejé la copa en un hueco que había entre los libros y me senté sin quitar la vista de aquellas anotaciones. Todo lo que habíamos hablado el día anterior: la desaparición del profesor Dorado, los acontecimientos que nos habían ocurrido, todo lo que le habíamos contado estaba anotado como si se tratase de un diario. Eché un vistazo a los folios que había debajo y me quedé tan sorprendida que casi tiré con la mano la copa de vino sobre los papeles; tenía mi nombre y apellidos, mi dirección, documento de identidad, mis estudios, mi aspecto... Me quedé pensativa. ¿Para qué necesitaba todo eso Rachid? No sólo tenía mis datos: los de Carlos y los de Marta también estaban allí perfectamente ordenados. De nuevo cogí la copa y tomé un trago. Miré los libros que había alrededor de la mesa, abiertos la mayoría de ellos: libros sobre sociedades secretas en la historia de la Iglesia, sobre los secretos del Vaticano, sobre Jesús de Nazaret, los Testamentos Apócrifos...

—La cena está lista.

La voz de Carlos me devolvió a la realidad. Entraba con una amplia sonrisa en la estancia portando un plato que depositó sobre la mesa redonda con el mantel blanco. Detrás de él entró Rachid llevando otros dos platos. Cuando me vio sentada frente a la mesa me dedicó una mirada, que no sabría decir si era de desaprobación o de duda. De lo que estaba segura es de que no le había hecho mucha gracia verme delante de sus escritos. O al menos eso pensé en un primer momento.

—Laura, no sé si habrás probado alguna vez la comida típica judía, pero te aseguro que Rachid tiene un toque culinario digno del mejor jefe de cocina.

—No, nunca la he probado pero huele muy bien. —Me había levantado de la silla y me dirigí hacia la mesa redonda.

Rachid volvió hacia la cocina y trajo otros platos que fue colocando estratégicamente en el centro de la mesa. Todo tenía un aspecto delicioso, a lo que se añadía la sensación de hambre que tenía en aquellos momentos, que podría definirse como atroz. Antes de sentarnos se volvió a dirigir hacia la cocina y trajo una sopera humeante y una cesta de pan ázimo. Nos invitó a que tomásemos asiento. Nos sirvió la sopa y llevó la sopera de nuevo a la cocina.

—Tiene anotaciones de nosotros tres —le dije a Carlos en voz muy baja, señalando hacia el escritorio.

Carlos me miró extrañado.

—¿Que tiene qué?

—Que Rachid tiene notas sobre nuestras vidas, nuestros estudios... —Tuve que callar porque en ese momento entró Rachid en la estancia y se sentó a la mesa.

—Empezaremos con la sopa. Este plato es la medicina preferida de toda madre judía para acabar con todos los males. Es de pollo y es la entrada tradicional en todas las fiestas judías.

Tenía ante mí, exquisitamente presentados, platos que no había probado en la vida, como el *Jrein*, hecho con rábano, remolacha, vinagre, limón y azúcar, o el *Baba Ganoush*, con berenjenas, cebolla, perejil, pasta de semilla de sésamo, jugo de limón, ajo, agua, sal y pimienta de cayena. Otro de los platos que probamos fue el *Kibbe de arroz*, elaborado, según nos contó, con carne picada, harina de arroz, sal, apio, canela y pimienta; *la trucha israelí*, aliñada con cebolla, nabo, zanahoria y apio; el *Kiguel* o *Kuguel*, una de las grandes contribuciones de la cocina judía al mundo, un budín horneado que, aunque nos lo había preparado salado, también podía ser dulce, según nos indicó, y que Rachid nos sirvió como acompañamiento. Aunque en lo que realmente me cautivó fue en los postres. Sacó varios platos, con pastel de cerezas y manzanas, *mousse* de naranja, *soufflé* de chocolate, *Tish Pishti* de almendra y aceite y *Jalot* de harina blanca. De todos estos platos nos iba informando nuestro anfitrión.

—Todo esto tiene una pinta estupenda. ¡Habrás pasado la tarde entera cocinando! Le admiro por ello; yo soy incapaz de hacer algo más complicado que una tortilla de patata o la típica paella, y tampoco es que me luzca.

—¡Oh, no, Laura, sería incapaz de cocinar yo solo todo esto! No me puedo atribuir semejante mérito. La artífice de este festín es mi querida Mencía; sobrevivo gracias a sus comidas y a sus cuidados.

—¿Su esposa? —pregunté con cierta ingenuidad, cuestionándome de inmediato por qué no nos acompañaba en aquella velada.

—No, no, Mencía es mi asistente. —Su voz se tornó grave, se tensó su gesto y bajó la mirada hacia su plato—. Mi esposa murió en un accidente de tráfico hace años, demasiados años.

—¡Vaya! —Mi exclamación fue totalmente espontánea. Siempre había sentido una extraña conexión con cualquier persona que hubiera sufrido una

tragedia semejante a la mía.

Rachid me miró y sonrió levemente sin dejar de servirse uno de los platos.

—Por desgracia, tenemos en común la pérdida de seres queridos en accidentes.

—¿Cómo sabe que he perdido a alguien en un accidente?

Quedó un instante en silencio y miró a Carlos que, con su gesto, le hacía la misma pregunta.

—Me lo dijo Carlos —contestó en un vano intento de eludir la cuestión.

—No es cierto. Yo nunca le he contado a Carlos nada de eso.

—Eso es verdad, Rachid, yo no te he podido decir nada porque desconozco por completo esa parte de la vida de Laura. Siempre ha sido muy reservada para su vida privada.

Rachid mantuvo de nuevo un silencio. Sabía que había dicho algo que no debía haber descubierto, al menos todavía.

Inconscientemente miré hacia el escritorio.

—Rachid, ¿me podría explicar por qué está indagando en nuestras vidas? —pregunté impaciente—. Sobre esa mesa tiene un historial de Marta, de Carlos y mío. ¿Qué derecho tiene a investigar sobre nosotros?

No entendía cómo aquel hombre que acababa de conocer se dedicaba a hurgar en mi pasado sin ningún escrúpulo, en un pasado que había mantenido celosamente guardado para evitar la compasión que había sufrido en demasiadas ocasiones. Odiaba ese sentimiento de lástima sobre mí y decidí no contarle a nadie mis desgracias y miserias, creando una barrera entre mi interior y el exterior, una barrera que hice infranqueable para todo y para todos. Y ahora este hombre, completamente desconocido hasta hacía unas pocas horas, intentaba escarbar en aquellos recuerdos que eran de mi exclusiva propiedad.

—Laura, no se confunda. Mi intención no es mala, se lo aseguro. Carlos, tú me conoces, sabes cómo trabajo. Lo que tenéis entre manos es de una importancia trascendental, y... me temo que muy peligroso. Llevo años detrás de este asunto y no puedo correr más riesgos.

—¿Qué asunto? ¿De qué riesgos habla? No entiendo nada. ¿Podría explicarse, Rachid? Le aseguro que soy toda oídos.

Carlos dejó de comer y se acomodó en la silla.

—Espero impaciente tu explicación, amigo mío.

Rachid se quedó pensando unos instantes con la mirada clavada en mis ojos. Respiró hondo, depositó con parsimonia la servilleta sobre la mesa después

de limpiarse suavemente la comisura de los labios y se incorporó hacia delante.

—¡Está bien! Contaré lo que sé. Al fin y al cabo, no está esa chica, Marta, de la que no me fiaba mucho.

Carlos y yo nos miramos. ¿Por qué razón no se fiaba de Marta? ¿Qué había averiguado sobre ella? Los dos preguntamos atropelladamente lo mismo.

—Precisamente no me fío porque no he averiguado nada absolutamente sobre ella. No tiene pasado, o, al menos, no lo tiene conocido. Parece que su vida hubiera comenzado justo en el momento en que entró en tercero de carrera en la Universidad de Zaragoza. Toda su vida anterior es un misterio.

No daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Pero hay algo más: el profesor Dorado tiene el mismo pasado misterioso. Su vida parece que comienza a los veinte años. Cuando inició el tercer curso de carrera en la misma universidad. Comprenderá que con este panorama me haya interesado por conocer más en profundidad la vida de Carlos, así como la suya. —Hizo un fugaz gesto hacia mí con la mano.

—Pero ¿estás insinuando que Marta o el profesor...?

Carlos fue interrumpido por Rachid:

—No he insinuado nada, sólo te he dicho que no me fío de lo que no conozco. Nada más.

—Pero si Marta nos contó que sus padres vivían en Madrid, que se enamoró de un chico de Zaragoza y se fue a vivir con él... —Mi voz sonaba ingenua ante la explicación que le estaba dando a Rachid, que me escuchaba con una sonrisa en los labios.

—Pues si realmente fue así, sus padres se han esfumado y ese chico se ha convertido en un ser invisible, se lo aseguro, Laura. No existen.

—¿Cómo puedes estar tan seguro, Rachid?

—Carlos, tú sabes perfectamente cuáles son mis contactos y en qué círculos me muevo.

Carlos asintió.

—Eso es cierto.

—¿Y podría saberlos yo? Si no es mucha molestia para ambos. —El tono de mi voz fue de cierta exigencia; me molestaba que no hablasen claro delante de mí.

—Laura, ya te dije que Rachid nos podía abrir muchas puertas. Tiene amigos en la policía, en los servicios secretos españoles. —Hablaban despacio, pensando cada una de las palabras que iba diciendo, con la mirada fija en

Rachid. Entendí que pedía su conformidad a cada frase que decía. Rachid le observaba tranquilo; nada en su gesto hacía pensar que estuviera molesto—. Tiene importantes contactos con el Mosad israelí y con la CIA. Te aseguro que pocas cosas se le escapan. También en el Vaticano tiene amigos importantes.

—A pesar de que por parte de algunos no soy bien visto —interrumpió Rachid con una media sonrisa—; diría más, soy muy mal recibido.

Me di cuenta de que intentaba demostrarnos que no teníamos más remedio que confiar en él.

—Y del profesor Dorado, ¿qué es lo que ha averiguado? —pregunté.

—Lo mismo que usted puede saber de él: terminó su carrera, se doctoró brillantemente, en la actualidad trabaja en la universidad y les eligió a ustedes como ayudantes.

—Es cierto —me quedé pensativa—, yo siempre me he preguntado por qué me eligió a mí entre otros compañeros mucho más brillantes e inteligentes que yo.

Carlos hizo un gesto, afirmando que pensaba lo mismo que yo. Carlos y yo tuvimos un expediente académico bastante mediocre. Nuestras notas de carrera fueron bajas y a veces incluso tuvimos cita con septiembre para recuperar alguna asignatura. El profesor Dorado no elegía a cualquiera para dirigir tesis doctorales, era escrupuloso en su trabajo y muy selectivo. Nunca se le había conocido ningún colaborador cercano o ayudante. Siempre había trabajado solo hasta que aparecimos nosotros. Era como si nos hubiera estado esperando.

—Rachid, ¿cree que tiene alguna relación esa elección de don Armando con lo que está ocurriendo en estos días? —pregunté.

—No es que lo crea, Laura, estoy completamente seguro. —Respiró profundamente—. Mire..., es cierto que he estado investigando sobre su vida y la de Carlos, y he averiguado algunos puntos en común entre los dos, que al menos da que pensar: los dos son personas socialmente retraídas, no tienen familia, hijos ni pareja; llevan una vida muy solitaria, con muy pocos amigos y escasa relación con el resto de compañeros, incluso entre ustedes. Los dos tienen la misma edad, y en su pasado hay algo trágicamente común que los une —guardó unos instantes de silencio mirando hacia Carlos—: los dos habéis perdido a vuestros padres y únicos amigos en un accidente de tráfico.

Miré a Carlos. Mantenía un gesto estático, impertérrito, como si lo que estuviera oyendo no fuera con él. Su vista se dirigía hacia Rachid, pero me di cuenta de que no le veía. Su mandíbula se tensó como consecuencia de la

presión ejercida por la dentadura para intentar mantener un gesto impasible. Pude atisbar un destello en sus ojos: se le estaban llenando de lágrimas sin que pudiera hacer nada para impedirlo. Tuve entonces un sentimiento de ternura hacia él; siempre me había parecido un hombre frío y distante, al que no le afectaba nada de lo que ocurriera a su alrededor que no fuera él mismo. De repente descubrí que era la misma coraza que me había construido yo frente al mundo.

Apretó las manos en un intento desesperado por superar aquella situación. Su gesto se fue crispando cada vez más ante el silencio que reinaba entre nosotros. Rachid supo terciar ante la situación y habló con voz muy suave.

—Y ahí es cuando aparezco yo. Igual que vosotros, no tengo familia, no tengo hijos, perdí a mi esposa, y apenas cuento con amigos, con los que comparto muy poco de mi tiempo. Mi dedicación casi absoluta es la investigación y el trabajo, como os ocurre a vosotros. Nada, o muy poco, me arraiga a este mundo. Y el ser más querido para mí... murió en un accidente de coche —dio un profundo suspiro y prosiguió despacio—, hace ya demasiados años.

Volvió a reinar un silencio sepulcral. La voz de Rachid se había hecho pesada, cansina, como si estuviera agotado con sus recuerdos. Me dio la impresión de que sufría al recordar, como me ocurría a mí. Tragué saliva e intenté tomar todo el aire de que era capaz con la intención de recuperar el pulso y airear las neuronas de mi cerebro. ¿Qué significado podrían tener todas esas coincidencias? ¿Estaríamos los tres destinados, por algún extraño azar de la vida, a estar juntos en una empresa que, al menos en aquellos momentos, desconocíamos casi por completo?

El sonido de un teléfono nos devolvió a la realidad.

Rachid se levantó, cogió el auricular y contestó. Le debían de estar contando algo interesante porque escuchaba atentamente haciendo algunos gestos de afirmación mientras tomaba algunas notas en un papel. Al cabo de unos minutos dijo:

—Está bien, espero más noticias, un saludo. —Y colgó el teléfono.

Con el papel en la mano se dirigió de nuevo hacia la mesa.

—Era la policía —dijo tranquilo—. El hombre que encontraron muerto esta mañana en el hotel sufrió un paro cardíaco. Y hay más: su identidad era falsa. —Mantuvo unos instantes de silencio mientras se sentaba de nuevo a la mesa—. Su

verdadero nombre era Antonio Rojas Arate y su última residencia conocida era Barcelona. La policía le buscaba desde hace tiempo; por lo visto estaba implicado en varios robos de distinto calado.

—¿Cómo lo sabe? ¿Por qué le han llamado a usted? —inquirí con curiosidad.

—Laura, ya le he dicho que tengo contactos. En el momento en que me dijo Carlos que había muerto un hombre en el hotel me puse al habla con mis conocidos en la policía. Ellos nos mantendrán informados de toda la investigación. La persona que ha llamado me ha dicho que desconocen la causa del infarto; de lo que sí están seguros es de que la muerte debió de ser casi instantánea, «fulminante» ha dicho. Ah, me ha dicho también que están buscando a Marta para interrogarla. Las circunstancias de la muerte no parecen muy claras, a pesar de los primeros informes de la autopsia. Creen que hay algo que no encaja.

—¿Qué clase de robos hacía ese individuo? —preguntó Carlos.

—Libros antiguos, reliquias de algunas iglesias y cosas parecidas; también parece que ha cometido algunos robos en museos. Según me cuentan, esta persona pertenecía a una especie de mafia que tiene unos objetivos muy concretos, y poco más me ha podido decir; por lo visto la investigación sobre esta organización lleva años intentando sacar a la luz a sus responsables más directos, pero, cuando están a punto de atraparlos, suele ocurrir algo imprevisto y se les escapan en el último momento.

Su voz era tranquila y suave. Yo estaba desconcertada. Rachid me empezaba a parecer un hombre inquietante, a veces próximo, a veces distante. Pero tenía algo que me arrastraba hacia él. Era un sentimiento contradictorio. Por una parte temía fiarme de él, pero por otro lado algo me decía que lo hiciera, que podía confiar. Mientras pensaba, Rachid me miró fijamente en silencio y me sonrió. Me dio la sensación de que había leído mis pensamientos. Sentí que los colores se subían a mis mejillas y bajé la mirada.

—Me mantendrán informado de cualquier noticia que surja —dijo tranquilo—. Pero volviendo a la cuestión, hay otro punto de coincidencia que creo que es interesante que tengamos en cuenta. En el despacho del profesor encontrasteis dos cosas que os parecieron signos o pistas que dejó el profesor, ¿no es cierto? —ambos asentimos—; la cruz estaba serrada formando una cruz griega, y en ella había escrito, según vosotros por el mismo profesor, algunas palabras griegas. ¿Me equivoco?



—Cierto —intervine con algo de impaciencia—, pero ¿adónde quiere llegar, Rachid? Díganos.

—Laura, tenga un poco de paciencia, le aseguro que la vamos a necesitar a raudales en este asunto. —Hizo un pequeño silencio, como si estuviera pensando lo que iba a decir—. Bien, en primer lugar, puede que el profesor Dorado les haya querido indicar una dirección. —Nos miró, esperando a que le dijéramos algo, pero nos mantuvimos los dos en silencio, mirándole como estúpidos—. ¿No lo entienden? Yo creo que está muy claro: es posible que don Armando quisiera indicarles que se dirijan hacia Oriente... —Volvió a guardar silencio, expectante a nuestras reacciones. Tampoco entonces hicimos ningún movimiento, tan sólo le mirábamos asombrados—. ¿Siguen sin comprender? La cruz griega puede significar la Iglesia de Oriente, y las palabras las escribe en griego, también nos llevan en esa dirección. Bien, vamos a dejar ahí aparcada esta suposición, que puede ser cierta o no. ¿Qué otra cosa tenemos?: las frases escritas, cuyo significado, si no recuerdo mal, era «atravesar las entrañas» y «escogido».

—O «elegido» —apunté, saliendo de mi colapso mental. Empezaba a entender por dónde nos quería llevar Rachid. Efectivamente, cabía la posibilidad de que el profesor nos hubiera querido indicar la dirección hacia donde debíamos dirigirnos, y que las frases en griego tuvieran también ese fin—. ¿Qué cree que puede significar ese mensaje?

—Muy sencillo, sois los escogidos, o los elegidos como quieras llamarlo, y deberéis atravesar las entrañas de algún lugar en busca de algo..., algo que el profesor os ha encargado que busquéis.

Carlos me dedicó una mirada de interrogación. No acababa de ver las cosas claras.

—Vamos a ver, Rachid —su gesto era de incredulidad—, todo eso está muy bien, pero si el profesor nos hubiera querido decir algo, ¿por qué no lo hizo directamente?

—Porque no podía, Carlos, así de sencillo. Algo o alguien se lo impedía.

—¿Y qué pasa con el libro del cañón del río Lobos y la palabra escrita en él y, sobre todo, su desaparición por alguien que en ese momento estaba allí controlando todos nuestros movimientos? Bueno, de hecho, consiguió que saliéramos corriendo como si nos persiguiera una manada de lobos hambrientos.

—Usted lo ha dicho, Laura, les estaban vigilando. Les esperaron. Querían saber los pasos que daban, qué era lo que había dejado el profesor Dorado antes

de desaparecer si es que lo había hecho. No pudieron coger la cruz y se llevaron el libro. ¿Tenía algún interés especial el profesor por ese cañón, aparte de su valor paisajístico?

—Era un lugar que le encantaba visitar en cuanto tenía ocasión —contesté—. Hay una iglesia que perteneció a una encomienda templaria y que, según decía siempre, guardaba muchos secretos todavía por descubrir.

—Lo sé, conozco el lugar. Bien, ya tenemos otra pista. En mi opinión, lo primero que deberíamos hacer es visitar ese cañón que tanto le gustaba a vuestro profesor.

—Un momento, Rachid —interrumpió de repente Carlos—, y tú... ¿qué tienes que ver en todo este asunto? No entras en ninguno de los mensajes de don Armando.

—Tienes razón, Carlos. Pero esto no es nuevo para mí, y lo único lógico que se me ocurre tiene que ver con el significado de mi nombre.

Carlos le miró con gesto de sorpresa.

—«La mirada del halcón» y «la luz». ¿Qué quieres decir? ¿Que te consideras nuestros ojos y nuestro guía? —Su voz tenía un tono entre la incredulidad y el asombro.

—Puede que sí —contestó Rachid con parsimonia—. ¿Por qué no? Puede que la casualidad os haya traído hasta mí o puede que no haya sido precisamente la casualidad. No le demos más vueltas. Al menos por ahora.

Carlos me miró sorprendido por la conclusión a la que acababa de llegar su amigo y dijo con voz casi imperceptible:

—Puede ser...

—Eso es una mera suposición —interrumpí para contrarrestar el ambiente eufórico que veía a mi alrededor ante los planteamientos de Rachid, a pesar de que empezaba a pensar que no iban mal encaminados.

—Ya dijimos ayer, Laura, que todo son especulaciones, suposiciones o meras coincidencias, pero es lo único que tenemos hasta ahora y debemos movernos en alguna dirección.

—El significado de su nombre no supone que usted haya sido incluido en los planes del profesor Dorado.

—En eso tiene toda la razón, Laura, pero no olvide que les pregunté si querían que interviniera en este asunto y accedieron, ¿no es cierto?

Por unos instantes se quedó expectante, esperando nuestra reacción. Miré a Carlos y comprendí que era absurdo preguntarse ahora si Rachid entraba o no en

los planes del profesor; al fin y al cabo, éramos nosotros quienes habíamos acudido a él y quienes le habíamos pedido su colaboración.

—Tienes razón, Rachid —intervino Carlos en tono conciliador—, perdona nuestra desconfianza, estamos todos un poco nerviosos.

—Lo sé y no me extraña, pero os ruego que confiéis en mí. —Rachid se dirigió a Carlos en tono de súplica—. Necesito de vuestra colaboración. Veréis... —suspiró profundamente como si intentase coger fuerzas de lo más profundo de su ser—, desde hace tiempo sé de la existencia de un secreto al que llaman el «Gran Arcano» y, si me permitís, tengo la corazonada de que todo lo que os está ocurriendo tiene una estrecha relación con él. Tan sólo quiero ayudaros a cambio de que me permitáis participar en todo esto. Es muy importante para mí —con un movimiento lento y pausado se arrellanó en la silla—, pero si no queréis mi compañía no tenéis nada más que decirlo y me alejaré de vuestro camino.

Fue la primera vez que oí aquellas palabras, el «Gran Arcano». Desconocía entonces, cuánto aquellas palabras y su significado iban a cambiar el sentido de nuestras vidas, sobre todo de la mía.

El ruego produjo sus efectos y, al menos yo, me dejé llevar por la súplica de Rachid. Parecía como si le fuera la vida en ello. Sin darme cuenta entonces, todo aquel tema había sido la base de su vida y, a partir de entonces, empezaría a ser la base de la mía propia.

Llegó un momento en el que era incapaz de llevarme ni un solo bocado más a la boca. Rachid nos sirvió una infusión de hierbas que estaba exquisita. Me toqué el pelo y puse un gesto de dolor. El chichón seguía ahí y bramaba en cuanto lo rozaba.

—¿Le ocurre algo, Laura?

—Oh, nada, es que anoche me di un golpe con algo y me duele.

—¿Y no sabe con qué se golpeó?

Hice un gesto negativo tocándome con cuidado la parte de atrás de la cabeza. Le conté la sensación que había tenido instantes antes de recibir el golpe.

—No sé si estaba soñando o si alguien estaba realmente en mi habitación. Lo cierto es que al día siguiente ese hombre estaba muerto y tenía mi cartera; por tanto, de alguna forma tuvo que entrar en mi habitación.

—¿Y dice que no podía abrir los ojos y que sentía una sensación de pesadez?

—Sí, así es, pero no podría afirmar si estaba soñando o no; fue una sensación muy extraña.

—¡Qué curioso!

Estuvimos de acuerdo en que era peligroso llevar encima los códices y el pergamino. Rachid nos propuso que durante nuestra estancia en Toledo los guardáramos en la caja fuerte de su despacho, pero mi desconfianza volvió a surgir. Únicamente los tendría a mi alcance a través de Rachid, y eso no me gustaba.

—Tiene razón, Laura, pero le propongo una cosa: si usted confía en mí, yo haré lo mismo, y le entregaré no sólo la clave de la caja sino también la llave de acceso al museo y a mi despacho. ¿Le parece justo?

Carlos y yo nos miramos. Hicimos un ligero gesto de afirmación. Lo cierto es que no podíamos ir con la cartera colgada todo el día. El peligro de que alguien más estuviera interesado en tenerla era grande; según nos aseguró Rachid, no sería nada extraño que intentaran robarla de nuevo. Por tanto, accedimos.

El día siguiente era sábado, y no habría nadie en la parte del museo donde Rachid tenía su despacho. Podríamos trabajar e intentar encontrar la información necesaria para atar cabos en ese asunto. Pero, cuando ya parecía que nos íbamos a despedir, Rachid hizo una sorprendente propuesta.

—Estoy pensando que sería buena idea que pudiéramos ver el sótano donde se halló el cadáver.

—¿Ahora? —preguntó Carlos.

—No hay tiempo que perder, Carlos. Junto a nosotros ya debe de haber muchos otros trabajando en paralelo. Tenemos que adelantarnos para no perder ni un solo detalle. Es necesario ver ese lugar.

Estuvimos de acuerdo. Parecía como si de repente nos hubiéramos subido en un barco y la corriente nos llevase irremediabilmente río abajo.

Nos dirigimos caminando hacia nuestro hotel. No estaba muy lejos, pero el frío era intenso y sentía que se me helaban todos los músculos del cuerpo. Me colgué la cartera en bandolera y me abrigué todo lo que pude. Por la plaza de Zocodover había gente que iba y venía en todas las direcciones, pero cuando llegamos al barrio de San Miguel, frente al Alcázar, todo cambió. Parecía como si nos hubiéramos metido en otra ciudad. No nos cruzamos con nadie. Nuestros pasos resonaban como si se tratase de una procesión silenciosa. Miré al cielo y pude ver una hermosa luna llena que se asomaba curiosa a las estrechas calles.

Llegamos al hotel. Roberto estaba en la mesa de recepción. Carlos le presentó a Rachid y después le pidió la llave del sótano. Roberto manifestó de nuevo reticencias para entregárnoslas y comenzó a exponer sus excusas.

—Hay una vieja maldición que pesa sobre ese sótano —dijo con gesto grave—. ¿Es que no sois capaces de respetar nada?

—No te estamos diciendo que bajes tú con nosotros —le dijo Carlos intentando tranquilizarle—. Mira, nos dejas las llaves y, si dentro de media hora no sabes nada de nosotros, entras a buscarnos... —Esta última frase la dijo con cierta sorna, lo que provocó que Roberto se sintiera molesto.

—Carlos, no bromees con esas cosas, siempre te lo he dicho. No te tomas en serio nada, eres un inconsciente.

—No se preocupe por nosotros, Roberto —terció Rachid—, no nos sucederá nada. Sólo queremos echar un vistazo, nada más. Saldremos enseguida.

—¡Está bien! Pero tened cuidado. Si esa advertencia está ahí escrita... ¡seguro que es por algo!

Su gesto me pareció conmovedor. Con sus manos cruzadas sobre el estómago, su cuerpo hizo una pequeña contorsión y su rostro se quebró con preocupación. Era como una madre que por primera vez deja salir a su pequeño a jugar solo. La inquietud por nuestra seguridad era enternecedora.

—Tomad esto —dijo tendiendo a Rachid una linterna que sacó de un cajón—. Ahí abajo debe de estar muy oscuro.

Con la mano derecha se tocó la barbilla, bajó la vista al suelo, rodeó su estómago con el brazo izquierdo e hizo un quiebro con la cadera haciendo de su cuerpo una línea sinuosa en forma de ese.

Carlos y Rachid comenzaron a bajar las escaleras en dirección al sótano.

—Roberto, ¿no te importa guardarme esto? —le dije mientras le tendía la cartera de piel y mi bolso—. Estoy segura que ahí dentro no lo voy a necesitar.

Cogió de inmediato la cartera y el bolso y esbozó una sonrisa forzada. Estaba tenso y disgustado ante la idea de que entrásemos en aquel sótano maldito. Con su gesto me decía que si nos ocurría algo nunca se lo podría perdonar. Le sonreí y le apreté el brazo diciéndole que no se preocupase, que no iba a pasar nada. Él me miró y apretó los labios haciendo un gesto de conformidad.

Inicié el descenso; ya en la puerta de la verja, Carlos gritó a Roberto que no se preocupara demasiado por nosotros, que en quince minutos estaríamos de vuelta.

Una vez abierto el candado, Rachid encendió la linterna que le había entregado Roberto y enfocó hacia el interior. Los tres entramos al lugar donde habíamos encontrado el cadáver. La luz iluminó todo a nuestro alrededor hasta llegar al pasadizo que se abría frente a la verja: una incierta cueva se perdía en la oscuridad. Rachid se volvió hacia nosotros.

—¿Vamos?

Más que una pregunta era una afirmación, porque en ese mismo instante se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la cavidad que teníamos delante de nosotros.

Carlos me hizo un gesto para que siguiera a Rachid. Inicié la marcha despacio sintiendo la presencia de Carlos detrás de mí mientras nos adentrábamos en la oscuridad. Ellos se veían obligados a ir un poco encorvados para evitar dar con la cabeza en el techo. La anchura tan sólo era de un metro,

estrechándose algo más en algunos tramos. El paso había sido excavado toscamente en la roca y las irregularidades del terreno se notaban a cada paso. La humedad rezumaba por las paredes. Recordé lo que nos habían comentado Juan y Roberto sobre el mal estado del sótano. Miré la roca tenuemente iluminada por el reflejo de la luz que llevaba Rachid. Lo cierto es que las paredes no tenían muy buen aspecto, y parecía que todo se iba a venir abajo de un momento a otro. Me dio un vuelco el corazón. ¿Y si se producía algún derrumbamiento y nos quedábamos enterrados? Tuve una angustiada sensación de claustrofobia, pero intenté controlarme. Respiré hondo y miré la espalda de Rachid intentando tranquilizarme. El olor a humedad y a cerrado se hacía cada vez más intenso a medida que avanzábamos.

Anduvimos al menos diez metros con el haz de luz abriendo nuestro paso. De pronto llegamos a una estancia amplia y mucho más alta. Era una habitación rectangular excavada en la roca de unos cinco metros de largo y al menos cuatro de ancho. Rachid fue iluminando lentamente las paredes. Yo me encontraba junto a él y Carlos se acercaba hacia donde enfocaba el haz luminoso.

—Es sorprendente la perfección que tiene esta construcción —dijo Rachid iluminando uno de los ángulos superiores donde confluían dos paredes y el techo—. Mirad, la factura del ángulo es impecable.

La línea de unión de dos de las paredes bajaba hasta el suelo nítidamente recta. Al acercarnos más pudimos comprobar el magnífico trabajo del cantero para ir abriendo hueco en la roca y modelar aquella estancia en que nos encontrábamos. Se trataba de un trabajo exquisitamente ejecutado.

—¿Qué se supone que buscamos? —pregunté.

—Cualquier cosa, Laura, observe todo atentamente. Ese hombre estaba muerto a este lado de la cancela y el candado estaba cerrado; por tanto, es posible que entrase por un lugar distinto al que hemos accedido nosotros. Tiene que haber algún indicio de lo que ocurrió en este lugar la pasada noche.

—Pero la policía habrá estado aquí esta mañana —dije convencida—, si algo había lo habrán encontrado ellos.

Rachid, sin darse por aludido volvió a repetir:

—Busque, Laura, puede haber algo que se les haya escapado. Para eso estamos aquí.

Estuvimos callados un rato, mirando todo lo que la luz de la linterna nos permitía ver, escrutando cada palmo de aquella estancia, mucho más limpia que el pasadizo por donde habíamos llegado y, aparentemente, más segura en su

estructura y consistencia.

Los ojos me dolían de tanto fijar la vista en el terreno que Rachid iba iluminando. Cuando ya estábamos a punto de completar el perímetro de aquella estancia, algo llamó mi atención.

—Enfoque allí, Rachid; no, allí no, más a la derecha, arriba. —Me acerqué todo lo que pude a la pared y toqué con la palma de la mano lo que parecía una grieta—. ¿Qué es esto?

—¡Déjeme ver! ¡Aquí está! Lo sabía. Esto tiene que ser un acceso a algún sitio, estoy seguro. Hay que encontrar el mecanismo de apertura, tiene que abrirse de alguna manera.

En aquellos momentos me sentí contagiada por un entusiasmo mezclado con cierta emoción.

—¿Un acceso? ¿Hacia dónde? —pregunté mientras palpábamos con las manos la grieta intentando seguirla con el tacto a través de la pared de roca—. ¡Aquí hay algo!

—¿Dónde?

—Aquí, es un hueco, como una... —No me dio tiempo a decir nada más porque me quedé muda al ver cómo la pared se iba desplazando hacia dentro con la presión de mi mano como si, en vez de mover una roca, estuviera desplazando un trozo de papel. El movimiento lento de la pared producía un ligero crujido. Continué presionando hasta donde me permitió la roca.

Rachid iluminó lo que había quedado al descubierto. Ante nosotros se abría un hueco oscuro y húmedo. En una de sus paredes había unos hierros incrustados que hacían las veces de peldaños para poder ascender. Rachid iluminó hacia arriba. Miré lo que el haz de luz me permitía ver. Era como el hueco de una chimenea de la que no se veía el final.

Carlos dio un paso hacia atrás y se agachó, empujándome con un movimiento brusco.

—¡Eh! Podías tener un poquito de...

—¡Mira esto! —me interrumpió.

Carlos, en cuclillas, agarró del brazo a Rachid y le obligó a ponerse a su altura para que pudiera iluminar algo que había en el suelo.

—¿Qué es esto?

Cuando me agaché junto a ellos, Carlos tenía en la palma de su mano un llavero del hotel, un pequeño caballo de madera con los dos jinetes, del que colgaba una llave con el número nueve. Los tres nos miramos.



—Es la llave de la habitación de Marta —dije despacio cogiendo el llavero que tenía Carlos en la palma de su mano—. Estoy segura; la mía es la habitación ocho, la tuya Carlos la siete. Y la de Marta es la nueve. ¡Es su llave!

—¿Está segura, Laura?

—¡Es la llave de la habitación de Marta! —Mi voz iba alzándose a medida que mi mente pensaba cómo diablos había llegado aquella llave hasta ese lugar.

Rachid dirigió de nuevo la linterna hacia el suelo, junto al punto donde Carlos había cogido el llavero. La luz nos dejó ver unas ramas con unas bolitas rojas.

—Mirad, parecen ramas de pino.

—Si no me equivoco, son de tejo. Todavía están verdes, por lo tanto las han debido de cortar no hace mucho. Me pregunto de dónde las habrán traído. —Rachid miraba pensativo las ramas que había cogido en sus manos—. Esto puede ser un perfecto veneno.

—¿Venenoso el tejo?

Les reconocí mi absoluta ignorancia en todo lo que se refiere a la naturaleza y la flora.

—Todas las partes del tejo, excepto la carne roja de las bayas, contienen una sustancia llamada taxina; se trata de un potente alcaloide que puede llegar a matar a un caballo. —Miraba fijamente aquellas ramas cortadas y tiradas en un rincón—. Tengo la impresión de que ya sé cómo murió ese infeliz y de cuál fue la causa de su fulminante paro cardíaco.

Mientras decía esto, Rachid sacó un pañuelo de su bolsillo y con cuidado envolvió en él las ramas de tejo y lo guardó.

—¿Cree que alguien le mató con estas ramas? —pregunté intrigada.

—Estoy convencido de que alguien le envenenó utilizando la taxina de esta planta.

Carlos miró hacia arriba y se agarró a uno de los hierros adheridos a la pared.

—Me pregunto adónde llevará esta escalera —dijo despacio.

—Habrá que comprobarlo.

Los miré aterrada, pero no dije nada, mi gesto quedó escondido en la oscuridad. Rachid seguía llevando la luz hacia arriba intentando atisbar algo de interés.

—Subiré yo primero —dijo situándose frente a los hierros y colocándose la linterna sujeta en su cinturón con el haz de luz hacia arriba.

—Pareces un fantasma, Rachid —dijo Carlos sonriendo.

—Laura, usted me seguirá, luego subes tú. ¿De acuerdo?

Yo no lo estaba, pero me callé. No podía dar muestras de la angustiada sensación que tenía en el estómago. La curiosidad era mucho más grande que mi claustrofobia, y tenía el presentimiento de que íbamos a encontrar algo interesante subiendo aquellas herrumbrosas escaleras. Respiré hondo. Esperé a que Rachid ascendiera lo suficiente para agarrarme a los hierros, y comencé a subir. Miré hacia abajo y pude comprobar que Carlos quedaba prácticamente en la oscuridad.

—¿Estás bien, Carlos?

—Estoy bien, tranquila, ya os sigo.

Rachid subía despacio. Podía oír su respiración entrecortada por el esfuerzo. De vez en cuando se paraba y le veía palpar las paredes a su alrededor.

—Tiene que haber una salida por alguna parte. —Su voz retumbó como si estuviéramos en el centro de la Tierra. No quise pensar. Sólo iba pendiente de los pies de Rachid, y de los hierros a los que me aferraba con las manos y sobre los que ponía los pies.

Habíamos ascendido unos ocho metros cuando Rachid se paró.

—Espere, aquí hay algo.

Miré hacia arriba y pude ver cómo introducía su brazo izquierdo en el hierro para poder sujetarse mejor y tener la mano derecha libre. Nos mantuvimos unos segundos en silencio. Me aferraba con las manos a los hierros fríos y oxidados, y noté a mis pies los movimientos de Carlos, que intentaba mirar hacia arriba para observar lo que hacía Rachid.

—¿Ves algo?

No le dio tiempo a terminar. En ese mismo momento la pared que estaba junto a Rachid cedió y dejó entrar algo de claridad. Me pareció una pequeña abertura, por la que sólo se podía pasar arrastrándose. Rachid fue desapareciendo por aquel hueco hasta que dejé de ver sus pies. Por unos instantes, la penumbra fue casi absoluta, pero al momento, pude ver su rostro sonriente con la linterna enfocando hacia el frente para que no me deslumbrase el haz de luz.

—¡No os lo vais a creer! ¡Vamos! ¡Subid con cuidado!

Alcancé la abertura y metí la cabeza por ella. Me encontraba a ras del suelo de una estancia que de inmediato identifiqué. ¡Estaba en mi propia habitación!

—Pero... —No daba crédito a lo que estaba viendo. Me quedé unos instantes con medio cuerpo en la estancia y las piernas todavía en la escalera de

hierro hasta que sentí a Carlos que me daba golpes en las pantorrillas para que terminara de subir y le permitiera a él hacer lo mismo.

—Vamos, Laura, que es para hoy.

—Lo siento, Carlos —dije arrastrándome por el suelo hasta introducir todo el cuerpo en mi habitación.

Me levanté y Rachid me hizo un gesto para que hablase en voz baja.

La luz de la luna entraba a raudales por toda la estancia. Carlos entró a trompicones, Rachid se agachó y, aún en el suelo, le indicó que no hiciera ruido.

Estuvimos los tres mirando a nuestro alrededor en silencio. Rachid enfocó con la luz de la linterna el lugar por donde acabábamos de salir. Lo cerró con cuidado. El hueco por el que habíamos llegado hasta allí se encontraba a ras de suelo, junto al mirador, perfectamente disimulado con los ángulos de la pared, el suelo y el escalón que ascendía hacia el ventanal. La parte superior quedaba oculta con el marco de un espejo. Encajaba de tal manera que quedaba perfectamente camuflado.

—¿Por qué no encendemos la luz? —dije en voz baja.

—No —dijo tajante y en un susurro Rachid—. Tenemos que ser cautos. Los dueños del hotel no deben saber que hemos descubierto esta salida.

—Pero si Roberto y Juan son dos almas cándidas —susurró Carlos.

—No lo dudo, pero no podemos arriesgarnos. Debemos ser muy prudentes con todo lo que vayamos descubriendo. A partir de ahora no sabremos a quién debemos considerar nuestros enemigos. Es necesario que guardemos silencio de todo lo que encontremos, y calcular muy bien cuáles serán nuestros pasos siguientes. ¿Estáis de acuerdo?

Ambos asentimos; en cierto modo tenía razón. Después de lo que había pasado con las misteriosas desapariciones de Marta y el profesor Dorado, además de la muerte de aquel hombre, debíamos ser al menos desconfiados.

—Estoy completamente seguro de que todas las habitaciones tienen salidas parecidas hacia el sótano. —Rachid había apagado la linterna y hablaba en voz muy baja—. Ahora se entiende que le robasen la cartera sin entrar por la puerta; también se explica el hecho de que ese hombre apareciera muerto dentro del sótano.

—¿Y la llave de Marta? ¿Qué sentido tiene que estuviera allí abajo? —dije despacio.

—Es posible que bajase al sótano a hacer alguna cosa concreta —Rachid habló quedamente, midiendo sus palabras y con gesto pensativo como si

estuviera haciendo cábalas sobre lo que realmente había sucedido la noche anterior en aquel hotel—, como por ejemplo matar a ese hombre; luego regresó a su habitación, cogió sus cosas y se largó.

—¿Cree que Marta pudo matar a ese hombre? —Mi voz se había alzado sin darme cuenta y Rachid me hizo un gesto con la mano para que hablase más bajo.

—No lo sé, Laura, son simples suposiciones, posibilidades que hemos de tener en cuenta. Ahora debemos volver por el mismo sitio y salir del sótano como si nada hubiera pasado. ¿De acuerdo?

No me quedó más remedio. Volvió a abrir ese trozo de pared, se colocó de nuevo la linterna en el cinturón y se tumbó para empezar a meter las piernas por el agujero.

—Bajad despacio —dijo con medio cuerpo fuera del hueco—, cuando llegue abajo iluminaré vuestro descenso.

—Suená celestial —bromeó Carlos.

Rachid desapareció en el agujero. El haz de luz de la linterna se movía de un lado a otro al compás del lento descenso de Rachid. Entonces me tumbé en el suelo y deslicé los pies hacia el hueco abierto en la pared. Antes de meter todo el cuerpo en aquel agujero, miré mi habitación. El corazón me dio un vuelco al pensar que, la noche anterior, alguien entró por ese mismo lugar mientras yo dormía, me dio un golpe en la cabeza y se llevó mi cartera. Respiré hondo e inicié el descenso. Rachid ya había llegado al fondo e iluminaba mis pasos con la linterna.

—Dígale a Carlos, que deje todo bien cerrado.

—No te preocupes —le contestó Carlos, que ya estaba con todo el cuerpo dentro y había oído la indicación de Rachid—, lo cerraré bien.

Una vez en suelo firme, cerramos el acceso por el que habíamos subido y buscamos otras entradas similares. Pudimos comprobar que al menos había dos más con un mecanismo de apertura idéntico.

—Por la situación, este acceso debe de llevar a la habitación de Marta —dijo Carlos cuando encontramos el segundo de los pasadizos—. Y, si no me equivoco, éste es el que va hasta la mía.

—Bien, es hora de regresar. Estamos todos de acuerdo en no decir ni una sola palabra a los dueños —dijo Rachid con un gesto de interrogación hacia nosotros.

Ambos asentimos e iniciamos el regreso.

Cuando salimos, Roberto nos esperaba sentado en una silla. En cuanto nos vio, dio un salto y se acercó a nosotros.

—¡Gracias a Dios que estáis bien! ¡Cuánto habéis tardado! Estaba preocupado. ¿Qué es lo que habéis hecho tanto tiempo ahí abajo? ¿Qué hay?

Carlos le hizo un gesto para que callara y se tranquilizase un poco. Estaba nervioso porque debíamos de haber estado en aquel lugar más de lo que él podía soportar. Pero también noté cierta curiosidad por saber realmente qué era lo que había más allá de la cancela, que él, por supuesto, jamás llegaría a cruzar.

Rachid cogió su móvil y marcó un número de teléfono, alejándose de nosotros para hablar con su interlocutor. Le estuve observando mientras Carlos le explicaba a Roberto cómo era el pasadizo y la estancia donde habíamos estado. No le habló ni del llavero ni de las ramas que encontramos, ni, por supuesto, de los accesos secretos a las habitaciones del hotel.

—¿Con quién hablaba?

Rachid me miró con algo de decepción.

—Espero que empiece a confiar pronto en mí, Laura. Estoy de su lado, no lo olvide. Aunque comprendo su recelo.

—Rachid, no me fío ni de mí misma porque esto se me escapa de las manos. No comprendo lo que está pasando y en el fondo tengo que confesarle —bajé la cabeza y el tono de voz para que nadie me oyera—, que estoy muy asustada, pero lo que no entiendo muy bien es que hayamos quedado en no decir nada de lo que hemos encontrado y usted nada más salir haga una llamada telefónica. ¿A quién ha llamado con tanta prisa?

Sonrió y me miró con cariño. Hizo un gesto de afirmación, dándome a entender que comprendía mi postura.

—He estado hablando con mi contacto en la policía. —Su voz era un susurro para que Roberto, que todavía estaba reprochando a Carlos nuestra tardanza a la vez que le bombardeaba con preguntas sobre lo que había allí dentro, no oyese la conversación—. Concretamente, con la persona que me llamó hace un rato. Le he pedido que busquen en el cadáver cualquier pinchazo que pudiera haber sufrido durante las últimas horas de su vida. Me tendrá informado.

—¿Qué cree que ocurrió?

—Según mi opinión, y creo no equivocarme, es muy posible que a ese hombre le inyectaran una solución hecha con la toxina del tejo. Pero por ahora, Laura, tan sólo se trata de suposiciones mías. Debemos esperar.

Cuando entré en mi habitación lo primero que hice fue acercarme al lugar por el que, momentos antes, habíamos aparecido desde el interior del sótano. Era increíble, pero estaba tan bien disimulado que no se notaba absolutamente nada. Las aberturas coincidían perfectamente con ángulos de la pared y con el escalón que había para ascender al mirador. El que ideó aquel acceso tuvo muy claro que no quería que nadie lo descubriera.

Puse una pequeña mesa que había junto a la ventana delante de la abertura camuflada y la silla delante de la puerta. Me quedé en medio de la habitación mirando a mi alrededor. Tenía la sensación de que alguien podía entrar por cualquier agujero de la pared o del suelo. Me toqué el chichón; «Espero que no se repita», pensé. Me dediqué una sonrisa a mí misma. Me sentía un poco ridícula allí en medio, mirando a todos los rincones y buscando cualquier cosa que pudiera parecer un acceso.

Aquella noche dormí de un tirón. El cansancio y el agotamiento derivados de las emociones del día hicieron mella en mi organismo y, apenas me metí entre las sábanas, caí en un profundo y placentero sueño, no sin antes haber colocado junto a mí la cartera con los códigos y el pergamino, incluso metiendo la cinta de la bandolera entre mis manos. «Al menos, que lo tengan algo más complicado esta vez», fue mi último pensamiento consciente antes de dormirme. Llegamos muy temprano a las dependencias del centro de documentación del museo. Rachid ya nos estaba esperando. Avanzamos por largos pasillos totalmente desiertos, porque los sábados no eran laborables.

Desde que me había levantado había continuado tratando de localizar a Marta. ¿Dónde se habría metido? Me tenía muy preocupada, y, en cierto modo, me sentía un poco responsable de ella, aunque, como me había dicho Carlos en varias ocasiones, ya era mayorcita para cuidar de sí misma.

Rachid organizó el trabajo. Estábamos de acuerdo en que debíamos empezar por completar todos los frentes abiertos que teníamos, para movernos en una dirección concreta. Él intentaría hablar por teléfono con el obispado de París, mientras a Carlos y a mí nos indicó que utilizásemos la vía de internet y, para ello, encendió dos ordenadores que estaban situados en una estancia contigua a su despacho.

Mientras navegaba por la red pensé que lo que pretendíamos era buscar una aguja en un pajar, pero mi amor propio en cualquier investigación era muy alto, una virtud que había aprendido del profesor Dorado a lo largo de muchos años de trabajar a su lado. Oí el timbre del teléfono, al que contestó de inmediato Rachid.

Le miré de reojo mientras él escuchaba atentamente a su interlocutor. Tomó algunas notas sin decir nada y con un escueto «Gracias» colgó el auricular. Se levantó y se dirigió hacia nosotros.

—Hay noticias interesantes sobre vuestra amiga Marta.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Se sabe dónde está? —Mi impaciencia hizo que Rachid sonriera y me hiciera un gesto con la mano para que me calmase.

—Tranquilícese, Laura, su amiga Marta no ha aparecido todavía, y me temo que no lo va hacer; al menos, por ahora.

Le miramos desconcertados.

—¿Qué sabes, Rachid? —preguntó Carlos volviéndose hacia él.

—Ahora me explico por qué no encontraba nada de su pasado. Marta no es Marta, ha estado utilizando el nombre de una mujer fallecida hace diez años: Marta Urquijo Morales, con el número de documento de identidad utilizado por vuestra Marta. La verdadera murió en Málaga a los cincuenta y seis años de edad, concretamente de un repentino ataque cardíaco. Era profesora de Historia Antigua de la universidad, soltera y sin familia conocida.

No daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Y entonces... ¿quién es... Marta?

—Lo están intentando averiguar. Sospechan que puede tener alguna relación con la muerte del hombre del hotel. Pero sólo son suposiciones, hasta que no la encuentren no podrán determinar su identidad definitiva.

—¿Y quién es? ¿Cómo se llama realmente?

Rachid negó con la cabeza.

—Hasta que no se confirme, no me pueden dar nombres. Otra cosa más: el forense ha examinado el cadáver y, efectivamente, tiene un pequeño pinchazo en

el antebrazo izquierdo. Por lo visto, la muerte se produjo entre las cinco y las seis de la mañana. Por tanto, cuando le encontrasteis, llevaba muerto más de cinco horas.

—De ahí el agarrotamiento de los músculos cuando intentamos quitarle la cartera. —Carlos miró a Rachid—. ¿No le habrás dicho nada a la policía de que nos había robado la cartera y se la quitamos?

Rachid sonrió y negó con la cabeza.

—No temas, Carlos, la policía tendrá la información que a nosotros nos interese que tenga. Ni una palabra más.

—¿Vamos a contar a la policía lo que hemos encontrado en el sótano del hotel? —le pregunté preocupada. No me parecía muy seguro ocultar información a la policía.

—Por ahora no, ya tienen bastante información.

Hice un gesto de contrariedad.

—Confíe en mí, Laura, la policía no nos molestará por este asunto. De eso me encargo yo.

Hablaba con tanta seguridad que tenía que creerle. Además, no me quedaba más remedio que confiar en él. Según se estaban poniendo las cosas, me sentía como si me hubieran metido en una barca y la corriente fuera tan fuerte que no pudiera parar y, mucho menos, retroceder. Todo estaba en marcha de manera irremediable.

Llevábamos un buen rato abstraídos, tecleando frenéticamente el ordenador en busca de información, cuando Rachid me llamó.

—¿Sí?

—Traiga la cartera, por favor, Laura, le mostraré el lugar donde puede estar seguro ese tesoro que lleva colgado a su cuello desde hace días.

Cogí la cartera de piel que tenía junto a mi silla. Cuando entré en el despacho, Rachid estaba de espaldas ante una caja fuerte abierta, sacando lo que me parecieron unos rollos antiguos y un cuaderno.

—Introdúzcala aquí —dijo, poniendo sobre su mesa lo que había sacado de aquel hueco blindado incrustado en la pared—. Estoy seguro de que se va a quitar un peso de encima. En todos los sentidos. —Me esbozó una ligera sonrisa mientras me acercaba a la caja de seguridad.

Metí la cartera con cuidado y cerré la puerta de acero. Rachid dio unas cuantas vueltas a las ruedas de la combinación y me indicó que me sentara un instante. Mientras lo hacía anotó unos números en un trozo de papel y me lo dio.



—Ésta es la combinación, puede comprobarla si quiere. Y aquí tiene la llave de mi despacho y de acceso al centro.

Cogí el papel, lo miré y me levanté de nuevo.

—Si no le molesta, Rachid, voy a probar... —Mis ojos estaban sobre el panel—. La verdad, yo no he abierto en mi vida una caja fuerte, y no sé si, llegado el caso, sabría hacerlo. —En el fondo estaba mintiendo; tenía la duda de que no fuera sincero y él se dio cuenta de inmediato.

—Dígame una cosa, Laura —dijo mientras me hacía un gesto para que me acercase a la caja—: si se abre esa caja, ¿dejará de desconfiar de mí?

Me quedé parada delante de la caja fuerte con el papel de la combinación en la mano. En el fondo, pensé, no quería confiar en nadie porque todos aquellos en los que lo había hecho de una forma u otra me habían fallado, se habían alejado de mi vida o, sencillamente, habían desaparecido de ella. Me di cuenta entonces de que lo que realmente temía era dar mi confianza a Rachid, acercarme a él y que se esfumase en el momento más inoportuno.

Bajé la mirada, apreté los labios e hice un gesto de asentimiento.

—Se lo prometo.

Puse la combinación, bajé la pequeña palanca y se oyó un clic. La puerta se abrió y pude ver mi cartera donde la había puesto hacía unos instantes. Cerré despacio, hice girar las ruedas de nuevo y metí en el bolsillo del pantalón el papel y las llaves.

—No se vaya todavía, Laura, tengo que hablar con usted. —Rachid, se levantó y se dirigió a la puerta del despacho.

Asomó la cabeza y le preguntó a Carlos cómo iba; éste le respondió con un gesto sin quitar la vista de la pantalla. Cerró la puerta y volvió a sentarse frente a mí.

Cogió con cuidado el rollo de pergamino que había sacado de la caja fuerte. Parecía un escrito de los utilizados por los judíos para escribir y leer la Torá.

—Verá, Laura, ya se habrá dado cuenta de que tengo un especial interés en este asunto que me han traído usted y mi entrañable amigo Carlos. —Me miraba fijamente, con esos ojos pequeños y juntos que se escondían detrás de sus gafas diminutas y que le daban un aire intelectual—. Le voy a contar algo que nunca he dicho a nadie y debo confesar que no pensé que lo llegase a hacer dada la gravedad del asunto. —Hablaba en voz baja, como temiendo que alguien pudiera oírle.

—Dígame, Rachid, le escucho.

—Nací en Jerusalén, hace ya unos cuantos años; realicé mis estudios universitarios en la Universidad Hebrea y conseguí mi sueño de trabajar en esa universidad, como profesor y como investigador. No piense que le voy a contar mi vida, no tema. —Sonrió un poco haciendo un gesto negativo con la mano—. Cuando tenía veintiún años encontré en una tienducha de la ciudad este rollo que está usted viendo. Estaba metido en una tinaja de barro; así se lo encontró, me dijo el tendero, y así lo vendía; pero me confesó que desconocía lo que ponía en este viejo pergamino enrollado y su valor real. Estoy convencido de que, de haberlo conocido, me hubiera pedido todo el oro del mundo y, le aseguro, Laura, que se lo hubiera pagado. De todos modos, el precio que me pidió fue excesivo para mis exiguos ingresos y rogué al tendero que me guardase la vasija con su contenido hasta que pudiera conseguir el dinero. No me lo prometió, pero me dijo que no haría nada por venderlo. Tuve que pedir a mi padre e incluso tuve que abusar de la confianza de ciertos amigos para reunir el dinero que me pedía. —Sonrió pensativo—. ¿Sabe?, nunca he vuelto a pedir prestado nada, pero necesitaba comprar esa vasija, no me pregunte la razón porque ni yo mismo la sé —hizo una pausa, suspiró profundamente y dejó la mirada perdida en la nada de sus recuerdos—; lo que sí le puedo decir es que recuerdo perfectamente la atracción que esa vasija de barro y lo que contenía ejercían sobre mí desde el instante mismo en que posé mis ojos sobre ella.

»Después de varios días pude reunir la cantidad que aquel comerciante me había pedido, le pagué y conseguí llevarme a casa ese tesoro. La primera vez que saqué este pergamino y lo tuve entre mis manos tuve una sensación única, se lo aseguro, como si una fuerza surgiera de este trozo de piel muerta. —Sus ojos miraban fijamente aquel pergamino antiguo, con el rostro embebido por la emoción—. Está escrito en arameo. En aquel entonces desconocía totalmente esa lengua, pero fue la excusa perfecta para comenzar su aprendizaje. Guardé en un lugar seguro la pequeña vasija con el rollo y me dediqué al paciente estudio de esa lengua y del hebreo antiguo, además de continuar con mi trabajo habitual y mis labores de investigación, que nunca abandoné.

»Habían pasado más de diez años cuando consideré que estaba preparado para enfrentarme de nuevo a este escrito. La tarea de transcripción fue muy lenta y laboriosa. La hice solo; no quise que nadie más supiera qué contenía aquel tesoro que había encontrado. No sabría explicarle el porqué de esta decisión, ni siquiera yo podría responderme a mí mismo. Al cabo de los años por fin

conseguí transcribir y comprender todo su contenido. El resultado de la traducción lo recogí en este cuaderno. —Me indicó con la mano la libreta, con las tapas lisas de color azul, que había sacado junto con el rollo de pergamino.

—Y bien, ¿qué secreto le contó este pergamino?

Me tendió el cuaderno y sonriendo me dijo:

—Quiero que lo lea usted misma, Laura. Que lo medite, y luego me cuente qué le parece.

—¿Yo? ¿Por qué yo? ¿Y Carlos? ¿Lo va a leer?

—Carlos será el siguiente, pero primero quiero que lo lea usted, quiero conocer su opinión sobre lo que está aquí escrito. Con ello podrá comprender mi gran interés en el asunto que ahora llevamos entre manos. Y, cuando lo lea, espero obtener toda su confianza. —Esto último lo dijo despacio, con mesura.

Ambos mantuvimos la mirada durante unos instantes; cogí el cuaderno y lo abrí. Estaba escrito con pluma estilográfica, con la letra ligeramente inclinada hacia la derecha; tenía una excelente presentación y limpieza exquisita.

—¿Por qué lo escribió en castellano? ¿Por qué no en árabe, o en judaico, su lengua natal?

—Pensé que si lo escribía en este idioma, preservaría más el secreto de su contenido. En Israel hay pocos que sepan castellano, y para mí es como mi segunda lengua porque la familia de mi padre era de origen español y, por suerte, me enseñaron desde muy pequeño a manejarme con los dos idiomas indistintamente.

Seguí ojeando aquellas páginas despacio, sin decir nada.

—¿Lo leerá?

Afirmé con la cabeza.

—Entonces esperaré a que me dé su opinión. Le ruego, eso sí, que lo cuide como si fuese un hijo, es muy valioso para mí. Significa años de duro trabajo en solitario, se lo aseguro. Y otra cosa más... —dudó unos instantes—, no le diga nada de esto a Carlos, al menos por ahora. ¿De acuerdo?

—Si es lo que quiere, no le diré nada, y no tema, no tengo hijos pero sé cuidar las cosas valiosas, se lo aseguro.

—Gracias, Laura.

Me levanté con aquel cuaderno tamaño cuartilla en mis manos y salí del despacho de Rachid. Carlos estaba absorto en la pantalla del ordenador. Me senté a su lado y metí el cuaderno en mi bolso.

—¿Ocurre algo? —preguntó sin quitar la vista del ordenador.

—Hemos metido los códigos y el manuscrito en la caja fuerte, me ha dado la clave para abrirla y las llaves del museo y de su despacho. —Abrí la mano mostrándole las dos llaves. Él las miró y luego me dedicó un fugaz vistazo para volver de inmediato sus ojos a la pantalla.

—¿Te fías de él? —Su voz era un susurro.

—Creo que podemos confiar en él. No tenemos más remedio.

Carlos se volvió hacia mí y me sonrió.

—Puedes estar tranquila, Laura, Rachid es un tío legal. Pongo la mano en el fuego por él, te lo aseguro.

—Hasta ayer hubiera dicho lo mismo por Marta. Y ahora mira: no sabemos ni dónde está ni siquiera quién es.

—No me compares a Marta, o quien sea esa chica, con Rachid. Piensa un poco, Laura.

—No hago otra cosa desde hace cinco días, Carlos, pienso y pienso y no llego a ninguna conclusión concreta.

Carlos se volvió y se inclinó hacia mí.

—Laura, ¿te fías de mí?

—¡De ti el que menos! —le dije sonriendo dándole un ligero empujón en el hombro.

Ambos pusimos de nuevo la vista sobre nuestros ordenadores.

Rachid estuvo toda la mañana colgado al teléfono. En el momento en que dejaba el auricular, el aparato sonaba de nuevo, o bien marcaba y volvía a mantener una conversación en distintos idiomas: en un perfecto francés, en inglés, en italiano. Me sorprendía cómo cambiaba el tono de acuerdo con cada lengua. Durante sus conversaciones tomaba notas constantemente en un cuaderno. En el fondo sentía una sana envidia por esa facilidad para los idiomas que tienen algunas personas. Mi inglés era bueno, pero el francés había podido conmigo y, en cuanto a las lenguas muertas, mis conocimientos sobre latín y griego podían mejorarse ostensiblemente.

Carlos y yo navegábamos por internet. Hablábamos entre nosotros únicamente para recordar el nombre de algún colega conocido y su localización. Cualquiera nos podía servir para aportar datos sobre lo que fuera. Era la consigna que nos había dado Rachid con la que estábamos completamente de acuerdo. Había que buscar de nuevo todo lo referente al procesamiento y tortura

del templario traidor y de los tres dominicos que intervinieron en el interrogatorio. Sus vidas, sus relaciones, sus destinos; cualquier cosa nos podría ser útil para relacionar todas las piezas que teníamos en ese momento.

De pronto me acordé de algo que quizá nos pudiera servir de ayuda. Conocía a un colega de la Universidad de Valencia con el que coincidí dos años atrás en los trabajos de investigación de unos manuscritos del archivo del ayuntamiento. Fabrizio Scarmetta era un italiano, veinte años mayor que yo, nacido en Milán. Se licenció en la Universidad de Roma y, queriendo perfeccionar nuestro idioma, se instaló en Valencia con la intención de preparar su tesis doctoral. No regresó a Italia. España y, concretamente, el ambiente de Valencia le encandilaron de tal forma que se doctoró y obtuvo la cátedra de Historia Medieval en la Universidad de Valencia. Era un soltero recalcitrante, tildado por algunos de mujeriego. De aspecto impecable, atractivo y embaucador, tenía los ojos grandes del mismo color que la miel, abundante pelo, frente despejada y un porte impresionante; cualquier mujer podía sentirse atraída por él, no sólo por su físico sino porque, además, era un hombre inteligente y culto, cuya conversación era un regalo para los oídos. Según me confesó, se enamoró de mí nada más verme y sus insinuaciones durante los tres meses de mi estancia en Valencia llegaron a ser en ocasiones excesivamente insistentes. No estaba acostumbrado a que le rechazasen, y cuando yo estaba a punto de regresar a Zaragoza me hizo una sorprendente propuesta. Conocía la existencia del código que encontró el profesor Dorado y los estudios realizados sobre el mismo por nuestro departamento. Por lo que pude comprobar, no tenía en mucho aprecio a don Armando; algo había ocurrido entre ellos en el pasado que les había hecho enfrentarse profesional y personalmente. Me confesó que unos meses atrás había encontrado algo que podría tener relación con aquel código. Cuando le rogué que me contase qué era eso tan importante me contestó que sólo me lo entregaría si aceptaba una cena con él. Recuerdo que el estómago se me revolvió. La sensación de chantaje me pareció despreciable, era consciente del significado real de aquella proposición. Bajo su mirada insinuante, intenté mantener la compostura. Consideré entonces que la información que me ofrecía era una farsa con la única intención de llevarme a la cama. Me despedí lo más correctamente que pude y me marché de Valencia. Después de aquello, me llamó varias veces, sus disculpas y detalles hicieron que su figura se recompusiera de nuevo en mi mente. Lo cierto es que, en lo más profundo de mi ser, no me hubiera importado acostarme con él si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias.

Pasó el tiempo y olvidé a Fabrizio y él se olvidó de mí. De su información sobre el código nunca más hablamos. Pero en ese momento tuve una corazonada: ¿y si esa información fuese cierta? ¿Y si no fue un farol y, además de querer acostarse conmigo, tenía realmente algo interesante que contarme sobre el código de las Huelgas? No lo dudé ni un instante; cogí mi bolso y saqué una pequeña agenda en la que tenía apuntado de todo, teléfonos y direcciones de personas que ya habían desaparecido de mi vida desde hacía años, pero que nunca borraba por pereza o, como alguna vez pensaba, por si acaso. Sabía que en su día había apuntado el teléfono de Fabrizio. Busqué el número y le llamé. El corazón se me aceleraba según escuchaba los pitidos de la llamada. Fabrizio contestó. Su tono de voz seguía siendo cautivador. Después de los saludos y de las preguntas de rigor, entré, sin ningún rodeo, directamente al grano. Le pedí la información que un día me había ofrecido y que yo rechacé. No estaba segura de conseguirlo, en primer lugar porque en el fondo pensaba que podía ser una artimaña para conseguir otros propósitos conmigo. Después de varias evasivas sin mucho sentido y de suplicarle por mi parte, lo conseguí. Me enviaría un correo electrónico con toda la información que le pedía. Me dijo que lo había encontrado en una biblioteca de un pequeño monasterio cercano a Valencia. No me dio más explicaciones, únicamente me afirmó rotundamente que en un par de horas tendría el correo. Le di la dirección y me despedí agradeciéndoselo y prometiendo entre dientes una futura cena en Valencia.

No sabía lo que me iba a enviar, pero estaba satisfecha de haberlo conseguido. Continuamos centrados en la pantalla del ordenador, buscando páginas y pidiendo ayuda a colegas de otras universidades que podían tener un acceso más rápido y directo a determinados archivos o bibliotecas. A pesar de que era sábado, en general la colaboración y disposición de la mayoría fue excelente y la impresora no dejaba de funcionar. De vez en cuando, miraba el correo electrónico para comprobar si Fabrizio había cumplido su palabra.

Miré el reloj y al ver la hora que era sentí una punzada en mi estómago que se revolvía desesperado buscando algún alimento. Además, tenía la necesidad de detener la actividad de mis ojos, que desde hacía un rato se abrían y cerraban continuamente debido al cansancio provocado por la atención sobre la pantalla del ordenador.

Me eché hacia atrás en la silla y pude ver a Rachid delante de su mesa escribiendo algo sobre su cuaderno. Carlos seguía mirando el ordenador como si el mundo a su alrededor se hubiera esfumado desde hacía horas.

—¿Tomamos algo? ¡Estoy hambrienta!

Carlos y Rachid tuvieron la misma reacción. Me miraron sorprendidos, miraron sus relojes y se levantaron como un resorte.

—¡Las cuatro de la tarde! Llevamos sentados desde las ocho de la mañana sin movernos —dijo Carlos con una sonrisa—. Esto me recuerda a mis tiempos de estudiante. Yo también tengo hambre y me vendría fenomenal una buena cerveza —dijo mientras apagaba el ordenador.

—Creo que tienes razón, si no comemos algo, en poco tiempo no seremos capaces de rendir, y tenemos mucho trabajo por delante. —Rachid, salía de su despacho mientras se iba colocando su chaqueta—. ¿Qué os apetece?

—Algo rápido —contesté—. No quiero amodorrarme después de una comida copiosa.

—Está bien, iremos a un bar que está aquí al lado. Tiene variedad de tapas y es un sitio agradable.

Durante la comida recapitulamos lo que cada uno de nosotros había ido descubriendo en su investigación. Los tres estábamos esperando la respuesta de distintas instancias y colegas a los que habíamos pedido alguna información.

En la hora escasa que estuvimos sentados comiendo me sentí muy a gusto. La conversación era agradable e interesante. Comenzaba a encontrarme cómoda en aquella situación un tanto esperpéntica en la que me había visto envuelta en apenas una semana. Miraba a los dos compañeros de ese fantástico viaje que habíamos iniciado. Observaba a Carlos mientras contaba cómo había encontrado en internet una página excelente sobre los templarios; hablaba con vehemencia sobre sus hallazgos virtuales, y noté que estaba realmente entusiasmado y que, inconscientemente, irradiaba hacia mí esa actitud entusiasta.

Rachid nos detalló sus intentos de entrar en contacto con alguien que le pudiera ayudar en el Vaticano; por ahora todo había sido un fracaso, al menos en esa línea. Nos reímos con algunas de las anécdotas que le habían ocurrido en sus conversaciones con la Santa Sede. Contrastaba su aspecto serio, de investigador algo excéntrico, con la imagen que me dio durante aquel rato: un hombre simpático y jovial.

Cuando terminamos la comida me encontraba totalmente recuperada para afrontar otro envite de horas de ordenador, llamadas e indagaciones. Aquella aventura me resultaba cada vez más emocionante.

Ya era noche cerrada cuando salí al pasillo para estirar, sin ningún reparo, la espalda y los brazos; al fin y al cabo, no había ni un alma en aquel edificio. Nadie nos había interrumpido en todo el día en las dependencias del Centro de Documentación del Museo Sefardí.

Volví a mirar el correo electrónico. «¡Aquí está!», pensé abriendo los ojos con entusiasmo, el mensaje de Fabrizio había llegado. Lo abrí y descargué el archivo. Mientras se imprimían las páginas, leí lo que aparecía en la pantalla. Fabrizio me indicaba cómo había dado con aquella información, y dónde tenía el soporte de la misma, concretamente en el archivo de la universidad, «a tu entera disposición», me remarcó con negrita y subrayado. Comencé a leer las hojas que escupía la impresora con el ruido constante y monótono de la impresión. Mi sorpresa iba en aumento y cuando terminé de leerlo me encontraba nerviosa y emocionada.

—¡Eh, venid aquí! Tengo noticias muy interesantes.

Entré en el despacho de Rachid y me senté a la mesa dónde habíamos estado reunidos con Marta.

—¿Qué tienes? Parece importante —dijo Carlos entrando en la estancia.

—Sí, Carlos, siéntate, creo que ya podemos saber qué es lo que le ocurrió al caballero después de su confesión ante los dominicos.

—Entonces, ¿sobrevivió a las torturas?

—Al menos unos meses, pero lo cierto es que le dejaron salir de París y llegó hasta Valencia.

Rachid y Carlos se sentaron de inmediato, dispuestos a escuchar lo que yo tenía que decirles. Después de explicarles escuetamente cómo había obtenido la información, obviando los detalles, comencé el relato de los últimos meses de vida de Jean de Voisins, el caballero templario que se había derrumbado ante la presión de las torturas y que traicionó a la orden a la que pertenecía.

—Bien, sabemos que a Jean de Voisins le llevaron para el interrogatorio a las dependencias de la casa de la orden en París, la Villeneuve du Temple. Los interrogatorios duraron un mes, desde el día 5 de enero hasta el 6 de febrero de 1308. A partir de esa fecha, el caballero De Voisins desaparece. No se sabe si escapó o si murió. Al menos eso es lo que teníamos hasta ahora. Pero, según lo que me ha enviado Fabrizio, su pista se vuelve a encontrar en Valencia, en junio de ese mismo año. Por lo visto, Luis, el rey de Navarra e hijo de Felipe IV de Francia, había capturado a varios caballeros templarios en sus territorios y los trasladó a París para su procesamiento conforme a la orden dada por su padre de



apresar a todos los templarios de cualquier rango y condición en octubre de 1307. Sin embargo, Jaime II de Aragón no estuvo de acuerdo con las acusaciones que se realizaron contra la orden de los templarios. Este rey tenía muy buena relación con el Temple y no hizo caso de los llamamientos que el monarca francés había hecho a todos los reinos para la detención de sus miembros. Jaime II exigió a Felipe IV la devolución de los caballeros apresados en Navarra, y el rey de Francia accedió a su petición. Se dio la orden de escoltar a estos caballeros hacia el reino de Aragón; entre ellos se encontraba Jean de Voisins, algo inexplicable porque nada tenía que ver con los caballeros de Navarra. Lo cierto es que salió con ellos pero no llegó con ellos a Aragón. En algún momento del viaje, dejó la comitiva y apareció en Valencia.

Hice una pausa y bebí un trago de agua de una pequeña botella que tenía sobre la mesa.

—¿Habéis oído hablar alguna vez del «ataque mágico»?

—Algo sé —dijo Rachid—, pero nunca he dado mucha importancia a esos asuntos.

Carlos negó con la cabeza.

—No tengo ni idea de lo que es.

—Pues bien, según parece, de acuerdo con algunos estudios de parapsicología hechos en la actualidad, el ataque mágico existe; parece que fue lo que le pudo ocurrir al papa Bonifacio VIII. El pontífice padeció una enfermedad y fue tratado por un médico valenciano cuyo nombre era Arnau de Vilanova, un hombre bastante peculiar.

—He leído algo sobre él —interrumpió Rachid.

—Arnau de Vilanova —proseguí—, además de médico, era uno de los grandes magos de su tiempo; también fue considerado como vidente y milenarista, ya que vaticinó algunas cosas que luego se cumplieron. Estudió teología y dominaba el árabe y el hebreo. Tenía fama de que había encontrado la piedra filosofal y se decía que poseía un elixir con el que podía hacer resucitar a los muertos para que pudieran hacer su última confesión. Su fama creció como la espuma después de curar al papa Bonifacio VIII de lo que entonces llamaban «el mal de piedra», que hoy conocemos como un cólico nefrítico. Sin embargo, es posible que el remedio que le aplicó Vilanova al Papa más bien fuera un intento de evitar un «ataque mágico» que una enfermedad física propiamente dicha.

»Este médico había estado muy cercano a los caballeros templarios y a todos los asuntos relativos a su orden; sin embargo, después llegó a creerse

algunas de las acusaciones contra ellos.

»Lo cierto es que Vilanova escribió un diario de su puño y letra en el que daba cuenta de la visita de un templario en junio de 1308. Ese templario era, por supuesto, nuestro caballero; el diario del médico fue lo que el italiano Scarmetta encontró, y su transcripción y contenido es lo que me ha enviado.

»Os cuento. Según escribe el propio Vilanova, el caballero templario se presentó en su casa enfermo, con altas fiebres y toses que le provocaban grandes dolores. El señor De Voisins le contó que había sufrido un ataque mágico por parte de sus compañeros de la orden, y que si no le curaba de inmediato moriría en poco tiempo. Vilanova le estuvo tratando durante dos meses en su propia casa. Sus fiebres, sin embargo, no remitieron en ningún momento. El hombre deliraba y decía cosas increíbles, que el médico escuchaba estupefacto, según manifiesta él mismo en ese diario.

—¿Sabemos qué cosas decía? —preguntó Rachid con impaciencia.

Hice un gesto afirmativo y le indiqué con la mano un poco de paciencia.

—Arnau consideró poco normales los síntomas que presentaba aquel enfermo, miembro de una orden que en ese momento estaba siendo perseguida, y que había llegado hasta su puerta reclamando su ayuda desde el mismo París; de ahí que comenzara a escribir una especie de diario donde fue recogiendo la evolución de aquel pobre caballero. Sus delirios, según cuenta, se basaban en la obsesión que tenía De Voisins en poner algo a salvo; esto lo repetía de forma constante en medio de sus desvaríos.

—Pero ¿qué quería poner a salvo? —La impaciencia de Carlos me crispó un poco y le pedí que me dejase hablar sin interrumpirme constantemente.

Él se disculpó y proseguí con el relato.

—Lo que quería poner a salvo era precisamente el Gran Arcano. —Me quedé en silencio unos instantes para saborear la expectación que mis palabras habían creado—. Gritaba como un poseso que lo pusieran a salvo, que las fuerzas del mal lo encontrarían, que el mundo caería en manos de los fatuos Asmodeos y que, con ellos, todo se perdería. En algunos momentos, cuenta el médico, su cara se desencajaba y con una mirada de pánico se quedaba quieto como si tuviera ante sí al mismo diablo. Luego caía en un estado de letargo que le duraba algunas horas, hasta que volvía con la reiteración de sus alucinaciones febriles.

»En su diario, Arnau anotaba todos los días los síntomas y las frases repetitivas de ese hombre moribundo, fuera de sí, que se iba consumiendo como

si por dentro algo le estuviera devorando poco a poco los órganos, los músculos y los huesos. Apenas admitía algo de agua y no probaba alimento. El médico optó por empapar un paño con vino y, manteniendo sus labios abiertos, le iba echando el líquido, que le entraba por la boca y lo tragaba con extrema dificultad. En muchas ocasiones vomitaba lo poco que ingería y su aspecto se iba haciendo cada vez más cadavérico. Los remedios que le aplicaba el médico parecían ser efectivos en los primeros momentos, pero a las pocas horas volvían otra vez la recaída y los delirios agónicos de aquel hombre.

—¿Quieres decir que alguien le había hechizado? ¿A eso te refieres con el «ataque mágico»? —Carlos me habló con voz muy tenue como si no hubiera podido evitar la interrupción.

—Según tengo entendido —intervino Rachid—, durante los siglos XIII y XIV existía una clase de magia utilizada en el ámbito más turbio del poder, que se llamaba «magia ceremonial».

—Exactamente, eso mismo me indica Fabrizio en su correo. Creo que nuestro caballero fue atacado con esa magia por otros templarios, que se enteraron de su traición. Es más, me da la sensación de que los tres dominicos corrieron la misma suerte.

—Pero ¿no creerás que fueron hechizados? —Carlos me miraba escéptico—. Laura, que ya estamos en el siglo XXI.

—Carlos, abre un poquito más la mente. Yo no digo que los hechizaran. Es posible que durante el viaje que hicieron desde París hasta que el señor De Voisins dejó el cortejo que regresaba a Aragón alguno de los caballeros, enterado de la grave deslealtad, le envenenara o se encargase de que el felón tuviera una muerte segura. Apostaría lo que fuera a que los dominicos que obtuvieron la confesión sufrieron el mismo destino.

Nos quedamos en silencio.

—Mis conocimientos médicos son muy escasos —intervino pensativo Rachid—, pero, si no me equivoco, por los síntomas que presentaba el caballero pudiera tratarse de un cáncer de colon o de estómago.

—Bueno —insistí—, también Bonifacio VIII presentaba los síntomas de un cólico nefrítico y algunos hablan de la posible aplicación del ataque mágico. Todo es posible. Pero creo que no cambiarían las cosas para nosotros si hubiera muerto de un cáncer, de un envenenamiento o de un ataque con magia.

Después de unos instantes de silencio, Carlos miró hacia los folios desparramados delante de mí.

—¿Hay más cosas en ese diario, Laura?

—Sí. Según Vilanova, en los últimos días de la vida del caballero sus delirios fueron remitiendo, apenas hablaba, se hacía sus necesidades encima, el olor que salía de su cuerpo era de putrefacción; incluso manifestó en el diario que llegó a vomitar heces, y que su espanto ante semejante mal era cada día mayor. Arnau estaba sorprendido con los síntomas de la enfermedad que no identificaba con nada visto por él hasta entonces.

»En la mañana de su muerte, cuenta el médico que estaba junto al enfermo cuando con su mano temblorosa le pidió que se acercase más. Casi en un susurro le contó algo. Pero el médico escribió que olvidaría por completo lo que había escuchado de aquel pobre loco, por considerarlo fruto de los delirios de tan penosa enfermedad. Ese mismo día certificó su muerte, concretamente el 3 de agosto de 1308. Era, según explica, un esqueleto cubierto con una piel cetrina. Daba terror acercarse a él.

»No os puedo decir dónde se encuentra enterrado porque no dice nada a ese respecto. El diario acaba con la fecha de la muerte y la firma del médico.

—Tenemos que averiguar qué les ocurrió a los dominicos que le interrogaron y, sobre todo, al que sobrevivió. Es necesario dar con su trayectoria. Estoy seguro de que él era el que llevaba el código que luego se encontró en las Huelgas, hay que saber cómo llegó hasta allí. —Rachid se volvió hacia mí—. ¡Buen trabajo, Laura! La felicito.

No había terminado de hablar Rachid cuando sonó el teléfono. Se levantó y contestó. Estuvo escuchando al que le hablaba, con gesto serio. Después de un escueto «De acuerdo», colgó el auricular y se volvió hacia nosotros apretando los labios. Me miró, se tocó la barbilla y con tono preocupado dijo:

—Han encontrado a vuestra amiga Marta.

Me causó un terrible impacto ver el cuerpo de esa chica, con la que había compartido tantas horas de conversación y trabajo, tendido en la orilla del Tajo como si fuera una marioneta rota. Miraba de reojo hacia el lugar donde se encontraba. Inconscientemente, mi mente rechazaba conocerla, deseaba con todas mis fuerzas que no fuera ella, que no se confirmase lo que ya era sabido a la espera del reconocimiento visual del cuerpo por nuestra parte, deseaba que fuera una persona anónima. Quería apartarla de mis recuerdos en un intento vano de evitar el dolor, de esquivar ese amargo pesar que ya conocía y por el que no quería volver a pasar.

Carlos se acercó a mí y me sujetó por el brazo. Debíamos acercarnos por indicación del mismo inspector que nos había estado interrogando el día anterior en La Almunia. Miré a Carlos agradeciéndole su gesto, me agarré fuerte a su mano y comenzamos a caminar hacia el lugar donde se hallaba el cadáver. Varios policías la rodeaban mirando hacia el suelo, rastreando con las linternas cada palmo del terreno alrededor del cadáver. Cuando tan sólo nos separaban unos metros, sentí una angustiada sensación de vértigo mientras seguía al inspector para acercarme irremediamente al cuerpo yacente sobre el fango.

Unos muchachos la habían encontrado hacía un par de horas en la ribera del Tajo, bajo el puente de Santa Cruz. A pocos metros, su bolso y su maleta, intactos. Nada hacía indicar que hubiera sido objeto de un robo. Todo estaba en perfecto estado: su cartera, el dinero y sus pertenencias. Aparentemente no le había desaparecido nada, no tenía ninguna señal de violencia externa, pero sus ojos permanecían abiertos recogiendo en ellos una expresión del horror que había sufrido en los últimos instantes de su vida. Los intentos de evadir el mazazo del desconsuelo fueron inútiles. En cuanto estuve junto a ella mi cuerpo se derrumbó. Carlos me sujetó con fuerza, de lo contrario me hubiera desplomado. Mi llanto me impedía ver con claridad la cara de Marta, o de quien quiera que fuese, nublando la imagen de esa cara que yo conocía. Sus ojos

abiertos y sin vida, su pelo negro sobre el barro, su cuerpo quebrado como si se hubiera roto al caer en aquel lugar inmundo. Me afligía ver el espectáculo grotesco que tenía ante mis ojos.

—¿Es ella? —inquirió fríamente el inspector. Tan fríamente que mi llanto se paralizó por unos instantes y le miré con rabia.

—Sí, es ella —contestó Carlos.

Pero el inspector seguía mirándome, esperando mi respuesta. Yo le mantuve la mirada. Durante unos instantes irradié toda mi ira contra aquel hombre impertérrito y frío.

—Ya le he dicho que es ella —insistió Carlos.

Bajé la mirada y volví a ver los ojos inertes de aquella chica.

—Es ella —dije secamente, soltándome de los brazos de Carlos y volviendo sobre mis pasos.

Rachid hablaba con un policía con la barbilla pegada al pecho, como si ambos se estuvieran contando confidencias y no quisieran que nadie pudiera oírlos. Me acerqué a él.

—¿Se encuentra bien, Laura?

Hice un gesto afirmativo y me situé a su lado. En ese instante sentí la mano de Carlos que me agarraba por los hombros. Le miré. De nuevo agradecí su gesto y la sonrisa que me dedicó. Intentaba protegerme. Pero protegerme ¿de qué? ¿Qué peligro nos acechaba?

—Tranquila, Laura, estaré a tu lado para lo que quieras, ¿de acuerdo?

—Lo sé, Carlos, lo sé.

La policía nos informó de que no tenía signos aparentes de violencia, aunque la autopsia nos confirmaría los detalles de su muerte.

—¿Se sabe su verdadera identidad? —preguntó Rachid a uno de los policías, al que debía de conocer muy bien por el trato que mantenía con él.

—No, no tenemos nada nuevo en ese sentido. Habrá que tomar sus huellas, o en último caso las pruebas de ADN. Te daré noticias en cuanto las tenga. — Esto último se lo dijo casi en un susurro.

De regreso al hotel, Roberto y Juan nos estaban esperando. Carlos los había llamado para informales de la muerte de Marta. Escucharon atónitos los detalles del hallazgo. Yo apenas abrí la boca. Bebí lentamente el té que me ofrecieron, cabizbaja y pensativa.

Eran cerca de las tres de la madrugada cuando me vi de nuevo sola en mi habitación. Miré el hueco camuflado en la pared. Soledad había colocado la mesa en su sitio y yo volví a ponerla frente a la entrada al pasadizo. Coloqué la silla ante la puerta y me dirigí a la ventana. La niebla lo envolvía todo y me impedía disfrutar de la vista nocturna de Toledo. No tenía sueño; además, tenía miedo de meterme en la cama y dejar que los fantasmas de la pena invadieran mis sueños. Recordé el cuaderno que me había dado por la mañana Rachid. Lo saqué del bolso y me senté en un sillón que había junto a la ventana con él entre mis manos. Lo estuve observando un rato. El paso del tiempo era evidente en sus tapas de cartón azulado, pero se notaba que Rachid lo había cuidado con mimo. Lo acaricié con suavidad. ¿Qué cosas nuevas me diría aquella libreta de Rachid? Tuve la corazonada de que tenía entre mis manos algo importante. Abrí el cuaderno por la primera página y comencé a leer.

Las dos mujeres le miraban con el rostro desencajado por la angustia. Esta vez la caída había sido brutal. Su cuerpo dolorido, ensangrentado y roto, con la piel hecha trizas, se desplomaba de nuevo sobre el camino polvoriento, recibiendo el golpe certero del madero sobre su espalda. La madre tensó cada uno de sus músculos, en un vano intento de absorber el tormento a que estaba siendo sometido su hijo querido. A la esposa se le nubló la visión de su amado cuando las lágrimas, intentando salir, luchaban frenéticamente con la voluntad de contener sus sentimientos. Ya controlado el llanto, su mirada se cruzó con la del esposo. Durante unos segundos, el amor enternecido de ambos se desparramó por un ambiente de crueldad irracional y violencia. Ella le sonrió tenuemente, él movió los labios en lo que a ella le pareció el intento de lanzarle el más dulce de los besos. Ella cerró los ojos para recibirlo en su boca y el mundo se paralizó. Como si toda aquella sangría inhumana se hubiera detenido, de nuevo sintió su tacto, su cuerpo, su olor.

Un golpe brusco la devolvió a la realidad. Los gritos del gentío se dividían entre los que pedían clemencia y los que jaleaban la hazaña maléfica que se estaba cobrando con aquel inocente. Su amado levantaba su maltrecho cuerpo, tambaleándose de un lado a otro como si fuera una piltrafa humana. Los soldados, embebidos en la brutalidad, le pegaban y le golpeaban mientras cargaban de nuevo el madero sobre su espalda.

Con él prosiguieron las dos mujeres, agarrándose del brazo, aliviando mutuamente a duras penas su amargura contenida. Tras ellas iba Juan, temeroso y acongojado por los acontecimientos que estaba viviendo.

A golpe de gritos y latigazos, le subieron al monte llamado del «Gólgota», un lugar descarnado y seco como la conciencia de quienes habían permitido el horrible crimen que se consumaba, emergente entre los huertos de las afueras de las murallas de la ciudad santa de Jerusalén.

María Magdalena ya no lloraba. Sus ojos habían aceptado no privarla de la última visión con vida del hombre amado, y miraba firme aquel cuerpo cada vez más macilento, entregado ya a su destino fatal. Cada uno de los golpes sobre el clavo que se incrustaba en sus muñecas golpeaba sobre el corazón herido de aquella mujer arrodillada sobre la tierra baldía, encogida sobre sí misma, con sus manos sobre el pecho y los labios apretados y secos del dolor contenido.

Por unos instantes, la afligida madre retornó a los recuerdos del niño al que protegió y cuidó. Ahora nada podía hacer, no podía protegerle, no podía rodear con sus brazos aquellas heridas mortales de su cuerpo, no le estaba permitido ni siquiera acercarse a él para tocar su piel hecha jirones de sangre y sufrimiento.

Era la hora sexta cuando alzaron el madero y Jesús quedó colgado en aquella cruz nefasta, como inconmensurable prueba de la maldad de algunos y de la bondad inmensa de otros. Él, colgado de aquella funesta cruz, era consciente de que su mensaje tardaría en comprenderse, pero sabía que dejaba el camino abierto para que todo aquel que estuviera preparado lo siguiera.

Ninguno de los hombres que le habían seguido fielmente en vida le acompañaba en el camino de la muerte. Tan sólo las dos mujeres, la madre y la esposa que luchaban por no caer en la desesperación del dolor que por dentro las asfixiaba; junto a ellas vio a su hermano amado soportando el peso maltrecho de la angustiada madre.



Cuando llegó la hora nona, el cielo se nubló y los truenos retumbaron en toda Jerusalén. En el lugar del calvario, Jesús miró al cielo, dio un grito y expiró. Las mujeres contuvieron el aliento, todo a su alrededor se paralizó durante unos instantes. Por fin la madre suspiró, la muerte había acabado con aquella agonía. María Magdalena lloró entonces desconsolada por la separación de su amado, abandonada ahora a su terrible dolor, con su rostro descubierto frente al crucificado. Ningún ruido hacía mella en sus oídos. Todo era silencio, un profundo y sepulcral silencio cargado de su angustioso llanto.

Mientras, los ancianos del Sanedrín dirigidos por el Sumo Sacerdote, de vuelta del macabro espectáculo de la crucifixión de aquel judío incómodo, se encontraban en el Templo en una oscura calma. De pronto la tierra tembló bajo sus pies y les hizo arrodillarse y pedir implorantes la misericordia de Dios. El muro se resquebrajó partiéndose en dos. El suelo se movió bajo sus pies y, con un gran estruendo, se abrió una grieta por la que era posible que un hombre se precipitase a las entrañas de la Tierra.

Un hombre bueno, miembro del Sanedrín y de nombre José de Arimatea, había estado viendo desde lejos la tortura de Jesús, al que seguía y escuchaba en silencio desde hacía tiempo. Conocía a Poncio Pilato y le pidió que le dejase bajar el cuerpo del Nazareno para poder enterrarlo antes de que llegase el día de la Pascua. Pilato no puso pega a tal petición, sabía quién se lo pedía y estaba aterrorizado por los temblores y la destrucción que se estaba produciendo en la ciudad. Le dio una orden por escrito autorizando la entrega del cadáver. José de Arimatea, acompañado de dos de sus sirvientes más fornidos, se acercó con una sábana de lino hasta donde se encontraba el crucificado.

José de Arimatea era un judío de bien, de pelo blanco y barba espesa, cuyos años le pesaban sobre su maltrecha espalda. Las palabras de Jesús de Nazaret le cautivaron en el Templo la primera vez que le escuchó hacía ya más de un año. Tenía una voz, aquel Jesús, dulce y pausada, y su mensaje estaba lleno de amor y ternura, de paz y sosiego. Sus seguidores eran gentes corrientes: mendigos, pescadores, gentes del campo y mujeres, judíos y gentiles, fariseos y de cualquier condición. Aquel que tenía el corazón preparado para escuchar su mensaje, le seguía sin pensarlo.

José llegó al pie de la cruz y puso su mano suavemente sobre el hombro de la madre; ella se volvió, le miró y se puso en pie. La esposa seguía derramando sus lágrimas a los pies de su amado muerto. Nada le daba consuelo. Juan la levantó con cuidado. Entre las pesadas lágrimas que arrasaban sus ojos vio a José con el lino para preparar el enterramiento.

Los hombres ayudaron a descolgar el cuerpo y bajaron con enorme delicadeza al que tanto había sufrido. Provocaba ternura el cuidado con que trataban a Jesús, como si no quisieran lastimar a quien ya no podía sentir dolor alguno. Cuando le tuvieron abajo, le entregaron a la madre, que le mantuvo entre sus brazos unos instantes, acarició sus heridas y su cuerpo descarnado. La esposa besó con suavidad sus labios secos y ensangrentados.

Las dos mujeres limpiaron amorosamente las innumerables heridas del cuerpo de Jesús. Los sirvientes de José les proporcionaban lo necesario; incluso los soldados romanos, tan crueles antes en sus actos, ahora ayudaban a llevar vasijas, esponjas, aromas y ungüentos.

La madre, con infinito cuidado, le quitó la corona de espinas que los soldados le habían colocado de forma sarcástica. La barba y el cabello de Jesús estaban apelmazados por la sangre y el sudor. María Magdalena, con ayuda de la madre, iba lavando la sangre seca: su boca, su nariz, sus ojos, sus dientes. Todo lo hacían despacio, sin prisa alguna, con delicadeza y respeto. Uno de los sirvientes le entregó una caja con ungüentos y la madre se lo untó por el cabello y por el rostro. Después de esto, los hombres cogieron despacio el cuerpo de los brazos maternos y envolvieron a Jesús en el lino, que de blanco se tornó rojo oscuro por la sangre empapada del cuerpo muerto. Lo bajaron con cuidado de aquel monte maldito y lo llevaron a un huerto cercano, propiedad de José de Arimatea, depositándolo en un sepulcro que había sido excavado en la roca.

—Lo dejaremos aquí hasta que pase la Pascua —dijo José a Juan—. El primer día de la semana, que vengan ellas y le pongan los perfumes y aceites según la ley. Luego haremos lo que debemos hacer con Él.

—Juan —dijo la madre con voz tajante y con los ojos secos y rotos por el sufrimiento—, trae los aromas y ungüentos, hoy su cuerpo quedará ungido. El primer día de la semana después de la Pascua su cuerpo será embalsamado y le llevaremos hasta el lugar donde Él nos indicó. Todo está preparado. Haz lo que te digo.

Juan marchó de inmediato a cumplir el mandato de su madre. Volvió con Nicodemo, que había estado observando de lejos la injusticia infligida hacia aquel inocente. Traían cien libras de mirra y aloe. Después de ungir el cuerpo de Jesús y envolverlo de nuevo, cerraron el sepulcro y descansaron el sábado.

Era todavía noche cerrada cuando se dirigieron al sepulcro, entre la segunda y la tercera vigilia, la madre de Jesús, su esposa amada, su hermano Juan y José de Arimatea que venía acompañado de dos hombres jóvenes y fuertes.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó María Magdalena—. Él nos dijo que debíamos hacerlo solos.

—No temáis, señora, son mis sirvientes. Podemos confiar en ellos. Me deben la vida. Nos serán útiles, ellos son gentiles y no tienen prohibido por la ley tocar el cuerpo del Maestro para embalsamarlo y cogerlo para el traslado; tenemos un largo camino que recorrer y muchos peligros que sortear. Es conveniente que nos acompañen.

María Magdalena y María se miraron.

—Yo tocaré el cuerpo de mi esposo, tan sólo en Él encuentro la ley. Dios no permitirá que mis manos se vuelvan impuras por cuidar al que tanto amor me dio.

No dijeron nada.

Se dirigieron a la entrada del sepulcro, retiraron con dificultad la piedra que habían colocado en la puerta y se dispusieron a preparar el cuerpo. María dobló con dulzura el sudario que había envuelto a su hijo muerto. Contempló con cansada pena el rostro descubierto y mortalmente demacrado. Sus labios maternales esbozaron una leve sonrisa al comprobar que el sufrimiento no había alterado su semblante dulce y lleno de bondad, el gesto era sereno y de inmensa paz. María Magdalena observó cómo la apenada madre acariciaba con ternura las mejillas laceradas del cadáver. Se acercó y besó el rostro muerto de su amado. Con movimientos lentos y pausados, depositaron el sudario usado junto a la piedra y esperaron a que los hombres preparasen el cuerpo para ser transportado. Lo lavaron y lo untaron con mirra, perfume y polvos, y lo envolvieron en una pieza de lino limpio de seis varas, doblando una de las puntas desde los pies hasta el pecho. La cabeza y los hombros los cubrieron con la otra punta de la sábana.

En la entrada había un carro preparado y sobre él, un niño de apenas cinco años que a ratos lloraba desconsolado buscando el rostro de su madre.

Sacaron el cuerpo, lo depositaron cuidadosamente sobre el carro e iniciaron el largo viaje. El niño calló cuando la madre, cogiéndole en su regazo, le susurró un canto.

Un ruido me arrancó de la lectura. Estaba completamente absorta y un extraño escalofrío me recorrió todo el cuerpo; me había quedado helada leyendo aquel relato fascinante.

Oí de nuevo el ruido. Era un toque suave en mi puerta.

Me levanté y pregunté quién era.

—Soy yo, Carlos. ¿Estabas durmiendo?

—No, espera un momento, ahora te abro.

Guardé en mi bolso el cuaderno de Rachid. No había comprendido muy bien de qué trataba lo que había estado leyendo, pero en aquel momento no quise pensar en ello.

—¿Qué ocurre, Carlos? —le dije en voz baja cuando abrí la puerta—. ¡Me has asustado!

—Lo siento, Laura, pero no podía dormir. Quiero hablar contigo. ¿Me permites que pase?

—Adelante.

Venía con su mochila y con un ordenador portátil bajo su brazo. Su aspecto era imponente, con unos vaqueros y la camisa suelta. Al entrar dejó tras de sí un agradable perfume a Armani. Cerré despacio la puerta.

—¡No te has metido en la cama siquiera! —exclamó—. Yo lo he intentado, pero a la media hora me he tenido que levantar. Le he pedido a Juan el ordenador —dijo sentándose sobre la cama, mientras yo me situaba de nuevo en el sillón—, y he estado mirando los correos que he recibido. Tenemos que ir a Burgos. Conozco a un médico que da clases en la universidad; le envié un correo pidiéndole ayuda porque sé que tiene el sano vicio de buscar por los archivos cualquier cosa que le pueda llamar la atención. Me ha contestado, y me dice que tiene información que nos puede interesar sobre el asunto del monje dominico. Según me cuenta, haciendo una investigación sobre medicina, algo referente a las enfermedades de la Edad Media, leyó un manuscrito del siglo XIV en el que se daba referencia de las dolencias de un monje; cree que estaba fechado en el año

1308 y me ha confirmado que procedía de París. No me ha podido decir nada más, porque no recordaba bien la historia, pero me ha dicho que si vamos nos ayudará a encontrar el legajo para leerlo.

—Ya, eso está bien Carlos, pero... —le dije con escepticismo—, ¿tú crees que se trata del mismo dominico? En ese tiempo debían de ser miles los francos que llegaban a través del Camino de Santiago procedentes de Francia, y muchos de ellos traerían extrañas dolencias. ¿No crees que te precipitas?

—Puede ser —dijo moviendo los hombros con desdén—, pero ¿qué prefieres, quedarte aquí y esperar? Pienso que será mejor acercarnos al lugar donde se descubrió el códice. Puede que allí encontremos alguna pista que nos aclare algo de esta historia.

En el fondo tenía razón. Estaba deseando salir de Toledo. A pesar de que habíamos estado pocos días me estaba empezando a agobiar todo lo que allí había ocurrido.

—¿Cuándo nos vamos?

—Acabo de llamar a Rachid...

—¿A estas horas? No tienes vergüenza —dije sonriendo.

—Está más despierto que tú y que yo. Ya había hablado con él antes sobre la cuestión de Marta, o quien quiera que sea. Está convencido de que murió de la misma manera que el hombre de ahí abajo. Bueno, el caso es que hemos quedado en una hora. Nos vamos en mi coche. ¿Estás de acuerdo?

—¿Podría negarme? Ya está todo decidido.

—No he querido...

—No importa, está bien, no hay problema. Me voy a dar una ducha y a recoger todo.

Carlos se levantó.

—Una cosa, Carlos, ¿qué hacemos con los códices y el pergamino? ¿Los dejamos en la caja fuerte?

—Lo he hablado con Rachid, y estamos de acuerdo en que será más seguro dejarlo aquí. ¿Tú qué piensas?

Me quedé pensando un instante.

—Creo que deberíamos llevarlos con nosotros. No sé... no me gusta dejarlos aquí, no sabemos quién más tiene la contraseña. Además, nos podrían hacer falta.

—Llevamos las copias de las transcripciones, ¿para qué nos van a hacer falta los originales? Además, no es conveniente que el pergamino esté de un lado

para otro. Se podría deteriorar. Es mejor que se quede. Rachid me ha asegurado que sólo él tiene la contraseña.

—¿Tienes tú la transcripción y la copia del códice?

Apenas me dejó terminar: de su cartera sacó una copia del códice y el cuaderno con su transcripción. El profesor Dorado había mandado hacer dos reproducciones exactas del original, destinados a Carlos y a mí, para que pudiéramos manejarlo sin problemas a la hora de la transcripción. El ejemplar estaba muy manoseado de tanto utilizarlo.

—Está bien, puede que tengáis razón, es peligroso que llevemos el pergamino de un lugar a otro. Me arreglo y nos vemos abajo.

Llegamos a Burgos al mediodía. Durante el viaje la conversación giró en torno a la muerte de Marta. Nos preguntábamos por qué nos habría llevado a nosotros el pergamino que había descubierto. Rachid dudaba de que hubiera adquirido el códice en El Rastro. Estaba convencido de que fue una forma de acercarse a Carlos y a mí, obtener nuestra confianza y quitarnos el códice de las Huelgas, además de conocer la información que teníamos sobre los bifolios perdidos.

—¿No os parece demasiada casualidad —planteó Rachid desde la parte trasera del coche— que se presentase con el manuscrito justo el día que desapareció vuestro estimado profesor Dorado?

Hubo un instante de silencio. Carlos conducía sin quitar los ojos de la carretera. Sin embargo, le miré y me pareció que no veía, que su mente estaba en otra parte y no en la atención a la conducción.

—Eso nunca lo sabremos —dijo Carlos dedicándole una fugaz mirada a Rachid por el retrovisor.

—O sí, quién sabe.

—Pero, vamos a ver —mis palabras eran lentas y mi tono pausado, pues intentaba hilvanar alguna de las cosas que nos estaban sucediendo—, ¿qué relación ha podido tener Marta, o como quiera que se llame, y el hombre muerto en el hotel? ¿Estaban ambos en el mismo bando? ¿Buscaban lo mismo?

—Yo creo que sí —contestó Rachid—. Piense un poco, Laura: si no fueran del mismo bando, como usted dice, Marta se habría llevado la cartera. Porque está claro que ella estuvo en el sótano esa noche. A no ser... que ella no supiera

que estaba muerto, y confiara en que su plan del robo de la cartera hubiera salido bien. El hombre tenía lo que ambos buscaban, ella se marchó y luego sucedió algo imprevisto.

—Pero entonces hay un tercero —dije volviéndome hacia Rachid.

—Es lo más probable.

—¿Crees que después la mató también a ella? —preguntó Carlos, mirando por el retrovisor.

Me removí en el asiento. La idea del crimen me ponía los vellos de punta y me resultaba incómodo incluso oírlo.

—Estoy seguro de que así fue, y además de la misma manera —contestó Rachid.

—No me encaja. ¿Por qué iba a traernos el libro con el pergamino a nosotros?

—Precisamente, porque vosotros, junto al profesor Dorado, buscáis lo mismo que ellos buscan. Tan sólo tenían que esperar, observar cada uno de vuestros movimientos hasta conseguir su objetivo, los bifolios donde se recoge el secreto de los templarios.

—Es posible que tengas razón, Rachid —dijo Carlos—, pero ¿para qué quieren los bifolios?

—Eso no lo sabemos. Si viene de la mano de la Iglesia católica más ortodoxa, para hacerlos desaparecer y evitar su descubrimiento y publicación.

—Pero ¿por qué?

—Me temo que si los bifolios tienen alguna relación con el pergamino en arameo que vuestra «querida» Marta os entregó; estamos hablando de algo que podría hacer que todas las estructuras de la Iglesia se tambaleasen. Y puede tener algo que ver, porque ese pergamino estaba escondido precisamente en las tapas originales que encuadernaban los bifolios.

—No sé, no lo veo —dije—. No me termina de convencer esa conjetura.

—Usted lo ha dicho, Laura, mientras que no tengamos más pruebas, sólo son conjeturas.

En ese momento sonó el pitido del móvil de Rachid. Después de colgar se acercó hacia nosotros y metió la cabeza entre los dos asientos casi hasta ponerse a nuestra altura.

—Era mi contacto en la policía —dijo con una sonrisa que me pareció absurda—. El rizo se riza un poquito más. La chica ha muerto de un paro cardíaco, y, ¡oh, casualidad!, tenía un pequeño pinchazo en el brazo izquierdo. Y

hay otra cosa más: han encontrado en su bolso un frasco con un líquido que están analizando. Estoy seguro de que es una sustancia compuesta por el alcaloide mortal del tejo.

Me volví hacia Rachid.

—¿Qué es lo que quiere decir, Rachid? ¿Que Marta mató a ese hombre?

—Yo no digo nada, Laura. Por ahora, lo único que la policía tiene son dos cadáveres que aparentemente han muerto de un paro cardíaco en extrañas circunstancias. Y que los dos tienen un pequeño pinchazo en un brazo. Pero, según me han confirmado, al menos hasta ahora el servicio de toxicología no ha encontrado ninguna sustancia extraña que les pudiera haber provocado la muerte.

—¿Y las ramas de tejo que encontramos en el sótano?

—El alcaloide que se obtiene de esas ramas puede ser mortal, pero se diluye muy rápido en el organismo y es difícil detectarlo.

—¿No le ha dicho a la policía nada de lo que encontramos? —Me volví hacia él mientras le preguntaba.

—Laura, ya le dije que la policía sabrá sólo lo que a nosotros nos interese que sepa. Y no creo que nos convenga mucho que la policía tenga conocimiento de que hemos estado husmeando por el sótano y del hallazgo de los pasadizos.

—En eso tiene razón, Laura. Yo pienso que es mejor no decir nada —comentó Carlos, echándome una mirada rápida—. Nos podemos complicar la vida con la policía y ahora necesitamos espacio y tiempo, sin tener que dar cuentas a nadie.

Nos instalamos en un hotel convencional, en el que eché de menos el ambiente acogedor y exclusivo de La Almunia de San Miguel, a pesar de los acontecimientos y de los pasadizos.

La habitación era fría y funcional. Me asomé a la ventana y lo único que vi fue un edificio horrible y una calle ruidosa y estrecha. Dejé la maleta y bajé a la cafetería, donde habíamos quedado. Carlos y Rachid me estaban esperando.

Decidimos comer algo y echarnos un rato. Estábamos agotados. No habíamos dormido nada y en el coche no habíamos dejado de hablar. Mientras comíamos en un pequeño restaurante junto al hotel, el móvil de Rachid volvió a sonar. Sacó una pequeña libreta y con el aparato pegado a la oreja comenzó a apuntar.

—Ya saben quién es vuestra amiga. Han comprobado su identidad —dijo en cuanto colgó el móvil.

—¿Y bien?

—Su nombre es Francesca Bendetti, tenía veintisiete años, era italiana, nacida en Milán. Hija de un importante hombre de negocios. —Mientras hablaba miraba las notas que había ido recogiendo en la libreta—. Gente de dinero y con mucho poder en Italia. Estudió en un colegio de monjas muy exquisito de Milán. Su educación fue esmerada y religiosa hasta el extremismo, de ello tiene fama el colegio. Sus padres tenían contacto directo con el Vaticano. El Papa les ha concedido varias audiencias privadas. La familia del padre tiene cargos de importancia en la Iglesia: obispos, cardenales... tienen gente en toda la jerarquía eclesiástica. La madre nació en Barcelona, es de la familia Esplá, adinerada y elitista al máximo, conectada con el Opus Dei. El abuelo materno de Francesca estuvo envuelto en un escándalo durante el pontificado de Juan XXIII.

—¡Qué interesante! —dije sorprendida—. Hay que reconocer que «nuestra Marta» era una caja de sorpresas.

—El mismo día que cumplió los dieciocho años desapareció de su casa —prosiguió Rachid—. Nunca más se volvió a saber de ella hasta ayer. Se había cambiado el color de pelo y, al parecer, alguna operación de cirugía había cambiado su aspecto. Sus padres ofrecieron una cantidad impertinente de dinero a quien pudiera decirles algo de su paradero, pero un buen día le dijeron a la policía que no siguieran buscándola, que sabían de su paradero y que no deseaban su regreso a casa. La policía dio por cerrado el caso.

La sorpresa era evidente en nuestros rostros.

—Pero ¿cómo es posible? Si era italiana, ¿cómo no nos dimos cuenta?

—Porque su madre era española —contestó Rachid—. Posiblemente en su casa hablaban el italiano y el español indistintamente. Es la suerte de los niños que aprenden dos idiomas desde que nacen, lo hacen sin dificultad. Son bilingües por naturaleza.

—Francesca Bendetti... ¿cómo nos ha podido engañar de esa manera...? —me preguntaba sin dar crédito a lo que nos contaba Rachid—. Y, sobre todo, ¿por qué? y ¿para qué?

—Lo descubriremos, Laura, de eso no tengas la menor duda. —Carlos tiró la servilleta sobre la mesa con un gesto de resolución—. No sé adónde nos va a llevar esta aventura, pero yo quiero averiguar qué es lo que está pasando.

Se quedó mirándonos mientras esperaba una respuesta por nuestra parte.



—Yo estoy contigo —contesté resuelta—. También quiero saber lo que ocurre.

Rachid hizo un movimiento de cabeza y sonrió. Los tres estábamos en ese barco y ya no había marcha atrás. Me dio la sensación de que nos estábamos metiendo en un mundo enigmático y extraño, y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Lo que no me podía imaginar es que cada uno de nuestros movimientos estaba siendo minuciosamente observado por varios ojos a nuestro alrededor.

Después de la comida les rogué a los dos que me disculpasen. La cabeza me estallaba y estaba agotada. Necesitaba dormir. Quedamos en vernos para la cena y nos despedimos.

Me costaba conciliar el sueño porque había un ruido infernal de coches en la calle. Después de media hora de dar vueltas en la cama, me levanté, me di una ducha y cogí el cuaderno de Rachid.

A media mañana y con mucho temor por si los soldados romanos les veían, se acercaron al sepulcro para rezar a su Maestro, su hermano Santiago, Pedro, antes llamado Simón, Bartolomé y Mateo. Detrás se quedaron Tomás y Santiago el de Alfeo, escondidos en unos arbustos, desconfiando de que hubiera tanta tranquilidad en la zona, temerosos todavía de que fueran prendidos y crucificados como habían hecho con Él.

Se sentían acobardados y tristes. No habían sabido defender a su Maestro y eso los avergonzaba a todos. Se mantuvieron ocultos desde el mismo momento en que le prendieron en el lugar que llaman Getsemaní; habían oído las atrocidades a las que le habían sometido y sabían que sólo las mujeres y Juan habían permanecido a su lado. Su vergüenza los atormentaba. Lloraban en silencio sin decirse nada entre ellos. No se miraban. Se despreciaban a sí mismos.

Cuando llegaron a la entrada del sepulcro lo vieron abierto. Se extrañaron. Con paso sigiloso se aproximaron a la entrada. El sol caía implacable sobre sus espaldas. Pedro empezó a sudar, su corazón se aceleraba a cada paso que daba. Él fue el primero en entrar al interior. Después lo hicieron los demás. Caminaban alrededor de la piedra donde había estado depositado el cadáver sin acabar de creerse su ausencia. Pedro, con la respiración alterada, se acercó al sudario, perfectamente doblado junto a la piedra. Lo cogió con cuidado. Cayó de rodillas al ver las manchas de sangre reseca que, sobre la tela, formaban una imagen distorsionada del rostro de Jesús. Su llanto, abrazando el lienzo contra su pecho, le quebraba el cuerpo. Los demás se arrodillaron junto a él. Rezaron durante un largo rato y se sintieron reconfortados.

—¿Qué ha podido pasar? —preguntó Mateo—. ¿No habrán robado el cadáver? —Su voz se quebró ahogando su temor de que pudieran haberse llevado el cuerpo para rematar la salvaje humillación más allá incluso de la muerte.

—No lo sé —contestó Pedro titubeante—. ¿Estás seguro de que fue aquí donde lo pusieron? —preguntó volviéndose hacia Mateo.

—Estoy seguro —contestó sin mirarle porque sus ojos estaban clavados sobre el lienzo que las mujeres habían colocado cuidadosamente sobre la losa—. Es Él, estoy seguro... —dijo con voz atenazada—. ¡Éste es su rostro!

Bartolomé y Pedro clamaron al cielo y, juntando las manos, rogaban perdón a Dios por su gran cobardía.

Santiago los miraba pensativo. Él sabía lo que había ocurrido pero no dijo nada. No podía decir nada, así se lo había manifestado el Maestro, nadie más debía conocer el destino final. En silencio salió del sepulcro. Tomás y Santiago el de Alfeo le hacían señas desde su escondrijo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Habéis visto al Maestro?

Santiago, el hermano de Jesús, nada dijo. Pasó delante de ellos con la mirada perdida. Sabía lo que debía hacer. Lo sabía.

Fue a buscar a las mujeres. No las encontró. Fue a ver a Nicodemo. Su criada le dijo que se había ido muy de mañana. Que había hecho preparar un carro y dos pollinos, los más fuertes que tenía, y lo necesario para embalsamar. Le cerró la puerta recelosa. No se fiaba de los seguidores de ese Jesús que habían crucificado. Se decían muchas cosas sobre ellos.

Santiago buscó agua y algo de alimento. Lo echó a una alforja y se puso en camino. Sabía la dirección que debía seguir.

¿Cómo no lo había recordado? ¿Cómo le había podido pasar? Su corazón latía deprisa, igual que el paso firme que llevaba hacia su destino. Podría alcanzarlos si mantenía un buen ritmo. Le llevaban varias horas, pero él iría más rápido. Quería estar allí. Debía cumplir su promesa. Debía darse prisa.

Me desperté sobresaltada. El teléfono de la mesilla sonaba con un pitido molesto e insistente. Era de noche y estaba helada.

—¿Sí?

Era Carlos; estaban cenando y me invitaba a bajar y acompañarlos. Eché un vistazo a mi reloj. Estaba desconcertada, me daba la sensación de haber estado durmiendo durante mucho tiempo, pero en realidad no había sido consciente de que me hubiera quedado dormida.

Mientras me ponía las botas pensé en la historia del cuaderno de Rachid. ¿Qué significado tendría realmente? Era otra manera muy distinta de ver la figura de Jesucristo. Se lo preguntaría a Rachid en cuanto tuviera oportunidad. Sonó de nuevo el teléfono; Carlos me metía prisa, el comedor iba a cerrar. Esa noche no pude comentarle nada de la libreta a Rachid, no hubo un momento adecuado porque no tuvimos la oportunidad de estar solos. Mientras tanto, continuaría con la lectura que me resultaba apasionante.

Bajé la primera a desayunar y, en cuanto estuvimos listos, nos pusimos en marcha. Carlos había concertado la cita a las nueve de la mañana.

Llovía a cántaros cuando llegamos a la Facultad de Ciencias. Carlos aparcó el coche y los tres salimos corriendo hasta alcanzar la puerta del edificio. Anduvimos por los pasillos abarrotados de gente, buscando el despacho de Alberto Lovaina. Por fin, después de preguntar a varios estudiantes con demasiada prisa por entrar a sus clases de primera hora de la mañana, encontramos el lugar que buscábamos. Carlos llamó a la puerta. Se oyó una voz desde dentro invitándonos a entrar. Detrás de una mesa pequeña, con varios montones de exámenes, se encontraba un hombre mayor de aspecto entrañable. Pensé que podría encajar en la figura del abuelo ideal de cualquier niño. Se levantó, se quitó las gafas y nos saludó amablemente a los tres, mientras Carlos

nos iba presentando. Nos invitó a sentarnos. Carlos y yo lo hicimos en los dos confidentes que tenía delante de su mesa, y Rachid acercó hasta nuestro lado otra silla que había junto a la puerta.

—¿Han tenido buen viaje? —preguntó sonriente.

Sus ojos tenían el brillo de la madurez tranquila y su piel arrugada le daba un aspecto magistral. Apenas tenía pelo, y su calva impoluta brillaba con la luz que entraba por la ventana. Me fijé en sus manos, pequeñas y regordetas como él. Llevaba una bata blanca con todos los botones abrochados y se le veía el nudo perfecto de una corbata a rayas.

—Estoy corrigiendo exámenes —dijo casi excusándose—. Es la época.

Durante un buen rato estuvimos hablando de las clases, la universidad, sus problemas y sus soluciones. Rachid aportó sus conocimientos sobre otras universidades donde había impartido clases y cursos. Después, el mismo Alberto Lovaina sacó el tema que nos había llevado hasta allí.

—Podemos ir al archivo. He llamado al archivero y nos recibirá sin ningún problema. ¿Tienen el coche cerca?

—Sí —contestó Carlos—, lo tenemos en el aparcamiento. Vamos los cuatro en el mío, si le parece bien.

—Estupendo.

Se levantó desabrochándose los botones de su bata. La dejó perfectamente colgada en un perchero, cogió una gabardina oscura y salimos del despacho.

El archivero saludó con efusión al doctor Lovaina y le indicó dónde podía estar el legajo que buscábamos. Nos sacó al menos cinco cajas, que depositó sobre unas mesas muy amplias. Cada uno cogimos una y comenzamos la búsqueda, mientras don Alberto nos indicaba lo que recordaba del asunto.

Estuvimos cerca de dos horas intentando descifrar cada uno de los delicados documentos que íbamos extrayendo cuidadosamente de su encierro. Aquellas cajas estaban preparadas para guardar parte del recuerdo histórico de personas o acontecimientos aparentemente anónimos, pero que, con el transcurrir de los años, podían llegar a convertirse en cruciales para aclarar hechos de vital importancia. Me fascinaba sumergirme en ese mundo del pasado e intentar encontrar algo que me diera la clave de otros acontecimientos que se dieron con posterioridad, para conocer otras formas de pensar, de vivir, o de actuar, y poder llegar a comprender la mentalidad y la cultura de otros siglos anteriores a los que a mí me había tocado vivir. Muchas veces me preguntaba cómo sería yo misma en el siglo XIII o XIV, o cómo pensaría y viviría en los

tiempos de Jesucristo, qué se me pasaría por la mente, cómo concebían en aquellos tiempos el mundo, la vida cotidiana, las horas dentro de cada casa y de cada vida.

Mi abstracción de todo lo que me rodeaba era casi absoluta, concentrada en transcribir un documento que había sacado de la segunda caja que había abierto. Era un manuscrito en letra gótica cursiva de albañales, fechado en 1308, en Burgos; procedía de un convento de las afueras de la ciudad. En él se daba cuenta de la llegada de unos peregrinos procedentes de tierras francas. Fui desgranando poco a poco la transcripción, en la que se contaba, por parte de uno de los monjes de dicho cenobio, la experiencia que había tenido con uno de esos peregrinos, un dominico francés, de nombre Guillermo, que traía, según él mismo manifestaba, una enorme congoja en su corazón que se veía reflejada en su rostro. Llegó a Burgos en marzo del año del Señor de 1308, y en varias ocasiones se acercó al monasterio para entrevistarse con el abad. El monje escribiente tenía una especial curiosidad por ese hombre extraño que cada dos o tres días se ponía en contacto con el abad. Les observaba desde un lugar donde no pudiera ser visto, mientras ambos caminaban alrededor del claustro, hablando en voz muy baja, apenas perceptible. En ocasiones, el abad miraba a aquel monje dominico con rabia e incluso con odio, y parecía reprenderle por algo que el monje no alcanzaba a oír. Después de una docena de visitas casi furtivas del dominico, confiesa el escribiente que le vio cada vez más deteriorado, como si estuviera enfermo. Le llamó la atención que siempre iba con un morral de tamaño considerable para lo que es costumbre entre los peregrinos; lo llevaba cruzado al pecho, hecho de piel y con ataduras, cosa que le extrañó sobremanera porque los peregrinos llevaban siempre ese morral abierto, en prueba de que habían repartido sus propiedades y bienes entre los pobres y que estaban preparados con ese gesto, para recibir y para dar. Pero aquel dominico siempre llevaba cerrado su morral, y sujeto con unas ansias que el escribiente consideraba indignas de un peregrino.

Un buen día, escribía el monje, el extraño dominico se presentó en la puerta del monasterio en un estado físico deplorable. Él mismo llevó el aviso de la presencia del franco hasta el abad, que se negó en redondo a recibirle. Le transmitió el mensaje del abad, y después explicó en su escrito la desolación y el dolor de aquel peregrino dominico ante la puerta de su monasterio: «Me llenó de cristiana ternura la pena profunda de un hombre que parecía derrotado y abandonado por el mundo y por Dios», decía el monje escribiente. No volvió a

saber más de él, pero durante meses pensaba en su rostro y en su actitud cuando se alejaba de la puerta del cenobio con paso lento y renqueante, igual que el que va camino del patíbulo.

—¡He encontrado algo! —dije cuando completé la transcripción—. Aunque no puedo afirmar que se trate de la misma persona, coincide el nombre pero no se da cuenta del apellido.

Carlos y Rachid estuvieron leyendo la transcripción que había hecho en unos folios, mientras el doctor Lovaina seguía enfrascado en el contenido de las cajas que tenía ante sí. De repente dijo:

—¡Aquí está! ¡Lo encontré! —afirmó sonriendo sin dejar de mirar el legajo que tenía entre sus manos—. Esto es lo que te comenté, Carlos, aquí se da cuenta de lo que le ocurrió a ese monje dominico, del que tú me hablaste, Guillaume de Gert.

Cada vez estábamos más cerca de lo que les había sucedido a los hombres que habían tenido alguna relación con la traición a la Orden del Temple.

Entre Carlos y yo fuimos transcribiendo el manuscrito al que hacía referencia el doctor Lovaina, mientras Rachid conversaba con el archivero, que se había acercado hasta el lugar donde nos encontrábamos para interesarse por nuestras investigaciones. En un momento determinado los miré: Rachid escuchaba atentamente al archivero, y me pareció que éste le contaba algo que atraía la atención de Rachid, el cual miraba al suelo, concentrado, sin perder ni una sílaba de lo que estaba oyendo.

—Ya lo tenemos —dijo Carlos, en el momento en que terminamos de transcribir la última palabra—. Este dominico, según el manuscrito, sufrió los mismos males que el caballero De Voisins, murió en la mismo época, concretamente... —Miró los folios de la transcripción.

—El 8 de agosto de 1308 —me adelanté.

Rachid y el archivero se acercaron a la mesa; el doctor Lovaina escuchaba atentamente afirmando con la cabeza cada vez que hablábamos.

—Pero... ¿de qué manuscrito hablamos? —dijo Rachid—. ¿Quién lo escribió y dónde?

—Es un manuscrito firmado por la abadesa de Santa María la Real de las Huelgas —prosiguió Carlos—. Escribe sobre este dominico, de cómo llamó a las puertas del cenobio pocos días antes de morir, concretamente el 4 de agosto; se le atendió, en aras a la caridad cristiana, en el Hospital del Rey adonde fue trasladado de inmediato; pero antes le hizo un ruego a la abadesa: le entregó su

morral para que lo guardara como si fuera un tesoro y le confesó que en dicho morral llevaba un códice de valor incalculable; arrancó a la propia abadesa la promesa que de ninguna manera leería el contenido de dicho códice, por el bien de la humanidad y de toda la cristiandad. La abadesa cumplió su promesa, según cuenta ella misma, y guardó en lugar seguro el morral con el códice secreto del dominico.

»Después supo de la muerte del monje, y dejó escrito este manuscrito para dar cuenta de la entrega que le había hecho y la promesa que ella misma le hizo.

—¿Cómo no encontramos esto hace diez años? —dije extrañada.

—Los archivos se han organizado mucho en los últimos tiempos —intervino el archivero casi disculpándose—. Ha sido una labor lenta y laboriosa y es ahora cuando empezamos a trabajar con verdaderos profesionales archiveros. No es culpa de nadie, pero hasta hace muy poco los archivos eran depósitos de papeles sin clasificar.

—En eso tiene razón —dijo Carlos—. Bien, lo importante es que ya conocemos la trayectoria de los cuatro hombres que tienen relación con nuestro códice.

El archivero miraba atento y, aparentemente, no entendía muy bien lo que decíamos.

—Los dos primeros dominicos murieron en un monasterio a las afueras de París; el caballero De Voisins llegó hasta Valencia, donde murió en agosto de 1308, y el monje dominico que se llevó el códice con el secreto de los templarios, vino a parar a Burgos, donde falleció en la misma época que el anterior.

—Lo más seguro es que siguiera el camino de los miles de peregrinos que se dirigían hacia Santiago, intentando pasar inadvertido entre ellos —puntualizó Rachid.

—De acuerdo con la descripción de la abadesa de las Huelgas, llegó a Burgos con el mismo mal que el caballero De Voisins, «el ataque mágico»: fiebres, vómitos, falta de apetito y degradación física hasta extremos insospechados en esos tiempos. Tampoco se dice nada sobre el lugar donde fue enterrado, aunque seguramente acabaría en una de las fosas comunes que se abrían en las proximidades de las iglesias o de los hospitales.

—Si de algo os sirve mi opinión —dijo el doctor Lovaina—, este hombre tenía todos los síntomas de un cáncer de colon galopante.

—¿Era habitual esta enfermedad en el siglo XIV? —pregunté.



—Bueno, no tenemos muchos datos al respecto, pero no sería demasiado extraño.

—Doctor, ¿ha oído hablar del ataque mágico?

—¡Claro que sí! —contestó de inmediato—. Durante la Edad Media lo utilizaron hombres poderosos contra aquellos que les estorbaban. Aunque hoy en día sería muy difícil demostrar que personajes de toda condición, desde papas y reyes hasta nobles y caballeros, fueron atacados por la magia maligna de sus enemigos y no, simplemente, por una enfermedad inoportuna. De todas formas, hay algunos ámbitos de la ciencia, sobre todo de la parapsicología, que lo admiten como cierto y posible.

—Pero ¿usted cree que es posible aplicar esa magia para matar?

—Bueno —me respondió con gesto de duda—, es una teoría extravagante pero no descabellada.

—¿Lo ves? —exclamé convencida dirigiéndome a Carlos—. Estos hombres pudieron ser atacados por la magia de los templarios. Enterados de la traición del caballero De Voisins, simplemente se los cargaron; igual que harían después con el papa Clemente V, con Felipe el Hermoso y con Nogaret por diferentes razones.

Me miraron con cierta curiosidad y aproveché la ocasión para explicar la teoría sobre las consecuencias de la condena de los templarios.

—El gran maestro, Jacques de Molay, fue condenado a la hoguera en marzo de 1314, junto a otros altos dignatarios de la orden, condena que se ejecutó en una isla del Sena. —Me incorporé un poco hacia delante para captar toda su atención—. Cuenta la leyenda que mientras las llamas alcanzaban altura, Molay, con voz clara y potente, de modo que se pudo oír perfectamente por todos los que estaban allí, se retractó de su inculpación de herejía a la Orden del Temple, obtenida bajo torturas y falsas promesas de sus perseguidores; proclamó la santidad de la orden de la que era maestro y terminó lanzando una maldición contra los responsables de semejante injusticia: los emplazaba ante el tribunal de Dios antes de que transcurriera un año. —Guardé unos instantes de silencio en un intento de mantener el suspense—. Leyenda o no, lo cierto es que Clemente V murió el 20 de abril siguiente de una extraña enfermedad; el rey de Francia, Felipe IV, falleció también dentro del mismo año, concretamente el 29 de noviembre, como consecuencia de una caída de su caballo; el canciller Nogaret, mano ejecutora del turbio proceso contra la orden, corrió la misma suerte que los

anteriores a los pocos meses de la fatídica hoguera. Por último, Esquius de Froyrac, el preceptor templario renegado que denunció a la orden a la que perteneció, murió apuñalado.

»Todo coincide: enterados de la traición quitan de en medio al caballero traidor y a los testigos, como harán después con los artífices directos de la destrucción de los templarios. —Mi entusiasmo aumentaba a medida que descubríamos cosas. Resultaba gratificante hilar acontecimientos que en principio parecían inconexos.

—Es posible —contestó Rachid pensativo—. Ahora tenemos que averiguar en qué momento se cambiaron las cubiertas, por qué y por quién.

—Si en algo los puedo ayudar estaré encantado. —El archivero era un hombre pequeño y enjuto, delgado hasta el extremo, con las cejas muy pobladas y los ojos, de un color indefinido, detrás de unas antiguas y gruesas gafas. Su aspecto no era muy aseado, llevaba una corbata barata cuyo nudo le colgaba con dejadez sobre una camisa de color oscuro que no le pegaba en absoluto. Sus pantalones, grises como él, no habían pasado por el calor de la plancha desde hacía tiempo. Sus manos eran huesudas; sin embargo, sus uñas estaban pulcramente cuidadas, en contraste con su aspecto general.

—Podemos seguir buscando entre todos los legajos que hay de esos años y luego mirar concretamente lo que se refiere a las Huelgas —dijo Rachid—. Deberíamos acudir al archivo del monasterio.

—Hay que concertar la visita con la monja bibliotecaria; de todas formas, ya estuvimos mirando entre los legajos de ese registro durante algunas semanas, cuando se halló el códice, y no encontramos nada. —Miraba a Carlos buscando su aprobación, ya que habíamos ido juntos a realizar aquella infructuosa investigación.

—Habrà que mirar de nuevo —resolvió Rachid—. Es posible que se os hubiera pasado algún detalle, alguna reseña o nota posterior sobre ese códice. Tal vez la abadesa cumpliera su promesa de no leerlo, pero alguien ajeno a dicha promesa lo encontró posteriormente, lo descuadernó, cambió las cubiertas y escondió los bifolios. No sabemos si fue la misma persona, o si fueron varios los que lo hicieron a lo largo de los siglos, pero hay que averiguarlo.

—Parece muy interesante —dijo el archivero con una expresión de curiosidad—. Yo los puedo poner en contacto ahora mismo con las Huelgas, no creo que tengan inconveniente en atenderlos hoy, aunque he de decir que la

monja encargada del archivo es una mujer un poco rara: no le gusta demasiado que los investigadores buceen en los papeles del monasterio; ella dice que luego sacan conclusiones equivocadas de los legajos que estudian.

—¿No le importaría llamarla? Si es usted tan amable, nos haría un gran favor. Tenemos que buscar en ese archivo cuanto antes.

Haciendo una afirmación con la cabeza, se dio media vuelta y se alejó. El doctor Lovaina miró el reloj.

—A mí me tienen que disculpar, pero en media hora tengo una clase. Si no me necesitan más, he de marcharme.

—Le acercaré a la universidad —dijo Carlos levantándose rápidamente.

—No, no, Carlos, muchas gracias, tomaré un taxi; aquí cerca hay una parada, por favor, no se moleste. Ustedes tienen cosas importantes que hacer aquí.

—Pero si no es molestia, tardo unos minutos.

—Le he dicho que no, Carlos, y no hay más que hablar. Usted se queda aquí, tiene muchos legajos que revisar. Les deseo suerte en lo que tienen entre manos, no sé por qué me da la sensación de que la van a necesitar, y si en algo más los puedo ayudar ya saben dónde encontrarme. Buenos días, señores, señorita. —Hizo una pequeña inclinación convencional, y se marchó despacio colocándose la gabardina.

Nos quedamos los tres en silencio mirando hacia la mesa llena de legajos, folios, cajas y bolígrafos. De repente entró el archivero.

—Ya está solucionado, he hablado con una de las monjas y me dice que pueden ir ahora; se admiten visitas hasta la una y media. Y luego por la tarde, desde las cuatro hasta las seis.

—Laura, vaya usted —dijo Rachid—. Nosotros dos nos quedaremos aquí y seguiremos buscando; nos veremos en el hotel a las dos.

Me pareció buena idea y no le contradije. Recogí mis cosas y me fui a las Huelgas. Siguiendo el ejemplo del doctor, cogí un taxi hasta el monasterio. Durante el trayecto me vino a la memoria el cuerpo de Marta, o mejor dicho de Francesca. No daba crédito a lo que había ocurrido, era tan joven, estaba tan llena de vida... Pero ¿de qué vida? ¿Quién manejaba los hilos de sus actos? ¿Quién estaba detrás de su muerte?

Cuando llegué al monasterio, la hermana archivera me estaba esperando. Tenía una figura esquelética, pero caminaba firme y con mucha fuerza. Su sonrisa era desmesurada en comparación con el resto de sus facciones: ojos

pequeños y juntos, cejas espesas y largas, nariz respingona, piel muy blanca. Debía de tener mi edad, pero aparentaba más años. Me tendió la mano acompañada de una sonrisa forzada y, después de las presentaciones, abrió la puerta que daba a un largo pasillo y me indicó que la siguiera. Mientras caminábamos me preguntó qué era exactamente lo que iba buscando. Le hablé del códice encontrado hacía diez años en el coro de la iglesia y de inmediato se paró en seco; con las manos cruzadas sobre su regazo, se me quedó mirando.

—Pero ¿qué les ha dado ahora a todos con ese dichoso códice? Llevo dos semanas sacando información de todo lo referente a ese asunto y sobre los hechos del monasterio en los primeros años del siglo XIV. Es como si a todos los investigadores les hubiera dado por lo mismo. Hay veces que pasan siglos sin que los documentos vean la luz y de repente todos quieren conocer su contenido. —Parecía enfadada, o más bien amargada, diría yo. Inició la marcha de nuevo con pasos pequeños y acelerados sin comprobar si la seguía o no.

—¿Quién ha estado preguntando sobre este tema?

Sus palabras habían despertado mi curiosidad. ¿Quién podría estar interesado en una investigación que llevaba el departamento del profesor Dorado desde hacía años y, precisamente, en esas dos últimas semanas? El corazón se me aceleró a medida que apresuraba el paso para dar alcance a aquella mujer, que a pesar de ser de pequeña estatura iba tan deprisa que me costaba seguirla.

—¡Investigadores, igual que usted!

Su mal humor iba en aumento y yo no supe reaccionar a tiempo.

—Pero... ¿qué investigadores?, ¿quiénes son?, ¿de qué universidad proceden?

Volvió a pararse en seco, y tuve que dar un paso atrás para ponerme a su altura.

—Señorita, le he dicho que son investigadores, así se presentaron. No entiendo a qué viene tanto interés por ellos, buscan exactamente lo mismo que usted, información, y mi obligación es proporcionársela y facilitar la tarea a todo el que venga. —Hizo una pausa y me miró fríamente—. A todos sin excepción.

Me di cuenta de que se había molestado por mis insistentes preguntas e intenté cambiar la táctica. Tenía que saber quién había solicitado la información en las dos últimas semanas.

—Le pido disculpas si le han importunado mis preguntas. —Me miró secamente mientras iniciábamos la marcha—. Pero entienda que todo este asunto me interesa tanto que cualquier colega que haya tenido acceso a un

descubrimiento sería de gran interés para mí conocerlo y poder intercambiar impresiones con él. Tenga en cuenta que llevo con este tema más de diez años. —Esta última frase la pronuncié con un tono de súplica, con la esperanza de la que la archivera se ablandase un poco.

Mantuvo el silencio mientras entrábamos a las dependencias del archivo y seguíamos hacia otra puerta, que abrió y por la que me hizo una indicación para pasar. Me encontré en un aula con mesas y sillas para una veintena de personas. La archivera me indicó que esperase allí un instante. A los pocos segundos regresó, y traía bajo su brazo un cuaderno de cubiertas duras, semejantes a los libros de actas. Lo puso sobre una de las mesas y lo abrió.

—Lo único que le puedo dar son sus nombres, documento de identidad, la universidad de procedencia y las fechas en las que estuvieron aquí. —Su tono había cambiado, ahora se mostraba mucho más condescendiente y amable—. Sobre lo que vieron o encontraron, tendrá que ser usted quien les pregunte a ellos, porque aquí lo desconocemos.

Cogí el cuaderno, intentando mantener toda la serenidad que mis nervios me permitían, y observé los nombres que me indicaba con un dedo índice. Eran tres hombres y una mujer.

—¿Venían juntos o separados? —pregunté de forma ingenua.

—Si no recuerdo mal... —dijo con gesto pensativo—, Miguel Arto y la tal Alicia Bonaloni venían juntos, y Manfredy y Rosso llegaron a diferentes horas, pero estoy segura de que se conocían, porque se saludaron y estuvieron hablando durante un buen rato entre ellos. Todos vinieron por primera vez el mismo día... —mientras me hablaba intentaba quedarme con la mayor parte de la información que tenía delante de mis ojos, temiendo que no me dejase apuntar sus nombres —, y estuvieron aquí exactamente tres días, eso sí, mañana y tarde.

—Y su procedencia...

—De la Universidad de París los dos primeros, y los otros dos de la Universidad de Milán.

—Sus nombres no me suenan. ¿No le importa que tome nota de sus datos? —Por fin me atreví a planteárselo.

Después de dudar unos instantes comentó que no creía que hubiera ningún inconveniente por ello, y con prisas, por si cambiaba de opinión, anoté en mi cuaderno los nombres, la universidad de procedencia y el número de sus

documentos de identidad. En cuanto se llevó el cuaderno y me quedé sola, llamé a Carlos y le conté lo que había ocurrido. Rachid se puso al teléfono y me pidió los datos. Llamaría a sus contactos de la policía para que indagaran sobre ellos.

La archivera me proporcionó todo lo que había en el archivo sobre los primeros veinte años del siglo XIV. Cuando estaba metida entre legajos y manuscritos, recibí la llamada del móvil de Carlos.

—¿Laura?

—Dime, Carlos.

—No, soy Rachid, he estado hablando con mis contactos... tenga mucho cuidado, uno de ellos, el tal Julio Manfredy, no es trigo limpio. Ya le contaré.

—Pero ¿quiénes son? ¿Qué buscaban?

—No le puedo decir mucho por teléfono —noté que bajaba el tono de voz como temeroso de que alguien le pudiera oír—, pero ese Manfredy tiene conexiones con una sociedad secreta; la policía piensa que tiene algo que ver con los masones o los rosacruces, pero a mí me da la sensación de que eso es sólo una tapadera.

—Y de los demás, ¿qué se sabe?

—Nada por ahora; no deben de estar fichados. Por su identificación se trata de ciudadanos italianos. Ahora mismo están indagando sobre ellos; lo que sí es cierto es que ninguno pertenece ni a la Universidad de París ni a la de Milán.

—Son ellos, estoy segura, son ellos... —Estaba tan ensimismada con la conversación que no me di cuenta de que alguien había entrado en el aula donde me encontraba—. ¡Son ellos, Rachid, han estado aquí y nos llevan ventaja!

—Puede que sí, confiemos en que no hayan encontrado nada. Busque información, Laura, tenemos que saber si hay alguna constancia escrita de que el códice que el dominico le entregó a la abadesa fue manipulado y por quién. Y tranquilícese, en cuanto sepamos algo la llamamos, ¿de acuerdo?

Dejé el móvil sobre la mesa a la espera de cualquier noticia de Rachid. Lo que desconocía es que mi teléfono no volvería a sonar, y que, para mi desesperación, se iba a mantener mudo durante mucho tiempo.

Llevé de nuevo toda la atención a los legajos que ya tenía sobre la mesa; de pronto, oí un ruido detrás de mí. Me volví de inmediato. Un hombre de mediana edad se había sentado en el otro extremo del aula, de tal forma que yo no le podía ver; sin embargo, él tenía a la vista cualquiera de mis movimientos. Tenía sobre la mesa un solo legajo que hojeaba sin escribir nada. Al girar la cabeza hacia él, me miró, me dedicó una ligera sonrisa y bajó la vista de nuevo al

legajo. Cuando recuperé mi postura el corazón se me había acelerado de tal forma que tuve que respirar profundamente para conseguir calmarlo, y evitar que no me diera ahí mismo un ataque de ansiedad. Cerré los ojos e intenté tranquilizarme. Me repetía a mí misma el lugar donde me encontraba, en el que nada malo podía pasarme. Tuve miedo y sentía la mirada atenta de aquel hombre clavada en mi espalda. Miré el móvil.

«¡No! —pensé—. No puedo llamar a Carlos para decirle que hay un hombre en el archivo. Me trataría de estúpida, debo calmarme.» Miré el reloj. Me quedaba exactamente una hora antes de que cerrasen el archivo, luego cogería un taxi y me iría al hotel. Debía tranquilizarme y concentrarme en el trabajo.

Llegué a mi habitación cerca de las dos de la tarde. Dejé el abrigo y bajé al comedor para esperar a Carlos y a Rachid. Eran las dos y media y no habían aparecido. No me extrañó, pues el archivero les había dicho que podían estar allí el tiempo que quisieran, porque aunque para el público, en teoría, se cerraba a las dos, él no era partidario de interrumpir a un investigador cuando estaba inmerso en una transcripción. Por eso, en ocasiones, permitía que permanecieran en las dependencias del archivo las horas que hicieran falta, siempre y cuando estuviera él allí, y, generalmente, él se marchaba a las siete de la tarde.

A pesar de ello, llamé al móvil de Carlos: estaba fuera de cobertura o apagado. Me decidí a comer. El camarero me proporcionó un periódico y estuve ojeando las noticias. Me sorprendió no encontrar ni una sola línea sobre el hallazgo del cadáver de la supuesta Marta. Ni tampoco había nada sobre el hombre que apareció muerto en el hotel de Toledo. De todas formas, esto ya nos lo habían comentado Roberto y Juan que, ansiosos por saber qué se decía sobre su hotel en los periódicos, los habían comprado todos, y en ellos no había ni una sola línea sobre el tema, ni siquiera en la sección local.

Cuando terminé de comer, subí a mi habitación. Llevaba el teléfono con el tono más alto. Me pareció de muy mal gusto dejarme plantada de aquella manera. ¿Para qué estaban los teléfonos? Internamente los intenté disculpar con la idea de que pudieran haber encontrado algo interesante y, por ello, estuvieran absortos sin mirar el reloj. Ya nos había pasado antes, y no era nada extraño que la desconexión con el mundo por su parte se hubiera repetido; aunque, en este caso, esa desconexión la estuviera sufriendo yo.

A las tres y media de la tarde tomé de nuevo un taxi en dirección al monasterio de las Huelgas para continuar con mi investigación. Me puse a trabajar en la última de las mesas del aula, para que si alguien entraba fuera yo la que le tuviera a la vista y no al revés. Pero nadie entró esa tarde. Ni siquiera volví a ver a la monja archivera de la mañana; en su lugar me atendió una mujer, que me pareció que no tenía nada de monja o de religiosa; alta y delgada, y con un gesto arisco en el rostro.

Mi móvil se mantuvo mudo. Intenté llamarlos en varias ocasiones, pero siempre salía la misma cantinela, apagado o fuera de cobertura. «¡Se habrá quedado sin batería!», me decía a mí misma para evitar que unos precipitados nervios se apoderasen de mí.

Seguí mirando legajos y más legajos; algunos de ellos ya los conocía por haberlos estudiado en años pasados. Una monja menuda y regordeta se asomó al aula y me indicó, en voz muy suave y amable, que me quedaban diez minutos. Recogí las cosas. Al día siguiente volvería de nuevo. Tan sólo me había dado tiempo a mirar los legajos y manuscritos fechados hasta marzo de 1308; por lo tanto, tenía mucho trabajo por delante al día siguiente.

Cuando llegué al hotel miré, sin éxito, si se encontraban en la cafetería. Pasé por delante de la puerta de su habitación y llamé varias veces sin obtener respuesta. Algo desconcertada por la situación, entré en la mía y me dispuse a esperar a que Carlos y Rachid me avisaran de su llegada.

Respiré hondo, me senté sobre la cama y saqué de mi bolso el cuaderno de Rachid para leerlo mientras los esperaba.



Los pasos de Santiago eran rápidos y firmes en la soledad de aquella inmensa tierra inhóspita en medio de la nada. A su mente venía una y otra vez la conversación que mantuvo con el Maestro y su temor por su esposa y su hijo. Además, ya conocía el nuevo estado de preñez de María Magdalena, era necesario protegerlos; le prometió a Jesús que, cuando ocurriera lo inevitable, cuidaría del pequeño con su propia vida; habían hablado sobre lo que sería más conveniente para garantizar su protección, y habían llegado a la conclusión de que lo mejor era separarlos; la madre y el niño no podían viajar juntos, era demasiado peligroso para ellos. Era necesario que huyeran a lugares diferentes. Después de lo que había sucedido, el recuerdo de las palabras del Maestro le martilleaba en el interior de su cabeza: se había comprometido a cuidar del pequeño. Caminaba deprisa, con los dientes y los puños prietos, con la mirada perdida en el horizonte en un intento de alcanzar a la comitiva en la que debía ir. Le atormentaba la idea de que les hubiera pasado algo. Los peligros en aquellas tierras eran grandes y acechaban a cada paso de los caminantes. Debía darse prisa. Debía alcanzarlos para cumplir con su cometido.

El sol le calentaba el rostro y el sudor le caía por la frente hasta empapar el manto con el que se resguardaba de la implacable luz. El aire que respiraba era como una lija en su garganta seca. No sentía el cansancio, no podía sentirlo, tenía que caminar hasta llegar a su lado, para coger al hijo de su Maestro y llevarle a un lugar seguro, lejos de la maldad y la muerte segura que le esperaba si llegaban a encontrarle.

Se dio cuenta de que ya no caminaba; sus pasos eran tan rápidos que casi corría, en una especie de locura que le alejaba de la sensación de sed y de su propio cansancio. De pronto vio algo a lo lejos: una pequeña nube de polvo le indicó el lugar por el que caminaba la comitiva. Su corazón se aceleró, se humedeció los labios y apresuró el paso.

Cuando estaba lo suficientemente cerca, gritó; la madre se volvió y, con ella, se detuvo todo el cortejo. Quedaron unos instantes en silencio, observando la figura renqueante que se les acercaba moviendo las manos y gritando.

—¡Es Santiago! —dijo María Magdalena con el rostro iluminado por la alegría—. ¡Es él!, ¿no le veis? —les indicaba a todos como si no le tuvieran a la vista, como si quisiera señalar exactamente el lugar por donde se aproximaba.

Sintió una sensación de sosiego; había temido que algo malo le hubiera pasado cuando comprobó que no había acudido al sepulcro. Pero él estaba allí. Ahora se podría cumplir lo que se había dispuesto. A los abrazos y los llantos por el recién llegado siguieron las preguntas por el estado de las cosas en Jerusalén. Nada les pudo responder porque nada sabía. Tan sólo les contó el hallazgo del sepulcro vacío y su desolación al comprender su error, su olvido. Sucumbió de nuevo al sollozo, consolado por los tiernos abrazos de su madre.

No pararon la marcha. Debían continuar. Resultaba peligroso mantenerse en tierras de Judea. Debían llegar a la ribera del río Jordán; allí los esperaban un grupo de los llamados esenios, que se encargarían de trasladarlos a la otra orilla. Desde allí irían hacia el sur, en dirección a tierras nabateas. Todos excepto Santiago, que marcharía hacia el norte, hacia Fenicia, llevando consigo al niño, en un intento de llegar hasta la costa.

Un grupo de unos diez hombres los esperaban impacientes, temerosos de que hubieran tenido algún encuentro con los indeseables salteadores que abundaban en esas tierras desérticas. Los recibieron inclinándose reverentemente, mostrando su respeto hacia el cadáver que transportaban. Saludaron a las dos mujeres y luego a los hombres que las acompañaban. Mientras que unos les ofrecían agua y alimento, otros se encargaron del cuerpo embalsamado del Maestro. Lo tomaron con cuidado del carro y, de forma escrupulosa, untaron aceites y perfumes al lienzo, para luego depositarlo sobre un cajón de madera. Después, seis de ellos colocaron el cadáver sobre la barca, preparada ya para emprender el viaje a la orilla oriental.

Cuando todo estuvo dispuesto, subieron a la embarcación. María Magdalena, que llevaba de la mano a su hijo, se sentó y le abrazó con fuerza. Sabía que pronto debía separarse de esa criatura fruto del amor y que lo más probable es que no volviera a verle jamás. El corazón volvía a romperse en mil pedazos. Sabía que era la voluntad de Jesús y conocía el peligro de la huida junto a ella. Su embarazo de cuatro meses suponía otra nueva esperanza de descendencia. Debían preservarla de los riesgos que los acechaban tras la muerte de Jesús. Intentarían acabar con cualquier vestigio del Maestro, y si se separaban tendrían más oportunidades de sobrevivir.

Llegaron a la otra orilla. María Magdalena se bajó de la barca y se acercó a Santiago, que esperaba con la mirada baja, conociendo el dolor que aquella mujer iba a sufrir de nuevo.

—Santiago, aquí te dejo mi vida —dijo con lágrimas contenidas—. Cúidale como si se tratase de la tuya propia.

—María —hizo un gesto reverencial con el rostro—, no dudes de que seré el guardián y el protector de tu hijo amado, se lo prometí al Maestro, mi querido hermano, y te lo reitero a ti. No temas por su seguridad. Voy hacia territorio más tranquilo. Tengo buenos amigos en Samaria, allí nos proporcionarán protección. Después, cuando las cosas se calmen un poco, partiremos hacia el oeste por el mar. Ya recibiréis noticias mías. Os las haré llegar, os lo prometo.

María Magdalena miró con tristeza a Santiago. Su confianza en aquel hombre al que iba a dejar el destino incierto de su hijo era absoluta, pero sentía de nuevo el angustioso ahogo de la despedida. Se volvió despacio hacia el niño, que se agarraba a sus ropas, cansado, para que le cogiera en brazos. Mientras los esenios, ayudados por José de Arimatea y sus sirvientes, preparaban todo para el largo viaje, se sentó sobre una roca y cogió al pequeño en su regazo. Comenzó a arrullarle con una canción dulce y tenue, apenas perceptible a los oídos del chiquillo que mirando el rostro de su madre iba poco a poco cayendo en un profundo sueño.

Me despertó el tosco claxon de un camión desde la calle. Por un instante no supe dónde me encontraba, tendida sobre la cama, a oscuras, con la única claridad que entraba a través de la ventana procedente de las luces de los comercios y de las farolas de la calle. Me dio un escalofrío. Estaba helada. Todavía desconcertada me incorporé, encendí la luz y pude ver el cuaderno de Rachid que se encontraba junto a mí. El contenido de aquel cuaderno era fascinante. ¿Qué tendría de cierta toda esa historia? Tenía que hablar con Rachid sobre el tema.

Miré el reloj. ¡Eran casi las once de la noche! Seguro que Carlos y Rachid me habían llamado y no les había oído. Cogí el móvil: nada, ni una sola llamada. Marqué de inmediato el número de Carlos. «El móvil al que usted llama está...» Colgué el teléfono, no soportaba aquel mensaje. Tomé el auricular de la mesilla. Llamé a la habitación 510. Nadie contestó. Me levanté de un salto. Me arreglé un poco el pelo y bajé a recepción. Antes de preguntar fui hacia el restaurante del hotel, pero ya estaban cerrando y un camarero me indicó amablemente que podía tomar algo en la cafetería.

Me dirigí a la recepción.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señorita. ¿En qué puedo ayudarla? —Un hombre alto y excesivamente delgado levantó la mirada para dedicarme su atención, ocupada hasta entonces por unos papeles.

—Quería saber si los dos hombres que venían conmigo ayer han regresado o si han dejado algún mensaje para mí.

—¿En qué habitación se alojan? —dijo fijando la vista en la pantalla del ordenador.

—En la 510.

Después de unos instantes de silencio, y sin dejar de mirar la pantalla dijo:

—Estos señores han abonado la cuenta y se han marchado.

—¿Cómo?

—Que se han ido. —Esta vez sí que me miró. Ante mi cara de sorpresa volvió de nuevo a mirar la pantalla—. Según veo en el ordenador, el señor Carlos Trillo dejó abonada la cuenta de la habitación mediante un número de tarjeta Visa.

—Pero ¡no puede ser! —intenté mirar a la pantalla del ordenador poniendo parte de mi cuerpo sobre el mostrador—. Se ha tenido que confundir. Mire otra vez.

Noté que el recepcionista se incomodó por mi actitud.

—Le vuelvo a repetir que el señor Trillo ha pagado su cuenta. La habitación 510, de hecho, estará ocupada esta noche por otras personas.

—Pero ¿cuándo? ¿Cómo... cómo no me han avisado? —dije desconcertada, con un tono exigente.

—No le puedo decir, mi turno empezó a las tres de la tarde y el abono se lo hicieron a mi compañera de la mañana.

El hombre, intentando mantener la compostura, volvió a mirar hacia el ordenador. Tecleó varias veces y dijo:

—Parece que el señor Trillo hizo el pago telefónicamente, y hay una orden de que se guarde su equipaje y se lo entreguen a la señorita Laura Escudero, de la habitación 524. ¿Es usted la señorita Escudero?

No le contesté de inmediato. Estaba intentando asimilar lo que estaba ocurriendo. No entendía nada. En mi cabeza bullían mil ideas.

—Sí... soy yo —dije mirando al vacío.

—¿Quiere que le lleven el equipaje a su habitación?

No le escuchaba. Mil pensamientos pasaban por mi mente. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Adónde se habían ido? ¿Por qué me dejaban sola allí? ¿Por qué no me avisaron? ¿Qué clase de broma pesada era todo aquello? Me di la vuelta y una voz llamó mi atención.

—Señorita, señorita.

Miré al recepcionista como si fuera un zombi.

—¿Se encuentra bien? —El hombre tenía un gesto de preocupación.

Asentí sin decir nada.

—¿Desea que le llevemos el equipaje del señor Trillo a su habitación?

Volví a asentir, dándome la vuelta sin decir nada. ¿Qué debía hacer ahora? Saqué el móvil del bolso y busqué el número de teléfono de Carlos y marqué. Lo colgué, angustiada, de inmediato. Las lágrimas estaban a punto de salir. Apenas veía lo que tenía a mi alrededor. Tenía dificultad para respirar. Me dirigí

despacio hacia la puerta y salí a la calle. Ya no había mucho tráfico y la poca gente que se veía caminaba deprisa, enfundada en sus abrigos y bufandas. Sentí un golpe helado en la cara y respiré hondo. Cerré los ojos intentando pensar cómo debía actuar. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. La temperatura era muy baja y no llevaba el abrigo. Me encogí sobre mí misma y me apoyé en la pared, junto a la puerta. El vaho me salía a bocanadas de la boca al compás de mi agitada respiración. No me encontraba bien. Tenía una presión en el pecho que me asustaba. Un sentimiento de impotencia se apoderó de mí. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué me había metido en aquel lío? Hacía una semana, tan sólo una semana, estaba en mi apartamento de Salamanca, con un trabajo cómodo, una vida ordenada y un mundo tranquilo, sin sobresaltos. Nada me alteraba. Y ahora me encontraba en Burgos sola como una estúpida, sin coche y sin saber exactamente qué debía hacer. Sentí un frío espantoso. Perdí la noción del tiempo que estuve a la intemperie hasta que empecé a temblar descontroladamente; subí a la habitación encogida sobre mí misma. Cuando pasé delante de la recepción noté que el hombre que me había atendido me seguía con la mirada, pero no dijo nada.

Cerré de un portazo. Me tropecé con algo y en la penumbra pude ver el equipaje de Rachid y Carlos que me acababan de dejar en la habitación. Ni siquiera encendí la luz. La rabia se mezclaba con el desconcierto. ¿Qué había podido pasar? Sentía un frío espantoso por todo el cuerpo. Me tumbé sobre la cama y me acurruqué en un gesto instintivo de protección de todo. Me arropé con la colcha mientras mi mirada quedaba fija sobre la ventana. No oía nada. No veía nada.

Abrí los ojos y, por la claridad que entraba a través de la ventana, supe que estaba amaneciendo. Intenté levantarme pero me volví a tumbar de inmediato. Me sentí mareada. Tenía mucho frío y me dolía todo el cuerpo como si me hubieran dado una paliza. Me quedé un rato encogida, inmóvil, en silencio, pensando. Decidí entonces acudir a Toledo a por la cartera con el pergamino y los códices. «Eso es —pensé—. Lo primero que haré será ir a buscar la cartera. Luego ya veré cómo proceder ante esta absurda situación.»

Me levanté con dificultad. El tiempo que estuve en la puerta del hotel la noche anterior había sido suficiente para coger algo de frío, y noté que al tragar la garganta me ardía, y sentía escalofríos febriles. Antes de entrar en el baño vi la maleta de Carlos y la bolsa de Rachid. Aunque en un principio lo descarté, al final decidí mirar en su interior. «¿No se han ido ellos sin darme ninguna explicación? —pensé mientras depositaba la maleta de Carlos sobre la cama—. Pues yo no tengo por qué ser discreta en este caso.»

Estuve mirando el equipaje de ambos. Únicamente encontré su ropa y utensilios de aseo, nada que pudiera darme alguna pista de su repentina desaparición.

Mientras me duchaba, estuve pensando en lo que me dijo el recepcionista la noche anterior. Yo había hablado con Rachid sobre las doce y media, por tanto, Carlos debió de llamar antes de las tres para abonar la habitación del hotel. Algo sucedió durante ese tiempo para que cambiasen de esa manera sus planes y me dejaran sola. Tenía que llamar al archivero para preguntarle si sabía algo.

De repente una angustiosa idea me vino a la mente: la imagen de aquella chica, Francesca, muerta a la orilla del Tajo; me horrorizó pensar que les pudiera haber ocurrido algo grave. Intenté quitar de la mente ese pensamiento. «Si algo malo les hubiera ocurrido ya me habría enterado, estoy segura; las malas noticias enseguida se saben.» Tenía que encontrarlos, tenía que saber qué había ocurrido.

Cuando bajé a la recepción no estaba el hombre que me había atendido la noche anterior. Había una mujer rubia, aproximadamente de mi edad, que me saludó con una amplia sonrisa.

—Buenos días.

—Buenos días, la cuenta de la 524, por favor.

—¿Es usted Laura Escudero?

—Sí, soy yo.

—Verá, ayer llamó... —cogió una nota que tenía bajo el mostrador y leyó el nombre escrito en ella—, don Carlos Trillo, y me dio un recado para usted.

—¿Qué dijo? —Me acerqué todo lo que pude hacia ella.

—Me insistió en que se lo comunicara personalmente —aseguró despacio mirándome—, dijo que se habían visto obligados a ausentarse, que usted lo entendería y sabría qué era lo que debía hacer. Repito que me insistió que se lo dijera personalmente, por eso no le he dejado el mensaje en su habitación ni a ningún compañero.

Se quedó mirándome y ambas guardamos un extraño silencio.

—¿Recuerda a qué hora llamó?

—Sí, eran cerca de las dos.

—¿Nada más? ¿Notó algo raro en su voz? ¿Estaba nervioso?

Quedó pensativa unos instantes.

—Lo único que le puedo decir es que me insistió varias veces en que le transmitiera exactamente lo que él me decía, y que lo hiciera personalmente, como ya le he dicho. —Me dedicó una ligera sonrisa y me tendió el papel donde había escrito la nota.

Lo cogí despacio y lo leí varias veces. Carlos me había querido decir algo. Pero ¿qué era exactamente? Miré el reloj, eran las ocho y media de la mañana; el archivo ya estaría abierto.

—¿Me podría facilitar el teléfono del Archivo Histórico?

Con un gesto de afirmación, se dirigió a una guía, hojeó unas páginas y me apuntó el número.

—Puede llamar desde allí —me dijo señalando hacia una cabina.

El archivero respondió a la llamada y, después de preguntarle por mis dos compañeros, me contestó un poco molesto:

—Sí, se marcharon después de la una, no sabría decirle exactamente la hora, lo que sí le aseguro es que lo hicieron de una forma precipitada, sin dignarse a recoger los legajos y manuscritos que ellos habían sacado de las cajas. Me pareció que de pronto tenían mucha prisa. —Su voz tenía un tono de

reproche—. Lo normal es que, después de acabar de ver un legajo, manuscrito o cualquier otro documento se dejen colocados, al menos en el interior de las cajas de donde se han extraído.

Sin hacer mucho caso de sus quejas, insistí con mis preguntas.

—Pero ¿vio algo extraño en su actitud, algo que le llamase la atención? ¿Los notó nerviosos?

—No sabría decirle... —dudó unos segundos—, lo único que noté es que tenían mucha prisa, y dejaron todo empantanado, y ya sabe usted que estas cosas... el que las utiliza las tiene que recoger; si todos actuaran así, imagínese, sería un caos.

—Ya, ya lo sé, pero ¿vio algo raro en ellos? —reiteré.

—Bueno, la última vez que los vi trabajando, unos dos minutos antes de marcharse, se encontraban muy tranquilos, charlando sobre un legajo que tenían sobre la mesa. ¡Ah!, ahora que recuerdo, en ese momento sonó el móvil de uno de sus amigos, y yo diría que no le debían de estar dando buenas noticias a juzgar por su gesto. Después de eso salí de la estancia y, de repente, los vi pasar por delante de mí como una exhalación, sin apenas decir adiós. Cuando vi cómo lo habían dejado todo le aseguro que...

—Ya me imagino —le corté—. Otra cosa, ¿estaban solos cuando se marcharon o entró alguien más en el archivo?

—Déjeme pensar... No, no estaban solos, unos minutos antes de salir ellos entraron dos personas; eran investigadores de una universidad italiana, no recuerdo ahora el nombre, se lo tendría que mirar, pero no eran desconocidos para mí, ya han estado otras veces aquí. Aparte de ellos, no recuerdo que entrara nadie más.

—¿De una universidad italiana? ¿Me podría indicar sus nombres? Por favor, es muy importante.

—Espere un instante que lo mire. —El teléfono se mantuvo en silencio durante unos segundos que a mí me parecieron eternos—. Aquí están: una mujer de nombre Alicia Bonaloni y un caballero, Piero Rosso.

El alma se me cayó a los pies. ¡Eran dos de ellos! Los mismos de los que me había advertido Rachid. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Una última cosa y ya no le molesto más: ¿recuerda a qué hora se marcharon?

—Ya le he dicho y le repito —su tono era cada vez más impaciente—, que no lo sé, sería más de la una pero no lo recuerdo, no me fijé en la hora. —



Mantuvo un silencio que no interrumpí para que se concentrase todo lo posible —. Entre la una y una y media, si le vale de algo.

Volví a agradecer su atención. Algo o alguien los hizo marcharse precipitadamente. Hasta ahí lo tenía bastante claro, tan precipitadamente que no pudieron ni siquiera avisarme, y ese algo podía proceder o de la llamada que recibió Rachid o de los dos individuos que entraron unos minutos antes de marcharse. Pero seguía sin entender algo para mí muy simple en aquel momento: ¿por qué no me llamaron al móvil?

Llegué a la estación de Burgos pasadas las nueve de la mañana. Estaba decidida a ir a Toledo a por la cartera. Salía un tren para Madrid a las diez y desde allí podría enlazar hasta Toledo.

Me senté en la cafetería a comer algo; me encontraba totalmente desfallecida y con dolor de cabeza. Después de un café caliente y un analgésico me sentí algo mejor. Trataba de atar cabos para entender lo que había sucedido con Carlos y Rachid.

Ya en el tren, intentaba como podía colocar el equipaje en los estantes superiores cuando de repente alguien se me acercó por detrás.

—¿Necesita ayuda?

Me asusté y me volví como un resorte; la maleta de Carlos, que estaba a punto de colocar, se cayó de mis manos.

—No pretendía asustarla, sólo quería ofrecerle ayuda. —El hombre que me hablaba a escasos diez centímetros de la cara era un tipo apuesto: alto, guapo, con unas facciones perfectas y unos impresionantes ojos vivos del color de la miel. Su voz era suave y acompasada, con un acento extraño que le hacía más interesante. Pero instintivamente desconfié de él y, poniendo un gesto arisco, me eché hacia atrás con un movimiento brusco.

—No, gracias, puedo yo sola.

Mis movimientos eran torpes mientras intentaba coger la maleta de Carlos, mi bolso y la bolsa de Rachid. Él no se movió del sitio, y cuando se me volvió a caer la maleta de Carlos, sin decirme nada, la cogió, la subió sin ningún esfuerzo y la colocó. Después, cogió la mía y la bolsa de Rachid e hizo lo mismo. Cuando terminó, me dedicó una sonrisa cautivadora.

Me sentí un poco ridícula, en medio del pasillo ante aquel hombre, entorpeciendo el paso a las personas que intentaban llegar a su sitio. Le dije un gracias envuelto en una leve sonrisa y me senté bajando la mirada.

—Perdone.

Alcé la vista y allí seguía aquel adonis delante de mis narices. ¿Qué quería ahora?

—Me temo que éste es mi sitio. —Tenía su billete en la mano y, sin borrar el gesto amable de su rostro, me mostraba el número del asiento.

Yo seguí con mi torpeza. Aquel hombre me estaba poniendo nerviosa y no entendía muy bien por qué. Saqué mi billete del bolso, lo miré y me di cuenta de que tenía razón. Mi asiento era el de la ventanilla y me había sentado junto al pasillo.

—Disculpe, no me he dado cuenta —dije levantándome rápidamente y ocupando mi sitio.

Él me dio las gracias, colocó su equipaje y se sentó.

Miré por la ventanilla hacia el andén. No tenía muchas ganas de entablar conversación. Veía pasar a la gente hacia un lado y hacia otro: algunos se despedían, otros buscaban con cierto aire de despiste el número de su vagón; de repente le vi; me puse tensa, era el mismo hombre que se había sentado el día anterior al final del aula del Archivo de las Huelgas. Pasó delante de mí y pude ver cómo se subía en el vagón en el que me encontraba. El corazón se me aceleró, me había puesto nerviosa. De pronto me dio la sensación de que me estaban siguiendo, de que me observaban. Le vi aparecer por el pasillo y nuestras miradas se cruzaron. Clavó sus ojos en los míos. Entonces el corazón se me paralizó, el tiempo se detuvo y mi mente quedó totalmente en blanco. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Noté una presión en el brazo y comencé a oír la voz suave de mi acompañante, como si volviera de un profundo sueño.

—¿Se encuentra bien?

Me giré hacia él sin mirarle, totalmente abstraída. Mi mente recordó de inmediato la sensación que hacía justo una semana había tenido en la ventana de mi despacho con el hombre que luego apareció muerto en el hotel de Toledo.

—¿Se encuentra bien? —repitió.

Mi vista se fijó en aquellos fascinantes ojos. Le miré durante unos instantes y reaccioné.

—Oh, sí, lo siento, no me pasa nada —dije incorporándome un poco en el asiento—, estoy algo destemplada, eso es todo, gracias.

Levanté la mirada hacia donde había visto a aquel hombre. ¡No estaba! Me levanté y miré una por una a todas las personas que había en el vagón, la mayoría de ellas ya acomodadas en sus asientos. Ni rastro de ese hombre. Me senté y cerré los ojos. No quería pensar. No quería sentir miedo.

Noté la presencia de mi compañero de viaje. «Estoy segura de que cree que estoy loca», pensé. Respiré profundamente y abrí los ojos. Le miré y le sonreí.

—¿Se encuentra mejor? Parece que hubiera visto un fantasma.

Era encantador. Su voz suave y amable me entraba delicadamente a través de los oídos provocando en mí una sensación de tranquilidad y sosiego. Su mirada era dulce y atenta. Sus gestos delicados le daban la apariencia de ser un hombre preparado y culto. Miré de reojo su aspecto, iba impecable, con ropa cara y de marca. Me sentí ruborizada tan sólo con mirarle.

—Me pareció ver a alguien conocido —musité—, pero he debido de equivocarme.

El tren se puso en marcha. Apenas hablé durante el trayecto. Mis pensamientos pasaban de un acontecimiento a otro. Ese rostro y, sobre todo, la mirada fría de aquel hombre la tenía grabada en mi mente. Cada vez que alguien se levantaba o entraba en el vagón en una dirección o en otra, mi mirada se alzaba intentando localizarle de nuevo.

Me preguntaba constantemente dónde estarían Rachid y Carlos. Sentía una soledad tremenda. Siempre había estado sola, eso ya había dejado de ser un problema para mí, estaba acostumbrada; sin embargo, ahora los echaba de menos. A pesar de que tan sólo hacía una semana que Carlos había llamado a la puerta de mi apartamento, me parecía que había pasado una eternidad con él, y lo mismo me ocurría con Rachid. Las lágrimas me brotaban en algunos momentos y, para evitar que mi compañero de asiento me viera, volvía la cabeza hacia la ventanilla.

Mientras veía pasar delante de mis ojos los extensos campos de Castilla, pensaba en cómo recoger mi cartera del despacho de Rachid. Tenía las llaves y la contraseña, sí, pero ¿cómo entraría en el Centro de Documentación sin que nadie me hiciera preguntas? Estuve pensando varias posibilidades, pero todas me parecían absurdas o imposibles.

Llegué a Madrid y me despedí de mi compañero de viaje, quien, con una exquisita amabilidad, me ayudó a bajar todo el equipaje. Después se perdió entre la gente.

Tomé un taxi en dirección a la estación de Atocha y cogí un tren hacia

Toledo. Apenas llevábamos media hora de trayecto cuando un hombre situado dos asientos delante del mío se levantó. Era de nuevo aquel hombre de gélida mirada. Volví la cara, no quería mirarle. El corazón se me aceleró cuando de reojo pude ver cómo pasaba junto a mi asiento. Su respiración se me quedó gravada, era pesada, profunda, como si le costase dar cada bocanada. «¡Me está siguiendo!», pensé aterrada, y me hundí en el asiento con un escalofrío en el cuerpo. Me vino de nuevo a la mente la imagen de Carlos y de Rachid. De pronto me di cuenta de lo mucho que los necesitaba; con ellos me sentía protegida y segura.

No volví a verle porque no regresó a su asiento. Cuando llegué a Toledo, miré a un lado y a otro. Desconfiaba de cualquier persona que me dedicase un simple vistazo. Salí de la estación y tomé un taxi hacia La Almunia de San Miguel.

Roberto y Juan, después de la sorpresa del primer momento, me recibieron derrochando amabilidad por tenerme de nuevo en su establecimiento.

Intenté esquivar las verdaderas razones de mi regreso a Toledo con escuetas explicaciones, dejé las maletas en mi habitación y me dirigí al centro de documentación. Como me temía, mis súplicas al portero fueron inútiles: sin acreditación no me podía permitir el paso a las estancias administrativas.

Me quedé a un lado de la puerta de acceso. «Tengo la llave del centro y la del despacho de Rachid, por tanto, no necesito que me permitan el acceso. Esta noche entraré sin que me lo impida ningún portero inoportuno.»

Estaba totalmente decidida a acceder a aquel despacho de una forma u otra y recuperar lo que era mío. Si eso me hubiera pasado tan sólo una semana antes, de ninguna manera hubiera pensado así, pero las circunstancias de mi vida habían cambiado mucho en los últimos días y mi obsesión era no perder aquellos documentos. Tenía la corazonada de que la clave de algo muy importante se encontraba en el interior de aquella cartera que debía recuperar.

Me senté en una cafetería cercana para dejar pasar el tiempo. A las once y media de la noche, al amparo de la quietud de las calles desiertas y con un frío de muerte, me acerqué como un furtivo a las puertas de acceso al edificio de oficinas del museo. No había nadie en los alrededores. El corazón se me aceleraba según iba avanzando. «¿Y si me pillan? Pensarán que voy a robar...» Mis pensamientos se amontonaban y estuve a punto de desistir porque estaba al borde de un colapso nervioso, pero al final respiré hondo: «Tengo que recuperar

mi cartera, a eso he venido, tengo que hacerlo, entraré, la cogeré y me marcharé», me repetía a mí misma una y otra vez. «No pasa nada, tengo las llaves, Rachid responderá de ello.»

Llegué hasta la puerta y la abrí sin dificultad. Eché la llave una vez que estuve dentro. El corazón estaba a punto de estallarme, podía notar los latidos como si tuviera un tambor redoblando pegado a mis oídos. Intenté calmarme manteniendo el ritmo de la respiración. El amplio vestíbulo que se abría ante mí estaba tenuemente iluminado por unas luces de emergencia. Reinaba un silencio absoluto, tanto que, al comenzar a caminar, mis pasos retumbaron en toda la estancia como si tuvieran eco. Intenté ir más despacio y hacer menos ruido. Me dirigí hacia el despacho de Rachid. Abrí la puerta. La oscuridad en su interior era casi absoluta porque sólo entraba, a través de la ventana, un reflejo escaso procedente de las luces de la calle. Entré y entorné la puerta. Fui avanzando lentamente, palpando la pared para llegar al lugar donde se encontraba la caja. «Tendré que dar una luz para ver la combinación —pensé mientras me movía—, pero ¿y si alguien la ve desde la calle, llama a la policía y me detienen...?» Sentí que me ahogaba. De pronto me vi allí, en un despacho ajeno, a oscuras, como si fuera una ladrona. Tuve la intención de salir corriendo, pero ya estaba junto a la caja. Intenté tranquilizarme por enésima vez. Saqué el papel donde Rachid había apuntado la clave. Entre las sombras pude ver la lámpara sobre la mesa de Rachid. No lo pensé más: la encendí, me volví hacia la caja fuerte, y giré la rosca según los números indicados. Mis manos temblaban de forma casi descontrolada. Oí el chasquido de apertura. Abrí despacio la pequeña puerta de hierro y metí la mano. ¡Dios mío! Estuve a punto de dar un grito. ¡Estaba vacío! Palpé con la mano por todo el fondo de la caja fuerte. Nada. Rachid me había engañado, se había llevado la cartera. Me volví con los ojos llenos de lágrimas. Ya no sentía temor, todas mis sensaciones se habían convertido en rabia. Una rabia contenida por haber sido tan necia y haber actuado con tanta ingenuidad.

Me senté en el suelo y me puse a llorar sin pensar en el ruido que mis sollozos producían en el silencio de aquel edificio. Se me caía el mundo encima, me encontraba derrotada, engañada y me sentía una estúpida. ¿Cómo me había podido pasar?

Desahugué mi desilusión y mi aparente derrota sin darme cuenta de que no estaba sola; alguien, escondido en la oscuridad, estaba observando todos mis movimientos.

Al cabo de un rato dejé de llorar, pero me mantuve sentada en el suelo con la mirada perdida, pensando en qué debía hacer. Estaba muy confusa. Entonces oí un golpe seco que procedía de la estancia contigua al despacho de Rachid donde Carlos y yo habíamos estado manejando los ordenadores. Me incorporé, apagué la luz y me agaché de nuevo junto a la mesa. Casi no respiraba, intentando oír algo en aquel oscuro silencio que me ahogaba. Oí un crujido y asomé la cabeza por detrás de la mesa pensando que los latidos de mi corazón me iban a delatar. No parpadeaba para no dejar de mirar ni un instante hacia la puerta de entrada que yo había dejado entornada. Entre las sombras de la estancia pude ver con terror que se estaba abriendo despacio, e inmediatamente vislumbré la silueta de un hombre. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. Pensé en salir corriendo, la sorpresa podría ser mi aliada, pero estaba bloqueada, en aquel momento me sentía incapaz de mover un solo músculo. La cabeza estuvo a punto de estallarme por los nervios cuando pude observar cómo la silueta daba un paso hacia el interior.

—¿Laura? —oí un susurro apenas perceptible. El corazón me latía con tanta fuerza que me costaba respirar—. Laura, no se asuste, no pretendo hacerle ningún daño, me envía Rachid.

Hubo un silencio. Le enviaba Rachid. Estuve a punto de saltar y abrazarme a esa sombra como el que se agarra a un clavo ardiendo, pero pensé en la posibilidad de que no fuera cierto lo que estaba diciendo. Debía ser cauta, si me encontraba en aquella situación era precisamente por ser confiada.

—Laura, se lo ruego, salga de ahí, aquí no estamos seguros y tenemos que hablar. Me recordará, me senté junto a usted en el tren que nos trajo hasta Madrid. ¿Se acuerda?

Entonces identifiqué la voz. Aunque hablaba casi en un susurro tenía ese acento extranjero que la hacía muy peculiar.

—Tengo la cartera que había en la caja fuerte. Rachid me encargó que la recogiera.

En ese momento hice un movimiento. La sombra se acercó despacio hacia donde me encontraba. Cuando llegó a mi altura se detuvo y se agachó frente a mí.

—Hola, Laura.

—¿Qué hace usted aquí?

Mi tono de voz era demasiado alto y el hombre me hizo un gesto para que hablase más bajo.

—¿Qué significa todo esto? —pregunté en un susurro—. ¿Quién es usted?

—Eso no importa ahora, tenemos que salir de aquí. Ya le he dicho que he venido a por esto. —Me hizo un gesto y pude ver en la oscuridad la sombra de mi cartera que colgaba de su hombro derecho—. Lo que no sabía es que usted había tenido la misma idea.

—¡Eso es mío! —le dije con enfado.

—Lo sé —volvió a hacer un gesto para que bajase la voz mirando de vez en cuando a su alrededor como si tuviera el temor de que alguien pudiera aparecer en cualquier momento—, pero Rachid me pidió que la recogiera y la guardase en un lugar seguro. No imaginé que usted tuviera el mismo destino que yo. Creí que desde Madrid había regresado a Zaragoza.

—¿Dónde están Rachid y Carlos?

—Eso lo tiene que averiguar usted. Yo sólo he venido a por la cartera. Ahora debemos salir de aquí. Este lugar ya no resulta seguro.

—¡Deme mi cartera! —le exigí.

—Salgamos de aquí, por favor, Laura, estamos en peligro. Seguro que vienen a buscar lo mismo que nosotros.

—Pero ¿quién?

—Ellos.

No dijo nada más, se levantó y me cogió con fuerza del brazo para que yo hiciera lo mismo. En la oscuridad de la estancia podía percibir cada vez con mayor nitidez las facciones del hombre que tenía delante de mí. Me dejé llevar por él en silencio. Caminábamos mirando hacia todos los lados, y cuando estábamos a punto de llegar al vestíbulo oímos un ruido que procedía de la puerta principal. Se volvió hacia mí colocando suavemente la mano sobre mi boca para que guardase silencio y, con un gesto, me indicó un recodo que quedaba fuera de la vista del pasillo donde nos encontrábamos. Nos acurrucamos en la sombra como furtivos. Tuve que pegarme completamente a su cuerpo. Él me rodeó con sus brazos y me susurró al oído:

—No tema, yo la protejo, se lo aseguro.

Me quedé quieta, sintiendo la respiración de aquel hombre tan cerca como si fuera la mía propia. Debía confiar en él, no tenía más remedio. Cerré los ojos en un intento de huir de aquella situación; de pronto oí unos pasos sigilosos que se acercaban. Sentí que me apretaba contra él como si quisiera hacerme desaparecer. Las pisadas se acercaban cada vez más. Cuando creí que iba a llegar hasta donde nos encontrábamos abrí los ojos y pude ver la silueta de un hombre

que se dirigía al lugar de donde veníamos. Detuvimos la respiración mientras pasaba a escasa distancia de nosotros. Después sus pasos se alejaron. Todavía sonaban en el silencio cuando salimos de nuestro escondite, y nos dirigimos con toda la rapidez que la cautela nos permitía hacia la puerta de salida del edificio.

Ya en la calle, seguimos caminando sin decir nada durante un buen rato. Él me guiaba y yo me dejaba llevar por las calles desiertas y estrechas del Toledo antiguo. Nos paramos ante una puerta y me di cuenta de que era la entrada del hotel.

—Esto es suyo —dijo tendiéndome la cartera—. Tenga cuidado, Laura, lo que lleva ahí es demasiado valioso y mucha gente desearía poseerlo.

—¿Conoce su contenido?

No me contestó. Miró a un lado y a otro como si temiera que alguien pudiera habernos seguido. Luego volvió a mirarme y me cogió la mano.

—Tengo que marcharme —dijo besando el dorso de mi mano—. Ha sido un placer conocerla.

Apreté su mano antes de que me soltara.

—Un momento, ¿se va a marchar así, sin más?

—Debo irme, Laura, y usted también debe marcharse; aquí corre peligro. Tiene que ir al encuentro de sus compañeros. Ellos la esperan. —Esto último lo dijo casi en un susurro.

De pronto se oyeron unos pasos y alguien torció la esquina; aquel hombre que tenía frente a mí echó una rápida mirada y, sin decir nada, me abrazó poniendo la cartera en mi espalda y apoyándose contra la pared, después me besó en la boca. Todo había ocurrido en décimas de segundo; yo no daba crédito a lo que me estaba sucediendo, y la sorpresa pudo más que mi propia reacción. Me quedé quieta sintiendo los labios carnosos de aquel hombre, que me besaba con una ternura inmensa, a pesar de que estábamos más pendientes de la persona que pasaba junto a nosotros apenas sin mirarnos. Cuando desapareció por el otro lado de la calle separó sus labios despacio, y nos miramos a los ojos durante unos instantes.

—Lo siento, tuve que hacerlo.

Cerré la boca y tragué saliva, componiendo un poco la figura.

—Ahora debo irme.

—Un momento, dime al menos tu nombre..., tú ya conoces el mío.

—Wasef —susurró.

—¿Nos volveremos a ver?



—Es posible, Laura, todo es posible. Pero ahora debes buscar a tus compañeros, no te puedes rendir. —Quedó un instante en silencio—. ¿Me prometes que no te rendirás?

Estaba embobada. Ese hombre me había encandilado, me sentía como una quinceañera en su primera cita amorosa; el corazón me latía con fuerza y notaba que la sangre fluía a mis mejillas enrojeciendo mi piel. Asentí con un ligero gesto y acercándose de nuevo me besó suavemente en los labios. Ni siquiera me moví. Aunque hacía frío, no lo sentía, tenía la sensación de que estaba levitando. Después me sonrió.

—Ten mucho cuidado, ¿de acuerdo?

Y se marchó sin mirar atrás, encogido y con las manos en los bolsillos de su cazadora, dejando un halo del vaho que desprendía su boca, hasta que desapareció por la misma esquina por donde habíamos venido.

Abrí la puerta y entré en el patio de La Almunia. Las luces tenues envolvían el cálido ambiente de aquel lugar. Caminé pesadamente y me senté en una de las sillas sin hacer ruido. Me toqué los labios con la yema de los dedos; tenía en mi mente ese beso, sus ojos, su rostro, su aroma. «Wasef —susurré—, Wasef.» Después de un buen rato allí sentada, perdida en mis pensamientos, apareció Juan por las escaleras.

—¿Te ocurre algo, Laura?

Le miré y encogí los hombros con un gesto de duda.

—No sé, Juan, creo que me he enamorado... no lo puedo entender...

—Pero eso es estupendo, habrá que celebrarlo, ¿quién es el afortunado? — Hablaba muy bajito para no molestar y se sentó junto a mí.

Le miré con un gesto de ingenuidad.

—Sólo sé que se llama Wasef, y... poco más te puedo decir de él, te lo aseguro.

—¡Pero mujer! ¿Qué me estás contando? ¡Eso es amor a primera vista! ¡Es estupendo!

—¿Tú crees? Tengo una sensación de desasosiego por todo el cuerpo... —le confesé colocando mi mano sobre la garganta.

—Eso es lo que suele pasar en estos casos.

Ambos sonreímos.

—Será mejor que me vaya a dormir, mañana veré las cosas más claras. Mi vida está demasiado complicada en estos momentos como para pensar en un amor..., ¡y, además, imposible!

—Imposible, ¿por qué? Ningún amor es imposible si se lucha por él.  
Le sonreí mientras me levantaba.

—En mi caso, Juan, todo amor es imposible. Me voy a dormir. —Le di un ligero golpe en el hombro agradeciéndole su preocupación y me fui a mi habitación.

Me acosté mirando al techo blanco y plano. Las palabras de Wasef retumbaban en mi interior: «Debes ir a buscar a tus compañeros, no te puedes rendir ahora». Me lo repetía una y otra vez. No podía rendirme. Pero... ¿qué se suponía que debía hacer?

¿Hacia dónde tenía que dirigirme? Entonces recordé el libro que don Armando dejó en el despacho. «Iré al cañón del río Lobos.» No sabía exactamente a qué, pero tenía que moverme en alguna dirección. No me iba a dar por vencida tan fácilmente. Eso ya lo había decidido. Sobre lo demás, ya se vería con el tiempo.

Mientras conducía me devanaba los sesos pensando en que había algo que se me estaba escapando. Analicé cada paso que habíamos dado desde la desaparición del profesor Dorado, entonces recordé las palabras del bedel de la facultad cuando le preguntamos por él: «Dijo que ustedes le seguirían». Habíamos hablado de ir al cañón del río Lobos. Me afirmaba a mí misma que estaba haciendo lo correcto, tenía que ir allí, ése podía ser el lugar donde debía buscarles.

Mis pensamientos se mezclaban unos con otros camino a Soria. Llovía a cántaros e iba a poca velocidad. El coche, alquilado gracias a los buenos oficios de Juan, era un Seat Ibiza, muy parecido al mío, que seguía en Salamanca durmiendo en el garaje.

Avanzaba por el carril derecho de la Nacional II envuelta en todos estos pensamientos cuando un camión comenzó la maniobra de adelantamiento. Miré por el retrovisor. Me pareció que iba demasiado rápido para su tonelaje. En aquel momento la lluvia caía con fuerza y había muy poca visibilidad. Levanté el pie del acelerador para que me adelantase lo antes posible. De pronto, el sonido bronco del claxon me asustó. Inmediatamente noté que el camión hacía un giro brusco hacia la derecha. Pisé el freno y el coche me hizo un movimiento extraño. Levanté el pie del freno y después lo fui apretando con toques suaves y constantes, manteniendo el volante firme entre las manos. El corazón me latía con fuerza pero intenté mantener la calma. El camión volvió a realizar un giro hacia mi coche. La maniobra me obligó a frenar en seco quedándome junto al arcén. Me quedé observando cómo se alejaba el camión; había estado a punto de matarme y estaba segura de que no había sido un despiste del camionero. Me quedé pensando mientras el agua caía con fuerza sobre el cristal y los limpiaparabrisas danzaban de un lado a otro. ¿Qué estaba ocurriendo?... El pitido de un coche me devolvió a la realidad. No estaba bien situada en la carretera y no me quedaba más remedio que iniciar la marcha. Respiré hondo, metí la primera y lentamente me incorporé a la carretera. Conducía muy despacio; todavía tenía el susto metido en el cuerpo y sentía que las manos me temblaban.

A partir de entonces mi atención hacia la calzada no me dejó pensar en otra cosa, tenía miedo de que algún otro vehículo me obligase a realizar una maniobra extraña y perder el control del coche. Estaba asustada, pero me decía una y otra vez a mí misma que debía llegar a mi destino: «¡No me voy a rendir!».

Llegué al aparcamiento del cañón del río Lobos a primera hora de la tarde. No había ningún coche. El día no invitaba precisamente a una visita turística de aquel magnífico lugar; hacía frío, llovía y, además, no era festivo; por lo tanto estaba sola, al menos aparentemente. Bajé del coche y cogí un paraguas que siempre llevaba en el bolso; era pequeño, pero suficiente para cubrirme de la pertinaz lluvia. Inicié el camino hacia el cañón bordeando el pequeño cauce del río Lobos por un hermoso desfiladero metido entre paredones calizos. Anduve bajo enormes pinos, ahora tristes y fríos; cuánto podía cambiar el mismo paisaje de una estación a otra. Recordaba el mismo paseo durante la época de verano, cuando aquellos parajes estallaban de color y de vida.

Oía mis pasos rápidos y acompasados sobre el suelo pedregoso mezclados con el chapoteo de las gotas de lluvia; pensaba en lo que realmente esperaba encontrar allí, y, de vez en cuando, me asaltaba la idea de estar cometiendo una estupidez.

Al cabo de un rato de caminata pude ver la pequeña iglesia de San Bartolomé, el último vestigio que queda de lo que fue la encomienda templaria de San Juan de Otero. Me sentí inmensamente sola en aquel lugar alejado de todo. Caminé despacio hacia la iglesia y, cuando estaba a punto de llegar a su puerta, vi algo que me llamó la atención en la entrada de la Cueva Grande: alguien me hacía señas con las manos. ¡Era Carlos! Tiré el paraguas y eché a correr con una alegría inmensa, que aumentó cuando pude ver a Rachid junto a él. Los dos mostraban una amplia sonrisa; hacían aspavientos con los brazos y, mientras me acercaba con dificultad hasta el lugar donde se encontraban, pude ver cómo se abrazaban entre ellos en una manifestación de su alegría al verme.

—¡Por fin has llegado! —dijo Carlos saliendo a mi encuentro cuando entraba en la cueva—. Estábamos a punto de marcharnos. No podíamos esperarte más.

Nos fundimos en un emotivo abrazo y sentí cómo las lágrimas se desbordaban de mis ojos por la emoción.

—¿Dónde os habíais metido? ¿Por qué no me avisasteis? Me dejasteis sola; pero ¿qué clase de personas sois? —Mi alegría se iba transformando en enfado a medida que caminábamos hacia donde se encontraba Rachid.

—Ahora te explicaremos, Laura. Tuvimos que hacerlo, no nos quedó más remedio.

Carlos intentaba calmarme con sus palabras y sus gestos, pero mis sentimientos eran encontrados; la sensación de alegría y de seguridad que recobré al verlos se veía desbordada por el enfado de las horas que había pasado sola, sin entender el motivo de mi abandono en Burgos.

Rachid también me dio un abrazo sincero. Realmente, no sólo se alegraba de verme, parecía que hubiera temido por mí, y me miraba como si todavía no se creyera que estaba allí delante de él. Ambos tenían un aspecto horrible, con profundas ojeras, barba de dos días y llenos de barro.

—Pero ¿podéis explicarme qué os ha pasado?

—¿Cómo has venido? —me dijo Rachid sin hacer caso de lo que le preguntaba.

—Alquilé un coche en Toledo.

—¿En Toledo? ¿Has estado en Toledo? —Rachid miró sorprendido a Carlos.

—Sí, iba a recoger el códice... pero alguien se me había adelantado. —Mi vista se clavó en Rachid que mantuvo un silencio como a la espera de que yo le dijera algo más—. ¿Me puedes explicar quién es Wasef?

Volvió a mirar a Carlos, y ambos sonrieron con un gesto de tranquilidad.

—¡Lo consiguió! Sabía que lo haría —dijo Rachid suspirando.

—¿Puedo saber qué pasa? —Puse las manos sobre las caderas y mis ojos iban de uno a otro con los labios apretados. Tenía la sensación de que se estaban burlando de mí y ellos notaron enseguida mi enfado.

—¡Vámonos! —dijo Carlos agarrándome del brazo y comenzando a andar—. Por el camino te explicaremos todo.

No habíamos caminado ni dos metros cuando me solté y me paré en seco.

—De aquí no me muevo hasta que no me expliquéis qué es lo que os llevó a dejarme sola en Burgos y quién es ese Wasef que me entregó la cartera.

—¿Tienes la cartera? —preguntó Rachid acercándose hasta mí con los ojos muy abiertos en un gesto de sorpresa.

—Sí, me la dio él, y no estábamos solos en el museo. Alguien más entró después que nosotros seguramente buscando lo mismo.

—Vamos, Laura, te explicaremos todo, pero tenemos que salir de aquí. No podemos perder más tiempo, debemos movernos.

Comenzaron a caminar y no me quedó más remedio que ir tras ellos.

Salimos de la cueva y nos dirigimos hacia la pequeña iglesia pasando por el puente de madera. Carlos iba delante y me seguía Rachid. Caminábamos en silencio. Cuando pasamos el puente, Carlos se detuvo.

—El profesor Dorado estuvo aquí esperándonos durante al menos dos días —su voz era grave y su gesto serio—, y no fuimos capaces de entender su mensaje.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo sabes que estuvo aquí?

Se volvió hacia lo que llaman el Colmenar de los Frailes, una espectacular pared cubierta de grandes agujeros donde habían encontrado alojamiento muchos eremitas y monjes de la Edad Media.

—¿Recuerdas que don Armando siempre nos decía que si alguna vez tuviera que esconder un secreto lo haría en alguna de las colmenas de los frailes?

Me quedé pensativa. Recordé las veces que habíamos estado en aquel lugar con el profesor. Sentía una enorme admiración por todo lo que le rodeaba en aquel espacio; era como si cada vez que regresaba lo contemplase por primera vez. Él siempre decía que ése era el centro del mundo, lleno de fuerzas telúricas que influían en el cosmos. En varias ocasiones nos habíamos subido a los riscos que rodeaban la iglesia y habíamos llegado a introducirnos en los huecos formados por el paso del tiempo y los efectos de la naturaleza, buscando, según el profesor, la esencia y las sensaciones de los espíritus templarios que allí habían habitado. En aquel lugar, don Armando se transformaba, disfrutaba de cada paso y de cada descubrimiento que realizaba. Me vinieron a la memoria los comentarios que nos hacía en voz muy baja, como si no quisiera que nadie se enterase de lo que nos quería decir, señalando hacia aquel paredón que ahora mostraba Carlos, «si alguna vez tuviera que esconder un tesoro, lo haría allí», y nos miraba como si fuéramos niños a los que se cuenta un secreto único. Después se alejaba con una mueca en el rostro. Lo había hecho varias veces, impasible al gesto de incredulidad que reflejaban nuestros rostros.

—Pues bien, Laura, el profesor decía la verdad, nos ha dejado su tesoro. Hemos estado buscando por algunas de las colmenas, y en aquel hueco —hizo un intento de señalar exactamente el lugar indicado— encontramos esto. —Sacó una billetera de caballero, la abrió y extrajo un papel que me mostró. Lo cogí y comencé a leer.

Mantengo la esperanza de que algún día lleguéis a entender el mensaje que, a lo largo de tantos años, os he ido mostrando sutilmente para que pudierais llegar a ser lo que ahora sois. Tenéis ante vosotros la ineludible responsabilidad de continuar la labor que comencé. Yo os indicaré el camino,

que podréis seguir si lo sabéis ver, pero si estáis ciegos de nada habrá servido el esfuerzo de tanta gente a lo largo de los siglos. ¡Mirad a vuestro alrededor! ¡Escuchad! No os amedrentéis ante las dificultades que podáis tener porque el final del camino merecerá la pena. Y, sobre todo, cuidad vuestros contactos. Seguid donde el proceso se inició. Encontrad al hombre que un día nos iluminó; él os dirá hacia dónde os debéis dirigir. No puedo esperar más vuestra llegada. Confío en vosotros como siempre lo he hecho.

Reconocí la singular letra de don Armando y su inconfundible caligrafía apretada escrita con pluma estilográfica.

—¿Qué significa esto? ¿Y cómo puedes saber que está dirigido a nosotros? —Miré de nuevo el medio folio que tenía entre las manos—. Es su letra, de eso no hay ninguna duda, pero ¿cómo ha llegado hasta aquí? y ¿cómo sabes que lo ha dejado él?

—En el mismo lugar donde lo encontramos estaba su bolsa vacía. —Mientras me hablaba extraje de su mochila la vieja cartera de tela de color azul que siempre colgaba del hombro del profesor; era casi imposible ver a don Armando sin su inconfundible bandolera—. Debió de estar escondido allí durante al menos dos días. Había acumulada leña y restos de una fogata reciente y de alimentos. Nos estuvo esperando, Laura, y no supimos entender el significado de su mensaje —dijo con cierta pesadumbre—. Este mensaje va dirigido a nosotros, estoy seguro, y no podemos fallarle de nuevo. Dice que busquemos al hombre que nos iluminó, ¿recuerdas?

Me quedé pensativa e hice un gesto con la cabeza.

—¿No te acuerdas de que siempre nos hablaba de un compañero de la Universidad de París que le iluminó cuando era más joven? ¿Y que nos repetía una y otra vez que si algún día necesitábamos luz acudiéramos a él?

—El profesor... —dudé unos instantes— Bertrand, Pierre Bertrand.

—¡Exacto! —Carlos me señalaba con el dedo índice por mi acierto con una expresión de satisfacción—. Estoy seguro de que nos ha dejado este mensaje con la esperanza de que tarde o temprano viniéramos hasta aquí, y está claro que quiere que acudamos a hablar con ese hombre.

La lluvia había cesado, pero el ambiente era muy húmedo y ya comenzaba a oscurecer.

—Salgamos de aquí —dijo Rachid fríamente—. Pronto anochecerá. Hablaremos de camino a Madrid. Debemos coger un avión.

Comenzamos a caminar de nuevo. Pasamos por delante de la iglesia sin decir nada. Llevaba en mis manos la billetera que me había dado Carlos. Mis pensamientos eran como un bombardeo. La mirada en el suelo, pisando los

charcos sin pensar en mis botas y en los bajos de mis pantalones que ya estaban empapados hasta la pantorrilla.

—¿Por qué os marchasteis sin avisarme?

—Después de hablar contigo por teléfono, Rachid recibió una llamada —comenzó a contar Carlos mientras caminábamos hacia el coche.

—Era un buen amigo mío —continuó Rachid—, alguien que tiene contactos con una hermandad a la que yo no puedo pertenecer por mi condición de judío. A pesar de ello, desde hace algunos años, sé de su existencia y he conocido a algunos de sus miembros. Ese buen amigo me dijo que nos encontrábamos en grave peligro. Me indicó que nos estaban vigilando desde hacía días. Debíamos salir de allí de inmediato, sin pasar por el hotel y marcharnos de Burgos. Me afirmó reiteradamente que nuestras vidas estaban en peligro.

—¿Y yo qué? ¿Qué pasó conmigo? ¿Me esfumé de vuestras mentes? —dije parándome en seco.

—Escucha a Rachid, Laura... te lo ruego. —Carlos me cogió del brazo tirando de mí para que me pusiera en marcha de nuevo.

—Al menos me podrías decir por qué no me llamasteis —dije soltándome bruscamente del brazo.

—Te llamé a tu móvil y no tenías cobertura.

Volví a pararme.

—Mi móvil estuvo encendido en todo momento. ¿Cómo no voy a tener cobertura si acababa de hablar con Rachid?

—Por eso nos extrañó, Laura —dijo Rachid acercándose a mí—, y por eso salimos a buscarla de inmediato a las Huelgas, pero cuando llegamos ya se había marchado.

Habíamos iniciado la marcha pero de nuevo me detuve.

—¿Laura, así no llegaremos nunca! —dijo impaciente Carlos.

—¿Cómo que no estaba? ¿A qué hora fuisteis a buscarme?

—Eran más de la una... no estoy muy seguro —musitó—; una mujer nos dijo que en el archivo no había nadie y pensamos que ya te habías ido. Luego llamamos al hotel para preguntar por ti y nos dijeron que no estabas.

Mi rostro debió de expresarles lo que sentía en aquel momento porque ambos se miraron con gesto de preocupación.

—Yo salí de las Huelgas ya pasada la una y media —dije despacio sin fijar la mirada en nada concreto, como si estuviera leyendo lo que tenía en mi mente



—. Lo sé porque miré el reloj cuando cogí el taxi que me llevó al hotel; eran la una y cuarenta y cinco, de eso estoy segura. Luego, me fui directamente al hotel, estuve comiendo y me quedé en mi habitación hasta las tres y media; a esa hora regresé a las Huelgas.

Hubo un silencio. Carlos me miraba desconcertado. Sus ojos estaban cansados, su pelo mojado y tenía unas profundas ojeras. Con un ligero movimiento de cabeza me daba a entender que no entendía nada de lo que había ocurrido.

—Por la tarde, después de volver de las Huelgas, os estuve esperando en mi habitación. Pensé que os habíais entretenido en el archivo. Llamé al móvil de Carlos y siempre me salía que estaba apagado o fuera de cobertura. Luego me quedé dormida y a las once y media de la noche bajé a preguntar en recepción si sabían algo de vosotros. Entonces fue cuando me enteré de que habías abonado la cuenta a través de una llamada y que os habíais marchado.

—¿No te dieron un recado nuestro? —preguntó Carlos.

—Sí —contesté sacando el papel que me había dado la mujer de la recepción—, pero eso fue a la mañana siguiente. Decidí ir a Toledo a por la cartera. Creí que os había pasado algo. No sabía qué hacer.

—Un momento, un momento... —me interrumpió Rachid—, entonces, cuando fuimos a las Huelgas, ¿todavía se encontraba allí?

—Puede que no, Rachid —interrumpió Carlos—, no sé a la hora que llegamos allí, estaba tan nervioso que no me fijé en eso. Es posible que la mujer que nos atendió se equivocase y pensara que ya no había nadie en el archivo o puede que Laura ya hubiera salido —Carlos hablaba sin llegar a fijar la vista en nada concreto, con la mano derecha sobre los labios, como si estuviera intentando ordenar los acontecimientos.

—También cabe la posibilidad de que no nos dijeran la verdad. —Rachid mantuvo una expresión de duda durante unos instantes.

—¿Cómo era la mujer con la que hablasteis? —pregunté—. ¿Era una monja?

—No —dijeron los dos de inmediato.

—Al menos no iba con hábito —puntualizó Rachid—. Era alta y muy delgada, con cara de pocos amigos —dijo con cierta sonrisa mirando a Carlos—. No fue excesivamente amable que digamos.

Recordé a la mujer que me atendió en el archivo por la tarde, su extraña imagen me vino a la memoria. También era alta, muy delgada y con una

expresión algo desagradable.

—¿Qué hicisteis después? —pregunté.

—Ya te lo hemos dicho: llamamos al hotel, ya que a tu móvil era imposible. Pensé que te habías quedado sin batería —respondió Carlos—. El recepcionista me dijo que no estabas.

—¿Nada más? ¿Y por eso me dejáis tirada y encima con vuestro equipaje? —volví a reaccionar con enfado.

Rachid me cogió del brazo e iniciamos de nuevo la marcha. Se estaba haciendo de noche y comenzaba a llover de nuevo.

—Entendimos que algo raro estaba sucediendo —me dijo con la voz firme pero con tono suave—. Mi amigo me dijo que no fuéramos al hotel. —Me miró a los ojos mientras caminaba—. Tuvimos que decidir sobre la marcha. A Carlos se le ocurrió lo del mensaje personal. No teníamos otra opción. —Su voz era grave y seria—. Laura, si recibía el mensaje y llegaba a entender lo que le queríamos comunicar sabría lo que tenía que hacer. De lo contrario, simplemente volvería a Zaragoza.

»Como no encontrábamos la forma de dar con usted pensamos en el cañón. Antes de nuestra visita a Burgos habíamos hablado de la posibilidad de venir hasta este lugar para saber si los signos que el profesor Dorado les había dejado en su despacho tenían algún sentido. ¿Recuerda?

—Por eso mismo decidí venir, porque pensé que era posible que vosotros estuvierais... aquí —balbucí con temor, como si los que me escuchaban pudieran pensar que había actuado con estupidez—. Estaba aturdida. No sabía qué os había pasado.

—No tienes por qué justificarte, Laura —dijo Carlos sonriendo—, nosotros pensamos lo mismo.

Ninguno de los tres entendíamos lo que había pasado, pero lo cierto es que no parecía fruto de la casualidad. Alguien estaba detrás de todo lo ocurrido en Burgos y, aparentemente, lo había planeado bien. Querían dejarme sola, aislarme, pero ¿para qué?

—¿Con quién dices que hablaste cuando llamaste al hotel? ¿Con un hombre?

Recordé lo que me había dicho el recepcionista por la noche sobre que el turno de su compañera terminaba a las tres. Por lo tanto, en teoría, debía de ser una mujer la que le tenía que haber contestado.

—La primera vez que llamé era un hombre —me contestó Carlos—, estoy

seguro.

—Pero ¿esa llamada fue antes de las tres de la tarde?

—Las dos fueron antes de las tres; la primera llamada la hice nada más subir al coche cuando salimos de las Huelgas, antes de ponerlo en marcha. Después, pasados diez o quince minutos, cuando pensamos en venir aquí, fue cuando decidimos volver a llamar, abonar nuestra habitación y dejarte un mensaje para que te lo dieran personalmente en cuanto llegases al hotel. En esa segunda llamada me contestó una mujer.

—Fue una mujer la que me dio el mensaje —dije despacio—, su turno acababa a las tres, y por eso no me lo dio por la noche, cuando bajé la primera vez a preguntar por vosotros. —Caminaba pensando en voz alta—. Pero ¿por qué os diría la archivera de las Huelgas que no estaba? Me da la sensación de que esa mujer os mintió.

De pronto me acordé de lo que me dijo el archivero sobre los dos italianos que entraron en el archivo, minutos antes de salir ellos corriendo.

—Sí, les vimos —contestó Rachid a mi pregunta sobre la presencia de los dos sujetos—, pero no reparamos en ellos; en el momento en que colgué el móvil y no fuimos capaces de conectar contigo, salimos en tu busca, dejándole al pobre archivero todo sin recoger.

Llegamos al coche cuando la noche se estaba cerrando sobre aquel paraje solitario. El silbido del viento y la fina lluvia que de nuevo mojaba nuestros rostros le daban un aspecto fantasmal.

—¿Hacia dónde se supone que debemos dirigirnos ahora? —pregunté abriendo el coche.

—¡A París! —contestó Rachid, montándose en la parte trasera, mientras Carlos y yo nos quedábamos de frente mirándonos por encima del capó del coche. Él me sonrió y me hizo un gesto afirmativo introduciéndose en el interior del vehículo.

Ya en el interior del coche le pregunté a Carlos dónde habían dejado el suyo. Fue entonces cuando me contó algo que me puso los pelos de punta. Cuando salían de Burgos hacia el cañón del río Lobos, la absurda maniobra de un camión los había sacado de la carretera. No sufrieron daño alguno gracias a la pericia de Carlos y a la carrocería de su preciado BMW, pero el coche había quedado inutilizado. Me explicaron que el camión se había dado a la fuga, que

no se había detenido a pesar de lo aparatoso del golpe. Cuando recuperaron la tranquilidad, llegaron a la conclusión de que la actuación del camión podría haber sido premeditada.

—Después de eso, reconozco que tuvimos miedo —dijo Carlos con voz grave—, y no nos atrevimos a alquilar un coche. Decidimos pasar la noche en un hotel de carretera cercano al lugar del accidente y, a la mañana siguiente, cogimos un taxi que nos trajo hasta aquí; le pagamos y le dijimos al taxista que la vuelta la haríamos por nuestra cuenta.

Carlos debió de percibir que algo me pasaba porque mi respiración no era acompasada.

—Estás temblando, Laura, ¿qué te ocurre?

Le dediqué una fugaz mirada, llena de terror, antes de fijar la vista en la calzada.

—A mí también han intentado matarme esta mañana. —Mis manos se agarraban firmes al volante—. Un camión ha querido sacarme de la carretera.

Rachid se incorporó para ponerse más cerca de mí.

—¿Te ha ocurrido algo? —preguntó Carlos con gesto preocupado.

Negué con la cabeza. Intentaba mantener la calma pero las lágrimas se desbordaban en mis ojos. Tragué saliva y respiré hondo para intentar recomponerme mientras conducía.

—¿Qué te ha pasado exactamente?

Les conté el percance del camión y estuvimos los tres de acuerdo en que no podían ser coincidencias. Alguien quería asustarnos o, peor aún, lo que pretendían realmente era matarnos.

Me vinieron a la memoria las imágenes de mis padres y de mi amiga Verónica. Las lágrimas volvían a nublar la visión de la carretera. Levanté el pie del acelerador e intenté contenerlas. Durante unos minutos estuvimos en silencio. Los pensamientos martilleaban mi mente. ¿Dónde me había metido? ¿Qué razón tenía para continuar con esa locura? ¿Por qué no me marchaba y huía de aquel laberinto cada vez más complicado y peligroso? No me entendía ni a mí misma. Estaba asustada y no era capaz de moverme, de salir corriendo y alejarme de aquella pesadilla.

—Tenemos que ordenar los acontecimientos —dijo Carlos rompiendo el silencio mientras hacía un gesto de calma con las manos—. Está claro que alguien anda detrás de todo esto y ha pretendido que Laura quedase descolgada y

sola. —Se volvió hacia la parte trasera del coche—. Rachid, ¿es posible interceptar los móviles?

—Todo es posible, Carlos.

—Alguien se encargó de que no pudiéramos comunicarnos con Laura. Así quedaba aislada, y lo más probable es que, asustada, regresara a Zaragoza. ¡Y una menos...! A nosotros también quisieron asustarnos... o matarnos provocando un accidente. —Lo dijo despacio, como si tuviera temor de pronunciar ciertas palabras—. No contaban con la idea de que nos encontrásemos en el cañón. Es decir, y es mi opinión —echaba de vez en cuando una mirada a Rachid, que escuchaba atentamente—, están intentando quitarnos de en medio. Está claro que alguien no quiere que sigamos con este asunto.

Hubo un silencio. Rachid respiró hondo como si estuviera analizando lo que había dicho Carlos. Yo le miraba por el retrovisor.

—Pero ¿quién quiere quitarnos de en medio? ¿Por qué? —pregunté casi en un susurro.

—Son ellos, Laura —dijo Rachid con voz grave—, ellos son los que no quieren que continuemos con todo esto. Ellos son los que han impedido a lo largo de los siglos que la verdad se sepa, utilizando cualquier medio para conseguirlo, incluso el asesinato. Ellos son los que han intentado matarnos porque, me temo, empezamos a ser molestos.

—¿De qué está hablando, Rachid?

—Laura, sé lo mismo que Carlos y usted —dijo con pesadez en su voz—. Llevo toda mi vida buscando el gran secreto al igual que ustedes, aunque hasta ahora ninguno de los dos hayan sido conscientes de esa búsqueda. El profesor Dorado se encargó de su formación, de su preparación a lo largo de los años, para que cuando llegase el momento fueran capaces de saber el camino y la manera correcta de actuar. En la vida nada es una casualidad; por alguna razón que ahora desconocemos, los tres estábamos destinados a esta misión, y está claro que hay gente que nos apoya y gente que va a intentar por todos los medios que no podamos conseguir nuestra finalidad.

—¿A qué se refiere?

—Como ya conté, lo único que puedo decir con seguridad es que existe una sociedad secreta que se hace llamar Asmodeo, la misma que envió el mensaje amenazador a vuestros móviles.

—Pero ¿cómo es posible que sepan dónde estamos en cada momento? —inquirí con angustia.

—¡Ah! No creo que eso sea un problema para ellos.

—¿Y qué es lo que pretenden? ¡Además de matarnos, claro!

Rachid suspiró y adelantó la cara hacia nosotros. Le vi por el retrovisor mirando hacia delante, sin fijarse en un punto determinado, tan sólo a la oscura carretera iluminada por los faros del coche, observando el pasar constante y monótono de las líneas discontinuas pintadas en el asfalto.

—Su objetivo principal consiste en vigilar y obstruir por cualquier medio las labores que realiza una hermandad cuya única razón de ser es dar a conocer, en el momento oportuno de la Historia, una verdad guardada en secreto desde hace dos mil años: el Gran Arcano. Sobre él sólo sé que existe, y le doy mi palabra que desconozco cuál es su contenido; su conocimiento y comprensión es lo que intento desde mi juventud.

»Hace algún tiempo conocí en Jerusalén a uno de sus miembros; por él sé algo de su organización, incluso fui iniciado para entrar en ella, pero le repito que mi condición de judío y, sobre todo, algunas circunstancias que no vienen al caso ahora, me impidieron seguir adelante; se dicen herederos directos de los templarios, no en su forma, como los monjes guerreros de la Edad Media, sino en su fondo, como guardianes del gran secreto, lo que ellos llaman el Gran Arcano.

—¿Y Wasef? ¿Qué pinta en todo esto?

—¿Wasef? Es mi amigo, mi colaborador. ¡Nada más! —Quedó pensativo por unos instantes—. Él es... cómo le diría yo..., es como mi hijo. Confío en él totalmente. Después de la llamada advirtiendo del peligro que corríamos, creímos necesario sacar del centro de documentación el manuscrito. Ese pergamino es la clave de todo junto con los bifolios perdidos. Nunca pensamos que a usted se le ocurriría ir a buscarlo. Debíamos enviar a una persona de plena confianza y que tuviera acceso al museo, y Wasef lo tiene porque posee las llaves. Es un hombre personal y académicamente muy valioso; hace algunos años le traje conmigo desde la Universidad Hebrea de Jerusalén y trabajamos juntos en un proyecto de creación de un centro de investigación de estudios bíblicos en Madrid. Tan sólo tuve que proporcionarle la contraseña de la caja.

—¿Qué estaba haciendo Wasef precisamente en Burgos?

Aunque no lo vi, percibí en Rachid un gesto de contrariedad.

—¿En Burgos? ¿Cómo iba a estar en Burgos si vive en Madrid?

—Wasef se encontraba en Burgos porque se sentó junto a mí en el tren que nos llevó hasta Madrid. Es más, sabía perfectamente quién era yo, se lo puedo

asegurar. En el tren me trató como a una desconocida, pero cuando tuvimos nuestro extraño encuentro en su despacho del museo me llamó por mi nombre.

—¡Qué extraño! —exclamó Rachid—. ¿Y cómo dice que fue su encuentro?

—Él no pensaba encontrarme en el centro de documentación. Creyó, según me dijo, que mi viaje tenía destino a Zaragoza. Por lo visto todos pensasteis que me iba a rendir de inmediato.

Les conté entonces mi aventura nocturna en el museo, mi desesperación ante la caja fuerte vacía y cómo fue mi encuentro con Wasef.

—No entiendo cómo podía conocerla. Yo no le hablé de usted, Laura, ni de lo que había sucedido; simplemente le dije que recogiera la cartera que estaba en mi caja fuerte y la pusiera en un lugar seguro y que esperase nuevas instrucciones. —Rachid estaba desconcertado, algo no encajaba y no sabía encontrar la pieza que faltaba en esa historia de Wasef.

—Pero no termino de entender por qué envió a Wasef a Toledo. ¿Es que su caja fuerte no era ya un lugar seguro?

—Lo era, pero después de la llamada que recibimos en el archivo y de no encontrarla a usted tuve una corazonada, y lo cierto es que no me equivocaba; alguien más fue al museo y buscaban lo mismo que usted y Wasef.

Me quedé pensando en los momentos en los que estuve en el museo con Wasef.

—¡Wasef lo sabía! Él sabía que alguien iba a ir a su despacho para abrir la caja fuerte. Me lo dijo, me insistió en que debíamos salir de allí cuanto antes porque estábamos en peligro.

—Están siguiendo cada movimiento que damos —dijo Carlos—. Conocen todas nuestras conversaciones y cada vez que nos movemos es como si un ejército se moviera con nosotros.

—¿Cómo le pidió a Wasef que fuera a Toledo? ¿A través de su móvil? —le pregunté a Rachid.

Afirmó contundente mientras le miraba por el retrovisor.

—Rachid, una pregunta —dije mirando por el retrovisor por unos instantes—. ¿Cree posible que Wasef pueda pertenecer a esa hermandad de la que habla y que haya actuado para protegernos, a nosotros y al pergamino?

—Es posible —contestó sin convencimiento—, a estas alturas, todo puede ser.

Rachid se encontraba desconcertado con el tema de Wasef, pero Carlos y yo estábamos más centrados en el hecho de que nos estaban vigilando mucho más

de cerca de lo que nos podíamos imaginar.

—Tienen pinchados nuestros móviles. Saben todos nuestros movimientos porque nos oyen. No sé cómo, pero escuchan todas nuestras conversaciones. Por eso el profesor Dorado no nos llama. ¡Dios mío! Pero ¿cómo no nos hemos dado cuenta antes?

—Di un profundo suspiro y apreté los labios nerviosa.

—Nos siguen desde el mismo instante en que llegamos a Zaragoza —dijo Carlos al cabo de un rato de absoluto silencio—. Laura, recuerda cuando estuvimos en el despacho del profesor: los ruidos en el pasillo, la desaparición del libro de Soria...

—¡Y el que nos cerró la puerta desde dentro de la facultad cuando salimos a la calle! ¿Te acuerdas? —le interrumpí con ímpetu dedicándole una mirada fugaz; todo empezaba a encajar y la excitación por ello hacía que se me tensaran las manos, aferradas con fuerza al volante—. ¡Y el hombre de la ventana de mi despacho, el que murió en el hotel! ¡Nos tienen vigilados! Un momento... — Mantuve un instante de silencio como si hubiera descubierto en mi mente algo más que recordar—. En el tren desde Burgos a Madrid vi a otro hombre... su mirada —musité—, esa cara, estoy segura de que era uno de ellos.

—Entonces, nos habrán seguido hasta aquí. —Carlos miró hacia atrás.

—No lo creo. —Rachid hablaba despacio, como si hubiera estado analizando cada una de nuestras palabras—. Después de dejar el coche de Carlos en el estado en que quedó pensarían que al menos por un tiempo no se nos ocurriría seguir con esto. Y con usted, Laura, lo tenían mucho más fácil. La siguieron hasta Toledo; después usted tomó la Nacional II para venir hasta aquí, pero ellos debieron de pensar que su destino era Zaragoza. Sabían que estaba sola y asustada y probablemente pensaron que con la pequeña ayuda del camión se metería en su casa y no volvería a salir en semanas. Por eso no nos han seguido hasta aquí, este destino no lo tenían previsto. Les llevamos unas horas de adelanto, y como no hemos utilizado el teléfono desconocen dónde nos encontramos en estos momentos.

No éramos conscientes entonces de lo equivocados que estábamos.

A partir de ese momento mantuvimos un extraño silencio, como si cada uno de nosotros estuviera analizando en su interior todas las piezas de aquel puzle que iban llegando a nuestras manos en diferentes tandas. Todo encajaba de forma tan



perfecta que apenas nos quedaba nada que añadir. Los tres nos mantuvimos callados mientras tragábamos kilómetros por una carretera casi desierta.

Llegamos a Madrid muy tarde y fuimos directamente al aeropuerto de Barajas. Conseguimos billetes a París para las siete de la mañana.

Mientras Carlos y Rachid se aseaban un poco y se cambiaban de ropa en los servicios, los estuve esperando en la misma puerta: tenía pánico a volver a perderlos de vista. De vez en cuando, Carlos, conociendo mi posición, me llamaba en voz alta desde el interior para que le respondiera; después de tanta tensión, esa actitud algo cómica me hizo sonreír y se lo agradecí.

Ya en el avión, me senté al lado de la ventanilla junto a Rachid. Carlos se quedó dormido antes del despegue, estaba agotado y su sueño era profundo. Mientras me ajustaba el cinturón de seguridad observaba a través de la ventanilla cómo amanecía de nuevo. El sol se apoderaba por segundos de un cielo limpio de nubes. Respiré hondo. Me sentía segura junto a esos dos hombres, alejados de mi vida hasta hacía dos semanas, y que se estaban convirtiendo cada día que pasaba en algo propio, como si hubiera vivido siempre junto a ellos. Era un sentimiento totalmente nuevo para mí, acostumbrada a mi vida solitaria, monótona y plana, sin apenas sobresaltos. Todo estaba sucediendo tan rápido que apenas me daba tiempo a asimilar lo que estaba viviendo. De lo que sí estaba convencida era de que, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, sentía cada vez con mayor intensidad una conexión especial con aquellos dos hombres.

Me vino a la memoria el recuerdo de mi fugaz encuentro con Wasef; mis labios esbozaron una sonrisa inconsciente mientras cerraba los ojos para visualizar su rostro perfecto en mi mente: sus ojos, su sonrisa, el sabor de sus labios. Un agradable escalofrío me recorrió la piel cuando recordé el dulce beso que me había dado en Toledo. Pero ¿quién sería realmente aquel enigmático hombre que me había embelesado? Lo cierto es que no me importaba demasiado. Mi único deseo era volver a verle algún día. El avión comenzó a circular hacia la pista de despegue. Rachid dormitaba pero sin llegar a coger el sueño. Me dijo, removiéndose en el asiento, que era incapaz de dormir en aquella postura. Saqué de mi bolso el cuaderno de Rachid y, dándole un pequeño toque con mi brazo derecho, se lo mostré. Él me hizo una seña con el dedo para

que guardase silencio. Entendí que no quería hablar de ese tema en aquel lugar, expuestos a ser escuchados por mil oídos. Entonces, sin decir nada más, lo abrí y me dispuse a leer.

Cuánto dolor puede acumular una madre al separar de su regazo el fruto de sus entrañas para dejarle marchar a un futuro incierto, con la única esperanza de que ese futuro exista, con el único deseo de que la vida que ella le dio pueda desarrollarse sin lágrimas, sin odio, sin rabia, sin la crueldad que mata y que azota a este mundo que le parece injusto y brutal; que su hijo pueda vivir sin conocer a esos seres implacables que atizan las más banales insatisfacciones con su bárbaro brazo sobre la humanidad inocente. Y cuán duro será iniciar el camino en la amarga compañía del cuerpo sin vida de su amado, sin poder oír las palabras que con tanta veneración escuchaba, en un silencio sepulcral, recordando los momentos, olvidados, muertos.

María Magdalena tenía los ojos secos, la mirada perdida en el horizonte, el rostro demacrado, las manos crispadas por la agonía. Caminaba despacio, siguiendo la estela del cuerpo embalsamado de Jesús.

Santiago había tomado en sus brazos al niño dormido; con una inmensa ternura miró a la madre y sus ojos se nublaron al ver su rostro afligido por la separación. Se alejó de ella despacio, sin darle la espalda, con pasos lentos hacia atrás para evitar romper la visión materna del hijo durmiente. ¡Qué lastimoso espectáculo!

¡Qué desolación interior! ¡Cuánto más puede sufrir una mujer!

Santiago lloraba con amargura mientras caminaba lentamente hacia el grupo que le daría escolta. Depositó el cuerpo del niño con extrema suavidad en el interior del carro, sobre un lecho mullido preparado para tan largo viaje. Se volvió hacia ella. Le sonrió. Ella le dijo algo que no oyó, sin embargo, entendió los lacerados movimientos de sus labios secos: «Cúidale, Santiago, como a tu propia vida. Él es ahora el Elegido».

El grupo inició su viaje de separación obligada. María Magdalena no se movió, esperó con desesperación contenida la marcha del hijo; de nuevo el quebranto de su alma seguía el lento alejamiento del grupo que, poco a poco, iba desapareciendo en el horizonte. Se quedó allí, sin mover ni uno solo de sus músculos hasta ver diluirse en la distancia el fruto consentido de su amor.

María se mantuvo tras ella respetando su dolor hasta que desaparecieron de la vista; sólo entonces la tomó por los hombros con exquisita delicadeza.

—Debemos marcharnos. —Su voz cálida la devolvió a la vida.

Magdalena la miró. Encogió su gesto y, con un profundo suspiro, cerró por fin los ojos. La comitiva que transportaba el cadáver de Jesús tomó rumbo al sur, hacia su destino final, en dirección contraria a la de Santiago, que se encaminaría hacia el territorio de Samaria, e intentaría llegar después a Cesarea para tratar de huir por mar. Una comitiva de hombres y un niño no levantarían sospecha alguna. Buscaban a dos mujeres, una de ellas joven y embarazada de cuatro meses, y a un niño pequeño que las acompañaba.

La separación la había decidido Jesús unos días antes de su prendimiento, seguro de su destino, temiendo que la estancia en Jerusalén de María Magdalena y del niño significaría su muerte segura. Sus enemigos, poderosos y llenos de rencor, no dudarían en acabar con cualquier vestigio de su nombre, sus enseñanzas o su vida. La lucha había sido brutal, pero el poder de algunos miembros del Sanedrín, con la conformidad y el apoyo necesario del gobernador romano, había ganado la partida. Tan sólo quedaba esperar. Jesús reunió a su hermano Santiago, a su esposa, a su amigo José de Arimatea, que fue quien le puso sobre aviso de la traición inminente y, en presencia de su madre, les

indicó lo que debía hacer cada uno de ellos. Hubo quejas pesarasas de María Magdalena y protestas de Santiago; no alcanzaba a comprender cómo su Maestro amado le pedía semejante sacrificio. ¿Cómo podría separar para siempre a un niño de los brazos de su madre? Pero Jesús le hizo prometer que haría lo que le mandaba y así lo hizo. «Protéjele con tu propia vida, hermano mío, porque en tus cuidados queda parte de la esperanza de los Elegidos.»

Dispuso también el lugar donde debía ser llevado su cuerpo muerto, lejos de la malicia insaciable de sus enemigos y de los delirios de seguidores incontrolados que lo pudieran utilizar como reclamo de una falsa veneración; también estableció quién debía asumir la custodia del Libro sellado de Daniel.

De esta forma el Maestro dejó todo dispuesto, sabedor del siniestro destino que le esperaba.

Sentí una sensación de vértigo cuando el avión se posó sobre la tierra y comenzó a frenar con un rugido atronador. Me revolví en mi asiento. El cuaderno de Rachid que tenía entre mis manos se cayó al suelo. Rachid lo recogió antes de que yo pudiera reaccionar y me lo entregó sonriendo.

—¿Le parece interesante? —me dijo con voz apenas perceptible.

Le interrumpí de inmediato.

—¿Qué significado tiene...?

Pero no me dejó seguir. Enseguida puso su mano sobre los labios indicándome silencio. Me susurró que ya hablaríamos. En ese momento Carlos despertaba de su sueño y preguntaba despistado si habíamos llegado.

No sabíamos exactamente dónde debíamos buscar a Pierre Bertrand. La única referencia segura que teníamos sobre él era que, durante algún tiempo, había estado dando clases en la Sorbona. Decidimos ir allí directamente desde el aeropuerto para preguntar. La decepción fue en aumento. Nadie parecía haber oído hablar de él en aquella universidad. Los gestos, primero de sorpresa y después de aparente despiste o ignorancia, nos dejaron desconcertados. Cuando salimos del departamento de lenguas semíticas les comenté la impresión que me había dado todo aquello y los dos estuvieron de acuerdo conmigo: la gente con la que habíamos hablado tenía un pacto de silencio, se notaba en sus ojos, que se desviaban de inmediato con actitud primero amable y atenta y de inmediato esquiva y hasta grosera.

Salimos a la calle y comenzamos a caminar sin rumbo fijo. La universidad era la única pista que teníamos de aquel hombre. No sabíamos qué dirección tomar cuando de repente un joven de aspecto bohemio se nos acercó.

—Buenos días —dijo con fuerte acento francés—, yo les podría hablar del profesor Bertrand.

—¿Qué sabe de Pierre Bertrand?

—¿Un café?

Se detuvo delante de la puerta de un pequeño cafetín mientras observábamos atónitos a aquel personaje, que parecía escapado de una novela realista de finales del siglo XIX.

—Sí... por supuesto —contestó Rachid abriendo la puerta y cediendo el paso hacia el interior.

Sin decir ni una palabra pero con intensos cruces de miradas nos sentamos a una mesa situada en un rincón del local.

—¿Conoce a Pierre Bertrand? —le pregunté en el mismo instante en el que todos nos habíamos sentado.

—Sí, conozco al viejo. Ahora nadie quiere saber nada de él. Todos le desprecian o, lo que es peor, le dejan de lado. Está acabado... —El tono de su voz era amargo.

—Pero ¿dónde podemos encontrarle?

—¿Por qué le buscan?

Nos miramos. No sabíamos exactamente qué responderle porque nosotros mismos desconocíamos la respuesta. Él se dio cuenta de nuestra duda e hizo un gesto de marcharse.

—¡Espere! —le dijo Rachid—. No se vaya, tenemos que encontrar a Pierre Bertrand. Necesitamos hablar con él.

Aquel hombre nos miró uno por uno como si estuviera estudiando cada una de nuestras facciones. Hubo un silencio cortante. Era nuestra única oportunidad de localizar a Bertrand si no queríamos ir puerta por puerta por todo París.

—Tiene que ayudarnos. Nos envía el profesor Dorado. —Mi voz sonó con un tono suplicante.

—¿El profesor Dorado? ¿Les envía el profesor Armando Dorado? —Su gesto fue una mezcla de sorpresa y alegría. Se volvió a colocar en la silla y se acercó a nosotros con gesto de complicidad—. Eso lo cambia todo. El profesor Bertrand se encuentra en un pueblo llamado Couiza, en el sur, muy cerca de Carcasona. Busquen un pequeño bar junto a la plaza, en él encontrarán a un tipo —hablaba cada vez más bajo, intentando ocultar la boca con las manos—, su nombre es André, es un hombre mayor entrado en carnes; deben tener mucho cuidado y decirle de parte de quién van o de lo contrario no les dirá absolutamente nada. Él les indicará dónde pueden encontrar a Bertrand. Les deseo mucha suerte. Buenos días, señores. Se levantó y se precipitó hacia la

puerta sin que apenas nos diera tiempo a reaccionar. Carlos fue tras él pero a los pocos minutos regresó con un semblante serio. Se quedó de pie mirando en dirección a la mesa.

—¿Te ha dicho algo más?

Carlos movió la cabeza con gesto pensativo y sin cambiar la dirección de sus ojos dijo:

—Que debemos ir a verle lo antes posible, o de lo contrario —entonces me miró—, podríamos llegar demasiado tarde.

Mantuvimos unos instantes de silencio.

—¡Pues en marcha! —dije, bebiéndome a sorbos el café que nos acababan de servir. Después me levanté resuelta, y los miré a la espera de que ellos hicieran lo mismo con su café—. Vayamos a... ¿adónde dijo exactamente?, ¿al sur de Carcasona?

—A Couiza —respondió Rachid poniéndose en pie—. A pocos kilómetros de ese pueblo se encuentra Rennes-le-Château. ¿Habéis oído hablar de su enigmática historia?

No contestamos pero nuestros gestos le indicaron que no sabíamos nada de aquel pueblo perdido del Languedoc francés.

—Alquilemos un coche y os la contaré por el camino. Tendremos tiempo de sobra.

Carlos tomó el volante del Audi que habíamos alquilado; decidimos turnarnos a lo largo del trayecto para conducir de un tirón hasta nuestro destino. Debíamos llegar lo antes posible y estábamos dispuestos a no parar más que lo estrictamente necesario. Rachid se sentó en la parte trasera.

Después de salir de París y cuando ya estábamos en la dirección correcta hacia el Languedoc, Rachid, relajadamente, comenzó a contar lo que ocurrió en Rennes-le-Château.

—Se trata de un pequeño pueblo que se encuentra en el corazón de la llamada «tierra de los cátaros»; la historia de los cátaros la conocéis, me imagino. —Ambos afirmamos con la cabeza—. A pesar de ser un villorrio de no más de trescientos habitantes, se hizo famoso debido a un escandaloso misterio que se produjo a finales del siglo XIX a causa de su párroco, Bérenguer Saunière.

»Este abate era un hombre culto e inteligente, bien preparado, con amplios conocimientos en los temas más variados. Sin embargo, pese a esa preparación que podría haberle llevado a puestos importantes dentro de la jerarquía de la Iglesia, y sin una razón lógica aparente, en 1885 fue nombrado cura de la parroquia y enviado a este pueblo. Cuando llegó, contrató a una joven de dieciocho años llamada Marie Dernarnaud como ama de llaves. Esta mujer se convirtió en la persona de confianza del cura, con la que compartió todo a lo largo de su vida, incluido su secreto.

»Durante los primeros seis años, el abate Saunière sobrevivió, a duras penas, con unos estipendios mínimos; gran parte de su tiempo lo dedicaba a la lectura voraz y a las charlas con su amigo Boudet, párroco de un pueblo cercano a Couiza. En 1891 se decidió a pedir un préstamo al municipio y emprender la tarea de rehabilitación de la iglesia que, por lo visto, se encontraba en un estado lamentable.

»Según se cuenta, durante las obras de restauración se levantó la piedra del altar que reposaba sobre dos columnas visigóticas, y, en una de ellas, el párroco encontró unos pergaminos cuidadosamente guardados en unos tubos de madera lacrados. Se sabe que dos de ellos recogían una genealogía, y sobre los otros se dijo que habían sido escritos por otro abate, también párroco del pueblo, en el decenio de 1780. A primera vista, estos dos documentos parecían textos piadosos escritos en latín sin mayor importancia, pero se especuló con que en ellos se hallaba un código secreto tremendamente complejo que no podría ser descifrado si no se tenía la clave exacta.

—¿Quiere decir que eran textos criptográficos? —pregunté girando la cabeza.

—Eso parece.

—La criptografía es una de las pasiones de don Armando —intervino Carlos—. A veces nos reta a descifrar mensajes ocultos. —En ese momento me dedicó una fugaz mirada buscando mi aprobación.

—Es cierto, dice que es un buen ejercicio para mantener activa la eficacia de la memoria, y que, tarde o temprano, esa eficacia se hace necesaria en la vida —interrumpí sonriendo—. Pero ¿qué ocurrió con esos documentos?

—Con ellos se dirigió al obispo de Carcasona y de allí le enviaron a París. A partir de ese momento la vida del abate Saunière cambió por completo; se codeó con lo más granado de la cultura parisina, sobre todo personas cercanas al pensamiento esotérico. Sus penalidades económicas acabaron para siempre.



Rehabilitó la iglesia introduciendo en ella una decoración un tanto extraña; además, dicen que está repleta de símbolos y mensajes ocultos que sólo unos pocos pueden llegar a comprender. Pero eso no fue todo, se hizo construir Villa Betania, una mansión poco apropiada para el cargo que tenía y en la que hubo reuniones diversas con gentes de lo más variopinto. También se hizo construir una singular torre al borde de un risco con unas vistas impresionantes, que utilizaba como biblioteca personal, donde pasaba horas leyendo y estudiando. El pueblo también resultó beneficiado de esta especie de lotería que le había tocado al párroco y que parecía inagotable: pagó la construcción de la carretera desde Couiza, llevó el agua y, con una inusitada frecuencia, invitaba a todos los parroquianos a comidas exquisitas.

—¿Y nadie le pidió explicaciones?

—Por lo visto, en un principio, nadie le dijo nada sobre el origen de su ostentosa vida; sin embargo, cuando murió el obispo de Carcasona, el que le sustituyó no estaba muy de acuerdo con la forma de actuar en la parroquia y le pidió cuentas. Pero el cura no estaba dispuesto a dar explicaciones sobre el origen de su riqueza y, al no obtener respuesta, el obispo le apartó de su cargo y envió al pueblo a un sustituto. Sin embargo, ningún parroquiano aceptó el cambio y acudían a las misas celebradas en Villa Betania por el abate en lugar de acudir a las que realizaba el párroco sustituto en la iglesia, que quedaba vacía. Tampoco se conformó Saunière con la situación y recurrió al mismísimo Papa; lo cierto es que al cabo de cinco años se le volvió a poner en su puesto, en el que se mantuvo hasta su muerte, sin que nadie nunca volviera a molestarle.

—¿De qué murió?

—Como toda esta historia, eso forma parte del misterio. Por lo que se cuenta, gozó de muy buena salud; sin embargo, encargó su propio ataúd cinco días antes de que sufriera una apoplejía que le dejó postrado y sin movimiento. Llamaron a un cura para que le otorgase la extremaunción, pero salió de la habitación espantado y, lo que es peor, se negó a darle los últimos sacramentos.

—¿No se sabe qué le dijo? —pregunté ingenuamente.

—No, Laura, si se hubiera conocido no existiría el misterio de Saunière.

—¿Y por qué el cura no contó lo que le había espantado? Si era tan grave como para no dar a un moribundo la extremaunción, no entiendo por qué callarlo —inquirió Carlos.

—Vosotros lo sabéis mejor que yo: el secreto de confesión es sagrado en vuestra religión. Y lo que este hombre oyó de la boca del moribundo lo estaba

haciendo éste durante su última confesión. —Rachid encogió los hombros.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Cuando murió le sentaron en un sillón de madera y le expusieron en la torre Magdala durante tres días, y por delante del cadáver desfilaron cientos de personas anónimas. No me preguntéis qué significado tiene semejante ceremonial porque lo desconozco. Todos sus bienes los había puesto a nombre de su ama de llaves, por lo que ésta vivió de forma desahogada hasta que, después de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno francés decretó la reforma monetaria para acabar con la moneda de la Resistencia; esta medida supuso la ruina de Marie Dernaud. Tampoco ella estaba dispuesta a dar explicaciones y se la vio quemar fajos de billetes de francos en el jardín. Para sobrevivir, vendió su casa a una persona a la que le hizo una promesa: a cambio de que le permitiera quedarse a vivir en Villa Betania el resto de sus días, antes de morir, le contaría un gran secreto que le haría inmensamente rico. El comprador aceptó, pero se quedó con las ganas de saberlo, porque a esa mujer también le dio una apoplejía unos días antes de morir que le dejó sin habla y, por tanto, nada le pudo decir. Lo que sí se sabe es que el comprador, un tal Noël Corbut, murió en un extraño accidente de tráfico en 1968.

Me volví hacia Rachid y se hizo un silencio. Mantuve los ojos clavados en él, mientras me observaba con los músculos de la cara tensos. Después me fijé en Carlos. Me había dado cuenta de que miraba hacia el retrovisor de forma constante desde hacía unos minutos y que había reducido considerablemente la velocidad.

—¿Ocurre algo, Carlos?

—No estoy seguro, pero creo que nos siguen desde hace un rato.

Rachid y yo nos volvimos: un coche rojo se mantenía a cierta distancia de nosotros.

—¿Es el rojo?

Carlos afirmó con la cabeza, sin dejar de alternar la vista entre la carretera y el retrovisor.

—Si disminuyo la velocidad, él hace lo mismo, si acelero, él acelera, si adelanto, él también lo hace. Tiene potencia suficiente para pasarme sin problemas pero, haga lo que haga, siempre le tengo detrás.

—No sería nada extraño que nos hubieran localizado ya —dijo Rachid mirando hacia atrás—. En verdad que son poderosos —musitó entre dientes mientras observaba el coche rojo.

—¿Quiénes crees que son? ¿Esa sociedad secreta de la que nos has hablado? —preguntó Carlos.

—¿Quién si no? De todas formas, no va a ser fácil deshacernos de ellos. Intentarán quitarnos de la circulación por todos los medios, ya sabemos cómo las gastan. Por lo tanto, ten mucho cuidado, Carlos, no vaya a ser que nos den otro susto como en Burgos.

A partir de entonces, nos mantuvimos callados la mayor parte del viaje, observando los movimientos de ese coche que se mantenía detrás de nosotros cualquiera que fuera la maniobra que hiciéramos. Intentamos despistarle entrando en una estación de servicio. Para nuestra sorpresa, el coche continuó por la autopista y esa vez no nos siguió. Le indiqué a Carlos que podía conducir un rato y él lo agradeció. Después de tomar un café, y en un momento en el que él y yo nos quedamos solos, le pregunté si le ocurría algo; le había visto muy serio y pensativo todo el día.

—Laura, no hemos hecho bien las cosas —dijo apoyado sobre el capó del coche con el semblante entristecido—. ¿No te das cuenta? Don Armando nos dejó unas señales para que nosotros las siguiéramos y hemos sido incapaces de entenderlas. ¡Le hemos fallado!

—¿Por qué dices eso?

—¡No hemos entendido nada desde el principio! —volvió a repetir mirando al suelo—; él nos había estado esperando en el cañón de río Lobos y llegamos tarde, apenas hemos hecho caso de la cruz. ¡No estamos haciendo bien las cosas! —Me miró con un gesto de angustia contenida y mantuvo unos instantes de silencio.

Bajé la mirada, y asentí moviendo ligeramente la cabeza.

—No hicimos ningún caso a las señales que él nos dejó —reiteró. Se encontraba cabizbajo, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, y con gesto apesadumbrado—. No estoy seguro de que estemos haciendo lo correcto.

—Hacemos lo que podemos, Carlos, no nos podemos culpar de toda esta situación que se le escaparía a cualquiera. —Le miré y le puse la mano sobre el hombro—. Escúchame, ahora tenemos algo más; el mensaje del cañón decía claramente que buscásemos a ese hombre, Pierre Bertrand, y tú mismo dijiste que ese mensaje lo había escrito el profesor. —Mi tono de voz intentaba recuperar el maltrecho estado de ánimo de Carlos—. Estamos atravesando toda

Francia intentando encontrar a ese hombre. Creo que es lo que debemos hacer y estoy segura de que el profesor Dorado aprobará la forma en la que estamos haciendo las cosas, ya lo verás.

Carlos suspiró profundamente.

—No lo sé, Laura, sigo pensando que no hemos estado a la altura de las circunstancias, que no hemos sabido hacer las cosas correctamente y, sobre todo —me miró con gesto hastiado—, que puede haberle ocurrido algo a don Armando por no haber sido capaces de reaccionar a tiempo.

—Eh, eh... —Recriminé su actitud porque no me parecía la postura más justa precisamente en aquel momento—. ¿Es que no te parece suficiente lo que estamos haciendo? ¿Te parece que el cambio que han sufrido nuestras vidas en las dos últimas semanas significa no haber hecho nada? ¿Haber estado los dos a punto de morir...? ¿Haber tenido que ser testigos indirectos de la muerte de dos personas...? ¿Viajar a París, y ahora a no sé qué pueblo del sur en busca de no sé qué persona...? ¿Todo esto te parece no hacer nada? —Me volví airada y di unos pasos alejándome de él.

Por unos instantes tuve la intención de salir corriendo y huir. No comprendía la actitud de Carlos. ¿Cómo podía decir que habíamos fallado? Estaba indignada y enfadada.

Sentí su brazo rodeando mis hombros. Le miré y me encontré su sonrisa de disculpa.

—Tal vez tengas razón.

—¡Tengo razón! Estamos haciendo lo que debemos. Estoy segura.

—¿Cómo puedes estarlo?

—Lo estoy. —Caminé despacio y me volví a alejar de él sin decir nada más.

No vimos ningún otro coche sospechoso en todo el camino y eso nos hizo relajarnos y mantener una conversación más distendida; ignorábamos que todavía éramos observados muy de cerca.

Couiza es un pequeño pueblo en los alrededores de los Pirineos, cuya actividad se mantiene, en parte, gracias a la carretera que pasa por su centro. Llegamos a la plaza con cierta facilidad y enseguida divisamos el pequeño bar; no tuvimos ninguna duda de que ése era el que buscábamos porque no había otro, al menos a nuestra vista. Entramos en su interior. Era un local pequeño, de paredes mal pintadas y olor a vino añejo mezclado con aroma de café. La barra ocupaba todo el frente; en una esquina se encontraba un hombre de mediana edad y algo desaliñado mirando a la nada y apurando un cigarro. Había una mesa pequeña y desvencijada ocupada por dos hombres y una mujer que hablaban de forma despreocupada, más pendientes de los que acabábamos de entrar que de su propia conversación. Detrás de la barra, apoyado sobre su propio peso, como si estuviera esperando que el tiempo pasara irremediamente, se hallaba un hombre de pelo cano muy entrado en carnes. Cuando nos vio entrar se quedó mirándonos unos segundos. Se incorporó de su cómoda postura y, moviéndose con dificultad detrás de la barra, se acercó hasta nosotros con gesto apático.

Rachid se inclinó hacia él.

—¿André?

El hombre afirmó mirando desafiante a Rachid.

—Venimos de parte del profesor Dorado. —Rachid hablaba en voz muy baja utilizando un perfecto francés.

Aquel hombre inmenso se irguió y mantuvo un gesto serio sin retirar su mirada de los ojos de Rachid; después me miró a mí sin inmutarse, y por último a Carlos. Ninguno de los tres nos movimos a la espera de su reacción. Sin decir nada, se volvió hacia la máquina de café, preparó tres tazas, atendió al cliente de la esquina que le reclamaba otra copa y desapareció durante unos instantes por una puerta que había junto a la cafetera. Cuando volvió a salir, nos sirvió el café que no habíamos pedido sin dejar de mirarnos y en completo silencio. Al alejarse hacia el otro extremo de la barra, Rachid se dio cuenta de que había una nota bajo su plato. Miró a su alrededor y tomó en sus manos la taza y el papel.

—Parece que hiciera esto todos los días —le susurré sorprendida por la forma de actuar de Rachid.

—Laura, desconoce muchas cosas de mí —contestó con una tenue sonrisa mientras se guardaba el papel disimuladamente en el bolsillo de su abrigo.

—Espero que algún día me cuente todo sobre usted.

—Me irá descubriendo usted misma, se lo aseguro. Nos queda un largo camino que recorrer juntos. Le va a dar tiempo de sobra para conocerme.

No acabé de comprender lo que me quiso decir pero tampoco le pregunté más. Pagamos y, sin decir nada más a aquel hombre que no dejaba de observarnos, salimos al exterior.

Comprobamos que en el papel que Rachid se había metido en el bolsillo había escrito, con letra descuidada, el nombre de una calle y un número. Preguntamos a un joven que pasó por nuestro lado por esa dirección y, de acuerdo con sus indicaciones, nos dirigimos a ella. Después de dar unas cuantas vueltas, conseguimos encontrar la calle, si a eso se le podía denominar calle, pues tan sólo era una casa en medio de la nada situada a las afueras del pueblo. Detuvimos el coche frente a la única fachada existente, cuyo aspecto me pareció de un lamentable abandono, estropeada y mal pintada. La casa era de una sola planta; frente a nosotros estaba la puerta principal que tenía una ventana a cada lado, cerradas con fraileros de madera.

Mientras llamaba con los nudillos me pregunté quién sería la persona que nos recibiría y qué tendría que contarnos, si es que había algo que contar.

Un hombre anciano, encorvado y desaliñado, abrió despacio la puerta. Al quedar frente a nosotros entornó los ojos como si le molestase la luz del atardecer. Tenía la piel cetrina y las profundas arrugas de su rostro le daban un aspecto envejecido y cansado. Apenas tenía pelo y le temblaban exageradamente las manos.

—¿Pierre Bertrand? —pregunté amablemente.

Me miró fijamente sin decir nada. El cuello de la camisa salía desbocado por encima de su chaqueta de punto raída que llevaba con desdén. Las bocamangas no tenían botones y caían despreocupadas sobre las muñecas. Al cabo de unos instantes me sonrió.

—No me digas que eres... Tú eres... —sus ojos pequeños y cansados escrutaban mi cara con ahínco intentando conectar algún recuerdo dormido sobre mis facciones—, eres Laura Escudero, ¿no es cierto? —Asentí un tanto desconcertada—. ¡Estás aquí! ¡Divina seas, alma mía! ¡Por fin has llegado! —Su

semblante se había iluminado de tal forma que parecía haber revivido de un amargo sueño, dedicándome una mirada llena de ternura—. Pero, por favor pasad, no os quedéis en la puerta.

Sorprendida por la reacción miré de reojo a Rachid y Carlos; los dos arquearon las cejas indicándome la misma sensación de extrañeza. Pasamos al interior de la vivienda. Nos encontrábamos en un lugar pequeño y oscuro en el que percibí un intenso olor a cerrado. A mi izquierda, de espaldas a la entrada, tenía un pasillo medio en tinieblas; a mi derecha, lo que me pareció la cocina y, de frente, una puerta entreabierta. El anciano nos indicó que entrásemos por aquella puerta que tenía frente a mí. Empujé suavemente y se abrió despacio con un chirrido agónico que nos dejó a la vista un espectáculo dantesco. Un salón repleto de libros, de todos los tamaños y grosores, amontonados por todos los rincones imaginables, de forma que resultaba complicado caminar sin tropezar con algún ejemplar. El anciano entró delante de nosotros y, con torpe prisa, intentó hacer un sitio en uno de los extremos de aquella habitación para que nos pudiéramos sentar. Me sentí un poco apurada al ver los esfuerzos apresurados de aquel vetusto hombre que movía libros de un lado a otro cambiando ejemplares de un montón a otro. Intenté ayudarle pero resultaba una tarea casi imposible. Desocupé de libros un pequeño sillón y me senté siguiendo las indicaciones de nuestro anfitrión, que continuó con su labor de hacer un hueco a los demás.

La habitación quedaba iluminada gracias al haz de luz procedente de un viejo flexo situado sobre una mesa y por el resplandor de la chimenea junto a la que nos encontrábamos. Observé a través de la ventana cómo empezaba a caer la tarde y un viento ligero abatía las ramas de los árboles, abandonados a su merced sin oponer resistencia. Todo tenía un aspecto dejado, como si la vida en el interior de aquellas paredes se hubiera ralentizado. A mi alrededor se alzaban viejos estantes, encorvados hasta lo imposible, que llegaban a tocar el techo, todos repletos de libros colocados deprisa y sin orden alguno. El ambiente estaba muy cargado y me recordó el aroma a cerrado y madera quemada de las casas de pueblo.

Mientras los demás tomaban asiento me quedé mirando la leña que crepitaba con fuerza expulsando el calor que abrasaba mi cara helada. Me desprendí de mi abrigo y lo dejé sobre el brazo del asiento, junto a mi bolso y la cartera de piel en la que guardaba el código de las Huelgas y el preciado pergamino que nos había entregado mi infortunada y misteriosa pupila.

—Pensé que no llegarías, que todo se perdería de nuevo —me dijo

sonriendo mientras colocaba libros sin descanso—; pero ya no importa, porque ahora estáis aquí.

—¿De qué me conoce? —le inquirí.

—Os llevo esperando más de una semana —dijo el hombre frotándose las manos—. Pensé que no habíais conseguido encontrar el camino.

—¿Nos podría explicar por qué nos esperaba y de qué me conoce? La verdad es que yo no recuerdo haberle visto a usted en mi vida. —A pesar de mi perplejidad, intenté parecer amable hacia ese anciano entrañable que no dejaba de moverse para conseguir que nos sintiéramos cómodos.

—Soy un buen amigo y, además, un estrecho colaborador de vuestro profesor, Armando Dorado. A ti Laura, te conocí hace mucho tiempo, cuando eras una niña.

—Yo le conozco a usted. —Rachid le interrumpió con voz suave pero firme, sin dejar de mirarle; se incorporó hacia él y se mantuvo unos instantes observando los rasgos de aquel anciano buscando en su mente información sobre el rostro que tenía ante sí—. ¿No es usted...?

—Eleazar Stern —contestó el anciano sin darle tiempo a continuar, esbozando una ligera sonrisa en los labios.

—¡Claro! Eleazar Stern, de la Universidad Hebrea de Jerusalén. ¡Es usted! Pero... pensé que había muerto. No sabía nada de usted desde hacía... ¡más de treinta años!

Le miré con curiosidad porque, a pesar de que su cara no me resultaba familiar, el nombre que acababa de decir me sonaba de mis estudios en la universidad. Después de observarle, a medida que iba hilvanando sus palabras, recordé que había sido una eminencia que un buen día desapareció sin dejar rastro. Según había oído en mis años de carrera, se trató de un caso extraño en el ámbito académico: jamás se volvió a saber de él, de sus investigaciones o de sus trabajos, parecía como si se le hubiera tragado la tierra. Sus libros, muy interesantes y de gran prestigio, empezaron a desaparecer hasta resultar totalmente imposible encontrar algún ejemplar. Yo había podido hojear en muchas ocasiones sus obras porque el profesor Dorado tenía en su despacho todas ellas, pero las mantenía ocultas, algo que siempre me había llamado la atención. Durante los años setenta salieron publicados muchos artículos refutando todas sus investigaciones, hasta que un día se dejó de hablar de él. Sencillamente se desintegró en el olvido de la mayoría, excepto de la mente de Armando Dorado.



—¿Le conocía? —pregunté a Rachid.

Por unos momentos, me tuve que tragar mi impaciencia por saber de qué me conocía ese anciano, porque la atención se centró en el reencuentro de aquellos dos hombres.

—¡Por supuesto que le conocía! ¿Quién puede olvidar a Eleazar Stern? Cuando todavía era un adolescente barbilampiño me colaba en sus clases para escuchar sus palabras. Jamás conocí profesor igual, era lo mejor de la universidad. Me enseñó a apreciar las lenguas semíticas y gracias a sus enseñanzas y sus artículos creció en mí la curiosidad sobre los inconmensurables misterios de la Biblia. ¡Dios bendito! Este hombre aportó mucho a mi vida profesional y personal. —Mientras hablaba, sus ojos chispeantes miraban hacia aquel hombre recién descubierto, esbozando una sonrisa de recuerdo en su rostro—. Aunque tengo que reconocer que la última vez que le vi tenía pelo, estaba más delgado y yo creo que algo más alto.

—Han pasado tantas cosas desde entonces... —dijo el anciano con una mezcla de ironía y tristeza.

—Pero ¿se acuerda de mí? Mi nombre es Rachid. ¿Me recuerda, profesor?

El anciano le miraba con sus ojos pequeños, escrutando en sus recuerdos el nombre y el rostro que tenía delante. Su sonrisa se fue ampliando y sin decir nada asintió con la cabeza a la vez que movía su dedo índice.

—Rachid, claro que te recuerdo, tú eres... —su voz tenue y temblorosa salía pausada por sus labios conforme su mente le daba la información de sus recuerdos—, eres aquel joven inquieto que venía a mi casa en los últimos meses de mi estancia en Jerusalén.

—¡Ese mismo! ¡No sabe cuánto me alegro de volver a verle, profesor! Pensé que había muerto. No volví a saber nada de usted, nadie sabía dónde había ido y por qué se había marchado así, sin despedirse.

Sentí que el ambiente se llenaba de una extraña sensación de amargura y tiempos pasados, de detalles olvidados que ahora afloraban indolentes ante aquellos dos hombres curtidos. Sus palabras cadenciosas hilvanaban sentimientos y recuerdos escondidos a la fuerza durante años. Era como si el telón de su escenario cayera ante sus ojos y, de pronto y por sorpresa, el tiempo muerto de cada uno de ellos se hiciera visible para el otro. Carlos y yo guardamos un respetuoso silencio mientras los dos hombres desandaban los caminos separados de sus vidas.

—Pero cuénteme, ¿por qué se ha cambiado de nombre?, ¿por qué

desapareció tan de repente?

—Cambiar mi identidad y hacerme llamar Pierre Bertrand fue fruto de la necesidad de pasar lo más inadvertido posible, esfumarme del mundo. —Esbozó una sonrisa cargada de resignación—. Y en cuanto a mi precipitada desaparición, no me quedó más remedio que huir y esconderme. Todo se volvió contra mí. —Dejó la mirada suspendida en la nada y continuó con una voz casi imperceptible—. Me apartaron de todo y de todos, me amenazaron de muerte, no tuve otra opción.

Sus palabras indicaban una profunda amargura guardada durante demasiado tiempo en su absoluta soledad. En ese momento me sentí conmovida ante la imagen desvalida de aquel anciano.

—¿Qué ocurrió? —La pregunta de Rachid no tenía ni un solo atisbo de reproche, tan sólo le movía la curiosidad de conocer el destino que había sufrido ese maestro perdido desde hacía tantos años.

La mirada de Eleazar se sumergía en la profundidad de sus recuerdos, presentes en su memoria. Su rostro, cansado pero revestido de la templanza que sólo otorga la edad, esbozaba una leve sonrisa, a medio camino entre la más profunda tristeza y la paz encontrada. Durante más de dos horas nos contó la odisea que sufrió por mantener sus criterios y principios intactos, sin pasarlos por el tamiz estructurado y organizado que le quisieron imponer. Ello le llevó a la soledad personal y al olvido profesional.

Eleazar Stern era catedrático de Teología e impartía clases en la Universidad Hebrea de Jerusalén; allí fue donde conoció a Rachid. Durante los últimos meses de su estancia en Jerusalén se hicieron inseparables. A pesar de su diferencia de edad, tenían muchas cosas en común, que compartían en interminables tertulias en la casa de Eleazar, una vivienda pequeña situada en el barrio musulmán de la Ciudad Santa, entre la vía Dolorosa y la Explanada del Templo, donde se encuentra la mezquita de Omar o de la Roca. Era licenciado en estudios semíticos pero también realizó estudios de filología y, aplicando sus conocimientos a los textos de la Biblia llegó a ser un gran conocedor de las Sagradas Escrituras. Un día desapareció sin más. Su casa quedó cerrada a cal y canto. Rachid no volvió a ver a nadie en su interior. Nadie sabía nada, era como si se lo hubiera tragado la tierra, como si nadie hubiera conocido a Eleazar Stern.

—Yo era considerado uno de los más prestigiosos expertos en el campo de la investigación bíblica en todo el mundo —hablaba Eleazar con escaso acento francés y sin un atisbo de modestia—; mis trabajos se leían en todos los ámbitos

universitarios, eran referencia de cualquier estudio o investigación.

Rachid asentía con un gesto apagado, como si su mente estuviera en un lugar distinto a aquella oscura habitación.

De vez en cuando me frotaba las manos y las acercaba a la chimenea, agradeciendo la calidez que expulsaba la madera quemada. La noche había ocupado con oscuras sombras toda la estancia y, salvo la lámpara que permanecía encendida sobre la mesa, la única iluminación era la que proporcionaban las llamas, creando un ambiente acogedor e íntimo que invitaba a la conversación pausada.

Eleazar continuó su relato. Enseguida me di cuenta de que la noche iba a ser larga; había muchas cosas que contar y decir. Eleazar, corroborando esa intuición, hablaba despacio, dejando caer las palabras en su justa medida, como si quisiera que nuestra mente fuera empapándose poco a poco de su historia; como si hubiera estado esperando años la oportunidad de contar aquello que tanto le oprimía en su interior, en un intento vano de liberarse de sus propios pensamientos.

—Yo era un hombre libre, no profesaba ninguna religión, mi vida y mis actos eran mi propia religión. Pero ir por libre en ciertos ámbitos puede acarrear problemas importantes, y yo... estúpido de mí... no quise verlo. —Sus ojos se hicieron cristalinos y su gesto se contrajo—. No sé si me entendéis, muchachos —dijo quedamente mirando hacia nosotros—, en la vida hay que tener principios pero también hay que saber utilizarlos, porque, si te enfrentas con ellos de cara al que es más fuerte que tú, los perderás y, lo que es peor, puedes llegar a perder la oportunidad de defenderlos. Eso es lo que me pasó a mí. —Ahora su mirada se clavó en Rachid, que le observaba atentamente—. Me enfrenté al poder establecido de frente, a cara descubierta, llevando como armas únicamente mi razón, mis principios y mi verdad... —Hizo una pequeña pausa y suspiró profundamente—. ¿Recuerdas un manuscrito hallado en las cuevas del Qumrán del que te hablé durante los últimos días antes de salir de Jerusalén?

—¿Aquel que le robaron del centro de investigación?

—¡Exacto! En ese pergamino encontré la clave de muchas cosas, el porqué de muchos principios que se impusieron durante dos mil años, que acabarían con una farsa perfectamente urdida y meticulosamente organizada. El contenido de ese manuscrito era suficiente para desmontar el engaño sobre el origen de lo que se llama «cristianismo». Pero fui un ingenuo, o un estúpido, no lo sé... El caso es que no vi el peligro —su gesto volvió a tornarse triste y lánguido— o, tal vez, no

quise verlo. —Inspiró profundamente con la mirada perdida en las sombras de la estancia—. En mis informes expliqué las cosas tal y como las veía, tal y como eran en realidad, las transcripciones eran claras. —Sus ojos buscaban la complicidad de nuestra mirada, nos mostraba las palmas de sus manos temblorosas de piel blanca y cálida, atravesadas por profundos surcos—. Muy pronto empecé a encontrar mil obstáculos a mi trabajo. Me metí en un terreno muy complicado, un terreno sacrosanto. La maquinaria de la propaganda católica se puso en marcha acallando cualquier trabajo procedente de mí. Se minimizó el hallazgo considerándolo ficticio. Comenzaron por darme la espalda; más tarde me di cuenta de que me ocultaban información, incluso se me llegó a impedir entrar en las dependencias del centro. Toda mi vida cayó en picado en unos días. Recuerdo mi sentencia de muerte profesional cuando le comenté a un colega, que tenía intención de hacerse cura, que no tuviera prisa porque en poco tiempo no habría iglesia donde entrar. Recuerdo su mirada fulminante de desprecio. A partir de ahí mi vida fue un constante huir hacia ninguna parte; de la noche a la mañana me vi despedido y se me invitó a abandonar Israel por mi seguridad personal. Me marché de noche, como si fuera un fugitivo; no me permitieron ni siquiera despedirme de la gente. Un buen amigo del consulado francés me proporcionó una plaza en la Sorbona. Allí pasé unos meses aparentemente tranquilos. Fue allí donde conocí a Armando Dorado, aunque ya había oído hablar de él. —Permaneció unos instantes en silencio con los ojos clavados en el fuego antes de continuar—. Una noche se presentaron en mi casa, me apuntaron con una pistola, me sacaron al balcón..., vivía en un décimo. —Su mirada vacía se dirigió hacia nosotros—. Me cogieron por los tobillos y me mantuvieron suspendido en el vacío durante... no sé cuánto tiempo. —Su voz se quebraba por el llanto reprimido—. Lo que sí recuerdo es que tuve mucho miedo. Después, me dieron tal paliza que quedé sin conocimiento, pero antes me dejaron muy claro que me marchara, que abandonase París y que no volviera a dar clases, ni cursos, ni nada... que desapareciera; si no lo hacía yo por mí mismo, ellos me ayudarían.

—Pero... ¿quiénes fueron? ¿Quién fue capaz de hacer una cosa así? —Rachid estaba indignado de lo que estaba oyendo.

—Calma, calma —Eleazar, recomponiendo la postura, mantenía sus temblorosas manos a la altura del brazo de Rachid dándole toques suaves—, eso pasó hace muchos años, demasiados como para guardar rencor alguno. Pude saber con el tiempo, no quién fue, sino quién los envió. Entonces entendí que había perdido mi particular batalla y que debía retirarme y desaparecer. Por eso

me vine aquí, a este rincón del mundo. Aquí llevo casi treinta años afianzando mis principios y aportando mi granito de arena en la búsqueda de la verdad. Todo desde la sombra. Ya hay demasiados muertos..., y muerto de nada le serviría al mundo.

—¿Quién envió a esos matones?

—Existe una sociedad de hombres y mujeres extendida por todos los rincones de Europa y de América; una sociedad que se encuentra bajo el amparo de los sectores más ortodoxos y extremistas de la Iglesia. Hacen desaparecer todo lo que interrumpe o perturba sus objetivos, y destruyen todo aquello que no sea favorable a sus tesis y dogmas. Son capaces de cualquier cosa con tal de conseguir sus objetivos. —Su rostro se mantuvo tenso y su voz grave.

Rachid observó a su interlocutor y frunció el ceño en un gesto de interrogación.

—¿Esa sociedad tiene algo que ver con los Asmodeos?

Eleazar le miró con interés aunque no se sorprendió demasiado.

—Se trata de diversas ramas de un mismo tronco. —Guardó unos instantes de silencio y se miró las manos ajadas—. Ésos, los que tú llamas Asmodeos, son los que dan la cara, los activistas, los ejecutores de las órdenes que vienen de otras instancias mucho más peligrosas por su sutileza y sigilo, que actúan en la sombra de manera ingeniosa como si de sepulcros blanqueados se tratara. —Sus ojos se quedaron clavados en las llamas, y me pareció ver en ellos un atisbo de rabia contenida. Después de un instante en un silencio cortante, suspiró profundamente—. Me refiero a la actual Inquisición, hoy la llaman —esbozó una sonrisa cargada de sorna—, la Congregación de la Doctrina de la Fe. Este organismo funciona como un verdadero tribunal que posee un inmenso poder. En él se realizan investigaciones secretas con el objetivo primordial de mantener intacto el monopolio sobre el dogma de la Iglesia, allí se controla cualquier investigación que pueda suponer una amenaza a la doctrina impuesta. Muchos sacerdotes y teólogos han sido arrinconados, expulsados y excluidos de sus puestos por hacer planteamientos considerados peligrosos. No he sido el único —sus palabras tenían un atisbo de rencor contenido que llegué a comprender perfectamente porque, al fin y al cabo, él mismo había sufrido en sus propias carnes esa política de control y coacción—; otros como yo han tenido que marcharse y desaparecer. Algunos se han mantenido a costa de someterse, aunque no se les permite considerarse teólogos católicos. Todo está perfectamente orquestado, nada escapa a sus ansias inmensas de control y poder.

—¿Supo alguna vez quién le robó ese rollo de pergamino? —Rachid quería sacar a Eleazar de aquella conversación amarga y áspera. El rostro del anciano se había tensado y sus ojos, pequeños y secos, se hundían en sus ojeras profundas y azuladas con cada palabra que de forma cansina articulaba.

Eleazar negó con la cabeza.

—Nunca más supe de él. Un día desapareció de mi mesa de trabajo y nadie me dio explicaciones sobre su paradero. Era un documento fascinante, durante el tiempo que lo tuve en mis manos llegué a pensar que me estaba volviendo loco. Me había obsesionado tanto con aquel manuscrito que a veces, mientras lo transcribía y comprendía su significado, me sentía transportado al lugar de aquel relato, como si fuera un protagonista presencial de lo que se contaba.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunté intrigada.

—No es importante, Laura —me dedicó una mirada vacía—, cosas de viejo.

Mientras decía esto, Rachid me miró de soslayo. Cuando volvía mi rostro hacia él retiró de nuevo los ojos hacia el anciano.

—¿Qué contenía ese manuscrito? ¿Qué era tan grave como para apartarle de esa manera tan brutal del mundo? —le pregunté.

Eleazar sonrió con tristeza mirando hacia el fuego. Movié la cabeza de un lado a otro como si estuviera convencido de que nadie le iba a creer. No tenía pruebas, tan sólo su palabra y, sin embargo, en contra tenía una maquinaria demasiado fuerte para enfrentarse a ella en solitario.

—Laura, en ese rollo de pergamino, milagrosamente conservado en una vasija desde hacía dos mil años, se escribió una historia fascinante —sus palabras salían convincentes de sus labios—: la historia de un cadáver extraordinario... ¡La historia del cadáver de Jesús de Nazaret!

Era la primera vez desde que había comenzado su relato que percibí entusiasmo en su expresión. Su gesto había cambiado de tal forma que ahora podía ver las venas hinchadas en su cuello rugoso y flácido.

—Después de ser brutalmente crucificado, su esposa, llamada María Magdalena, embarazada de pocos meses, su madre y algunas personas más le sacaron de la tumba en la que le habían colocado junto al calvario, y lo transportaron a través de cientos de kilómetros por desiertos y valles hasta llegar a un lugar seguro en el que depositar por los siglos aquel cuerpo bendito para su descanso eterno.

Rachid y yo nos mirábamos con sorpresa. Estaba hablando de la misma

historia que contenía el cuaderno de Rachid. Carlos se dio cuenta de nuestras miradas y buscó mis ojos.

—¿Qué ocurre, Laura? ¿Nunca habías oído hablar de la teoría de que Jesús estuviera casado y de que su descendencia podría haber llegado hasta nuestros días?

Afirmé sin decir nada. Rachid retiró la mirada indicándome con un ligero gesto, tan sólo percibido por mí, que mantuviera la calma.

—¿Llegó a transcribir el rollo en su totalidad? —preguntó Rachid.

—Sí, conseguí transcribir y conocer todo su contenido antes de que me arrebataran ese tesoro, pero no me queda nada escrito: mis trabajos, mis apuntes, todo desapareció, me lo robaron —dijo con rabia—, aunque nunca pude probar nada.

»Pasó el tiempo y me intentaron acallar, pero seguí empeñado en difundir la historia que se contaba en aquel manuscrito. Pequé de arrogante e imprudente. En vez de callarme y aceptar sus imposiciones, me rebelé y comencé a escribir de nuevo la historia. Todo lo que dejaba escrito desaparecía. Incluso lo que escondía en mi casa lo encontraban y lo hacían desaparecer. Al final comprendí que era inútil plasmarlo en un papel que podían destruir. Lo mantuve en mi memoria y aún lo conservo casi en su integridad. Todos los días me repito una y otra vez ese hermoso relato. Mi memoria no me la pueden quitar.

Era muy probable que el rollo que encontró Rachid en el mercado de Jerusalén fuera el mismo que desapareció de la mesa de trabajo de Eleazar pero, si tan peligroso era, ¿por qué no lo habían destruido? Desde luego ésa era una pregunta por ahora sin respuesta. Rachid y yo no dejábamos de enviarnos mensajes con los ojos. Estaba segura de que él pensaba igual que yo. Ese rollo del que hablaba Eleazar era el que Rachid tenía en su poder, el que había transcrito con los años él solo y que yo estaba leyendo desde que me lo entregó en Toledo. Además, me ocurría lo mismo que a Eleazar al leer esa historia: esa rara sensación de no saber cuándo me había quedado dormida, como si una fuerza extraña me transportase a través de los sueños al escenario de la narración. Podía ver la escena no como lectora, sino como si realmente estuviera allí en primera persona, como si fuera un testigo ocular de lo que ocurrió hacía casi dos mil años y fuera yo misma la narradora de los acontecimientos.

—Pero... hablemos de vosotros —dijo Eleazar cambiando el tono de su voz—. ¿Cómo estáis? ¿Os ha costado mucho encontrarme? Os esperaba desde hace días.

—¿De qué me conoce? —interrumpí impaciente.

La intervención de Rachid había desviado la atención hacia el pasado común de los dos hombres, pero mi curiosidad aumentaba a cada instante por saber dónde y cómo me había conocido aquel anciano.

—La primera vez que te vi eras muy niña; recuerdo perfectamente la viveza de tus ojos exactamente igual que ahora. Tendrías unos nueve o diez años y acompañabas a tus padres en un viaje a Damasco. De la mano de tus padres me inicié en esta gran aventura gracias a la cual he conseguido sobrevivir a mi pena y, lo que es aún peor, a esta tremenda soledad.

Recordaba vagamente aquel viaje a Siria. Era verano y un calor sofocante hacía que me arrastrase pesadamente por las calles estrechas de la ciudad vieja de la mano de mi madre. La apariencia de mi padre llegaba vagamente hasta mi memoria caminando junto a un hombre delante de nosotras. Mi padre y su acompañante hablaban de una forma que yo no comprendía; entonces no sabía que la lengua que utilizaban entre ellos era el hebreo. Recuerdo que le pregunté a mi madre por qué no podía entender a mi padre; ella me explicó que utilizaban la lengua que se hablaba en Tierra Santa, una hermosa lengua que algún día debía aprender. Su sonrisa se me representó con toda claridad en mi mente, sus ojos llenos de vida, su pelo castaño, corto y cardado enmarcando su rostro sereno y afable. Las lágrimas estuvieron a punto de llegar a mis ojos, pero respiré hondo y pude controlar mis sentimientos.

—Durante ese viaje tus padres me devolvieron la esperanza en la vida que estuve a punto de perder; me dieron consuelo y seguridad y, gracias a ellos, volví a confiar en el mundo. Lo único que puedo tener hacia ellos es una profunda gratitud por la forma en que me trataron y me cuidaron. Eran dos seres entrañables. —Sus ojos se clavaron en los míos llenos de una ternura que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera por el recuerdo amable de mis padres—. Después de ese primer encuentro tuve el privilegio de verlos otras veces en este mismo lugar donde nos encontramos ahora... —bajó la mirada y apretó los labios—, antes de su trágico final.

—¿Han estado aquí mis padres alguna vez?

—Varias veces, jovencita, y los tuyos también, Carlos.

—¿Qué tenían que ver ellos con todo esto? —inquirió Carlos con gesto contrariado.

—Ellos, los padres de Laura, mi amigo Armando y yo mismo, entre otros muchos dispersos por el mundo, somos, en cierto modo, parte del legado de los



templarios. No es que seamos monjes guerreros... —sonrió con complicidad balanceando levemente su mano derecha—, eso quedó para la Edad Media; nosotros guardamos lo que ellos guardaron, custodiamos lo que custodiaron y evitamos lo que ellos trataron de evitar. A lo largo de los siglos se ha ido pasando de generación en generación el secreto del Gran Arcano, que aguarda el momento oportuno para que sea conocido por el mundo cuando la verdad pueda con la mentira y la sinrazón, forjada y consolidada en el poder.

—¿Conoce el Gran Arcano?

Sin embargo, no le dio tiempo a responder a mi pregunta porque fue interrumpida por Carlos, que empezaba a mostrar una actitud extraña como si pensara que el anciano que teníamos delante había perdido por completo el juicio.

—Sí, eso está muy bien... —espetó Carlos, incorporándose sobre el asiento — Eleazar o comoquiera que se llame, pero ¿a mí me conocía de algo? Y a mis padres, ¿de qué los conocía?

—Estuve a tu lado cuando ellos murieron; eras un muchacho muy despierto y risueño, pero aquel día no había consuelo para ti, lloraste amargamente durante todo el tiempo.

—No le recuerdo. —Hizo un gesto de desprecio que me sorprendió.

—Lo imagino, apenas abriste los ojos para mirar por última vez los ataúdes de tus padres al introducirlos en el nicho. —El anciano hablaba sin aparente sorpresa ante la reacción incrédula de Carlos.

—¿Por qué tengo que creerle? —Carlos parecía inquieto e hizo un movimiento indicando que no se sentía demasiado cómodo con aquella conversación.

—No te pido que me creas. Tú preguntas, yo contesto.

Hubo un tenso silencio en el que el anciano no movió ni un músculo, manteniendo la mirada de Carlos, que se agitó nervioso en el asiento.

—¿Qué sabe del Gran Arcano? —pregunté de nuevo para cortar la tirantez del ambiente que de repente se había formado.

—Lo siento, pero a eso tan sólo pueden responderte unos pocos, entre los que yo no me encuentro. Son los elegidos, los que han pasado el sagrado misterio de una generación a otra a lo largo de dos mil años. Así es como se mantiene vivo el secreto.

—Sigo sin comprender qué pintamos nosotros en todo esto —dijo Carlos impaciente.

—¿Es que no entiendes nada, muchacho? Tú y Laura sois los elegidos.

—¿Los elegidos para qué?

La insolencia de Carlos seguía sin alterar lo más mínimo al anciano. Me dio la sensación de que era completamente consciente de nuestros reparos para creer lo que estábamos oyendo.

—Los elegidos, precisamente para recibir esa información por la que me preguntáis. —Imprimió a su contestación un tono de paciencia—. Vuestros padres eran portadores de ella pero consiguieron eliminarlos. Hace veinte años los accidentes de tráfico podían ser un método infalible de asesinato sin que las investigaciones llevaran más allá de una mala curva, un reventón inoportuno o un simple despiste del conductor. Bien realizado quedaría en un trágico accidente, sin más.

El corazón me palpitaba cada vez más fuerte. La cara me ardía y la visión se me nubló hasta perder de vista la figura de ese hombre que tenía junto a mí y que con voz muy queda me estaba confirmando que a mis padres los habían matado. La cabeza me estallaba, empecé a respirar con dificultad, me faltaba el aire. Me levanté y Rachid se puso en pie de inmediato.

—Laura, ¿se encuentra bien?

Se hizo un silencio que me pareció eterno. Me encontraba allí, de pie ante la chimenea, en medio de aquellos tres hombres con los que mi vida se estaba lanzando a un precipicio del que no veía el fondo y sentí una angustiosa sensación de vértigo.

—Necesito respirar. Necesito aire.

Intenté moverme pero las sombras se habían apoderado del resto de la estancia y era misión imposible pretender salir de allí sin sortear un montón de obstáculos literarios de los más diversos temas. Tropecé torpemente y caí dándome de bruces contra el suelo frío y áspero. Sentí que me cogían por los brazos y me alzaban en volandas. Oía las voces de Rachid y de Carlos, pero apenas entendía nada, tan sólo oía su timbre de voz, un sonido lejano que parecía perderse en mi mente sin encontrar su destino. Sentí una sensación de ansiedad en el estómago; parecía que mi organismo hubiera entrado en un estado de *shock*.

Cuando abrí los ojos pude ver tres caras expectantes y atentas, que no perdían de vista ni uno solo de mis movimientos. Me removí en el asiento y al mismo tiempo todos se movieron y sonrieron con satisfacción.

—Ya despierta —dijo la voz fuerte de Carlos, con una sonrisa nerviosa producto de los momentos de tensión por mi desvanecimiento—. Laura, ¿estás bien?, nos has dado un susto de muerte.

—Tómame esto, pequeña, llevas sin comer todo el día y han sido demasiadas emociones juntas. Necesitas alimento y algo de descanso.

Mi desfallecimiento había sido consecuencia de la conmoción al conocer que el accidente de coche en el que murieron mis padres había sido premeditado. Me costaba asimilar que alguien hubiera sido capaz de hacer una cosa así, de preparar un plan para matarlos; sólo pensar en la palabra *asesinato* me erizaba hasta el último vello de la piel. ¿Qué pudo haber sucedido para que me hubieran arrancado a los seres más idolatrados de mi vida, condenándome a vivir en la más absoluta soledad, preguntándome cada noche por qué razón me había tocado a mí?

Tomé el tazón humeante de las manos de Eleazar y me lo bebí poco a poco. Tenía el sabor salado y áspero de la sopa de sobre, pero mi estómago recibía agradecido el alimento caliente.

—¿Te encuentras mejor? —me dijo Eleazar recogiendo el tazón y poniéndolo sobre la mesa.

—Sí, mucho mejor, gracias; creo que mi estómago me ha castigado por mi desidia hacia él. No me alimento en condiciones desde hace días.

Mientras hablaba tomaron asiento y pude ver que Rachid y Carlos tenían junto a ellos un tazón similar.

—Ya veo que no soy la única que ha acallado al estómago.

—Eleazar ha traído una sopera —dijo Carlos señalando hacia la mesa—, y la verdad es que teníamos apetito.

Mi mirada se posó en los ojos de Carlos, que retiró de inmediato los suyos hundiéndose en el sillón para poner más distancia entre nosotros. Estaba segura de que sus lágrimas habían desbordado el límite permitido y su mirada estaba intentando recuperar la calma.

Después de recobrar fuerzas, le pedimos a Eleazar que continuase con lo que sabía.

—Vuestros padres —comenzó dirigiendo la mano hacia donde nos encontrábamos Carlos y yo—, igual que Armando Dorado, pertenecían a una hermandad que se fundó en 1920. Desde la disolución de los templarios por parte de Clemente V ha habido una obsesión compartida por muchos encadenada a lo largo del tiempo para encontrar un código, bien conocido por vosotros y buscado hasta la saciedad por mi querido Armando.

Carlos y yo nos miramos: sus ojos eran incrédulos, los míos debían de ser de sorpresa, pero en ambos casos la curiosidad nos refrenó la lengua.

—Como sabéis, el código fue manipulado y, además de descuadernarlo y cambiar sus cubiertas por otras, desaparecieron los capítulos en los que se daba cuenta del gran misterio.

—Eso ya lo sabemos —dijo Carlos con una molesta insolencia.

Eleazar continuó como si no hubiera oído la voz de Carlos.

—Las cubiertas originales se hallaron cerca de aquí, en la pequeña iglesia de Rennes-le-Château. Se habían convertido en la encuadernación de unos documentos propiedad de un convento de las afueras de Burgos. Fueron descubiertas por el abate Saunière en 1891 cuando realizaba unas obras de restauración en el altar.

—Pero la leyenda dice que encontró unos manuscritos metidos en unos rollos de madera. —Rachid se había incorporado y se sentaba al borde de su silla.

—Sí, la leyenda tiene razón, se encontraron esos manuscritos lacrados en el interior de una de las columnas visigóticas que había bajo la losa del altar, metidos en unos tubos de madera; pero, además, en la otra columna, se hallaron las cubiertas y, lo que es más importante, los bifolios desprendidos del código.

—¿Se encontraron aquí los bifolios? —pregunté impaciente.

—Ten un poco de calma y os contaré todo lo que sé. ¿De acuerdo?

Mantuvo sus ojos pendientes de mi asentimiento y le respondí con un gesto de paciente conformidad.

—Bien, como os decía, el abate se encontró con un tesoro depositado allí;

no os puedo decir quién fue el que lo escondió debajo del altar, sencillamente porque lo desconozco. —Sus manos, que parecían las de un viejo pianista acabado, seguían el compás de sus palabras y sus ojos hurgaban en los destellos del fuego, como buscando en él el discurso que surgía de su boca—. Sabemos que encontró esos manuscritos de los que hablas en unos tubos lacrados en la otra columna visigótica, y que éstos fueron escritos por el párroco de la década de 1780; en ellos escribió una serie de nombres que parecen coincidir con una genealogía.

»Cuando Saunière descubrió lo que guardaban las dos columnas bajo el altar, lejos de custodiarlo, lo que hizo fue ofrecer al mejor postor lo que él consideró un secreto peligroso. Saunière, en contra de toda moral, hizo llegar hasta el Vaticano a través del obispo de París la información que tenía en su poder. Si se llegaba a hacer público el contenido de aquellos bifolios, temblarían las estructuras fundamentales de la Iglesia católica. Por eso se ofreció al abate cualquier cosa que él pidiera. A partir de entonces, Saunière vivió rodeado de dinero sin límites, lujos, vida suntuosa, libros, todo lo que pidiera, todo a cambio de no desvelar nunca su secreto. Ambas partes cumplieron.

—¿Qué hizo con las cubiertas y los bifolios? —pregunté.

—Las cubiertas consiguieron pasar a manos de gente de nuestra hermandad antes de que la mujer que vivía con el abate muriera, seguramente a través de un acuerdo con ella. Desde allí, se llevaron a Jerusalén. No os puedo decir más, ni siquiera dónde pueden estar ahora. De los bifolios no se supo más.

—Se han escrito ríos de tinta sobre el asunto del secreto de Rennes-le-Château, pero nunca había oído nada sobre las cubiertas y los bifolios.

—Es parte del secreto, mi querido Rachid; se consiguió mantener el hallazgo al margen, porque les interesaba a todos, sobre todo al Vaticano.

—¿Y dónde están ahora los bifolios?

—El profesor Dorado encontró el lugar donde están escondidos. Es lo que os puedo decir sobre ellos. Tan sólo soy un simple contacto, un humilde eslabón en esta enorme cadena. Armando estuvo aquí durante dos días y me indicó que debía esperar vuestra llegada y que os ayudase a encontrarle.

—¿Y dónde está? —pregunté de inmediato.

—No lo sé —contestó con tranquilidad, lo que hizo que Carlos se removiera en su asiento.

Parecía como si aquel anciano estuviera jugando con nosotros.

—Y si no lo sabe ¿cómo pretende ayudarnos a encontrar a Armando? —le

inquirió con cierto tono burlón.

—Os ayudaré, no lo dudes, muchacho.

El anciano hablaba con firmeza y observé su rostro. Él conocía una parte de todo aquello, tan sólo lo necesario, ni un ápice más.

—¿Y Rachid? ¿Qué pinta en todo esto? —Carlos mantenía su actitud displicente hacia el anciano.

Claramente iba a pillarle en algo, pero Rachid se volvió dedicándole un gesto de contrariedad. Por su expresión creo que no entendió la jugada del que consideraba su amigo y que estaba poniendo a prueba a aquel anciano a costa de dudar de él mismo.

—Rachid es vuestra sombra —dijo con voz grave—. Necesitáis de sus contactos, de sus conocimientos, de su madurez.

—Pero ¿es un elegido, como usted nos llama? —inquirió Carlos.

—No exactamente. Él os guía por la oscuridad durante vuestra búsqueda. Sois vosotros los que debéis poseer por derecho el conocimiento del Gran Arcano, pero para eso le necesitáis a él, además de a otra mucha gente que trabaja en la sombra y que lo más probable es que nunca lleguéis a conocer. La muerte de vuestros padres cortó un hilo necesario y Rachid es el que lo une en realidad.

—Pero ¿usted sabía esto? —pregunté con sorpresa—. ¿Conocía la existencia de Rachid?

—Sabía que alguien os acompañaría, desconocía que fuera él.

—Un momento... —interrumpí—, Rachid, usted nos contó que su esposa murió en un accidente.

Se hizo un instante de silencio en el que sólo se oía el viento golpear en las ventanas y el crepitar del fuego.

—Todo coincide. —Eleazar hablaba despacio con voz ronca y grave—. Todo es premeditado, es vuestro destino, no hay marcha atrás, muchachos.

Carlos se removía en su asiento. Le miré de reojo; aquella situación se le escapaba y no se encontraba seguro de lo que estaba oyendo.

—Bien, y ahora que según Eleazar Stern, eminente investigador retirado, Laura y yo somos los elegidos, ¿qué se supone que debemos hacer? —Carlos mantenía una actitud de escepticismo incómodo, aunque, yo creo que su actitud era una huida hacia delante, intentando evitar con ello algo que se nos antojaba cada vez más complicado y peligroso.

Eleazar le observó durante unos instantes. Con gesto serio y voz grave nos

preguntó sin dejar de mirarle:

—¿Os dejó algo Armando cuando se marchó?

Carlos y yo nos quedamos mudos. No entendimos muy bien a qué se refería.

—¡Carlos, la cruz de madera! —intervino Rachid impaciente.

Carlos cogió su mochila sin decir nada, como si en su mente estuvieran danzando mil ideas que le costaba hilvanar. Sacó la pieza de madera que encontramos en el despacho del profesor Dorado y lentamente se la tendió a Eleazar que lo tomó entre sus manos y sonriendo musitó:

—Este Armando, siempre con sus inventos.

Lo observó atentamente durante un buen rato, dándole vueltas hacia un lado y a otro. Acariciaba suavemente con la yema de los dedos cada centímetro de aquel trozo de madera como si fuera un ciego leyendo braille. De pronto, comenzó a sonreír.

—Aquí está.

—¿Qué es lo que está? —inquirí con curiosidad.

—Con las palabras escritas, que me imagino ya habéis traducido, os hace una primera revelación. Sois los elegidos y debéis atravesar las entrañas y superar el ánimo. Pero hay algo más.

—¿Que hay más? No vimos nada más escrito.

—No está escrito, Laura, Armando os ha hecho una pequeña incisión en la madera indicando el camino que debéis seguir.

Carlos y yo nos miramos con sorpresa. ¿Cómo se nos había pasado ese detalle? Noté que Carlos ponía un gesto de desesperación y desagrado, reprochándose no haber sido capaz de entender nada de lo que Armando nos había dejado.

—Tranquilos, muchachos —dijo Eleazar con voz pausada—, Armando sabía que muy probablemente no veríais todo lo que él os indicaba, por eso os mandó hasta aquí. Todo está previsto. No te martirices más, Carlos, estáis haciendo exactamente lo que tenéis que hacer.

—¿Qué camino debemos seguir ahora? —preguntó Carlos con un tono algo más conciliador.

—En primer lugar, creo que sería buena idea retirarnos a descansar. Todos estamos agotados y las mentes no pueden pensar con claridad en estas condiciones. Dormiremos unas horas y luego, a la luz del día, hablaremos de lo que os queda por delante.

Miré el reloj y comprobé que eran las cuatro de la mañana. El agotamiento estaba haciendo mella en todos nosotros y estuvimos de acuerdo en que era una buena idea descansar un poco.

Eleazar me condujo a una habitación con una cama estrecha y cutre. No lo pensé, estaba tan cansada que me despojé de mi jersey y de las botas y me metí en el interior de unas sábanas de color indefinido y de un olor a humedad penetrante, evitando que ninguno de mis sentidos percibiera más allá de lo estrictamente necesario. A los pocos minutos caí en un sueño profundo y reparador.



Me desperté tiritando de frío y con todos los músculos del cuerpo entumecidos. A través de una pequeña ventana pude ver un cielo gris y lluvioso. Me incorporé y me puse el jersey. La cama hacía mil ruidos cuando me movía, como si fuera a desvencijarse de un momento a otro. Eran las ocho y media de la mañana. Abrí la puerta despacio y percibí un agradable olor a café. Encogida por el frío me dirigí hacia el lugar de donde procedía el aroma. Llegué a una enorme cocina donde Eleazar se encontraba sentado ante una vieja mesa de madera repleta de bollos de varias clases, mantequilla, mermelada, una jarra de cristal llena de leche y una cafetera humeante en el centro.

—Buenos días, Laura, siéntate y come algo, estarás hambrienta. ¿Has descansado?

Me senté a su derecha haciendo un gesto de afirmación, tomé la cafetera, me serví un café y bebí un sorbo con fruición, saboreando el sabor amargo del líquido que cálidamente pasaba por mi garganta hasta llegar a mi estómago vacío.

—Mmmm... casi me había olvidado de estos momentos. —Mis ojos estaban cerrados y mis labios se apretaban para saborear el trago. Eleazar me miraba sonriente, respetando aquel instante en absoluto silencio—. He descansado, no me quedaba más remedio, estaba agotada.

Miré el rostro consumido de aquel anciano, personaje venerado y agasajado en un tiempo y ahora abandonado por todos en aquel rincón perdido del mundo. Sus ojos tenían una mirada limpia a pesar de las arrugas, que no dejaban sin plegar ni un solo tramo de piel. Entre sus manos, huesudas y temblorosas, mantenía sujeta una taza de café como la mía. El cuello de su camisa volvía a salir indómito de la raída chaqueta, pero su escaso pelo había sido colocado cuidadosamente hacia atrás, dándole un aspecto menos astroso que el día anterior.

—¿Te gusta viajar, Laura?

Hice un gesto de afirmación mientras saboreaba un delicioso cruasán untado de mermelada de fresa.

—¿Has estado alguna vez en Roma?

—Estuve cuando era muy pequeña, con mis padres. Apenas me queda un vago recuerdo de la plaza de San Pedro y poco más. Desde el accidente no he tenido ni dinero, ni ganas, ni oportunidad de hacer muchos viajes con la única excepción de mi viaje de novios.

—¿Estás casada?

—Divorciada. —Hice un gesto de conformidad con los hombros—. No salió bien.

Sujetando con sus dos manos la taza se la llevó despacio a la boca para beber un par de sorbos.

—¿Por qué razón vino hasta este lugar? —le pregunté.

—Es un rincón apartado del mundo. Aquí no molesto a nadie. Pero lo cierto es que este lugar me atrajo desde la primera vez que lo visité, hace ya muchísimos años. —Sus ojos me miraban chispeantes—. Es una tierra especial... cómo explicarte... —Dejó la taza sobre la mesa con gesto pensativo—. Creo firmemente que es el lugar donde todo comenzó. La iglesia de Santa María Magdalena en Rennes-le-Château está llena de símbolos que he ido descubriendo poco a poco, símbolos creados por el abate Saunière para dar información que sólo los que están preparados pueden percibir. Es el esoterismo, lo oculto que se comunica sólo a los iniciados.

—Algo así nos contó Rachid... la verdad es que suena misterioso.

—La vida está cargada de misterios. Nada es claro, todo tiene su lado oculto, su secreto. Hay muchos que viven de espaldas a todo y no les importa o, simplemente, ignoran que exista algo más allá de lo que tienen delante de sus propias narices. Pero también están los que conocen el poder del conocimiento y del saber o, los que teniéndolo, manipulan, tergiversan y adulteran las cosas para mantener ese poder que sólo el ejercicio de la cultura otorga. El que lo tiene es tremendamente poderoso, no lo olvides, Laura. La sabiduría, el don del conocimiento, es el arma más potente que existe en el mundo; si la posees nada ni nadie podrá contigo.

Sin dejar de mirarme volvió a tomar su taza y bebió otro sorbo de café. No sabía muy bien qué era lo que había querido decirme, pero de lo que estaba convencida era que sus palabras eran portadoras de un mensaje y, por ello, puse mis cinco sentidos en no perder ni un ápice de aquella conversación.

Estuvimos un buen rato charlando mientras dábamos cuenta del suculento desayuno que había dispuesto sobre la mesa. Me contó toda la historia de

Bérenguer Saunière y de Marie Denarnaud, parte de la cual ya nos había adelantado Rachid durante el viaje. En los últimos años, el misterio del abate había provocado una oleada de turistas ansiosos de emociones y misterios. Me contó que la gente llegaba al pequeño pueblo y visitaba la iglesia, la torre Magdala, Villa Betania y el cementerio, y muchos coincidían en que algo extraño había en el ambiente. La mente humana puede estar predispuesta a encontrar lo que busca pese a que, en realidad, no exista nada. Pero lo cierto es que aquella aldea tenía algo de intrigante, «aunque estoy seguro de que realmente muy pocos lo perciben», afirmaba Eleazar.

Él mismo había dedicado mucho tiempo a observar cada rincón de la iglesia, de la casa y de la biblioteca de Saunière, y había llegado a algunas conclusiones sorprendentes que le confirmaban todo lo que en la noche anterior habíamos estado hablando y, sobre todo, lo que él había transcrito y descubierto en aquel rollo de pergamino encontrado en las cuevas del Qumrán que, sin él conocerlo, yo misma estaba leyendo en el cuaderno de Rachid.

En aquel momento decidí que no podíamos irnos sin visitar Rennes-le-Château; cuando lo comentaba con Eleazar se oyeron unos pasos por el pasillo que precedieron la aparición en la cocina de Rachid, con un aspecto horrible, y Carlos que no presentaba una imagen mejor.

—Pero ¿qué os ha pasado? ¿Es que no habéis dormido nada? —pregunté con gesto jocoso.

—Rachid ronca como un condenado —Carlos se sentó frente a mí y tomando la cafetera se sirvió un café—, y la cama no era dura... ¡era una roca!

—Un momento, amigo —interrumpió Rachid con cierto sarcasmo acercándose despacio a la mesa para tomar asiento frente a Eleazar—, no te niego que ronque, pero tú te mueves como si tuvieras el baile ese de san no sé qué... no me has dejado pegar ojo, por lo tanto, poco habré roncado.

Continuamos desayunando envueltos en la discusión entre Rachid y Carlos. Cuando terminamos con las viandas y nos bebimos todo el café, nos dirigimos de nuevo a la estancia donde habíamos estado la noche anterior. El fuego seguía encendido y la leña ardía con fuerza. La habitación estaba caldeada pero el ambiente se encontraba demasiado cargado por la falta de una buena ventilación. Nos sentamos y Eleazar nos mostró de nuevo la cruz que cogimos del despacho del profesor Dorado. Yo estaba situada junto a él y, frente a nosotros, Rachid y

Carlos observaban con atención los movimientos del anciano; con la yema de los dedos buscó por la madera y, acto seguido, la tendió hacia mí sin retirar los dedos de la cruz.

—Mira, toca aquí y notarás una incisión. Carlos, ¿no te importa coger un papel y apuntar?

Pasé mis dedos por el lugar exacto que Eleazar me estaba indicando.

—¡Es cierto! Aquí hay algo... se nota perfectamente. —Deslicé suavemente las yemas de los dedos por la madera sin mirarla, concentrando toda mi atención en el tacto de mis manos. Poco a poco fui desgranando cada una de las palabras que mi sentido táctil iba descubriendo, hasta que tuvimos el mensaje completo que Carlos había ido escribiendo a medida que yo le indicaba.

Carlos leyó despacio.

—*DIRECTIO SEPTIMA COLLIS.*

La primera palabra, se encontraba en uno de los cantos del brazo transversal del crucifijo, y *septima collis* estaban incisas en el otro extremo.

—¿«Dirección séptima colina»? —interrumpió Carlos con un gesto de sorpresa.

—Está claro que, si fue el profesor Dorado quien realizó esas incisiones, era para que fuéramos en esa dirección, pero ¿qué significa la séptima colina? —pregunté mirando la hoja sobre la que Carlos había escrito la frase.

—Primero nos deberíamos preguntar por qué don Armando ha cortado uno de los brazos del crucifijo —apuntó Carlos—. ¿Qué nos habrá querido decir con eso?

—La ha transformado en una cruz griega de cuatro brazos iguales —indiqué dando una posible idea, sin estar segura de que fuese acertada—. La cruz griega fue utilizada en las plantas de las primeras iglesias bizantinas.

—También es una de las cruces utilizadas por los templarios —añadió Carlos—, para indicar lugares determinados. ¡Claro! —tenía la sonrisa del que acaba de encontrar la solución a un difícil crucigrama—, para el profesor las plantas más perfectas eran las utilizadas en las primeras iglesias bizantinas, con un núcleo redondo o cuadrado del que salen los cuatro brazos iguales. Está claro que quiere que nos dirijamos al antiguo Imperio bizantino y es allí donde debemos encontrar la séptima colina.

—Es posible —dijo Rachid pensativo—, pero estamos hablando de un territorio demasiado amplio. Algo se nos escapa.

Cualquier comentario se quedaba en el aire a la espera de la conformidad

del resto. Eleazar nos observaba impasible con el rostro levantado, apoyando su espalda completamente en el sillón y con las manos cayendo reposadamente sobre sus piernas, con la apariencia de un profesor a la espera de que sus alumnos resuelvan un problema del que ya conoce el resultado.

Nos quedamos en silencio. Pusimos rostros de absoluta concentración. Todos excepto Eleazar, que mantenía una sonrisa expectante a nuestra próxima reacción. Me di cuenta de ello.

—Eleazar, usted lo sabe, ¿verdad? ¿Usted conoce el lugar donde el profesor Dorado quiere que vayamos?

Eleazar se incorporó hacia delante y nos dedicó una mirada perspicaz.

—Ya os dije que os ayudaría a encontrarle. ¿Alguna vez habéis oído hablar de las siete colinas sobre las que se fundó Roma? Pues una de esas colinas tiene un nombre determinado. —Mantuvo unos instantes de silencio a la espera de que tuviéramos la oportunidad de decir la palabra concreta.

—¡Claro! —dije poniéndome en pie—. ¡El Vaticano, quiere que vayamos al Vaticano! —Carlos y Rachid me miraban en silencio—. Vaticano es el nombre de una de las colinas sobre las que se fundó Roma. ¿No lo recuerdas?

Eleazar sonrió satisfecho. Sin embargo, Carlos frunció los labios y negó con la cabeza.

—Es demasiado evidente, ¿por qué tiene que ser ésa la respuesta? ¿Y qué tiene que ver con la cruz griega?

Un gesto de desprecio se deslizó por su rostro, aunque no sé si me lo dirigía a mí o a sí mismo por no haber sido más rápido en una deducción tan evidente.

—Carlos, Roma fue parte del Imperio bizantino hasta mediados del siglo VI —intenté, por todos los medios, no añadir un sentido competitivo a mis palabras —; además, en cuanto a la forma de cruz griega puede que, simplemente, haya querido llamar nuestra atención sobre la cruz de madera; piénsalo, si no hubiera hecho el corte seguramente no hubiéramos reparado en ella, ¿no es cierto?

Carlos asintió.

—Tiene bastante sentido lo que acabas de decir. Pudo haber sido una forma de llamar nuestra atención.

—Yo creo que está claro, uno de los lugares a los que debéis ir es a Roma. Es posible que allí podáis encontrar alguna respuesta para continuar vuestra búsqueda. —Eleazar hablaba despacio, con un tono pausado, dejando que nos fuéramos convenciendo poco a poco del camino inmediato que debíamos seguir.

—¿Y los bifolios del códice? —pregunté—. ¿Dónde están? Usted dijo que

el profesor Dorado los había encontrado.

—Sólo os puedo decir que, desde aquí, Armando seguía un camino concreto para reunirse con alguien, y ese mismo camino es el que vosotros tenéis que recorrer ahora.

—¿Le dijo con quién?

—No. Cuanto menos información se difunda, mejor. Los mecanismos de espionaje son una verdadera maravilla, os lo aseguro. Sería peligroso para la seguridad de muchos que en cada lugar se diera más información de la necesaria.

—Pero ¿él sabía dónde estaban?

—Es posible, Laura. —Bajó la mirada hacia el suelo, evitando que pudiéramos leer en sus ojos—. Yo no tengo la información que me pedís, soy tan sólo un simple eslabón en una cadena perfecta. Vosotros sois los que tenéis que moveros, los que debéis ir en busca de esos bifolios porque en ellos encontraréis la clave para llegar a vuestro destino.

—Es decir —interrumpió Carlos—, que vamos a recorrer medio mundo, jugando a las pistas para encontrar unos documentos que nos indiquen un lugar determinado al que tenemos que llegar.

—Algo así.

—Me suena a juego —Carlos volvió a caer en un gesto escéptico—, no sería todo más fácil...

—No, Carlos, las cosas no son tan sencillas —contestó tajante Eleazar—; detrás de vosotros hay mucha gente que observa y sigue vuestros pasos para conseguir, precisamente, el contenido de esos bifolios y poder así conocer el Gran Arcano. Gente capaz de cualquier cosa, incluso de matar, para hacerse con el conocimiento y el control de ese gran misterio o, sencillamente, para evitar que se pueda dar a conocer. Ese secreto ha estado guardado y custodiado durante dos mil años por los auténticos cristianos seguidores de Jesús de Nazaret, de sus enseñanzas y de su forma de vida. Vuestro salvoconducto, vuestra seguridad por ahora, es que sois el hilo conductor que los puede llevar a su descubrimiento y posterior manipulación. No os podéis fiar de nadie. Todos vuestros movimientos son controlados desde hace días. Esa gente extiende sus tentáculos hasta límites insospechados.

—Eso ya lo habíamos notado —intervino Rachid—. Han intentado separarnos e incluso acabar con nosotros.

Dejó la mirada suspendida en las llamas de la chimenea, apretó los labios y arqueó las cejas.

—Rachid, tan sólo os puedo decir que tengáis mucho cuidado.

Mantuvimos un silencio cortante que aproveché para imbuirme de mis propios miedos. Mi cabeza parecía una centrifugadora en la que las ideas bullían dando vueltas y más vueltas, mezclándose unas con otras, leyendas con misterios, secretos y verdades, papeles, caballeros templarios, accidentes de coche; mi pensamiento no me daba tregua. Miré a Carlos. Tenía la cara entre las manos y su mirada estaba perdida, los labios apretados, tensos. Entonces, alzó la vista y me dedicó una mirada interrogante mezclada con cierta intranquilidad. ¿Dónde nos habíamos metido? Sin apenas darnos cuenta nos habíamos convertido en elegidos de algo desconocido para nosotros pero que, irremediablemente, se nos imponía. En nuestras miradas percibimos que no había marcha atrás, no teníamos opción, debíamos continuar.

Después de tomar la firme decisión de ir a Roma, estuvimos de acuerdo en hacer una rápida visita al pueblo de Rennes-le-Château ante la insistencia de Eleazar. No me extrañó que el anciano declinase nuestra invitación a que nos acompañase. Sus frágiles huesos no soportaban el frío y el fuerte viento que generalmente corría en ese lugar y prefería quedarse al calor del fuego.

Cuando estábamos subiendo al coche para iniciar la ascensión a la misteriosa villa, apostado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho para guarecerse del intenso frío, nos aconsejaba insistente que nos fijásemos muy bien en todos los detalles de la iglesia.

—No dejéis de mirar bien los pasos del vía crucis, y las estatuas que hay... ¡Ah! y el calvario —su voz frágil y temblorosa por el efecto del aire gélido y cortante de la mañana, se esforzaba por hacernos llegar su sonido—, y no olvidéis entrar en el cementerio.

Hicimos un gesto con la mano antes de entrar en el coche y le dedicamos una sonrisa y un «Hasta luego». Cuando el vehículo dio la vuelta y pasó por delante de él pude ver reflejada en sus ojos una mirada de tristeza. Pensé en la soledad de aquel hombre que en el final de sus días había tenido que esconderse del mundo, humillado y despreciado por todos, olvidado y abandonado después de una vida llena de éxito y reconocimiento.

Hacía mucho frío y el viento arreciaba a medida que íbamos ascendiendo por la estrecha carretera. En una de las curvas se presentó ante nosotros la que debía de ser la torre Magdala y los restos del castillo. Aparcamos en una explanada situada junto a la torre. Al bajar del coche me di cuenta de la situación privilegiada y estratégica de aquel lugar perdido del mundo. Teníamos ante nosotros una vista digna de la mejor atalaya; kilómetros de terreno se extendían a nuestros pies a pesar de las negras nubes que se cernían sobre un cielo plomizo y gris. El viento nos azotaba con fuerza la cara obligándonos a caminar encorvados para contrarrestar su empuje. Nos dirigimos hacia una calle que debía de ser la entrada principal de Villa Betania y, al girar hacia la izquierda, descubrimos la iglesia de la que tanto nos había hablado Eleazar. No se veía ni un alma y el lugar se me antojó algo misterioso. Caminamos en silencio y nos detuvimos frente a la entrada;; un triángulo equilátero estaba situado en lo alto de la puerta; podía leerse la inscripción realizada hacía más de cien años por el párroco Saunière, *TERRIBILIS EST LOCUS ISTE* («Este lugar es terrible») y sobre cuyo significado se ha especulado hasta la saciedad.

Al entrar en la pequeña iglesia lo primero que pudimos ver fue la estatua de un demonio de ojos saltones y gesto retorcido. Sujetaba sobre sus hombros una pila bautismal, pero lo que me heló la sangre fue su mirada. Me quedé petrificada frente a ese trozo de escayola pintado y Rachid, que iba detrás de mí, me cogió por los hombros y empujándome ligeramente hacia dentro me dijo en voz baja:

—Te presento a Asmodeo.

—¡Es horrible! —repliqué sin quitar mi vista de aquella talla. Sus manos huesudas y grandes parecían garras a punto de sacudir un zarpazo, su color era rojizo y vestía un manto que le dejaba al descubierto un musculoso pecho. Sus ojos eran extremadamente grandes y se había conseguido una mirada desafiante que ponía los pelos de punta.



La iglesia era de una sola nave, pequeña y oscura; el techo estaba pintado de azul con estrellas. Se oía de fondo una extraña música que no supimos muy bien de dónde procedía. Frente a nosotros otra imagen del bautismo de Jesús y Juan el Bautista. Avancé despacio hacia el altar. Mi mirada se posó ante la estación número ocho del vía crucis: la representación del calvario y, a los pies de la cruz mirando al crucificado, una mujer de espaldas con un niño pequeño agarrado a sus faldas. Estuve durante mucho rato mirando aquella representación y me vino a la memoria la historia que estaba leyendo en el cuaderno de Rachid. Representaba en mi imaginación a María Magdalena junto a su pequeño, observando la crueldad inferida a su amado. Me pareció percibir el llanto del niño, aferrado a su madre rota de dolor ante la impotencia reprimida por tanto sufrimiento. Parecía como si de pronto las figuras tomaran vida y clamaran contra la injusticia y el dolor.

El susurro de una voz desconocida me devolvió a la realidad.

—Parece que le haya afectado ese relieve.

Me volví y me encontré con el rostro de un hombre a pocos centímetros de mi cara. Su aliento era nauseabundo y su aspecto repugnante: la nariz torcida, los dientes negros y la piel cetrina y grasienta como su pelo, que le caía desaliñadamente por su frente. Di un paso hacia atrás pero tropecé con uno de los bancos. Miré a un lado y a otro. Carlos y Rachid habían desaparecido y me encontraba sola con aquel repulsivo personaje.

Me moví torpemente sin decir nada en un intento de salir de allí de inmediato. Di unos apresurados pasos en dirección a la estatua del diablo de la entrada.

—¿Ya se marcha?

La voz ronca y áspera de ese hombre se imponía en el ambiente de la pequeña iglesia. Se dirigía a mí en un tosco castellano que apenas entendía. Mi corazón latía con tanta fuerza que apenas podía respirar. Quería salir corriendo pero estaba tan asustada que no era capaz de moverme. Miré hacia el diablo de la entrada y me dio la sensación de que me miraba y sonreía burlonamente. Tenía de nuevo a aquel hombre siniestro a mi lado. Hice un gesto para apartarme de él, pero se puso frente a mí. Su aspecto podría pasar por el de un pordiosero, maloliente y andrajoso.

—Debe mirar bien ese relieve porque ahí está la clave para dar el paso siguiente. —Su voz era grave y su mirada ladina.

—¿Quién es usted? —Mis palabras temblorosas provocaron una leve

sonrisa del hombre.

—No me tenga miedo, Laura, no voy a hacerle daño.

Se volvió despacio hacia el lugar donde había permanecido observando el relieve de la estación del vía crucis. Pensé en salir corriendo. Pero una mezcla de curiosidad y miedo me hizo mantenerme en el mismo lugar mirando los movimientos de aquel hombre.

Estuvimos un rato en silencio. Yo mirándole a él, y él mirando el relieve, sin hacer caso de mi presencia. De pronto se volvió hacia mí y me hizo una seña para que me acercase. Ante mi quietud volvió a insistir con más énfasis y, con el corazón encogido, me acerqué hasta donde se encontraba.

—Observe la imagen y piense, Laura, piense.

—¿Qué es lo que tengo que pensar? ¿Y cómo sabe mi nombre?

Ignoró las dos preguntas y se mantuvo impávido mirando hacia el relieve.

—Jesús, la cruz, una mujer, un niño —sus palabras surgían cadenciosas de su boca—, todo coincide. —Me dedicó una mirada y yo le retiré la mía posando los ojos en el relieve.

—No entiendo lo que me quiere decir.

—Está ahí, ¿no se da cuenta? La clave está ahí. ¡Búsquela!

Después de decir esto dio un paso atrás, se encaminó despacio hacia la entrada y antes de salir por la puerta se volvió, me dedicó una sonrisa y con apenas un susurro me repitió:

—Búsquela, la respuesta está ahí.

Cuando desapareció de mi vista me abalancé hacia la entrada. Me quedé mirando hacia el exterior. Llovía a cántaros y el aire hacía que la lluvia me mojase incluso en el quicio de la puerta. Miré a un lado y a otro intentando localizar a aquel hombre pero no vi a nadie. Pensé en salir para buscar a Carlos y Rachid pero un impulso me devolvió hacia el interior del templo. Pasé sin apenas mirar la figura del diablo que guardaba la puerta y llegué frente al paso del vía crucis. Estuve observándolo unos instantes. Me acerqué hasta la pared donde estaba colgado y, sin guardar la compostura, me subí sobre un banco para verlo más de cerca. Palpé el relieve con mis manos. Me dio la sensación de que las figuras adquirirían movimiento. Cuando estaba tocando el relieve del niño noté una hendidura perfectamente simulada junto al brazo protector de la mujer. Sin pensarlo metí la mano, quedando introducidos cuatro de mis dedos de la mano derecha. Sentí una especie de clavija, empujé y pude oír un ligero chasquido junto al altar. Saqué la mano y me bajé para ver lo que había sido. Un extraño

sonido se percibía en la iglesia como si una piedra se estuviera deslizando lentamente. Salté el cordón que impedía el acceso a la parte trasera del altar y di la vuelta al mismo. El corazón se me paralizó: una de las losas se estaba desplazando lentamente dejando un hueco en el suelo. Pude ver unas escaleras de piedra que descendían hacia la más absoluta oscuridad. Por un instante no supe qué hacer, no podía bajar ahí sola y sin iluminación. Miré a mi alrededor, nada podía servirme para alumbrar mi paso. Por fin, decidí ir a buscar a Carlos y Rachid. Me bajé del altar y me dirigí hacia la salida.

Cuando salí al exterior seguía lloviendo y el aire me cortaba la cara como cuchillas heladas. Me asomé a una puerta que daba a un patio interior, entré y me dirigí a una casa cuya puerta se encontraba entornada de donde procedía una voz femenina hablando en francés. Al entrar comprobé que se trataba de una grabación procedente de lo que debía de ser una escena de la vida cotidiana de Saunière y su ama de llaves. Dos maniquíes con su imagen se situaban junto a un mobiliario de la época. La grabación explicaba de forma resumida la extraña vida del párroco en diferentes idiomas.

Subí unas estrechas escaleras y llegué al piso superior donde se exponían fotos, libros y otros recuerdos del abate. Por una puerta que daba al jardín pude ver a lo lejos a Rachid, que entraba en la Torre Magdala. Crucé corriendo el espacio que me separaba de ellos gritando con fuerza sus nombres, pero el rugido del viento impedía que oyese mi voz y desapareció tras la puerta. Empapada por la lluvia llegué a la torre. Allí estaban Carlos y Rachid observando tranquilamente la librería que había en su interior. Abrí la puerta de cristal y la cerré de golpe tras de mí.

—¿Por qué me habéis dejado sola?

Los dos me miraron sorprendidos.

—No te hemos dejado sola —dijo Carlos con tranquilidad—; parecías estar muy interesada viendo la iglesia y nosotros hemos continuado la visita. Laura, que no somos niños para ir a todos los sitios juntos.

En cierto modo tenía razón, no podía obsesionarme tanto con la idea de no separarnos para nada. Me quedé en silencio durante un instante en aquella torre utilizada por el párroco como biblioteca. Era un espacio no muy grande rodeado en sus cuatro paredes por estanterías de buena madera donde todavía se podía ver algún que otro libro y periódicos de la época. En el silencio se oía el azote de la lluvia y del viento, que movía con fuerza furiosa los cristales de los ventanales provocando un extraño sonido.

—¿Hay alguna linterna en el coche?

—Sí, yo tengo una en mi bolsa —Rachid contestó despacio sin entender muy bien mi actitud.

—Pues vamos, tengo algo que enseñaros. —Abrí la puerta y salí al exterior. La puerta se cerró con un fuerte portazo, me volví y les grité desde fuera con impaciencia—: ¡Vamos!

Los dos salieron detrás de mí y, mientras nos acercábamos al coche, les expliqué lo que me había ocurrido en la iglesia y lo que había descubierto. Seguíamos sin ver a nadie. Parecía que éramos los únicos que estábamos en aquel insólito pueblo.

Entramos en la iglesia con la linterna de Rachid, me acerqué hasta la parte de atrás del altar y me paré frente al agujero que se mantenía abierto a mis pies.

—¡Santo Cielo! ¡Esto es increíble! —Carlos mantenía la boca medio abierta sin poder creer lo que estaban viendo sus ojos—. ¿Cómo has dado con esto?

Les expliqué cómo había introducido la mano en el relieve y el mecanismo de apertura se había accionado. Carlos estaba fascinado e iba de un lado a otro desde la parte posterior del altar hasta el lugar donde se accionaba el mecanismo. Rachid encendió la linterna e iluminó el agujero. Unas escaleras de piedra se perdían en la oscuridad.

—¡Vamos! Veamos qué encontramos ahí abajo. —Comenzó a descender sin esperar nuestra reacción.

Yo le seguí y detrás de mí bajó Carlos. Descendimos unos quince escalones hasta situarnos debajo del suelo de la nave de la iglesia. Estábamos en un habitáculo excavado en la roca con una mesa de piedra en el centro a modo de altar.

—Parece una cripta —dijo Rachid enfocando todo el espacio.

—Mire, Rachid, allí hay algo escrito. —Me adelanté a él y me situé junto a una de las paredes.

Rachid iluminó el lugar que le indicaba y sobre la roca se podía ver perfectamente una serie de nombres escritos. Eran nombres y fechas, una lista escrita a mano con pintura negra y en letra pequeña. La lista comenzaba con un nombre, Jean de Gisors (1188-1220), Marie de Saint-Clair (1220-1266), Guillaume de Gisors (1266-1307), y continuaba a lo largo de toda la roca, de arriba abajo y de izquierda a derecha, formando una serie de siete columnas.

Sin dejar de mirar cada uno de los nombres que Rachid iluminaba lentamente, recorrimos por orden cronológico aquella lista escrita por diferentes

manos. Nicolás de Flamel (1398-1418), René de Anjou (1418-1480), Sandro Filipepi, más conocido como Botticelli (1483-1510), Leonardo da Vinci (1510-1519).

—Leonardo Da Vinci dejó muchas señales ocultas en sus pinturas y escritos —comentó Rachid—, era un hombre tremendamente enigmático.

Seguimos recorriendo la lista de nombres repitiendo entre labios cada uno de ellos. Al llegar el listado al siglo xx, dos nombres finalizaban la columna; el último era A. Giuseppe Roncalli (1950-1963).

—¿No fue Roncalli el papa Juan XXIII? —dijo Carlos señalando el nombre.

—¿Por qué estará su nombre aquí? —pregunté sin esperar una respuesta convincente.

—Fue un Papa muy especial —dijo Rachid acercando la luz al nombre—; intentó introducir cambios importantes en la Iglesia. No sé, no acabo de entender el significado de esta lista.

Con el nombre de Roncalli terminaba la penúltima columna de nombres. Cuando Rachid elevó el haz de luz al comienzo de la última se me paralizó el corazón. Las palabras escritas en la primera línea eran Sara Fuste (1963-1977). Sentí una extraña mezcla de estupor y desconcierto.

—¡Espera! —le dije a Rachid, sin darme cuenta de que en sus caras se reflejaba una consternación absoluta—. Éste... —mi dedo índice se acercaba despacio y tembloroso hasta uno de los nombres que el haz de luz iluminaba en la roca— es el nombre de mi madre.

—Y éste es el de mi esposa —dijo Rachid señalando el nombre de Sara Duffort (1977), que aparecía a continuación del de mi madre.

—¡Dios mío! Y este de aquí es... es —titubeó Carlos indeciso haciendo un esfuerzo para dejar que las palabras salieran por sus labios—, no puede ser... es el nombre de mi padre. —Señalaba con su dedo el nombre de Juan Trillo (1977-1979), que estaba justo debajo del dedo de Rachid.

Por unos instantes un silencio sepulcral se instaló entre nosotros. Estábamos tan concentrados en los nombres de cada uno de nuestros seres queridos que no continuamos leyendo el que aparecía a continuación.

—Mis padres murieron en enero de 1977. —Mi voz salía como un suspiro de mis labios.

—Y mi esposa —dijo a continuación Rachid— tuvo el accidente el 15 de diciembre de ese mismo año.

Y Carlos, siguiendo el susurro de nuestras voces, confirmó que su padre, junto a su madre, murió en agosto de 1979.

Fue Carlos, pendiente de las letras que formaban el nombre y apellido de su padre, el que se dio cuenta de lo que había escrito debajo.

—¡Un momento! —dijo de pronto—. ¿Qué significa esto?

El haz de luz iluminó el nombre escrito a continuación. Pude oír, en el interior de mi cabeza, los latidos de mi corazón acelerado. No podía creer lo que estaba viendo escrito en aquella pared. Una sensación de agobio me subió por el estómago. Ninguno de los tres nos movíamos, mientras el haz de la linterna iluminaba tembloroso como el pulso de Rachid aquel nombre y aquellas fechas, Armando Dorado (1979-2000).

—¿Qué significa esto? Hay dos fechas... —Mi voz temblorosa luchaba contra el desconcierto y el llanto—. ¡Puede que don Armando esté muerto! —Me volví hacia Carlos con cierta desesperación pero sus ojos estaban perdidos en los nombres escritos toscamente en la roca.

—Me temo que es posible —dijo Rachid con frialdad—. El nombre que le sigue debe de ser el de su sucesor en esta lista de personajes.

La linterna recorrió un nombre que había a continuación de Armando Dorado: «Giuliano Lubienich 2000». No había paréntesis, como si el tiempo no se hubiera cumplido todavía para el portador de aquel nombre.

—Yo conozco a este hombre —dijo Rachid con cierta ansiedad, dando un paso atrás—. Vive en Roma, formó parte de la Curia romana hace ya tiempo... —su rostro estaba tenso y su mirada perdida, intentando hurgar en sus recuerdos todo lo que sabía sobre ese nombre—, pero tuvo que dejarlo, algo le ocurrió y fue expulsado del Vaticano. Últimamente no he tenido mucho contacto con él. —Su entusiasmo iba en aumento a medida que las ideas se le aclaraban en la mente—. La última vez que le vi regentaba una tienda de antigüedades cerca del Vaticano.

—¿Sabes si tenía algo que ver con todo este embrollo? —preguntó Carlos contagiándose de su ánimo.

Rachid se quedó pensativo. Sus ojos se entrecerraban como si en su mente estuviera pasando la película de sus vivencias.

—No lo sé, es posible, su nombre está aquí; además, es un gran conocedor de la Biblia. —Nos miraba sonriendo con entusiasmo—. Tuvo acceso a los archivos secretos del Vaticano y estuvo muy unido al papa Juan XXIII; fue uno de sus hombres de confianza. Después, cuando llegó Pablo VI, cayó en

desgracia. No me dijo nunca por qué, pero gracias a él tengo importantes contactos con gente en el Vaticano. Es un hombre que trabaja en la sombra para esclarecer lo que él considera un engaño.

—¿Un engaño de qué?

—Un engaño de la Iglesia, del cristianismo tal y como se presenta desde el siglo IV en los concilios de Nicea y de Letrán. Tenemos que ir a verle —afirmó con resolución.

Nada más decir esto se oyó un chasquido seco y a continuación un ligero ruido. Nos miramos horrorizados. Yo me precipité a la oscuridad de la escalera de piedra por la que habíamos descendido y comencé a subir a trompicones. Miré hacia arriba y vi cómo la losa se iba deslizando lentamente cerrando la salida.

—¡Noooo! —Un grito desgarrador salió de mi garganta.

Sentí que la adrenalina me dejaba sin respiración y que mis piernas subían los escalones de tres en tres ayudándome con las manos. Cuando estaba a punto de llegar a la pequeña abertura que aún quedaba antes de que la losa terminase su lúgubre recorrido, sentí un fuerte tirón de mi abrigo. El impulso me hizo caer escaleras abajo. Cuando llegué al final levanté la cabeza y vi que Rachid, junto a mí, se dolía después de haber rodado como yo.

—Pero ¿qué hace? ¿Está loco? —Mi rabia era tanta que, por unos instantes, sentí un odio visceral hacia él—. ¿Por qué no me ha dejado salir? ¿Qué quiere, que nos pudramos aquí dentro? ¿Eso es lo que quiere?

Rachid no me miraba. Se levantó despacio con cierta dificultad, dolorido por los golpes, mientras escuchaba paciente la retahíla de preguntas que salían vociferantes por mi boca. Cuando me cansé de escupir frases rabiosas me callé y me quedé sentada en el suelo con gesto desafiante. Mi respiración era acelerada y las aletas de mi nariz se movían con fuerza para intentar meter el aire que reclamaban mis pulmones.

—Siento haberla tirado, Laura, lo siento de veras, pero no quería que muriera delante de mí, decapitada por esa losa que no se hubiera detenido ni siquiera si usted intentaba salir. —Su tono de voz era sosegado, igual que su gesto cabizbajo, armado de paciencia resignada.

Entonces comprendí la razón que había llevado a Rachid a actuar de aquella manera. Bajé la mirada hacia el suelo. Me sentí avergonzada; había sido presa de un estúpido ataque de histeria que podía haberme costado la vida. Con los brazos rodeé mis rodillas y me hice un ovillo intentando luchar contra unas lágrimas

que se me escapaban irremediablemente, liberando los sentimientos de agobio que me provocaban la claustrofobia y la sensación de ridículo ante mi actitud infantil.

Lloré desconsoladamente durante un rato, sintiendo la presencia de Rachid a mi lado que, sin decir nada, acariciaba con ternura mi pelo intentando transmitirme un apoyo que realmente necesitaba.



Levanté la cabeza lentamente. Rachid se encontraba a mi lado; su rostro era sereno y reflexivo. Me miró y me sonrió. Le devolví el gesto. Me limpié las lágrimas y vi en la penumbra a Carlos cabizbajo y huidizo. Al amparo de las sombras también él había roto su llanto silencioso, desatando las tensiones acumuladas y la angustia del encierro.

—Lo siento, Rachid, yo... —Un ligero hilo de voz salía de mis labios provocando de nuevo un sollozo incontrolado.

—No pasa nada, Laura. —Rachid me interrumpió de inmediato, presionó con su mano mi brazo que todavía seguía aferrado a mis rodillas y volvió a dedicarme una sonrisa—. Su reacción es comprensible, el instinto de supervivencia nos hace a veces perder la razón, pero ese mismo instinto nos debe mantener vivos y con esperanzas en este momento. —Dando un suspiro se puso en pie y dio unos cuantos pasos manteniendo un gesto grave—. Vamos a ver, es posible que Eleazar conociera la existencia de esta cripta. De hecho, insistió en que nos fijásemos en las estaciones del vía crucis, por tanto, algo debía de saber, y si pasan las horas y no regresamos, lo más probable es que sospeche que estamos aquí encerrados y venga para abrir la losa.

—Eso es muy poco probable, Rachid. —Carlos salió de su encierro voluntario en la penumbra—. Estoy completamente seguro de que si hubiera sabido de la existencia de este lugar nos lo hubiera dicho sin más rodeos. ¿Qué sentido tendría ocultarnos semejante información?

—¿Tú crees que lo que nos está sucediendo en los últimos días tiene algún sentido lógico, Carlos?

Hubo un silencio. Carlos bajó la mirada al suelo y empezó a caminar de un lado a otro como un animal enjaulado.

—No creo que Eleazar conociera este agujero; él nos dijo todo lo que sabía. —Con una mano se tocaba la cabeza y la otra la mantenía en la cintura—. ¡Nos vamos a pudrir aquí dentro! ¡Lo han conseguido! ¡Dios, nos han enterrado vivos!

Carlos tenía el gesto desencajado, apretaba los labios y respiraba de forma acelerada como consecuencia de la rabia y el intento de controlar su angustia.

—Tiene que haber alguna manera de salir de aquí.

Mi gesto y mi voz eran de súplica. Me ahogaba tan sólo de pensar dónde me encontraba. De repente me acordé de que tenía mi móvil en el bolso, lo busqué con desasosiego. Carlos debió de pensar lo mismo que yo y sacó el suyo.

—Nada —dijo defraudado—, no te molestes, Laura, no hay cobertura.

No le hice caso y saqué el teléfono del bolso; lo encendí y pude comprobar con desaliento que tenía razón.

—Es inútil, en este lugar los móviles no sirven para nada —dijo Rachid.

—Pero algo tendremos que hacer —insistí—, no podemos quedarnos parados... esperando.

—¿Esperando qué, Laura? —Carlos me miraba con una expresión angustiada. Podía ver en la sombra su rostro desafiante intentando ocultar sus miedos—. ¿Que vengan a buscarnos? ¿Es que no te das cuenta? Alguien o algo ha cerrado la salida y nadie sabe que estamos aquí. Eleazar es un anciano que puede que se olvide hasta de nuestra existencia. Sí, Laura, tenemos que esperar —imprimió a sus palabras un tono sarcástico— ¡a que venga a buscarnos la muerte a este agujero perdido del mundo! Y todo por empeñarnos en encontrar una quimera y creernos los elegidos para salvar al universo. Por eso estamos aquí. Dispuestos a que nos llegue la muerte lentamente.

—¡Ya basta! —gritó enfadado Rachid ante la actitud de Carlos—. ¡No vamos a morir! Es necesario mantener la calma y buscar la forma de salir. Tiene que haber un mecanismo que abra esa losa. Estoy seguro.

La voz de Rachid era firme y me produjo una sensación de confianza. Creí ciegamente en que aquel hombre nos sacaría de allí. Tenía la necesidad de creerle.

Miré la linterna que se encontraba en el suelo junto a mí. Su haz de luz era más débil que hacía un rato. La cogí y me puse en pie.

—Rachid, tenemos que darnos prisa, la linterna no durará mucho y si nos quedamos sin luz... —No quise decir nada más, tal vez para no pensar en la posibilidad de quedarnos en aquel lugar en la más absoluta oscuridad.

Rachid asintió.

—Tiene razón, Laura, no hay tiempo que perder. Si Eleazar reacciona será dentro de algunas horas; no podemos quedarnos parados, tiene que haber algún mecanismo de apertura.

En ese momento, Carlos se dejó caer en el suelo con un gesto de disconformidad, derrotado ante la situación que le superaba y le provocaba una

rabia contenida que se reflejaba en la tensión de su rostro. Bajó la mirada hacia el suelo indicándonos que no quería participar de nuestro banal intento de búsqueda. Rachid le dedicó una mirada de censura pero no le dijo ni una palabra.

—Vamos, Laura, ayúdeme. —Cogió la linterna de mis manos y subió la escalera de piedra hacia la losa que nos había dejado encerrados—. Miraremos primero por aquí arriba; observe todo a su alrededor, cualquier saliente, cualquier hendidura, todo lo que le pueda llamar la atención, dígamelo, no tenemos ni un minuto que perder.

Le seguí escaleras arriba, pero antes le dediqué una mirada a Carlos. Estuve a punto de acercarme hasta él. Me pareció tan indefenso como un animalillo enjaulado, incapaz de pensar en su propia supervivencia, entregado a su destino fatal, abandonado a su suerte. Me miró de reojo y de nuevo bajó los ojos al suelo, incapaz de mantener la mirada ni por un instante, encogido sobre sí mismo para huir de mí y de sus temores.

Examinamos a conciencia cada palmo de la roca en toda la bajada de la escalera alrededor de la losa y por los escalones de piedra. Cuando llegamos al último escalón la linterna había disminuido considerablemente de potencia. Rachid y yo nos miramos con cierto desánimo. Me volví hacia el lugar en el que había dejado a Carlos y lo vi vacío, me giré y pude ver su sombra en la penumbra junto a la pared, tocando con sus manos la roca desde arriba hasta sus pies, despacio, acariciando cada centímetro de superficie que pasaba por sus manos iluminándose con la tenue luz procedente de su móvil. A pesar de la decepción de no haber encontrado nada, verle así me provocó cierta tranquilidad. No soportaba que se sintiera derrotado.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó Rachid acercándose hasta él e iluminando sus manos.

Carlos negó en silencio con un profundo suspiro.

—¿Qué pared has examinado? —pregunté.

—Esta de aquí, pero no estoy seguro de qué es lo que busco.

Rachid y yo nos unimos a Carlos en la tarea de inspeccionar las paredes de aquel lugar que se me presentaba cada vez más pequeño y oscuro. La linterna situada en el centro de la estancia iba perdiendo fuerza a cada momento y nos envolvía en una penumbra cada vez más lúgubre. Carlos seguía utilizando su móvil para iluminar su inspección, pero también perdía batería con una rapidez desesperante.

—Descansemos un rato —dijo de pronto Rachid—. Será mejor que nos

mantengamos un rato con la linterna apagada; de lo contrario, en pocos minutos nos quedaremos completamente a oscuras.

Carlos se metió el teléfono en el bolsillo. Nos situamos en un rincón sentados contra la fría roca. Rachid se encontraba en el medio con la linterna en la mano. Cuando estuvimos sentados, apagó la luz. La oscuridad más absoluta se apoderó de todo y cerré los ojos para no ver la negrura. Sentí la mano de Rachid que me invitaba a acercarme más hacia él como si hubiera percibido mi miedo. Me apreté a su cuerpo en busca de un refugio de aquella quietud lóbrega. Tan sólo podía oír la respiración pausada de Carlos y Rachid. Pensé que ésa debía de ser una sensación similar a la de estar en una tumba. Intenté no pensar. Quería hablar para romper el silencio pero me era imposible articular una sola palabra, como si la oscuridad no permitiera que la voz se materializase. Me acurruqué junto a Rachid y mantuve los ojos cerrados. El tiempo parecía que se hubiera parado de repente, el día y la noche no existían, como si la vida se hubiera detenido unos metros más arriba de nuestras cabezas. Pensé en Eleazar: «¿Se dará cuenta de que no regresamos? ¿Y si piensa que nos hemos ido a Roma? ¿Y si desconoce la existencia de este agujero?».

El estómago se me encogía e intentaba dejar de nuevo la mente en blanco.

—No soporto la oscuridad. —La voz de Carlos sonaba angustiada y su respiración se aceleraba.

—Carlos, estoy aquí. —La voz de Rachid intentaba calmarle—. No te preocupes, cierra los ojos y piensa en otra cosa.

—¿En otra cosa? ¿En qué voy a pensar? ¿En que voy a morir de inanición en este agujero, en total oscuridad, lentamente hasta que mi corazón se pare?

—No te angusties, Carlos, intenta calmarte. —Sentí que Rachid se volvía hacia él—. Si pierdes los nervios no conseguirás nada.

—No podemos quedarnos aquí sentados sin hacer nada. —Carlos se había levantado, la dirección de su voz había cambiado.

Yo escuchaba la conversación intentando mantenerme tranquila. Confiaba en que Rachid encontraría una solución; siempre había alguien que encontraba la solución. Me di cuenta entonces de que era incapaz de valerme por mí misma, que siempre me agarraba a otros para arreglar mis problemas, siempre esperaba que todo lo resolvieran los demás, yo nunca daba el primer paso, nunca asumía esa responsabilidad.

Rachid se levantó y me quedé sentada sintiendo a mi lado sus piernas. Me aterraba la idea de perder su contacto y, como si fuera una niña, me agarré a la

pernera de sus pantalones. Estaba avergonzada de mis miedos pero en la oscuridad todo quedaba oculto.

Estuvieron durante un rato de pie, hablando de cómo salir de allí, de los miedos, de la linterna, hasta que Carlos reconoció que sentía una angustiada sensación de claustrofobia y que estaba a punto de estallar. Le sentía nervioso en sus maneras y su voz era demasiado alta. Rachid le hizo sentarse de nuevo y encendió la luz de la linterna por unos instantes. Los ojos no tardaron en acostumbrarse porque la luz era muy tenue.

—¿Ves la luz, Carlos? —dijo alumbrando hacia delante.

Carlos asintió.

—Ahora vas a cerrar los ojos y voy a apagar la linterna. Y no los abras hasta que yo te lo diga, ¿de acuerdo? No mires a la oscuridad. Evítala.

Carlos volvió a asentir. Tenía una expresión angustiada y la mirada perdida en el haz de luz. Miró a Rachid, respiró hondo y cerró los ojos echando la cabeza hacia atrás hasta que se apoyó contra la roca. Rachid me miró.

—¿Estás bien?

Afirmé con un gesto.

—Voy a apagar, ¿de acuerdo?

Y sin más apagó la linterna y volvió la oscuridad. Cerré los ojos de nuevo, pero esa vez Rachid no se quedó en silencio. Nos empezó a contar todos sus estudios, anécdotas de su vida sin importancia pero que en algún momento me hicieron sonreír. Le agradecía el esfuerzo que estaba haciendo por mantener la esperanza.

Perdí la noción del tiempo que estuvimos sentados en aquel lugar. El cuerpo se me quedó entumecido por la postura y la humedad de mis ropas mojadas por la lluvia, pero no quería levantarme para no perder el contacto de Rachid. Mantenía los ojos cerrados en un intento de engañar a mi mente de la oscuridad que reinaba a mi alrededor. Posé la cabeza sobre el hombro de Rachid y me quedé medio dormida mientras escuchaba cómo Rachid y Carlos iniciaban una conversación sobre sus correrías en Toledo. Al cambiar de postura levanté la cabeza rápidamente. Me estaba quedando helada, tenía hambre y sed y me dolían todos los huesos.

Transcurrió mucho rato, a pesar de que el tiempo no tenía sentido en aquella situación, o al menos eso me pareció a mí. Rachid canturreaba de vez en cuando una canción desconocida, que entonaba entre dientes intentando romper con ese pesado silencio. Estaba segura de que se estaba devanando los sesos para

encontrar la manera de salir de allí. Mis oídos prestaban toda la atención a la melodía de Rachid desconectando del resto de mis sentidos; por eso cuando sentí algo sobre mi pierna no reaccioné de inmediato, me costó conectar el sistema nervioso con mi cerebro hasta que proferí un grito, me encogí sobre mí misma y me puse en pie de un salto, todo en unas décimas de segundo. Rachid encendió inmediatamente la linterna para comprobar qué era lo que me había asustado. El haz de luz era tenue y vacilante, pero fue lo suficiente para ver como a nuestros pies se movía tranquilamente una cosa gris y peluda. Al verla volví a gritar y de un salto me subí a la piedra que había en el centro a modo de altar. Al sentarme sobre ella y sabiéndome a salvo, me volví para ver junto a mí y con cara de susto a Carlos que de un solo impulso se puso en pie sobre la roca. Rachid estaba frente a nosotros. Se mantenía sentado y una amplia sonrisa iluminaba su cara, mientras seguía con la luz a aquella rata en su tranquilo caminar.

—¡Lo que nos faltaba, ratas! —dije con voz atezada.

—No, Laura, puede que este repulsivo animalito nos salve la vida. — Rachid hablaba sin perder de vista ni un solo instante el paseo marcial de la rata.

—¡Claro! —Carlos pareció recuperarse después del primer impacto del encuentro con el roedor—. Si esta rata ha entrado aquí, tendrá que salir por algún sitio, y puede que... nos indique también a nosotros una salida. —Bajó con cuidado del altar para no asustar a la rata y se colocó junto a Rachid, siguiendo con él su recorrido.

A mí me costó algo más de tiempo convencerme de que mis pies se pusieran a la altura de aquel abyecto roedor, pero se alejaba de donde me encontraba y era cuestión de optar por quedarme allí sola y en penumbra o unirme al seguimiento de la rata. Opté por lo último y, con rapidez, me bajé de la roca donde me había refugiado situándome detrás de Carlos. Caminábamos en silencio como si fuéramos furtivos detrás de nuestra más preciada presa. El oscilante haz de luz iluminaba a la rata que caminaba despacio, sin importarle mucho las miradas indiscretas que la seguían. Me daba asco sólo mirarla y, agarrándome a la chaqueta de Carlos para seguir sus pasos, volví la vista hacia mi derecha. Entonces agarroté mis manos de tal forma que Carlos se volvió hacia mí.

—Laura, me vas a arrancar... —No dijo nada más, mi rostro le indicó que algo había visto; se volvió y miró al mismo lugar donde yo tenía clavada la vista. Desde el otro lado del altar se desplazaban lentamente al menos una docena de

roedores hacia nosotros; su visión me pareció como si una repugnante mancha gris se extendiera por el suelo.

Me aferré más a Carlos y él se agarró a mí. Rachid se dio cuenta y dirigió la luz sobre la marea de roedores que ya llegaba hasta nuestros pies.

—¡Cielo Santo! —exclamó sonriente—. ¿Qué es esto?

Las ratas nos rodearon y fueron pasando a nuestro alrededor sin hacer caso de nuestros pies clavados al suelo. Carlos y yo nos abrazábamos como si con ello nos protegiéramos del roce de aquellos horribles animales.

—Pero... ¿de dónde salen? —Carlos tartamudeó preso del nerviosismo.

Rachid se movió un poco y las ratas se movieron hacia nosotros. Un quejido tenso salió de mis labios, sin dejar de mirar de reojo hacia mis pies, rodeados de cosas grises que olisqueaban mis botas o bien pasaban de largo indiferentes.

—Van hacia allí. —Rachid empezó a caminar en la misma dirección que los roedores. Un sonido seco y chirriante se oía de fondo al paso de la asquerosa comitiva.

Seguimos a Rachid con pasos muy cortos y titubeantes. Los roedores se dirigían al lado opuesto de las escaleras, a la derecha de donde habíamos visto los nombres escritos; justo en el ángulo de la pared, comprobamos a la débil luz de la linterna cómo los animales iban desapareciendo bajo la roca por una hendidura a ras del suelo apenas perceptible a la vista. Rachid se agachó y metió la mano por el mismo lugar por donde pasaban las ratas; hice un gesto de asco porque los roedores tocaban su mano en busca de la salida.

—¡Tiene que estar aquí! —Su rostro satisfecho se volvió hacia nosotros—. ¡Ánimo muchachos, seguro que hay una salida! —Mientras hablaba, metía con afán sus manos en la hendidura palpando cada centímetro—. Tiene que haber algún pasadizo de salida, las ratas buscan siempre la salida.

—¿Y si sólo es la salida para ellas y no para los humanos? —preguntó Carlos soltándose de mis manos para agacharse junto a Rachid.

—¿Qué sentido tendría excavar una cripta y hacer una salida para las ratas? Lo normal es que en estos lugares secretos haya, además de la entrada habitual, otra posibilidad de salir o de entrar, o simplemente de escapar. Este lugar tiene varios siglos de antigüedad y, antes, las construcciones de este tipo servían, entre otras cosas, para esconderse y poder huir por otro lado.

Tan sólo era una teoría y todos lo sabíamos, pero era lo único que había y, en el fondo, intentábamos agarrarnos a la esperanza de que Rachid tuviera razón.

Sin decir más se volvió y empezó a palpar toda la ranura con la mano mientras que con la otra iluminaba a las ratas que iban desapareciendo por la pequeña cavidad. Carlos intentó meter su mano en un alarde de valentía, pero cada vez que la acercaba al suelo y una rata le rozaba se retiraba con rapidez.

Yo permanecía en pie detrás de ellos y pude ver que en un extremo de la abertura por donde desaparecían los roedores y los dedos de Rachid había una palanca que sobresalía.

—¡Allí, Rachid, mira allí! —Le señalé con el dedo. No tenía ninguna intención de meter mi mano por aquel agujero siempre y cuando Rachid se brindara a tan desagradable experiencia.

Rachid metió los dedos por donde yo le indicaba, palpó durante unos instantes y de pronto oímos un crujido. Nuestros pies empezaron a temblar y sentimos que nos desplazábamos. El corazón se me aceleró y me agarré a Carlos y Rachid, que se habían incorporado. Mantuvimos un silencio expectante sin saber exactamente qué estaba ocurriendo. En un principio los temblores parecían como un pequeño terremoto, pero pronto nos dimos cuenta de que el suelo se desplazaba bajo nuestros pies despacio hacia el interior de la estancia. Rachid tiró de nosotros y de un salto nos situamos a un lado, donde el suelo se mantenía firme. Sentí en mi cara un halo de frescor que invadió el aire.

Cuando el suelo dejó de temblar teníamos a nuestros pies un agujero similar al que nos había llevado a aquella cripta, que bajaba más aún del nivel en el que nos encontrábamos. Los últimos roedores descendían deprisa por los estrechos escalones toscamente excavados en la roca. Se oía al fondo un sonido constante y suave.

—Es agua —dijo Rachid—. Seguramente será un manantial. ¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder! Nos queda poca luz y es nuestra última oportunidad. — Sin esperar respuesta, iluminó los escalones y empezó el descenso despacio—. Tened cuidado, esto está muy resbaladizo y hay mucha humedad.

Un olor a caverna húmeda y fría se había apoderado del ambiente. Sentí un escalofrío que era la mezcla del frío y del miedo ante la necesidad de bajar por el mismo agujero que habían utilizado las ratas. Carlos me dio un ligero empujón para que iniciase la marcha.

—Estaré detrás de ti. —Sus ojos me dedicaron una mirada de ánimo y confianza que agradecí con una leve sonrisa.

Inicié el descenso lentamente, posando mis pies en cada escalón y dejando caer el peso en cada paso sólo cuando estaba segura de que estaba bien situado.



Mi mano se posó suavemente sobre la espalda de Rachid, y de inmediato sentí la mano de Carlos sobre mi hombro. Respiré hondo. Veía las sombras formadas por la linterna delante de Rachid. El ruido de agua se oía más cercano a medida que descendíamos.

Bajamos unos diez escalones; Rachid se detuvo y vi cómo los peldaños desaparecían bajo una corriente que ocupaba el suelo de un oscuro pasadizo que se abría ante nosotros. No nos quedaba más remedio que meter los pies en el agua para continuar. Rachid no dijo nada, bajó despacio y hundió su pie en el torrente hasta encontrar el suelo firme y luego hizo lo mismo con el otro, quedando sumergido hasta las rodillas. Arrastrando las piernas por el lecho de riachuelo, avanzó algo más de un metro y se volvió hacia nosotros que todavía nos manteníamos en seco.

—¡Vamos, está un poquito fresca pero se soporta bien!

Dirigió la luz de la linterna hacia nuestros pies, una luz que se había convertido en un punto mínimo de claridad en el foco. Agarrándome a Carlos con una mano y con la ayuda de Rachid, fui bajando lentamente un pie hasta introducirlo en el agua. Sentí de inmediato cómo el líquido traspasaba mis botas y me llegaba hasta la piel. Un intenso frío se apoderó de mis músculos ascendiendo por la pantorrilla. Caminaba con dificultad por temor a caer en el caudal helado.

Carlos descendió mascullando un sonido seco que identifiqué como una palabrota. Seguíamos agarrados de la mano. Esperé unos instantes hasta que metió los dos pies en el agua y comenzamos a caminar detrás de Rachid. Sentía una sensación de pesadez en las piernas, se me estaban agarrotando los músculos por el frío y, poco a poco, dejaba de tener sensibilidad en los tobillos.

—Como tengamos que estar mucho tiempo a remojo me voy a quedar congelada. —Las palabras salían de mis labios temblorosos por efecto del frío.

—Ánimo, Laura, que pronto estaremos en el exterior, ya lo verá. Eso se pasará con un caldo caliente y un buen fuego.

Rachid continuaba con su labor de evitar nuestro desánimo sin dejar de caminar. Sabía que nos quedaba muy poco tiempo porque la lámpara se estaba agotando.

Nos movíamos despacio siguiendo el sentido del agua, iluminados por un tenue reflejo de la linterna. El pasadizo tenía una altura de dos metros y parecía excavado por la mano del hombre. De pronto, Rachid cayó delante de mí como si el suelo hubiera desaparecido bajo sus pies. Di un grito al ver cómo la linterna

se hundía y desaparecía bajo el agua. Por unos segundos nos quedamos completamente a oscuras. Sentí que Carlos se precipitaba para ayudar a Rachid, sujetándose a mí con un brazo y moviendo el otro cerca del agua para dar con él.

De repente oímos la voz de Rachid.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! —Su voz temblorosa se oía con el chapotear del agua.

—¡Laura, tu móvil!

Carlos me gritó con desesperación, y, con toda la rapidez de que fui capaz, busqué mi teléfono en el bolso, lo saqué y di a una tecla. La pantalla iluminó una escena inquietante que ya había percibido por lo que podía oír en la oscuridad: Rachid braceaba desesperadamente para mantenerse a flote, y Carlos, mantenía su mano tendida al vacío; sólo en el momento en el que tuvo a la vista a Rachid gracias a la iluminación, extendió algo más su brazo al punto exacto en el que ambos hombres se agarraron de las manos. Carlos tiró con fuerza de Rachid hacia él, sujetándose a mi pierna para evitar caer en el mismo agujero en el que se encontraba Rachid.

Pude ver la cara de Rachid amoratada por el frío. Cuando se encontraba a mi altura, ayudé a Carlos a sacarle con la mano que tenía libre, mientras el agua helada nos salpicaba la cara; Carlos consiguió extraerle del agua, aunque apenas podía ponerse en pie y tiritaba descontroladamente.

—Laura, dame tu jersey —me dijo Carlos con prisa mientras se despojaba de su ropa—. Hay que quitarle esta ropa mojada, aunque sólo sea la parte del torso.

Después de tenderme su abrigo, comenzó a quitarle a Rachid el suyo, pero sus brazos se cruzaban sobre el cuerpo haciendo muy difícil la labor. Por fin, Carlos consiguió desprenderle de su ropa y le dejó el torso al descubierto. Cogió la prenda que tenía entre mis manos y se la colocó sobre los hombros.

—¡Tu jersey, rápido!

Me metí el móvil en la cintura del pantalón, de vez en cuando se apagaba, pero con un movimiento rápido daba a una tecla para volver a activar la iluminación; coloqué mi bolso entre mis piernas, me quité el jersey y se lo tendí. Todos los movimientos los hacíamos casi en penumbra, con el peligro de que algo se pudiera caer al agua y con la premura de cambiar a Rachid de ropa lo antes posible.

Me coloqué de nuevo el abrigo y crucé mi bolso en bandolera sujetando el móvil para iluminar la labor apresurada de Carlos, que intentaba ponerle mi

jersey sin conseguirlo porque, además de que tenía la piel húmeda, la talla de Rachid era algo más ancha que la mía.

Con muchas dificultades conseguimos ponérselo y, acto seguido, Carlos le colocó su abrigo. Los dos le abrazamos frotando nuestras manos enérgicamente sobre su espalda para que entrase en calor.

—¿Y ahora qué? —dijo Rachid, con una tenue y temblorosa voz mirándonos de reojo.

—Ahora iremos por aquí. —Carlos señaló un hueco a media altura que se encontraba en una de las paredes. Estaba por encima del caudal y parecía un agujero abierto hacia algún sitio. Rachid no se había apercebido de ello y por eso había seguido adelante, cayendo a lo que debía de ser un considerable desnivel en el lecho del manantial. Sin embargo, Carlos lo había visto cuando ayudó a Rachid a salir del agua.

Nos metimos por el hueco agachando la cabeza para entrar. Pero, una vez franqueado el paso, se abría un espacio más ancho y alto. Carlos sacó su móvil del bolsillo e intentó teclear para arrancarle algo de luz, pero fue inútil; volvió a meterlo en su pantalón y me pidió el mío que mantenía en mi mano. Se lo entregué e iluminó a su alrededor. Había unos travesaños de hierro en una de las paredes que ascendían hacia el techo. Sin decir nada comenzó a subir. Yo tenía los pies congelados, apenas podía plantarlos en el suelo porque sentía un dolor intenso, pero intenté no pensar en ello para atender a Rachid que seguía tiritando de forma compulsiva.

—Suba, Rachid, yo iré detrás de usted. —Me quedaba completamente a oscuras a medida que se alejaba Carlos y, con él, la tenue luz del móvil.

Esperé paciente hasta que Rachid se sujetó del primer hierro. Le costaba estirar los brazos, como si su cuerpo reclamase su calor para devolver el equilibrio térmico a su organismo. Fue subiendo despacio, aterido, tembloroso y, cuando ya tenía sus pies a la altura de mi cabeza, inicié el ascenso. Nada más poner el pie sobre el hierro oí la voz de Carlos.

—¡Estamos fuera! ¡Vamos, ésta es la salida! ¡Estoy fuera!

El entusiasmo de su voz se apoderó del ambiente, Rachid empezó a subir más rápido y yo dejé de sentir el dolor tan intenso que tenía en la planta de mis pies helados. Vi cómo Rachid desaparecía y cómo a los pocos segundos volvía a aparecer su cara sonriente junto con la de Carlos. Un viento gélido me cruzó la

cara. Saqué mi cabeza por un hueco y pude ver un cielo estrellado y un campo oscuro a mi alrededor. Me ayudaron a salir. El frío y el viento congelaban mi cuerpo.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Creo que es el cementerio —contestó Carlos—. Hemos salido por lo que parece una tumba camuflada.

Nos encontrábamos en el cementerio que había en la parte posterior de la iglesia. Pude vislumbrar una tapia que rodeaba el lugar y las losas mortuorias que estaban a nuestro alrededor. Las ramas de los árboles se movían con fuerza y me parecieron monstruos amenazantes en la oscuridad de la noche. Sólo se oía el soplo del viento y su efecto sobre el ramaje.

Rachid tiritaba encogido sobre sí mismo. Sus pantalones mojados se habían convertido en una fina capa de hielo sobre sus piernas.

Carlos se alejó para buscar una salida. Me senté junto a Rachid pasando mis brazos por sus hombros para darle algo de calor. En la sombra pude apreciar apenas una sonrisa esbozada en su rostro atenazado por el frío.

—Ánimo, Rachid, pronto estaremos ante un fuego y con un caldo bien caliente entre las manos.

Agradeció mis palabras pero sus temblores no cesaban.

—Por aquí —gritó Carlos—. Tenemos que saltar la verja, la puerta está cerrada.

Ayudé a Rachid y le conduje hacia la silueta de Carlos. El cielo estaba despejado y la luna iluminaba imponente aquel paisaje fúnebre y grotesco. Sorteando losas de tumbas llegamos hasta una puerta de hierro con barrotes en la parte superior. Carlos ya estaba encaramado a ella e intentaba pasar al otro lado. Seguimos la operación en silencio y pronto desapareció de nuestra vista, pero entonces oímos el sonido brusco de la chapa al moverse y un golpe seco provocado por la caída del cuerpo contra el suelo.

—¡Intentadlo vosotros! Es fácil, yo estaré aquí para ayudarlos.

Le indiqué a Rachid que saltase primero. No rechistó. Le ayudé a alzarse por la puerta hasta que ya no pude alcanzarle. Mientras él escalaba yo mantenía mis manos en alto en un gesto meramente psicológico de ayudarle ante una posible caída. Sus movimientos eran lentos, le costaba levantar la pierna y, a cada momento, se oía un quejido ahogado. El viento azotaba la chapa de herrumbre como si quisiera tirarle. Por fin pasó las piernas al otro lado y sólo

pude ver la mitad de su cuerpo. Por el reflejo de la luna percibí su rostro pálido y con unas profundas ojeras que envolvían sus ojos en una oquedad enfermiza. Le miré y le dediqué una sonrisa.

—Ya le queda poco. —Intenté animarle con un susurro que se perdió con la fuerza de un golpe de viento que chocó brutal contra el hierro de la puerta.

Me dispuse a iniciar el ascenso. La idea de estar sola en aquel lugar me ponía el vello de punta. No quise mirar hacia atrás, convencida de que vería alguna sombra que me amenazaría y me impediría salir. Los miedos pasaban por mi cabeza a medida que el aire arreciaba con ráfagas bestiales que hacían pendular la puerta como si se tratase de un intento de evitar mi huida. Sentí tanto miedo que grité.

—¿Estáis ahí?

—Estamos aquí. —La voz de Carlos sonó firme y potente, y me dio la suficiente fuerza como para llegar a lo alto y asomar la cabeza hasta llegar a ver a mis dos compañeros con la vista puesta en mí, esperándome.

De pronto sentí un tirón de mi abrigo. Estaba tan asustada que no me di cuenta de que me había enganchado con un hierro saliente de la puerta. Solté un grito de pánico. Sin mirar hacia atrás, pensé que alguien tiraba de mí y no me dejaba avanzar, mis temores se habían hecho realidad. El corazón se me aceleró y con rabia incontenida pasé la pierna por encima de la puerta y tiré con fuerza del abrigo. Sentí aliviada que cedía al rasgarse la tela y, después de pasar la otra pierna, salté desde lo alto. Mis movimientos fueron tan rápidos que cogí algo desprevenido a Carlos y ambos caímos al suelo. Rachid me ayudó a incorporarme.

—¿Estáis bien? —preguntó con preocupación.

—Sí, yo estoy bien, ¿y tú, Carlos?

—Bien, sin problemas, pero ¿qué te ha pasado? Parecía que hubieras visto al mismísimo diablo.

—Algo me agarró del abrigo, estaba asustada, lo siento, ¿te he hecho daño?

Carlos negó con la cabeza y empezamos a caminar. Teníamos de frente el calvario que habíamos visto por la mañana y a nuestra derecha quedaba la entrada de la iglesia. Sólo nos iluminábamos con el reflejo de la luna porque el móvil se había quedado sin batería. No había ninguna luz a nuestro alrededor y todo seguía tan solitario como por la mañana, pero ahora, al amparo de la noche, aquel pueblo me pareció sobrecogedor y lúgubre.

Agarrando entre los dos el maltrecho cuerpo de Rachid, nos dirigimos hacia

el coche, luchando contra las enfurecidas ráfagas de viento que se ensañaban contra nosotros en un extraño afán de impedir nuestra marcha.

Era el único vehículo que había en la explanada. Al fondo, recortada en el oscuro horizonte, la silueta de la torre Magdala parecía un guardián vigilante que observaba todos nuestros movimientos.

—Laura, conduce tú —dijo Carlos gritando para que pudiera oír su voz por encima de aquella ventisca—. Yo me pondré detrás con él para que se cambie la ropa mojada.

Metimos a Rachid en la parte de atrás del coche. Carlos sacó su bolsa del maletero y se introdujo junto a él. Encendí la calefacción y pisé el acelerador para que el ambiente se caldease. Al apretar el pedal, con el freno de mano puesto y con mi mano delante de la salida del aire, miré al frente: unas nubes negras se aproximaban en la lejanía. Me pareció que venían directas hacia nosotros como oponiéndose a nuestra huida. Carlos me sacó de mis pensamientos.

—¡Vámonos de aquí, Laura! —gritó con desesperación—. ¡Sácanos de este lugar!

Antes de que terminase la frase había iniciado la marcha y me precipité hacia la estrecha carretera por la que habíamos subido. Los árboles parecían sombras que se cernían sobre nosotros. Clavé la mirada en la calzada que iluminaban los faros y aceleré todo lo que pude, dejando atrás aquel inquietante pueblo. El viento se tranquilizó en cuanto hicimos el primer giro del descenso y desapareció a nuestra espalda Rennes-le-Château.

Mi corazón latía acelerado y se fue calmando a medida que nos alejábamos de aquel lugar en un descenso solitario. Miré por el retrovisor y pude ver cómo Carlos intentaba poner ropa seca a Rachid.

—Está congelado —dijo sin dejar de moverse—. Hay que llevarle a un médico.

—Le preguntaremos a Eleazar; él nos dirá dónde podemos encontrar alguno.

Oía los quejidos roncós de Rachid en respuesta a los zarandeos necesarios de Carlos.

Cuando llegamos a Couiza el viento había desaparecido, pero las nubes negras que había avistado al salir de aquel lugar siniestro empezaban a cubrir el cielo estrellado.

La zona donde estaba la casa de Eleazar no disponía de iluminación; por tanto, una vez que descendimos del coche, mantuve los faros encendidos para guiar nuestros pasos. A Rachid le costaba caminar erguido, era como si estuviera derrotado en su interior, como si las fuerzas le flaqueasen a cada paso que daba.

—Tranquilos, ya me encuentro un poco mejor. —A pesar de su intento por quitarle importancia a su estado, lo cierto es que tenía la voz débil y temblorosa, y sus ojos estaban hundidos en la profundidad de unas ojeras violáceas que destacaban en la palidez cetrina de su rostro.

Al golpear la puerta me di cuenta de que estaba abierta y, desconcertada, empujé hacia dentro. El resplandor de la lumbre se mantenía en la habitación donde habíamos estado el día anterior. El silencio era absoluto.

—¡Eleazar! —Mi voz salió ahogada ante el temor de un posible despertar sobresaltado del anciano—. ¡Eleazar! —Por segunda vez no obtuve respuesta y, lentamente, seguida de Carlos y Rachid, entré hasta asomarme a la habitación de la chimenea. Allí, sentado en un sillón, mirando hacia el fuego que se consumía pausadamente, pude ver el perfil inmóvil del anciano—. Eleazar... —Un susurro imperceptible salió de mis labios—. Estamos aquí, somos nosotros; la puerta estaba abierta.

Llegué a su lado y le puse suavemente la mano en el hombro. No se inmutó. Pensé que estaba dormido y presioné con delicadeza para intentar que despertarse sin sobresalto. Pero no hizo ni un solo movimiento. Me puse delante de él mientras Carlos ayudaba a Rachid a tomar asiento en otro de los sillones.

—¡Dios mío, está muerto! —Mi voz temblaba presa de la conmoción.

Al contemplar el rostro de aquel anciano comprendí por qué no respondía a mis llamadas. Sus ojos estaban abiertos pero su mirada no existía. Su boca se había abandonado a la gravedad y sus manos se dejaban caer inertes sobre sus piernas.

Carlos se colocó junto a él y Rachid hizo lo mismo reviviendo de sus propias cenizas. Me sentía petrificada entre la chimenea y el cadáver, sintiendo el agradable calor del fuego en mi espalda y el hielo penetrante de la muerte que tenía ante mis ojos.

Carlos le palpó el cuello en busca de un resquicio de vida. Después, Rachid hizo lo mismo, como esperando que nos hubiésemos equivocado.

—¡Dios Santo! ¡Vámonos de aquí! —Rachid se movió con dificultad hacia la puerta y Carlos hizo un amago de seguirle. Yo, mientras tanto, incapaz de reaccionar, me mantuve petrificada sin poder quitar la vista de aquellos ojos de mirada vacía. El cuello de su camisa seguía desbocado por encima de su chaqueta raída, y sus pelos ralos caían despreocupados por su magna frente.

Carlos volvió hasta mí y me cogió del brazo.

—Laura, tenemos que marcharnos de aquí antes de que alguien se dé cuenta de nuestra presencia. Por este hombre no podemos hacer nada.

Miré a Carlos por unos instantes.

—La cartera... —mis palabras apenas fueron percibidas por Carlos, que arqueó las cejas en un gesto de interrogación—, la cartera, Carlos, la cartera con el pergamino, la dejé en la habitación donde dormí ayer.

Carlos tardó en reaccionar. Ambos pensamos lo mismo, pero fui yo la que le empujé con las manos y me dirigí hacia el lugar donde había pasado la noche en aquella casa. Los nervios me impedían encontrar el interruptor de la luz y no pude esperar. Entré tanteando en las sombras con las manos extendidas para llegar a tocar la cama donde había dormido. Cuando estaba junto a ella, Carlos encendió la luz, una tenue bombilla que apenas nos dejaba ver las miserias de aquel lugar. Con rapidez puse mis rodillas en el piso helado, bajé la cabeza hasta el suelo y miré. Sentí una sensación de alivio inmenso ante la visión de la cartera en el mismo lugar que la había dejado la mañana anterior. Metí la mano y la



saqué de un tirón, llevándome con ella una polvareda de pelusas y suciedad removidas por mi gesto. Carlos y Rachid observaban expectantes mis movimientos desde la puerta; al verme con la cartera en la mano esbozaron una sonrisa nerviosa.

—¡Vámonos! —dije poniéndome en pie.

Salimos de la casa y nos metimos en el coche. Les pregunté mientras arrancaba hacia dónde debíamos ir. Carlos, que se había sentado a mi lado, propuso que fuéramos a Carcasona; allí podríamos encontrar un médico para Rachid y descansar un poco. Sin decir nada me puse en marcha. No hablamos ni una palabra en todo el camino. Rachid cayó en un inquieto sueño y Carlos cabeceaba a ratos.

Eran cerca de las cuatro de la mañana cuando circulábamos por las calles desiertas de Carcasona. Una lluvia fina y helada había comenzado a caer cuando salíamos de Couiza y nos acompañó durante todo el trayecto. Busqué un hotel donde pasar la noche y pronto vi un cartel que me indicaba uno situado hacia la izquierda. Dejé la carretera y a unos cien metros puede ver un pequeño caserón rehabilitado para el turismo cerca de la ciudad vieja, cuyas murallas se alzaban imponentes frente a nosotros.

La dueña era una mujer entrada en años, pulcra y coqueta, que nos dedicó toda su atención cuando vio al pobre Rachid en un estado tan lamentable. Se ofreció a dar aviso a un médico, un amigo de confianza que no tendría inconveniente en atenderle a esas horas, siempre y cuando fuera remunerado generosamente por sus servicios.

Después de acomodar en una habitación el cuerpo maltrecho de Rachid, llegó un hombre que pasaba de los sesenta años con un maletín en la mano. Examinó durante unos minutos al enfermo que tiritaba de manera descontrolada bajo el peso de las mantas. Nos hizo algunas preguntas acerca de las actividades del día de Rachid, a las que Carlos contestó muy sibilinamente y, después de eso, le recetó unas medicinas y reposo en cama durante unos días. El diagnóstico fue claro: pulmonía aguda con fiebre muy alta que, con toda probabilidad, le provocaría accesos delirantes. Antes de marcharse nos indicó que no le dejásemos solo ni un instante, al menos mientras el estado febril se mantuviera.

Le pagué al médico lo que en otras circunstancias me hubiera parecido un auténtico robo, pero no rechisté, el dinero perdía para mí interés a medida que me adentraba en aquella aventura insólita en compañía de esos dos hombres: ellos y lo que nos traíamos entre manos se habían convertido en mi prioridad.

Carlos me indicó que él estaría pendiente de Rachid.

—Es mejor que descanses ahora; por la mañana te encargarás de su cuidado.

No tuve opción. Me acerqué a Rachid; estaba tiritando, le acaricié la cabeza con suavidad, sus ojos se abrieron, me miraron levemente y se volvieron a cerrar ante el latigazo de un brutal estremecimiento. Sentí una inmensa ternura por él, indefenso, baldado y encogido sobre sí mismo. Le tapé con delicadeza los hombros y me volví hacia Carlos.

—Si necesitas algo estoy aquí al lado, llámame. ¿De acuerdo?

Asintió con un ligero gesto de cabeza y me fui a mi habitación. Me di una ducha y me metí en la cama, agradeciendo el olor a limpio y a lavanda que desprendían las sábanas. Pero, a pesar del cansancio, me era imposible conciliar el sueño. No dejaba de pensar en los nombres de la lista, en su significado, en la angustia del encierro, en la causa del mismo. ¿Quién podía habernos dejado allí enterrados en vida? ¿Sería aquel andrajoso que me dijo que tenía que atender la octava estación del vía crucis? Si cerraba los ojos veía con horror las ratas que se desplazaban en masa hacia mí y me veía obligada a abrirlas para hacerlas desaparecer. Después de dar mil vueltas en la cama, decidí retomar la lectura del cuaderno de Rachid. ¿Sería ésta la historia de la que hablaba Eleazar? Me senté apoyando la espalda sobre las almohadas y me dispuse a leer.

Pasaron muchos días de camino. El cuerpo embalsamado del Maestro se llenaba cada noche de ungüentos y perfumes que extendía con infinito amor la viuda rota, compungida, atribulada, sabedora de que Él no descansaría en paz hasta llegar al destino marcado, hasta que su maltrecho cuerpo sin un hálito de vida fuera colocado en la tumba elegida.

Los días pasaban cansados, desolados, en silencio. La marcha se iniciaba de madrugada, cuando apenas despuntaba un rayo en el horizonte, y paraba en el momento en el que el astro sol castigaba con su fuerza los cuerpos maltrechos de personas y animales.

Pasaron diez noches con sus diez amaneceres, y llegaron a tierras nabateas. Maqueronte fue su punto de referencia, era el último pueblo de la provincia de Perea. El miedo a la persecución amainaba, pero era sustituido por el temor a los asaltos de bandidos sin escrúpulos o de los animales que merodeaban los valles solitarios y secos, o la amenaza de la implacable sed que podía presentarse en cualquier momento del desconocido viaje.

José de Arimatea dirigía la comitiva, pendiente siempre de las dos mujeres, de su estado, de su descanso, sin poder evitar su silencio fúnebre. A menudo recordaba con ternura las palabras del Maestro, llenas de amor y entrega, la proclamación de su mensaje concreto y conciso: «Amaréis a Dios con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y con toda vuestra mente. Así, también, amaréis a vuestro prójimo como a vosotros mismos». ¡Qué mensaje más sencillo y cuán complicado de aplicar en esta humanidad llena de crueldad, de luchas de poder, de maldad! ¿Cómo perdonar a los que habían infligido tanta atrocidad a un hombre que sólo pedía amor a Dios y a todos los hombres? ¿Cómo olvidar la insensibilidad del ser humano ante la representación de la caridad, la bondad, la igualdad, la generosidad infinita hasta el punto de entregarse al sacrificio malsano de la muerte con la docilidad de un cordero? Las lágrimas caían lentas por las mejillas sedientas de José de Arimatea. «Maestro amado, ¿qué has conseguido con toda esta locura?»

Las preguntas en aquellos terribles días quedaban sin respuesta en un aire cargado de tristeza y desesperación. ¿Cómo un hombre bueno intentó aplicar la bondad en nuestro mundo, blandiendo, como única e implacable arma el amor, a Dios y al prójimo, luchando frente a un enemigo impertérrito ante la injusticia y la brutalidad, contra hombres sin un resquicio de bondad y cuya única intención era conseguir el poder, la riqueza y su propio bienestar? ¿Eran sus enseñanzas tal vez una quimera? Cuántas veces le había reprochado eso mismo a su Maestro y, cuántas Él, sonriendo dulcemente, le decía como única respuesta a sus reproches: «José, ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo».

Pedro se había encargado de mantener oculto en Jerusalén el Libro sellado, entregado a él por el Maestro para que cada uno cumpliera su cometido. Sabía que era peligroso sacarlo de la ciudad en aquellos momentos. «Ya llegará el que lo saque y lo lleve al lugar donde debe estar.» Todo estaba previsto. José había estado presente en ese momento, cuando Jesús, junto a María Magdalena, le hizo entrega de aquel tesoro. «¡Cúidalo con tu vida Pedro, porque de ello dependerá el futuro de la Humanidad!» Después, cuando los demás no podían oírle, se dirigió a José y le encargó que llevarse su cuerpo al punto convenido. Nadie debía conocer el destino del cadáver del Maestro, era demasiado peligroso. Entre ellos reinaba el desconcierto y el temor por los acontecimientos. Sabían el destino del Maestro porque Él se lo había dicho, pero no creían que fuera cierto, no querían creerlo.

Mientras leía aquella historia me concentraba de tal manera que llegaba a sentirme parte activa del relato. Era como si me encontrase allí mismo, situada en un pasado lejano, caminando junto a la comitiva mortuoria en una dirección indefinida. Podía ver el rostro ajado y cansado de una mujer, cuya juventud la había abandonado hacía tiempo y que ahora arrastraba sus pasos con una pesada carga sobre sus cansados hombros. Sus canas quedaban cubiertas bajo un paño que la ocultaban del sol y de las miradas. Podía ver a la mujer más joven abatida por el dolor, caminando junto a un carro fúnebre con paso fatigado y lento, encogida entre sus ropas y hundida en sus pensamientos, con la mirada clavada en la tierra, amparando su llanto bajo un recio manto color canela.

Podía ver a un anciano de barba poblada y blanca en lo alto del carro, dirigiendo el paso cansado de los animales. Pude ver un cuerpo inerte envuelto en lino, sólo movido por el traqueteo constante del paso terrenal del carruaje que lo portaba. Podía ver a media docena de hombres vestidos con una túnica sobre la que caía una capa de color indefinido. Algunos de ellos caminaban junto al carro, otros sobre pollinos de color perla.

Me di cuenta de que casi podía respirar el polvo y masticar la arena que se levantaba bajo los pasos del grupo, que podía oír los sonidos mudos de sus componentes, los silencios suspirados, los pasos acompasados que se dejaban llevar para encontrar por fin el destino buscado. Me di cuenta de que estaba allí, como furtiva espectadora de lo que estaba ocurriendo, como si por mis ojos desfilara el pasado, sin saber si lo que leía era parte de la realidad o una simple ficción.

Levanté los ojos y me encontré con mi rostro reflejado en un espejo, el pelo me caía sobre los hombros y las ojeras me orlaban la mirada. «Tengo que hablar con Rachid», pensé con un profundo suspiro cargado de desconcierto. Me daba cuenta de que la lectura de aquella historia provocaba en mí una sensación extraña. Eleazar había hablado de la transcripción de los rollos que le desaparecieron de su mesa de trabajo. Estaba segura de que el pergamino que le habían robado de su escritorio era el mismo que, por alguna circunstancia

desconocida, había llegado a las manos de Rachid. Si ese relato contaba la verdad, estaba ante la historia más fascinante que jamás habría imaginado llegar a leer: el traslado del cadáver de Jesús de Nazaret desde Jerusalén, por su madre, su hermano Santiago y, sobre todo, por la que, según aquel relato, era su esposa, María Magdalena, embarazada de pocos meses y con un niño pequeño hijo de ambos. Me parecía increíble tan sólo pensarlo.

Por otro lado, teníamos el pergamino que nos había entregado Francesca, la falsa Marta, en el que, precisamente, se nombraba una tumba de Jesús de Nazaret.

En realidad, me dio la angustiada sensación de que lo que buscábamos tras el rastro dejado por Armando Dorado era el lugar concreto donde se encontraba esa tumba. La sola idea me asustaba. ¡No era posible, era una locura! Esa posibilidad era inalcanzable, y más para una persona como yo, sin nada especial que le pudiera otorgar semejante privilegio.

Había amanecido y la luz del día entraba plomiza por la ventana. Me acerqué despacio a la cristalera y pude comprobar que la lluvia invernal envolvía con melancolía y tristeza el ambiente. Frente al hotel se erguía imponente la muralla de la ciudad medieval. Pensé en Carlos y decidí vestirme para relevarle en el cuidado de Rachid.

Llamé a la puerta despacio. Oí de inmediato unos pasos sigilosos acercándose a la puerta. Carlos asomó la cabeza. Su cara reflejaba el cansancio de una mala noche, durmiendo a ratos y sin tranquilidad. Se había despojado de los pantalones y llevaba una camiseta blanca y unos calzoncillos, sin importarle lo más mínimo su aspecto, porque se estiró delante de mí como el que sale de un profundo sueño.

—¿Cómo está?

—Ahí va el pobre, ha pasado mala noche. Duerme a ratos pero tiene pesadillas y delira.

—¿Has dormido algo?

—No mucho. Pero estoy bien.

—Bueno, ahora me toca a mí; puedes pasar a mi habitación y dormir tranquilo unas horas. Te vendrá bien.

No dijo nada. Se volvió hacia el interior de la habitación, cogió sus vaqueros y se los puso mientras que yo me acercaba junto a Rachid. Parecía dormir tranquilo.

—Le acabo de dar la medicina. —Carlos me habló en voz muy baja y me señaló la mesilla junto a la cama—. Debes darle dos pastillas cada seis horas y si ves que le sube la fiebre en exceso le das una de éstas. ¡Ah!, y mucho líquido, todo el que puedas. La dueña del hotel me ha traído esa jarra de zumo de naranja natural. Me ha dicho que pidamos más cuando se termine. Si necesitas algo me llamas. Estoy muy cansado, me voy a dormir.

Se marchó bostezando, arrastrando los pies descalzos por la moqueta de la habitación, con un gesto suave de despedida con la mano.

—Que descanses.

Antes de cerrar la puerta me miró y me sonrió.

—Si necesitas algo...

No le dejé continuar.

—Ya lo sé. ¿Te crees que no sé cuidar a una persona enferma? Vete a dormir de una vez.

—¡Qué susceptible eres! —Me sonrió pícaramente y desapareció tras la puerta.

Dejé el bolso sobre la mesa y vi en su interior el cuaderno de Rachid. Me quedé observándolo. ¿Qué misterio encerraban aquellas hojas de papel? No me quedaba más remedio que esperar para obtener alguna respuesta.

Miré a Rachid que resoplaba en cada respiración con la boca entreabierta. Me preocupó la palidez de su piel. Le habían caído diez años encima. Sus facciones, tersas y brillantes a pesar de su edad, caían ahora vencidas por la debilidad.

Los delirios como consecuencia de la fiebre mantuvieron a Rachid en un estado de aletargamiento que duró tres días, durante los cuales Carlos y yo nos fuimos turnando para mantenerle siempre vigilado. Las visitas del médico —que pagamos a precio de oro— fueron diarias. Las acompañaban las atenciones de la dueña del hotel, que me imaginaba tampoco iban a ser gratuitas; estaba segura de que aquellas deferencias se las cobraría igual o mejor que su amigo el médico.

Rachid deliraba como consecuencia de la fiebre; a ratos dormía, pero su sueño quedaba roto de repente con alguna pesadilla, entonces daba voces angustiosas, sus ojos se abrían con una mirada vacía y su rostro se crispaba tensando los músculos de todo su cuerpo hasta que se iba relajando y de nuevo volvía a sumirse en el sueño. Era lastimoso observarle caminando con pasos cortos y tambaleantes cuando le acercábamos al cuarto de baño, asiendo sus brazos huesudos y su cuerpo encogido y tembloroso, debilitado por la fiebre y la falta de alimento sólido.

Me había pasado horas mirando por la ventana de aquella habitación. Observando las murallas, imaginando la vida del medievo, las luchas a muerte de los caballeros, las damas atrapadas de por vida en el lento devenir del tiempo banal.

A media mañana del cuarto día de nuestra estancia en aquel lugar, mantenía mi mente ocupada en los avatares de los personajes originarios de aquella espectacular ciudad medieval cuando a mi espalda oí la débil voz de Rachid.

—¿Lleva ahí mucho tiempo?

Me volví sonriendo, me acerqué y me senté a los pies de la cama.

—Parece que lo peor ha pasado. ¿Cómo se encuentra?

—Como si me hubiera pasado por encima un tren de mercancías. Me duele todo. —Hizo un gesto de dolor al intentar cambiar de postura.

Quise ayudarle, pero me hizo un ademán con la mano y volví a sentarme. Con dificultad se incorporó y dio un profundo suspiro, agotado después del esfuerzo que acababa de realizar. Le miré con una leve sonrisa; en cuatro días, presentaba un aspecto envejecido con la barba blanca que le cubría el rostro ajado por la fiebre y los efectos de la enfermedad.

—Ha tenido mucha fiebre y lleva días sin comer, se mantiene a base de zumos. La pulmonía ha sido muy seria, eso dijo el médico y, si le digo la verdad, la cosa ha tenido muy mal aspecto.

—Ah, no tema, Laura, de ésta no me muero. En peores situaciones me he visto. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Éste es el cuarto día.

—¿Y dónde estamos?

—En Carcasona, ¿no recuerda nada?

—Sí, claro que recuerdo, Eleazar murió y tuvimos que salir de allí. ¿Saben algo de eso?

—No, Carlos se acercó ayer hasta Couiza para intentar averiguar algo, pero el bar de la plaza donde estuvimos el primer día estaba cerrado; luego se acercó a la casa de Eleazar y también la vio cerrada; según él, todo estaba muy tranquilo. No sabemos si le han enterrado o no porque las personas con las que intentó hablar del tema en el pueblo o no le contestaron o no sabían nada. Hoy se ha vuelto a acercar para ver si consigue alguna información.

—Es todo muy extraño. Eleazar murió mientras nosotros nos quedábamos allí encerrados. Seguro que pensarían que así acabarían con nosotros de un plumazo y sin dejar rastro y, para ello, tenían que matar al pobre anciano; él era el único que podía dar la voz de alarma.

—¿Cree realmente que le mataron? —Mi voz salió con miedo de mis labios.

—Es probable, Laura, muy probable. Veremos qué encuentra Carlos en su visita; de todas formas, no me parece bien que haya ido él solo, no es conveniente que estemos separados.

—Ya se lo dije, pero no me hizo caso. Se ha llevado el móvil por si acaso y me ha dicho que volvería enseguida. La verdad es que no hemos oído nada en las noticias, ni los periódicos han publicado nada. Por eso decidió acercarse, a ver si podía enterarse de algo más. —Guardé silencio durante unos instantes—. He estado pensando en lo que pasó y no se me ocurre otro culpable de lo que ocurrió que aquel mendigo. Él sabía mi nombre y me indicó el lugar donde estaba la apertura. Una vez que los tres estuvimos dentro de la cripta, no tenía nada más que cerrar la losa y se acabó.

—No sé, puede que tenga razón. Tendremos que estar muy pendientes por si se lo vuelve a encontrar. De todas formas, fuimos unos inconscientes al meternos los tres en aquella cripta, tenía que haber previsto la posibilidad de que la losa se cerrase; fue una estupidez por mi parte que casi nos cuesta la vida.

—Usted no tuvo la culpa; en todo caso, los tres actuamos estúpidamente.

Nos quedamos en silencio con la sensación de tener muchas cosas que decirnos, pero sin que ninguno de los dos supiera la forma de empezar. Era la primera vez que nos encontrábamos solos, con el tiempo y la tranquilidad suficiente como para hablar de muchas cosas de las que habían ocurrido en los últimos días, incluso las que no habían llegado a ocurrir. Le miré de reojo



esperando alguna reacción por su parte. Rachid estaba recostado sobre la almohada y me miraba sonriente. Bajé la mirada rápidamente y me mantuve callada.

—¿Le puedo pedir un favor, Laura?

Alcé la vista y afirmé.

—Usted dirá.

—Me encantaría que empezase a tutearme. En los últimos tiempos hemos pasado muchas cosas juntos, demasiadas para tan poco tiempo diría yo; se puede decir, si no le importa, que la considero como parte de mi vida, como la hija que nunca llegaré a tener. Se lo ruego, me hace tan mayor tratándome de usted...

—Con una condición —él arqueó las cejas en señal de interrogación—, que tú hagas lo mismo conmigo. —Pensé en decirle que le empezaba a considerar como el padre que alguien me arrancó hace años, pero me dio vergüenza y me lo callé. La verdad es que aquel hombre que se había colado en mi vida de forma muy extraña se había convertido en un personaje algo más que entrañable, era un sentimiento de unión que todavía me costaba comprender.

—¡Eso está hecho! —contestó sonriendo.

Volvimos a caer en un silencio expectante. Yo le miraba de reojo, y él no dejaba de observarme.

—Estás confusa, ¿no es cierto?

—¿Es que tú no lo estás?

Dio un profundo suspiro y se incorporó un poco más.

—La confusión es mi compañera de viaje desde que encontré ese rollo en un mercado de Jerusalén. He intentado hallar respuestas a lo largo de toda mi vida y lo único que he conseguido han sido más preguntas, más interrogantes y una angustiada turbación. A veces me daba la sensación de que llegaba a algún punto claro, al final de un galimatías imposible de descifrar y, de repente, algo hacía que todo se desmoronase o bien la evidencia desaparecía ante mis ojos como si alguien tuviera el encargo de impedirme encontrar por fin la verdad.

—¿La verdad de qué?

—La verdad con mayúsculas, Laura. Nací judío, y eso no se elige; mis creencias, mis costumbres, mi vida y mi mundo son judíos, pero hace ya tiempo que no sé en lo que creo realmente; no me considero ateo, creo en Dios, me identifico a mí mismo como judío, pero busco con desasosiego algo..., y no sé qué es. De todas formas hace ya tiempo que traspasé el límite de mis creencias y busco más allá de mi religión una pieza que no termina de encajar.

—¿A qué te refieres?, no alcanzo a entender el significado de tus palabras.

—Verás, se puede decir, sin herir los sentimientos de nadie, que el cristianismo surge del judaísmo; al fin y al cabo, Jesús de Nazaret, sus apóstoles, las gentes a las que se dirigía, eran judíos y seguían la tradición judía. Incluso el apóstol Pablo era un judío llamado Saulo cuando el Sanedrín le envió a Damasco para acabar con los nuevos cristianos que empezaban a ser molestos. Pero ¿qué ocurre con el que vosotros llamáis Cristo, con Jesús de Nazaret, con sus enseñanzas, con su muerte y, sobre todo, con el planteamiento de la resurrección y su posterior divinización, que son los pilares fundamentales de su Iglesia? Si toda esa historia fuera simplemente una farsa oportunista, si se demostrase que todo es un tremendo engaño, ¿qué crees que ocurriría?

—No lo sé. ¿Crees que existe una tumba de Jesucristo?

—En algún sitio tiene que estar, Laura, yo no creo en la resurrección del cuerpo; por lo tanto tengo que pensar que en algún lugar del mundo tienen que encontrarse los restos de aquel hombre.

—Pero si existiera se habría encontrado y se habría venerado, imagínate lo que supondría las reliquias del cuerpo de Jesús.

—¡Qué ingenua eres, Laura! —Me sonrió con indulgencia—. No te das cuenta de lo que supondría para la Iglesia semejante hallazgo; toda su estructura se vendría abajo, todos sus dogmas, basados en la divinización de Jesús que se iniciaron con san Pablo quedarían sin sentido, sin contenido. Los cristianos parece que no os queréis dar cuenta de que vuestras creencias rayan el politeísmo, veneráis a Dios, a Cristo, a la Virgen, a los santos, tenéis varios dioses y los adoráis a todos, incluso algunas veces con mayor vehemencia y sentimiento que al propio Dios.

—Rachid, no creo que sea así de simple, no soy una experta en teología, pero las enseñanzas de la Iglesia se basan en que Jesús es Dios y la Virgen es la madre de Dios hecho hombre en la persona de Jesús.

Asentía con una mueca en los labios.

—Ya te he dicho que soy judío, Laura, y te ruego que me disculpes por la expresión, pero ¿cómo se entiende eso que me acabas de decir? ¿Cómo creer que un hombre es Dios y que una mujer puede concebir de forma virginal a un hombre que es Dios? Todos esos dogmas han sido establecidos por seres humanos, como tú y como yo, con sus debilidades, sus limitaciones y sus errores. El cristianismo, tal y como se concibe ahora, tiene muy poco que ver

con el cristianismo primitivo; todo lo que tú has dicho está sustentado en los acuerdos adoptados en el Concilio de Nicea del año 325 convocado, no por la Iglesia o sus representantes, sino por el emperador Constantino el Grande.

—Pero Constantino se convirtió al cristianismo —le interrumpí.

—Permíteme de nuevo, Laura, pero habría mucho que decir sobre la verdad de la conversión de Constantino, un adorador del *Solis Invictus*, y un hombre cruel y sanguinario que cargó sobre su conciencia asesinatos horrendos; pero eso sería otro tema de conversación. Lo cierto es que Constantino había conseguido unificar el imperio en el ámbito político y territorial y necesitaba un elemento de unidad social, y el cristianismo, en auge durante aquel tiempo, se convirtió en un instrumento necesario para llevar a cabo su propósito.

Conocía el contenido del concilio pero le dejé hablar porque tenía curiosidad por conocer hasta dónde me quería llevar con aquella conversación. Al fin y al cabo, nunca había hablado de religión con un judío; en realidad, nunca se me había pasado por la mente poner en tela de juicio todo aquello que estaba encastrado en mi mente de forma inconsciente e involuntaria a través de las enseñanzas recibidas en el colegio de monjas; sobre todo, a partir de la muerte de mis padres.

—A Nicea acudieron obispos y representantes de la cristiandad de todos los rincones del imperio y, lo que es más importante, de todas las corrientes, porque no sólo existía una forma de cristianismo sino varias, a veces muy similares y otras totalmente contradictorias.

»Constantino apoyó la unificación de toda la Iglesia; para él era imprescindible que no hubiera fisuras. Las persecuciones de Diocleciano contra los cristianos en los primeros años del siglo IV habían dado paso al edicto de tolerancia del 311, gracias al cual se dio libertad para la práctica religiosa.

»A partir de entonces, los obispos se esforzaron por definir su posición frente al poder civil del imperio. Cuando Constantino apoyó en Nicea la afirmación de un credo que fue aceptado por la mayoría, todos los que no lo firmaron fueron inmediatamente exiliados y apartados. Un caso importante en estas disputas fue el de los seguidores de Arrio, que negaban la divinidad de Jesús considerándolo no como Dios, sino como creación de Dios para apoyar su plan entre los hombres.

»En el credo aprobado, que aún hoy está vigente en vuestra religión, quedaba establecida la divinización de Jesús de Nazaret gracias a la utilización del término *consustancialidad*, es decir, de la misma esencia que Dios. Fue una

lucha de ideas en las que unos resultaron vencidos y otros vencedores. Durante los años siguientes los arrianos fueron apartados, exiliados a lugares lejanos donde no pudieran molestar. Al estar vigente el edicto de tolerancia dictado por Constantino, simplemente se los apartó. A pesar de ello, tuvieron épocas de resurgimiento con el emperador Constancio II en el año 337, que impuso el arrianismo en la Iglesia. En el 361, el emperador Giuliano el Apóstata fue contrario de nuevo a las creencias del cristianismo e intentó, sin llegar a conseguirlo, restablecer el paganismo y la adoración a los dioses romanos. Pero con Teodosio el Grande y su edicto del año 380 por el que la religión cristiana se hacía oficial en el Imperio, todo vuelve a su cauce; la Iglesia pasó de perseguida a perseguidora, de estar coaccionada a coaccionar, de ser reprimida a reprimir. Se mandó arrancar y exterminar cualquier creencia contraria o sencillamente distinta a sus dogmas considerándolas como heréticas. O estaban con ella o contra ella. La tolerancia quedó olvidada.

»La Iglesia tuvo el apoyo del imperio; es lo que se ha llamado el proceso de cristianización del imperio y de romanización del cristianismo; Constantino hizo entrega de bienes y dinero para la construcción de lujosas iglesias y compró las voluntades de los más altos representantes de la cristiandad, que veían cómo sus riquezas, su poder y su boato iban aumentando sin límites. A partir de ese momento, se formó una maraña jerarquizada y perfectamente organizada de hombres que dicen actuar en nombre de Dios y que permiten la pobreza y la injusticia, mientras ellos viven rodeados de lujos y seguridad. Su poder ha sido y es inmenso, y ese poder e influencia se mantienen en la actualidad en el Vaticano, eso no me lo podrás negar. La Curia, el papado y toda la parafernalia de movimientos y brazos seculares que salen del tronco del Vaticano influyen en muchos aspectos de la sociedad que sólo deberían ser competencia del poder estrictamente político, no del religioso.

Noté que estaba contando todo lo que tenía dentro, mensajes conocidos por mí en el ámbito de mis estudios pero nunca asimilados de una forma más profunda. Rachid tenía la mirada extraviada en los pliegues de las sábanas de la cama, sus manos huesudas entrelazadas sobre el vientre y su gesto perdido de duda infinita que le asaltaba desde hacía mucho tiempo. Me mantuve en silencio y dejé que continuase su discurso etéreo y dolido. Quería conocer cuáles eran las preguntas sin respuestas, a qué se debía la inquietud que le atormentaba y le limitaba, tal vez porque iba descubriendo que a mí, en el fondo, también me acuciaban dudas similares entonces todavía durmientes.

—Pero a esa jerarquía perfectamente articulada no todos tenían acceso. Los pobres, los marginados, las mujeres, los desamparados, la mayoría de los mortales de cualquier condición y de buen corazón que habían seguido las enseñanzas de Jesús quedaron relegados al olvido, a la ignorancia. La mujer, elemento imprescindible en la vida de Jesús, fue arrinconada a un segundo plano sin importancia, sin cargos, sin labor que no fuera la sumisión al hombre, como dice san Pablo en los Evangelios.

—Pero Rachid, el segundo plano de la mujer y la actitud machista del hombre han sido una constante antes y después de Cristo y se mantienen, por desgracia, muy arraigadas en la sociedad de nuestros días, y eso que hemos estrenado el siglo XXI.

—Sí, Laura, no digo lo contrario, pero lo cierto es que de una simple lectura de los Evangelios aceptados por la Iglesia se deduce claramente que Jesús tuvo una deferencia especial, o como mínimo igual, con las mujeres; y no sólo con ellas, sino con otras clases sociales denostadas por el judaísmo ortodoxo, a las que la ley impedía ni siquiera acercarse. —Se mantuvo unos instantes observando mi reacción—. ¿Por qué ese afán de marginar a las mujeres cuando no era ése el mensaje de Jesús? —Dio un profundo suspiro—. Hay tantas preguntas a ese respecto por responder, Laura...

—¿Crees que todo ha sido un montaje de la Iglesia?

—¿Tú qué piensas?

Me quedé en silencio. No supe qué contestarle. Había aprendido el catecismo en el colegio. Había aceptado sin rechistar los dogmas sobre mi religión. Pero, a pesar de no ser practicante, no me había preguntado nunca los porqués de las inmensas lagunas oscuras y cruentas de la Iglesia a lo largo de la Historia. En mis estudios había analizado con detenimiento y en profundidad las causas, el desarrollo y las consecuencias de todos los aspectos históricos, la sociedad, la política, la economía y, por supuesto, la religión; pero pensar que las creencias y sobre todo los dogmas establecidos por la Iglesia desde hacía dos mil años pudieran no ser auténticos sino un burdo montaje en aras de otros fines más terrenales, nunca me había atrevido ni siquiera a planteármelo.

Encogí los hombros y arqueé las cejas sin mirarle.

—No sé qué responderte, Rachid. Nunca me había planteado nada parecido. Todo está tan establecido, tan ordenado...

—O tan controlado —interrumpió—. ¿No es cierto?

—Puede ser... no lo he pensado.

Tuve la sensación de haber encontrado una caja de Pandora en mi interior; siempre había estado allí pero nunca había sido consciente de su existencia. Preguntas sin respuesta sobre la religión, las ideas, la espiritualidad individual; dudas que el catecismo borra sin explicación. Todo está dirigido a que esa caja no se abra nunca, que siempre permanezca cerrada en lo más profundo de cada uno. Con aquella conversación me había dado cuenta de la cantidad de dudas que estaban encerradas en mi interior. Me quedé pensativa; me di cuenta entonces de que de mí dependía abrir aquella caja y dejar que saliera todo su contenido, o bien mantenerla cerrada y seguir viviendo sin hacer preguntas, sin molestar a mi conciencia estructurada por el dogma y la fe que me habían enseñado.

No quise afrontar ese tema en aquel momento. Era arriesgado para mí y yo tenía por costumbre evitar los riesgos de conciencia, no sé si por cobardía o por pura comodidad.

Intenté entonces desviar la atención a otro asunto que me roía desde hacía días y del que apenas había hablado con Carlos.

—¿Qué significado crees que puede tener la lista de nombres que encontramos en la cripta?

—Realmente lo desconozco, estoy tan desconcertado como tú. Parece una lista de nombres de grandes maestros, pero el nombre de mi esposa... no sé, no consigo entender. —Me miró con sus ojos cansados por la enfermedad.

—¿Crees que el profesor Dorado ha muerto? —La pregunta me la había hecho yo misma miles de veces a lo largo de esos cuatro días, pero reiteradamente anulaba la respuesta quitando de mi pensamiento la alternativa posible.

Durante aquellos días de cuidados a Rachid, me había sucedido algo muy extraño con Carlos. No hablamos nada de los nombres; amparados en la enfermedad, ninguno de los dos sacamos la conversación, aunque ambos sabíamos que el otro estaba pensando en ello, que lo teníamos en nuestra mente. Intentábamos conscientemente posponer la pregunta dando, con los cuidados de Rachid, un respiro a nuestra duda más que desvelada. Ésa era la primera vez que me había atrevido a pronunciarla, y mi voz temblaba insegura de querer conocer la contestación.

Rachid me miró a los ojos y enseguida bajé la mirada. Mis miedos eran evidentes para él y me sonrió con afecto.

—¿Temes a la muerte, Laura?

Me sorprendió la pregunta.

—Me atemoriza más el vacío que deja. A ella particularmente no la temo, no se puede tener miedo a lo que no se conoce.

—Es probable que sea eso lo que más inquiete, el desconocimiento de lo que ocurre cuando uno muere. Si cualquiera de nuestros seres queridos muertos se nos presentasen por unos instantes y nos dijeran que están bien, y les viéramos sonreír, ¿no crees que llevaríamos mejor nuestra pena?

—No estoy segura de eso; la pena se lleva porque los echas de menos, no puedes verlos, no puedes oírlos, ni tocarlos, te es imposible abrazarlos o sentir su presencia, es la angustiada sensación de vacío, eso es lo que duele de la muerte.

Nos mantuvimos callados por unos instantes.

—Creo que Armando Dorado está muerto —dijo sentenciando la frase.

Le miré con la vana esperanza de encontrar alguna duda en lo que acababa de decirme, pero sus ojos reflejaban la afirmación de sus palabras.

—Laura, esto es muy serio.

—¡Lo sé, no soy una estúpida! —dije poniéndome a la defensiva. Mis ojos se dirigieron hacia la ventana. La lluvia caía pesadamente y las gotas golpeaban los cristales dando un paso más hacia la tristeza—. ¿Qué significa todo esto? No sé dónde me he metido. Hace apenas dos semanas mi vida era tranquila, monótona pero tranquila, sin sobresaltos, y ahora... no sé dónde estoy ni lo que busco, estoy hecha un lío.

—¿Tanto echas de menos tu vida anterior?

Le miré desconcertada. No sabía qué responderle. Empezaba a darme cuenta de que, a pesar de la estabilidad anterior, en el fondo sentía que mi vida era algo aburrida y vacía. Sin embargo, ahora, pese a que la muerte nos pisaba los talones y el desarraigo que podía sentir lejos de mi ambiente y de la seguridad de mi casa, tenía un objetivo; todavía incierto, pero un objetivo. Además, en mi mente se mantenía el recuerdo de los ojos de aquel hombre que me había cautivado en tan sólo unos minutos. El recuerdo de Wasef, lejos de atenuarse, aumentaba con el tiempo segura de que, con aquel beso hurtado en la puerta de La Almunia de San Miguel, me había robado el corazón.

—Lo cierto es que no —balbucí—; puede parecer extraño pero no consigo echar de menos nada de lo que yo era hasta hace dos semanas. A veces creo que han pasado años desde que Carlos me fue a buscar a Salamanca. Es una sensación rara. —Mantuve unos instantes de silencio—. ¿Qué crees que le ha ocurrido al profesor?

—Puede que la respuesta a muchas preguntas la obtengamos de la persona que tiene el último de los nombres de la lista. Siendo parte de esa serie nos podrá aclarar quién es quién en este asunto, y, sobre todo, qué es lo que pintamos nosotros en él.

Dio un profundo suspiro y se acomodó mejor sobre su espalda; después, con cierta parsimonia, colocó el embozo de la sábana.

—¿Querías mucho a tu esposa? —La pregunta me pareció absurda e intenté rectificar—. Lo siento, qué torpe soy, no debía...

—¿A Sara? —Con una ligera sonrisa me indicaba con la mano que no tenía ningún inconveniente en contestarme—. ¡Mi querida Sara! La conocí en la Universidad Hebrea de Jerusalén; ella daba una conferencia sobre los manuscritos de Nag Hammadi en Egipto. Era una mujer espectacular —su rostro se elevó con la mirada perdida en el recuerdo del pasado—, guapa, inteligente, activa; me enamoré de ella como un chiquillo. Yo estaba a punto de cumplir los treinta y ocho años y ella llegó a mi vida en el momento más oportuno. Nos casamos a los pocos meses de conocernos, era junio de 1979; recuerdo perfectamente aquel momento: el calor era sofocante pero fue el día más feliz que recuerdo de toda mi vida; Sara estaba radiante con un vestido malva, la melena negra y ondulada le caía por los hombros, era preciosa. Con ella viví lo mejor de mi vida —sus labios se cayeron por el amargo despertar del recuerdo y la mirada de sus ojos se cristalizó—; tan sólo fueron unos meses, pero te aseguro que fueron maravillosos. Ya teníamos decidido tener hijos, los que Dios nos enviase, decíamos. —Mantuvo un silencio contenido—. El día antes de su muerte me dijo que tenía que contarme una cosa importante, un secreto que debía guardar con mi vida porque de mi silencio dependería la seguridad de muchas personas. Entonces no entendí nada de lo que me decía, sólo miraba sus ojos, sus labios, su pelo, ¡era tan hermosa...! —Dio un profundo suspiro.

»La mañana del accidente estaba nerviosa, algo le ocurría, pero no me quiso decir nada: “Esta noche te lo cuento todo, amor mío”, ésas fueron las últimas palabras que oí de sus labios. Me besó con ternura y se marchó. —Mantuvo silencio durante unos instantes intentando evitar el llanto—. A las dos horas me llamaron. Su coche se había estrellado contra un árbol. Murió en el acto. —Apretó los labios y suspiró profundamente—. Sí, Laura, la quise mucho y su muerte me dejó un vacío imposible de llenar hasta ahora. Después de tantos años todavía la echo de menos cada día, cada noche...

Una lágrima recorrió furtiva su mejilla sin que él llegara a percibirlo,



absorto en sus recuerdos. Cuando le rozó la comisura de los labios la secó rápidamente con la mano y respiró alzando el rostro para recomponerse. Intenté respetar el momento y bajé la mirada hacia mis manos manteniendo silencio.

—¿Te gusta la lectura que te di? —me preguntó de repente.

Asentí.

—De esa lectura me gustaría hablarte —dije con cierto desasosiego—. ¿Crees que es el mismo manuscrito del que hablaba Eleazar?

—Puede que sí. Por lo que contó, a él se lo debieron de robar en 1961, y yo lo encontré dos años más tarde.

—Pero si era tan peligroso, ¿por qué no lo destruyeron?

—Puede haber mil razones. Es muy difícil, por no decir imposible, que un investigador pueda destruir un tesoro de esas características por muy peligroso que sea. Antes que eso lo escondería o lo enterraría en las entrañas de la Tierra, pero destruirlo, lo dudo. Y en otro caso, si el robo se lo encargaron a cualquier otra persona ajena a la investigación, estoy seguro de que lo vendería para obtener un beneficio. Me temo que ésa fue la razón por la que el mercader me pedía un precio desorbitado, porque lo más probable es que él mismo lo hubiera pagado a precio de oro.

—¿Tú crees que es real lo que se cuenta en esa historia?

—¿Hay alguna razón para que no sea así?

Me quedé en silencio. En mi fuero interno, debido a mi educación, a la cultura recibida, a la lógica más aguerrida, me repetía que no podía ser cierto. Pero toda esa estructura que se había mantenido en mi vida sin apenas dudas empezaba a resquebrajarse como si fuera un castillo de naipes dispuestos uno sobre otro sin una base sólida que, al ser movidos por el viento, se desvanecen en un montón de cartulinas desordenadas.

—Creo que me estoy volviendo loca —dije frunciendo el ceño—. ¿Cómo puedo llegar a pensar semejante cosa? La tumba de Cristo. ¡Es imposible! —Movía la cabeza de un lado a otro sin mirar a Rachid que sonreía mientras escuchaba mis palabras.

—Pues entonces, por lo que estás diciendo, yo me debo de considerar un loco porque sí creo que puede ser cierto. —Se quedó pensativo mirando al vacío. Entrelazó los dedos de sus manos y los apretó con fuerza, después arrugó los labios y me miró—. Laura, desde el momento en que pasé por aquel puesto y vi en un rincón casi escondida la vasija de terracota, me arrastró un deseo irremediable de adquirirla al precio que fuera. Fue una obsesión desde el

principio. Ya te conté que me llegué a endeudar para conseguir el dinero necesario para adquirirla, e incluso condicioné mis estudios para poder realizar yo solo su transcripción.

—¿Por qué quisiste que la leyera yo y no Carlos?

—Eso es otro de mis secretos, Laura, y creo que es hora de contártelo: el día que compré la vasija, sin conocer todavía lo que había en su interior, la apreté contra mi regazo como si fuera un niño que encuentra un tesoro muypreciado. Caminé deprisa en dirección a mi casa para abrirla y descubrir qué escondía. —Se calló por unos instantes mientras daba un profundo suspiro con los ojos perdidos en el vacío—. Lo recuerdo como si me hubiera ocurrido hoy mismo. Dejé atrás los cafés y los puestos de verduras de la plaza de Omar Ibn el-Jabab y me introduje en el laberinto de calles adoquinadas del barrio cristiano, atestadas a esas horas de compradores y turistas que miraban absortos los objetos expuestos para su venta. Recuerdo perfectamente que hacía mucho calor y que, a pesar de los toldos de lona que evitaban los rigores del sol de mediodía, el sudor me caía por la frente, llegando a nublar mi vista. Abandoné la calle de la Cadena y me metí hacia el barrio judío donde se encontraba mi casa. Cuando penetré en esas calles fue como si el mundo quedase a mis espaldas. El ambiente se tornó solitario, casi subterráneo. Mis pasos resonaban en el silencio hueco de sus antiguos muros. Fue entonces cuando le vi. Le recuerdo en mi mente como si ahora mismo le tuviera aquí delante.

De nuevo guardó silencio durante unos segundos.

—¿Quién, Rachid? ¿A quién viste?

Su mirada estaba ausente envuelta en los pensamientos que balbucía tembloroso a través de los labios.

—Era un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta años, algo más alto que yo, con barba y pelo ondulado; llevaba unos vaqueros desgastados y una camisa de lino clara, pero lo que me llamó la atención de él fueron sus ojos; tenía la mirada más limpia que jamás he visto en mi vida; se encontraba en medio de una callejuela y me di cuenta de que me estaba esperando. En un principio pensé en la posibilidad de que quisiera robarme la vasija, por eso la apreté más hacia mi cuerpo y caminé despacio en su dirección, echando miradas hacia atrás para calcular la distancia por si tenía que salir corriendo. Pero, cuando le tenía a pocos metros de mí, volví a mirarle a los ojos, el miedo desapareció y quedó el

desconcierto. Me acerqué despacio sin retirar la vista de aquella mirada que irradiaba dulzura. Cuando llegué a su altura me llamó por mi nombre y me habló en una lengua desconocida.

Rachid quedó sumido de repente en sus pensamientos, parecía como si se hubiera olvidado de mi presencia y de la historia que estaba contando.

—¿Qué te dijo, Rachid? —pregunté al cabo de un rato de extraño silencio.

—Laura, no es sólo lo que me dijo... yo desconocía la lengua en la que me hablaba y, sin embargo, le entendí, comprendí el mensaje que me dio sin dudarle ni un instante; recuerdo perfectamente el sonido de su voz, era tenue, apenas perceptible, pero eran sus ojos los que me hablaban. —Pude ver entonces un entusiasmo desconocido en el rostro de Rachid—. Sin conocer su lengua le entendí.

—¿Y qué te dijo? —insistí.

—Ahí es donde entras tú, Laura.

—¿Yo? —pregunté desconcertada—, pero si todavía no había nacido.

Rachid sonrió con complicidad.

—No hace falta que me restriegues por la cara la edad que tengo.

—No era mi intención.

—El mensaje que recibí era muy claro y lo tengo grabado en mi mente desde entonces: «Ella será quien deberá leerlo, con el tiempo la encontrarás».

De nuevo un silencio estridente se instaló entre nosotros.

—¿Y «ella»..., se supone que soy yo? —La voz salía de mis labios como un hilo apenas perceptible.

Rachid asintió con firmeza consciente de mi estupor.

—¿Y tú cómo lo sabías? ¿Acaso dijo mi nombre? ¿Te dio una descripción?

Negaba con la cabeza a cada una de las preguntas que iba formulando.

—No, nada de eso, sólo capté en sus ojos ese mensaje que he retenido en mi mente durante años. Te aseguro que llegué a pensar que lo había soñado, que había visto una alucinación, pero algo dentro de mí me decía que tenía que preparar aquel manuscrito para cuando llegase el momento.

»Cuando Carlos nos presentó en aquella primera cena y estreché tu mano, supe con toda certeza que eras tú a la que había estado esperando durante tanto tiempo para entregarte el cuaderno con la transcripción de la historia. No me preguntes cómo, simplemente lo supe, no podría darte una explicación más convincente.

—Pero eso es imposible. —Mis palabras tenían un tono de incredulidad que

Rachid captaba perfectamente—. No tiene explicación, pudo ser una intuición, o yo qué sé...

—No fue una intuición, te aseguro que no tuve ninguna duda. Eras tú quien debía leer la transcripción de ese manuscrito, estoy completamente seguro.

—¿Y quién era ese hombre que te dio un mensaje tan... premonitorio?

—No lo he vuelto a ver nunca más. Después de hablarme me dedicó una sonrisa, me dio la espalda y se marchó.

—¿Y no fuiste detrás de él? ¿No le preguntaste quién era? ¿No le dijiste que a qué se refería? ¡Yo qué sé! ¡Algo!

Rachid negaba de nuevo con la cabeza a medida que mis preguntas iban cayendo al vacío de una imposible respuesta.

—No fui capaz de moverme; me quedé un rato allí, quieto, hasta que desapareció al girar una esquina. Jamás he vuelto a verle, Laura, te aseguro que le hubiera reconocido de inmediato, nunca podré olvidar esa mirada.

Un extraño silencio inundó la habitación. Intenté hilar las palabras de Rachid, pero cada vez que intentaba tirar de un hilo aparecían otros mil para atar. Cada día que pasaba desde hacía escasamente dos semanas se me presentaban pruebas y signos de que, junto a Carlos, estábamos destinados a realizar algo concreto. Era un destino no escogido y, sin embargo, nosotros éramos los elegidos. Cada vez me convencía más de que estaba recorriendo un camino sin retorno, sin posibilidad de escape.

Le miré a los ojos; él me observaba tranquilo. Sabía que por mi mente pasaban mil ideas encontradas difíciles de asimilar, que intentaba hallar explicación a lo inexplicable, a lo incompresible; pero, sin embargo, su rostro sereno me infundió tranquilidad y sosiego.

—¿Qué crees que estamos buscando realmente?

Rachid suspiró profundamente, entrelazó las manos y bajó la mirada pensativo frunciendo la comisura de los labios.

—Está claro, buscamos el Gran Arcano.

—¿Y qué piensas tú que es el Gran Arcano? ¿La tumba de Cristo?

—No estoy seguro.

—Entonces, ¿por qué nos estamos jugando la vida desde hace dos semanas? ¿Por qué murió tu esposa, y mis padres y el mismo don Armando?

—Es algo que desconozco. A la muerte de Sara me quedé completamente solo; mis amigos me fueron abandonando cansados de mi desidia y mis desplantes poco amables. Mi vida ha sido una constante búsqueda de ese

misterioso secreto que Sara me iba a contar el día que murió. Cuando vi su nombre en la cripta de Rennes-le-Château comprendí algunas cosas pero, a cambio, se ha destapado la duda en otras muchas. Todos esos nombres deben de tener alguna relación con la hermandad del Gran Arcano de la que nos habló Eleazar. Puede que ellos hayan sido los encargados de continuar algo concreto que tiene que ver con la traición del caballero templario de vuestro código.

—¿Crees que los templarios tienen algo que ver con todo este asunto?

—No es que lo crea, estoy seguro de ello. —Su contestación fue tajante y firme—. De lo que no estoy tan seguro es del bando en que se encontraban; quiero decir que no sé qué custodiaban y para quién.

—Hay mucho escrito a favor y en contra de ellos, su misterio aumenta con el tiempo. Yo creo que nunca llegaremos a conocer en realidad a aquella orden.

—Es posible que tengas razón pero tenemos que rascar más en los archivos, tiene que haber algo en algún sitio que nos dé la clave. Siempre queda algún cabo suelto, siempre quedan pistas que se pueden seguir. Tan sólo es necesario saber dar con ellas.

—En eso estoy de acuerdo contigo. —Le miré manteniendo un instante de silencio—. Rachid, ¿puedo preguntarte algo?

Me miró arqueando las cejas.

—Tú dirás.

Suspiré profundamente sin estar segura de querer hacer esa pregunta. Me daba la angustiada sensación de que Rachid sabía lo que había en mi mente.

—¿Puedes hablarme de Wasef?

—¿De Wasef? —dijo un tanto sorprendido—; dime, ¿qué quieres saber sobre él?

—No sé, dime cómo es, cómo es su vida...

Rachid sonreía mientras me observaba; empecé a sentir que la sangre me subía por el cuello hasta las mejillas tintando de vergüenza mi rostro. Hice un esfuerzo para aparentar tranquilidad y que no se diera cuenta de mi sensación de agobio por la situación.

—Tranquila, Laura, no he visto a nadie avergonzarse por haberse enamorado. ¡Es lo normal! ¿No es cierto?

Mantuvo su gesto interrogativo buscando mi mirada que esquivaba con un absurdo rubor.

—¿Quién ha dicho que estoy enamorada? —Mi voz salía de los labios con el temblor avergonzado que me produjo más sonrojo. Me arrepentí de haber

planteado aquella pregunta que, en aquel momento, me pareció absurda—. Le conozco tan sólo de una hora.

—Más que suficiente para caer en el amor —sonrió levemente—; yo me enamoré de Sara en el instante en que la vi; desconocía cualquier cosa sobre ella, incluso su nombre, simplemente la vi y supe que había estado esperando toda la vida a aquella mujer.

—Dime, Rachid, ¿quién es? ¿De qué le conoces? —Ya vencida por la situación, mi voz salía imperceptible de mis labios.

—Es un buen amigo. —Rachid se relajó y se dispuso a hablarme del hombre que, inexplicablemente para mí, me había robado el corazón en unos momentos tan complicados de mi vida—. Le conocí en Jerusalén.

—¿Es judío?

—No, es musulmán; nació en Egipto pero llegó a Jerusalén cuando era un niño. Su padre tenía un cargo importante en la embajada y, por lo visto, viajaba mucho, pero su madre no quería que los hijos estuvieran de aquí para allá y se establecieron en Jerusalén; allí estudió y se licenció. Nos conocimos en un congreso sobre la Biblia y, desde entonces, nuestra amistad fue aumentando hasta que un día le propuse que se viniera a Toledo; allí le podía ofrecer un buen puesto de trabajo y un amplio campo de investigación. No se lo pensó mucho; la situación política de Israel no está para tener una vida tranquila y se trasladó a Toledo, aunque desde hace un par de años vive en Madrid.

»Hemos tenido conversaciones eternas acerca del significado del islam y de su relación con el judaísmo y el cristianismo; tiene unos planteamientos muy interesantes. Es un hombre extraordinario —por un momento su mirada quedó perdida en el interior de sus pensamientos—, aunque sigo sin comprender qué hacía Wasef en Burgos el día que le llamé. Le había indicado dónde me encontraba, me podía haber dicho que también estaba en Burgos y, sin embargo, me dio a entender que se encontraba en Madrid trabajando.

—Tal vez quiso hacerte el favor que le pedías, y si te hubiera dicho que se encontraba en Burgos...

—No, ya lo he pensado pero... ¿de qué te conocía a ti? Hay cosas que no me encajan de aquella llamada...

Un ruido seco y hueco nos interrumpió. Nos volvimos hacia la puerta sin movernos del sitio. Se volvieron a oír un par de toques más fuertes sobre la madera. Miré a Rachid. Eran cerca de las cinco de la tarde y empezaba a caer la

noche; la habitación había empezado a quedar en la penumbra sin apenas darnos cuenta.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta pensando que podría ser la dueña del hotel que nos venía a ofrecer algo de comida. Cuando abrí, Carlos entró como una exhalación, cerrando tras de sí apenas sin mirarme. Su aspecto era lamentable: tenía la cara aterida por el frío, estaba empapado y olía a campo y hollín.

En los días que nos habíamos mantenido en el hotel, Carlos había vuelto a recuperar su porte elegante y atractivo: bien conjuntado, pulcramente vestido y peinado. Pero ante mí tenía un hombre que parecía que había recorrido a través del campo un largo camino bajo la lluvia y el frío.

Se sentó sobre la cama encogido y sin sacar las manos de los bolsillos de su abrigo, miró a Rachid y luego me dedicó una fugaz mirada. Al acercarme hasta él pude ver que tenía el pelo ensangrentado. El cuello de la camisa se le había tornado rojizo por las manchas resacas de la sangre, que debía de haber salido a borbotones de la parte posterior de la cabeza.

—¡Estás herido! —grité con angustia.

Él se volvió hacia mí y me hizo un gesto con la mano para que no le tocara.

—No es nada, no te preocupes. —Suspiró profundamente—. Tenemos que marcharnos de aquí.

—Pero ¿qué te ha pasado? Parece que hubieras venido caminando desde Couiza.

Bajó la mirada. Me pareció que intentaba recuperar la calma después de momentos de tensión o angustia, respiró varias veces resoplando y con la mirada vacía. Rachid se incorporó y le tendió la mano.

—Carlos, ¿qué ha ocurrido?

—Tenemos que salir de aquí, vienen a por nosotros. Nos siguen, nos controlan, saben cada uno de nuestros movimientos. ¡Nos quieren matar, Rachid, nos quieren matar! —Rompió a llorar como un niño. Nunca le había visto así.

Rachid y yo nos miramos desconcertados.

Dejamos pasar unos instantes para que Carlos desahogase la tensión con el llanto. Le puse la mano sobre el hombro sintiendo las contracciones provocadas por el sollozo incontrolado. Tapaba su rostro con las manos negras de barro y suciedad. Sus ropas estaban impregnadas de un fuerte olor a quemado.

Después de unos minutos en silencio, respetando el momento de tensión, sacó un pañuelo igual de mugriento que sus manos y se secó las lágrimas. Me

senté sobre la moqueta junto a él sin retirar el contacto de mi mano sobre su cuerpo. Mirando su rostro me di cuenta de la mala cara que traía; tenía profundas ojeras y la piel cortada por el frío. El cabello alborotado en la frente le daba un aire bohemio que nunca podría haber imaginado en él.

—Tenemos que marcharnos de aquí —volvió a repetir en cuanto recuperó la tranquilidad—. ¿Puedes levantarte?

Rachid afirmó y sin más se levantó de la cama, lentamente.

—Yo le ayudaré —dijo volviéndose hacia mí—. Prepáralo todo, nos vamos enseguida.

—¿Adónde?

—No lo sé, iremos a la estación y cogeremos el primer tren. —Estaba nervioso, se movía de un lado a otro intentando recoger las cosas de Rachid—. ¡Vamos Laura, tenemos que salir de aquí!

—¿Y el coche? —le pregunté antes de salir de la habitación.

Se quedó paralizado y me miró.

—No tenemos coche, luego os lo contaré todo, pero, por favor, salgamos de una vez de aquí. —Su voz era grave y me hizo un gesto suplicante.

Rachid y yo nos miramos; me hizo un guiño de asentimiento y, sin decir nada, salí de la habitación para recoger mi escaso equipaje. En menos de una hora estábamos en un tren rumbo a París. Habíamos pagado una cuenta descomunal a la dueña del hotel. Ante mis protestas por lo que consideré un abuso, Carlos me indicó que me callase, sacó su tarjeta de crédito y pagó la factura sin poner ningún reparo a las cuentas.

Un taxi nos llevó hasta la estación. Ya en el tren, Rachid y yo escuchamos lo que Carlos nos tenía que contar.



Esa mañana, Carlos se había decidido a acudir por segunda vez a Couiza para intentar averiguar algo acerca de la muerte de Eleazar. Desayunamos temprano en la cafetería del hotel. Rachid había dormido profundamente; era la primera noche que no se había despertado y la fiebre le bajó por primera vez de los cuarenta grados en los que se había mantenido hasta entonces. Después, le despedí en la puerta del hotel; estuve observando cómo se introducía en el coche y lo ponía en marcha; al pasar por delante de mí alzó la mano a través de la ventanilla y desapareció por la carretera bajo una lluvia torrencial. Me dirigí hacia la habitación de Rachid dispuesta a pasar otro día de encierro obligado entre aquellas cuatro paredes.

Carlos llegó a Couiza y se dirigió al bar de André, el hombre que nos había dado la dirección de Eleazar. Apenas había gente por la calle, el día era frío y desapacible y una lluvia fina rasgaba un viento gélido que cortaba la cara. Al llegar al bar se dio cuenta de que continuaba cerrado. Aparcó frente a la puerta y se bajó del coche. Se acercó a la verja que cerraba el acceso; miró hacia el interior; todo estaba en penumbra y no vio ningún movimiento dentro. Dio unos cuantos golpes sobre el cristal y esperó unos segundos. Tenía la esperanza de que André pudiera encontrarse en el bar pero no obtuvo ninguna respuesta. Decidió acercarse hasta la casa de Eleazar por si hubiera algo nuevo. Condujo por las calles vacías hasta llegar frente a la puerta de la vieja casa. Antes de bajarse observó aquel edificio desvencijado que parecía que iba a derrumbarse de un momento a otro bajo la fuerza del viento y la lluvia. Entonces le pareció ver a alguien en la ventana cercana a la puerta. Bajó del coche y se acercó hasta la entrada. Las gotas heladas de la lluvia se le pegaban a la piel de la cara, sintiendo cómo se deslizaban hasta llegar a la bufanda que envolvía su cuello. El aire arreciaba, era un viento fuerte que le azotaba de lado con ráfagas intermitentes y violentas. Dio unos toques suaves con los nudillos sobre la madera. Esperó unos instantes y nadie contestó. Mantuvo el oído atento por si oía algo del interior mientras que el viento tronaba furioso. Volvió a llamar más fuerte, pero tampoco obtuvo respuesta. Puso la mano sobre el picaporte oxidado y lo movió despacio

hacia abajo. Oyó un crujido tenue y la puerta cedió unos centímetros. Abrió muy lentamente intentando atisbar algo en la oscuridad del interior a medida que se le presentaba ante sus ojos. Un olor nauseabundo le hizo echarse hacia atrás y ponerse la mano sobre la nariz, se subió la bufanda para evitarlo; mientras se introducía en la casa gritó si había alguien sin obtener respuesta. Avanzó despacio en la penumbra hasta la puerta donde habíamos encontrado el cuerpo de Eleazar. Se quedó sorprendido; un nutrido fuego ardía en la chimenea; el desorden era aún mayor de lo que habíamos conocido días atrás: los libros estaban esparcidos por el suelo, mezclados con papeles y folios rotos y arrugados, pero la estancia se hallaba vacía. Carlos decidió inspeccionar el resto de la casa y averiguar de dónde procedía el tufo. Avanzó con cautela por el estrecho pasillo que daba a las habitaciones. El viento golpeaba los viejos fraileros de madera de las ventanas y la lluvia repiqueteaba en los cristales con fuerza; sin embargo, en el interior había un extraño silencio. Llegó hasta la habitación donde Rachid y él habían pasado la noche; la puerta se encontraba entornada, la empujó y se abrió con un pesado chirrido. Del interior salió una bocanada de repugnante olor que le provocó una arcada seguida del inevitable vómito. Se retiró hacia un lado del pasillo mientras devolvía todo lo que tenía en el estómago entre espasmos incontrolables. Cuando se calmó, intentó respirar hondo pero la fetidez volvía a meterse en su nariz. Se había manchado la bufanda, se la quitó y la tiró al suelo. Se sacó un pañuelo del bolsillo colocándoselo sobre la nariz, apretando con fuerza para evitar que el olor pudiera traspasarlo, y comenzó a respirar por la boca; miró hacia el interior de la habitación de donde salía el hedor. Todo estaba en penumbra pero pudo atisbar, a la luz de una pequeña vela encendida sobre una repisa, que había una persona tumbada sobre la cama. Entró despacio y cogió la vela con la mano que le quedaba libre. El corazón le latía con fuerza. Caminó lentamente los pocos pasos que le separaban de la cama; cuando llegó junto a ella iluminó a la persona que se encontraba allí tendida. La visión del cadáver de Eleazar le sobrecogió. El cuerpo muerto presentaba un aspecto deplorable. La piel de su rostro era oscura, con un tono azulado; su boca entreabierta estaba seca y fría, y sus labios se veían rígidos y amoratados. Miró su cuerpo contrahecho, con los brazos descabalados y las piernas rotas como consecuencia, con toda seguridad, del rígor mortis que le sobrevino sentado en el lugar donde le encontramos días atrás, y el posterior

intento de estirarle para ponerle sobre la cama. Le dieron ganas de llorar ante la presencia del cadáver de aquel anciano en un estado tan lamentable. Ni siquiera después de su muerte le habían dejado en paz.

Miraba absorto el cuerpo de Eleazar apretando con fuerza sobre la nariz el pañuelo en un intento de evitar el olor que ya desprendía cuando oyó un crujido tras de sí y, antes de que sus reflejos le permitieran volverse, sintió un fuerte dolor en la parte de atrás de la cabeza y todo en su mente se paralizó haciéndose el vacío.

Quedó sin conocimiento sobre el suelo de la habitación y el siguiente recuerdo que tuvo fue el de un calor intenso sobre la cara; abrió los ojos y vio con pavor una llamarada delante de él; la habitación donde se encontraba estaba ardiendo. Intentó levantarse pero un pinchazo agudo en la cabeza le hizo mantenerse quieto por unos instantes. Se encontraba junto a la cama. El humo lo estaba cubriendo todo y respiraba con dificultad. Se dio cuenta de que se estaba mareando. Tenía que salir de allí o moriría asfixiado.

Arrastrándose por el suelo se fue acercando hacia la puerta de la habitación, pero estaba cerrada; levantó la mano y trató de abrirla. Le fue imposible, alguien había cerrado con llave. En un intento desesperado por salir se incorporó y trató de abrirla de nuevo empujando con torpeza, pero los ojos le empezaron a llorar y el humo, que se le metía a bocanadas por la garganta, le asfixiaba. De inmediato se tumbó respirando cada vez con más dificultad. Miró a su alrededor. El fuego iluminaba toda la estancia devorando todo lo que encontraba a su paso. Le quedaba poco tiempo. Volvió a arrastrarse hacia la ventana. Tomó aire y aguantando la respiración rompió uno de los cristales con el codo abriendo el frailer de fuera. Una bocanada de aire entró por la abertura y antes de hacer cualquier otra cosa sacó la cabeza entre los cristales rotos y respiró varias veces para limpiar de humo los pulmones. Cuando se recuperó un poco y sintiendo el calor del fuego en su espalda, abrió la ventana y saltó a la calle. Quedó tendido en el suelo mojado por la lluvia que ahora caía en forma de nieve. Agradeció el frío de los copos sobre la cara, tosía convulsivamente y respiraba con dificultad. Intentó ponerse de pie y buscó el coche que estaba a sólo unos metros de donde se encontraba. No vio a nadie que acudiera al fuego. Era como si aquel rincón del mundo no existiera para el resto de la población. El humo salía por las rendijas de la casa y las llamas empezaban a encontrar los huecos necesarios para escapar de su interior.

Se levantó con dificultad echándose la mano a la parte posterior de la

cabeza y se dio cuenta de que estaba sangrando. Se dirigió a trompicones hasta el coche. Cuando se sentó al volante miró hacia la casa. Sentía un fuerte picor en los ojos y le costaba respirar; el corazón le palpitaba con fuerza y, a pesar del frío reinante, las gotas de sudor le caían por la frente. En una reacción instintiva, miró por el retrovisor y pudo ver con pavor el rostro de un hombre que estaba a punto de pasarle una cuerda por encima de la cabeza. Dio un grito y reaccionó de inmediato echándose hacia delante, abrió la puerta y salió corriendo.

Nos reconoció que no miró hacia atrás; que no supo si le seguían o no. Corrió hasta quedar exhausto llegando a la carretera. Se acercó renqueante y respirando a bocanadas a una gasolinera y le pidió a un camionero que estaba a punto de subir a su camión que si le podía acercar hasta Carcasona. El hombre accedió reticente mientras Carlos le entregaba una cantidad de dinero que el camionero aceptó con un simple gesto sin dejar de mirarle de arriba abajo. No hablaron durante el trayecto. Al llegar a su destino, Carlos se bajó del camión y, sin despedirse siquiera, se alejó en dirección al hotel.

Rachid y yo escuchamos el relato sin interrumpirle ni una sola vez. Cuando Carlos terminó se produjo entre nosotros un silencio cortante durante un buen rato. El traqueteo del tren nos movía con parsimonia. Yo miraba a través de la ventanilla intentando atravesar la oscuridad del exterior y recibía únicamente el reflejo de mi rostro cansado y silencioso. Miré a Carlos. Tenía la mirada vacía. La experiencia había sido traumática y, a pesar de que había recobrado la compostura después de una ducha rápida y el cambio de ropa, mantenía en su rostro las marcas del miedo y de la cercanía de la muerte. Tenía rasguños en la cara y en las manos y una profunda brecha en la cabeza que Rachid había intentado curar como pudo.

Hablamos poco durante el viaje. Los dos se quedaron dormidos y yo aproveché para sacar de mi bolso el cuaderno de Rachid y leer un rato.

Estaba a punto de concentrarme en la lectura cuando sentí la presencia de una persona que me miraba. Levanté la vista y pude ver a un hombre que tenía clavados sus ojos sobre mí. Se encontraba de pie en el pasillo del vagón a unos dos metros de donde yo estaba sentada. El corazón empezó a latirme con fuerza y me puse tensa. Lejos de bajar la mirada, aquel hombre parecía desafiarme. Entonces abrió los labios y dijo algo que no pude oír. Me costaba respirar. Una voz me arrancó de aquella mirada.

—Laura, ¿te ocurre algo? —Rachid se encontraba sentado frente de mí—. ¡Laura!

Le miré a los ojos.

—Rachid, están aquí...

Rachid se volvió en la dirección hacia la que yo había estado mirando.

—¿Qué ocurre, Laura? ¿Qué has visto? —preguntó volviéndose hacia mí de nuevo.

Alcé la vista y ya no estaba. Me levanté de un salto dejando que el bolso y el cuaderno cayeran al suelo. En un movimiento desesperado salí al pasillo y recorrí cada uno de los asientos. No encontré nada más que las miradas sorprendidas de los pasajeros que no entendían mi actitud. Aquel hombre se había esfumado, ¿o era producto de mi imaginación, agobiada por los miedos? Cuando llegué al final del vagón miré hacia Rachid, que se encontraba de pie observándome con gesto contrariado. Me hizo una seña con la mano para que volviera a sentarme.

—Le he visto, es la misma sensación que en Zaragoza, en mi despacho, el hombre que luego vimos en Toledo y que murió. Es la misma sensación. —Mis palabras inconexas salían de mi boca mientras Rachid y un recién despabilado Carlos me escuchaban con fervor y preocupación.

—¿Cómo era? —Carlos se incorporó y miró hacia atrás como si intentara visualizar de nuevo al hombre que había visto.

—No sé... un hombre normal, moreno, con mucho pelo, de unos cuarenta o cincuenta años. —Me volví hacia Carlos y le dije con voz casi imperceptible—: Hizo lo mismo que el hombre de Zaragoza, dijo algo con los labios y su mirada... —Me recosté contra el asiento y me encogí con un gesto de miedo.

Rachid me había devuelto el bolso y se había colocado sobre su regazo la cartera con los documentos que transportábamos en nuestro aventurado periplo. Los tres mantuvimos un tenso silencio; estábamos expectantes y pendientes de cualquier movimiento que hubiera a nuestro alrededor, asustados en el fondo, con el temor de llevar la muerte pegada a los talones.

Llegamos al aeropuerto Charles de Gaulle con el tiempo justo para coger un vuelo hacia Roma. Rachid conocía un pequeño hotel en el centro y a él nos dirigimos. Después de darnos una ducha rápida y de comer algo nos pusimos en camino hacia la tienda de antigüedades para hacer una visita a Giuliano Lubienich, el hombre que aparecía en la lista de la cripta de Rennes-le-Château a continuación de don Armando Dorado.

Cogimos un taxi y lo dejamos unas calles antes del lugar a donde nos dirigíamos por si acaso alguien nos seguía. No vimos nada extraño y después de mirar a un lado y a otro, de caminar sin rumbo como si fuésemos turistas despistados, seguimos a Rachid y nos dirigimos a la tienda.

Al entrar en el local nos recibió un hombre trajeado de unos treinta años. Rachid mantuvo una breve conversación en italiano con él. El hombre sonrió amablemente, se dio la vuelta y desapareció tras una puerta de madera labrada que había detrás de una mesa de cristal que debía de ser el mostrador.

Giuliano apareció a los pocos instantes. Primero saludó efusivamente a Rachid con un abrazo lleno de cordialidad. Al cabo de un rato de preguntas y respuestas de las que entendí muy poco porque hablaban en italiano, se volvieron hacia nosotros y comenzaron las presentaciones.

Giuliano Lubienich era un hombre entrado en años que, sin embargo, mantenía intacto su atractivo, enmarcado en una elegancia natural; llevaba a su alrededor un halo de perfume caro, traje impecable, corbata perfectamente combinada y zapatos italianos. Miré a Carlos y me di cuenta de lo que podría llegar a ser con treinta años más. Tenía una piel cuidada y nutrida a pesar de las arrugas, que no se ocultaban. Los dientes eran blancos, perfectos, igual que su abundante pelo cuidadosamente peinado hacia atrás.

Encajaba con naturalidad en el entorno de hermosos muebles antiguos, relojes de incalculable valor, estanterías con jarrones chinos, sillones de época exquisitamente tapizados con ricas telas de colores vivos, vidrieras repletas de juegos de copas de fino cristal y juegos de café minuciosamente colocados sobre mesas de maderas nobles de las más diversas formas y tamaños.

Nos hizo pasar por la misma puerta por la que había aparecido, pero antes hizo una indicación al hombre que nos había recibido; él, simplemente afirmó con seguridad e hizo una leve inclinación con la cabeza.

Entramos en lo que supuse era su despacho: una hermosa mesa cubierta de piel verde llena de carpetas perfectamente ordenadas y con dos teléfonos; un sillón de piel y dos confidentes; una mesa redonda con cuatro sillas a su alrededor; una estantería de la misma madera que las mesas con algunos libros que me parecieron antiguos; en las paredes, cuadros de distintos tamaños exquisitamente dispuestos y, en el suelo, una de las alfombras más hermosas que he visto en mi vida, de esas que da reparo pisar cuando no estás acostumbrado a ellas. Observaba todo con curiosidad mientras Giuliano nos invitaba a sentarnos alrededor de la mesa redonda.

—¿Qué os trae por aquí? —Chapurreaba un español con un peculiar acento italiano.

Rachid nos miró antes de contestar.

—Giuliano, venimos de Rennes-le-Château, hemos estado en la cripta y tu nombre aparece escrito en ella a continuación del nombre del profesor Dorado. ¿Nos puedes aclarar qué sucede?

El rostro del anciano cambió radicalmente, bajó la mirada y entrelazó las manos.

—Siempre has sido claro y directo, amigo mío, sin rodeos. —Giuliano suspiró profundamente y clavó sus ojos en Rachid—. Sé de dónde venís, mi querido Rachid, sé por lo que estáis pasando y los peligros a los que os habéis tenido que enfrentar. Pero habéis conseguido llegar hasta aquí, eso es lo importante.

Su voz y su gesto eran tan graves que el corazón se me aceleró. Me dio la impresión de que cada vez estaba más cerca de algo que me costaba comprender.

—Giuliano, ¿puedes explicarnos qué está pasando? —Rachid puso las palmas de las manos hacia arriba en un gesto suplicante.

—Os lo explicaré todo.

—Pero antes me gustaría saber qué es lo que le ha ocurrido a don Armando, si lo sabe usted. —Mi voz salió como un susurro, ahogada en una angustia ante la respuesta que ya esperaba.

—Armando Dorado ha muerto. Le dieron alcance antes de que pudiera llegar hasta mí.

Se hizo un extraño silencio.

—No pudo llegar... —repitió cabizbajo Giuliano—, pero cumplió de forma excelente con su misión.

—¿Qué misión? —Ahora, ante la confirmación de lo que ya me esperaba, mi voz surgía con fuerza e indignación en una reacción de rabia y enfado contra lo evidente—. ¿Por qué ha muerto don Armando? ¿Por qué está muriendo gente? ¿Cuál es ese asunto tan sumamente importante por el que hay gente asesinada de la que nada se vuelve a saber? ¿Cuál es la razón por la que nos siguen desde hace días? ¿Por qué nos están intentando matar? ¿Qué es lo que está ocurriendo?

—Si no os han matado es porque estáis protegidos constantemente por nuestra gente —interrumpió mi rosario de preguntas—. No os puedo decir que no estéis en peligro, pero os aseguro que hacemos todo lo que podemos.

—Pero ¿de quién habla? ¿Quién nos protege? ¿Quién nos quiere matar?

—Cálmate Laura, no podré explicarte nada si sigues haciendo preguntas constantemente. —Me dedicó una sonrisa de complicidad y sus ojos casi desaparecieron entre los pliegues de su piel.

Suspiré profundamente e intenté relajarme, dispuesta a escuchar lo que aquel hombre tenía que contarnos.

—Empezaré diciendo que don Armando era el patriarca de la hermandad del Gran Arcano y yo le he sucedido en ese cargo después de su muerte.

—¿Qué significado tiene ser el patriarca?

—Es la cabeza visible, la máquina que tira de todo el convoy. Alguien tiene que dirigir todo esto, así de sencillo.

—¿Cómo murió?

—Por lo que sé con seguridad, salió de España y consiguió hablar con Eleazar Stern; su siguiente destino era llegar hasta aquí. Le esperaba hace unas dos semanas, pero, desgraciadamente, lo que me llegó fue la noticia de su muerte.

—¿Eleazar Stern está muerto! —sentenció Carlos con voz dura.

—Lo sabemos. —Giuliano bajó la mirada y habló despacio—. También sabemos que su casa fue incendiada con su cuerpo dentro. Los hombres de Asmodeo estuvieron buscando información y... —hizo una pequeña pausa mirando a Carlos—, cuando entraste en la casa... intentaron acabar contigo; tuviste suerte, muchacho, mucha suerte.

Carlos levantó el rostro tenso y serio.

—Pero ¿por qué tanto misterio? —interrumpí aquel momento de tensión—. ¿Por qué don Armando no esperó y nos contó todo?



—No podía esperar, Laura, sabían que habíamos dado con los bifolios, no podía esperar. La mala suerte quiso que ambos estuvierais lejos de Zaragoza. Si se hubiera quedado habría puesto en riesgo vuestra seguridad. Intentó alejar el peligro de vosotros, aunque sólo fuera por unos días. No tuvo opción. La noche que desapareció había acudido a su despacho de la facultad para dejar algunas pistas con las que pudierais encontrarle. Sabía que el teléfono era un medio no recomendado y confiaba en vuestra intuición, pero cuando se encontraba en su despacho tuvo que salir huyendo; sabemos que entraron y lo pusieron patas arriba, seguramente buscando alguna información.

»A partir de ahí todo fue una carrera contrarreloj. Le pisaron los talones durante varias horas. Se escondió durante unos días en las cuevas del cañón del río Lobos con la esperanza de encontrarse con vosotros, pero no llegasteis y no pudo esperar más. Se organizó su salida del país y, al principio, todo salió bien; cruzó la frontera y llegó a Couiza. Allí se mantuvo durante dos días e informó a Eleazar de que había la posibilidad de que llegaseis hasta él, siempre y cuando hubierais visto y entendido sus señales.

—¿Conocía Eleazar la existencia de la cripta de la iglesia de Rennes-le-Château?

—No creo, aunque si llegó a conocerla nunca supo cómo se accedía a ella ni la información que existía en sus paredes. Era demasiado vulnerable para darle esa información. Se le hubiera puesto en peligro, y bastante había sufrido ya.

—Alguien intentó enterrarnos en la cripta. —Rachid hablaba tranquilo y pausado pero con contundencia.

Giuliano se quedó en silencio durante unos segundos.

—Pero, según puedo ver, conseguisteis salir de allí.

—¡Es evidente! —dijo con cierta vehemencia—. Pero ¿por qué mataron a Eleazar Stern?

—Os siguieron hasta allí. Él fue una pieza fácil. Le intentaron sacar información y no pudo resistir la presión... —Se quedó pensativo y con la mirada vacía.

—¿Qué ocurrió con el profesor Dorado después de salir de Couiza?

—Emprendió el viaje hacia aquí, pero algo debió de salir mal. —Mantuvo unos instantes de silencio. Sus labios se tensaron y su mirada se volvió a perder en la nada. Inspiró profundamente como si se hubiera quedado sin aire en los

pulmones y continuó—. Vosotros llegasteis a su despacho a las pocas horas de su salida de Zaragoza.

—Pero no estábamos solos —interrumpió Carlos.

—Seguramente volvieron para seguir buscando el código que hallasteis en las Huelgas o alguna pista sobre el paradero de Armando.

—Cuando regresamos a media mañana todo estaba perfectamente recogido.

—Es lógico, con ello evitaban que la policía se inmiscuyera en el asunto.

—Pero ¿de quién estamos hablando?

—Hablamos de una sociedad secreta y muy poderosa, que se mueve por el mundo desde hace siglos; se hacen llamar Asmodeos. No sé si Eleazar os contó algo al respecto.

—Sí —contestó Carlos de inmediato—, algo nos estuvo contando.

—Hay una cosa que no entiendo —interrumpí pensativa—: el código estaba en un cajón bajo llave, pero era muy fácil de abrir. Nosotros mismos lo sacamos de allí forzando la cerradura con un simple abrecartas. —Miré a Carlos buscando su asentimiento—. ¿Cómo es que no lo encontraron ellos? ¿Y el libro de Soria que encontramos en la estantería? Si el profesor Dorado tuvo que huir, ¿quién lo colocó sobre la estantería para que lo viéramos?

—La noche que llegasteis al despacho de Armando, cuando visteis todo patas arriba, el código se encontraba en otro lugar a buen recaudo. Armando sabía que irían a buscarlo y encargó a su contacto que lo guardase y que después lo volviera a reponer en su sitio para que vosotros lo encontraseis sin dificultad. Y en cuanto al libro de Soria, esa misma persona se aseguró de que reparaseis en él entre todo aquel desorden.

—¿Quién era ese contacto? —pregunté con curiosidad. Por lo visto, alguien cercano a nosotros en la universidad estaba al tanto de todos nuestros movimientos y quería saber quién era.

Giuliano sonrió.

—Le veías y saludabas cada mañana. Es un buen hombre, y pasa tan inadvertido...

Miré atónita a Giuliano, luego a Carlos y de nuevo a Giuliano.

—¿No estará hablando de... Jacinto?

Giuliano hizo un sencillo gesto de afirmación.

—¡No me lo puedo creer! —exclamé—. Jamás hubiera pensado que Jacinto pudiera estar metido en todo este embrollo.

Carlos sonrió con un gesto de incredulidad.

—¿Tanto os sorprende?

—La vida está llena de sorpresas —replicó Carlos.

—¿Cómo sabía el profesor que iríamos a recogerlo?

—Lo sabía. Él sabía cómo ibais a reaccionar. Intentó tenerlo todo previsto.

—Bueno —interrumpió Carlos manifestando de nuevo impaciencia—, está bien, hasta aquí podemos entender algo de todo lo que ha pasado, pero hay cosas que todavía no encajan. ¿Conoce a Marta o Francesca?

Nos miró y torció los labios con tristeza.

—¡Una pena! Era tan joven...

Ninguno de nosotros se movió esperando una explicación sobre aquella extraña mujer cuyo cadáver habíamos dejado en Toledo a la orilla del Tajo.

—Su muerte... se nos escapó de las manos. —Noté que sus ojos se tornaban cristalinos y apretó los labios en un intento de evitar que fluyera la emoción—. Era una mujer muy valiente. Pertenecía a una familia con mucho poder en Italia. Entró en contacto con nuestra hermandad cuando tenía dieciséis años; durante un viaje a Jerusalén organizado por su colegio conoció a un muchacho judío del que se enamoró. Él tenía veinte años y estudiaba en la Universidad Hebrea, pertenecía a esta hermandad desde que era niño, igual que sus padres y hermanos. La relación entre ambos se mantuvo en secreto durante más de un año. Se escribían, manejaban internet y chateaban a diario. Él llegó a realizar varios viajes a Milán para verse con ella. Hasta que en uno de esos viajes Francesca quedó embarazada. Sus padres se enteraron. Aquello fue un escándalo. La encerraron en su casa y dejó de verse con el resto del mundo. Ninguno de sus amigos tuvo más noticias de ella; le prohibieron salir, hablar por teléfono y le retiraron internet o cualquier conexión con el mundo exterior. Desapareció del ámbito social.

»La noticia saltó cuando cumplió dieciocho años: se había escapado; la buscaron por todo el país, enviaron gente a Jerusalén en busca del muchacho pero tampoco le encontraron a él. La investigación fue infructuosa aunque se mantuvo durante muchos meses.

»Un día encontraron el cadáver de una mujer de unos dieciocho años en el lago de Como, al norte de Milán. Sin muchas comprobaciones le adjudicaron el cadáver a Francesca. “La niña ha muerto”; éstas fueron las palabras que su padre le dijo a la madre y hermanos. Todo había acabado. No sabemos si él mismo lo creía así o simplemente lo quiso creer y con ello conseguía retirar de su vida a

una hija que había mancillado el buen nombre y la respetabilidad de la familia. Se oyó que el niño fue dado en adopción a una acaudalada familia del sur de Italia, pero ese extremo nunca se llegó a confirmar.

»El caso es que Francesca dejó de ser Francesca para convertirse en Marta, una ciudadana española con su pasaporte en regla. La hermandad, de la mano del muchacho, se encargó de todo. Se instalaron en Zaragoza; en esta ciudad él tenía buenos contactos y podían estar seguros. Ella se llegó a realizar una operación de cirugía para cambiar su aspecto. Todo iba bien hasta que él se estrelló con su coche y se mató. Francesca se quedó sola. Unos meses antes de morir, el muchacho le había entregado una caja de madera cerrada; le dijo que sólo la abriera si le ocurría algo a él; entonces sabría lo que tenía que hacer. Cuando abrió aquella caja se encontró una nota y un libro de finales del siglo XVIII, aparentemente sin importancia, en el que se recogían datos de un monasterio desaparecido de Burgos. En la nota le indicaba que se acercase a vosotros —hizo una seña hacia Carlos y hacia mí—, pero que tuviera mucho cuidado. Debía de guardar en lugar seguro el libro, que sólo debía entregárselo a Laura o al profesor Dorado, pero tan sólo cuando llegase el momento. Sin entender nada de lo que le quería decir, mantuvo el libro escondido y dejó pasar el tiempo. Os conoció e intentó entender cuándo exactamente debía entregaros aquel libro que le había confiado la persona a la que amó tanto.

»Terminó sus estudios y empezó a preparar el doctorado contigo. Un día decidió inspeccionar el libro y ocurrió lo que ya sabéis con el incidente del agua sobre la cubierta. Ella se inventó todo lo demás para salvaguardar su identidad, no sabía dónde estaba segura ni con quién. El resto de la historia la conocéis vosotros.

—¿Y yo qué tengo que ver en todo esto? —Rachid hablaba despacio.

Le noté desconcertado, como si intentara entender el rompecabezas que poco a poco iba tomando forma ante nosotros.

—Tú formas parte de todo esto. Sin saberlo, fuiste elegido para una misión que cumpliste a rajatabla.

—¿Qué misión he realizado? —Rachid se echó hacia atrás con un gesto de sorpresa, colocándose la mano sobre la barbilla.

—Recogiste el rollo del pergamino del mercado de Jerusalén, el mismo que le habían arrebatado al pobre Eleazar. Lo guardaste, te preparaste durante años para traducirlo pacientemente y se lo entregaste a la persona adecuada.

—¿Qué pergamino? —Carlos interrumpió sorprendido—. ¿Qué persona es

adecuada? ¿Me he perdido algo? —Me miró buscando mi complicidad, que no podía darle.

—Tranquilo, Carlos, cada uno tiene que saber lo que le corresponde conocer.

—No lo entiendo. ¿Por qué no podemos conocer esa información de la que estáis hablando? Laura, ¿crees que es justo que nos dejen al margen?

No le contesté y aparté la mirada de sus ojos. No sabía qué decir. Hubo un silencio que me pareció eterno. Sentía la mirada penetrante de Carlos sobre mí.

—Laura, Laura, ¿qué está ocurriendo aquí? ¿Hay algo que yo no sé y todos vosotros conocéis? ¿Qué significa esto?

—Tranquilízate, Carlos, lo sabrás todo en su momento. No preguntes más porque, por ahora, no podrás obtener una respuesta. —Giuliano fue tajante.

Hubo un intercambio de miradas. Carlos se mantuvo callado pero me daba la sensación de que se sentía decepcionado. Puse un gesto de complicidad intentando transmitirle no sé muy bien qué clase de sentimiento. Me sentía culpable, pero no podía cambiar las cosas.

Carlos se levantó de repente tirando con el impulso su silla al suelo. Estaba enfadado o decepcionado, o una mezcla de ambos sentimientos. Yo tenía el corazón en un puño. Estuve a punto de gritar que debíamos contarle todo, que él también tenía derecho a saberlo. Pero me mantuve callada, bajé la mirada y apreté los labios.

—Si vamos a actuar con secretos entre nosotros, yo abandono.

Sin esperar respuesta, cogió su abrigo y su mochila y se dirigió hacia la puerta.

—No te vayas, Carlos, no se trata de secretos. —Giuliano intentaba mantener un tono conciliador—. Lo sabrás todo en su momento, te lo aseguro.

Carlos se volvió con gesto serio.

—Ahora es el momento.

Hubo un largo silencio.

—No, muchacho. El momento lo determino yo. —La contestación de Giuliano fue rotunda.

Carlos me dedicó una última mirada, se dio la vuelta y salió hacia la tienda. Oí el tintinear de la campanilla de la entrada y el portazo al cerrar. Giuliano se levantó y salió del despacho; observé que le decía algo al hombre que estaba fuera; él hizo un gesto afirmativo y cogió el teléfono. Giuliano volvió a entrar en donde nos encontrábamos y se sentó de nuevo.

—No temáis, cambiaré de opinión.

—Pero ¿y si le ocurre algo? —pregunté inquieta—. ¿Por qué ocultarle la información del pergamino?

—No se trata de ocultar información. Se trata de otorgarla en el momento oportuno y a la persona adecuada. Esto no es un juego, Laura, no se trata de una novela que todos podamos leer. Son muy pocos los que, a lo largo de los siglos, han tenido acceso al contenido de la historia que se cuenta en esos pergaminos. —Sus palabras eran contundentes y firmes, no admitían réplica. No había posibilidad de opinar—. Es necesario que empieces a pensar que estás ante un asunto muy serio. Y por tu amigo no temas, estará en buenas manos y en poco tiempo le tendremos de nuevo entre nosotros. ¿Estamos de acuerdo?

Asentí despacio, no tenía otra opción. Me encontraba confusa. No me gustaba que Carlos se separase de nosotros y no me parecía correcto que se le ocultase información.

Me volví hacia Rachid, él me sonrió levemente y me hizo un gesto de afirmación.

—Laura, el día que te entregué el cuaderno confiaste en mí. Ahora te ruego que confíes también en él. Estoy seguro de que hay alguna razón para que esa transcripción sea leída tan sólo por ti.

—Quiero saber qué significa todo esto —demandé, volviendo segura mi rostro hacia Giuliano—. No entiendo nada. Llevo tres semanas fuera de mi casa con mi vida totalmente alterada, he visto gente asesinada, han estado a punto de matarme, y no entiendo por qué y para qué. —Me incorporé hacia Giuliano desafiante señalándole con mi dedo índice—. Y no sé por qué me da la sensación de que usted me puede dar respuesta a todas mis preguntas. ¿Me equivoco?

Me quedé unos instantes suspendida en mi propia vehemencia sin quitar la mirada de los ojos de Giuliano, que me observaba impertérrito, como si ya hubiera previsto cuáles iban a ser cada una de mis reacciones y de mis palabras.

Suspiró profundamente, bajó la mirada y levantó el mentón para mirarme de nuevo.

—Te lo explicaré todo, pequeña, pero piensa que ha sido necesario que pase el tiempo para que puedas llegar a entender determinadas cosas. Nos hemos visto obligados a mantenerte durante años al margen de todo para evitar que acabasen contigo. Sin embargo, creo que ha llegado el momento de que conozcas quién eres realmente y lo que representas.

Giuliano se levantó y se dirigió con elegante parsimonia hacia su escritorio.

Abrió un cajón del que extrajo un sobre de papel marrón arrugado y retornó a su asiento. Abrió el sobre sin dejar de mirarme y depositó con cuidado su contenido sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

Un colgante redondo con un cordel negro que de inmediato identifiqué relucía imponente ante nuestros ojos.

—¿Lo reconoces?

—Esto pertenecía a mi madre.

Acerqué la mano despacio sin llegar a tocar aquel colgante. Los recuerdos se agolparon en mi mente: sentada sobre sus rodillas me sonreía y me enseñaba la piedra que llevaba sobre su pecho. Yo quería que me lo dejase para ponérmelo y jugar a las princesas, pero ella me decía con ternura que no me lo podía dejar, que algún día sería mío y que ya era una princesa sin necesidad de llevarlo. Me gustaba acariciar ese círculo de un intenso color rojo, que a mí entonces me parecía cristal y que al tacto era extremadamente suave. En su interior se leían cuatro letras, Sara, el nombre de mi madre. Recuerdo que le daba mil vueltas intentando encontrar la manera en la que habían metido en el interior de aquel cristal las letras para formar el nombre. Ella dejaba que lo tocara pero jamás se lo quitó de su cuello por más que yo le insistía. El tacto de lo que a mí me parecía un cristal me provocaba en los dedos una extraña sensación que hacía que retirase de inmediato la mano, mientras mi madre sonreía sin dejar de mirarme, me cogía con suavidad los dedos y los acercaba hasta el colgante diciéndome: «Tócalo sin miedo, mi niña, esto no te hará daño jamás; al contrario: cuando yo no esté el círculo te protegerá». Yo lo acariciaba percibiendo esa extraña sensación a su tacto.

—Ahora es tuyo, Laura, o mejor deberíamos llamarte Sara.

—¿Por qué debería llamarme Sara? Mi nombre es Laura.

—Tu nombre real es Sara, como tu madre y tu abuela y como todas tus ascendientes. Tus padres te pusieron el nombre de Laura para tu seguridad. Para que lo entiendas mejor, civilmente eres Laura, pero para todos nosotros eres Sara.

Me entregó el colgante.

—Puedes ponértelo, es tuyo.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo? Mi madre lo llevaba puesto el día de su entierro. De eso estoy completamente segura.

La imagen de su rostro sin vida en la caja de muerto envuelta en una tela

blanca, con los ojos cerrados, los labios rígidos y sus hermosas manos sobre su pecho me provocó un estremecimiento por todo el cuerpo. Recuerdo perfectamente el cordel negro alrededor de su cuello y el círculo rojo sobre su piel sin vida. Lo acaricié por última vez y después me retiraron de su lado. Me pareció oír los gemidos de la gente que lloraba a mi alrededor. Yo no quería llorar. Mi padre siempre me había dicho que la muerte no era mala, que los que mueren se van a un sitio mejor, donde no hay maldades ni odios, donde todo es tranquilidad y sosiego. Sus palabras se repetían una y otra vez en mi mente mientras observaba el rostro sereno de mi madre en aquella horrible caja de madera, envuelta en encajes impolutos e impassible ante mi presencia. Siempre pensé que mi padre no sabía que la muerte hería a los que se quedaban, que la pena era para los que nos quedábamos en el más absoluto desamparo. Los que se morían estaban bien, pero ¿y yo? ¿Qué pasaba conmigo? ¿Adónde iría? A mi padre se le pasó por alto el detalle de la incertidumbre que les queda a los vivos cuando alguien querido se muere.

Mi mano rozó aquel colgante pero la retiré rápidamente; había sentido como una pequeña descarga de electricidad y me estremecí. Identifiqué de inmediato aquella sensación con la que tenía cuando lo tocaba sobre el cuerpo de mi madre, y con lo que sentí cuando posé mis dedos sobre las cubiertas donde se escondía el pergamino que Francesca trajo a mi despacho.

—¿Qué te ocurre, Laura? —me preguntó apurado Rachid.

Sin decir nada intenté de nuevo acercar la mano para coger el colgante que se encontraba en el centro de la mesa. Era una pieza muy hermosa. Lo que de niña me había parecido un cristal de color rojo intenso era realmente un corindón; por su color sólo podía ser un rubí; se trataba de una pieza perfecta, redonda y lisa, como si se hubiera cortado y pulido con una máquina de precisión, y seguía sin conocer la forma en la que se incrustaron las cuatro letras de su interior.

Cogí la piedra, la apreté con fuerza entre mis manos y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, pero esa vez me resultó agradable; cerré los ojos y en mi mente se representó el rostro perfecto de mi madre como si la tuviera delante de mí, sonriendo; me tendía sus manos y me hablaba, aunque no era capaz de oír lo que me decía; se encontraba rodeada de personas a las que no pude identificar pero que me resultaban familiares; su visión me dio una agradable sensación de tranquilidad y sosiego.

No sé cuánto tiempo estuve así, pero Rachid y Giuliano mantuvieron un



respetuoso silencio, y sólo cuando abrí los ojos pude verlos observándome con curiosidad.

—Lo siento... —balbucí—, me he distraído, me trae tantos recuerdos...

—Póntelo —dijo Giuliano—. Ha llegado el momento de que lo lleves. Es tuyo.

Me até el colgante al cuello y cuando terminé me lo apreté contra el pecho. ¡Qué sensación más extraña!

—¿Por qué razón lo tenía usted, Giuliano?

—Porque al morir tu madre fue necesario guardarlo hasta que tú estuvieras preparada para llevarlo.

—¿Conoció a mis padres?

—Conocí a tus padres, a la esposa de Rachid y a los padres de Carlos.

Rachid rompió su silencio.

—Mi esposa Sara pertenecía a la hermandad del Gran Arcano, ¿no es cierto? —Su pregunta era la confirmación de algo que sospechaba pero que nunca había podido ratificar.

—Así es.

—¿Y cuál era el secreto que iba a decirme el día que murió?

—Ella era consciente de que la seguían de cerca y por eso pensaba decirte todo lo que está detrás del Gran Arcano, pero no tuvo tiempo... o no la dejaron. —Frunció el ceño y, por un instante, desvió la mirada con un ademán de frustración—. Sara sabía que la hermandad te había elegido para conseguir y transcribir el pergamino de Jerusalén, y estaba segura de que al final encontrarías a Laura para entregarle la transcripción.

—Pero ¿por qué a mí? —inquirió con un gesto de ansiedad.

—Es una elección, no le des más vueltas.

Rachid miró fijamente a los ojos de Giuliano, los dos hombres se mantuvieron la mirada durante unos instantes como si estuvieran penetrando más allá de sus propios pensamientos. Entonces, observándolos, me di cuenta de que Rachid no volvería a hacer esa pregunta porque comprendió que no había respuesta.

Al cabo de un rato, Rachid suspiró y bajó la mirada como si se hubiera rendido.

—Dinos al menos qué es lo que está detrás del Gran Arcano. —Tenía un gesto serio, casi trascendental—. Creo que ha llegado el momento de conocer la historia. ¿No crees, Giuliano?

—Tienes razón, Rachid, tenéis todo el derecho.

Giuliano suspiró profundamente, entrelazó sus manos e inició su relato.

—Todo arranca mucho antes del nacimiento de Jesús de Nazaret, con la redacción de la Biblia, para muchos revelada por Dios. Esencialmente, el texto sagrado narra la historia del pueblo judío; sin embargo, a pesar de ser el libro revelado por Dios, en sus páginas se recogen no sólo los sentimientos más nobles de hombres y mujeres, sino también la realidad sobre las peores miserias humanas.

»Al margen de esto, que es lo que cualquiera puede leer sin dificultad en las líneas de la Biblia, hay algo más en este Libro por excelencia que se encuentra velado en sus historias cargadas de alegorías. Algunos autores de los textos originales de las Sagradas Escrituras dejaron ocultos secretos en clave, la mayoría de los cuales continúan escondidos a los millones de ojos, lectores atentos y devotos que cada día leen sus palabras pero que permanecen en la más absoluta ignorancia sobre su contenido real. Uno de esos secretos encierra un código a través del cual la humanidad o, para ser más concretos, sólo aquellos que estén preparados, podrían acceder a la verdad que nos envuelve, la posibilidad de responder a las preguntas sobre la existencia que desde siempre se ha venido formulando el hombre. Quiero decir con esto que en la Biblia se recoge el futuro, el destino de cada uno de nosotros y, por tanto, de la humanidad. Esto no supone que estemos predestinados a una determinada forma de vivir o de morir. En las manos de cada uno de nosotros se encuentra la posibilidad y la libertad de cambiar las cosas que pueden llegar a suceder, de alterar parte del futuro, el nuestro propio y el de nuestro alrededor.

»En uno de los Libros del Antiguo Testamento, el llamado Libro de Daniel, se dice que el profeta Daniel recibió la solución de ese código en clave que guardan las Escrituras. Así se recoge en el capítulo 12 versículo 4. —Giuliano elevó el rostro y recitó el versículo—: “Mas tú, Daniel, mantén en secreto estas palabras y sella el libro hasta el tiempo prefijado”.

»En ese pasaje, Yahvé advirtió a Daniel que sellara el Libro hasta el tiempo prefijado; Daniel cumplió el mandato y guardó el Libro sellado, que fue pasando de generación en generación hasta llegar a los tiempos de Jesús.

»Jesús de Nazaret era descendiente de David y por tanto pertenecía al linaje real. Con su madre, también de linaje real, vivió durante la mayor parte de su vida en Egipto. Allí aprendió muchos de los misterios de la alquimia y de los manejos esotéricos, pero, sobre todo, aprendió el significado de la vida y de la

muerte. Fue muy consciente de que había sido elegido para introducir un mensaje de Dios, una norma de vida fundada en el amor y la bondad, y fue esto lo que predicó durante su vida pública en Palestina. El mensaje era tan arrollador que sus seguidores crecían por días. Los romanos, celosos de que nadie promoviera revueltas o levantamientos que pudieran alterar el orden, y algunos sacerdotes, que veían cómo la fama de Jesús crecía excesivamente, temiendo perder su excelente y privilegiada posición, prepararon su muerte y le ejecutaron.

»Durante su vida, Jesús de Nazaret fue el custodio de aquel Libro sellado, pero, conocedor de su fatal destino, dejó todo dispuesto para que en ningún momento el Libro pudiera caer en manos de aquellos que hicieran un mal uso de su contenido.

—Entonces, ese Libro sellado que guardó Daniel y que luego mantuvo bajo su custodia Jesús de Nazaret contiene la clave para descifrar el código que oculta la Biblia, ¿no es cierto? —preguntó Rachid con gesto reflexivo, como si quisiera afianzar en su mente lo que Giuliano estaba contando.

—Así es —respondió Giuliano con cierta solemnidad—. No hay más que leer en el versículo anterior para entender lo que encierra: «Los sabios brillarán entonces como el resplandor del firmamento y los que enseñaron a muchos la justicia, como las estrellas por toda la eternidad».

—No lo acabo de entender —interrumpí—. ¿Qué significado tienen esas palabras?

—Si continuamos leyendo el capítulo 12 del Libro de Daniel en el Antiguo Testamento, en su versículo 9 dice: «Daniel, estas palabras han de quedar cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. Muchos serán acrisolados, purificados y blanqueados; los impíos continuarán cometiendo crímenes; ninguno de ellos comprenderá nada; los sabios, en cambio, comprenderán». —Cada vez que recitaba el texto, dejaba la mirada perdida y el rostro lo alzaba otorgando a su voz una mayor solemnidad; lo tenía grabado en su memoria—. Quiere decir que en el momento oportuno, sólo unos pocos, a los que en la Biblia se les denomina como sabios, comprenderán el contenido del Libro cerrado y sellado por Daniel. Es la clave, el conocimiento necesario de la mano de unas personas concretas y en un determinado tiempo de nuestra Historia, por el que se podrá descifrar el secreto que la Biblia encierra realmente.

»Pero continuemos con nuestra particular historia. La situación en Jerusalén en los días precedentes al prendimiento de Jesús era muy tensa. Se oían

constantemente rumores de que se estaba preparando una revuelta contra los romanos y la tensión crecía debido a la proximidad del día de la Pascua, ya que, durante esos días, miles de judíos acudían a la ciudad para preparar la fiesta judía más importante.

»Jesús temía que el Libro sellado cayera en manos de los romanos, y sabía que después de su muerte sus enemigos buscarían a su familia para acabar con toda su descendencia y su mensaje.

»En una reunión secreta en Betania entre los seguidores más allegados de Jesús decidieron que el Libro que en su día entregó Yahvé al profeta Daniel con la clave para desentrañar el código que daría luz a la humanidad se quedaría en Jerusalén bajo la custodia de Pedro. José de Arimatea, que por su condición de miembro del Sanedrín no levantaría entre los romanos sospecha alguna, cedería un sepulcro de su propiedad para depositar el cadáver durante las primeras horas posteriores a la muerte. Asimismo, dispuso que su madre, su esposa María Magdalena, y el hijo de ambos, acompañados de Juan y del propio José de Arimatea, debían salir de la ciudad rumbo a tierras nabateas llevándose con ellos el cuerpo de Jesús, una vez extraído del sepulcro de madrugada para evitar ser descubiertos. El niño se iría con ellos pero sólo hasta cruzar el río Jordán; a partir de ese momento, y sin más remedio, madre e hijo tenían que separarse. Nadie más debía conocer el destino del cadáver que aquellos que custodiasen el último viaje del Maestro.

»En principio todo salió como estaba previsto. Santiago se encargó del pequeño y se dirigió con él hacia el norte y María Magdalena continuó junto al resto de la comitiva hacia el sur, siguiendo al cadáver del Maestro, que se llevó hasta su destino. Pero en los años sesenta del primer siglo de nuestra era surgieron nuevas revueltas contra los romanos, y los que tenían la custodia del Libro decidieron enterrarlo en un lugar de las entrañas del Templo para su seguridad: ellos podían morir, pero el Libro sellado debía quedar a salvo de manos impuras que hicieran un uso indebido de él; un lugar que sólo conocerían ellos y los descendientes de Jesús; así lo decidió la asamblea de la Iglesia de Jerusalén.

»Con el secreto en su mente partió un emisario llamado Santiago, un joven entusiasta seguidor de la doctrina y enseñanzas de Jesús de Nazaret; debía dirigirse hacia el oeste en dirección a Finisterre, el lugar donde, según la tradición, acababa la tierra y se abría el inmenso océano. Tenía que encontrar a Sara, la hija de Jesús y María Magdalena, que había nacido en Alejandría a los

pocos meses de la muerte del Maestro. El joven Santiago sabía a quién tenía que dirigirse porque la mujer que buscaba llevaba en su cuello ese inconfundible colgante. —Miró hacia mí y yo, instintivamente agarré la piedra que pendía de mi cuello.

»Sara ya era entonces la portadora del secreto del Gran Arcano, la tumba de Jesús, secreto que transmitió a sus hijos, y éstos a los suyos pasando de generación en generación a lo largo de los siglos. Con la información que le dio Santiago, también supo del lugar donde se hallaba escondido el Libro sellado.

»Pasaron los siglos. Después de que los cruzados recuperasen los Santos Lugares en los últimos años del siglo XI, nueve hombres relacionados con el último viaje del Maestro hacia tierras nabateas decidieron sacar el Libro sellado que se encontraba en las entrañas del Antiguo Templo de Salomón en Jerusalén. Durante nueve años y con la ayuda del rey Balduino II, estos hombres buscaron en el subsuelo del Templo Sagrado de los judíos. Cuando encontraron el Libro, cuatro de esos nueve hombres, los únicos que conocían el lugar, lo transportaron hasta el Gran Arcano.

—Entonces —interrumpí con cierto entusiasmo contenido—, ¿el Gran Arcano es un lugar?

—Efectivamente, Laura, es un lugar: el lugar donde se encuentra la clave de la sabiduría y las reliquias más excelsas de la Cristiandad, a pesar de que su descubrimiento podría cambiar el curso de la Iglesia y de la Historia.

Rachid y yo nos miramos. Nuestras dudas empezaban a esclarecerse, pero todavía nos quedaban por oír cosas inesperadas.

—Los nueve caballeros se hicieron llamar los Pobres Caballeros de Cristo, y después, como ya sabéis, establecieron la Orden del Temple. Ellos se erigieron durante dos siglos en custodios del Gran Arcano. Ese lugar, además de los descendientes elegidos, tan sólo era conocido por el Gran Maestre y sus tres hombres más allegados, el llamado «Círculo Interior». Cada uno de estos hombres debía elegir a un caballero de su confianza que fuera el portador del secreto en el momento de su muerte. Así, siempre habría tres personas en la orden, además del Gran Maestre, que sabían dónde se encontraba el Gran Arcano.

»El rey de Francia, Felipe IV el Hermoso, tuvo noticias de la existencia de este lugar secreto y quiso saber su ubicación. Sabía el poder que alcanzaría en el caso de conocer dónde se encontraba la tumba de Jesús de Nazaret y la clave del mensaje cifrado en la Biblia. Intentó primero ingresar en la orden y ser uno de

los privilegiados que tenían conocimiento del mismo, pero no le admitieron. Ante el rechazo amenazó al Gran Maestre con destruir la orden si no se le entregaba el secreto. La amenaza se cumplió y la orden quedó extinguida pero tan sólo aparentemente. El Gran Maestre murió y la misma suerte corrieron dos de los hombres que conocían el secreto; estos tres mantuvieron su juramento de no hablar sobre el Gran Arcano incluso a costa de sus propias vidas; pero no ocurrió lo mismo con el cuarto, que traicionó ese juramento y, bajo los efectos de la tortura, relató todo lo que sabía a tres dominicos enviados por la Inquisición apostólica.

»El caballero templario dio las coordenadas del lugar donde se encontraba el Gran Arcano. Además, les hizo entrega de un pergamino escrito por José de Arimatea en el que se describía la clave del lugar y confirmaba el enterramiento. Ésa era la prueba de que les estaba diciendo la verdad.

»Los tres dominicos, sabedores de la importancia de la confesión y temerosos de las reacciones que pudiera llegar a tener tal descubrimiento, decidieron llevarlo de inmediato a la presencia del Papa y ocultar la información al rey Felipe IV. Procedieron a la encuadernación cuidadosa de la declaración del caballero, escondieron el pergamino en la cubierta y salieron de París, dejando en las mazmorras al malherido caballero que lloraba desconsolado después de comprender las consecuencias de su traición.

»Se dirigieron primero a las afueras de París, donde dos de ellos cayeron mortalmente enfermos y murieron en poco tiempo. El tercero, seguramente atemorizado ante la repentina enfermedad y muerte de sus compañeros, emprendió un penoso viaje en dirección al sur por el Camino de Santiago, repleto de peregrinos, entre los que intentó pasar inadvertido. Había decidido guardar el libro de interrogatorios. Comprendió que en el momento que le entregase el libro al Papa y éste tuviera conocimiento de su contenido le quitarían de en medio; no le iban a dejar como testigo privilegiado en un asunto de tan extrema gravedad; suponía poner en duda la legitimidad de la Iglesia romana, del mismo Papa y de todas sus instituciones.

»Por el hallazgo del códice en las Huelgas se supone que llegó hasta allí y que allí lo depositó, aunque nada está confirmado, porque después de salir de París su pista se pierde.

—No se pierde —interrumpí adelantándome a Rachid cuando iba a intervenir en el mismo sentido—. Hemos descubierto que este dominico llegó a las Huelgas y entregó a la abadesa el códice para que lo guardase, con la

promesa de que no leería su contenido. Él murió en el Hospital del Rey al poco tiempo.

—¡Buen trabajo! —dijo con una amplia sonrisa—. Veo con satisfacción que os habéis sabido mover con rapidez y eficiencia.

Rachid y yo nos dedicamos un gesto de orgullo y continuamos escuchando el relato de Giuliano. Echaba de menos a Carlos. Él se merecía estar allí. No era justo que ahora se estuviera perdiendo la explicación a tantos interrogantes que nos habían mortificado durante días. Me prometí a mí misma que en el momento en que regresáramos al hotel se lo contaría absolutamente todo.

—Pero el caballero templario —continuó Giuliano— no corrió mejor suerte. Murió en algún lugar perdido.

—Conocemos también la historia de sus últimos días —volví a intervenir con cierta emoción producto de la sensación de satisfacción. Nosotros también teníamos cosas que contar—. Encontramos el diario de un médico de Valencia que le cuidó en su casa hasta su muerte de una dolencia que no supo identificar.

—Eso está bien, Laura, y me encantaría que luego me explicaseis todo con detalle. —Hizo un movimiento hacia delante acomodándose en la silla—. El problema de todo es, sin embargo, esa muerte, porque con el óbito de ese templario muere también el último de esos hombres que conocían el lugar exacto de la tumba de Cristo. Los descendientes sagrados quedaban desamparados y dispersos. Los templarios que consiguieron escapar se integraron en otras órdenes o crearon otras nuevas en las que se comprometieron a continuar protegiendo a los descendientes y el Gran Arcano. Pero, para su desesperación, cuando consiguieron reagruparse y organizarse de nuevo, la descendencia sagrada había desaparecido. Pasaron muchos años buscando quién llevaba en sus venas la sangre real. Con el tiempo consiguieron dar de nuevo con los descendientes del Maestro, pero el daño estaba hecho: la información sobre el Gran Arcano se había perdido, se había roto la cadena y el único eslabón posible para recuperarlo era la confesión que recogieron los dominicos.

»Durante siglos, el códice que recogisteis en el monasterio de las Huelgas ha sido buscado por muchos, y a muchos esa búsqueda les ha costado la vida. Ha habido personas que han dedicado todos sus esfuerzos a su recuperación, conscientemente o, incluso, movidos por hilos invisibles para ellos, como es tu caso, Rachid. Pero la búsqueda tenía diferentes finalidades: nosotros queremos conocer el lugar del Gran Arcano para custodiarlo, guardarlo y conservarlo hasta que llegue el momento en el que la humanidad esté preparada para conocer su

existencia; sin embargo, otros lo buscan para destruirlo o para utilizarlo en su propio beneficio. Imaginaos por un instante lo que podría significar que el mundo conociera la existencia del Gran Arcano y su contenido. —Mantuvo unos expectantes segundos de silencio—. Ha sido una lucha contrarreloj y estamos a punto de conseguir retomar la información que se quedó perdida hace siglos.

»Laura, tú y Carlos conocisteis la angustiada decepción de Armando al abrir el códice y comprobar que le faltaba la información principal; comprendió entonces que la búsqueda no había terminado, que todo debía continuar.

—¿Qué ocurrió con los bifolios? —pregunté.

—En algún momento anterior a la Revolución francesa, alguien que debió de conocer la existencia del códice guardado durante siglos en las entrañas del convento lo descuadernó y separó los bifolios en los que los tres dominicos inquisidores habían dejado constancia del lugar donde se encontraba el Gran Arcano. Desconocemos sus verdaderas intenciones. El caso es que sustituyó las cubiertas originales por otras de un libro de inventarios de un monasterio de las cercanías de Burgos, manipuló los títulos y volvió a poner el códice sin los bifolios en su lugar. Las cubiertas originales que escondían el pergamino de Juan de Arimatea del que sabéis por Francesca, la que conocisteis como Marta, fueron colocadas en el libro del inventario del monasterio burgalés y éste se trasladó, junto con los bifolios, al corazón del Languedoc francés, concretamente a la pequeña villa llamada Rennes-le-Château, donde se ocultaron en uno de los pilares visigóticos del altar. Allí quedaron olvidados durante más de cien años.

»En 1890, el encargado de aquella pequeña parroquia encontró estos documentos al realizar unas obras de restauración. Al darse cuenta de la importancia de su contenido no dudó en chantajear al Papa a cambio de su silencio; que sepamos, nunca le entregó esos documentos, al menos en vida, porque eran su salvoconducto, su seguridad; con ellos en su poder nadie osaría tocarle, como así fue. Vivió como si de un rey se tratase. Fue un hombre inteligente que jugó muy bien sus cartas. Si hubiera dado a conocer al mundo que existía un lugar donde se hallaba la tumba de Cristo todo acabaría para el Papa y su Iglesia. Era demasiado peligroso. Tampoco podían deshacerse de él puesto que les advirtió que si algo le sucedía lo había dispuesto todo para que el asunto saltara a la luz de inmediato; tal vez sólo fuera un farol, pero no podían arriesgarse, así que compraron su silencio con grandes sumas de dinero,



privilegios y todo aquello que les pudiera pedir. Tuvo visitas de hombres y mujeres de círculos muy exclusivos que pretendieron indagar la situación del Gran Arcano sin llegar a conseguirlo, por lo que sabemos.

—Pero ¿nadie intentó encontrar el lugar exacto?

—Intentarlo sí, otra cosa es que alguien haya sido capaz de encontrarlo, y eso no lo podremos confirmar hasta que no entremos en el Gran Arcano.

Mantuvo unos instantes de silencio expectante, con un gesto de esperanza de que no se hubiera deteriorado o, lo que es peor, que alguien pudiera haberlo destruido.

—De lo que sí estamos seguros es de que, después de su muerte, los bifolios desaparecieron y no hemos conocido su paradero hasta hace unos días. El descubrimiento hay que atribuirlo a uno de mis colaboradores más preciados, que, en su papel de investigador, logró colarse en las entrañas del Vaticano. Allí, precisamente, en sus archivos secretos, fue donde los localizó, bien guardados y mejor custodiados.

»Lo primero que hice después de conocer el lugar exacto donde se encontraban los bifolios fue avisar a Armando. Teníamos que sacarlos de allí sin pedir permiso a nadie, ¿me explico? —Tan absortos estábamos que no hicimos ningún gesto a su pregunta y continuó su relato—. El día anterior a su precipitada salida de Zaragoza, le había enviado un mensaje para que viniera hasta aquí; todo en clave, los teléfonos no los utilizamos porque sabemos que están pinchados, los fijos y los móviles. Como ya os he dicho, Carlos y tú os encontrabais fuera y no se os podía decir nada a través del teléfono. El resto ya lo conocéis.

Hubo unos instantes de silencio. Era todo tan interesante que apenas parpadeaba, para no perder ni un solo detalle de lo que aquel italiano nos estaba contando.

—Las cubiertas originales del libro y el pergamino del siglo I llegaron hace unos años a manos de nuestra hermandad, se trasladaron a Jerusalén y allí se mantuvieron hasta que han llegado a vosotros a través de Francesca.

—Ahora empiezo a entender todo —dije con la mirada perdida en mis pensamientos. Mi mente iba ordenando aquel inmenso rompecabezas que había alterado nuestras vidas en las últimas semanas. Poco a poco cada pieza iba encajando en su sitio—. Sin embargo, todavía hay algo que sigo sin comprender.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó Giuliano—. Intentaré solucionarlo si está en mi mano.

—¿Qué pinto yo en toda esta historia?

Era algo que todavía no entendía. ¿Por qué, precisamente yo, me había visto envuelta en todo aquello que sonaba tan trascendental y tan inmenso?

Giuliano me miró con gesto firme.

—Tú eres Sara y eres la última de esa estirpe sagrada.

Me encontraba frente a la ventana de la habitación del hotel ante una hermosa vista de la piazza Navona. Era un hotelito pequeño y coqueto lleno de encanto. Estaba sola luchando con mis propios sentimientos encontrados y contradictorios. Rechacé la compañía de Rachid y no había cumplido mi promesa de hablar con Carlos; ni siquiera supe si se encontraba en su habitación o no. Quería estar sola, pensar. Todo aquello era increíble para mí. No quería o no podía creer lo que Giuliano me había dicho. Yo no podía ser esa persona a que se refería. «No puede ser —me repetía constantemente—, es imposible.» La sola idea de pensar en ello me dolía o, más bien, me avergonzaba, me resultaba petulante; no estaba segura de cuál era realmente el sentimiento que me embargaba. No podía ser verdad. Me agarraba con fuerza las rodillas contra el pecho en un intento de protegerme, de huir de aquella extraña situación en la que me encontraba.

Los latidos de mi corazón seguían acelerados desde que oí aquella frase de la boca de Giuliano: «Tú eres Sara y eres la última de esa estirpe sagrada». Hubo un silencio expectante. Rachid me miraba con la boca abierta. Giuliano observaba paciente mi reacción, preparado para cualquiera que fuese. Me levanté y, sin decir nada, salí de la tienda. Ya en la calle, sentí la presencia de Rachid a mi derecha, me colocó el abrigo sobre los hombros y me invitó a coger un taxi para regresar al hotel. Le miré y agradecí profundamente el detalle de que no me preguntase nada, de no decirme nada, de estar a mi lado sin más. Cuando llegamos al hotel me encerré en mi habitación. Me sentía profundamente cansada, agotada, aturdida y preocupada.

No pude dormir a pesar de que lo intenté. Volví de nuevo a ponerme frente a la ventana, mirando el movimiento de la ciudad de Roma. La gente caminaba despacio o deprisa, charlaba alegre o se encontraba ausente y pensativa sentados en las terrazas de la plaza, defendiéndose del frío del invierno con guantes, abrigos y gorros, bajo las estufas centelleantes erguidas como setas gigantes junto a las mesas para hacer más agradable el café caliente o la cerveza. Pensé en esas personas desconocidas y anónimas para mí, que también arrastraban una

vida a sus espaldas, un pasado, una historia; me pregunté cómo sería su existencia, quién estaría con ellos, a quién amarían, cuántas lágrimas habrían derramado por sus seres queridos, por su pérdida.

Giré la cabeza y vi mi bolso abierto. Allí estaba el cuaderno de Rachid. Me levanté de un salto, lo cogí y me senté sobre la cama dispuesta a no dejar de leer hasta acabarlo. En aquel cuaderno podía estar la clave de todo lo que me estaba ocurriendo.

Santiago estaba preocupado por el estado del pequeño; la fiebre era alta y las ojeras enmarcaban sus ojitos oscuros. Tenía los labios secos y agrietados y ya apenas lloraba. Santiago sollozaba impotente y desesperado ante la situación. No podía hacer nada. Cada vez que intentaba poner algo de alimento en la boca del niño, éste lo vomitaba; ni siquiera el agua admitía. Los hombres que le acompañaban le miraban con tristeza. Movían la cabeza pensando en la pena que provoca el final de una vida tan corta.

—¡Es injusto! —repetía uno de ellos con lágrimas en los ojos.

No podían permitirse parar en el camino. Era muy peligroso. Debían moverse y avanzar. Intentaban llegar cuanto antes a Samaria. Allí alguien les podría atender. Quizá alguien podría hacer algo por la criatura enferma de muerte.

Pero el tiempo se acababa y la vida del niño se apagaba con su paso. Santiago mantenía entre sus brazos al pequeño. Miraba al horizonte, como queriendo acercarse con su deseo el territorio de Samaria, demasiado lejano para su desesperación. Era el único lugar donde había alguna esperanza. Pero no había tiempo. La respiración del niño era más tenue con cada vuelta de rueda del carro que le transportaba, con cada paso de los hombres que le acompañaban. Su vida se extinguía irremediabilmente.

Santiago le miró. El niño suspiró profundamente con los ojos cerrados. Ya no los abrió. No le dedicó siquiera una mirada de adiós. Su carita se quedó estática, sin movimiento, como si fuera una valiosa pieza del más fino oro pulido.

Un grito desgarrador hizo que la comitiva se parase en seco. Santiago lloraba desconsolado apretando el fardo del cuerpo sin vida contra su pecho, como si en un intento desesperado quisiera ceder su propia vida al cuerpo ya muerto.

El dolor que le provocaba la imagen del niño era tan grande que creyó morir con él. Su llanto era tan intenso que no podía controlar sus movimientos espasmódicos. Uno de los hombres que le acompañaba subió al carro, arrancó con suma delicadeza el cuerpo del niño de los brazos de Santiago y se lo cedió a otro que esperaba la entrega. Luego intentó calmar la tristeza de Santiago abrazando a aquel pobre hombre abatido y derrotado por la desgracia. Estuvieron así mucho rato. Bajo el sol implacable que pesaba sobre ellos. El llanto se fue calmando, o tal vez se secaron las lágrimas, hasta que se hizo un silencio hueco, abismal, negro como la muerte. Cayó la tarde y seguían sin moverse. El cadáver del pequeño sobre el suelo de arenas y piedras desnudas, envuelto en linos y telas, tapado completamente, inmóvil, inerte.

Santiago se preguntaba una y otra vez qué clase de desgracia había podido caer sobre él, sin llegar a comprender el destino nefasto que la vida le proporcionaba. El hijo de su amado Maestro, que había prometido proteger con su vida, había muerto a los pocos días de serle entregado. ¿Qué destino podía esperar a partir de aquel momento? ¿La muerte? ¿O tal vez una vida atormentada, llena de dolor y culpabilidad?

Miró hacia el cielo en busca de una esperanza, de una explicación. Miró al azul celeste hasta que, de pronto, oyó una voz potente que le llamaba; no supo muy bien de dónde procedía y se asustó. Observó a su alrededor. Todos descansaban sentados o echados junto al cadáver del niño. Todos esperaban la recuperación y la reacción de Santiago. ¿Es que nadie había oído aquella voz?

Volvió a dirigir sus ojos secos al cielo, creyendo que todo era fruto de sus pesados pensamientos, cuando volvió a oír aquella voz potente y firme: «Santiago, mi buen hermano, no te atormentes más». Se levantó de un brinco del pescante de madera sobre el que estaba sentado, escudriñando a un lado y a otro, intentando encontrar el lugar exacto de donde procedía aquella voz.

«Santiago, no me busques fuera de ti, búscame en tu interior, allí me encontrarás.» Santiago se sentó de nuevo. Los hombres que tenía a su alrededor se encontraban absortos en sus propios pensamientos, ninguno se inmutó ante la voz que sólo él oía.

—¿Quién eres? —dijo Santiago con voz temerosa—. ¿Qué quieres de mí?

«Lleva al niño hasta Betania, dale sepultura y regresa a Jerusalén, tu presencia es necesaria allí. No podrán hacerlo solos. Tú debes ayudarlos.»

—Pero ¿quién eres?

«Yo soy tu hermano, tu Maestro y tu protector. No temas, porque Yahvé está contigo. Y ahora ve y haz lo que te digo.»

Santiago se quedó pensativo. No sabía exactamente si aquello había sido producto de su imaginación o de los temores de su conciencia, pero el caso es que se sentía relajado y tranquilo, el sosiego había sustituido a la desesperación. Bajó de un salto del carro. Se acercó al lugar donde se encontraba el niño y lo cogió con cuidado. Todos los demás se habían levantado de su letargo. Observaban a Santiago con curiosidad. Había cambiado su semblante, antes compungido y roto, ahora tranquilo y sereno.

—Debemos marcharnos —dijo depositando el cuerpo en la parte trasera del carro—. Hay que llevarle a Betania. Allí lo enterraremos.

Los hombres se miraron horrorizados. Eso suponía adentrarse de nuevo hacia territorio de Judea, exponiéndose a la persecución sangrienta. No comprendían la actitud de Santiago.

—Me acompañaréis hasta los límites del territorio. Después podréis volver a vuestras casas, yo me ocuparé de todo.

No hubo posibilidad de protesta o comentario. Santiago no lo permitió. Se pusieron en camino. En pocos días estaría de vuelta en Jerusalén, apoyando la labor del resto de los hombres y mujeres de lo que, con el tiempo, se llamó la Iglesia de Jerusalén.

Lejos ya de Jerusalén, cansados y agotados por lo inhóspito del camino, atravesando los mismos valles que recorrió Moisés cuando guio a su pueblo hacia la tierra prometida, seguía la caravana mortuoria con la única obsesión de llegar a su destino.

José de Arimatea estaba preocupado. Llevaba varios días observando a María Magdalena; su rostro había perdido el color rosado y los huesos se marcaban en sus mejillas, con una cavidad violácea alrededor de sus ojos que le daba un aspecto enfermizo. Su estado de gravidez le hacía temer por ella y por el bebé que crecía en su vientre. No podía permitir que nada malo les ocurriera. Tenía el compromiso de llevarla a Alejandría y cuidarla hasta que se produjera el nacimiento. Pero antes debían dejar el cuerpo del Maestro en el lugar indicado.

Los esperaba un grupo reducido de hombres y mujeres, en un respetuoso silencio. Otro grupo de diez ya los habían escoltado durante toda la jornada, con paso lento y cadencioso.

Todo estaba preparado. El sol comenzaba su descenso en el horizonte en el momento en que bajaban el cuerpo de Jesús del carro que durante tantos días había sido su sepultura, para transportar a la definitiva morada aquel maltrecho cadáver envuelto en perfumes y ungüentos.

Al traspasar la entrada hacia el interior de la tumba, María Magdalena, siguiendo el mismo camino por el que llevaban a su amado, miró a su alrededor para comprobar la belleza de aquellas rocas, la frialdad de sus texturas, la dureza de su tacto, la misma dureza de los hombres que acabaron con la vida de su amor. Por primera vez desde hacía días, los ojos se le llenaron de lágrimas, sintió dolor al brotar el llanto. María, la madre, la agarró con fuerza por los hombros y le sonrió.

—Todo será como Él dijo —le susurró con dulzura—. Siente en tu corazón la fuerza de su amor. Él está contigo, nunca te ha abandonado y nunca lo hará.

María Magdalena sabía que tenía razón, de lo contrario estaba segura de que hubiera muerto con Él en aquel espantoso calvario el día de su crucifixión. Sentía el calor de su aliento en su interior; a veces, mientras dormía, sentía sus caricias, oía su voz, se estremecía con su abrazo. Él estaba a su lado, nunca la dejaría, aunque el dolor de no poder verle la derrotaba todavía.

Llegaron al lugar de la tumba. Se había excavado un hueco en el suelo. Depositaron allí el cuerpo y entre más de diez hombres arrastraron una enorme losa sobre aquel agujero que recogía los restos de un hombre extraordinario, hasta quedar completamente cubierto.

Se hizo un silencio sepulcral. Uno de los hombres grabó, con cuidadosa maestría, un nombre sobre la lápida mortuoria bajo las miradas atentas de la comitiva. Al finalizar su tarea se retiró.

Otra vez el respetuoso silencio, roto esta vez por el crujir del manto de María Magdalena que se acercó despacio, se agachó hasta la lápida y pasó las manos suavemente por cada una de las letras esculpidas: *Jeshúa bar Leví. Rabbuní.*

Despuntaba el día cuando salieron de aquel desfiladero pasando por el monumental arco de acceso. Un grupo de beduinos sentados alrededor de un fuego los miraba con curiosidad. Quedaba un largo camino hasta Alejandría.

Anduvieron a través del desierto durante días interminables de sol y sed. Las caravanas de beduinos les proporcionaban alimento y agua y, a veces, se unían a ellos acompañándolos durante toda una jornada por el temor a los ataques de animales o bandidos.

Alejandría era una ciudad llena de vida y movimiento. El trajín de las gentes caminando deprisa de aquí para allá hizo sonreír a María Magdalena, contenta de volver a contemplar la vida normal después de tantos días de soledad, arena y horizontes infinitos. Su vientre crecía imparable y temía no llegar a tiempo para atender en condiciones al recién nacido.

Llegaron a una casa cercana al puerto. En ella, Jesús se había pasado la mayor parte de su infancia y juventud. María saludó a una mujer algo mayor que le prodigó efusivas muestras de cariño y alegría.

Los días pasaron tranquilos. Las noticias de Jerusalén llegaban lentas. Cuando María Magdalena oyó la noticia de la muerte de su hijo, nada dijo, perdió la mirada en el vacío de sus pensamientos y se mantuvo inmóvil durante horas. De pronto un grito desgarrador asustó a todos los de la casa. María Magdalena se retorció en el suelo con las manos en su bajo vientre envuelta en un charco de líquido viscoso. María dio órdenes a dos hombres para que la colocasen sobre el jergón. Las mujeres se encargaron de prepararla, atendiendo su dolor con ternura y dedicación. El parto no fue fácil, pero cuando por fin sostuvo sobre su pecho aquella criatura que luchaba por la vida, olvidó el sufrimiento y miró al cielo.

—¡Sara! Se llamará Sara —dijo María quedamente, sonriendo a la desfallecida madre—, y llevará el círculo rojo sobre su pecho, así todos sabrán de quién se trata.

María Magdalena no dijo nada. Miraba con ternura a la niña que, entre sus brazos, había calmado su estruendoso llanto y dormía plácidamente, ajena al alcance que su nacimiento suponía para la humanidad.

Tomó el colgante de la mano de María, lo colocó suavemente sobre la pequeña y dijo:

—Éste será tu destino, te identificará por los tiempos a ti y a tu descendencia, elegida eres y elegidos serán ellos. Caerá en desgracia aquel que lo utilice con fin distinto que no sea identificar al mundo mi descendencia y la de mi amado esposo, Jesús.

Así lo viví y así lo cuento. Cuando Jesús de Nazaret me encargó que escribiera todo lo que ocurrió después de su muerte, no comprendí cuál era la finalidad de dicha historia. Ahora, a punto de entregar mi alma a Dios, entiendo la necesidad que tenía el Maestro Jesús de dejar escrita la verdad sobre su muerte. Aquí queda mi testimonio para que el mundo conozca la realidad de lo que pasó.

*(La firma es algo confusa pero parece que se trata de un tal Ezequiel de Nazaret.)*

Con esta última frase, que atribuí al propio Rachid, terminaba aquel relato que me había apasionado tanto. Dejé el cuaderno a un lado, me agarré con fuerza el colgante que pendía de mi cuello y sentí su suave tacto. Recosté la cabeza sobre la almohada y caí en un sueño tranquilo, sosegado, en el que la imagen de mis padres, de Verónica, de Armando Dorado e incluso del anciano Eleazar me sonreían y me hablaban, dándome una sensación de serenidad y paz como nunca antes había sentido. Fue un sueño dulce y apacible que me ayudó a descansar mi mente aturdida.



Abrí los ojos y volví a cerrarlos como si me resistiera a regresar de aquella sensación placentera en la que me sentía segura. Dos golpes secos en la puerta me obligaron a abrirlos definitivamente. Me incorporé. Antes de que me hubiera puesto en pie, los golpes se repitieron.

—¡Laura! ¡Laura! —La voz impaciente de Rachid me sorprendió—. ¡Abre la puerta, por favor, tenemos que hablar, ha ocurrido algo!

Salté de la cama y abrí la puerta. Rachid entró y cerró tras de sí de inmediato, mirándome, como si me estuviera inspeccionando y comprobando que me encontraba bien.

—¿Qué ocurre, Rachid?

—Se trata de Carlos. Está en la comisaría.

—¿Qué hace Carlos allí?

—Le han detenido.

Rachid tenía un gesto preocupado y movía las manos nervioso, tocándose el pelo y acariciando la barbilla.

—¿Detenido? ¿Cómo que está detenido? ¿Qué le ha pasado? ¿Qué ha hecho para que le detengan?

—No lo sé exactamente. Me acaba de llamar Giuliano. Por lo visto, después de salir de la tienda, se metió en algún sitio a tomar un café. Algo debió de ocurrir y se vio envuelto en una pelea. Un hombre fue asesinado de una puñalada y... ¡le culpan a él!

—¿Cómo? ¡Pero eso no puede ser! ¡Carlos es incapaz, debe de ser un error!

Daba vueltas una y otra vez alrededor de mi cama mientras Rachid había tomado asiento en la butaca situada junto a la ventana. Tenía un movimiento nervioso provocado por la preocupación.

—Ya sé que Carlos es incapaz de hacer eso, pero está metido en un buen lío. Me ha dicho Giuliano que le han tendido una trampa, que lo han preparado todo para que parezca el culpable.

—¿Cómo sabe eso Giuliano?

—Sus hombres le siguieron cuando salió de la tienda. Vieron cómo se metía en un bar y esperaron a que saliera. Todo pasó muy rápido; oyeron voces, jaleo y cuando entraron para saber qué estaba ocurriendo había un hombre apuñalado mortalmente y Carlos le sostenía entre sus brazos. Vieron salir corriendo a dos jóvenes; sabían perfectamente quiénes eran, pero nada pudieron hacer. Los *carabinieri* llegaron a los pocos segundos. Por lo visto, Carlos estaba como petrificado con aquel hombre sin vida entre sus brazos. Le arrestaron allí mismo y se lo llevaron.

—¡No lo puedo creer! ¿Cómo es posible?

—Giuliano me ha pedido que vayamos a su tienda, necesita vernos y escondernos. Me ha dicho que estamos en peligro.

—Pero ¿y Carlos?

—Ya se están ocupando de él. Harán todo lo que sea para sacarle de este lío. Pero puede tardar días o semanas en resolverse. No podemos esperarle, ni siquiera visitarle.

—¿Pretendes que no vayamos a verle? ¿Quieres que nos marchemos y le dejemos en una cárcel de Roma, acusado de un asesinato? ¡Pero tú estás loco, Rachid! ¡Tú estás loco si piensas realmente que voy a dejar a Carlos tirado! —Mientras echaba esta retahíla de frases contundentes recogía mis cosas de forma descontrolada para salir de inmediato a buscar a mi amigo Carlos. Rachid se levantó y me agarró por los hombros obligando a detener mi compulsivo movimiento.

—Laura, escucha por favor. —Me tenía aferrada con sus grandes manos y, detrás de sus diminutas gafas, sus ojos me miraban con preocupación—. No podemos hacer nada en la comisaría. No nos dejarán verle. Ahora no podemos ayudarle. Giuliano se ha hecho cargo de la situación, le sacaré de allí, te lo prometo, pero no podemos esperar. ¡Estamos en peligro! ¡Debemos marcharnos! —Quedó en silencio unos instantes sin dejar de mirarme y aflojando algo más la presión de sus manos sobre mis hombros—. Tú y yo no podemos hacer nada por él, Laura. —Bajó la mirada hacia el colgante, que brillaba hermoso sobre mi camisa blanca—. Ahora tú eres la importante y yo voy a cuidar de ti, pequeña, quieras o no voy a cuidar de ti.

Me soltó despacio y nos quedamos callados con las miradas perdidas el uno en el otro.

En menos de media hora estábamos en la tienda de antigüedades de Giuliano. Habíamos recogido todo nuestro equipaje, incluido el de Carlos, del que se harían cargo dos hombres de Giuliano. Ni siquiera tuvimos que pagar la cuenta; salimos del hotel precedidos por un hombre corpulento que nos abrió la puerta de un coche oscuro y caro y nos dejó en la entrada de la tienda.

—¿Qué se sabe de Carlos? —pregunté a Giuliano en el momento en el que le vi.

—Están con él, no te preocupes, será cuestión de tiempo. Le han tendido una trampa y ahora se trata de deshacer el enredo.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? ¿No podemos ir a verle?

—Verle es imposible, Laura, y del tiempo no te puedo decir nada. Hacemos lo que podemos, pero lo cierto es que, según las informaciones que tengo, Carlos se va a pasar entre rejas al menos un par de semanas.

Creí que el mundo se me caía a los pies. No podía creer que Carlos se hubiera metido en semejante lío, que no pudiera verle, ni siquiera saber cómo se encontraba. Me lo imaginaba en un calabozo inmundo, solo y angustiado, fuera de su país. Debía de encontrarse muy mal y yo no podía ayudarle. Me sentí culpable por haberle dejado marchar, por no haber corrido tras él para contarle todo lo que no sabía. Si hubiera sido más valiente, más decidida, Carlos no se hubiera ido y ahora no estaría en un calabozo solo y acusado de asesinar a un hombre.

—Laura, no te martirices —Giuliano hablaba pausado; por mi gesto debió de intuir mis preocupaciones—, nadie tiene la culpa, cada uno es dueño de su destino. A Carlos no le va a pasar nada, no temas, le sacaremos de allí cuanto antes.

—¿Cómo puede decir que no le va a pasar nada? —Su tono me enfadó, me sentí herida por la actitud de aquel hombre que había provocado esta situación al no querer contarle a Carlos la existencia de la transcripción del pergamino de Rachid—. ¡Ya le ha pasado! Mi amigo está en un calabozo, solo, acusado de asesinar a un hombre; no podemos ir a verle, no puede salir y, según usted, puede estar semanas allí dentro. ¿Le parece poco lo que le está pasando? —Estaba vertiendo mi impotencia contra aquel hombre, que me miraba sin apenas inmutarse.

—Comprendo cómo te sientes, Laura, pero puedo asegurarte que Carlos no está solo. Tengo a muchos hombres y mujeres en la policía pendientes de él. Son de total confianza. Se encuentra tranquilo y no está en un calabozo inmundo.

Confía en mí. Lo único que intentan con todo esto es retenerle, impedir que se reúna con nosotros para impedir a su vez que nos movamos; intentan que no avancemos. Esta gente trabaja así. No podemos seguirles el juego. Carlos estará bien y nosotros debemos continuar.

Mantuve un largo silencio con la mirada clavada en el suelo. No sabía si creerle o no, si salir corriendo o quedarme, estaba confusa. Hasta que sentí un tenue cosquilleo en mi pecho. Agarré el colgante con mi mano y respiré hondo; cerré los ojos y me mantuve quieta, callada, apretando entre mis manos aquella piedra preciosa, sintiéndome cada vez más tranquila.

—¡Está bien! —dije al abrir los ojos y ver las caras de Rachid y Giuliano observándome—, continuaremos sin Carlos. Pero, por favor, no puede quedarse solo, prométalo, Giuliano.

—Te lo aseguro, Laura, confía en mí. Carlos estará bien atendido, y le sacaremos de allí lo antes posible.

Giuliano nos indicó que debíamos instalarnos en su casa para nuestra seguridad. Era como una especie de búnker a las afueras de Roma. Una hermosa villa rodeada de muros de más de dos metros de altura y con unos jardines muy bien cuidados. Nada más entrar en la casa nos acomodamos en un salón exquisitamente decorado con muebles de diversos estilos y épocas, las paredes recubiertas de telas y cuadros y, sobre los suelos de mármol, alfombras que terminaban de vestir aquel lugar acogedor.

—Esta noche entraremos en el Vaticano —dijo Giuliano nada más sentarnos—. No hay tiempo que perder. Tenemos que coger los bifolios.

—¿Cómo lo vamos a hacer? —preguntó Rachid—. Al Vaticano no entras si no es con recomendación especial. —Imprimió un tono de sarcasmo a esta última frase.

—Lo sé, Rachid, pero yo tengo esa recomendación especial.

—No lo dudaba, Giuliano —Rachid sonrió satisfecho—; de todas formas yo puedo conseguir a gente que nos puede ayudar a asegurar esa recomendación.

—Gracias, Rachid, pero tus contactos son los mismos que los míos, además, cuanta menos gente sepa lo que vamos a hacer, mejor para nosotros. En cuanto tengamos los bifolios saldremos hacia Damasco. Nos espera un avión en un aeródromo no lejos de aquí. Desde allí nos uniremos a un grupo de turistas para cruzar la frontera con Jordania; será la mejor manera de pasar inadvertidos o al menos de dificultar las cosas a los que nos sigan. Está todo previsto.

—¿Por qué Damasco? —inquirí con curiosidad.

—Esperan que vayamos directamente a Jordania, hacia la tierra de los nabateos. Los aeropuertos y aeródromos de todo el país están bien vigilados desde hace días. Cruzar la frontera por carretera, desde Siria y camuflados como turistas que regresan de una semana por tierras sirias, es mucho más seguro. Al menos los mantendremos despistados durante unos días, espero que los suficientes para llegar a nuestro destino.

Sujeté mi colgante con mi mano derecha mientras escuchaba las explicaciones de Giuliano. Me seguía asustando el alcance que tenía poseer aquella piedra.

—Giuliano, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Tú dirás.

—¿Por qué yo? —preguntaba sin soltar la piedra de mi mano—. ¿Cómo puede estar tan seguro de que yo soy la persona que dice? —Sólo pensar en la idea de ser descendiente de quien decían que era me corría un estremecimiento por todo el cuerpo y sentía un cierto pudor—. ¿Qué papel tiene Carlos en todo esto? Eleazar Stern nos dijo que éramos los elegidos.

Giuliano se sentó frente a mí. Había cogido una botella de vino de un pequeño mueble de madera y se disponía a descorcharla. Rachid me dedicó un gesto de complicidad; era consciente de mis dudas y sentí que tenía su apoyo incondicional; él sabía que yo era quien Giuliano decía o al menos lo quería creer; tenía la firme intención de llegar al final de este asunto, se había convertido en una cosa personal; de todas formas, consiguió transmitirme tranquilidad y se lo agradecí.

Giuliano comenzó a hablar despacio mientras abría con maestría la botella.

—A lo largo de todos estos siglos, desde que nació Sara, la hija de Jesús y María Magdalena, los primogénitos fueron los elegidos.

—Pero resulta imposible seguir una estirpe a lo largo de tanto tiempo —interrumpí.

—Tienes razón, Laura, la tarea ha sido larga y llena de dificultades, sobre todo en determinadas épocas, como ocurrió a partir de 1314, cuando se produjo la extinción de la Orden del Temple y la dispersión de sus caballeros. El desconcierto fue grande, como ya os he contado, pero lo cierto es que después de dos generaciones de dudas se consiguió reconstruir de nuevo el hilo de los descendientes, y el colgante siguió su curso hasta llegar a tu cuello.

—Pero eso no prueba nada.

Giuliano encogió los hombros.

—Es cierto, pero, si has leído toda la transcripción del pergamino que te dio Rachid, habrás podido ver que ese colgante no lo puede llevar cualquiera.

—¡Eso son estupideces! ¿Cómo puede saber esta piedra, por muy preciosa que sea, de qué cuello tiene que estar colgada? —negué con incredulidad—. ¡Es una estupidez!

—Piensa lo que quieras, eres totalmente libre para ello. No pretendo convencerte. Lo que sí es cierto, y eso no me lo negarás, es que esa piedra que llevas en tu cuello te pertenece, y perteneció a tu madre, y ella la recogió de manos de tu abuela.

Nos quedamos en silencio. En eso tenía razón. La piedra era mía. Pero eso no probaba lo de la descendencia sagrada. Tampoco le noté con un especial interés en que me convenciera de ello.

—Sigo pensando que es ridículo. ¿Por qué no puede llevarlo Carlos o Rachid o cualquier otra persona en el mundo?

Giuliano no me miró. Comenzó a echar el vino en las copas.

—Sara, la hija de María Magdalena nacida en Alejandría, tuvo tres hijos y éstos tuvieron su propia descendencia, pero sólo se mantiene la del primogénito de cada primogénito, y tú, Laura, eres una de ellas. Para que lo entiendas mejor, Carlos puede tener sangre real, como Armando, Rachid y su esposa. Descendientes puede haber muchos, Laura, pero tú eres la reina, sólo a ti te corresponde este trono o esta corona. —Hizo un gesto con el rostro indicándome el colgante que lucía en mi cuello.

Lo toqué con una mezcla de temor e incredulidad.

—Sobre ti recae la responsabilidad ineludible de continuar este linaje.

—¿Y qué se supone que debo hacer?

—Ahora lo importante es recuperar esos documentos y encontrar el lugar donde se halla el Gran Arcano. Eso es lo fundamental. Los cambios se deben hacer poco a poco. Han pasado casi dos mil años desde que comenzó esta historia, desde que se formó la Iglesia con todo su poder, su grandeza y sus miserias; no pretendemos cambiarlo todo en dos días, debemos ir poco a poco.

—Pero hay mucha gente buena en la Iglesia.

—¡Por supuesto! No te estoy hablando de los hombres o mujeres que la componen que, como en todo en la vida, los hay mejores y peores; te hablo de la institución, de la organización jerarquizada, de la estructura de poder. Debes saber que dentro de esa organización ha habido y hay hombres y mujeres que intentan realizar los cambios sin traumas, incluso ha habido papas que son parte

de toda esta historia como Juan XXIII o Juan Pablo I; este último fue demasiado enérgico, demasiado impetuoso, quería introducir cambios que resultaban bruscos, todo en muy poco tiempo y, simplemente, le quitaron de en medio.

—¿Quiere decir que le mataron?

—Yo nunca me atrevería a decir eso, Laura —contestó tranquilo—, pero lo cierto es que hay muchos puntos oscuros en su muerte.

—¿Qué puntos oscuros?, estos temas me parecen tan interesantes y sobre todo tan sorprendentes... ¿Es que el mundo está ciego? ¿Por qué no salen estas cosas a la luz?

—Bueno, determinadas informaciones no interesan y se ocultan; la Iglesia tiene muchos secretos desconocidos para la mayoría de sus fieles. En cuanto a esos puntos oscuros, tan sólo puedo decirte que el papa Juan Pablo I tuvo una fuerte discusión con algunos miembros de la Curia la noche de su muerte; el guardia suizo que custodiaba su puerta así me lo manifestó personalmente. La disputa venía porque, por lo visto, el recién estrenado Papa pretendía cambiar las lujosas dependencias papales por otro edificio en un barrio marginal de Roma.

—¿Y qué es lo que se supone que ocurrió?

Giuliano suspiró profundamente encogiendo los hombros.

—A la mañana siguiente se lo encontraron muerto. Se determinó muerte natural por infarto. No se indagó mucho. Todavía hoy se desconocen las causas de su fulminante muerte al mes escaso de su nombramiento.

—¿Nadie atendió a lo que dijo el guardia suizo?

—Ese muchacho no supo ser discreto y cayó en desgracia. Le acusaron de ladrón, le demandaron y, por supuesto, fue expulsado de la guardia. Ahora vive del campo en el sur de Nápoles. Es miembro de esta hermandad y realiza esporádicamente trabajos diversos.

»Juan XXIII fue algo más sutil; consiguió imprimir algunos cambios en sus cinco años de papado; fue nombrado porque querían un hombre débil, de edad avanzada, que no durase mucho y fácilmente manejable. Fue un acuerdo entre diversas facciones para conseguir un ínterin, un tiempo de tránsito hasta encontrar al candidato ideal. Lo cierto es que el anciano Papa de transición les salió rana; introdujo cambios importantes y duraderos, aunque luego, en algunos casos, se está consiguiendo deshacer el camino andado, pero lo importante es continuar.

—Parece que conoce bien el Vaticano.

—Es imposible conocer lo que se cuece realmente en el Vaticano. Aquel

que pretende meter las narices donde no le llaman resulta excluido; y, en cierto modo, fue eso lo que me ocurrió a mí: llegué a ser molesto y en el Vaticano, como todo en la Iglesia, lo que es molesto se aparta, se arrincona, no se escucha. Estuve al servicio de Juan XXIII; era un hombre bueno y honesto, quiso cambiar las cosas desde dentro, sin traumas, sin peleas, poco a poco. Pero no pudo ser. No le dio tiempo. Pablo VI ralentizó sutilmente esos cambios, no se atrevió a avanzar, y Juan Pablo II ha provocado una auténtica involución que, en muchos aspectos, ha regresado a la época anterior al Concilio Vaticano II y a los dogmas que han mantenido firme y sin fisuras a la Iglesia durante dos mil años. Desde un principio rechazó avanzar en la línea que había abierto el papa Juan XXIII.

»Juan Pablo II ha colmado al Opus Dei de favores, convirtiendo a esta institución en uno de los centros de poder más importantes en la actualidad, con el peligro que ello supone para los que no están en su línea. Se vuelve a excluir a unos en beneficio de otros. La teología ha sido secuestrada. Ningún miembro de la Iglesia que se precie puede salirse de la doctrina oficial; si lo hace, se le condena apartándole de todo; su poder para ello es muy grande, vosotros mismos habéis conocido el caso del pobre Eleazar Stern: acabaron con él como persona y como profesional.

—Y a ti, Giuliano, ¿qué te ocurrió realmente? —Rachid intervino cogiendo su copa de vino.

Giuliano sonrió.

—Ésa es una historia muy larga, mi querido Rachid —cogió también su copa sosteniéndola con el brazo en alto—, pero lo que sí te puedo decir es que, a pesar de que han intentado acabar conmigo varias veces, todavía hoy no lo han conseguido. Y ahora, brindemos. Nos quedan horas muy intensas. ¡Por nosotros!

Alzamos las copas y bebimos un trago de vino. Después Giuliano continuó contando los planes para la noche.



Giuliano nos había indicado que llevásemos ropa cómoda y que preparásemos el equipaje con lo imprescindible para pasar unos días.

A punto de dar la medianoche, salimos de la casa de Giuliano en un coche muy diferente al que nos había recogido por la mañana: un utilitario pequeño y, conducido por Giuliano, que nos llevó por el centro de la ciudad, una Roma vacía de turistas y con escasos coches. El tiempo no era el más idóneo para pasear por aquellas calles cargadas de Historia. Atravesamos en silencio avenidas, plazas, puentes y bulevares. No hablamos ni una sola palabra en casi todo el trayecto. Miré a Rachid y le vi serio con la mirada perdida a través de la ventanilla. Giuliano nos había advertido del peligro de meternos en las dependencias del archivo secreto del Vaticano. Hasta allí teníamos que llegar pero por una entrada poco ortodoxa, según indicó. «¿Qué quieres decir con poco ortodoxa?», le habíamos preguntado, pero él sólo nos dijo que ya lo comprobaríamos.

—Rachid, será mejor que te quedes a la espera en el coche —dijo de pronto Giuliano, mirando a su amigo a través del retrovisor—. El camino que tenemos por delante es muy largo y pueden surgir dificultades.

—¿Qué clase de dificultades? —pregunté.

Giuliano me dedicó una fugaz mirada y sonrió.

—Laura, te recuerdo que vamos a acceder al archivo secreto que se encuentra en las mismas entrañas del Vaticano. ¿Realmente crees que no pueden surgir dificultades?

No le contesté. Mantuve un silencio tenso, con los ojos clavados en la línea de las calles tristes e iluminadas de Roma, que se movían a nuestro paso ante mi ventanilla como si fuera la visión de una película muda.

—¿Por qué no puedo acompañaros? —preguntó Rachid contrariado.

—Alguien se tiene que quedar en el coche por si acaso algo sale mal. Tú no tienes buen aspecto, y te puedo asegurar que hay que caminar mucho hasta llegar a nuestro destino. Lo siento Rachid, pero en un momento de peligro —hizo una

pequeña pausa; intentaba no ser demasiado brusco en sus palabras—, podrías llegar a ser un problema. ¿Lo entiendes, amigo?

Rachid no dijo nada. Volví la cabeza y le miré. Él me devolvió la mirada con un gesto de decepción.

—He calculado que podemos tardar algo más de dos horas en estar de vuelta; por lo tanto, si en tres horas no hemos llegado, ve de inmediato a esta dirección y pregunta por esta mujer —mientras le decía esto, abrió la guantera que tenía frente a mí, sacó un papel doblado y se lo tendió por encima de su cabeza—; ella te dirá lo que debes hacer.

—¿Y cómo sabré llegar hasta allí?

—No es difícil, está frente a la entrada a los Museos Vaticanos. No tiene pérdida. Pero confiemos en que todo salga bien y que no tengas necesidad de ir en su busca.

De nuevo se hizo el silencio. Para mi sorpresa, el Vaticano lo habíamos dejado atrás y seguíamos callejeando por la hermosa Roma.

Giuliano detuvo el coche junto a unas murallas que se alzaban varios metros sobre nuestra cabeza. Nos bajamos y Rachid se colocó al volante. Me miró con dulzura y me dijo:

—Ten cuidado.

Percibí su preocupación por mí. Le hice un gesto con la mano mientras Giuliano me metía prisa, hablando en voz baja.

—¡Vamos, Laura, no hay tiempo que perder!

Cruzamos una plaza enorme. No se veía ni un alma y apenas pasaba algún coche de vez en cuando por los alrededores. Nos movíamos deprisa pero con sigilo bajo una lluvia fina y desagradable. No llevaba ninguna bolsa encima. En los bolsillos de mi anorak me había metido una linterna y un móvil apagado que me había entregado Giuliano con una advertencia:

—Laura, utilízalo sólo para una situación de emergencia extrema; no olvides que los móviles son los elementos que mejor controlan; en el momento en que lo enciendas sabrán dónde te encuentras. ¿De acuerdo?

Lo había entendido perfectamente.

Avanzábamos en silencio por la plaza hacia la fachada de una iglesia. La identifiqué enseguida; no conocía las calles de Roma, pero las fachadas de los monumentos e iglesias más importantes las tenía grabadas en mi mente desde los

exámenes de arte, en los que teníamos que identificar una lámina y comentarla. La basílica de San Juan de Letrán había sido una de esas láminas que había tenido que explicar con pelos y señales en uno de mis exámenes.

Nos desviamos hacia uno de los laterales y accedimos al interior de la iglesia por una puerta pequeña, que Giuliano abrió con una llave que se había sacado del bolsillo. Todo estaba en penumbra. Giuliano sacó una linterna y le seguí en silencio por detrás del altar y del baldaquino, hasta llegar al lado opuesto del crucero. Nuestros pasos retumbaban en aquel silencio sordo; se oía el suave repiqueteo de la lluvia al golpear sobre los cristales, un sonido lúgubre y extraño en aquel edificio sumido en la oscuridad que, a esas horas, se antojaba enigmático y misterioso.

Mi corazón se aceleraba a cada paso que dábamos. No sabía qué era lo que íbamos a hacer exactamente y la incertidumbre aumentaba mi nerviosismo. Sin embargo, no hice ninguna pregunta. En silencio seguí a Giuliano caminando con sigilo.

Llegamos junto a un nicho en el que una estatua enorme se erguía imponente sobre un pedestal. Giuliano hizo un movimiento con la mano sobre un saliente. No pude apreciar bien qué hizo exactamente, pero lo cierto es que una losa de unos cincuenta centímetros escasos que flanqueaba el nicho se movió despacio hacia el interior como si se tratase de una puerta. Giuliano empujó hacia dentro y, antes de introducirse a través del hueco que había quedado al descubierto, se volvió hacia mí y me advirtió que no me separase de él y que estuviera preparada para caminar durante un buen rato.

—¿Estás lista? —me preguntó al observar mi cara de desconcierto.

Simplemente afirmé con un gesto. Entonces Giuliano me dio la espalda y se introdujo por la abertura. Le seguí y, una vez que estuve en el interior, Giuliano empujó hasta que la piedra quedó de nuevo perfectamente encajada en su sitio.

Anduvimos a través de un pasadizo excavado en la roca, de unos dos metros de altura y más de un metro de ancho, al que se abrían galerías a derecha e izquierda cada cierto trecho. Giuliano conocía perfectamente el camino porque no dudó ni un solo instante en la dirección a seguir. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal al pensar en la posibilidad de perderme en aquel laberinto de túneles.

No era consciente del paso del tiempo en aquella oscuridad absoluta, sólo rota por el haz de luz que proyectaba Giuliano delante de él, pero estuvimos caminando mucho rato, tanto que las piernas se me resintieron.

—¿Nos queda mucho?

—Ya casi llegamos, estaremos a unos quinientos metros aproximadamente de nuestro destino. No sé si lo habrás notado pero estamos recorriendo la vieja Roma a través de sus entrañas.

No tenía muchas ganas de pensar en aquel lugar oscuro y vacío. Me sentía enterrada y todos mis esfuerzos mentales se dirigían a no perder los nervios debido a la sensación claustrofóbica que me producían aquellos pasadizos interminables.

—Quiero decirte algo importante —me dijo sin parar de caminar—, cuando entremos en las dependencias del archivo debes guardar el más absoluto silencio, camina con sigilo y no te despegues de mí. Si tienes algo que decirme, hazme una seña, ¿de acuerdo? —Asentí, aunque no pudo verme.

—Pero ¿sabe exactamente dónde se encuentran los bifolios?

—Creo que sí, espero no equivocarme. Hace muchos años que no entro en el archivo.

—¿Por qué no los sacó su colaborador cuando los encontró? —inquirí con curiosidad.

—Se trata de un investigador autorizado para entrar en los archivos, pero no para sacar documentos. Dio con ellos por casualidad. Nunca pensamos que pudieran estar escondidos en el Vaticano. Pero el caso es que los encontró, y ahora nos toca a nosotros recogerlos y leerlos para saber dónde se encuentra el Gran Arcano.

—Pero... si los bifolios están en el Vaticano y en ellos se halla la forma de llegar hasta ese lugar, significa que la Iglesia conoce su situación.

—Esperemos que no. Hay muchos documentos que quedan sin catalogar olvidados en las estanterías, cuyo contenido no se conoce. Aunque si la Iglesia ha tenido acceso a esos bifolios lo comprobaremos dentro de muy poco.

Continuamos caminando hasta que llegamos a nuestro destino.

—¿Preparada? —me preguntó Giuliano con voz casi imperceptible, volviéndose hacia mí.

—Lo estoy —contesté respirando profundamente para llenar los pulmones de aire como si me fuera a sumergir en las profundidades marinas.

Me coloqué a la espalda de Giuliano intentando mantener la respiración acompasada para controlar mis nervios. Sentí cómo el corazón se me aceleraba alocadamente, tanto que llegué a pensar que su latido se podría oír en el silencio del Vaticano. Mientras Giuliano hacía unos movimientos extraños con las manos

sobre la pared de piedra, volví a inspirar cogiendo todo el aire que me pudiera entrar en los pulmones, para después espirar lentamente cerrando los ojos tratando de tranquilizarme.

Me vino a la memoria la cara de Carlos. Le echaba de menos. ¿Qué estaría pensando?

En ese momento un tramo de pared que había delante de nosotros se movió lentamente, con un ruido casi imperceptible. Nos apartamos un poco y observamos la apertura sin movernos. Cuando estaba totalmente abierto, Giuliano me hizo una señal con la mano y se introdujo hacia un pasillo. Detrás de mí el mecanismo comenzó a cerrarse de nuevo. Miré hacia atrás y pude comprobar que, cuando estuvo cerrado totalmente, nadie que lo desconociera podría imaginar que detrás de aquella pared se escondía un pasadizo.

Giuliano comenzó a caminar con paso más lento y sigiloso que el que había utilizado para atravesar los pasajes. Había cambiado la linterna por otra de un haz muy tenue que apenas iluminaba medio metro por delante de nosotros.

Atravesamos un largo pasillo desnudo de cualquier decoración. Olía a papel viejo, a polvo y a cerrado. Después de pasar de largo varias puertas, nos detuvimos frente a una que parecía de hierro blindado. Giuliano metió por una ranura de seguridad una tarjeta que había sacado de su bolsillo. Un breve clic precedido de un ligero pitido dejó entreabierta la puerta. Giuliano empujó despacio y nos encontramos en un espacio amplio y de techos altos, lleno de estanterías que se extendían hacia un lado y hacia otro hasta donde me permitía percibir la oscuridad. El olor a papel polvoriento era tan penetrante en aquel lugar que tuve que ponerme la mano en la nariz hasta que me acostumbré, sobre todo por el angustioso temor a un inoportuno estornudo.

Nos dirigimos hacia nuestra izquierda. Me dio la impresión de que Giuliano contaba el número de pasillos que se abrían a nuestra derecha. De pronto se paró y se introdujo en uno de aquellos pasillos estrechos y flanqueados por altas estanterías, repletas de cajas de cartón, legajos atados con cuerdas, carpetas y papeles que podrían formar una pira inacabable.

Tomé conciencia entonces, mirando lo que contenían aquellas estanterías, de que me encontraba en algún lugar del archivo secreto del Vaticano; había conseguido calmar los alocados latidos de mi corazón pero volvieron a alterarse al pensar dónde estaba. Tocaba con mis dedos aquellos legajos. «Cuántos secretos guardados en su interior —pensé—, éste es uno de los paraísos terrenales para cualquier investigador.»

Me encontraba tan ensimismada que no percibí que Giuliano se había detenido y choqué contra él, dejando escapar un espontáneo «perdón». Se volvió rápidamente hacia mí dedicándome una mirada de enfado, y me hizo un gesto de silencio con el dedo sobre sus labios.

No se me ocurrió otra cosa que encogerme de hombros y repetir el gesto de silencio con mi mano sobre la boca.

Giuliano comenzó a buscar entre los papeles clasificados que tenía ante sí. Iluminaba con la linterna hacia los legajos; primero uno, después otro, y así estuvo durante un tiempo que a mí me pareció eterno.

Al cabo de un buen rato se echó hacia atrás, miró a un lado y a otro del estrecho pasillo, volvió a mirar hacia su frente como si estuviera comprobando su situación y comenzó a mover la cabeza con gesto de negación.

—No lo entiendo —dijo susurrando—. ¡No están!

Le hice un gesto de interrogación.

—Ayúdame a buscar —dijo alzando algo más la voz—. Tienen que estar por aquí, estoy seguro.

—Pero ¿qué buscamos exactamente? —le inquirí.

—Una caja. —Su voz había vuelto a ser imperceptible y apenas se podía oír si no hubiera sido porque acerqué mi oído hasta sus labios casi hasta rozar su piel.

—Es una caja de cartón con una inscripción en su canto hecha con lapicero sobre el mismo cartón, en la que se lee simplemente «*res deliberata*», lo que vendría a significar «asunto deliberado».

Saqué mi linterna. Mientras buscaba esa caja pensé que era paradójico la identificación que se le había otorgado: «*res deliberata*».

¿Habría deliberado la Iglesia el asunto referente a la posibilidad de que exista una tumba de Jesús de Nazaret, o sobre la realidad de la resurrección, o sobre el hecho de que Jesús de Nazaret no era el hombre-dios que se nos había presentado durante veinte siglos?

Casi di un grito cuando vi aquella caja delante de mí. A la luz de la linterna pude ver aquellas dos palabras escritas en lapicero con letra pequeña y desigual sobre el canto de la caja. En un principio me pasó inadvertida; se encontraba a la altura de mis pies y como iba agachada recorría más aprisa las estanterías, pero antes de levantarme el haz de luz de mi linterna se posó sobre ella. Me acerqué más hasta quedar de rodillas en el suelo. Allí estaba: «*res deliberata*».

—¡Aquí está! —Mi voz salió rota, apenas audible y limitada por la

emoción. Le hacía señas con las manos sin dejar de mirar la caja, como si tuviera el temor de que desapareciera si le quitaba la vista de encima.

Giuliano se agachó para ver mi hallazgo, dejó cuidadosamente la linterna en el suelo, cogió la caja y la sacó lentamente. Mi nariz se volvió a llenar de polvo cuando extrajo el cartón inmóvil de aquel lugar, convertido en depósito de partículas de polvo a lo largo de años.

Estábamos los dos agachados mirando aquella urna de cartón que Giuliano sostenía en sus manos. Parecía que nos habíamos quedado petrificados ante su visión. Pensé en Carlos de nuevo. ¡Cómo le hubiera gustado estar allí! Y en el profesor Dorado; su búsqueda de años había terminado y ya no podría llegar a verlo. Allí estaba la caja que contenía los bifolios perdidos, en los que estaba escrito el lugar donde se encontraba el Gran Arcano.

Me estaba quedando sin aire. Desde hacía más de media hora nuestra carrera era desesperada. Oíamos a lo lejos el ladrido de los perros, las voces de alto que se acercaban cada vez más para mi desesperación. Giuliano corría delante de mí con la caja de cartón entre sus brazos. Yo seguía sus pasos concentrada en no perderle cuando hacía un brusco giro a la izquierda o a la derecha. No podía más. Tenía que parar para recuperar el aliento si no quería quedar colapsada entre los alocados latidos de mi corazón y mis pulmones, incapaces de recibir y expulsar el aire necesario para no asfixiarme.

Me paré en seco. Giuliano siguió corriendo unos metros más dejándome en la penumbra. No tenía fuerzas ni siquiera para llamarle. Mi voz no salía de mi garganta. No tenía energía para semejante esfuerzo. Mi corazón y mis pulmones intentaban poner un poco de orden en el desbarajuste que les había causado la carrera sin control mezclada con el terror de ser alcanzada.

Al cabo de unos segundos pude ver de nuevo el haz de luz de la linterna de Giuliano que se acercaba hacia mí. Bajé la mirada al suelo. Sabía lo que me iba a decir y aproveché hasta el último segundo para recuperarme y continuar con la huida.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Giuliano llegando a mi lado—, has de hacer un esfuerzo, Laura, tenemos que salir de aquí. —Me hizo un gesto apremiante con las manos.

Le miré con la respiración entrecortada y jadeante. El sudor me caía por la cara y notaba el cuerpo al borde del colapso; sin embargo, él estaba perfecto. Su respiración algo alterada era la única prueba de que había corrido a la misma velocidad que yo. Me sentí fatal ante un hombre que casi me doblaba la edad y con una capacidad física muy superior a la mía. Pensé en lo estúpidos que éramos a veces al pensar que la juventud lo es todo.

Intentó cogerme por el brazo para obligarme a iniciar la carrera. Las voces eran cada vez más cercanas y los ladridos de los perros rugían con rabia en mis oídos.

—Vamos, Laura, haz un esfuerzo, tienes que intentarlo.



El ruego hizo efecto y me puse firme ante Giuliano. Respiré hondo y le hice un gesto. Continuamos corriendo más deprisa. En el momento de iniciar la marcha de nuevo, Giuliano me advirtió:

—Respira de forma acompasada y mantente erguida, no te encojas. Respira, respira y corre.

No nos dijimos nada más. Corrimos a través de aquellos pasadizos girando a la izquierda, después a la derecha, ahora recto. Giuliano apenas dudaba sobre el camino a seguir, aunque aminoraba algo el paso antes de hacer un giro, llevaba la linterna hacia arriba e iniciaba de inmediato la carrera a toda velocidad.

El escandaloso rugir de los perros, que parecía más terrorífico por el eco que provocaban aquellos pasadizos, se acercaba cada vez más. Las voces de hombres que gritaban palabras que no entendía aterrorizaban mi carrera.

En uno de los cruces, Giuliano se paró en seco y se volvió hacia mí sin llegar a mirarme, observando la oscuridad que había quedado detrás de nosotros y desde donde llegaban las voces de los que nos buscaban, azuzando nuestro miedo con el rugido de sus perros.

—Están muy cerca —dijo Giuliano.

Me dio la sensación de que estaba calculando la distancia que nos separaba de nuestros perseguidores.

Giuliano miró a su izquierda y a su derecha.

—¡Por aquí! —Tiró de mí hacia el pasadizo de la izquierda—. Intentaremos marear a los perros. Si seguimos en línea recta nos cogerán en pocos minutos. ¡Vamos, Laura, deprisa!

Comenzó de nuevo la carrera sin descanso. Pero esa vez, cuando llegábamos a un cruce, girábamos hacia la izquierda, lo que me hizo pensar que estábamos dando vueltas, aunque en aquel lugar era muy fácil perder la orientación. Sin embargo, por la actitud segura con la que veía moverse a Giuliano, pude apreciar que aquel laberinto lo conocía al dedillo.

De repente se detuvo de nuevo. Se quedó escuchando. Las voces se alejaban, ¡por fin se alejaban! Mantuve la respiración mientras él escuchaba. Me miró y sonrió bajo la luz de la linterna.

—Vamos, Laura, salgamos de aquí.

Giuliano llevaba la caja aferrada a su cuerpo; durante la carrera oía el contenido de la misma moviéndose de un lado a otro como si fueran las bolas de una maraca.

Por fin llegamos a nuestro destino. Giuliano accionó el mecanismo. Salimos por el mismo lugar por el que habíamos entrado y nos dirigimos al coche.

Al salir al exterior de la iglesia una bofetada de aire helado me dio en el rostro. Lo agradecí. Respiré hondo el ambiente invernal manteniendo el paso apresurado.

De lejos pude ver a Rachid que caminaba desesperado de un lado a otro frotándose las manos. El vaho le salía de la boca en su respiración acelerada y de vez en cuando se acercaba las manos a la cara para exhalar algo de calor sobre ellas.

Cuando nos vio salió a nuestro encuentro con los brazos abiertos y con una expresión de alegría mezclada con el susto que todavía debía de llevar en el cuerpo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Bendito Dios! —Cuando llegó hasta nosotros no nos paramos y continuamos caminando con prisa hacia el coche—. Creí que no os volvería a ver. ¿Qué os ha pasado? Lleváis más de tres horas ahí dentro. Iba a marcharme ahora mismo a esa dirección que me diste. Estaba muy preocupado; he oído por la radio que hay un aviso de bomba en el archivo del Vaticano.

Giuliano se detuvo en seco cuando oyó aquello. Miró a Rachid y sonrió con expresión sarcástica.

—¿Una bomba? —Movié la cabeza de un lado a otro iniciando la marcha de nuevo—. Son increíbles. ¡Vayámonos de aquí! No hay tiempo que perder. Nos van a buscar por toda Roma.

Ya sentada en el coche respiré profundamente. El corazón había estado a punto de estallarme cuando oímos las voces. Nos habíamos quedado inmóviles ante la caja de cartón que mantenía Giuliano en las manos después de extraerla del lugar en el que yo la había descubierto. Allí estaban los bifolios perdidos durante tantos siglos; los tenía delante de mí a la luz de las tinieblas de un lugar mágico, el archivo secreto del Vaticano; jamás lo hubiera pensado. Absortos en nuestros pensamientos nos había cogido totalmente desprevenidos un ruido seco y fuerte; de inmediato oímos voces y los ladridos de una jauría de perros. Giuliano se incorporó y me gritó: «¡Nos han descubierto!». A partir de ahí había sido una carrera contrarreloj. Habíamos regresado al lugar por donde accedimos al archivo. Cuando nos introducíamos por la pared que daba a los pasadizos pensé que allí estaríamos a salvo. Pero Giuliano me sacó de mi error: «No estoy seguro

de que ignoren la existencia de este paso. Por lo tanto, debemos correr lo más rápido que podamos y confiar en que nosotros sepamos elegir el camino más corto».

Efectivamente, después de correr durante unos minutos en silencio oyendo únicamente nuestras pisadas, el sonido de los perros en la lejanía nos indicó que habían encontrado la forma de entrar en aquellos corredores. No nos quedaba más remedio que ser más rápidos y más hábiles que ellos.

«Por esta vez lo habíamos conseguido —pensé—. ¿Y la siguiente? ¿Conseguiremos salir vivos de la siguiente?»

Cuando llegamos a casa de Giuliano, nos esperaba un hombre que abrió de inmediato la puerta de entrada al inmenso jardín que precedía la casa. Se acercó deprisa al coche y le dijo algo en italiano.

—La policía está de camino —dijo sin volverse y con expresión preocupada—. No hay tiempo que perder. ¡Tenemos que irnos ahora!

Entramos en los jardines, detuvo el coche y, sin darnos tiempo a reaccionar, salió y nos hizo un gesto para que le siguiéramos. Precedidos por el hombre que nos había recibido, anduvimos a través de una arboleda del jardín hasta que llegamos a una extensa explanada. La noche era fría y oscura. No llovía, pero la humedad ambiental era muy alta y la niebla se aferraba al verdor del suelo.

Caminamos en silencio. Yo llevaba en mis brazos la caja de cartón que me había cedido Giuliano al entrar en el coche; Rachid se había encargado de la cartera con el pergamino y los códices que le había entregado la persona que nos había abierto la puerta, y éste llevaba nuestro escaso equipaje. Comprendí que todo estaba perfectamente coordinado.

Entonces vi la silueta de aquel aparato en medio de la pradera: era una avioneta pequeña. El hombre al que seguíamos se subió con mucha agilidad, abrió la portezuela y nos indicó que entrásemos. No lo pensé. No podía pensar. No había tiempo para temores o dudas. Era necesario seguir.

Giuliano y el hombre se situaron en los mandos mientras que Rachid y yo nos colocamos en unos incómodos asientos en la parte trasera de aquella avioneta. Nos sujetamos el cinturón de seguridad y en pocos minutos estábamos volando.

—¿Adónde vamos? —pregunté a voces a Giuliano, debido al ruido ensordecedor que provocaba el motor.

—A Nápoles —dijo volviéndose un poco para que le pudiera oír mejor—. Allí nos esperan con otro avión para volar hacia Damasco. Con éste no podríamos llegar, pero no nos ha quedado más remedio; la policía nos busca, nosotros somos los sospechosos de terrorismo.

—¿Por qué? ¿Qué hemos hecho?

Se volvió hacia mí con gesto de sorpresa.

—¿Te parece poco entrar en los archivos secretos del Vaticano?

—¿Y cómo saben que hemos sido nosotros?

—Lo saben, Laura, lo saben.

No volvimos a hablar hasta que llegamos a Nápoles. Rachid me miraba de vez en cuando y tocaba la caja de cartón que contenía los bifolios. Era una simple caja amarillenta por el paso del tiempo, cerrada con una cinta atada con varios nudos. No era muy grande y su anchura no llegaría a cinco centímetros. Rachid me sonreía, sabía lo que estaba pensando. Ambos estábamos deseando llegar a algún lugar tranquilo para sacar aquellos pergaminos y saber cuál era su contenido. Pero para eso tendríamos que esperar.

Cómo puede cambiar la vida de una persona en tan poco tiempo. Hacía menos de un mes el único sobresalto que alteraba mi vida era no haber oído el despertador y tener que levantarme deprisa y corriendo para no llegar tarde a la universidad; o que alguno de mis alumnos me chantajease moralmente en mi despacho con que yo podía arruinar su vida si mantenía el suspenso en su examen. Sin darme cuenta pasaba los días llenos de tedio y hastío, agarrada a la estabilidad de una vivencia vacía y anodina. Esa aparente seguridad me había encerrado en un mundo limitado, con todo controlado y preestablecido. Pero ahora, en las últimas semanas, todo había cambiado; mi identidad, mi forma de vida, mis sentimientos, todo mi mundo anterior se había esfumado y estaba segura de que nunca volvería a ser igual, sencillamente porque ya no me consideraba la misma persona. Me miraba por dentro y no me reconocía; o tal vez era antes cuando desconocía quién era yo; tal vez no quería afrontar los cambios, los riesgos de una existencia realmente comprometida con vivir, con respirar por una causa, por la búsqueda de un sueño.

Eso es lo que estaba haciendo en aquella endeble avioneta que se movía a expensas del viento y que me trasladaba a un destino incierto. Pero por primera vez estaba buscando un sueño; quería encontrar el lugar del que se hablaba en el interior de aquella caja de cartón que Rachid acariciaba con anhelo; un lugar cuyo rastro se había perdido hacía más de siete siglos por el silencio de la muerte; un lugar que cambiaría todo lo que yo era, todo lo que pensaba y lo que me habían enseñado.

Sonreí para mí misma. Me sentía plena, situada en mi lugar; por fin tenía la sensación de que estaba en el sitio en el que debía estar.

Miré a través de la ventanilla y pude ver las luces de una ciudad en el momento en que Giuliano se volvió y nos indicó que estábamos llegando a Nápoles.

Al bajar de la avioneta dos hombres y una mujer nos esperaban con cara de preocupación. Giuliano habló con ellos un momento. Rachid me miró y torció el gesto.

—Parece que tenemos a toda la policía italiana detrás de nosotros —me dijo despacio acercándose a mi oído.

—Nos vamos a Damasco —dijo Giuliano volviéndose hacia nosotros—. Las cosas se han precipitado. Saben que hemos dado con los bifolios. Debemos darnos prisa. —Comenzó a caminar, Rachid y yo iniciamos la marcha situándonos junto a él—. Laura, ¿crees que en tres horas podrás transcribir el contenido de esos pergaminos? —Me hizo una seña hacia la caja que llevaba aferrada a mi pecho.

Me quedé algo sorprendida y no supe responder de inmediato.

—¿Podrás? —repitió impaciente.

—Yo te ayudaré, Laura —dijo Rachid—. ¡Podremos! ¡Claro que podremos! ¿No es cierto?

Me asomé por delante de Giuliano y vi a Rachid mirándome con una sonrisa que me enterneció. Aquel hombre tenía algo especial, un buen hombre que vivía en busca de una verdad, de un sueño que perseguía desde que era adolescente.

—¡Eso está hecho! —contesté devolviéndole la sonrisa—. No hay problema.

Al volver la vista al frente, a la tenue luz de la luna y en medio de una explanada, pude ver la silueta de un avión de mayor tamaño que el aparato que nos había llevado hasta allí. Oí el ruido de los motores en marcha. Un hombre de uniforme nos esperaba al pie de la escalerilla. Saludó cordialmente a Giuliano y, con una ligera inclinación de cabeza, nos sonrió a Rachid y a mí.

De inmediato nos metimos en el avión siguiendo a Giuliano. El interior era espectacular. Me encontraba en uno de esos aparatos privados que sólo usan los grandes ejecutivos y la gente con mucho dinero. Era como el salón de un elegante piso. No le faltaba detalle. Lo único que me hacía recordar que nos encontrábamos en un avión eran las ventanillas.

Nos acomodamos en los asientos, amplios y cómodos, que invitaban al descanso mientras que Giuliano hablaba sin parar con la mujer que nos había recibido. Parecía que le estaba dando explicaciones. Le entregó un sobre que Giuliano recogió. La mujer hablaba y hablaba, y Giuliano afirmaba con un gesto concentrado en no perder detalle de las instrucciones que le daba.

Me quedé observando a aquel hombre, de edad avanzada, que aún conservaba el porte de apuesto galán que debió de tener con algunos años menos. Había sustituido su elegante traje del día anterior por unos vaqueros y un jersey de un azul intenso que le hacía aún más interesante.

Los motores comenzaron a rugir con más fuerza; el sonido hacía que los que hablaban levantasen la voz. Observaba cómo varios hombres entraban y salían deprisa llevando nuestro equipaje, cajas y otras cosas. De pronto, todos desaparecieron. Giuliano se despidió de la mujer que, antes de salir, también se volvió hacia mí, me dedicó una amplia sonrisa y me hizo un gesto con la mano para despedirse. Se lo devolví y desapareció.

Nos quedamos los tres solos en el compartimento y noté que nos movíamos. En pocos minutos estábamos en vuelo y el ambiente se relajó entre nosotros.

—¿Os apetece algo de comer? —preguntó Giuliano amablemente.

Una azafata uniformada y de figura espectacular apareció por la parte trasera y nos sirvió unos refrescos y una comida fría, que Giuliano y yo comimos con ganas. Rachid, sin embargo, pidió un café caliente y no tomó nada más.

En menos de diez minutos habíamos devorado el tentempié y sobre la mesa sustituimos las bandejas de la comida por la caja de cartón.

Fui yo la que abrí aquella caja. Tengo que reconocer que me temblaba todo el cuerpo. Era una sensación extraña, como si mis manos no fueran mías. Una vez abierta la solapa de cartón saqué lentamente su contenido. Había un silencio sólo roto por el ruido de los motores, que insonorizaba los latidos de mi corazón, acelerado de tal forma que me vi obligada a respirar profundamente para tranquilizarle.

Con sumo cuidado deposité sobre la mesa un trozo de piel de becerro, enrollado sobre sí mismo y atado con una tira de cuero, que apareció por la abertura de la caja de cartón. Quité el nudo y desenrollé los pergaminos con tal meticulosidad que las manos de Giuliano se movían nerviosas en un gesto inconsciente de querer tocarlo y abrirlo él. Pero no lo hizo. Ninguno de los dos hombres que estaban conmigo tocó y ni siquiera se acercó a esos pergaminos mientras los estaba manipulando para dejarlos ante nuestra vista.

Allí estaban. Eran cuatro bifolios de piel de becerro, lo que suponía ocho hojas y dieciséis páginas. Tenían las mismas características y textura que el resto del código que se había encontrado en las Huelgas, con el que ya tenía contacto desde hacía diez años.



En cuanto los tuve desplegados pude ver que se trataba de los dos últimos capítulos de la declaración del caballero templario Jean de Voisins, recogida por los dominicos que le interrogaron sobre los oscuros fines de la orden a la que pertenecía.

El silencio era estridente entre nosotros. El zumbido de los motores dejaba hueco el vacío de palabras. Los dos hombres observaban cada uno de mis movimientos, lentos y concienzudos. Llevaba diez años buscando aquellos trozos de piel escrita; pensé entonces que habían sido buscados desesperadamente por muchos otros a través de los siglos y que, a muchos de ellos, esa búsqueda les había costado la vida. El corazón me dio un vuelco; se me vinieron a la memoria, como si de flashes se tratase, los rostros de mis padres, de Armando Dorado, de Francesca. Ellos habían muerto por esos pergaminos, y ahora yo los tenía delante de mí. Me acordé de Carlos, «él debería estar aquí —pensé con rabia—, no es justo que ahora, cuando por fin los tenemos, él se encuentre en una prisión de Roma acusado de un delito que no ha cometido».

Giuliano fue el primero que reaccionó. Sacó unos folios y un par de bolígrafos y los puso sobre la mesa.

—Es necesario que comencemos ya, Laura, tenemos que conocer su contenido cuando lleguemos a Damasco. A partir de ahora no podemos equivocarnos, ni una sola vez... —me miró con gesto serio—; cualquier error nos podría costar la vida.

Afirmé con la cabeza. Apreté los labios y me dispuse a transcribir aquellas líneas escritas del mismo modo que el resto del códice que hallamos en las Huelgas; letra gótica cursiva de traza excelente.

Estuvimos trabajando sin descanso durante más de dos horas. Rachid tuvo que dejar la transcripción al cabo de un rato porque sus ojos se negaron a continuar con semejante esfuerzo de fijación. A partir de entonces realicé sola la transcripción, mientras que Rachid y Giuliano traducían lo ya transcrito del latín al castellano. Les había pedido que no lo hiciesen al italiano y ellos estuvieron de acuerdo.

Mis ojos se resentían con las últimas páginas y de vez en cuando me veía en la necesidad de parar, bajar los párpados y sentir que los ojos se lubricaban antes de volver a la tarea.

Cuando la azafata entró para avisarnos de que estábamos a punto de aterrizar en Damasco era totalmente de día. El vuelo había transcurrido en un

suspiro. Estuve tan concentrada en aquellos bifolios que ni siquiera me había dado cuenta de que hacía un buen rato que había amanecido.

Justo cuando comenzamos a descender terminé de transcribir la última línea. Rachid y Giuliano iban más deprisa y esperaban a que yo terminase mi trabajo para proceder a la traducción. Les entregué el último folio y me eché hacia atrás para cerrar los ojos de nuevo y descansar. Sentí el descenso del avión, el sonido de los motores; oía a Rachid y a Giuliano que hablaban en italiano entre ellos discutiendo sobre algo, miraban los pergaminos y señalaban un símbolo extraño que había en cada una de las páginas. No presté atención a su enconada conversación, me encontraba demasiado cansada. Por unos instantes, me desconecté del mundo que me rodeaba. Había sido una noche agotadora y de repente me sentí profundamente fatigada. Dejé que mi cuerpo y mi mente se relajasen mientras notaba el descenso del aparato; de pronto un golpe seco me hizo abrir los ojos. Habíamos tomado tierra y el aparato corría a lo largo de la pista. Miré por la ventanilla y me di cuenta de que no estábamos en un aeropuerto internacional.

Giuliano y Rachid se habían quedado callados, Rachid miraba las hojas traducidas con curiosidad mientras Giuliano abría el sobre que le había dado la mujer en Nápoles antes de despegar.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En Siria.

—Pero esto no es un aeropuerto internacional.

—Por supuesto, Laura, ¿qué quieres? ¿Que pasemos por todos los controles oficiales de Siria para que se entere todo el mundo de que hemos llegado? Es un aeródromo particular, estamos a cuarenta kilómetros al sur de Damasco.

Mientras hablaba, sacó del sobre unos pasaportes y otros papeles.

—Éste es tu nuevo pasaporte, Laura —me dijo abriendo uno de ellos—, tu nombre para Siria y Jordania será Ana Garrido Montes, y éste será el tuyo Rachid, ahora te llamas Jorge Abad Manrique.

Nos entregó los pasaportes justo en el instante en el que el avión quedaba totalmente parado. Recogimos con cuidado todo lo que había encima de la mesa. Giuliano había sacado una cartera de piel para guardar los bifolios, desechando la caja de donde los habíamos sacado. Rachid se encargó de guardar los folios con la traducción de su contenido.

—¿Qué viene a decirnos el caballero traidor? —le pregunté con curiosidad cuando nos levantamos.

—Lo que he estado buscando durante años, Laura —dijo mientras me sonreía satisfecho—; la confirmación de que el Gran Arcano existe, y vamos a su encuentro.

Noté una chispa en sus ojos, estaba sonriente, ilusionado como nunca. Le vi satisfecho.

—En el coche que nos va a llevar hasta Damasco te contaremos —me dijo Giuliano mientras me invitaba a salir del avión.

Había concentrado todo mi interés en la transcripción del texto sin prestar demasiada atención a su contenido. Hubiera sido un sobreesfuerzo que no podía permitirme por la prisa con la que debía hacer el trabajo y el cansancio que llevaba encima. Por lo tanto, mientras transcribía, no pensaba en lo que desbrozaba en latín, a pesar de que a veces tenía la tentación de traducir los apuntes que sacaba del texto.

Cuando salimos al exterior el sol me cegó durante unos instantes. Hacía un día espléndido y la temperatura era bastante agradable.

Nos esperaba un coche con un hombre al volante y, después de despedirnos de la tripulación que nos había llevado hasta allí, Rachid y yo nos metimos en la parte trasera y Giuliano se sentó junto al conductor. Hablaron en árabe; intercambiaron varias frases y luego Giuliano se volvió hacia nosotros.

—Las cosas marchan bien por ahora. Creen que todavía no hemos salido de Italia y nos siguen buscando allí. Os diré adónde vamos y qué haremos a partir de este momento: nos dirigimos a Damasco. Esta noche nos hospedaremos en el hotel Carlton. Mañana nos uniremos a un grupo de ocho turistas que vienen de recorrer Siria y se disponen a pasar a Jordania, nuestro destino —me sonrió con complicidad—; seremos compañeros de trabajo en viaje turístico. Vivimos en Madrid y somos médicos.

—¿Médicos? —pregunté extrañada.

—Sí, médicos. Laura, vamos a tener que convivir con esta gente todo un día y es conveniente que sepamos un poco quiénes somos.

—¿Por qué médicos? ¿Por qué no decir lo que somos?

—Laura, no querrás contar, así de sopetón, que somos historiadores en busca de la tumba de Jesús de Nazaret y del Libro sellado de Daniel para conocer el futuro que le espera al mundo. —No esperó respuesta—. En cuanto a los nombres, no importa demasiado —continuó Giuliano—, estoy seguro de que en pocas horas no nos acostumbraríamos a llamarnos por los nombres de los nuevos pasaportes y, en realidad, ellos no tienen por qué ver la identidad que hay

en los documentos. Para vuestra información, el guía que acompaña al grupo es de los nuestros, al igual que el conductor que nos llevará por Jordania. Actuad como turistas, con total naturalidad. Hemos investigado a nuestros ocho compañeros de viaje y no hay ningún problema con ellos. Se trata de dos matrimonios, dos mujeres jóvenes profesoras de francés y dos viudas de unos cincuenta años.

—Pero ¿cuál es nuestro destino? —pregunté—. ¿Ya conocemos el lugar?

Giuliano y Rachid se miraron y sonrieron con complicidad.

—Vamos a Petra —dijo Rachid—, según lo que hemos sacado de los bifolios, el Gran Arcano se encuentra en la ciudad de Petra.

—¿Cómo lo habéis sabido exactamente?

Giuliano se volvió aún más hacia mí.

—En el manuscrito que os llevó Francesca dice que el cuerpo estaba enterrado «*bajo el umbral de las siete*» —dijo Giuliano—. Sabíamos que la zona era el sur de Jordania, en algún lugar del antiguo reino nabateo; pero no pudimos descifrar a qué se refería ese umbral de las siete. En un principio buscamos durante años en la llamada colina de las siete columnas, un lugar cercano a Wadi Rum. La búsqueda fue inútil. Nos faltaba alguna clave, alguna señal que sabíamos que se encontraba escrita en estos bifolios.

—¿Y de qué lugar se trata exactamente? —inquirí con curiosidad.

—El contenido de estos pergaminos se refiere a lo que Jean de Voisins relató a los dominicos; de cómo había pasado a formar parte del círculo interno de la orden en 1301, cuando, a la muerte de su compañero, éste le eligió para entregarle la custodia del secreto del Gran Arcano. Por lo que contó el caballero a los inquisidores, nunca llegó a creer que Jesús no hubiera resucitado y que su cuerpo se hallara enterrado en algún lugar del reino nabateo. No sabemos si fue una medida de defensa frente a sus torturadores o si, realmente, pensaba que todo era una farsa; el caso es que, si tuvo dudas, nada le dijo a su compañero, aceptando en su lecho de muerte ser uno de los portadores del secreto.

»Hace referencia, además, a que, de los nueve caballeros fundadores de la orden que se hacían llamar de los Pobres Caballeros de Cristo, cuatro de ellos formaban parte de la estirpe sagrada que se decía descendiente de Jesucristo. Estos hombres acudieron a Tierra Santa para desenterrar el Libro sellado de Daniel que se encontraba oculto bajo el antiguo Templo de Salomón en

Jerusalén. Todos ellos, que descendían del Maestro, se encargaron de transportar el Libro hasta el Gran Arcano, el lugar donde se encontraba la tumba del Maestro, que es como llamaban a Jesús de Nazaret.

—Después —continuó Rachid interrumpiendo impaciente a Giuliano—, les contó la historia de lo que ocurrió el día de la muerte de Jesús en la cruz y durante las horas posteriores. Él puntualiza, según el dominico que escribe, que esa historia se cuenta de generación en generación de forma oral a los hijos primogénitos de determinadas familias. Es la misma historia que has leído en el cuaderno que yo te dejé.

—¿Eso es todo? ¿Y el lugar donde se encuentra el Gran Arcano? ¿Es que no lo dice? —Estaba impaciente por conocer el lugar exacto.

—Como nos temíamos —contestó Giuliano—, lo dice a medias. Al final de su confesión los dominicos recogen una frase que para ellos, según lo manifiesta el propio escribiente, puede ser el lugar donde se halla escondida la clave para destruir todo lo que se daba por sabido hasta aquel momento. Imagínate por un instante lo que pudo pasar por la mente a aquellos tres monjes del siglo XIV al oír semejante historia. Tenían en sus manos la información necesaria para acabar con una mentira monumental e histórica. Sin embargo, también debieron de pensar en lo peligrosa que era aquella información. Estoy seguro de que su mente sería un laberinto de ideas contradictorias sobre lo que deberían hacer.

Estuvimos unos instantes callados. Parecía que Rachid y Giuliano se habían trasladado a otro tiempo. Pero yo no quería moverme del presente.

—Me imagino que debió de ser una situación muy confusa, pero ¿y el lugar? ¿Y el sitio donde debemos buscar? —Mi insistencia se hizo impertinente.

Rachid sacó uno de los folios donde habían escrito la traducción y leyó en voz alta y lenta, casi solemne, una frase mientras se ajustaba las gafas: «El nacimiento del sol iluminará con sus rayos el águila, entonces su sombra te indicará el lugar exacto del Gran Arcano».

Nos quedamos en silencio. Ambos me miraban esperando alguna reacción por mi parte.

—¿No lo entiendes, Laura? —continuó Rachid al comprobar que nada decía—. En el pergamino de Francesca se habla del umbral de las siete.

Afirmé sin dejar de mirar fijamente a Rachid.

—Los bifolios explicaban que, cuando los rayos de sol iluminen el águila, su sombra nos indicará el lugar donde se encuentra la tumba. —Hablaban con un entusiasmo desbordante, pero yo no acababa de entender qué era lo que me

quería indicar.

Al ver mi rostro concentrado fijamente en él sin que reaccionase ante sus palabras, Rachid pidió a Giuliano la cartera de piel donde se encontraban los bifolios. Abrió lentamente la solapa y pasó una a una cada página, señalándome la parte superior derecha donde se podía ver un dibujo en forma de copa muy esquematizada. Sin decir nada, Rachid pasaba una y otra página mostrándome el mismo símbolo hasta un total de siete. Había reparado en ellas durante la transcripción sin darle ninguna importancia, pensando que se trataba de un simple adorno.

—¿Lo entiendes ahora, Laura?

Me sentí como una estúpida. No sabía qué era lo que Rachid me quería decir y, aunque me esforzaba por comprender sus insinuaciones, mi mente no estaba en condiciones de pensar con claridad. El cansancio me asaltaba y la cabeza empezaba a dolerme, clamando por un rato de descanso en horizontal, en la oscuridad y en silencio.

—Rachid, no puedo entenderlo, no tengo capacidad para entenderlo ahora mismo. ¡Te ruego que me lo digas de una vez! —le supliqué.

Rachid me miró incómodo. No se había dado cuenta que había forzado demasiado la situación. Me pidió disculpas y empezó a explicarme.

—El pergamino que Francesca te hizo llegar hacía referencia al umbral de las siete, en los bifolios hay siete copas dibujadas en siete páginas, y, al final, cita el sol que ilumina el águila y que su sombra nos indicará el lugar. Creemos... — miró a Giuliano y luego volvió a concentrar su atención en mí—, bueno, yo creo o estoy casi seguro de que el lugar exacto es el Jazneh Firaum, el «Tesoro del Faraón», en Petra.

—Y yo creo que puedes tener razón, Rachid —interrumpió Giuliano dedicando una mirada cómplice a Rachid—, aunque habrá que comprobarlo.

—¿La fachada del Tesoro? —Mis ojos iban de uno a otro con incredulidad—. ¿La que se encuentra al final del Siq, del famoso desfiladero?

Ambos afirmaron con una sonrisa de satisfacción.

—La idea de Rachid no es descabellada —intervino Giuliano—; verás, la fachada tiene un águila y en el friso hay dibujadas siete copas. Además, el sol al amanecer da directamente en ella. Ahora tenemos que comprobar dónde queda la sombra del águila, para saber el lugar en que se encuentra el Gran Arcano.

No me lo podía creer.

—¡Pero si es un lugar visitado por millones de personas! ¿Cómo va a estar

allí el Gran Arcano?

—Piensa una cosa, Laura —dijo Rachid—, a partir de su declive en el siglo iv, la ciudad de Petra cayó en el olvido durante más de mil años hasta que fue descubierta a principios del siglo xix. Durante siglos fue una zona desconocida para el mundo, ocupada por los beduinos que vivían en sus alrededores. Además, el nombre del Tesoro se atribuye, según la tradición, a que los beduinos pensaban que en la urna que se puede ver en lo alto había un tesoro escondido y, en realidad, no andaban muy desencaminados, ¿no crees?

—Además, no podemos olvidarnos de que las construcciones de Petra eran tumbas.

—¡Es sorprendente! —No me lo podía creer, un lugar tan visitado, tan fotografiado—. ¡Es sencillamente sorprendente!

Atravesamos Damasco en completo silencio agotados por la tensión de tantas emociones. Era una ciudad bulliciosa, llena de hombres oscuros y grises. Las pocas mujeres a las que pude ver iban cubiertas por largos abrigos que ocultaban su cuerpo; su cabeza la tapaban con un pañuelo que sólo dejaba ver su rostro. En una de las calles más transitadas, caminando con bastante dificultad, pude ver a una mujer que llevaba una horrible túnica negra que la cubría completamente, incluso las manos las llevaba tapadas con guantes negros. Su rostro también quedaba oculto tras un tupido velo de tul negro. Caminaba con lentitud y torpeza porque tenía limitada la visión y, a veces, se veía obligada a alzarse ligeramente aquel trapo infame para saber dónde debía poner sus pies y evitar un tropiezo o una caída. No podía comprender cómo era posible vivir así. Mi cultura y mi forma de pensar me impedían admitir semejante situación. La observé a través de la ventanilla mientras avanzábamos lentamente en aquel gigantesco atasco. Llegamos a su altura y el coche se detuvo junto a ella. Noté que su rostro se volvía hacia mí. Entre los tules de su velo pude entrever sus ojos y su boca. Era una mujer joven, podría ser de mi edad. Instintivamente la sonreí, no sabía exactamente por qué, pero le dediqué una sonrisa. Ella ralentizó su paso aún más. Nos separaba un espacio de menos de un metro. Vi cómo su mano me hizo un ligero gesto y, detrás del velo, me pareció apreciar una respuesta a mi sonrisa. Mi mano se posó en el cristal. Por un momento pensé que esa mujer quería decirme algo; pero pronto tuve que volver a la realidad. Un hombre le dio un empujón que a punto estuvo de tirarla delante de las ruedas del coche. Al

recomponer la postura, la mujer volvió la mirada furtiva hacia mí y siguió su camino, el camino negro de una sombra negra. El hombre que la había empujado me dedicó un gesto grosero y descarado. Sus ojos se clavaron en mí con odio. Me retiré de la ventanilla y miré hacia otro lado.

Cuando el coche inició la marcha pensé en el abismo que nos separaba a esa mujer y a mí; las diferencias en las culturas, en las religiones o en las ideas pueden llegar a separar mundos de una forma insospechada.

Con la amarga sensación de la injusta manipulación de la religión y las creencias, llegué, junto a Rachid y Giuliano, al hotel Carlton. Cuando entré en la habitación, dejé sobre una de las camas mi equipaje, me tumbé sobre la otra y, sin apenas darme cuenta, caí en un profundo sueño. Estaba agotada.



Sentí cómo los brazos de Wasef me envolvían y me llevaban a través del desierto. Estaba volando. Sentía el viento en mi rostro, el aroma dulce de su piel a mi lado. De repente, unos golpes me arrancaron de mi placentero sueño. Por unos instantes me quedé desconcertada, mirando a mi alrededor sin saber exactamente dónde me encontraba. Me había dormido de día y ahora la penumbra de la noche lo envolvía todo; la habitación estaba iluminada únicamente por la tenue luz que entraba por la ventana. De nuevo, unos golpes secos en la puerta. Comprendí que eso era lo que me había arrebatado de mi dulce sueño. La voz de Giuliano, fuerte y enérgica, se oyó al otro lado de la puerta.

—¡Laura! ¡Laura! ¿Estás bien?

Me levanté a trompicones. Todavía estaba desconcertada y mi falta de equilibrio dificultaba mi caminar.

—Ya voy.

Abrí la puerta y Giuliano me sonrió.

—¡Realmente tenías sueño! —dijo con una mueca de satisfacción al ver mi melena desaliñada, la camisa por fuera de los pantalones y descalza.

—He dormido como un mirlo. —Me di la vuelta y me metí de nuevo en la habitación intentando encontrar el interruptor de la luz.

—¿Vas a bajar a cenar?

—¡Claro! Estoy hambrienta. ¿Qué hora es?

—Las diez de la noche aquí en Damasco, hora de cenar en cualquier parte del mundo.

—Me doy una ducha y bajo en veinte minutos.

En la cena, Giuliano me informó de que habían dejado en libertad a Carlos, pero le habían prohibido salir de Roma en los quince días siguientes.

—¿Está bien?

—Bueno, no he hablado con él. Sería una temeridad. Pero creo que está muy enfadado.

—¿Enfadado por qué?

—Ha sido informado del hallazgo de los bifolios y de que hemos tenido que dejar Roma. El rumbo que hemos tomado lo desconoce. Pero, según creo, repite una y otra vez que él debería estar con nosotros.

—Y tiene razón. Debería estar aquí. Es injusto lo que le ha pasado.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, pero me temo que no podemos hacer nada por ahora.

Rachid apareció cuando ya estábamos cenando. Apenas probó bocado. Estaba pálido y cansado a pesar de que insistía en que se encontraba bien.

—No me trates como a un viejo, Giuliano, tengo menos años que tú.

—Pero no te cuidas tanto —bromeó Giuliano.

—Han sido demasiadas emociones en muy pocos días —dijo Rachid dando un profundo suspiro—. Es todo tan increíble...

Su mirada se quedó perdida en la nada. Sentía por aquel hombre una ternura especial; su aspecto era tan frágil que tendía a intentar protegerle y cuidarle como si se tratase de uno de esos abuelos entrañables. La enfermedad que había atacado el organismo de Rachid y la falta de descanso y alimento adecuado le habían hecho más endeble y vulnerable en los últimos días. El contraste con Giuliano, de mayor edad pero con una fuerza arrolladora, era enorme.

—Come algo, Rachid, de lo contrario caerás enfermo de nuevo. Y yo te necesito. No puedes fallarme ahora, tú no, Rachid, por favor, come algo. — Agarré su mano con la mía y le sonreí.

—¡Está bien! ¡Está bien!

Pidió un caldo caliente y lo tomó con dificultad. Su aspecto no era muy bueno aquella noche y estoy segura de que no se encontraba bien, aunque por nada del mundo lo admitiría.

En una mesa algo más alejada, ocho personas reían sonoramente. Me volví y pude oír que hablaban en castellano.

—¡Son españoles! —le dije sonriendo a Giuliano.

—Son nuestros compañeros de viaje. Les conoceremos mañana. Ahora será mejor que vayamos a descansar. Nos queda un largo viaje y no sabemos lo que nos espera en Petra.

Después de indicarnos que debíamos estar preparados con el equipaje a las siete de la mañana, nos despedimos y me encerré en mi habitación.

Me acerqué a la ventana y la abrí. La temperatura era agradable. Me encontraba en un sexto piso y la vista que se extendía ante mis ojos era un mar de luces de colores. Damasco no es una ciudad de edificios muy altos. Podía oír el bullicio urbano que envolvía el silencio de una noche completamente estrellada. No tenía sueño, había dormido toda la tarde y estuve mucho rato pensando y mirando sin ver nada. Entonces comenzó ese sonido mágico que envuelve el mundo musulmán cada cierto tiempo a lo largo del día; el canto del muecín llamando al rezo iniciaba unos minutos llenos de misterio. En unos instantes, cientos de mezquitas a lo largo y ancho de toda la ciudad comenzaron a lanzar al viento el canto armonioso: «*Allahu Akbar*», Alá es el más grande, repetido una y otra vez como si quedase suspendido en el aire.

Me dejé envolver por aquel sonido embriagador constante en el horizonte, mientras agarraba con fuerza el colgante de mi cuello. Cerré los ojos y sentí una extraña sensación de paz. Pero, cuando acabaron los cantos, un soplo de viento helado hizo que me estremeciera. Abrí los ojos y tuve el presentimiento de que alguien me estaba observando desde algún lugar de aquella ciudad. El corazón se me aceleró. Cerré la ventana y corrí las cortinas. Me encontraba tiritando de frío. Tumbada sobre la cama me acurruqué sobre mí misma y volví a agarrar con fuerza la piedra roja que colgaba de mi cuello.

Caí dormida de inmediato pero recuerdo perfectamente los sueños que me acuciaron: corría desesperadamente por un lugar inhóspito, bajo un sol abrasador; los ladridos de unos perros me seguían, oía voces a mis espaldas pero al volverme no veía a nadie. Estaba sola en medio de un desierto inmenso. Tenía sed y el sudor empapaba todo mi cuerpo. Seguía corriendo sin parar hacia ninguna parte hasta que, de repente, un profundo precipicio se abrió bajo mis pies. No pude evitar la caída. El silencio se impuso a los ladridos y las voces. Seguía cayendo al vacío, un vacío sin final, del que nunca llegaba a ver el fondo. Entonces me di cuenta de que volaba, abrí mis brazos y dejé que el aire rozara mi rostro suavemente, y la angustia se tornó tranquilidad. Fue entonces cuando desperté con el sonido constante del teléfono que me indicaba la hora de levantarme.

Me quedé con los ojos abiertos mirando hacia el techo de mi habitación. Al incorporarme, vi mi móvil apagado sobre la mesilla. Lo cogí y puse mis dedos sobre la tecla de encendido, pero lo tiré sobre la cama. No podía hacerlo. No

podía llamar a Carlos y decirle todo lo que estaba pasando. Me sentía culpable de la situación. No debí haberle dejado marchar. Tenía que haber ido tras él. Pero si utilizaba el móvil ahora, lo detectarían de inmediato. No podía hacerlo. «Lo siento Carlos —pensé—, lo siento mucho, espero que algún día me perdones.»

A las siete de la mañana nos acomodábamos junto a los ocho turistas españoles en un microbús. El viaje iba a ser largo. Nuestro guía, Ahmed, nos explicó que pasaríamos la frontera hacia Jordania en una hora y media aproximadamente. Debíamos tener preparados los pasaportes y los visados que probaban que habíamos entrado en el país legalmente. El almuerzo se haría a orillas del mar Muerto, situado a cuatrocientos veinte metros por debajo del nivel del mar. A Petra llegaríamos a media tarde. Después de estas explicaciones nos presentó al resto del grupo.

Rachid y Giuliano se habían sentado en la parte trasera del autobús, y yo me encontraba sola en mi asiento, separada por el pasillo de una de las mujeres jóvenes del grupo de turistas. Cuando se presentó se levantó amablemente y me dio dos besos, al igual que hizo con mis dos acompañantes. Era una mujer de mi edad, morena, de pelo rizado y ojos muy verdes. En cuanto se acercó a mí me vino a la memoria mi amiga de adolescencia, y cuando me dijo su nombre mi corazón se quedó paralizado: ¡Verónica! Era como si la estuviera viendo con quince años más: sus ojos verdes, su rostro lleno de ternura, su sonrisa. Me pareció estar contemplando la imagen de un ángel.

Comenzamos a charlar y al cabo de unos minutos se sentó a mi lado. Descubrimos que teníamos muchas cosas en común. Me vinieron recuerdos de mi adolescencia: las noches enteras hablando en la habitación del internado, las risas, las escapadas. «Es un ángel», pensaba mientras la escuchaba. Su vida tampoco había sido nada fácil: su marido había muerto hacía seis años; su ausencia la dejó en la más absoluta desesperación y durante meses fue un autómata que tan sólo sobrevivía. Gracias a sus amigos salió adelante, y con el tiempo compartió de nuevo su vida y sus ilusiones con Julián, uno de esos amigos.

Apenas me enteré del trayecto hasta la frontera, absorta en la conversación. Hablando con aquella mujer casi había olvidado quién era yo y lo que me traía entre manos.

El autobús se paró frente al edificio de control policial de Siria. Ahmed se apeó con nuestros pasaportes y nuestros visados. El resto del grupo reía y comentaba su viaje por aquel país, pero nosotros nos dedicábamos miradas furtivas, con cierto temor por el resultado de las falsificaciones de los documentos.

Giuliano estaba serio y tenso, con la mirada puesta en la puerta del edificio por donde había desaparecido Ahmed. Pasaron más de quince minutos. El grupo había salido del microbús y se hacían fotos aquí y allá, entre risas y bromas. Giuliano estaba preocupado. Se lo noté porque tenía los labios cada vez más apretados, y no dejaba de moverse y mirar el reloj.

—¿Ocurre algo?

—Tardan demasiado.

Cambió su cara cuando vio salir a Ahmed. Le acompañaban dos policías sirios. Sus ojos se abrieron como si se le fueran a salir de las órbitas.

—Tranquilos, ¿me oís? Muy tranquilos —nos dijo tenuemente sin quitar la vista del trío que se acercaba.

Ahmed llegó hasta el microbús y le indicó a Rachid que bajara. Miró a Giuliano y le hizo un gesto, no entendí muy bien si de preocupación o de tranquilidad.

Ahmed le dijo a Rachid, mientras se acercaba a la salida del microbús, que se mantuviera tranquilo y que hablase lo menos posible.

—¿Bajo yo? —le preguntó Giuliano con un ademán de incorporarse.

Ahmed le hizo un ligero gesto de negación.

Rachid fue conducido por los dos policías hasta el interior del edificio de donde habían salido. Ahmed caminaba junto a ellos hablando de forma enérgica con los dos funcionarios mientras éstos negaban con la mano. Rachid miró hacia el microbús antes de desaparecer; su mirada se cruzó con la mía. Tenía miedo.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué se lo llevan?

El gesto de Giuliano era más tenso. Tenía los puños apretados. Sin quitar la vista del edificio me dijo entre dientes:

—Es judío, es judío y ellos lo saben. ¡Maldita sea!

—¿Cómo lo van a saber? ¡En su pasaporte ponía nacionalidad española!

—¿Y qué tiene que ver, Laura? ¿Es que te crees que todos los judíos son de Israel? —Me clavó su mirada y me hizo sentirme mal—. Esta gente huele a los judíos a kilómetros.

Bajé los ojos y me derrumbé en el asiento. Puse la mano sobre mi colgante

y cerré los ojos, deseando con todas mis fuerzas que no le ocurriera nada a Rachid.

—Lo siento, Laura. —Sentí la mano de Giuliano sobre mi hombro—. He sido demasiado brusco contigo. La tensión me traiciona. —Levanté la mirada sin soltar la piedra de mi mano. El rostro de Giuliano reflejaba su preocupación—. Si algo le ocurre a...

En ese momento cambió su cara. Me volví hacia donde él miraba y vi a Rachid, acompañado de Ahmed, que salían del edificio. Ambos caminaban serios, en silencio. Llegaron hasta el microbús y Ahmed avisó al resto del grupo de que nos marchábamos.

Rachid subió al vehículo y me dedicó una sonrisa y un gesto de asentimiento. Ahmed hizo lo mismo con Giuliano. Cuando todos estábamos sentados en nuestros sitios, iniciamos una marcha lenta hacia los puestos de la frontera. Rachid se sentó junto a Giuliano. Ninguno dijo nada.

Seis policías esperaban la llegada de nuestro microbús; de nuevo tuvo que detenerse junto a ellos. Hablaron con Ahmed y éste entregó nuestros pasaportes, que mantenía en sus manos. Los miraron uno a uno. Cuando entregaron el último de los documentos, uno de los policías hizo un gesto con la mano para iniciar la marcha.

Cuando llevábamos un par de minutos en movimiento, Ahmed rompió el silencio y se dio la vuelta hacia nosotros diciendo en voz alta:

—Por ahora, pasó el peligro. Estamos en territorio jordano.

Los demás preguntaron con curiosidad qué había pasado; se habían percatado de que algo había ocurrido, y Ahmed explicó que el visado de nuestro amigo tenía unos datos erróneos y que había tenido que arreglarlos.

No hubo más contratiempos en todo el camino. Después del susto con Rachid, continué la conversación con aquella mujer fascinante que me recordaba en todo a mi querida amiga, ausente de mi vida desde hacía tantos años. En cierto modo era como si la hubiera recuperado, aunque sólo fuera en aquel viaje que nos había unido por motivos y para fines tan diferentes.

Cuando el sol estaba a punto de desaparecer en un horizonte espectacular, llegamos al hotel Movenpick de Petra.

Mientras saciábamos el hambre con una succulenta cena, nuestro guía Ahmed nos explicó lo que había ocurrido con Rachid en la frontera.

Tal y como había pensado Giuliano, los rasgos judíos del rostro de Rachid habían puesto en guardia a uno de los funcionarios de la frontera siria. Durante un buen rato estuvo haciendo preguntas insistentes. El visado de entrada al país de nuestros pasaportes estaba fechado dos días antes de nuestra llegada a través del aeropuerto de Damasco, pero el hombre desconfiaba. Estuvieron discutiendo sobre el tema. No quería fecharle la salida del país en el visado y no podría abandonar Siria; estaba empeinado en que no era quien decía su pasaporte. En un momento determinado, Ahmed le entregó un billete de doscientos dólares sin que ni el resto de los funcionarios ni la policía siria lo percibieran. El hombre cogió el billete en su mano y se lo metió en el bolsillo manteniendo durante unos segundos una mirada desafiante. Ahmed sabía el peligro que suponía el chantaje, pero se arriesgó; pensó que todo estaba saliendo mal desde que le ordenaron que trajese a «ese judío»; pero no dijo nada, se volvió despacio intentando mantener la calma y fue a buscar a Rachid. Sabía lo importante que era no perder los nervios; mantener una actitud fría y serena sería la mejor estrategia. Con todo, nos confesó que temió por Rachid y, en cierto modo, por todo el grupo. Si realmente ese funcionario se hubiera empeñado en indagar la verdadera identidad de Rachid, nos hubiera complicado la vida a todos.

Pero las cosas salieron bien. Cuando el funcionario sirio tuvo a Rachid frente a él miró hacia Ahmed y le dijo que ese hombre valía más de doscientos dólares; su media sonrisa indicaba que estaba pidiendo más dinero. Ahmed sacó del bolsillo un billete de cien dólares y se lo entregó. El funcionario no dijo nada, guardó con disimulo el billete sin dejar de mirar con sarcasmo a Ahmed, tomó el sello y lo estampó con fuerza sobre el pasaporte de Rachid. Ahmed lo cogió y le indicó a Rachid que saliera de inmediato.

—La tensión se mascaba en el ambiente. —Rachid reía recordando aquel momento—. Os aseguro que no abrí la boca, pero ese hombre sabía que era judío.



Después de la cena, Giuliano nos dijo que subiéramos a su habitación para poder charlar con más tranquilidad.

—Y bien, ¿qué se supone que vamos a hacer en Petra? —pregunté—. ¿No pensaréis ir a la Puerta del Tesoro y empezar a buscar el Gran Arcano a la vista de los objetivos de cientos de cámaras de turistas curiosos?

—No, Laura, claro que no —contestó Giuliano—. Esta noche haremos una pequeña excursión para examinar el terreno. No te puedes imaginar los amaneceres de estas tierras; son una experiencia inolvidable, te lo aseguro.

Me podía imaginar lo hermoso que iba a ser aquel amanecer; lo que no podía llegar a imaginarme es lo que iba a traer a mi vida.

—¿Sabemos exactamente dónde debemos buscar?

—El sol nos lo indicará. Debemos esperar a que el astro rey ilumine el águila y comprobar dónde se proyecta su sombra. A partir de ahí, todo es una incógnita.

Un extraño silencio recorrió el ambiente. Miré a Rachid; sus ojos estaban chispeantes pero su aspecto seguía siendo preocupante. Tenía profundas ojeras y su palidez era enfermiza. Estaba segura de que no se encontraba bien, pero él habría sido incapaz de decirlo y renunciar con ello a las horas que nos quedaban por delante, y no sería yo quien le iba a quitar esa satisfacción.

—Giuliano, ¿cree que Jesús de Nazaret fue enterrado aquí? —pregunté con curiosidad.

—Déjame que te responda con otra pregunta: ¿y por qué no, Laura? ¿Por qué ese empeño en hacer desaparecer su cuerpo?

—¿Y la resurrección?

—A lo largo de la historia, muchas civilizaciones han creído en una u otra forma de resurrección, pero no del cuerpo, sino del alma, como el *ka* de los egipcios, que lo consideraban una sombra o una especie de cuerpo astral que se preocupa por el cuerpo y el alma incluso después de la muerte. El cuerpo es un elemento material del que se sirve el alma en un momento determinado y durante un período de tiempo; después el alma, el espíritu o como quieras llamarlo simplemente lo abandona y queda inservible, se pudre y desaparece. El cuerpo es una fachada, nada más.

—Pero ¿y todo lo que nos han contado sobre la divinidad de Cristo y su resurrección? Es imposible montar eso y que se mantenga durante dos mil años.

Giuliano sonrió mirando al suelo como si estuviera buscando las palabras exactas con las que contestar a un dilema complicado, y comenzó a hablar

pausadamente igual que el que se dispone a dar una clase magistral.

—Intentaré darte mi opinión sobre eso: Jesús de Nazaret nunca quiso crear una nueva religión, nunca renegó de ser judío; tan sólo criticó algunos aspectos de la aplicación de la ley mosaica y la forma de actuar de una parte de la jerarquía sacerdotal. Lo que sí quería era establecer un modo de vida, una filosofía simple y comprensible para todos, adaptable a la gente desde el más ignorante hasta el más sabio, desde el niño hasta el anciano.

»Esto lo dicen los Evangelios. —Se levantó y se dirigió hacia su bolsa de viaje, sacó una Biblia pequeña y se volvió a sentar, buscando una página concreta—. En Mateo capítulo 5 versículo 17, dice: “No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas; no he venido a abolirla, sino a perfeccionarla. Porque en verdad os digo que, mientras no pasen el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde pasará de la ley hasta que todo se cumpla”. Si todavía no han desaparecido la tierra y el cielo, quiere decir que Jesús proclamó que la ley se debía seguir cumpliendo íntegramente.

»Más adelante, en el capítulo 22, versículos 36 al 40, el mismo Jesús responde a la pregunta de un saduceo perito en la ley sobre cuál es para Él el mandamiento mayor de la ley diciendo: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: amarás al prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se funda la Ley de todos los Profetas”.

Hizo una pausa y cerró el libro que tenía entre sus manos depositándolo sobre la cama, quedando a mi alcance; entonces lo cogí y lo abrí para comprobar con mis propios ojos lo que acababa de leer.

—Esto me ha llevado a pensar en lo que os decía antes: Jesús de Nazaret no quiso cambiar de religión, sólo quiso perfeccionar la ley que ya existía. ¿Se puede objetar algo a lo que Él proclama como el fundamento de todo, el amor a Dios y al prójimo? ¿No es eso aplicable a todo el mundo? ¿A todas las creencias? ¿A todos los tiempos?

De nuevo se hizo un silencio. Suspiró profundamente y continuó.

—Pensemos una cosa: en la actualidad existen tres religiones monoteístas: el judaísmo, el cristianismo y el islam; las tres creen en un mismo Dios, al que se dirigen con distinto nombre: Yahvé, Cristo y Alá; recordad que Alá viene de *al-Ila* término que significa «el Dios». Abraham fue el primero que pensó en una religión monoteísta, es decir, en la veneración a un solo dios. A partir de ahí se desarrolla la primera de ellas, que es el judaísmo, una religión necesaria para

unificar las diferentes tribus dispersas por el territorio palestino, que necesitaban un elemento identitario común que las fortaleciese para luchar contra las constantes invasiones de otros pueblos que las conquistaban y sometían periódicamente. La unidad de las doce tribus de Israel fue esporádica, pero la idea monoteísta arraigó firmemente entre sus gentes.

»En el siglo I antes de nuestra era, los romanos convirtieron el reino aliado de Judea en una provincia romana. En ese marco político nació y vivió Jesús de Nazaret, pero su vida pública se limita a los tres años escasos antes de su muerte, a excepción de algunas apariciones esporádicas durante su niñez y juventud. La sociedad en la que vivió conoció la injusticia, la opresión, la marginación y el desamparo del débil, mientras que la ley judaica se aplicaba de forma tiránica e incluso obsesiva y el invasor reprimía los deseos de libertad de muchos judíos para practicar su religión y desarrollar su proyecto político.

»A mi modesto entender, esta situación fue la que quiso cambiar Jesús de Nazaret. Su mensaje era claro y sencillo: quería conseguir una sociedad justa y equitativa en la que se tuviera en cuenta a todos sin excepción, en la que se atendiera a los enfermos y a los pobres, en la que se diera cobijo a los marginados. Mantuvo un trato de igualdad hacia la mujer, a la que en la sociedad judía de la época se consideraba un ser inferior a disposición del hombre. Él, sin embargo, se rodeó de mujeres con total normalidad, desoyendo las prohibiciones. Se acercó a los que eran rechazados por la ley, los tocó y compartió con ellos comida y conversación, todo ello a pesar del escándalo que eso provocó incluso entre sus propios discípulos, según nos cuentan los Evangelios.

»Los judíos en los tiempos de Jesús estaban atenazados por una religión opresora, llena de sacrificios, persecuciones, humillaciones, pecados y castigos. Todo giraba alrededor del cumplimiento de la ley, de un dios vengativo y, a veces, cruel.

Miré a Rachid, que atendía lo que Giuliano estaba explicando y que cuando se dio cuenta hizo un gesto de afirmación.

—Todo lo que dices es cierto, Giuliano —dijo Rachid con voz pausada dirigiendo su mirada hacia él—; pero ¿adónde quieres llegar?

—La actitud de Jesús de Nazaret, un judío como tú, Rachid, fue la de romper con esa represión absurda. Se presenta como un libertador, no quiere cadenas, no soporta el dolor y por eso cura a los enfermos, y quiere acabar con el sentimiento de culpa del pueblo. Todos sus mensajes están llenos de vida, de

esperanza, en ningún momento enaltece la muerte o el dolor. Enseñó que se podía ser feliz con cosas sencillas y sobre todo era un hombre muy positivo frente al carácter agorero que mantuvo omnipresente la Iglesia, sobre todo, durante la Edad Media.

»Él sabía que la vida era lo suficientemente dura como para imponer más dificultades y penas en aras a la complacencia de un dios. ¿Cómo un dios bueno podía pedir a los que le veneran que le demuestren su amor por medio de la humillación, del suplicio voluntario o a través de tormentos?

»Sin embargo, fue muy duro contra quienes pretendían someter al hombre con cargas demasiado insoportables y todas ellas inútiles.

»Para Jesús de Nazaret, la felicidad consistía en no desear más que aquello que se pudiera compartir con los demás. La paz y el bienestar general eran sus divisas. Exactamente igual que lo que pretendió Mahoma seis siglos después: la sociedad tribal de su tiempo estaba en peligro; las riquezas y el bienestar habían quebrado los valores básicos de la existencia porque se había olvidado a los más necesitados y la marginación crecía desesperadamente; era necesario hacer algo, y Mahoma pensó que el sistema religioso de los judíos y cristianos que pasaban por La Meca llevando sus productos comerciales era el idóneo para que el pueblo árabe pudiera encontrar su salvación y evitar que su sociedad llegase a sucumbir, como les había ocurrido a otras comunidades.

»¿Y cuál creéis que era el objetivo que quería conseguir a través de esa religión monoteísta? —Quedó un instante en silencio y continuó, sin dejarnos tiempo siquiera para abrir la boca—. Pues en el fondo, lo mismo que buscaba Jesús de Nazaret: el bienestar de la *umma*, es decir, de la comunidad islámica que él creó en Yatrib, la ciudad que luego se llamaría Medina; la justicia, la paz y la felicidad eran las bases fundamentales para que la sociedad funcionase, y esto lo consideró un sacramento. Sólo si se conseguía ese bienestar social el mundo islámico estaría en paz con Dios.

»Mahoma consiguió ese objetivo: en el 630, dos años antes de su muerte, todas las tribus de Arabia convivían en paz bajo el manto del islam. Luego ya sabemos todos lo que pasó: al igual que ocurrió con el cristianismo primitivo, todo se tergiversó, se estropeó y se llegaron a hacer verdaderas barbaridades en el nombre de Dios o de Alá.

Hizo una breve pausa y tomó un sorbo de agua de un vaso que tenía sobre la mesa. Nadie dijo nada. Ninguno de nosotros se movió, como si estuviéramos esperando la continuación de sus disquisiciones.

—Me has preguntado por la divinidad de Jesús; era necesario conseguir esa imagen divina del hombre, porque el mensaje, sobre todo a partir de la diáspora de los judíos de Jerusalén que se produjo en el año 70, iba dirigido hacia una población romanizada, muy acostumbrada a divinizar a hombres importantes para rodear de un halo de misterio inalcanzable su poder y su grandeza, fuera del alcance de las miradas del resto de los mortales.

»En muchas civilizaciones antiguas de cultura pagana, los emperadores, faraones o reyes eran considerados como semidioses; su divinidad se mantenía después de su muerte y se creía en la resurrección, es decir, en el triunfo del hombre-dios sobre la muerte. No fue difícil aplicar esa idea a una sociedad helenizada con una mentalidad preparada y sobre todo habituada a este tipo de hechos y creencias.

»Jesús de Nazaret se hizo muy popular durante los años de su vida pública, excesivamente popular para lo que muchos hubieran deseado; tenía una capacidad de convocatoria extraordinaria. Esta situación continuó después de su muerte a través de sus seguidores, que mantuvieron y fomentaron su mensaje. Primero caló en la gente más sencilla, en los pobres, en los desarraigados; pero pronto empezó a prender también en las capas más acomodadas, en los nobles y gente de posición.

»Las masas que arrastraba su mensaje crecieron tanto en los años posteriores a su muerte que surgieron los oportunistas. La población romanizada gustaba escuchar el mensaje de Jesús de Nazaret. Pero esa población romanizada necesitaba un hombre superior, reclamaba que ese mensaje procediera de un ser divino, acostumbrados ellos a venerar a mil dioses. No se podía presentar al portavoz de aquellas palabras como un hombre normal, y se empezó a tergiversar lo fundamental en toda esta farsa: la resurrección de Jesús de Nazaret en cuerpo y alma, su divinización llevada al extremo equiparándolo con el mismo Dios, cuando Él en ningún momento dijo que era Dios. —Hizo una pausa y me miró, primero a mí y después a Rachid—. Eso se puede comprobar en los Evangelios: ninguno de los cuatro evangelistas pone en boca de Jesús su identificación con Dios; cuando se le pregunta quién es, responde que es el “hijo del hombre”, dando a entender que era un hombre sin más adjetivos, y eso ya se podía considerar como la más alta dignidad.

»En las Epístolas de Pablo fue donde apareció la expresión “Hijo de Dios” y precisamente a Pablo se le atribuyó el origen de esta idea de la resurrección y la divinización del hombre.

»Así comenzó todo. A partir de entonces hubo multitud de ideas y líneas de pensamiento; las luchas y enfrentamientos fueron numerosos, hasta que ganó una de dichas corrientes; la que inició Pablo y continuó la corriente griega fue la que triunfó y se impuso al resto; estableció su poder definitivamente en el concilio de Nicea de 325 y alejó, destruyó, persiguió o consideró como hereje a todo el que no estuviera de acuerdo con ellos. Los textos originales de los Evangelios fueron alterados porque era necesario adaptarlos a la población a la que iban dirigidos, una población no judía sino romana, helenizada y con una mentalidad distinta a los judíos a los que Jesús se había dirigido; su verdadero mensaje quedó en un segundo plano; todo valía para aumentar el número de seguidores de la nueva religión.

»A partir de ese momento, o se estaba con la Iglesia o contra ella. En pocos años, los perseguidos pasaron a ser perseguidores; así llevamos dos mil años.

»A poco que se indague en la historia del cristianismo, la Iglesia primitiva, la fundada en el mismo Jerusalén por Santiago en compañía de Juan, Pedro y los demás inmediatamente después de la muerte de Jesús, nada tiene que ver con la Iglesia de hoy. Toda esta parafernalia, todo este derroche, la riqueza de que ha hecho gala a lo largo de los siglos, el poder casi absoluto, todo está en contradicción con aquella primitiva Iglesia, en la que todo era fraternidad y transparencia. En aquellos primeros años, todos eran iguales, no existían jerarquías, su organización era concéntrica, mediante la cual cada uno aportaba a la comunidad lo que sabía hacer o podía ofrecer, sin que la actividad de uno le pusiera por encima de los demás. Sin embargo, en la Iglesia que surge triunfante a partir del siglo IV se opta por el sistema de jerarquía piramidal; existe la obediencia ciega, el superior jerárquico siempre tiene razón. Y no hablemos de la infalibilidad del Papa. ¿Cómo se puede explicar que se atribuya a un hombre la imposibilidad de equivocarse? —Apretó los labios en un gesto de reflexión.

»La Iglesia defiende que el dogma en el que se basó la divinidad de Jesucristo es un dogma ontológico; no puede considerarse como algo temporal, o como algo que pueda ser entendible por el ser humano, se trata de la Eternidad de Dios. Puede llegar a convencer a los teólogos o puede que no, pero lo que sí es cierto es que nada se explica sobre ello. Al final... ¡es una cuestión de fe!

Escuchábamos atentamente las palabras de Giuliano con su tono relajado y suave. Todo lo que decía se revolvía como si fuera una centrifugadora en mi cabeza. Nunca me había parado a pensar por qué había asuntos que se daban

como ciertos sin más, sin preguntarse uno mismo, en su interior más individual e íntimo, por qué se hacía.

—Yo tengo una duda que me ronda desde hace mucho tiempo, Giuliano — Rachid se incorporó y se sentó en el borde de su asiento—, y de la que nunca he conseguido obtener una respuesta convincente. —Por unos instantes, su mirada se quedó perdida como si estuviera buscando las palabras exactas para expresarse—. Es sobre judaísmo y lo que la Iglesia piensa de Dios y de Jesús de Nazaret: como tú has apuntado, Jesús fue judío y murió sin renegar de esa condición; entonces, ¿es que Dios se equivocó de religión y sólo después de la muerte de ese hombre extraordinario que vino a redimir al mundo rectificó y se creó el cristianismo? ¿Es Dios el que estaba equivocado o es la Iglesia la que ha manipulado esta historia en los últimos dos mil años?

—No soy capaz de responderte a esa pregunta, Rachid, no me atrevería. ¿Quién soy yo para contestar a eso?

—Pero usted ha dicho que... —intervine.

Giuliano me interrumpió de inmediato.

—No te equivoques, Laura, yo no intento convencer a nadie. Me han preguntado y yo contesto lo que pienso. No trato de imponer mi verdad a nadie. Cada uno puede seguir el camino de la vida como quiera. Ésa es la grandeza del hombre y de sus creencias: la libertad y la tolerancia.

Volvió a hacerse un silencio largo y tenso. Me quedé pensando en lo que había dicho Rachid y en las palabras de Giuliano.

—Rachid, de lo que estoy completamente convencido es de que Jesús de Nazaret no sólo no quiso dejar de ser judío, sino que, como ya te he dicho, nunca pretendió fundar una nueva religión tal y como entendemos hoy ese concepto. Por tanto, está claro que el cristianismo es una doctrina creada después de la muerte del que llamaron Cristo; en los primeros tiempos, los seguidores de Jesús se centraron en el contenido de su mensaje, pero después las ideas se manipularon y todo se tergiversó hasta los extremos que hoy conocemos. Es algo similar a lo que ocurrió siglos después con Mahoma, que buscó con el islam una forma de vida para llegar a conseguir que la comunidad fuese más justa, sobre todo para atender y dar solución a las necesidades más acuciantes de sus miembros más vulnerables y desamparados. —Giuliano se arrellanó en su sillón y dispuso sus manos bajo su barbilla.

»Creo que Jesús de Nazaret vino a revelar una nueva forma de vivir basada en el amor y la bondad, en el equilibrio entre todos, en la equidad, la tolerancia y

el respeto, una sociedad en la que no habría opresores ni oprimidos, donde no habría maldad ni intransigencia.

»No creo que viniera para redimir a nadie. Parece poco lógico que un hombre pase por lo que Jesús pasó para redimir nuestros pecados. ¿Qué pecados? ¿Los de la humanidad? Y si fuera así, ¿de qué le ha servido? Redimir significa salvar, liberar, ¿es que acaso aquella muerte tan cruel nos ha librado de nuestros pecados y de nuestras miserias humanas? ¿Es que acaso ha cambiado algo el hombre desde entonces? ¿Es que no sigue habiendo maldad, miseria, injusticias, guerras? No hay más que echar un vistazo a la historia de la alta jerarquía de la Iglesia: papas crueles, mezquinos y llenos de avaricia, y no hablemos de cardenales, obispos... —Hizo un silencio y entrelazó las manos dando un profundo suspiro—. Sí, es cierto que hubo y hay personas de buen corazón, siempre las ha habido, no pretendo meter a todos en el mismo saco. Pero sigo pensando que Jesús de Nazaret no vino a morir para salvarnos; simplemente quería cambiar las cosas, y molestó a algunos de los sectores más influyentes de la sociedad: por un lado, a los romanos, porque eran los ocupantes y temían cualquier cambio y por otro, a algunos de los altos jefes del sacerdocio judío porque vieron que, con las palabras y actitudes de Jesús, podían peligrar sus posiciones de privilegio. Entre ambos provocaron el final de aquel hombre extraordinario de linaje real, elegido para dar el mensaje de un Dios bueno y justo.

»Después de su muerte sus más allegados intentaron continuar su labor, pero los problemas políticos y la diáspora los dispersaron. Entonces Pablo, que ni siquiera llegó a conocer a Jesús, estableció una nueva forma de ver las cosas. Empezó a crearse un mito sobre la persona de Jesús, querida y admirada por muchos; su mensaje se difundía con rapidez y hubo algunos que se aprovecharon.

»Como consecuencia de la dispersión de la Iglesia de Jerusalén fundada por Santiago, el hermano de Jesús, con la ayuda de Pedro, el mensaje verdadero del Maestro se difuminó. Ellos murieron y, poco a poco, se fue tergiversando su mensaje hasta que, en el siglo IV, se consolidó “esa nueva realidad”.

»Ésa es para mí la verdadera historia —dijo con gesto serio—. Desde entonces, los descendientes esperan en la sombra el momento de salir y decir al mundo la verdad, pero no es fácil. Tiene que ser en el momento en el que la sociedad esté preparada para rechazar lo que se ha impuesto a fuego y sangre durante siglos.



—Yo tengo mi propia teoría al respecto. —Rachid hablaba acariciándose la barbilla con su mano y con la mirada fija en el infinito de sus pensamientos—. Desde que se creó el cristianismo, la civilización ha sufrido una involución. Las antiguas civilizaciones poseían unos conocimientos todavía no superados en muchos aspectos en la actualidad. Pongamos uno de los ejemplos más conocidos por todos: ¿cómo se construyeron las pirámides de Egipto? En nuestros días, se mantiene el misterio de su construcción. Estamos en el mundo de los avances tecnológicos, de la conquista del espacio más inmediato y no sabemos cómo se hicieron esas fantásticas edificaciones que se mantienen en pie después de miles de años. Pero no sólo en la arquitectura; también en medicina, en alimentación, en matemáticas, astrología, en inventos sucede lo mismo. Existe un grado de perfección increíble en algunas de estas civilizaciones antiguas, desconocidas en su mayor parte para nosotros, sencillamente porque no hemos sido capaces de leer y entender sus avances. Parece como si nuestra civilización hubiera sufrido una especie de involución cultural.

»Durante la Edad Media la ignorancia se convirtió en un instrumento esencial para manejar las mentes; eso es lo que ha estado ocurriendo en los últimos dos mil años. Con algunas excepciones aplicadas a unos pocos, a lo largo de la historia de Europa occidental, durante la que el cristianismo ha tenido el control social, la incultura estaba generalizada entre la mayor parte de la población. No olvidemos que leer por uno mismo la Biblia fue una tarea imposible e incluso herética en algunas épocas. Hasta la llegada del luteranismo, las Sagradas Escrituras se escribían sólo en latín, una lengua que muy pocos podían leer y mucho menos comprender. Los clérigos eran imprescindibles para interpretar y enseñar a los fieles lo que a la Iglesia le interesaba que aprendieran: ni más ni menos, una interpretación manipulada y torticera en muchas ocasiones que llevó a los excesos de todos conocidos a lo largo de la Historia.

»A finales del siglo XIV, Wicliff fue el primero que protestó abiertamente contra este estado de cosas y promovió la traducción de la Biblia al inglés; consideraba que cada hombre y mujer tenía derecho a leer y oír las Escrituras en su lengua vernácula; por esta razón fue considerado hereje.

»Algunos años después, Lutero inició la llamada Reforma, que cuajó y se extendió por una gran parte de Europa; tradujo al alemán las Sagradas Escrituras para que todos pudieran leer por sí mismos la Palabra de Dios, sin intermediarios que interpretasen el contenido a su antojo, manejando las mentes y la vida diaria de los ciudadanos.

»Por lo tanto, hasta bien entrado el siglo XVI, el que no sabía leer y aquel que sabiendo no dominaba la lengua latina, no podía conocer por sí mismo la Biblia y tenía que creer lo que le decían desde el púlpito personas a veces moralmente muy poco capacitadas y peor preparadas.

—Pero eso también ha pasado con el islam y, en cierto modo, con todas las demás religiones, monoteístas o no —interrumpí—. Todo se manipula y se utiliza la religión al antojo del poderoso.

—Cierto —contestó tajante Rachid—, no digo que la única culpable sea la Iglesia católica y la implantación del cristianismo; desde el siglo VI el islam regula la vida de millones de personas, que, en algunos casos, aún hoy viven anclados en la Edad Media con la mayor parte de su población sumida en la incultura y el analfabetismo. Esto confirma lo que estoy diciendo: la religión puede controlar a la gente a través del mantenimiento de la sociedad en la ignorancia y en la incultura. Por eso se produce la involución. Todo lo que se sabía de los antiguos se fue tapando, olvidando; no interesa que la gente piense por sí misma, algo que sólo se consigue a través de la cultura.

—Estoy de acuerdo contigo, Rachid —dijo Giuliano—, pero hoy en día, recién estrenado el siglo XXI, la gente del mundo civilizado occidental está superando esa incultura: se lee más y, lo que es más importante, se plantean dudas, se hacen preguntas y se buscan respuestas y, poco a poco, empezamos a interpretar por nosotros mismos los conocimientos a nuestro alcance.

—También hay muchas influencias que resultan negativas —interrumpí de nuevo.

—De eso no hay duda —dijo Giuliano—. Hay demasiada información y, en muchos casos, muy mal planteada, que lleva a muchos a la desinformación, al equívoco o a la confusión. Pero lo cierto es que la gente lee mucho más que antes, está más preparada que antes y recibe los mensajes, buenos y malos, con más criterio que en el pasado. Lo importante es que la cultura nos permita discernir, elegir, pensar lo que creamos conveniente con plena libertad, que nos enseñe a respetar y a hacernos respetar, a tolerar, a consentir que otros puedan pensar de diferente forma y que por ello no son ni peores ni mejores, simplemente, son diferentes, distintos modos de ver la vida y la realidad. La cultura es el origen; la libertad y la tolerancia son la base y, a partir de ahí, la convivencia pacífica puede hacerse realidad.

—Estoy convencido de que es el momento justo —sentenció de pronto Rachid—. Es el momento de cambiar. El siglo XXI, la Era de Acuario...

Dos toques en la puerta interrumpieron la conversación. Los tres quedamos en silencio mirando hacia la entrada; fue Giuliano el que se levantó para preguntar quién había llamado. Se oyó una voz desde fuera. Giuliano abrió de inmediato. Era Ahmed. Los dos hombres hablaron en árabe durante unos segundos, intercambiando frases cortas en voz muy baja, casi en un susurro.

Giuliano cerró la puerta y volvió a sentarse.

—Está todo arreglado —dijo Giuliano—. Esta noche a las tres de la madrugada, hora de Jordania, nos esperan en la puerta del hotel. Llevad ropa cómoda y de abrigo. —Se levantó con decisión—. Es una conversación apasionante, pero creo que será mejor aplazarla para un momento mejor; nos conviene descansar un poco. Esta noche debemos tener todos nuestros sentidos bien despiertos.

Rachid y yo salimos de la habitación despidiéndonos de Giuliano. Mi habitación estaba cercana a la suya. Cuando llegué a mi puerta y antes de introducir la tarjeta en la ranura me volví hacia él.

—Rachid, no estás bien, te noto cansado y no tienes buen aspecto. ¿Crees que es buena idea que vayas esta noche hasta el Tesoro?

—¿Cómo puedes pensar que me voy a quedar aquí esperando? —contestó Rachid dolido—; bastante sufrí el día que me dejasteis fuera en vuestra excursión al Vaticano. Entonces me juré que no te dejaría sola ni un solo instante. Algo me dice que debo protegerte. Y hay que hacer caso a los dictados del corazón.

Por supuesto, no insistí porque en el fondo quería que él estuviera a mi lado; bastante me pesaba ya el hecho de que Carlos se hubiera visto obligado a descolgarse de nuestra aventura. Me acerqué a él y le besé en la mejilla. Él bajó la mirada como si se hubiera ruborizado. Sonrió y me agarró la mano.

—No te dejaré sola. Aunque me falte el aire. Laura, necesito saber la verdad; llevo toda mi vida detrás de esto.

—Pero entonces, ¿quieres protegerme a mí o sólo buscas lo que te interesa? —Le sonreí con cierta picardía.

—Tú eres la que me estás llevando a la verdad, por tanto, es imprescindible que no te pierda de vista.

Me quedé mirando a Rachid mientras caminaba con pasos cortos y pesados hacia la puerta de su habitación. Antes de desaparecer de mi vista me miró y me sonrió. Él buscaba la verdad. ¿Y yo? ¿Qué era realmente lo que buscaba?

Preparé mis cosas para la gran aventura y me senté sobre la cama. Era más de medianoche y tenía poco tiempo para descansar, pero no tenía sueño. De nuevo miré el móvil que se encontraba sobre la mesilla. Lo tomé en mis manos. Carlos se merecía una llamada, se merecía una explicación. Nunca me perdonaría haber dejado que se marchara. Ésta era la única oportunidad de explicarle dónde estábamos y de saber cómo se encontraba él. Se lo debía, me repetía una y otra vez, le debía una explicación. Toqué el botón para encender el aparato. En la pantalla apareció la solicitud del código pin. Marqué el nueve, el dos, el seis y el uno; mi dedo índice se mantuvo un rato sobre el ok. «Se lo debo —pensaba—, tiene derecho a saber dónde estamos.» Mi dedo rozaba la tecla sin llegar a presionarla; no me atrevía. Giuliano lo había dejado muy claro: «Por los móviles nos localizan de inmediato, así es que ni siquiera debéis encenderlo». Fue como un mazazo sobre mi mente. Apagué el teléfono y lo tiré sobre la cama.

Habría sido una locura llamar. Con toda seguridad, lo habrían interceptado. ¡Qué estúpida! Me acosté e intenté tranquilizarme. Podía haber puesto en peligro a todos los que estábamos en Petra. Di mil vueltas en la cama hasta que oí el teléfono de mi mesilla. Cogí el auricular y oí de inmediato la voz de Giuliano.

—Siento despertarte, princesa, pero tenemos algo importante que hacer. — Su voz era suave y segura.

—En cinco minutos estoy lista —contesté.

Cuando salí sigilosamente de la habitación, Rachid pasaba por delante de mi puerta. Bajamos juntos a recepción. Allí nos esperaban Giuliano y Ahmed; ambos iban vestidos con un pantalón ancho de color caqui, un jersey de lana y un chaleco de muchos bolsillos y, sobre su cabeza, se habían colocado una *kufiya* que los cubría hasta la garganta.

Salimos al exterior del hotel. Un aire helado hizo que me encogiera sobre mí misma. Giuliano me miró.

—Ya te dije que fueras abrigada. Aquí, hasta que salga el sol, las temperaturas bajan mucho.

Subí el cuello de mi cazadora para protegerme del frío. Rachid y yo seguíamos los pasos de Giuliano y Ahmed. Los cuatro caminábamos en silencio, adentrándonos en la negrura de la noche, dejando atrás las luces del hotel. Los dos hombres que nos precedían caminaban con seguridad a pesar de la oscuridad.

Anduvimos durante algunos minutos, primero entre unas edificaciones que debían de ser tiendas, y después nos adentramos por un camino empedrado. Miré hacia arriba y pude ver el cielo más estrellado que jamás había contemplado. La impresión que me causó aquella visión hizo que me parase para observarlo. Oí cómo los demás también se detenían.

—Rachid, ¿has visto eso? —le dije sin quitar mis ojos de aquel espectáculo. El silencio y la oscuridad hicieron de aquél un momento mágico.

Después de unos instantes de silencio, Giuliano me dijo que debíamos continuar porque nos esperaban. Hablaba muy bajo, casi en un susurro.

—¿Quién nos espera? —pregunté, iniciando la marcha, en el mismo tono que él había utilizado.

—¡Ahora lo verás!

Pude ver la figura de tres hombres que surgían entre las sombras de la noche. Cuando nos vieron se acercaron hasta nosotros. Saludaron en árabe a Giuliano y a Ahmed. Intercambiaron unas frases y uno de ellos se acercó y se puso frente a mí. Llevaba la *kufiya* cubriéndole la cara y sólo dejaba ver sus ojos. Era algo más alto que yo. Sacó de una bolsa que tenía a su espalda otra *kufiya* y me la colocó en la cabeza. Le miré a los ojos. En la oscuridad apenas pude verlos, pero cuando me estaba colocando el pañuelo sobre la cabeza pude oler su perfume. Sus movimientos eran lentos y suaves. En un momento nuestras miradas se cruzaron. Recordé la mirada intensa de aquellos ojos. El corazón se me aceleró. No podía ver su rostro, pero en sus ojos pude percibir que me sonreía. Le cogí con la mano la *kufiya* que le cubría la boca y la bajé suavemente dejando al descubierto su rostro. Un extraño hormigueo que apenas me dejaba respirar me subió por todo el cuerpo. ¡Era él! En la penumbra de aquella noche estrellada podía ver perfectamente su cara. Me sonrió y yo hice lo mismo. Sus manos habían quedado quietas sobre mis hombros interrumpiendo la colocación del pañuelo sobre mi cabeza. El tiempo se paró de repente. Los movimientos de los hombres que estaban a mi alrededor dejaron de existir para mis sentidos. Sólo él estaba allí delante de mí, mirándome con esos ojos con los que tanto había soñado en las últimas semanas. No existía nada más que aquel rostro. Mis

labios se acercaron seguros hacia los suyos. Pensé que volaba. La gravedad de mi cuerpo desapareció. Si su primer beso me cogió algo desprevenida, éste había sido premeditado. Sus labios, su lengua, su olor.

No sé exactamente cuánto tiempo transcurrió. Cuando me despegué de su boca pronuncié su nombre: Wasef.

Terminó de colocarme la *kufiya* y me tapó la cara dejando al descubierto únicamente los ojos, pero antes de retirar la mano de mi rostro me acarició la mejilla sin dejar de mirarme. Después se levantó de nuevo la suya para tapar su boca y se volvió hacia Giuliano.

—Estamos listos.

—Ya veo que os conocéis.

Giuliano nos dedicó una sonrisa pícaro mientras se ponía en movimiento. Rachid nos miraba sorprendido; también a él le habían colocado una *kufiya* pero sin llegar a cubrir su boca.

—Es Wasef —le susurré.

—¿Wasef? —Se puso delante y le descubrió el rostro—. Wasef... pero... ¿qué diablos...? ¿Qué haces tú aquí? —Creo que su sorpresa fue aún mayor que la mía. Sus palabras salían inconexas, sin sentido, como si intentara encontrar alguna explicación lógica a aquella presencia en aquel lugar y en ese momento.

Wasef sonreía satisfecho; agarró con fuerza a Rachid de los hombros y le dio tres besos alternos en las mejillas.

—Bienvenido amigo.

—Pero... Wasef ¿cómo es posible que tú estés...? ¿Qué significa esto? No entiendo cómo tú...

—Formo parte de esto desde hace años, mucho antes de conocerte a ti.

—Pero... ¿por qué no me lo dijiste?

—Todo a su tiempo, Rachid, todo a su tiempo.

—No lo entiendo —repetía Rachid una y otra vez sin dejar de mirar a Wasef.

—Bueno, amigos —interrumpió Giuliano—, más tarde podréis aclarar todas vuestras dudas y recibir toda clase de explicaciones, pero ahora debemos irnos. Se hace tarde.

Iniciamos la marcha. Wasef se mantuvo a mi lado y me agarró con fuerza la mano. La sangre se me alteró y me sentí como si fuera una adolescente. En aquellos momentos me encontré en uno de esos instantes mágicos que la vida te

regala de vez en cuando: la noche, las estrellas, la luna, el silencio roto únicamente por nuestros pasos, el tacto de Wasef. ¡Una ocasión fascinante para recordarla el resto de mi vida!

Giuliano hizo un gesto para que nos mantuviéramos en silencio. Ajustamos el paso con más sigilo en el momento en el que llegábamos a una verja. Los dos hombres que acompañaban a Wasef subieron y la saltaron sin dificultad; Giuliano se volvió hacia Rachid.

—Vamos, Rachid, yo te ayudaré.

Entre Wasef y Giuliano ayudaron al pobre Rachid a saltar aquella valla; al otro lado le esperaban los dos hombres para facilitar su descenso. Después fui yo la que salté y detrás de mí Giuliano y Wasef.

Continuamos caminando en la oscuridad durante un buen rato. Sólo se oían nuestros pasos, que rompían el silencio al chocar contra las piedras. Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y, con la ayuda de la luna llena, podía ver perfectamente el camino por donde íbamos.

Al cabo de un buen rato pude ver ante nosotros una colosal pared de piedra que se alzaba imponente y que, desde el lugar en el que nos encontrábamos, se me antojaba impenetrable. El camino descendía hacia aquella masa rocosa, hasta que me di cuenta del corte vertical que partía en dos la roca.

—Vamos a entrar en el Siq —me dijo Wasef casi al oído—. Disfruta del espectáculo.

¡Qué razón tenía! Entramos en silencio en aquel pasillo de piedra. La oscuridad allí era aún mayor. Miré hacia arriba y descubrí que las paredes de roca se alzaban a más de un centenar de metros por encima de nuestras cabezas. Podía ver el cielo a través de la abertura que dejaba aquella formación rocosa como si se tratase de una cicatriz estrellada. La anchura de una pared a otra no era superior a tres o cuatro metros, en algunos lugares incluso se estrechaba más. Intenté captar cada uno de los detalles de aquella visión. Realmente era todo un espectáculo.

Continuamos caminando por el desfiladero en silencio. Los dos hombres que nos habían esperado junto a Wasef iban delante abriendo el camino al grupo; después Giuliano, Ahmed y Rachid, que caminaba deprisa para intentar seguir la zancada larga y firme de los demás; Wasef y yo íbamos los últimos.



Nunca pensé que el desfiladero de Petra fuera tan largo, o tal vez la noche hizo que aumentara la sensación de distancia. Cuando la oscuridad comenzaba a aclararse por la cercanía de la luz del sol en el horizonte, Wasef aminoró un poco el paso, tiró de mi mano y me susurró:

—¡Deléitate con la vista!

Después de una curva, las paredes de roca se estrecharon y tuve ante mí la visión tantas veces fotografiada; un corte vertical dejaba al descubierto parte de la gran fachada del Tesoro. Ralentiqué el paso hasta casi pararme. Apreté la mano de Wasef. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. Muchos me habían contado la sensación de llegar a ese punto en la ciudad de Petra. Era un espectáculo impresionante. El alba comenzaba a espantar a las tinieblas de la noche. Los rayos de sol todavía no eran visibles, pero muy pronto iban a iluminar aquel lugar fascinante.

Desembocamos en la explanada donde el desfiladero se ensancha y nos mantuvimos unos instantes para admirar la fachada. Nadie dijo nada. El silencio respetuoso era la respuesta ante tanta belleza.

Giuliano y el resto de los hombres se adelantaron. Wasef se soltó de mi mano y se acercó hacia donde ellos estaban. Hablaban en voz muy baja, casi imperceptible y en árabe, por lo que no supe qué era lo que decían. Rachid miraba ensimismado aquel tesoro.

—¿Has visto alguna cosa igual? —me preguntó sin quitar los ojos de la fachada.

—Me lo habían contado pero esto es una experiencia que hay que vivir.

—Tienes razón, Laura, uno no se puede morir sin contemplar cosas como ésta.

—¿Es la primera vez que vienes?

—No, ni mucho menos, he estado aquí al menos media docena de veces. Pero siempre que vengo me sorprende, porque la luz es diferente, y los colores... ¿has visto los colores, Laura? Es un lugar mágico.

En ese momento un rayo de sol iluminó la parte superior del Tesoro. Giuliano y los demás estaban ahora en silencio mirando hacia la fachada. Pasaron unos minutos y todos observamos cómo los rayos iban bajando poco a poco para iluminar con su luz todo a su paso. Cuando el sol estaba a punto de llegar al águila de la fachada, Giuliano se volvió hacia nosotros y dijo:

—Atentos, llegó el momento.

El astro rey encendió el ave de piedra y su sombra se proyectó en el suelo.

Los hombres que estaban junto a Giuliano se situaron justo donde quedaba la sombra. Hacia el lado izquierdo, de frente a la fachada junto al primer escalón de acceso, se formaba un triángulo sombrío. Los hombres señalaron la zona y comenzaron a hablar entre ellos.

—Tiene que estar aquí —dijo Giuliano con gesto pensativo—, pero ¿cómo acceder?

Los hombres se dirigieron a Giuliano y entablaron una conversación en árabe, gesticulando en dirección al suelo, el sol y la piedra.

—Estoy seguro que hay una forma de entrar —dijo Rachid—. Hay que buscarla... sólo hay que buscarla. —Hablaba despacio, sin dirigirse a nadie en concreto, como si estuviera pensando en voz alta y buscara información en alguno de sus recuerdos.

—Pero ¿cómo? —Me coloqué a su lado observando hacia el mismo punto infinito que él miraba.

—Piensa, Laura... —susurró sin mirarme, con su mano puesta sobre su barbilla—. «Queda enterrado bajo el umbral de las siete», y allí hay siete copas... —alzó la vista hacia la parte superior de la imponente puerta que se erigía majestuosa ante nosotros—, siete copas... —repetió—, por lo tanto la entrada tiene que estar bajo este umbral.

Dejamos al grupo de hombres a cuya conversación, incomprensible para mí, se les había unido Wasef. Rachid subió los grandes escalones de piedra y se situó delante de la fachada que comenzaba a adquirir unas tonalidades rosadas. Miró a un lado y a otro y subió los cuatro peldaños hasta situarse bajo el frontón. Se dirigió hacia su izquierda. Caminaba despacio, observando afanosamente todo a su alrededor. Yo le seguía un paso por detrás, en silencio, expectante a sus reacciones.

—¿Qué buscamos, Rachid? —me atreví a preguntarle.

No me contestó. En aquel momento, me pareció tan ensimismado en algo que le corría por la mente que había perdido la capacidad para responder a mi pregunta.

—Rachid, dime qué buscamos —dije en voz baja—, intento ayudar pero si no sé...

—La entrada tiene que estar por aquí, estoy seguro. —Me interrumpió haciendo un gesto con la mano, sin dirigir hacia mí en ningún momento su mirada escrutadora—. Tiene que estar aquí... —repetía en un susurro.

Una vez traspasado el frontón, en una especie de nártex que se formaba

antes de entrar a la estancia que enmarcaba la monumental fachada, había un vano que parecía no llevar a ninguna parte. Nos metimos en el hueco a pesar de que se había colocado una cuerda de la que colgaba pendulante una señal de prohibido el paso. Una vez dentro, sacó una linterna que llevaba en uno de sus bolsillos y enfocó la pared mientras con la otra mano palpaba la roca minuciosamente. Yo le seguía sin saber exactamente qué hacer.

—Pero ¿qué buscas, Rachid?

—Tiene que haber un mecanismo para entrar. —Sus ojos no dejaron ni un solo instante de mirar la roca—. Estoy seguro, Laura, he tenido sueños... —Al decir esto me dedicó una fugaz mirada, pero de inmediato continuó con su minuciosa búsqueda—. A lo largo de los años he tenido sueños en los que me veía en este lugar; y de alguna forma accedía a las entrañas de la Tierra. Estoy seguro de que... espera un momento...

Se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos. Me señaló un disco incrustado en la roca con un pequeño símbolo imperceptible por el paso del tiempo. Posó cuidadosamente su mano sobre él y presionó despacio, pero no se movió. Volvió a intentarlo y no consiguió nada, pero un pequeño chorro de agua cayó sobre su mano sin saber exactamente de dónde procedía.

—¡Qué extraño! ¿De dónde vendrá esta agua?

Miró hacia arriba. Era como si hubiera surgido de la misma roca.

Mientras se secaba la mano con la *kufiya* que se había quitado de la cabeza, continuó observando todo lo que tenía a su alrededor.

—Mira bien, Laura, tiene que haber alguna forma de entrar.

—Pero ¿por qué estás tan seguro de que es por aquí? ¿Por qué no en otro lugar? ¿Qué te hace pensar que ésta es la entrada al Gran Arcano?

Hacía las preguntas sin mirarle, dirigiendo mi atención a todo lo que mis ojos pudieran captar. Vi otro disco idéntico al que había encontrado Rachid, a una distancia de metro y medio y a la misma altura.

—Mira, Rachid, otro igual.

Rachid posó su mano sobre el pequeño disco dibujado a cincel sobre la piedra pero no ocurrió nada. Apretaba su mano como si estuviera tocando el timbre de una puerta. Nada se movió.

—No creo que sea tan fácil, digo yo. Alguna dificultad habrán puesto. —Seguí observando aquel rincón hasta que de pronto vi a Rachid que hacía un extraño movimiento con las dos manos. Me cedió la linterna y colocó los brazos

en cruz como si fuera a dar un inmenso abrazo a la pared de roca, posó las palmas sobre cada uno de los discos y presionó simultáneamente. Yo me retiré un poco para intentar entender lo que estaba haciendo.

Se mantuvo en esa postura unos segundos, inmóvil, mirando a la piedra, como un crucificado de cara a la pared. Entonces giró la cabeza hacia mí y me dijo con cierto entusiasmo:

—¡Llama a los demás! ¡Esto se abre!

Mientras salía hacia el exterior donde se encontraba el resto del grupo, vi cómo Rachid recuperaba la postura y empujaba la roca, que cedía a su presión. Entonces grité emocionada.

—¡Lo has abierto! ¡Eh, deprisa, venid! ¡Lo ha conseguido!

Cuando comprobé que todos se acercaban corriendo, regresé hacia donde estaba Rachid. Apenas tuve tiempo de reaccionar; en unas décimas de segundo, Rachid, que ya se había introducido en el hueco oscuro que se abría ante él, se paró, se curvó sobre sí mismo y pude oír un ligero gruñido de dolor que salía de su boca. Entonces se desplomó y cayó a un vacío que yo no veía, desapareciendo de mi vista.

—¡Rachid!

Me abalancé hacia aquel agujero negro en un vano intento de sujetarle en una caída que ya era inevitable, pero alguien me agarró con fuerza por el cuello y tiró de mí hacia atrás. Caí sentada y desconcertada, sintiendo unos brazos que me arrastraban por el suelo hasta sacarme completamente del hueco en el que nos habíamos metido.

—Pero ¿qué haces? —Me revolví y vi a Wasef que tapaba su boca y que intentaba tapar la mía con sus grandes manos. Había comenzado a sentir una angustiada sensación de mareo.

—¡No respire! —me gritó—. ¡Es una trampa!

—Pero ¿y Rachid? —Seguía intentando ponerme de pie y Wasef continuaba arrastrándome hacia el exterior.

Entonces pude ver a Giuliano y Ahmed que con sus rostros tapados hasta los ojos y apretándose la boca para evitar la respiración, me cogieron en volandas hasta depositarme en el escalón de entrada al pórtico.

En ese momento me encontré muy mal. El sol me daba en la cara y un sudor frío me recorrió todo el cuerpo. La angustiada sensación de vomitar era cada vez mayor y cuando no pude aguantar más me levanté corriendo

alejándome unos metros hasta que no pude evitarlo y eché todo lo que tenía en el estómago.

Los espasmos del vómito hacían que mi cuerpo se doblase. Una mano me sujetó la frente y la cintura y, vencida, dejé caer todo el peso del cuerpo, quedando a merced de aquellos brazos. Cuando me incorporé pude ver a Wasef. Su rostro fue la última imagen que recuerdo. Su voz se perdía en mi mente como si fuera un eco lejano, me llamaba por mi nombre pero yo no podía responder porque todo se hizo negro, vacío, silencio.

Abrí los ojos y vi a Wasef junto a mí. Me sonrió; yo intenté abrir la boca pero la tenía seca y pastosa y lo único que pude hacer es intentar mojarme los labios.

Wasef me incorporó con un brazo y con el otro me acercó un vaso de agua para que bebiera. Era como si mi cuerpo se hubiera quedado sin una gota de agua. Bebí todo el vaso sorbo a sorbo, y cuando terminé le pedí más.

Después de hidratarme me pude incorporar sola y me quedé sentada sobre la cama. La cabeza me dolía como si una jauría de perros luchara por salir de ella. En mi estómago sentía un clavo ardiendo y la sensación de cansancio era general.

—¿Qué ha pasado?

Me di cuenta de que estábamos en el hotel, en mi habitación, y casi en tinieblas a pesar de que el sol chocaba con fuerza sobre las persianas que impedían su paso.

—Casi no lo cuentas, has estado a punto de morir. —Wasef me acarició la mejilla.

Entonces recordé lo que había sucedido.

—¿Y Rachid? —dije tensando todo el cuerpo—. ¿Dónde está Rachid? ¿Se encuentra bien?

Wasef dio un suspiro y bajó la mirada manteniendo unos eternos instantes de silencio. Agarré su barbilla y subí su rostro para ver sus ojos, pero él se resistía y mis temores aumentaban. El silencio hueco entre nosotros confirmaba lo que me temía.

—¿Dónde está? —dije con un hilo de voz casi imperceptible intentando luchar contra el llanto.

Wasef me miró entonces.

—No pudimos hacer nada, Laura, aquel agujero tenía una trampa mortal. No hemos podido entrar. Todos hubiéramos muerto en pocos segundos.

—Pero ¿qué había realmente detrás de aquella roca?

—Creemos que se trata de ácido cianhídrico; el olor que salía de allí era algo parecido a almendras amargas. Se produce a partir de materiales vegetales que contienen una sustancia que se llama amigdalina; puede prepararse machacando semillas, hojas o cortezas y se coloca de tal forma que pueda entrar en contacto con agua y algunos fermentos, y ¡ya está la trampa! Con sólo inhalar un poco provoca una muerte inmediata.

Recordé entonces el chorro de agua que le cayó sobre la mano a Rachid cuando estaba presionando sobre el primero de los círculos pétreos; inmediatamente después había percibido un cierto olor a almendra amarga del que hablaba Wasef, aunque entonces no le di ninguna importancia.

—Pero... ¿no habéis entrado? Puede que esté herido, que necesite ayuda.

Mientras hablaba Wasef negaba con la cabeza mirando hacia sus manos.

—No, Laura, no. —Sus ojos volvieron a clavarse en los míos—. Es muy poco probable que haya sobrevivido.

Quedamos en un silencio tenso.

—Lo siento —dijo al cabo de un rato con voz casi imperceptible—. Lo siento, Laura.

—Entonces, ¿sigue allí?

Wasef afirmó.

Me tumbé sobre la cama y le di la espalda. No impedí que las lágrimas salieran de mis ojos y rompí a llorar con amargura. El corazón se me encogía por el dolor agónico de la nueva pérdida de un amigo. La historia se repetía; otra vez volvía a sentir el vacío inmenso de la muerte, de la soledad; la frustración de no volver a ver más a Rachid me dificultaba la respiración, era una sensación de ahogo y de opresión que me angustiaba. Sentí la mano de Wasef acariciando mi pelo. Sus dedos se deslizaron suavemente por mi cuello y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Mi mano se topó con la piedra que me había entregado Giuliano. La apreté con fuerza y las caricias de Wasef se hicieron más evidentes en mis sentidos. Me di la vuelta y le miré. Tenía los ojos llenos de lágrimas y tanta ternura en su rostro que no pude evitar esbozar una sonrisa entre los hipos del llanto. Nos fundimos en un abrazo que me pareció eterno en el que ambos sollozamos durante mucho tiempo. Mi rostro pegado a su pecho, sus brazos rodeando con fuerza mi cuerpo. No recuerdo bien cómo ocurrió, pero nos encontramos desnudos haciendo el amor como jamás lo había hecho. Sentí tocar el cielo entre sus manos; sus caricias y sus besos me transportaron arrancando de mí cualquier aflicción.

Al terminar, extenuados y con la respiración acelerada, quedamos tendidos sobre la cama revuelta, agarrados de la mano.

—Quiero pasar el resto de mi vida a tu lado. —Wasef me miraba y hablaba casi en un susurro.

—Y yo quiero que no te separes de mí jamás, quiero vivir cada minuto, cada segundo a tu lado. Prométemelo. —Me había incorporado y tenía la mitad de mi cuerpo sobre el suyo.

—Te lo prometo, princesa.

Nos besamos y volvimos a hacer el amor.

Me sentía feliz a pesar de que sabía que Rachid se hallaba en aquel agujero, probablemente muerto. Pero tenía una extraña sensación de tranquilidad.

El sonido del teléfono nos devolvió a la realidad del cielo en el que nos encontrábamos. Wasef respondió y habló en árabe con alguien.

—Es Giuliano —me dijo poniéndose el teléfono en el cuello—. Pregunta si estás bien.

No le dije nada, tan sólo le sonreí.

Wasef volvió a colocarse el auricular sobre el oído y le dijo algo a Giuliano en árabe sin dejar de mirarme y con una media sonrisa.

—¿Qué le has dicho? —pregunté cuando colgó el teléfono.

—Nada nuevo, que estabas bien y que yo me había encargado de ponerte mejor. —Me miró con una sonrisa y no pude resistirme a besar sus labios. Era tan dulce que mi cuerpo se estremecía con el simple contacto de su piel.

»Dice Giuliano que debemos bajar a su habitación. —Wasef me habló despacio en el momento en el que despegamos nuestros labios—. Tenemos que salir de nuevo esta madrugada para intentar recuperar a Rachid y saber qué es lo que hay ahí abajo.

—¿Por qué no le sacasteis esta mañana?

—Era imposible, no íbamos preparados y, además, la hora se nos echaba encima. Los beduinos y turistas hubieran comenzado a llegar en poco tiempo. No podíamos arriesgarnos a que alguien nos viera. Además, tú no estabas bien. Te desmayaste y temimos por tu vida.

—¿Y cómo me has traído hasta aquí? ¿En brazos? —Me puse algo melosa con la pregunta.

—No —dijo sonriendo y levantándose de un salto—. Te subí al caballo de un beduino. Fue como un cuento de hadas. Te llevaba en mi regazo mientras cabalgábamos por el desfiladero hacia aquí.



Ambos sonreímos. Quedé con Wasef en que bajaría a la habitación de Giuliano en cuanto me diera una ducha. En la puerta volvimos a besarnos y le estuve mirando hasta que desapareció en el pasillo.

Cerré la puerta y me quedé pensando. Todos los dolores y el malestar que tenía habían desaparecido. La posible muerte de Rachid se había convertido en un sentimiento de tranquilidad. Era como si él mismo me estuviera dando la paz necesaria para disfrutar de aquellos instantes. Mientras me duchaba pensaba en Wasef; el corazón se me aceleraba cada vez que recordaba sus manos sobre mi cuerpo. Observé en el espejo mi cuerpo desnudo. Sobre mi piel sólo destacaba el círculo rojo. Esa piedra tenía algo extraño, algo mágico. Pero lo cierto es que lo mágico era las nuevas sensaciones que estaba sintiendo.

Wasef me abrió la puerta y me dedicó una sonrisa de complicidad mientras me susurró un piropo.

—¿Qué tal te encuentras, Laura? —me preguntó Giuliano nada más flanquear la puerta.

—Bien, gracias.

—Me alegro por ti.

En la habitación también estaban Ahmed y los dos hombres que acompañaban a Wasef por la mañana. Saludé a todos y Giuliano me invitó a que tomase asiento junto a él.

—¿Cómo vamos a sacar a Rachid de allí? —pregunté mientras me acomodaba en una butaca.

Giuliano me estuvo explicando lo que había ocurrido en los instantes posteriores a la caída de Rachid y a mi desmayo. Mientras que Wasef me atendía intentando reanimarme, los demás se acercaron hasta la abertura por donde Rachid había desaparecido tragado por la roca, con la precaución de no inhalar el aire procedente del interior de aquel hueco. Llamaron con insistencia a Rachid sin obtener respuesta alguna. Ahmed intentó entrar pero pronto sintió un mareo que le hizo retroceder; llegó incluso a vomitar, aunque no perdió el conocimiento en ningún momento y enseguida se recuperó.

En aquel momento, Wasef oyó las voces de gente que se acercaba por el desfiladero y avisó a Giuliano. No habían podido hacer nada y si continuaban allí, como ya me había dicho Wasef, con aquel agujero abierto en las entrañas de la roca, los beduinos, que ya se acercaban para organizar y abrir sus negocios antes de la llegada de los turistas, habrían descubierto todo y la noticia habría corrido como la pólvora. Por esa razón Giuliano ordenó a sus hombres que taponasen la abertura y regresar de nuevo cuando oscureciera, preparados convenientemente para entrar sin peligro a buscar a Rachid.

—Era lógico que hubiera una trampa —dijo Giuliano arqueando las cejas—. Si pretendes esconder algo de gran importancia, intentas poner dificultades a los curiosos que quieran acceder a tu tesoro.

Mis ojos se clavaron en los suyos y le pregunté:

—¿Crees que Rachid está muerto?

Hubo un tenso silencio.

—No lo sé, Laura, puede que sólo se desmayase, pero el hecho de estar tanto tiempo encerrado con ese aire viciado... no lo sé.

Giuliano bajó la mirada y apretó los labios. Su gesto era de preocupación. Rachid era su amigo y debía de haber sido muy duro para él tomar la decisión de dejarle allí sin prestarle ayuda.

—Bien, y ahora, ¿qué se supone que vamos a hacer?

—Tenemos máscaras para poder respirar sin peligro. Ahora que ya conocemos el lugar exacto iremos en cuanto anochezca; tendremos tiempo suficiente para sacar a Rachid y explorar lo que hay debajo del Tesoro.

Nos pusimos en camino cuando era completamente de noche. Salimos del hotel por separado. Giuliano y Ahmed fueron los primeros. Los otros dos hombres desaparecieron en cuanto terminamos la conversación en la habitación de Giuliano y no los volví a ver hasta la entrada al desfiladero donde nos esperaban con unas bolsas y una mula.

Wasef y yo nos alejamos del hotel hacia la oscuridad de la noche como si fuéramos dos enamorados furtivos en busca de un lugar tranquilo para amarse. Cuando estábamos lo suficientemente lejos de la entrada del hotel, Wasef se paró frente a mí y me colocó sobre la cabeza la *kufiya* que llevaba en la mano.

—Te protegerá del frío.

Nos mantuvimos en silencio, mirándonos, mientras sus brazos se movían alrededor de mi cabeza colocando despacio el pañuelo blanco y rojo. Sus ojos me parecían fascinantes; sus rasgos, perfectos, y sus labios encendían mi deseo.

Cuando terminó y antes de cubrirme la boca con el pañuelo, me besó suavemente en los labios y me susurró un «Te quiero» que recorrió cada una de las venas de mi cuerpo.

Encontramos a Giuliano y a Ahmed junto a la valla de entrada. Después de saltarla caminamos en silencio hasta el desfiladero. Otra vez la noche me pareció espectacular; el cielo estaba plagado de estrellas y me daba la sensación de que aquel lugar se encontraba más cerca del firmamento. Cuando llegamos a la entrada del Siq, los dos hombres de Giuliano se unieron a nosotros, y nos adentramos en el desfiladero en una oscuridad casi absoluta. Me agarré a Wasef

porque sentía temor a medida que descendíamos para meternos en aquel corte vertical abierto en la roca. Mis ojos apenas veían más allá de mis narices y, sin embargo, los demás era como si caminasen a plena luz del día. Sus pasos eran firmes y rápidos; yo los seguí igual que un ciego sigue a su perro guardián, seguro de que no le hará caer, pero con la oscuridad como único horizonte. Llegamos al ensanchamiento del Siq donde se encuentra la Puerta del Tesoro y nos acercamos hasta el lugar por donde Rachid había desaparecido unas horas antes. Giuliano y Ahmed sacaron sus linternas y sólo entonces iluminaron la roca. Los otros dos hombres habían dejado al animal atado y sacaron de sus bolsas unas máscaras. Sólo había tres, y entendí que ni ellos ni Ahmed entrarían en la roca, porque le entregaron una a Giuliano y otras dos a Wasef, que enseguida se volvió hacia mí y me indicó que me la colocase sobre la boca y la nariz y que respirase con normalidad.

Giuliano llevaba las manos cubiertas con unos guantes, se había colocado la máscara y palpaba el lugar por donde Rachid descubrió la abertura que poco después se lo había tragado.

—Espera, creo que sé cómo abrirla —le dije.

Me coloqué la máscara sobre la cara y me acerqué junto a Giuliano; se quitó los guantes y me los tendió.

—¡Póntelos! Quizá pudieras intoxicarte a través de la piel.

Me coloqué en la misma posición que se había puesto Rachid la noche anterior: planté una mano sobre uno de los discos y la otra sobre el que descubrí yo; pegué la cara a la roca, con la máscara en contacto con la piedra. Apreté ligeramente los discos a la vez pero no ocurrió nada. Los demás observaban detrás de mí cada uno de mis movimientos en el más absoluto silencio, iluminando con las linternas. Me coloqué de nuevo intentando apretar con más fuerza, pero todo siguió igual; nada se movió, ni siquiera mis músculos que, abrazados a la roca, esperaban alguna respuesta por parte de ésta. ¿Qué había hecho Rachid para abrir el mecanismo? Sin quitar las manos de cada uno de los círculos, con los brazos en cruz y la frente pegada a la fría piedra, cerré los ojos e intenté recordar cada uno de los movimientos que había hecho Rachid. Casi inconscientemente moví mi mano izquierda hacia la derecha como si quisiera girar aquel disco grabado, y la mano derecha la giré hacia la izquierda. Tuve que abrir los ojos de inmediato porque sentí que la roca cedía. Un ligero chorro de agua cayó sobre mi cabeza. Me retiré de inmediato. Al respirar con la máscara,

el aire que expulsaba me producía una sensación cálida en la cara. Empujé con suavidad la piedra que había cedido. Un oscuro y negro agujero se abrió ante mis ojos.

Wasef y Giuliano se colocaron uno a cada lado de mí iluminando lo que quedaba a nuestra vista detrás de la roca. Entonces pudimos ver unos toscos escalones que se perdían en la oscuridad como tragados por las entrañas de la Tierra.

Iniciamos el descenso sin cruzar palabra entre nosotros. Wasef se puso delante de mí, le seguí y detrás inició la marcha Giuliano. Los escalones eran muy irregulares, y tan estrechos que teníamos que poner los pies de lado para evitar resbalar. Nos vimos obligados a encorvarnos para no dar con la cabeza en la parte superior de la roca. Mientras descendía pensé que, a pesar de la angustiada sensación de ahogo que sentía en los lugares cerrados y oscuros, durante las últimas semanas había tenido demasiadas experiencias de este tipo, y notaba que cada vez controlaba mejor la terrible ansiedad claustrofóbica que me provocaba el encierro; a pesar de ello tenía claro que yo jamás me podría haber dedicado a la espeleología. Bajamos unos veinte escalones hasta llegar a un rellano de unos dos metros cuadrados, de techo muy bajo, al que se abrió de frente un estrecho pasadizo. En teoría, si Rachid hubiera muerto, debería de estar allí, porque la caída le hubiera llevado hasta aquel lugar. Nos miramos desconcertados.

—¡Mirad, aquí está su linterna!

Iluminamos con prisa todo a nuestro alrededor escrutando cada rincón. Algo me llamó la atención: había restos de vómito junto al final de los escalones; Giuliano lo tocó con los dedos.

—Es reciente. Puede que esté vivo. ¡Vamos!

Inició la marcha y le seguimos. Ya no descendíamos, caminábamos en dirección al Siq pero bajo tierra. Continuábamos encorvados para evitar golpearnos la cabeza contra las rocas; el lugar era tan estrecho que a duras penas hubieran podido cruzarse dos personas. Respiré hondo cuando me vino a la memoria el recuerdo de la cripta de Rennes-le-Château, pero no quise pensar en ello. La posibilidad de que Rachid estuviera vivo me daba fuerzas para seguir adelante.

Después de caminar unos treinta pasos desembocamos en un lugar alto y ancho; la luz de las linternas alumbraba en todas las direcciones hasta que de repente la de Wasef se topó con un bulto que se encontraba a escasos tres metros

de nosotros. Nos acercamos de inmediato. Iluminado por las linternas quedaba ante nuestros ojos el cuerpo maltrecho de Rachid, apoyado sobre la fría roca, encogido sobre sí mismo y con el rostro cubierto por los brazos. Me arrodillé junto a él. En un movimiento espontáneo me arranqué la máscara para poder verle mejor y la tiré a un lado. Giuliano me miró durante unos instantes temiendo los posibles efectos de respirar el ambiente. Nada me ocurrió y, entonces, él también se la quitó y lo mismo hizo Wasef.

—Tenedlas a mano por si acaso —dijo—. Si os sintierais mareados os la ponéis de inmediato. ¿De acuerdo?

Mis manos se acercaron despacio a Rachid con temor a que no se moviera a mi tacto.

—¡Rachid! —le dije casi en un susurro.

—¡Rachid! ¡Rachid! —La voz potente de Giuliano resonó en aquel lugar vacío y hueco.

Rachid no se movió. Mi corazón se aceleró. Temía lo peor y mi mano le tocó el hombro.

—Rachid, ¿estás bien? —Ahora intenté zarandearle y Giuliano se arrodilló junto a mí y le levantó la cara poniéndole los dedos sobre el cuello.

Nos mantuvimos unos segundos sin movernos, tensos, esperando el resultado del tacto de sus dedos.

—¡Tiene latido! —dijo con una amplia sonrisa emocionada—. ¡Aún está vivo!

A partir de entonces todo fueron movimientos rápidos pero cuidadosos. Le tumbamos boca arriba para intentar reanimarle. Parecía muy débil. Noté que tenía vómitos a su alrededor y que sus ropas estaban manchadas.

—Agua, dadle agua.

Wasef le cogió la cabeza sobre sus rodillas mientras yo sacaba una de las botellas de agua. Le acercamos la bebida a los labios medio abiertos y vertimos poco a poco el líquido en su boca. De repente empezó a toser, se incorporó con dificultad y colocó la boca en disposición de beber más. A medida que se hidrataba, al igual que me había ocurrido a mí, se iba recuperando. Su aspecto era horrible. Estaba sucio y desaliñado. Olía a vómito y orines y su rostro tenía el color cetrino de la muerte.

Empapé mi *kufiya* con agua y se la pasé por la cara para quitarle los restos de vómito. Se fue recuperando poco a poco e intentó hablar, aunque le costaba articular las palabras; le resultaba molesta la luz de nuestras linternas y se tapaba

los ojos con la palma de la mano cada vez que hacía el intento de abrirlos.

—Sabía que vendrías... pequeña.

Me dedicó su primera mirada cargada de ternura con sus ojos cansados y brillantes por el emocionado encuentro. Le sonreí y acaricié con ternura su rostro ajado. En aquel momento sentí un profundo agradecimiento hacia Aquel que es dueño de la vida y de la muerte por haber mantenido con vida a mi buen Rachid. No sé si fue una oración, tan sólo recuerdo que agradecí desde mi interior que estuviera vivo.

—No hables, Rachid, estás muy débil —le dijo Giuliano.

—Creímos que habías muerto. —Mis lágrimas de alegría se desbordaron y me nublaban la visión de Rachid.

—Ya te dije... —su voz era tenue y entrecortada—, que no te dejaría sola. Y yo... yo soy un hombre de palabra.

Poco a poco fue recobrando la compostura. Rechazó el alimento que le ofreció Giuliano. No tenía el estómago para recibir ninguna clase de comida. Tan sólo necesitaba agua y continuamente repetía que tenía sed.

Se incorporó con dificultad y, a medida que fue recuperando la capacidad de hablar más fluidamente, nos contó lo que recordaba: después de abrir la roca se sintió mareado, pero de la caída por las escaleras no se acordaba; la primera visión que tuvo fue la de la más absoluta oscuridad a su alrededor; se sintió descompuesto y vomitó al querer incorporarse. Después buscó la linterna tanteando a su alrededor pero no la encontró; estaba desorientado y, a tientas y en un aterrador silencio, caminó a trompicones y llegó hasta aquel lugar, donde se desplomó y perdió el conocimiento.

—No recuerdo mucho más. Mis ojos sólo veían oscuridad. No sé ni cuánto tiempo he pasado aquí.

Después de un rato, Rachid se encontró con fuerzas para levantarse, aunque caminaba con dificultad. Wasef y Giuliano le sujetaron; su cuerpo estaba maltrecho y le costaba mantenerse en pie, pero insistió en que podía aguantar bien y se negó en rotundo a la insistente propuesta de Giuliano de sacarle de allí.

Después de la inmensa satisfacción de ver a Rachid con vida, había llegado el momento de buscar lo que nos había llevado hasta aquel lugar.

Wasef agarró a Rachid por la cintura para facilitar su paso renqueante y yo me coloqué al otro lado para ayudarle a caminar. Giuliano se adelantó con su linterna inspeccionando cada uno de los rincones. El lugar estaba excavado en la roca en un espacio amplio y de gran altura.

—Mirad esto —dijo Giuliano llevando la luz de la linterna desde abajo hacia arriba.

Ante nuestros ojos apareció una fachada con columnas y frontón, de similar disposición y estructura al Tesoro que teníamos en la superficie sobre nuestras cabezas. Igualmente, aquella fachada estaba excavada en la roca y su perfección era inigualable. Nos acercamos en silencio. Ascendimos tres escalones para acceder entre las columnas a la estancia interior. Los haces de luz de las linternas intentaban iluminar todo a nuestro alrededor. Por algún motivo, aquel lugar me provocó un estremecimiento.

El ambiente estaba impregnado de un extraño olor a herrumbre y cerrado, era como si el aire que respirábamos se hubiera mantenido intacto desde hacía siglos entre aquellas masas de roca rosada.

Me adelanté a los lentos pasos de Rachid. Nadie dijo nada. Caminábamos despacio midiendo cada paso, desplegándonos en aquella misteriosa estancia. Oía mi respiración alterada.

«¿Qué significado tiene este lugar?», pensé. ¡Era una copia exacta de la fachada del Tesoro, pero bajo tierra! Instintivamente me agarré el colgante cuando quedó ante mis ojos una especie de lápida en el centro. El silencio se hizo eterno. Todos los demás quedaron a mi espalda. Ante mí, tan sólo el cono de luz de mi linterna y aquella majestuosa piedra que sobresalía del suelo. Era una lápida de color rosado, oscurecida por el paso del tiempo, de unos dos metros de largo por un metro de ancho y algo más de un palmo de altura, que tenía algo tallado en su superficie. Iluminé aquellas letras colocando mi linterna sobre la lápida y, con el latido del corazón acelerado, me agaché para poner mis dedos sobre la inscripción.

—Hay algo escrito. —Me volví hacia Rachid que, con ayuda de Wasef, se acercaba al lugar donde me encontraba, con la mirada fija en mis manos.

Se colocó con cierta dificultad a mi lado y puso los dedos donde yo los tenía. Poco a poco, guiándose por el tacto y como si quisiera que aquel momento se mantuviera en el tiempo, dijo en alto cada una de las letras grabadas con un objeto duro a golpe de martillo.

—*Jeshuá bar Leví. Rabbuní* —musitó despacio.

—¡Oh Dios! —exclamé nerviosa—. ¡Es la tumba! ¡Rachid, es la misma inscripción de la que se habla en el pergamino que tú transcribiste!

—Es cierto, está aquí, existe. —Sus palabras eran entrecortadas.

Le miré y comprobé que las lágrimas afloraban a sus ojos menudos. Sus



labios temblaban y, entonces, la emoción me embargó a mí también. Mi visión se nubló y un extraño llanto hizo que me encogiera.

Fue Giuliano quien rompió la fascinación de aquel momento.

—Tenemos que quitar la lápida. ¡Ayudadme!

—¿Qué vas a hacer con lo que te encuentres? —le pregunté.

De pronto me di cuenta del peligro que conllevaba aquel hallazgo; sentí en el estómago una punzada al pensar en la posibilidad de que Giuliano únicamente quisiera sacar partido de todo aquello; lo que teníamos delante era algo extraordinario y, en manos de cualquier desaprensivo, podría ser un arma política y religiosa de consecuencias imprevisibles. Me costaba pensar con claridad. Estaba allí, delante de una tumba que podría contener los restos de Jesús de Nazaret, y mis ideas se cruzaban en la mente chocando unas con otras de forma atropellada.

Giuliano no me contestó, simplemente mantuvo su mirada sobre mí, inmóvil, como paralizado por una fuerza superior, esperando algo que no alcanzaba a comprender.

Wasef se levantó y me tendió la mano para que yo hiciera lo mismo.

Rachid se puso junto a Giuliano.

—Hay que averiguar lo que esconde esta lápida —dijo convencido.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de la trascendencia de lo que, durante semanas, habíamos estado buscando; entonces comprendí la razón de tantas muertes, persecuciones y misterios.

—Vamos, Laura, necesitamos la fuerza de todos. —Wasef me instaba a que me levantara con su mano extendida hacia mí.

Miré a Rachid y me dedicó un gesto de asentimiento.

No tenía más remedio que confiar. Habíamos llegado hasta allí buscando una verdad, para mí desconocida hasta hacía apenas un mes, y la respuesta a nuestras preguntas se escondía debajo de aquella lápida; sin pensarlo más, empujé con todas mis fuerzas hasta que conseguimos que se deslizase unos milímetros.

La cosa no fue nada fácil. La lápida pesaba más de lo que nos podíamos imaginar; además, el terreno, irregular y terroso, dificultaba el desplazamiento de la piedra. Después de muchos esfuerzos conseguimos apartarla lo suficiente para poder ver parte del interior. Giuliano cogió la linterna del suelo y enfocó la oscuridad que se escondía bajo la piedra. Wasef y yo hicimos lo mismo. Los

haces de luz se desplazaban de un lado a otro por el hueco abierto en el suelo. Tenía aproximadamente medio metro de profundidad y había sido toscamente excavado en el suelo.

Nos encontrábamos tumbados sobre la fría roca, y nuestras cuatro cabezas se mantenían erguidas detrás de los haces de luz de las linternas observando lo que contenía aquella sepultura. Callados, inmóviles, como si el tiempo se hubiera detenido, como si ninguno notase la presencia del otro, como si, de pronto, cada uno de nosotros estuviera solo en el mundo.

Ese extraño y respetuoso silencio se mantuvo durante lo que a mí me pareció una eternidad. Los cuatro mirábamos extasiados lo que la luz nos brindaba: a tan sólo unos centímetros de nuestras caras teníamos los huesos de los pies, descabalados y ennegrecidos por el paso del tiempo. El esqueleto se encontraba boca arriba, con los brazos cruzados sobre el pecho. Algunos jirones de lo que debió de ser el sudario se desprendían del armazón óseo. Apenas podíamos ver la calavera, oculta todavía bajo la pesada losa.

Giuliano fue el primero en reaccionar. Se sentó dando la espalda a la tumba, como si se sintiera agotado de haber visto aquella imagen. Le siguió Rachid, moviéndose torpemente y con mucha dificultad. Los dos quedaron sentados con los brazos caídos, apoyados sobre la piedra corrida y con la mirada perdida en la inmensidad infinita de aquel lugar fascinante.

No podía verle, pero estoy segura de que en aquel momento Giuliano lloró, desconozco si por causa de la emoción, de los nervios contenidos o del significado de lo que estábamos viviendo en las entrañas de la Tierra. Tampoco se lo pregunté. Nadie preguntó nada. Ninguno de nosotros era capaz de articular palabras coherentes, temerosos de romper con su sonido aquel instante mágico.

Yo continué en la misma postura, subyugada por la visión de aquel montón de huesos ordenados según el esquema humano. Levanté por unos instantes la vista y vi a Wasef. Él me miró y me sonrió levemente. Las lágrimas de emoción me afloraron de nuevo a los ojos y no hice nada para impedirlo. Me incorporé y lloré. Lloré de alegría, de entusiasmo, de desconcierto. No sabía exactamente qué pensar. No era capaz de fijar un sentimiento concreto. Todo en mi interior era un caos desconcertante. ¡Santo Cielo!

«¡Es cierto! ¡Es real!», pensé envuelta en la extraña nebulosa de mi interior.

Al cabo de un rato en el que cada uno nos mantuvimos en solitario con nuestras propias emociones internas, Wasef se levantó y comenzó a enfocar con la linterna los límites de aquel enorme mausoleo.

—¿Qué buscas, Wasef? —preguntó Giuliano dirigiendo hacia él la mirada.

—Mira, aquí hay unas vasijas.

Los dos hombres se acercaron hacia el fondo de aquel lugar enfocando con sus linternas lo que me pareció un cúmulo de objetos de barro, que habían quedado disipados en sus formas por el paso del tiempo.

—Son vasijas para ungir y algunos candiles.

Giuliano continuó caminando alrededor del perímetro iluminando con cuidado todo lo que tenía enfrente, mientras Wasef se mantenía agachado cogiendo una de las vasijas recién descubiertas y oliendo su contenido.

Le observé en sus movimientos, lentos y calculados, precisos para no estropear nada que pudiera ser importante.

—¿Qué buscas, Giuliano? —preguntó de repente, dejando la vasija que tenía en las manos y poniéndose en pie para acercarse hasta donde se encontraba Giuliano.

—El Libro sellado de Daniel. Los templarios lo trajeron aquí desde Jerusalén. Debe de estar por algún sitio.

Los dos hombres dieron varias vueltas buscando por cada rincón de aquel recinto que me parecía inmenso en la penumbra de las linternas. Hablaban entre sí en voz baja como si temieran molestar el descanso del cadáver que yacía en el centro.

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunté ingenuamente.

Giuliano y Wasef se volvieron hacia mí sorprendidos por mi pregunta, luego se miraron entre sí. Por su reacción y su silencio inicial, me dio la sensación de que nunca habían llegado a pensar que aquel momento pudiera hacerse realidad algún día, y ahora que estaban allí se encontraban confusos.

Rachid permanecía callado, sumido en la profundidad de sus pensamientos, ausente de todo lo que le rodeaba.

—¿Tú qué crees que debemos hacer ahora, Giuliano? —inquirí de nuevo.

—Habría que pedir un permiso especial para excavar esta zona.

—Pero... ¿vamos a dar a conocer al mundo este descubrimiento?

A los primeros momentos de preguntas respondidas por el hallazgo de la tumba, se abrían de repente otros interrogantes que me provocaban una sensación de mareo por la repercusión que eso podría tener en el exterior.

—No podemos darlo a conocer —dijo Giuliano con el rostro pensativo—. Sería un desastre. Debemos ser muy prudentes. La vida debe continuar.

—Pero... —la voz de Rachid se oyó temblorosa y apenas perceptible— si

no lo decimos, ¿de qué sirve todo esto?

Hubo un silencio estridente entre nosotros. Nos mirábamos con gesto de interrogación sin saber exactamente qué contestar a la pregunta de Rachid.

—Si no hacemos nada —continuó Rachid quedamente—, si salimos de aquí y nos llevamos el secreto a nuestras casas, si lo ocultamos, ¿qué va a cambiar? ¿Es que vamos a salir a nuestras respectivas vidas y, sabiendo lo que hay aquí, nos vamos a callar? Entonces, ¿vamos a dejar que todo siga igual ahí fuera? Las mismas guerras, los mismos odios, la miseria, la avaricia, el poder..., la manipulación y la mentira. Si no vamos a hacer nada, ¿para qué hemos llegado hasta aquí? ¿Para qué han servido tantos sacrificios, tantos muertos, tanto dolor?

Wasef y Giuliano bajaron la vista. Era una decisión difícil y complicada que no se podía tomar a la ligera. Debíamos analizar todas las consecuencias posibles de lo que habíamos visto en aquel lugar. Dar a conocer ese descubrimiento de forma inadecuada podría causar una crisis difícilmente previsible. No podíamos precipitarnos, debíamos pensar con tranquilidad. Aquella tumba se había mantenido allí desde hacía casi dos mil años; podría mantenerse en el mismo estado de secreto durante algún tiempo más.

Me acerqué a Rachid y le apreté con cariño el brazo. Parecía que no lo terminaba de asimilar. Pude ver en sus ojos un gesto de confusión, me miró y su rostro expresó una mueca de desconcierto e incertidumbre.

—Rachid, no sé si se pueden cambiar las cosas ahí fuera, pero lo que tengo claro es que yo sí he cambiado y, por mi parte, estoy dispuesta y preparada para salir al mundo y mejorar todo lo que esté en mi mano.

Rachid me miró con esos ojos pequeños y enjutos, detrás de sus gafas con uno de los cristales rajado a consecuencia de su caída, con el pelo desaliñado y sucio, me sonrió algo más esperanzado y me acarició la mejilla.

—Gracias, Laura, gracias por haberte cruzado en mi camino.

*Enero del año 2003*

Miré el reloj de mi muñeca mientras subíamos deprisa las escaleras del viejo edificio de la Facultad de Filosofía y Letras: las nueve cuarenta y cinco; llegábamos puntuales. Wasef me apretó la mano y me dedicó una mirada en la que identifiqué su nerviosismo; me sonrió. La ciudad nada tenía que ver con la que había dejado hacía tres años; pero lo cierto es que todo seguía igual, era yo la que había cambiado.

Al entrar en el vestíbulo vimos al viejo Jacinto acercarse hacia nosotros sonriendo. Ralentizamos el paso mientras íbamos a su encuentro.

—Buenos días, doña Laura, ¿cómo se encuentra esta mañana?

—Muy nerviosa, Jacinto. —Me detuve frente a él y le sonreí—. Parece que por fin han aceptado.

—Sí, eso parece. Buenos días, Wasef, ¿cómo estás?

—Bien, Jacinto, muy bien. —Wasef le dedicó unas palmaditas en la espalda. Eran amigos desde hacía más de quince años y para Jacinto fue una tremenda alegría nuestro matrimonio.

Un grupo de mis alumnos del último curso pasó a nuestro lado.

—Doña Laura, enhorabuena, nos hemos enterado por la prensa. ¿Cuándo nos deja?

—Parece que estáis deseando perderme de vista.

—La televisión dijo ayer que se incorporarán al yacimiento en pocos días.

—Sí, es cierto —contesté satisfecha—. Ha sido una dura negociación pero por fin nos han concedido el permiso y nos podremos hacer cargo del yacimiento.

—¿Qué esperan encontrar?

—Para este tipo de trabajos hay que ser muy prudente y, sobre todo, ir cargado de paciencia; no se puede tener una idea preconcebida y esperar un hallazgo fabuloso; nuestra misión es simplemente buscar, investigar e indagar, y

en eso va a consistir nuestro trabajo. Ah, por supuesto, si encontramos algo interesante seréis los primeros en conocerlo.

—Pero existen algunos rumores de que... —intervino titubeante otro de los muchachos, algo más tímido y que siempre se dirigía a mí con cierta prudencia—, bueno, dicen que lo que se esconde bajo la Puerta del Tesoro es algo que puede cambiar la visión que tenemos del cristianismo.

—Tal y como lo dices suena como algo muy trascendental. —Después de mantener unos instantes la mirada en aquel grupo de chicos y chicas con toda la vida por hacer, suspiré profundamente y sonreí recordando mi propia imagen cuando tenía su edad—. Chicos, lo único que puede cambiar las cosas en esta vida, para bien o para mal, es la voluntad de cada uno de nosotros. Tened la seguridad de que si intentáis cambiar lo que está a vuestro alrededor para mejorarlo seréis capaces de poner vuestro granito de arena para alterar el curso de muchas cosas que parecen inevitables, desde las más complicadas hasta las más simples. No hace falta ningún hallazgo milagroso, simplemente basta con la voluntad de cada uno para que las cosas sean de otra manera.

Sin esperar ninguna reacción ante mis palabras agarré a Wasef por el brazo y continuamos hacia el despacho del decano, que nos esperaba con la autorización y los permisos correspondientes para poder partir de inmediato rumbo a Jordania. Di un toque en la puerta y sin esperar respuesta la abrí solicitando permiso para entrar. El decano se levantó con una amplia sonrisa.

—Adelante. Me alegro de veros.

Nos estrechó la mano; primero a mí, haciendo un gesto para que tomase asiento, y después a Wasef.

—Ya tengo todo preparado para vosotros. El consulado de Jordania me ha hecho llegar toda la documentación. —Me tendió un sobre de tamaño folio—. Éstos son los papeles de la universidad: la excedencia de cada uno de vosotros y los permisos para ambos. —Volvió a tenderme otro sobre, y miré con detenimiento los papeles que contenía.

Habíamos salido de las entrañas de la Tierra con las manos vacías. No conseguimos encontrar el Libro sellado de Daniel. Estuvimos buscando justo hasta el momento en que, en el exterior, el sol indicaba la pronta llegada de los beduinos y, con ellos, la avalancha de turistas; fue entonces cuando los hombres de Giuliano nos avisaron de que nuestro tiempo había terminado.

Con muchas dificultades, colocamos de nuevo la lápida en su sitio, dejando oculto en su eterno descanso aquellos restos que habíamos descubierto. Entre todos ayudamos a salir al maltrecho Rachid y, montado sobre la mula como si de un muñeco roto se tratara, se dejó llevar hasta el hotel.

La policía de Petra nos interceptó en el desfiladero y nos hizo algunas preguntas incómodas, tomando datos sobre nuestra identidad. Nos indicaron que debíamos presentarnos en la comisaría esa misma mañana. Debió de parecerles sospechoso un grupo de personas en el Siq, al amanecer y con un hombre aparentemente herido. Lo cierto es que tras una visita de Giuliano y Wasef al jefe de policía todo quedó arreglado y no nos volvieron a molestar.

Rachid necesitó hospitalización urgente y tuvo que ser trasladado hasta Ammán para ser atendido. Estuvo ingresado durante más de dos semanas y, en ese tiempo, Giuliano y Wasef iniciaron los primeros contactos con el gobierno jordano. Los cuatro estuvimos de acuerdo en que era necesario excavar la zona y realizar las investigaciones con precaución y sigilo hasta saber a lo que realmente nos enfrentábamos y las consecuencias que su conocimiento pudieran llegar a tener.

Pretendíamos obtener un permiso oficial para llevar a cabo una prospección arqueológica en el subsuelo del Tesoro. Como era de prever, las negociaciones fueron largas y complicadas; tuvimos que hacer constantes viajes, no sólo a Jordania sino a Israel y a Roma, en busca de contactos e influencias, de la mano de Rachid y de Giuliano. Pero también nos encontramos con la presión de los que querían que nada se moviera. Sabían que habíamos descubierto algo, aunque nunca se manifestaron, pero las trabas que sospechosamente encontrábamos a cada paso nos daban prueba de que una mano negra intentaba por todos los medios que no avanzásemos.

Después del descubrimiento del Gran Arcano, todos nosotros habíamos sido objeto de diversas amenazas, sutiles y perfectamente encubiertas, procedentes de la sociedad secreta de los Asmodeos. Por recomendación de Giuliano no fuimos en ningún momento a la policía; además de indicarnos que continuásemos con nuestra vida normal, nos dio una serie de instrucciones para mantener nuestra seguridad y nos aseguró que estaríamos protegidos por su gente.

Nos habían perdido la pista en Roma después de la noticia de nuestra entrada furtiva al Vaticano, y sólo dieron con nosotros cuando llegamos a Ammán.

Fuimos conscientes desde el primer momento de las presiones para evitar

que nos concedieran el permiso de prospección. Por ahora lo habíamos conseguido, aunque conocíamos el peso de sus influencias y sabíamos que las cosas podían llegar a cambiar, inclinándose la balanza a su favor en cualquier momento. Por esa razón no había tiempo que perder.

Un mes más tarde de haber encontrado la tumba en el Gran Arcano pudimos regresar a la vida real. Rachid se recuperó completamente y Wasef y yo iniciamos una nueva vida juntos en Zaragoza.

Wasef comenzó a dar clases de Prehistoria y Arqueología en la facultad gracias a su excelente currículum y a las recomendaciones de Rachid.

La noticia de la muerte del profesor Dorado ya se conocía en todo el ámbito académico; se adujo como causa del fallecimiento un grave accidente de tráfico en una carretera secundaria del sur de Francia.

Carlos pudo regresar a Zaragoza unos días antes que nosotros, libre de todos los cargos que se le habían imputado, gracias a los contactos que tenía Giuliano en la policía, que consiguió detener al presunto asesino en uno de los suburbios a las afueras de Roma. Nos recogió a los tres en el aeropuerto de Barajas cuando llegamos de Jordania. De Giuliano nos habíamos despedido en la escala que hicimos en Roma, aunque volvimos a vernos pocas semanas después.

Carlos tenía tantas cosas que preguntarnos y nosotros tanto que contarle que, sobre la marcha, decidimos llevar a Rachid hasta Toledo, hospedarnos de nuevo en La Almunia de San Miguel y compartir con él todas las cosas que nos habían sucedido desde el día en que salió de la tienda de Giuliano en Roma. Fueron tres días inolvidables e intensos, con veladas que se alargaron hasta el amanecer.

Fue precisamente durante esos días cuando me di cuenta de que se presentaba ante mí un futuro nuevo, en el que aparecían nuevos amigos y, sobre todo, un amor que colmaba mi esperanza de una vida mejor. Además, comprendí mi pasado, los acontecimientos que me habían ocurrido a lo largo de mi vida, y descubrí mi identidad y el verdadero significado de mi existencia.

Estábamos convencidos de que el Libro sellado de Daniel, trasladado desde Jerusalén por los templarios, continuaba enterrado en algún lugar de las entrañas del Tesoro. Con un permiso oficial para una prospección arqueológica que nos permitiera trabajar en el lugar, tendríamos tiempo y tranquilidad suficiente para buscarlo, e intentar averiguar a quién pertenecían los restos que contenía la sepultura de piedra del Gran Arcano. La certeza de su identidad me estremecía cada vez que pensaba en la visión que se nos brindó cuando conseguimos retirar



la lápida. La imagen que captaron mis ojos durante esos momentos antes de que volviéramos a cerrar la tumba se me quedó grabada en la retina y, a pesar del paso del tiempo, la seguía recordando con una emoción contenida.

El coche de Carlos se detuvo en la puerta de mi casa, donde Wasef y yo le esperábamos desde hacía cinco minutos. Todavía no había amanecido. Eran las cinco y media de la mañana y una espesa niebla nos envolvía. Metimos nuestras maletas en el coche y nos montamos entre charlas y risas algo estúpidas fruto del nerviosismo mezclado con cierto sentimiento de emoción. ¡Habíamos esperado tanto tiempo el momento de regresar al Gran Arcano...!

Observé el reloj del coche de Carlos, que marcaba las seis de la mañana, y, al mirar por la ventanilla, me fijé en el mar de luces rojas de la central eólica de la Nacional II. Me di cuenta de que habían pasado tres años desde aquel frío día de enero en el que, atravesando ese mismo campo lleno de luces rojas, mi vida había iniciado un cambio radical. Mi vista se perdió entre aquellos puntos rojos definidos en la niebla, mientras mi mente escarbaba en los recuerdos de aquellos días.

Habíamos quedado en encontrarnos con Rachid en el aeropuerto de Barajas. Hacía unas semanas que Giuliano se había trasladado desde Roma a Petra para organizar los trabajos de selección y contratación del personal, así como para adquirir y colocar el material necesario. Todo tenía que estar preparado a nuestra llegada porque las excavaciones debían comenzar cuanto antes.

El avión salió puntual en dirección a Ammán. A nuestra llegada, Giuliano nos esperaba con dos hombres que se ocuparon de nuestro equipaje, bastante más abultado que el utilizado en nuestra primera visita al Gran Arcano.

Nos saludamos efusivamente; la satisfacción se palpaba en nuestros rostros.

—Nos espera un coche para llevarnos a Petra.

Giuliano nos indicó el camino. En nuestros rostros se reflejaba un gesto de emoción contenida.

Muy pocos conocen la verdad de lo que realmente pretendemos con las excavaciones; sería una noticia demasiado escandalosa y nos veríamos privados de la calma necesaria para trabajar. Por esa misma razón, las conversaciones se habían extendido en el tiempo, porque el verdadero motivo de nuestro interés en realizar una excavación en las entrañas de Petra no podía salir a la luz. Ya era suficiente con que hubiera saltado la noticia de que un grupo de arqueólogos españoles, dirigidos por mi querido Wasef, hubiéramos sido los elegidos para llevar a cabo los trabajos de excavación debajo justo del Tesoro. Estoy segura de que muchos venderían su alma por tener ese privilegio.

Desde finales del año 2003, los turistas pueden ver a los pies de la Puerta del Tesoro en la ciudad de Petra una zanja cubierta de una malla metálica que deja ver parte de una fachada que se encuentra en el subsuelo, similar en su estructura y construcción al Tesoro que tienen enfrente. Las noticias acerca de lo que allí se está realizando son un secreto. Únicamente unos pocos elegidos sabemos qué es lo que se busca en las entrañas de aquel lugar mágico.

PALOMA  
SÁNCHEZ-GARNICA

# El Gran Arcano

NOVELA

D.J.57

booket

*El Gran Arcano*  
Paloma Sánchez-Garnica

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta, Booket / Área Editorial Grupo Planeta

© Imagen de la cubierta, Andy & Michelle Kerry / Trevillion Images

© Paloma Sánchez-Garnica, 2006  
c/ o Dos Passos Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-08-18309-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

# NARRATIVA CONTEMPORÁNEA

---



¡Síguenos en redes sociales!

